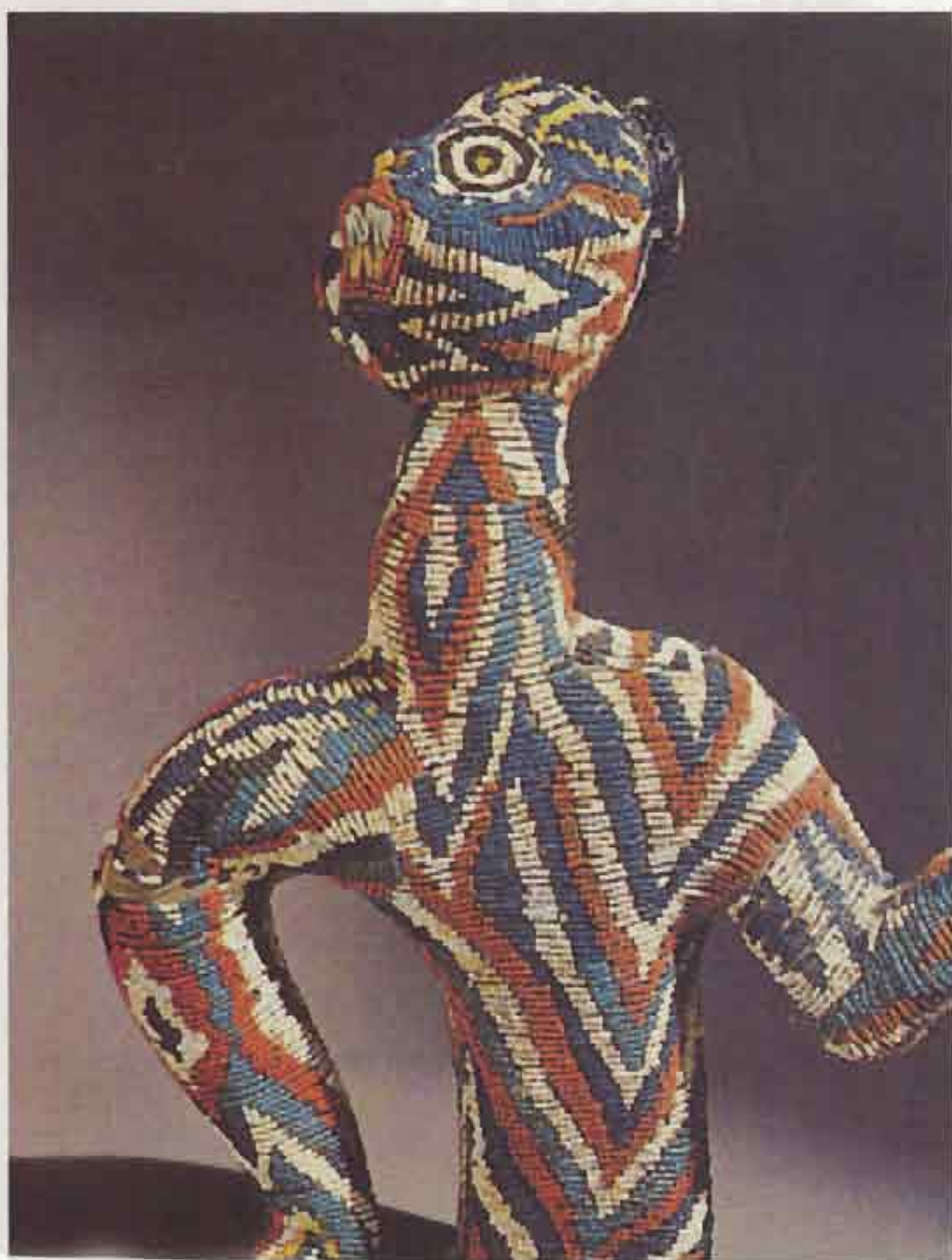


ALFONSO CALDERÓN

MÁSCARAS SOBRE MÁSCARAS

(DIARIOS, 1991 - 1992)



EDICIONES NEMO

1993

MÁSCARA SOBRE MÁSCARA

ALFONSO CALDERÓN

MÁSCARA SOBRE MÁSCARA

(Diarios, 1991-1992)



EDICIONES NEMO

1993

O make me a mask

DYLAN THOMAS

*A Miriam, como siempre, en el lejos
y en el cerca, a toda hora, sin rito alguno.*

La pente de mon esprit aboutit à une sorte de no man's land entre deux mondes, le réel et l'imaginaire... J'ai moins lu que rêvé sur des livres, et il m'est extrêmement difficile d'écouter jusqu'au bout des explications sur un sujet qui ne me préoccupe pas. N'existe pour moi que ce qui me passionne; cette phrase trace exactement mes limites.

Julien Green. *Journal* (3/8/1940)

1/1/1991

Creí que la prosa de Katherine Mansfield se me iría, con los años, volviendo desaliñada y borrosa. Sin embargo, al repasar cuatro o cinco de sus historias ("En la bahía", "La fiesta en el jardín", "Felicidad"), se percibe la ausencia de amor por el exceso, una de sus modalidades de acceso a la pintura del alma humana.

He recordado que muchas de mis reservas con Katherine Mansfield, a quien leí con placer cuando tenía quince años, provenían de unas palabras que acerca de ella, de su obra, de su carácter, había escrito Virginia Woolf (*Diario de una escritora*, 1951). Ésta se fastidió enormemente al leer, en 1918, "Bliss". Arrojó el libro y dijo: "¡Katherine Mansfield se acabó!", no sin advertir que no tendría más remedio que aceptar su "elegancia superficial" como prosista, mencionando muy ofensivamente que la inteligencia de K.M. era como una delgada capa de humus, con una profundidad de una o dos pulgadas, "extendida sobre roca estéril".

Miro, ahora, un poco más el *Diario de una escritora*. Hay, en el comienzo, dos páginas espléndidas de V.W. sobre Lord Byron. En un párrafo muy desdeñoso y arisco, admite que sus cartas son casi soberbias, pero halla "malísima" su poesía, lo que hoy parece confirmarse cuando uno cae en ese huracán de palabras que toma cada punto por ojo de la tormenta. "Caín" o "Sardanápalo" resultan ilegibles.

Byron —escribe V.W.— "rebosaba ideas, calidad que da dureza a sus versos". Sin embargo, es capaz de admitir que "Don Juan" es el poema "más legible, entre los de su longitud, que jamás se haya escrito, calidad que se debe, en parte, a la saltarina, descuidada, galopante y aleatoria naturaleza de su método".

Piensa que hay en él, en sí mismo, un descubrimiento. Se trata de una "forma elástica", capaz de contener "todo cuanto se mete en ella". Debido a eso, tal vez, Byron expresa "su estado de ánimo, fuera cual fuese", pudiendo decir "cuanto se le ocurriera". Al mismo tiempo, "no se obligó a ser poético, y de esta manera se hurtó a su lamentable talento de ser falsamente romántico y falsamente imaginativo".

Mientras escribo con un fino lápiz de mina que me remite al placer del escriba, a la antigua gloria del hombre que apoyaba el punzón en la arcilla, dejando liberada la gran fuerza de la escritura cuneiforme, evoco el viejo placer de la caligrafía escolar, con una pluma "R", en días de lluvia del invierno de Los Ángeles, mientras se oía en la radio lo que la BBC enviaba desde el campo de la guerra, en 1941.

Hoy, cuando la gente llama escritura a un modo de arrojar pelotillas de barro sobre el vidrio de una ventana, sigo dando vueltas, sin empeñarme en un pretexto para justificar el viaje a ninguna parte de las vacaciones, párrafos del *Diario de una escritora*, libro éste que a Virginia Woolf le parecía algo que fuese como un amplio y viejo escritorio, o un armario capaz de contener muchas cosas, un mueble en donde suelen arrojarse objetos heterogéneos, "sin ni siquiera mirar lo que son". Al cabo de los años, volviendo a mirar esos mismos objetos echadizos, se puede descubrir que ellos "se han ordenado a sí mismos".

¡Ahora a Isla Negra!

Isla Negra, 2/1/1991

Desde la ventana del gran dormitorio se ve "todo" el mar. Algo así como una línea muy recta se convierte en el punto de referencia. Podría ser "ese tranquilo techo de palomas". Un abejorro borrachísimo de néctar se golpea constantemente en el vidrio mayor, sin dar con los otros que revolotean en torno de la enredadera del jardín.

Mientras tomo el café, lentamente, mi memoria inquieta se mueve a gran velocidad, como si se tratase de un grupo de partículas elementales. Se me viene a la memoria, sin razón de peso o impulso lógico, un muy brillante ejercicio, un cortometraje de diez a doce minutos que filmara W.C. Fields, en 1939 ó 40, en el cual él, ese hombre de enorme y luminosa nariz, con el nombre y el carácter de un maestro de billar conocido como "el honrado John", da lecciones a un muchacho que quiere llegar lejos. Le expone el principio de razón suficiente: hay que ser eficiente, honesto, limpiísimo de alma, servidor respetuoso de la ley.

Toma el taco, lo espolvorea con la gloriosa tiza de costumbre, le dice que mire y oiga al chico, y, en seguida, se convierte en un soberbio y eficiente trapisondista que va infringiendo todas las normas del juego, en tanto parece imaginar que las borra con el despliegue de la información. Desecha, sin más, todo lo innoble, pero articula un universo en donde el decir y el hacer no se juntan jamás, sino en las espléndidas apostillas del monólogo de Fields.

Una revista: *Hombre*. El *fast food*, nada más que *bullshit*, invade el planeta. Allí debe haber hasta sesos apanados de necios, o bocadillos que son el fruto de los argumentos bioéticos o qué sé yo. Se trata de la colonización alimenticia, con el fin de justificar la inapetencia, el placer de los olores "verdaderos", el registro de los sabores perfectos. Y se atreven a hablar de una "revolución de los hábitos". Hay platos que tienen el sabor de un chaleco incinerado o las formas del tejido visceral.

En un artículo muy sobrio y realista, J.M. Illán (“¿Cómo se logra la economía democrática de mercado?”) enseña cómo es el gran nudo de la trama del neoliberalismo tradicional, que suele aparecer puesto al día: “El Estado concede la licencia o autorización para operar un banco, dentro de ciertas regulaciones y con algunos requerimientos mínimos de capital. Pero en realidad, los dueños o accionistas del banco aportarán como capital sólo el 5% del valor total de los activos en efectivo, préstamos y valores que manejarán, con lo cual sus rendimientos serán altamente productivos. Pero, la mayor arbitrariedad es que esos recursos se canalizarán, en su mayor parte, hacia prestatarios que, en opinión de los directores del banco, califiquen para obtener el crédito. Desde luego, los pequeños empresarios (agrícolas, industriales, etc.) no se verán favorecidos. Los escogidos serán los clientes principales del banco, que en muchos casos coinciden en ser los grupos más poderosos del país. Resultado de esto: la inevitable concentración de riqueza en pocas manos”.

El remate se da en el más puro y descarnado análisis de la ética sobrepasada, en donde Illán emplea el recurso de análisis de la “salvedad”. Escribe: “Además de los magnates financieros, hay otro beneficiario marginal, y éste (o éstos) son los individuos deudores netos, aquellos que tienen mayor deuda que ahorro, o que tienen deudas (préstamos a pagar) y no poseen depósitos o ahorros algunos. Ellos son partícipes del hurto global de que se hace víctima al “ahorrista neto”. Quizás sea esta la razón de que este abuso de confianza (en el valor del dinero) se realice sin que se produzca una reacción de protesta masiva. Los pocos grandes comparten el botín con muchos pequeños, y entre todos estafan al individuo que ahorró y que carece de deudas”.

Isla Negra, 4/1/1991

Sigo las huellas, en diarios y biografías de Virginia Woolf, de la locura que la zamarreaba constantemente hasta el día de 1941, en el cual, poniéndose un par de piedras grandes en el bolsillo de su abrigo, se echó mar adentro con el fin de hallar la muerte en el agua, que fue su elemento preferido. Se trata de lo que Lyndall Gordon llamara “la sustancia volcánica de su locura”.

Aun en broma, mostraba cómo la muerte era su única invitada real. Una vez dijo: “Me palpo el cerebro, como una pera, para ver si madura; estará exquisita para septiembre”. La ceremonia del horror ceñía su “talante elegíaco”, que alguien definiera.

Isla Negra, 7/1/1991

Un sueño extraño, que no procede de los efectos del Clorodiazepóxido: Veo —como James Stewart a Kim Novak, en la segunda parte de *Vértigo*— a Elena. Alegre, sonriente, relajada, como era en los primeros años del amor, en un bus de

París, cerca de la estación del metro de Passy. Me dice que se siente perfectamente bien, sin las molestias de esa humanidad que le parecía detestable e indigna. Me cuenta, para que nunca lo olvide, que ahora *es* (se llama, tal vez) Genevive Trientevic. Que busque sus señas en *La Palabra Israelita*. Despierto en paz.

El 22 de octubre de 1990 murió Louis Althusser. Permaneció en un hospital psiquiátrico luego de asesinar a su esposa Elena, a quien dio muerte ahogándola con un almohadón. No quería verla sufrir más. Le parecía que era una víctima sin justificación y que no merecía serlo. Se trataba de una suerte de acto de amor y de caridad definitiva.

Leo algo acerca de él. Desde los días de la Escuela Normal Superior, en la *rue d'Ulm*, solía hundirse en la depresión, que era esperada por todos sus amigos y discípulos, al modo de la llegada de las golondrinas migratorias. Se instalaba en el Infierno, sin posibilidad de salir, muy hondamente, y esperaba disgregándose en una serie de encuentros con su locura, en el corazón del laberinto.

Recuerdo que *Lire le Capital* y *Pour Marx* fueron textos nacidos de sus cursos. José María Alponete, en una crónica de diario y a propósito del libro de Régis Debray, *Les masques*, dice que las depresiones de Althusser ya formaban parte del folclore familiar de los normalistas. Sus amigos llegaron a tomar por hábito "no verle más que un mes de cada dos, y ello sin inquietarse demasiado", porque estaban muy bien enterados de cómo se daban los efectos de su neurosis maníaco-depresiva.

Entre 1965 y 1973, en Chile, parecía el vicario del marxismo "verdadero". José María Alponete dice que el proyecto althusseriano de una nueva "lectura" del marxismo aparecía "animado por la obsesión". Quería separar al marxismo de su influencia originaria, "el hegelianismo de lo absoluto". A los ataques de John Lewis (en *Marxism Today*), quien le acusaba de ignorar la filosofía de Marx, de no manejar la teoría marxista, de no conocer el pensamiento de Marx, Althusser respondió con largueza en *Réponse*.

Isla Negra, 8/1/1991

La gran obscenidad norteamericana que se registra en la frase: *Have a problem, we solve it!* Se trata, en el fondo, de colmar la vida con las ventas del milagro posible. Ser más jóvenes, más dinámicos, más ricos, más gozosos, más modernos, más consumidores, más simuladores. Todo se convierte en seducción.

El verso de Milton, *deja que tu mano me guíe un poco más allá...*, del *Samson Agoniste*, ofrece la seguridad de hacer de toda incertidumbre una posibilidad del conocimiento oculto. Es algo así como el "yo quiero amarte" o "cómo ganar amigos" en pocas lecciones, que llevan a la exaltación de la realidad más pura como mero incidente que es preciso explorar con vigor y admite el vencer los obstáculos para inventar una modalidad ceremonial del "puede el que cree que puede", un burdo paralogismo.

Ya hay un libro que se llama *El Tao de los líderes*, versión para "ejecutivos" del clásico del taoísmo, *Tao Te King*. El autor, John Gerder; en él se nos enseña que "si hay tormenta, déjala rugir: se calmará". Lectura de Goethe, por la mañana: *Diario y Anales (1749-1805)*. Me llama la atención lo que refiere de un campesino a quien se viera, durante el sitio de Maguncia, trabajando alegre y tranquilamente su campo, al alcance de los cañones, "detrás de un volcado cesto de seroja" (*Schanzkorb*, que sirve para forrar las trincheras). Goethe no se admira por el hecho mismo, sino que ve al individuo de pocos alcances que no resulta capaz de percibir los hechos más próximos, "sea cualquiera el rumbo que siga el gran todo".

Por la tarde, relectura del *Viaje a Italia*, de Goethe. Los diarios son un fondo de horror, en donde la naturaleza no queda mejor parada que en los días del Paleolítico Superior (Golfo Pérsico, Israel, Mogadiscio, Haití). Se dice que, a mediados del año pasado, el Vaticano, en procura de "una inyección de capital fuerte" (*América, Economía*, N° 41, julio 1990), ha contratado los servicios de una especie de "megaagencia" publicitaria británica, Saatchi & Saatchi. Por todos los medios considera preciso borrar la mala imagen empresarial de la Iglesia luego del embrollo trapisondista del Banco Ambrosiano. Pronto veremos convertida en realidad pura aquella escena surrealista o patafísica de Fellini, en su película *Roma*, cuando los cardenales se prueban casullas con luces, galas e intermitentes, en un desfile de modelos y paramentos.

Isla Negra, 9/1/1991

Intento de imponer una dictadura en Haití. Los viejos manes del duvalierismo, los penates de los *tontons macoutes*, el rigor cósmico del vudú, la presencia del figurativismo, de la sevicia, del nepotismo, para rehacer el eje dinámico de la brujería política, acrecentando las posibilidades antropológicas de las exploraciones de las ciencias sociales. Por suerte, el pueblo se levanta en defensa de la naciente democracia encarnada en el sacerdote-presidente Jean Bertrand Aristide, quien obtuvo en las elecciones libres más del 70% de los votos.

Isla Negra, 10/1/1991

Una vieja fábula latina: "La Inquietud cruzaba por un lugar en donde había arcilla y pensó en crear al Hombre. Así fue como cogió un pedazo de tierra y empezó a modelarlo. Mientras reflexionaba en lo que estaba haciendo, se le apareció Júpiter. La Inquietud le pidió que infundiera el espíritu al pedazo de tierra que había modelado. Júpiter lo hizo así de buena gana. Pero como ella pretendía ponerle a la criatura su propio nombre, Júpiter lo prohibió y quiso que llevara el suyo. Mientras disputaban sobre el nombre, se levantó la Tierra, y pidió que se llamase como ella, ya que le había dado un trozo de su cuerpo. Los litigantes llamaron a Saturno como juez, y Saturno, que es el tiempo, sentenció justicieramente: "Tú, Júpiter, porque le has dado el espíritu, te llevarás su espíritu cuando

se muera; tú, Tierra, como le diste el cuerpo, te llevarás el cuerpo; tú, Inquietud, por haberlo modelado, lo poseerás mientras viva. Y como hay disputa sobre el nombre, se llamará *homo* (el hombre), porque de *humus* (tierra) está hecho' ”.

Isla Negra, 10/1/1991

Lecturas: *La casa de la alegría* y *Las costumbres del país*, por Edith Wharton. Un modo de ofrecer una escritura que quita el velo al fetichismo social norteamericano de los comienzos de este siglo. Lo real se vuelve transparente al ofrecer la transgresión de las mitologías de consuelo. Hay algo perverso en las relaciones humanas. Los que padecen no quieren quitarse de en medio. Son capaces de perecer por un capricho que no tiene que ver con la mente, sino con los efectos del culto familiar.

Suite en re menor, de Bach. Contemplación, por largos minutos, sentado en la galería de la casa. La ola que va, viene, revienta; se retira el agua, queda la espuma y la humedad en la arena. Después, vuelve a las andadas y repite con bella monotonía el esfuerzo de un acto corriente. Miriam dice, al verme embelesado: “¡Volverá a hacer lo mismo mil veces, cuando ya no estemos, y durará más que todos cuantos viven hoy!”

Isla Negra, 11/1/1991

Trío para violín, cello y piano, N° 2, en mi menor y *Sonata para cello y piano en re menor*, de Shostacovich, por Isaac Stern, en violín; Yo-Yo Ma, en cello, y Emanuel Ax, en piano. La música y el gesto lo son hoy todo. Mirar el mar como uno se mira los dedos de una mano, para agradecer muy pudorosamente el hermoso verano.

Un libro inteligente y grato, *La revocación del Edicto de Nantes*, por Pierre Klossowski. Todo parte de una cita de Quintiliano (“Algunos piensan que se comete también solecismo con el gesto, cada vez que, mediante un movimiento de la cabeza o de la mano se da a entender lo contrario de lo que uno dice”, *Institución Oratoria*, I, 5. 10).

Las situaciones dobles y el “solecismo” gestual proponen el tema de una novela que no es otra cosa que una constante reinterpretación de un argumento o historia, posibilitando la gloria del exceso en el equívoco, en la duplicidad, en la máscara, en los hechos como espectáculos puros e irreverentes. Por ahí, el parentesco de la gran familia de los que habitan el palacio del exceso con miras a la sabiduría misma (Sadé, Bataille).

Disimulación, tautología, metáfora, impostura, palimpsesto.

Chopin, en el piano de Arrau.

Isla Negra, 13/1/1991

Saddam Hussein dice, pensando en las víctimas futuras del enemigo que se ha buscado, que éstos nadarán en su propia sangre. Quiere así purgarse en salud por

lo que presumiblemente habrá de ocurrir, para desgracia de la humanidad, con los suyos. El gran problema es la incapacidad mutua para escapar al tipo de eslabones que pueden forjarse en una cadena interminable que lleve la guerra a todo el Oriente Medio, debido al genio maligno de los seres humanos que ven la solución de los problemas en la fuerza y no en las razones. No hay aún Edad de la Razón, un mínimo acorde genérico del siglo XVIII europeo, para el mundo islámico.

Isla Negra, 15/1/1991

Fin del veraneo en Isla Negra. Sumergido hasta el cuello en la felicidad de no hacer nada. Topografía de los cuerpos en la arena. Hojeo lentamente el diario. Me entero del nombre que llevan las religiosas de *Entre tinieblas* (1983), la película de Almodóvar, hijo de la década de la "movida" madrileña, que ya terminó: Sor Estiércol, Sor Rata, Sor Víbora, Sor Perdida. Al marqués de Sade le habría encantado saberlo.

Santiago, 17/1/1991

Venció el plazo dado a Irak por las Naciones Unidas. El ataque ha comenzado a las 10:15 de la noche, hora de Chile. Se trata del desenlace de un drama patético, frío, "orgánico", confesión del fracaso del hombre para hallar los rasgos flexibles de la conducta, los elementos que permiten a la humanidad usar las herramientas morales adecuadas para sobrevivir. Se trata de un todo o nada, lo cual parece mostrarse como un rasgo típico de la moral del jugador de naipes.

Ya no sirven esos términos que encantaban a Proudhon, *destruam et aedifico*, "destruiré y edificaré". Los símbolos de entendimiento parecen dejar desprender la cáscara para mostrar un fruto que nunca estuvo en sazón. Bagdad es atacado con dureza: toda la aviación deja caer toneladas de bombas, dando paso a una comparación que lanza un comentarista: en un día se ha dejado caer "material" de destrucción que equivale a "un Hiroshima y medio".

Karl Marx vio muy claro el fin de los símbolos, sin incurrir en vaguedades. En el *18 Brumario de Luis Bonaparte* anotó: "Libertad, Igualdad, Fraternidad... cuando lo que esta república significa es Infantería, Caballería, Artillería". Con el fin de fortalecer, en crecimiento, la *Yihad*, Hussein prestigia el Apocalipsis y define los términos que le resultan útiles. Si el panarabismo es, a mi juicio, una abstracción inane, en lo político. Si lo tribal prevalece como rasgo persistente. Si se le concede el carácter de cruzada, un acto estrictamente medieval, el asunto puede durar mucho tiempo y el exterminio, el fanatismo, la violencia constante, el terror pueden definir el rango de esta guerra. ¡Que Dios no lo quiera!

Santiago, 18/1/1991

La guerra por el petróleo irrita a los jóvenes norteamericanos. No quieren

cambiar sangre por el maldito oro negro. Sobre el espíritu de la "guerra del petróleo", a través del tiempo, sin necesidad de remitirse a los días de Moisés, hay una bibliografía vasta. Recuerdo el libro de Zizka, en donde se muestra la espléndida crueldad de los magnates y el juego de los intereses financieros. Conozco, además, los textos de Essad Bey, en donde se anuncia el clima moral que se respira en un mundo en donde los pozos determinan una conducta. Recuerdo cómo, presumiblemente (como he leído en algunos trabajos), jeques árabes y petroleros texanos "contrataron" a una institución para que diese muerte al ingeniero Enrico Mattei, el italiano que pretendía nacionalizar, en el primer gobierno de la Democracia Cristiana de Italia, la industria y proceder a comercializar el petróleo sin apelar a los intermediarios. Francesco Rossi hizo cine-verdad con la dramática historia, partiendo del momento en que una bomba explota en el avión que traía desde Sicilia a Roma al ingeniero.

Sin embargo, la pasión cálida de Hussein no tiene salida, porque no reivindica su posición antiimperialista, quitando, mediante la toma de Kuwait, un riñón del comercio del petróleo, llegando, con ello, a dominar un 42 a 48% del petróleo mundial; se agravó perversamente con una vuelta al timón de la historia, queriendo resucitar el viejo estilo de las guerras de religiones de la Edad Media. Y para ello, la teoría de la reversibilidad general no funciona hoy en día. Su cruel exhibicionismo ante los kurdos, a los que trató de exterminar; su larga guerra en contra de Irán, que bien bailó todo el verano, en donde no sólo importaban el uso de los "materiales" y tecnología bélica, sino el desangramiento físico de la población, muestran lo que sería posible esperar de él.

¡Misiles caen en Tel Aviv, Haifa y Jerusalén!

Santiago, 19/1/1991

No tengo la paz necesaria para comenzar la relectura de los *Diarios* de Paul Klee. Estoy ahora mucho mejor preparado para entender algunas cosas que, por escasez de conocimientos, no pude descubrir en la primera ocasión, aquellos días duros de 1968 en los que vagaba por las calles santiaguinas, en el verano, negándome —por afán masoquista— a comer y alimentándome con café cortado, cine a granel, compra de objetos innecesarios, y rostro que llamaba a la compasión. Solía sonreír cuando alguien me decía: "¡Ya vendrán días mejores!"

Recordando esos días creo que escribí algo en unas páginas de mi *Diario* que presumiblemente extravié; di en anotar unas palabras de Rainer María Rilke, ese adalid de la soledad, por la que luchó en buenas y malas jornadas, en donde se decía: "Lo que nos sucede posee tal ventaja sobre lo que pensamos, sobre nuestras intenciones, que jamás logramos alcanzarlo y jamás conocer su verdadera apariencia".

Lo que me parecía extraño era que Rilke se refiriera a una forma de relación ilusoria con el mundo, al mencionar algo que es un bello absurdo: la "auténtica

apariencia". ¿Tenía el autor de *Elegías de Duino* una fórmula para resistir a la fascinación de lo real? ¿Qué le ocurría cuando daba en enfrentarse cara a cara con los acontecimientos naturales? Algunas cartas mendicantes que envió a modo de petitorios a Rodin revelan que era algo así como un gran parásito sublime.

Al amanecer hubo más misiles sobre Israel. Hussein quiere cambiar el estilo de la guerra. Del petróleo desea pasar a la unidad política en el espíritu de Mahoma. El problema es que juega con cartas marcadas, y eso ha de hacerle más daño que bien. ¿Replicará Israel con las llamadas grandes armas convencionales? Ritualizar la crueldad, justificarse ante la historia no son cuestiones que le importen demasiado al líder iraquí.

Viña del Mar, 21/1/1991

Basora, el mundo de *Las mil y una noches* es hoy un posible lugar de destrucción, pues se ha convertido en uno de los puertos petroleros de Irak. En Bagdad se quedaron algunos de mis delirios imaginativos de los quince años. Todas las películas de John Hall, de Sabú, de Turhan Bey, de María Montez. ¡Que Dios me perdone! Mostraban un minarete o un zaquizamí y yo tenía la cabeza llena con el rostro sensual de la actriz.

El negocio de la guerra sigue en el Golfo Pérsico. El cohete Escud es el nuevo brillo que oculta el pavor de los hoyos negros. El Patriot sale en su busca para destruirlo. ¿No decíamos que el mito de la Guerra de las Galaxias era un juego obtuso de las series de televisión? Leo que el *Wall Street Journal*, ocupado de contar la verdad de los negocios, deja anotado: "Seguimos aún en un ambiente inestable". No se refiere, por cierto, al clima moral de la humanidad de hoy, sino a las acciones de la Bolsa de Valores.

¿Puede alguien, con un mínimo de cordura, llamar "Guerra Santa" a un conflicto que pretende —en nombre de una causa— pensar en eliminar al Otro, su hermano, su semejante? ¿Qué ocurre hoy en Bagdad, en Tel Aviv, en Rihad, en Haifa? Nos volvemos esclavos de la incertidumbre, lo cual incluye una mezcla de ira profunda, de dolor, de vergüenza, de inseguridad, de compasión. La televisión nos da golpes continuos y los expertos traen el apocalipsis a casa. Ya lo anunció, a comienzos del siglo, el gran dibujante Robida. Pintó una imagen de la familia unida, en el living de su casa, mirando una suerte de imágenes de cine que le traía noticias "frescas" de la próxima guerra.

La espléndida locura final de Nietzsche se da en un texto que puede ser apócrifo: "El viento cubrirá la ciudad y se agitará sobre ella como una gran sábana blanca. Las gentes correrán a los campos. La iglesia quedará vacía. Cristo está solo, tiene frío. Abrirá lentamente los ojos, y verá cómo se golpean las puertas de la iglesia. Nadie le ayuda. Él quiere desclavarse y huir".

Hablo en Valparaíso durante una ceremonia en homenaje a Carlos León. ¡Lo extrañamos en su muerte! Tenía —según dijo— "una irresistible vocación para no

hacer nada" y, muy temprano, admitió sin ánimo de agraviarse a sí mismo que sus aptitudes para vivir eran mínimas, dado que "carecía de ilusiones tradicionales, ninguna ambición turbaba mi ecuanimidad, era nulo para los menesteres prácticos y tenía una decidida inclinación por las cosas inútiles". Por lo demás, pensó continuamente que, de haber seguido sus impulsos naturales, se hubiera dedicado por entero a "mirar, a escuchar evocando por las noches como al eco, sucesos y personas memorables".

Viña del Mar, 22/1/1991

Al amanecer pienso, cuando oigo lo del miedo en Tel Aviv, lo del dolor de Israel. El miedo, una vez más, en el curso de la historia. Yo sé que allí se halla lo que Freud llamara "la identidad interior". Sé que hay, en ese lugar del mundo, que arreglar muchas cosas con los palestinos, y es un deber llevar a cabo el arreglo. Pero hoy Israel es el pretexto que tiene Hussein para edulcorar su *libido dominandi*. Israel sobrevivirá en la realidad y en mis deseos. Isaías en lugar de Jeremías.

26/1/1991

Exámenes médicos. Probar mi reacción con una dosis alta de glucosa. Así se puede determinar si algo tengo de diabético. El médico piensa, más bien, que se trata de mi colon irritable, y dice que es el tributo pagado por ser hombre de letras. Saúl Bellow ha escrito en alguno de sus libros que los hipocondríacos son sus propios terroristas. Si no lo he de saber muy bien yo.

Algo de música para amansarse en mi condición de fiera herida por el efecto de la glucosa. *Tombeau de Couperin*, de Ravel. La figura musical se diluye con hermosura. Música sobre la música misma. Lo de Yeats es muy cierto, si pienso en anteriores audiciones (1967): "Morí muchas veces./ Volví a levantarme otras tantas".

En la calle encuentro a H., botánico. Me habla —pues piensa que a mí, como poeta, ha de interesarme— acerca de la belleza morfológica de los cortes en una azalea. Ve, sin melancolía, la destrucción de la flor-conejillo de Indias, y siente que no es preciso llamarse a melancolías con las flores. Hay que darles todo el amor de la ciencia para que su existencia tenga sentido —concluye—.

Un video. *¿Quién mató a Harry?* (1954), dirigida por Alfred Hitchcock. Es una notable farsa dispuesta a convertirse en el comodín del naípe del gran director, quien parodia su propio estilo. Quiere despojar a la muerte de su don lúgubre; al presunto crimen, de su vigor maléfico; a los rigores y patetismos del drama, de su extrema patología.

Se filmó en Vermont y eligió el otoño por la consonancia vivaldiana de un carácter de sonata. Quería, además, incorporar al texto, el color del oro viejo de las hojas, el destello de los árboles que aún aspiran a ser amados, ofreciendo su sombra. Sin embargo, "ese" otoño en Vermont hubo temporales y los juegos de

un huracán moderado. El viento estropeaba la naturalidad y el juego de consonancia con la historia, evitando la sordina.

Debió filmar las escenas en el estudio. Luchó contra el ruido que hacía la lluvia echando a perder los diálogos en los interiores. No le quedó otra cosa que filmar, un día cualquiera, sin los protagonistas, los exteriores y "pegarlos" en las escenas. Aún más, debió, en Hollywood, usar árboles de plástico, amarrar en ellos hojas de otoño, seleccionadas con cuidado, y atenerse a un césped cuya artificialidad no es notada por el espectador.

La aprecio ahora muchísimo más que en 1956. Mi existencia, por esos días, se veía corroída por la lobrete. Quería ver un modo de detener los desastres y éstos superaban largamente mis fuerzas. Vivía literalmente a salto de mata. Lo cual, qué duda cabe, no es vivir, sino sobrevivir hasta que se pudiese. Me irritó la película, porque en momentos en que la idea de la muerte me rondaba, jugar con ese asunto por parte de un especialista en el género macabro o gran guñol, era la burla de la mano derecha con la mano izquierda, asunto que podía yo aceptar en el teatro de George Bernard Shaw, que iba leyendo entonces, obra por obra, puesto que se trataba de un moralista y no de un jugador con cartas buenas, pero marcadas. Quería, en el fondo, pedir al director que el tema de la muerte fuese tratado a mi medida.

Por esos días, yo me daba vueltas para encontrar el origen de la palabra "gringo". Leí que se atribuía a una canción que los marinos llenos de ron hasta el cuello entonaban en los figones de Valparaíso: *Green grow the rashies, O! / Green grow the rashies, O! / The sweetest hours that e'er I spent! / Were spent among the lasses, O!*

Me parece una prueba arreglada para la ocasión. Hoy, en cambio, pienso que el asunto tenía que ver más bien con una deformación de "griego".

Santiago, 28/1/1991

Doy término a una lectura en suspenso, que, en su momento, me pareció lenta: *Son más los que mueren de angustia* (1988), por Saúl Bellow. La verdad es que la relación entre el tío botánico, el sobrino que se dedica a llorar sobre la leche derramada, por lo de su novia a quien no logra entender, de la madre que puesta a proteger leprosos o qué sé yo en un lugar apartado, y del padre, una especie de Apolo Musageta que se dedica, con éxito, a las mujeres, en París, me parecía débil, algo estirada en las anécdotas y, sobre todo, fría.

La relectura me revela algo más. Se trata de una historia de hombres y mujeres predadores que se encarnizan con el objetivo erótico y dan cuenta de la marcha de la sociedad, atribuyéndose virtudes que han sido siempre nada más que los rasgos de los miembros de la horda o del clan. Buscar la presa es el objetivo de los personajes del libro.

Hombre-ideal o mujer-ensueño son nada más que un fruto de la mezcla, una suerte de burla del paradigma en cuanto éste es más bien un modelo abstracto.

Saúl Bellow piensa que las mujeres eligen un "compuesto" de Muhammad Alí, por el sexo; algo de Henry Kissinger, por el sentido común; Cary Grant, por la apostura; Jack Nicolson, por la diversión. A ello hay que agregar a André Malraux, "o a algún judío", por el cerebro. Se trata de concebir la luminaria como tal, en toda su esplendidez. ¡Palos de ciego sobre un murallón en movimiento!

Irak anuncia que pronto comenzarán los ataques con armas químicas. Se las vendieron los alemanes y éstos, a la hora de los ajustes de cuentas, envían a un ministro a pedir disculpas a Israel. Allí les recuerdan que los judíos, por razones históricas de peso, tienen en la memoria los crematorios, las pruebas en que los nazis les dieron condición de cobayos humanos, y, sobre todo, una opinión pública muy sensibilizada acerca de lo que significa, otra vez, sentir que los viejos vinos se colocan en odres nuevos, con cambio de marbete. No en vano, el embajador de Israel en Chile, Daniel Mokady, alude muy llanamente a cómo la gente aguarda que los israelíes le corten el bigote a Saddam Hussein. Estados Unidos alarga el conflicto. Temó que se las vean duras en cuanto ataquen por tierra, pues Irak conoce el problema de las enormes temperaturas, de las tempestades de arena, de los obstáculos que ellos han colocado para evitar el avance de la operación terrestre. Por otra parte, y eso es seguro, Irak mantiene una aviación poderosa casi intacta.

En la plaza de San Pedro, los fieles oyen al Papa referirse a la imposibilidad de aceptar la noción de "guerra santa". Ya no anima a la Iglesia el medieval espíritu de cruzada. Grupos de judíos, con quipá, banderas, enseñas y pancartas piden ¡Paz! ...y el reconocimiento por el Vaticano del Estado de Israel. El Papa orará por el pueblo de Israel, lo sabe víctima (y lo dice), grita: "¡Shalom!" (fuera de texto), pero elude con firmeza el problema del establecimiento de relaciones diplomáticas entre el Vaticano e Israel. Insiste, eso sí, en que reconoce el derecho a existir del Estado de Israel.

Santiago, 30/1/1991

Mi mano tiembla por efecto de la mala noche. No logro afirmar un clavo en el muro, en minutos, de lo que me resulta una ardua labor que no tiene proporción con el estado de ánimo. Guardo, avergonzado, un poco de silencio. "Y yo sólo estaba con una caña en mis manos;/ estaba desierta la noche, la luna en cuarto menguante/ y la tierra olorosa por la última lluvia./ Susurré; el recuerdo duele dondequiera que uno lo toque,/ el cielo es pequeño, ya no existe el mar,/ cuando muere de día lo vacían con carretas desde la cima" (Yorgos Seferis).

Ayer encontré, tarde más bien, después de haberlo buscado por años, un libro de Budd Schulberg, *Los desengañados*. Es una crónica novelada de los fantasmas del viejo Hollywood. Aquí están los vencidos y los triunfadores, las putas y los rufianes, las reinas y los reyes, los fulleros y los predicadores, los escritores y los magnates, y el paisaje que se va ennegreciendo a medida de que cada cabeza halla el lugar preciso sobre el escenario vacío.

El héroe, si se puede dar ese nombre al Cristo desclavado que es Manley Halliday, tan Scott Fitzgerald como Scott Fitzgerald, en el año 1938 ó 39. En su carne se conduelen todos los vapuleados de la década que se cierra un poco antes de la Segunda Guerra. Buscando las diez de última, Manley prepara el argumento de "Carnaval de invierno"; esa empalagosa historia idiota que vi en Los Ángeles, el 29 de julio de 1940, con Ann Sheridan, quien hacía la imbécil perfecta, algo inocente, que podía decir: *oomph, oomph, oomph!* durante la fiesta colegial, en una semana de nieve, en medio de los aullidos de los lobos feroces del *college*, que van a elegir su reina y van a vivir para contarlo como algo sugerente y grandioso, todos los días de días de sus condenadas vidas.

Al lado, un libretista, otro futuro Scott, apura la copa y asiste a la caída del antiguo triunfador que desborda en el mundo, dando vueltas a sus viejos sueños falsos, a las ilusiones perdidas, a la botella en donde hace de cómitre de la galera, Ve Shepp, así se llama, derrumbarse al ídolo noqueado por el mundo que ya no ha de volver a levantarle la mano.

¡Qué dolor tan grande! "De pronto —escribe Schulberg, situando el ojo del perfecto mirón implicado—, sentado entre las inconscientes parejas del carnaval y el doliente Manley Halliday, sintió una nueva emoción, que no era ni el vano culto al héroe de los primeros días ni el impulsivo desprecio de la noche anterior; ahora no veía ya toda fuerza ni toda debilidad, sino la debilidad en la fuerza y la fuerza en la debilidad".

Ya el escritor es para el mundo del cine sólo un espléndido molusco devorado en la playa, libre de la pasión de sentir, educado el ojo del conocimiento absoluto, el de su propia muerte, en el dolor más fuerte, ese que desgarrar sin soltar; acaricia, sin tregua, llenando todo con lo único que queda: el pavor. No dejaba de tener razón Paul Valéry, pues la pregunta de Corneille que él usa a modo de epígrafe de *La Joven Parca* va de lleno en la caída del telón: "¿Y toda esta maravilla fue creada para mansión de una serpiente?".

Las páginas relativas al carnaval, en la novela, son espléndidamente brillantes, aunque sosas, porque tratan de pasar a la página y al párrafo el clímax del dolor de Manley, de su fracaso, de la derrota, en medio de una atmósfera recargada y chillona, en donde befan ruidosamente al anciano de cuarenta y tantos años que trata de no verse a sí mismo como un muñeco de estopa que ya no sirve para el espectáculo de títeres en el mundo irreal del cine.

Santiago, 6/2/1991

Indulgencia conmigo mismo. Menosprecio de las mitologías. Doy vueltas, sin entusiasmo, por quedar bien con el astuto que a veces quiero ser, al *Essai sur l'origine des connaissances humaines* (1746) de Condillac. Ni siquiera me reprocho el haber abandonado, por unos días, este "Diario". A veces tomo unas notas sobre la taza de café, las migas del pan, esa mosca que vagabundea sobre el mantel hasta lograr irritarme o repaso el *Sistema de la moda*, de Roland Barthes.

Me sorprende el rito fúnebre que se preparó John Huston. Nada de meterse con los héroes de la Biblia o con una historia de violencia y de pasión. Buscó un texto íntimo, nostálgico, ácido por momentos, de James Joyce, que se halla en *Dublinenses* bajo la forma de un relato no muy breve, "Los muertos" y, metido respirando oxígeno con una máscara, siguió la cámara que llevaba su hijo, deseando que el testamento fuese un llamado al corazón de una ciudad, Dublín; de una época, 1904 ó 5; de un grupo familiar; de una localización, un ámbito pequeño-burgués, y de las sensaciones y claves de las jornadas de vida social privada. Es una pieza perfecta, juguetona, poética, que sobrecoge.

Más tarde, lectura de un viejo libro de la colección "El Séptimo Círculo", cuando la dirigían Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares, *Una bala para el señor Thorold*, de R.C. Woodthorpe (1949). Crimen en un colegio público inglés que se halla referido como un ejercicio matemático o un problema de ajedrez.

Me llama la atención un párrafo que, sin tener relación estricta con la anécdota central, se refiere a la violencia ejercida por los maestros en los escolares (ni hablar de los azotes, que fueron una clave de la enseñanza en Inglaterra). El profesor Holt realiza un bombardeo léxico (capítulo IX) en donde no queda término del diccionario sin que sea usado: "¡Badulaques mentecatos, retardados estúpidos, peleles, tontos fatuos, beocios imposibles de educar, bufones simples, palurdos, tercos, vanos, papanatas, mastuerzos, zotes, imbéciles, lechuzas, truhanes, maricas, idiotas, patanes, leños, adoquines, cabezas huecas, colección inestimable de ruidosos lunáticos!"

Santiago, 7/2/1991

¿Fue para mí, o tal vez sigue siendo, la literatura una forma minúscula de la manía? Mi yo precario ¿se exaltaba junto a la página, como ante el altar de un dios misterioso y profundo? ¿O se trató, tan sólo, de una forma de eludir el hacer por la vía del decir; del saber, en lugar del aprender y del analizar? Yo sentía a ojo, a mano, a voz, a aliento, la plenitud. No deseaba continuar el aprendizaje mediante la sumisión a los ritos escolásticos. ¡Vivirlo todo! He ahí el principio de mi orgullo.

"Yo soy un *littérateur*, escribió el crítico Belinsky". En lugar de someterme, en la búsqueda, por otros medios, del mí mismo, necesité, a menudo, justificar mi manera de desbordar los días. Preferí refugiarme tras el "velo semitransparente" (Virginia Woolf) que a veces encubre la verdadera existencia u ofrece veladuras imprevisibles en el seguimiento de eso que llaman "la carrera literaria".

9/2/1991

El dolor, los ascos, la resignación, el aburrimiento y, en algunos casos, sin alardes, los bostezos desembozados de las mujeres de la serie de *Planchadoras*, del gran Degas. Me conmueve la soledad total de una de ellas que abre la boca, se toca el

pelo con la mano izquierda en tanto empuña en la mano el gollete de la botella de vino. Todas las que contemplo pertenecen al período 1870-1885, por los días en que, a los cincuenta años, Degas, en cartas a los amigos, se lamenta por la soltería, bloqueo en sus planes de trabajo y pérdida de lo que llama "el hilo conductor" y la "vista enfermiza", en tanto dice sonreír con "una mueca resignada".

Por ese tiempo lee el *Quijote* y admira al héroe trabucado por los golpes de revés que le da la realidad. Murmura: "¡Ah, qué hombre feliz, que muere tan bella!". En un cuadro de la misma época, *Miss Lola en el Circo Fernando*, el estallido del rojo anticipa a los fauvistas. El pastel comenzaba a ser el medio predilecto de Degas y, tal vez, por los problemas de la vista, se dedicaba al óleo con menor frecuencia.

Los viajes, que imaginaba como asedios a otras formas, líneas, colores y puntos de vista, ya no le provocan un gran placer. El 7 de enero de 1886 escribe, desde Nápoles, a su amigo Bartholomé, diciéndole que no ve la hora de ser devuelto, "como las Valquirias", a su palacio de fuego, es decir, al estudio de París, "caldeado por una buena estufa". Ya en París le escribe a Henri Rouart contándole que si no se movieran las hojas de los árboles, "¡qué triste estaríamos nosotros y ellas!".

Se vuelve intolerable, las rabietas son memorables, los actos de descortesía abundan y sus hábitos de franqueza ilimitada se convierten en parte de su relación cotidiana con el mundo y con las personas. En 1895, según contó en su *Diario* Daniel Halévy, le dijo a Oscar Wilde algo terrible. El autor de *El abanico de Lady Windermere* dio en alabarlo, de entrada, observando: "Ya sabe usted cuánto se le conoce en Inglaterra". Degas replicó: "Afortunadamente algo menos que a usted".

No quería perder tiempo, ni se daba mañas para excusarse por pereza. A veces, eso sí, se quejaba de que la mala vista, la ceguera casi, le impedía hacer lo que deseaba con su obra. De pronto una conversación acerca del arte, lo irritaba sobremanera. En casa de los Rouart, en 1896, gritó: "¡A mí lo que me interesa es el trabajo, los negocios, el ejército...!". Lo cual parecía una suerte de humorada agria, sabiendo que él, durante el proceso a Dreyfus, eligió seguir la opinión del ejército. Su antisemitismo, además, lo convirtió en pendenciero y temible. Algo de ello ha contado Proust en las páginas que dedica en uno de los tomos de *En busca del tiempo perdido* a lo de Dreyfus.

Recién ahora los norteamericanos comienzan a pensar que la resistencia de los iraquíes era más de lo que esperaban. Daban en creer, seguramente, que iban a combatir con tribus bien armadas y no con ejércitos modernos, dueños de los mejores materiales de guerra y con un espíritu que no admite salir de sus casillas, pese a los bombardeos continuos.

Los nacionalismos perturban, en la Unión Soviética, cada día más el espíritu de las reformas de Gorbachov. Las etnias, en Yugoslavia, pueden dar al diablo con la unidad, forjada a sangre y fuego en la primera posguerra (la del 14-18) y en los intentos duros, eficientes, implacables de Tito. Es otro polvorín.

Vimos después de algún tiempo dos películas de Truffaut: "Los cuatrocientos golpes", que fue un descubrimiento, en los primeros años de la década del sesenta, y "La noche americana", que es verdaderamente una birria. ¡Cómo han envejecido!

Santiago, 11/3/1991

Un cuadro impresionante de Arcimboldo, que no conocía. Representa, al mismo tiempo, a un hombre hecho de cosas, una especie de "Hombre-Naturaleza Muerta", que recibe el nombre de *El Bibliotecario* (pintado hacia 1580). El pelo está hecho de un libro abierto; el cráneo es un libro puesto de plano; la nariz, un texto situado de canto, y el cuerpo, sólo una pila de libros sin anaquel. Es, al mismo tiempo, la figura de la función y su parodia a lo Aristófanes.

NOTA: Releer el notable ensayo de Roland Barthes sobre Arcimboldo.

Santiago, 13/3/1991

Doy con una ficha que usé en clases hace mucho tiempo. Es una muy espléndida explicación de Rainer María Rilke. Expone el poeta, con peculiar cortesía de la claridad, las relaciones que hay entre el registro de lo visible que hace el artista y el modo de transposición estética: "Se toma lo visible con mano firme —anota—, se lo coge como un fruto maduro, pero su peso es nulo, porque apenas colocado se lo obliga a significar lo invisible".

Santiago, 14/3/1991

Renoir se negaba a leer *Madame Bovary*. No pensaba en que ese libro podría enternecerlo y, a su juicio, carecía de todo interés. Decía: "¿Por qué tragarse uno trescientas páginas porque a un farmacéutico le ponen los cuernos?".

Santiago, 15/3/1991

Balneos, "baño".

*

La hora de meditación profunda con la cual los chinos aguardaban el Año Nuevo. Hoy sólo es bullicio, buenos deseos, pero la meditación desaparece, puesto que si eso no ocurre uno va a convertirse en una aguafiestas.

*

Si bien los osos no comen carne muerta, las viles ratas de biblioteca se alimentan sólo con cadáveres. Arduamente, por razones académicas, suelen habituarse a no ver más allá de los miembros esparcidos de un autor.

"La estupidez no es mi fuerte" —decía Paul Valéry—.

Santiago, 21/3/1991

He dejado que el *Diario* se interrumpa. ¿Razones? Ninguna en particular. Desidia, tonalidades sombrías que dibujaba la Guerra del Golfo, una intensísima relectura del *Proust*, de Painter; las noticias que me dio el médico acerca de la necesidad de operarme (hernia a la ingle). Y, sobre todo, el afán de no exceder en el campo de la gracia y convertir esto en una obligación que se ejerce, desdignificándose, a presión.

Me he quedado oyendo a Prokofiev y repasando en la memoria el efecto que me produjo la audición del lunes en el Teatro Municipal. Sobre todo el texto de Richard Strauss. Éste surgió a raudales, con efectos sonoros que me resultaban dolorosos e indigestos, como el vituperable *curry*. Cuando Diaghilev representó el ballet de Prokofiev, *El paso de acero*, un "canto al maquinismo", Stravinski gritó que, en él, Prokofiev mentía con cada nota.

Más tarde, luego de dejar a Miriam en el aeropuerto y ver partir el Lufthansa que vuela a Roma, me metí, como hago a lo lejos, en la música de Edgar Varèse, el amigo de Tristán Tzara. El músico sostenía que su época, la década del 30, en los comienzos, bien valía no aceptar ningún sistema o método armónico, dejando que todo se caracterizara por la velocidad y la síntesis, poniéndose a trabajar con masas, planos y volúmenes.

En 1929 quería evitar verse sometido a los viejos sonidos, porque quería que se enriqueciese "nuestro alfabeto musical". Veía la solución del caso en la necesidad de crear "instrumentos capaces de producir sonidos continuos en cualquier intensidad" y, para ello, era necesario trabajar con los electricistas. Para hacer una música del siglo xx el instrumento antiguo ya no sirve: hay que crear los propios del siglo xx.

Difícil es evitar el peso de la pasión fría y extraña de sus *Hiperprismes*, *Octandre* y *Amériques*. Uno siente que lo que oye viene de las medidas cósmicas, del hervor de la naturaleza, del envión de los días de la puesta en escena de la teoría Kant-Laplace en el plano de las conjeturas. Sí, los titubeos del mundo se traducen en sonidos, en aleaciones, en la multiplicidad de los instrumentos, en el placer de dar al mundo un paisaje lunar, en donde hay que inventar el movimiento.

Me sorprende el entusiasmo de Henry Miller por Varèse. No parecía ser la música adecuada para él, un hombre que creía en la intensidad, en la pasión, en el vértigo de la prosa salida de los epiplones. Y deseando evitar los trucos. El hacerlo le costaba crear nuevos trucos y no quería Miller creer en ello.

Mucho cine: *Las uvas de la ira*, *Henry y June*, *El matrimonio de Lady Brenda* (tomada de *A Handful of Dust*, por Evelyn Waugh). Un espléndido documental sobre Buster Keaton.

Lectura de una vieja entrevista de Emil Ludwig a Stalin (1932). El gran revolucionario se convierte en un expositor brillante. Seduce, convierte, convence. No parece, en ningún momento, simular. Cree en cuanto dice, pero nunca es una ventana abierta. Silba su elocuencia como el látigo. No como la brisa.

La vida, pienso al anochecer, consiste en hacer lo posible.

Santiago, 22/3/1991

A las 7 de la mañana me llamó Angelina, la mujer de Martín Cerda. Le informaron que, al parecer, tras implantarle el marcapasos, mi amigo experimentó un infarto cerebral masivo. Pocos días antes él me dijo que temía volverse imbécil, que le fallara el cerebro. ¡Cuánto costó tranquilizarlo! ¿Qué será ahora de todos nosotros sin Martín, una de las cabezas más lúcidas de este país?

Miriam, en Roma. Me contó en un llamado de madrugada que la ciudad en primavera es una gloria. Tomó un taxi y quiso ver una vez más la Piazza Navona, en donde juntos, en el mes de octubre, buscamos vanamente una inscripción en un muro, que yo juraba haber visto y fotografiado, en donde se decía que en el departamento de los altos Stendhal había escrito *Lucien Leuwen*. ¡No apareció!

Me cuesta escribir en el *Diario*. Por alguna razón que no puedo poner en claro, me he vuelto remolón. Lo que hasta hace unos meses era una necesidad grata, el movimiento rápido de la mano, la reflexión precisa, ahora constituye esfuerzo. Ya habré de averiguar qué ocurre.

Anoche vi en la televisión la tercera parte de un documental sobre Buster Keaton. Espléndido, patético, luminoso. En el nivel más puro, la peripecia se vuelve seducción. No hay un segundo perdido. Keaton se mueve, da una voltereta, asiste impasible al fin del mundo, se luce transgrediendo todo lo que es parte de un Universo Prohibido. Cuando parece no saber qué se puede obtener, cristaliza los sucesos, los redobla, pone las cartas eficazmente y deja que su genio fluya muy libremente, ateniéndose a las pautas de una ironía infinita y libre.

El *feiticho*, "lo ficticio", está en su expresión, pero arranca de ella una cultura de los gestos. Cada voltereta se convierte en signo de un gestuario propio, abriendo camino a una superrepresentación que es una pulsión en el cuerpo de la soledad. Siempre, a la hora de la verdad, Keaton está solo. Con su pavor metafísico, con sus caprichos, dando la impresión de ser el primer sorprendido con el caos que provoca cuando aparece en escena, desestibando la carga del gran barco en donde se mueve el sistema establecido.

Anoche leí las confesiones de la agente del CNI, Luz Arce. El horror sin medida, la aproximación brutal y directa a la abyección. Entre los militares nada es accidental. La planificación, la estrategia, lo es todo, y de ello el mando emite lo que se espera de él, la orden para apretar el botón, con el máximo de fuerza, de brutalidad, de placer. No hay términos con los cuales medir o calificar las acciones terroristas de la Dictadura. ¡No hay perdón posible!

El Gobierno, la Iglesia, los Partidos Políticos, quieren que el Ejército haga una

señal de arrepentimiento. Hoy me entero de que el ex coronel Labbé, testaferro de Pinochet, dice con desenfado, aunque con señas, del embrutecimiento objetivo que permite el llevar uniforme: "En el Ejército no se nos pasó la mano y no tenemos de qué arrepentirnos".

Leo que una señora, víctima de robo, recuperó un abrigo de "piel de gorila", cuyo valor comercial es de 300 mil dólares. Me gustaría ver al gorila con la piel de ella. La indiferencia de la gente en torno al problema de la violencia, pasa por la muerte de los otros. Los animales no escapan del encadenamiento básico que nos conduce a ligar la vida del planeta con la de cada una de sus criaturas vivientes. En la piel del animal encarna la obscenidad de la conducta humana.

Santiago, 23/3/1991

Se anuncia el estreno de la película *Awakenings*, tomada del libro de Oliver Sacks. El neurólogo recuerda un caso en el cual "sanó" a un paciente de sus jaquecas, pero lo privó, al mismo tiempo, del don matemático que constituía el centro de su creatividad. Debido a ello supo que era preciso "inspeccionar la economía de la persona, la de este extraño ciclo de enfermedad-enfermedad y sufrimiento semanal, que terminaba en una jaqueca y era seguido luego por una suerte de maravillosa fortaleza y creatividad". Ello conduce a no confiar tan simplemente en la concesión de una receta tras el diagnóstico, pues se hace indispensable "investigar todo el drama humano que rodea los ataques y explorar su significado posible en una persona determinada" (Oliver Sacks, "La neurología y el alma". En *El Mercurio*, Santiago, 17 de marzo de 1991).

En 1966, Sacks trabajó en un hospital neoyorquino en casos de encefalitis letárgica, que antes se conociera como "enfermedad del sueño". Recibió a muchos pacientes que se encontraban "congelados", en extrañas "actitudes estatuarías". Algunos llevaban en esa condición cuarenta años. Ya a mediados de 1969 el medicamento nuevo que opera como despertador, el L-Dopa, permitió liberarlos del estado de postración. No todos, de acuerdo con el daño padecido, reaccionaron del mismo modo. Más o menos el 90% de los sistemas cerebrales reguladores "había sido devastado".

Me parece que el caso de Rosa R. es tremendo y permite ver en verdad una especie de síndrome de Rip Van Winkle. Reproduzco el párrafo del texto de Sacks (ella era nostálgica y, al ser despertada el año 1969, encontró intolerable el mundo al que volvía), dijo: "No lo soporto. Desapareció todo. Todas las cosas que tenían significado se desvanecieron para siempre".

El despertar de Rosa tuvo un rango anacrónico difícil de tolerar: "Hablaban de personajes de 1920 como si todos estuvieran vivos; tenía modos, giros de lenguaje que eran anticuados hacía cuarenta años, pero que aún le parecían en boga y contemporáneos. Decía 'yo sé que estamos en 1969, pero siento que es 1926. Yo sé que tengo 64, pero siento que tengo 21'. Luego agregó: 'No puedo soportar esta época presente: esa televisión, esa basura... No le encuentro sentido, para mí no

significa nada'. Y quizás en concordancia con su disposición mental, dejó súbitamente de reaccionar al L-Dopa, para regresar al estado catatónico en que había permanecido 40 años; no logramos tampoco, con medios químicos, mejorar su estado en modo alguno".

Santiago, 24/3/1991

En el *Europeo* (13-29 marzo 1991), temas memorables: una entrevista a María Fida Moro, por Enzo Magri. Hay mucho paño que cortar sobre la DC y el "caso Moro". Un texto cruel, muy agudo, acerca de Claretta Petacci, la amante de Mussolini, colgada con él en Piazzale Loreto, de Milán. Fotografías terribles de aquel 29 de abril de 1945. Más. Una fotografía de la valija de Rimbaud, el desnudo de Sofía Loren en *Due notti per Cleopatra*.

Santiago, 28/3/1991

Releo a San Juan de la Cruz. No sé por qué pienso en aquello de San Bernardo: *Habet mundus iste noctes suas et non paucas*, "tiene este mundo sus noches, y no pocas". Se trata de asentir como si de pronto, en un segundo, pudiéramos darnos cuentas de qué es la verdad, sin hallarnos fuera de ella, meditando —como antes— en la seducción del propio fin. ¡Ya no cabe pensar en el mundo como un sitio inhóspito! Uno deja de ser el instrumento vacío, el arpa que se halla en las ruinas de una casa de Ur (Caldea) por los días de Abraham, y da el tono justo, el acorde necesario para permanecer vivo.

No hace seis meses, una noche sentí que la flecha se desprendía de la aljaba, se tensaba el arco del flechero y la larguísima noche gritaba tomándome a mí por blanco: "¡Cierra y a él...!". Hoy, sin el vértigo, como la mosca en el techo pienso en la luz absoluta, la que quita ceguera y pasión inútil. ¡Está aquí, junto a mí!

Santiago, 29/3/1991

De nuevo, el aire sañudo de Pinochet en la televisión. ¿Por qué le dan entrada? Él sigue siendo lo crudo innumerable, se siente acreedor del país y conserva en su mente un estrato en donde guarda el blanqueo constante de sus actos y el de los esbirros que le acompañaran en la innoble hazaña de abatir a su propio pueblo.

La sistemática gestión para envilecer a la civilidad, hundiendo el pensamiento en el tremedal, aún nos duele. ¿Se trata, en él, sólo de eso que los psiquiatras denominan "falsa memoria"? No practica el ejercicio suasorio, sino la alabanza del percance que padeció el país en su historia. Es preciso tener cuidado: la desmemoria puede llamar de nuevo a los cuarteles.

Oigo el sedicente discurso, en la Escuela Militar. Echo de menos la utilería de los días de muerte. La capa vampírica, la Sinfónica —conducida por Víctor Tevah— dejando caer la música de Wagner, la cacharrería de las condecoraciones

de los uniformados, la galanura *kitsch* de los trajes de las mujeres, en medio del nudo corredizo de las generalizaciones. Y, ¡ay!, el imperio de las interjecciones en las exposiciones en la televisión.

Me parece bien que la democracia lo tolere. Lo malo consiste en ofrecerle ocasión de ser interlocutor, a él que usó de la palabra como un arma de matón. Sabido es, para dejar las cosas en claro, que toda dictadura es la faena de los forajidos, más allá de los signos que porta. En ella sólo cabe aguardar gracias a lo que Ortega llamó "la disciplina de la esperanza".

La dictadura enalteció la ficción legal, y esa vez la Corte Suprema no estuvo a la altura de los tiempos. Pretendió no dejarse llevar por el "temple de la odiosidad" y generó la indefensión. ¡No lograré mientras viva olvidar a Urrutia Manzano, a Méndez Braña, a Bórquez, a José María Eyzaguirre, quien, por lo menos, confesó que tenía miedo!

Lo bueno es que el edificio de la democracia se va remozando a pesar de él. se trata de cumplir con una demanda moral hecha por millones de electores, sin incurrir en el desborde del mandón ni en la soberbia del iluminado a quien solían asistir sin un pío los vicarios castrenses, los obispos militares.

No podemos meter en el archivo, para dejar que todo se empolve. Hay que recordar la dentera que nos vino de comer las frutas agrias del pinochetismo, en tanto muchos se estaban quietos comiendo de la mesa del festín. La dictadura admitió la anfibiaología como figura de la prosa. Se robusteció con el afán robinsoniano que viene de la sed del mando absoluto. Aún más, se fingió que el régimen era cristiano y andaban, como decía Unamuno, a cristazo sucio. En el edificio que macularon, el de la ex UNCTAD, el dictador impetraba a Dios para pedirle fuerzas y asistencia, en una supuesta línea de voluntad purificadora, alegando la voluntad rectificadora, la probidad administrativa, el fin de toda trapacería. Y sólo eran grandes trapisondistas. No digo nada del "desinterés espartano" de las Fuerzas Armadas: los hechos hablan por sí mismos. El cambio de pelaje social de la mayoría de los oficiales superiores revela mucho más que cien juicios privados.

La reaparición de Pinochet ante las cámaras, con ese gesto agrio que le conocemos, con el golpe en la mesa, en afán de intimidar; las alusiones descomedidas y más o menos encubiertas, el pregón de las suspicacias, pretenden ser un modo de descalificar el informe Rettig. Aylwin ve todo sin arredrarse, sabe de su función, le tuerce el cuello al diálogo en función del melodrama, acentuando la puesta en discusión de todo cuanto es materia de controversia, sin estar constantemente a la greña, la cual vendría a ser la miel sobre las hojuelas del militarismo.

Santiago, 31/3/1991

Cada cierto tiempo, sin un punto y un aparte, se recrea en las páginas de los diarios, de las revistas, de los libros, la nostalgia por el Imperio Austro-Húngaro.

No por el orden emanado de los libros de Musil, de Kafka, de Broch, de Joseph Roth, de Heimito von Doderer, o de la música de Schönberg o por el teatro expresionista, o por la pintura de Oskar Kokoschka, sino por aquel tono de caída de los dioses de la pasión del mando y de la jerarquía que emanaba del viejo tronco en el charco de las ranas, o sea de Francisco José.

Leo en *El Mercurio* (31 de marzo de 1991) una entrevista a Vaclav Benda ("El incierto camino de la libertad"). Parece el hallazgo de una idea convivencial, el de la "integración", más allá de su nivel económico o de intercambio de mercado. Benda dice: "Nuestro objetivo final es el retorno a Europa en lo político, económico y cultural. No obstante, no queremos estar de vuelta en Europa como un pariente pobre o como satélite de una superpotencia o Estado poderoso". En seguida, concluye: "La integración de Europa Central sería en primer lugar el mejor camino hacia una Europa unificada. En segundo lugar, como todos estos países de Europa Central han tenido la misma experiencia en las últimas décadas, representaría también un buen sistema de defensa contra posibles cambios en el Este".

Al fin del día, un preludio de Bach.

Santiago, 4/4/1991

"Nuestra vida —escribe Schopenhauer— es una hoja suelta en el libro del universo...".

*

La mujer, ¿se enaltece por el habla? Sabido es que Melibea, en *La Celestina*, es "la de la dulce voz". En ella apenas dejaba traslucir, en el tono, la pasión controlada hasta que se volvió humana y textual en la lectura que de ella hará Calixto.

Me sorprendió, hace mucho tiempo, saber que Goethe, en sus "Afinidades electivas", permite a Eduardo exclamar, refiriendo el primer encuentro con Otilia: "Es una persona muy espiritual". Su mujer agregó, a modo de réplica y descubrimiento: "¿Espiritual? ¡Si ni siquiera abrió la boca!".

*

Ya la nube tóxica de Kuwait llegó a los Himalaya. Un grupo de esquiadores suizos que ascendía a las cumbres fue sorprendido por una "nevada oleosa". La distancia entre Kuwait y los Himalaya es de tres mil kilómetros. Países árabes del Golfo suspenden ayuda financiera a Jordania y a la OLP, los grandes perdedores, que apostaron sin tasa al perdedor y reciben los resultados negativos del mal criterio político. Los que decidieron la medida son los estados del CCC: Arabia Saudita, Kuwait, Omán, Qatar y los Emiratos Árabes Unidos.

Me sorprende el editorial de "Cambio 16" (11 de marzo de 1991): "Lo primero que necesitan los palestinos es saber cuáles son sus intereses y defenderlos, venciendo para siempre la tentación de victimarse y ahorcarse a sí mismos en

cuanto patíbulo aparezca en el horizonte. Y sus intereses no son los de los árabes en general, si es que existen, sino los de los palestinos bien concretos y en particular. Les convendría no olvidar en este sentido que ni los árabes en general ni los jordanos o sirios o egipcios en particular les van a sacar las castañas del fuego. A los palestinos sólo les podrían defender de verdad los palestinos, pero Arafat, desgraciadamente, o no se entera o lo utilizan como peón sus queridos hermanos árabes por impedir que nazca jamás el Estado palestino. No lo olviden, después de esta maldita *madre de todas las guerras*, los únicos verdaderamente interesados en resolver el problema palestino son los israelíes moderados que quieren garantizar la paz en la región y la duración del Estado de Israel por los siglos de los siglos" (Juan Tomás de Salas).

*

Relectura de una brillante entrevista a Karl Popper, en Venecia (*Corriere della Sera*).

La Serena, 6/4/1991

Miriam viaja con una batería de libros de Nicholas Blake. En el bus, Miguel Arteche le ha explicado quién es el asesino de la víctima en una obra en donde aparecen poetas. Hablamos de Blake cuando, en su carácter de crítico, recupera su verdadero nombre, el de Cecil Day Lewis.

Nos instalan en una hermosa cabaña que mira al mar, en la parte que se denomina "Cuatro Esquinas". Por aquí, antes de que se poblara, yo iba con mis hijas a la playa, era un sitio poco frecuentado y los zancudos acudían a fiesta cuando los incautos se acomodaban para descansar.

Yo comienzo a leer un libro de Jaeger sobre lo griego en el cristianismo. Es interesante seguir al autor cuando examina los elementos de la retórica griega en los textos sagrados que alguna vez hemos leído, pero me sorprende el cúmulo de reverberaciones culturales que él ilumina sobre asuntos muy diversos. Me parece que es útil repasar lo de los helenismos en las formas de las epístolas de San Pablo.

Montegrande, 7/4/1991

Sol arduo que trabaja sobre uno como el excavador en una mina. Trasmundo, en el espacio solar que va desde El Molle a Montegrande. La piedra, el quisco, los desgarrones de la montaña, las lagartijas que se cuelan por los muros de piedra o de adobe, el despliegue de los parronales que coronan viñas de altura, cayéndose sobre el camino. Las han protegido con bolsas, a modo de capuchones de frailes, para evitar que el sol y las heladas agosten los racimos o los sequen en sazón, dándole rasgos de una vejez prematura que lo arruine todo.

Esto es el trasmundo. Un ventarrón se cuele por los micrófonos cuando va a hablar el Vicepresidente de la República, Enrique Kraus. El cerro que llevará el nombre de la poetisa aguarda extático. Hace unos treinta años yo estuve aquí

acompañando los restos de Gabriela Mistral, cuando se la devolvía al Valle de Elqui para que pudiera dormir entre los cerros tutelares y las piedras que encubrían el mundo de los antepasados.

Hoy veo la metamorfosis del Valle. Se trata de la proposición de una nueva verosimilitud. Mi vecino, serenense, alega maldiciente que el simulacro lo abarca todo, y se irrita pensando que poco más allá —o acá— se yergue un chisme de la tecnología: el observatorio de "El Tololo".

La primera vez que estuve aquí fue en 1951. Todavía perduraban viejas formas de trueque, las conversaciones eran pausadas y lentas, en un ofertorio de mistelas, de uvates, de panes de higo, de pasas. Se usaban voces ya desaparecidas, que yo había leído en los clásicos. Se decía "temperamento" en lugar de "clima". Y preguntaban cómo "le sentaba" a uno. Alguien pasaba un "pichel", y por las mañanas llenas de sol uno "recordaba", en lugar de "despertar". Era un mundo sobreexpuesto, en donde no cabía la seducción de las formas o el peso de la sobreinformación. Ahora ofrecen a Miriam huesillos y orejones. El orden misterioso de las cosas persiste inválido.

Santiago, 15/4/1991

Sur la lecture, de Marcel Proust. Es el prefacio que éste escribió, en 1905, para su traducción de *Sésame et les Lys*, de John Ruskin. Se aprecia aquí el juego de la memoria que anticipa *A la recherche...*, y recuerda los efectos de la lectura como guía de actos providenciales, en tanto es posible ir sintiéndose tan bien que *notre sagesse commence où celle de l'auter finit, et nous voudrions qu'il nous donnât des réponses, quand tout ce qu'il peut faire est de nous donner des désirs*.

Hay unas páginas magníficas acerca del efecto brillante que provoca en el recuerdo la imagen que él tiene de sí mismo, en la niñez, levantando los ojos cansados del ejemplar de *Le Capitán Fracasse*, de Théophile Gautier, y de las llaves mágicas que han de abrirnos *au fond de nous-mêmes la porte de demeures où nous n'aurions pas su pénétrer, son rôle dans notre vie est salutaire*. Si se detiene, por un momento, a reencontrar los olores y los sabores, aparecerá a modo de ejemplo el *biftecks aux pommes*, considerado una especie de sonata patética de la cocina.

Terminé de retocar *Una invisible comparsa*, con miras a una muy hipotética segunda edición.

Santiago, 26/4/1991

Extensa clase sobre Mann (*José y sus hermanos*). El viaje de Abraham, desde el lugar "ya fundado", en donde aún prevalecían viejos ritos de consagración de las casas, enterrando en los cimientos al hijo primogénito (caso del hijo de Labán). Ur, de Caldea, va a quedar atrás, pero se lleva en el viaje el espíritu de ciertas formas de culto, en dirección a donde ha de constituirse otra modalidad de vida.

Los rasgos del nomadismo permanecen, y ciertas normas que rigen en el paso

del clan a la tribu, van a dar con una noción en la cual Abraham, mirando por una voluntad de arraigo, va a comprar la tumba de su familia, en Macpelá, cerca de Hebrón. Se está “transterrado”, pero se pretende ser “enterrado” allí.

Por la tarde, algo de música de Benjamin Britten. Reposo en el sillón, mirando el cielo raso y recuerdo cómo, en 1967, contaba en las noches de insomnio las tablas del muro o del techo. Ya el viejo dolor me visita con distancia. Pienso en lo que escribe Bruno Betelheim, al final de su libro “Freud y el alma humana”, acerca de las sensaciones de malestar y el surgimiento de la obra de cada cual a partir de los signos de la adversidad.

“No deberíamos ver el malestar como algo fuera de lo corriente” —anota. Y continúa advirtiéndome que Goethe aseguraba que en setenta y cinco años “escasamente si había conocido cuatro semanas en las que se hubiera sentido verdaderamente a gusto”, dado que la tristeza ineludible forma parte de la existencia de toda persona reflexiva, “pero sólo es una parte de la vida, de ninguna manera toda la vida”. Concede que, en términos justos, Tanathos vence, pero mientras seamos capaces de vivir en el nosotros es posible mantener la victoria de Eros sobre Tanathos.

Santiago, 27/4/1991

Las clases acerca de *José y sus hermanos*, de Mann, me llevan una vez más al asunto de las lecturas concéntricas. Hallazgos espléndidos en un libro de Leonard Woolley, *Ur, la ciudad de los caldeos*. En la página 91 una referencia al “barco-capilla” o “nave-templo”, que se corresponde con los rasgos de las voces *nao/neo*, que mencionara en una parte de sus memorias el gran Mircea Eliade. Esto lleva a enriquecer un análisis del poema “El agua”, de Miguel Arteche.

Woolley se refiere a un ala que se agregó al Ziggurat de Ur, en tiempos de Nabucodonosor. Se trataba de construir allí una capilla, la cual, “a juzgar por la base de ladrillo, larga y estrecha, que ocupa la mayor parte de la cámara, era un ‘barco capilla’ que contenía el modelo del barco en el que el dios de la luna cruza el cielo, uno de esos barcos altos de popa y de proa que tanto se parecen a la luna en cuarto creciente” (p. 93).

Me sorprende, además, saber que los caldeos de Ur enterraban a sus muertos bajo el piso del dormitorio. Seguían ellos, por consiguiente, “viviendo” en medio de su familia. Sin embargo, cuando Abraham se dirige a Hebrón y compra la tierra para instalar allí la tumba familiar, rompe con la tradición fúnebre de los caldeos. Recuerdo, además, que “cementerio” es voz que significa “dormitorio”.

El gran libro wagneriano de Mann comienza a iluminarse constantemente. Todo cabe en él y sus destellos comunican, al mismo tiempo, las nociones antropológicas, reverdeciendo las ideas de Dumézil, las concepciones del parentesco que viera estructuralmente Lévi-Strauss, y los acontecimientos que Mauss ordena de modo asombroso y los asuntos relativos a la historia de las lenguas, de los hechos topológicos, de la teoría de las religiones.

Ya el viejo perfume de la cruzada de liberación de Kuwait se ha desvanecido. Cientos de palestinos fueron asesinados por las autoridades kuwaitíes. La corrupta familia real, el bandolerismo oligárquico de los jeques son la otra cara de la lucha generosa destinada a derrocar al sátrapa vergonzoso para la civilización que es Saddam Hussein.

Todos los que pensamos seriamente que era preciso detenerlo, agradeciendo que Israel haya cometido ese acto "perverso" que consistió, hace unos años, en liquidar los centros del poder nuclear iraquí, no podemos, ahora —y nunca estuvimos por ello— de entregar la libertad de Kuwait a alguien que no fuese su pueblo, expoliado por un grupo de indignos gobernantes que condescienden a dueños del país.

El régimen sólo podría haber adquirido algo que pudiera parecer respetable sólo al instaurar un régimen democrático en los términos que corresponden a tal sistema conocido por todos. No hay diferencia visible entre los dueños del país, Hussein, Idi Amín o Bokassa. La familia real no ha trepido en aplicar códigos vergonzosos que proceden del Oriente del siglo V, ha degollado, torturado, violado normas de la civilización. Lo que se necesita es oír al pueblo, concederle su libertad real, alejarlo del espíritu tribal que es ya, pese al alegato antropológico-político, una forma viviente del anacronismo.

Leo que el periódico londinense *The Independent* comenta: "En cuanto a los derechos humanos, ¿hay una gran diferencia entre los autócratas contra los que luchamos y los autócratas que defendimos? Si el autoritario Emir no pone orden, ¿aprenderá que las democracias occidentales no toleran eternamente a un gobernante que ofende tan claramente su sentido de la decencia?"

Para pasar el trago amargo, lectura de un artículo sobre Franz Liszt en *El Mercurio* de hoy. Me interesa un párrafo en el cual se reproduce la impresión que tuvo Hans Christian Andersen en 1840, al asistir a un concierto en el que se presentó el músico en Hamburgo.

Cito: "Cuando Liszt se sentó al piano, la primera impresión que se tenía de su personalidad surgía de las fuertes pasiones que se reflejaban en su rostro pálido, de tal modo que me pareció como un demonio firmemente clavado al instrumento desde donde surgían en torrente los sonidos: venían de su sangre, de sus pensamientos. Era un demonio que quería liberar su alma de la servidumbre; era como si estuviera siendo sometido a la tortura. Su sangre fluía, los nervios vibraban; pero a medida que seguía tocando, el demonio fue desapareciendo. Vi a ese rostro pálido asumir una expresión más noble y más radiante; el alma divina irradiaba de sus ojos, de todos sus rasgos; se hizo de una belleza que sólo la energía y el entusiasmo pueden dar a sus celebrantes".

Santiago, 29/4/1991

Comienzo a leer el gran libro de Paul Johnson sobre los judíos. ¿En qué consiste su mérito? En ofrecer un panorama, evitando el prejuicio, ordenando los materiales dispersos, compulsando los libros ajenos y obteniendo de ellos la mejor cosecha. Jamás el cristianismo de Johnson ni sus prejuicios tan visibles en su obra *Los intelectuales* asoman. Se mide, juzga adecuadamente, pone en juego su prodigioso don de síntesis y se atiene, como nunca, a los hechos.

Me parece una muestra de lo que digo el pasar revista a las diez o doce páginas que dedica a los Rotschild y al análisis del papel del dinero y de los juegos de los Bancos. Él toma un libro como el de una descendiente de ellos que he leído y recoge cuanto es útil e imprescindible para fundar su argumentación sin acudir a expedientes o acomodos textuales. No hay una línea de desperdicio o de relleno.

Me parece necesario leerlo a razón de cincuenta o sesenta páginas diarias, en contra de mis hábitos de lector compulsivo que cierra el libro cuando se termina, sin dejarlo por un minuto. Exige una meditación constante y, sobre todo, rehacer con él una historia que va desde Abraham a los hechos del Estado de Israel y sus conflictos internos.

Santiago, 6/5/1991

Me han dicho que Manet pensó en el contraste —o tal vez en el complemento— de su Cristo con la postergada y no bien vista Olimpia. He dado vueltas al asunto: Cristo y Venus. Cristo y la adúltera. El Bien y el Mal. El diálogo de la carne con el perdón. Una forma de relación total con el prójimo, por parte de Cristo. Quizás con el ser que parece condenado definitivamente como representación de la lujuria.

La imagen de Cristo me da vueltas en la cabeza desde ese día que vi el famoso cuadro en que Dürer se ve a sí mismo como Cristo. ¿No fue ese el primer deseo patético de cada cual? Ser como Cristo. No “como dios(es)”, que es asunto de la astucia de la serpiente. Sentir no sólo que se acompaña a Cristo en su plenitud de ser, sino también en el momento en que él se engarfiaba el dolor, haciéndose grito, lamento, aullido. Cristo, el judío, en Auschwitz, en Dachau, en Treblinka, en los gulags.

Uno de los aforismos de Kafka se aproxima al núcleo del problema. Escribe: “La humildad concede a cualquiera, incluso al desesperado solitario, la relación más íntima con el prójimo, de forma inmediata, aunque ha de tratarse de una humildad constante y total”. Y agrega algo que no pierde, en esencia, un maravilloso sentido latente, en el corazón mismo del problema: “La relación con el prójimo es la de oración; la relación consigo mismo es la del anhelo”.

En 1918, Kafka anotó en su *Diario*: “Cristo, instante”. ¿Qué quiso decir? ¿Se trata de Cristo que nos mira y nos tiende la mano un solo momento en nuestra vida, y hay que elegir en el acto, sin peso de razón? ¿O acaso que debemos vivir

cada instante como si fuera el único, al modo de Cristo, sin pompa, sin veneración por la temporalidad de la carne?

Leo en un libro de Walter Falk (*Impresionismo y expresionismo*), un informe hecho por Kafka a Janouch, en el cual responde a la pregunta “¿Y Cristo?”, diciendo: “Se trata de un abismo lleno de luz. Hay que cerrar los ojos para no precipitarse”. Veo en esa frase una voluntad de irradiar transmitiendo la luz, la energía del Misterio, las comunicaciones de lo que en mis olvidadas enseñanzas de cristiano solía llamarse la Gracia Santificante.

Que Kafka no haya sido —como dice Falk— “partidario de Cristo”, no evita la referencia a un Cristo, como no se evita en ese capítulo terrible de “Los Hermanos Karamazov”, cuando el inquisidor le observa a Cristo lo precaria e incómoda que resulta su retorno, echando abajo la severa construcción hecha por la Inquisición para que la Fe se convierta en una fuerza que mueve al mundo.

Por eso, al mirar ahora a Cristo y a Olimpia veo una alianza de amor, entre ambos. La salvación de la Venus pendía de un hilo. Si alguien decidía cortarlo, la criatura jocunda de Manet terminaría por ajarse, por caer al vacío, por perder la verdadera vida. Cristo, sin embargo, la ayuda a no estar sola, la vigila y la vuelve una forma de la esperanza.

Santiago, 7/5/1991

Soné que lanzaban arroz en el piso de una casa que tenía el aire de una iglesia en donde todo era liviano y grato. Con un niño y un viejo patinábamos, resbalando sobre el arroz que había en el suelo, y nos costaba enormemente levantarnos, pero lo hacíamos con la conciencia de que, por un momento largo, éramos muy felices. No hay duda de que, repasando algo que escribí en mi “Diario”, en 1939, ese arroz y los mitos se ha de referir a la pureza primera y a los actos primordiales en donde uno es feliz. El niño y el viejo que sonreían eran dos formas de mi yo. En el contrapunto, mis partes divididas por el paso del tiempo, quizás se reencuentran. Todo era un pugnar para que la semilla no muriese.

Santiago, 8/5/1991

Ambroise Vollard, el *marchand*, contó en un libro de memorias que una de sus ambiciones infantiles consistió en un deseo: llegar a ser esclavo.

Santiago, 10/5/1991

El problema del modelo en pintura. Degas iba a los hipódromos con el propósito de “ver” caballos de carrera y jinetes para así pintarlos. Sin embargo, fuera de la pasión misma que el espectáculo ocasiona en los adeptos, se obligaba a llegar al estudio, muy rápidamente, ordenaba sus “juguetes”, unos caballitos de madera, y pintaba los otros caballos que había visto.

Ambroise Vollard lo visitó un día en la Queue-en-Brie, cuando Degas pintaba

uno de los paisajes que asombraban a Pissarro. “El pintor —refiere el *marchand*— trabajaba en el salón, *de espaldas a la ventana*”. No soportaba el perfume de las flores; las miraba regañando cuando las veía en ramos, en las manos de unas mujeres en los tranvías o en Les Halles, y luego, liberado del modelo en presente, las iba embelleciendo naturalmente al recordarlas en el estudio.

Santiago, 11/5/1991

“Usted ha hecho el retrato de mi alma”, dijo la marquesa Casati a Man Ray.

Santiago, 12/5/1991

Al comienzo de su trabajo, Modigliani culpa a su “condenado ojo italiano” por no lograr habituarse a la luz de París. Viendo hoy su *Femme à la cravate noire*, esa pintura en donde una de sus mujeres melancólicas se “mete” en el interior de ella misma, vemos cómo, sin “hallarse” con la luz, supo crear admirablemente su propia noción de un arte de la Edad Media que llevaba a los viejos “trabajadores” de la pintura a dar con esas vírgenes bellísimas que poblaban los cuadros.

Santiago, 13/5/1991

Virginia Woolf (1882-1941) sabe que tiene un cazador que la ronda, apuntando a veces de soslayo, advirtiendo un blanco en el interior de su cabeza, dándose maña para no dejar ni un instante de tenerla a punto para el ataque, aunque, en ocasiones, finja que ya se ha ido o la convenza de que ha bajado la guardia, sin ponerla en su lista de víctimas.

En las páginas de su *Diario*, en las novelas, en algún relato, en los ensayos, en las cartas que dirige a sus amigos y parientes, no deja de dar muestras de qué le ocurre, de cómo se siente, de los palos de ciego que da en la vida, cuando sube o baja la marea, mirándose o dejándose ver tendida sobre el mar de los otros, que se sitúan en el fervor del “oleaje inútil” de la normal vida humana.

Cuenta que su depresión le produce “una sensación de asedio”, en tanto, más de una vez, se instala “en esa extraña vida anfibia del dolor de cabeza”, pendiendo de un hilo en el “raro y difícil sistema nervioso”. A veces es todo muy claro, y puede expresar: “Tengo una nube dentro de la cabeza. Tengo tanta conciencia de mi propio cuerpo, y me siento tan apartada de la habitual senda de la vida, que no puedo volver a escribir novela. Una o dos veces, he oído ese extraño batir de alas dentro de la cabeza, que tan a menudo oigo cuando estoy enferma”.

A veces, repentinamente, sabe que algo ocurre en su mente, la que se niega “a seguir registrando impresiones”, cerrándose, convirtiéndose “en una crisálida”. El cazador aprieta el paso, ella se acurruca con el fin de evitar “agudos dolores físicos” y ve que algo, de repente, salta.

En un párrafo del *Diario* el relato se vuelve directo y atroz. El corazón le da un salto, se para y vuelve a saltar, y siente —dice— “el sabor de esa extraña amargura en el fondo de la garganta; y el pulso saltó hacia arriba y se me metió en la cabeza,

y latió, latió, latió, de manera más y más loca, más y más rápida. Me voy a desmayar —dije—, y me deslicé de la silla, y yací en el césped. Oh, no, no quedé inconsciente. Estaba viva, pero poseída por aquella lucha dentro de mi cabeza: un galope, un latir. Pensé que algo estallaría en mi cerebro si aquello seguía así. Despacio fue menguando. Me puse en pie, y tambaleándome, con infinita dificultad y alarma, ahora desvaneciéndome realmente, y viendo el jardín dolorosamente alargado y deformado, retrocedí, retrocedí, retrocedí —cuán largo parecía el camino, ¿sería capaz de seguir arrastrándome?— hacia la casa; y llegué a mi dormitorio y me derrumbé en la cama. Luego dolor, como en un parto; y después otra vez un lento desvanecimiento; y quedé yacente, presidiendo, como una vacilante llama, como una madre sumamente solícita, los rotos y desgarrados fragmentos de mi cuerpo”.

Ya las pistas se convierten en costumbres, en referencias puras. El agudo, muy agudo, dolor en los ojos; el dolor de cabeza que no va a cejar; el vigor de “los conocidos rayos luminosos” y la sensación de tener dentro de la cabeza “un globo ardiente”. A veces el globo, o la cabeza, parece que va a estallar, “llena, repleta, con muchas ideas raudas, veloces”. Sólo por algunos momentos siente que el mal la olvida y entonces insurge la alabanza: “¡Oh, el divino goce de volver a ser dueña de mi mente!”.

Cuando cree que va a poder ir franqueando todas las puertas, algo comienza. Su cerebro, entonces, es “como una balanza” y “un solo gramo lo hunde”. Los latidos y la tensión en la parte trasera de la cabeza la hostigan. Todos los tábanos parecen posarse en ella.

Sabe que a menudo tiene que dominar la excitación, “como si intentara atravesar una pantalla, o como si algo golpeará reciamente en mis inmediaciones”. Su mente, apartada por la ansiedad, del estudio o del papel en blanco, “es como un niño perdido, que vaga por la casa y se sienta en el último peldaño de la escalera para llorar”.

No se queda quieta, no sabe o no quiere o no puede hacerlo, y declara que le gusta “pasar de una habitación iluminada a otra, que es tal como veo mi cerebro: habitaciones iluminadas; y los paseos por el campo son pasillos”.

La depresión comenzó a tomarla seriamente en 1904, cuando ella tenía veintidós años. Quien la conoció muy bien, Quentin Bell, escribió en su libro que ella tenía tres enfermedades y que éstas se convirtieron en monstruos. Oía voces que la empujaban a actos de locura, y creyó que provenían de comer en exceso, absteniéndose de tomar alimentos. La primera vez que intentó suicidarse se arrojó desde una ventana, sin mayores daños. Tendida en cama, poco después, “oyó que los pájaros cantaban en griego e imaginó que el rey Eduardo VII espiaba entre las azaleas, usando el lenguaje más alocado del mundo”.

Bell ha explicado que los estados de tensión nerviosa se cernían sobre ella en cuanto terminaba una novela. En 1910, la aliviaban con descanso y comida, y ella llegó a convencerse —cuenta él— de que su cuerpo era monstruoso, “con una

sórdida boca y una sórdida tripa que pedían comida”, algo repulsivo que debía evacuarse de una manera repulsiva. La única solución consistía en negarse a comer. Los objetos, las cosas, comenzaron a tener ante ella aspectos siniestros e impredecibles, a veces con la belleza de la deformidad o de las ilustraciones.

En una novela suya, *La señora Dalloway*, hay un personaje escindido, un esquizofrénico que se agarra al mundo y lo ve en fragmentos. En *Fin de viaje* (1915), Rachel, la pianista, padece de jaquecas terribles. Cuando Hewet la besa, ella ve, en el delirio, una cabeza de mujer cortada de un tajo con un cuchillo. Su mente, separada del cuerpo, está en el fondo del mar. En un estudio sobre Virginia Woolf, por Lyndell Gordon, éste ve el traslado de la experiencia de la locura de la escritora convertida en “la fábula de la mujer sumergida”.

El mar comienza a llamarla, o más bien el agua. Así se va a anticipar su muerte por inmersión en *Las olas* y en *Entreacto*. En 1908 Virginia confesó a Clive Bell que el mar era más compatible con ella que cualquier ser humano.

A su esposo, un cuidador genuino, un guarda, un espíritu protector, le explicaba a veces qué sentía, y él sufría aunque guardaba silencio. Así le permitía socialmente evitar a la gente refugiándose en su noción de mala salud. Mientras trabaja en *La señora Dalloway*, siente que algo ocurre en su cerebro. Éste se niega “a seguir registrando impresiones”. Se cierra sobre sí mismo. “Se vuelve una crisálida”.

Con pausas que le permitían atender a su manera la enfermedad o quitar el bulto a las crisis, se reveló siempre como una *workaholic*, o sea una trabajadora compulsiva. Un crítico supo ver más allá, yendo al estilo de Virginia Woolf y dijo que su fraseo era “como la onda profunda del cerebro en reposo, registrada por primera vez en el electroencefalograma de 1924”.

En 1921 anotó en su *Diario*: “Esta mañana, éstas son las primeras palabras que he escrito —si se puede llamar escribir— en 60 días, y aquellos días pasados en fastidiosa jaqueca, pulso alterado, dolor de espalda, irritaciones, molestias, tendida en la cama sin dormir, píldoras para dormir, sedantes, digital, saliendo para un corto paseo y metiéndome de nuevo en la cama: *todos los horrores del cajón oscuro* de la enfermedad una vez más desplegados para mi diversión. Dejadme hacer una promesa de que esto no volverá a suceder nunca, nunca más; y luego confieso que hay ciertas compensaciones. Sentirse cansada y que te autoricen a echarse en la cama es agradable... siento que puedo almacenar cosas de una manera ociosa. Y el mundo oscuro del subsuelo tiene su fascinación así como sus terrores...”.

En 1926, hay un anuncio, una suerte de preámbulo, en donde la muerte se pasea a modo de un párrafo, cabalgando en una parábola: “La ola choca. ¡Quisiera estar muerta! Sólo me quedan unos pocos años por vivir, espero. No puedo enfrentarme más a este horror (es la ola esparciéndose sobre mi cuerpo). Sigue, muchas veces, con variedades de horror. Seguidamente, durante la crisis, el dolor, en lugar de ganar intensidad, pasa a ser bastante vago. Me amodorro. Despierto con un sobresalto. ¡De nuevo la ola!”.

El 15 de octubre de ese año registra en el *Diario*: "He despertado quizás a las 3. Oh, está empezando, viene... el horror... físicamente como una ola dolorosa que se hincha alrededor del corazón y me lanza al aire... Abajo. Dios, ojalá estuviera muerta. Pausa. Pero, ¿por qué estoy sintiendo esto? Observemos la salida de la ola. Observo".

Una vez Virginia Woolf dijo a Gerald Brenan, como para distraer la experiencia directa de su propia mente oscura, que estaba leyendo una biografía de Beethoven mientras escribía *Las olas*, "y que envidiaba su poder de incorporar, mediante revisión constante, temas que se resistían a salir a la luz".

En su nota de suicidio, en 1941, menciona las voces que la ensordecían, chillándole en los oídos, y entonces creyó —o supo— que se volvía loca, que no había puerta por donde echarse a la calle ni ventana por donde saltar. Como alguna vez anotó, se trataba de voces que la perseguían de continuo, sin reposo, "agitan los pelos largos que crecen en la oquedad de la oreja y producen una extraña música, una música loca, de encerradas y sonidos quebrados; y tenemos que sacudirnos los oídos, como las cabras que espantan a una nube de abejas, o las vacas aguijadas por las moscas, que flagelan sus flancos con el rabo, y entonces debemos seleccionar nuestras pertenencias".

Ya ha dejado de mirarse en los espejos, esconde la cabeza, se encierra a veces en ella misma por minutos y aborrece que le tomen fotografías y aun que den en la audacia de contemplarla. En el mes de marzo de 1937 comienza a ver en ella materia literaria, y al observar lo que le pasa desea retenerlo como un objeto de su experiencia. "Mi propia psicología me interesa" —dice. Y agrega: "Intento tomar notas totales de mis subidas y bajadas para mi particular información. Y así los objetivos, el dolor y la vergüenza pasan a ser de repente menores".

Unas líneas del *Diario*, en el mismo año, resumen cabalmente el asunto: "Muy aprensiva. Como si algo frío y horrible —un rugido de risa a mis expensas— fuera a tener lugar. Y no tengo fuerzas para apartar esta impresión: no tengo ninguna protección. Y esta ansiedad y sensación de nada que me rodea como un vacío. Lo siento básicamente en los muslos. Y quiero romper a llorar, pero no tengo nada por qué llorar. Luego una gran inquietud se apodera de mí. Creo que podría pasear para apartarla, andar y andar hasta que me durmiera. Pero empieza a disgustarme aquel repentino sueño drogado... Sé que debo continuar este baile sobre ladrillos calientes hasta que muera. Admito que es algo superficial, puesto que puedo hacerme una madriguera y mirarme a mí misma como exhibida de esta manera ridícula y sentir una total calma submarina; una especie de calma total que es lo suficientemente fuerte para levantar toda la carga; la puedo conseguir por momentos, pero los momentos en que estoy expuesta son terribles. He mirado una vez mis ojos en el espejo y los vi verdaderamente aterrorizados".

El 28 de marzo de 1941, un día frío y claro, hacia las 11 y media de la mañana, salió llevando un bastón, camino al río. En seguida, al llegar, dejó el bastón en la orilla y se colocó en el bolsillo del abrigo una enorme piedra, y se marchó en

procura de la muerte, la única experiencia —como había dicho a Victoria Sackville— “que nunca podré narrar”.

En el libro *La muerte de Virginia Woolf*, Leonard, el viudo, explicó que fue incinerada en Brighton, que la música que ella habría preferido era la cavatina del Cuarteto en Re Bemol, opus 130, de Beethoven, pero que él no pudo encontrar el texto, porque se hallaba como “un animal cazado, que exhausto sólo puede instintivamente arrastrarse hacia su cubil”.

Durante la ceremonia tocaron el “Bendecidos espíritus”, del *Orfeo*, de Gluck. Leonard enterró las cenizas de Virginia al pie de un gran olmo. Lo expresa con triste belleza: “Había dos grandes olmos con ramas entrelazadas a los que siempre denominábamos Leonard y Virginia. Durante la primera semana de enero, de 1943, un gran temporal de viento echó por tierra uno de los olmos”.

La perfecta felicidad se había detenido cuando se abrieron las puertas del palacio del horror. Luchó por salir de allí, pero no lo logró. Fue demasiado lejos y no pudo volver.

Santiago, 19/5/1991

Una biografía de Sam Goldwyn, el magnate del cine, por A. Scott Berg. Es el leer postpaleolítico. El chisme se convierte en acontecimiento; la anécdota en un privilegio constante y rápido. Goldwyn fue un migrante judío que juntó dinero, enemigos, estrellas de cine, metidas de pata, honores y malquerencias. No le faltó nada de cuanto puede estropear una vida y, tal vez, nunca llegó a ser feliz.

Es de la especie de persona que se dedica a pellizcar a los niños de una casa, cuando va de visita; o de los que patea sin disimulo a los perros o a los gatos, y que sería capaz de comerse los peces de una redoma a fin de que se muevan y estorben menos. A veces, incluso, cuando invita a comer, algún huésped que regresa por inadvertencia, diez minutos después del fin, lo podrá ver echando los restos de vino que quedaron en las copas en el interior de una botella de marca.

Me resulta, a pesar de todo, conmovedor. Por el esfuerzo de salir de la nada para volver a la misma nada que nos espera a todos. ¿Para qué se esfuerza tanto? —me preguntaba González Vera— y después decía, a modo de risueña coda: “Si al fin todos vamos a llegar al mismo sitio, y hay ahí cabida para los listos y para los ‘quedados’, para los que se levantan temprano y para los que duermen sueños de osos. No se esfuerce. No sufra por lograr una meta”.

El valor de las anécdotas es inestimable. Si lo invitan a dar dinero y firmar algo que favorece a otros, solía decir: *Include me out*. De Chaplin murmuraba —cuando ocurría lo de MacCarthy y tomaban al actor por comunista— que no podía pertenecer al Partido, pues era tan roñoso que se resistiría a pagar la cuota de incorporación. Un día, estando Goldwyn con su mujer en un bar, se le acercó un hombre y lo llamó “hijo de puta” y le dijo que a él le habría correspondido hacer las películas que le había robado Goldwyn. La mujer del productor lo echó y después preguntó quién era. Con tristeza, respondió que era Griffith.

Scott Berg investiga todo, es de los que aún llega a sacudir el trapero del estudio o el papelero con el fin de no dejar pista suelta. Y lo hace espléndidamente, con Goldwyn, pero con un tono y esfuerzo que podrían servir para Churchill, Alejandro Magno, Chopin o Stalin. No deja atrás un día, y nos podemos, gracias a él, enterar de las dificultades que hubo en cada película, los líos con el director, actriz o "figurita".

En el fondo, como pertenezco a la legión extensa de los llamados "blandos de corazón", pongo en el libro lo que yo he vivido en mi apasionada relación con el cine, desde la primera vez que me instalé en uno, hace exactamente 56 años. Es el mundo de mis amigos de todos los días, de la música que oí, de las compasiones que tuve por alguien, del amor que experimenté por actrices que, a lo mejor, no valían un maravedí.

Goldwyn también fue mi amigo en todo eso.

Santiago, 21/5/1991

Durante un mes, creí que los sueños se habían ido. Hoy, uno de ellos volvió. Mi madre y mi padre, o sus dobles, regresaban jóvenes y yo era niño. Me pedían que los acompañara en algo que parecía un viaje fúnebre, en recuerdo u homenaje de algún muerto que no se hacía presente.

Mi padre llevaba su viejo sombrero alón, a lo Bogart. Mi madre, uno de esos vestidos claros, con lunares, y los zapatos de taco alto que al volver, siempre, arrojaba como Ginger Rogers, desde la cama al pasillo, para terminar con el suplicio que le causaban en la tarde social de las visitas.

Al parecer ellos saben que están muertos, y yo también. Sin embargo, yo soy niño y sé que tengo la vida por delante. Como me lo pareció siempre. Mi padre caminaba de modo distinto, como el Doctor Merengue de la tira cómica de Divito, en el 47. Llevan un termo de agua para el cortejo y me piden que lo lleve, pero que no me descuide y "pajaree", pues ese líquido nos hará falta más adelante.

En ese momento, mi mamá lo pone en el interior de un bolso. Lo hallo pesado y, por error, lo dejo caer. "¡Se acabó jabón y vela!" —dice mi madre. Esa era una de las expresiones favoritas de mi abuela paterna (otras: "haz esto o aquello con el mayor sigilo", "¡sepa Moya!", "el negocio de la lechera", "el ruido de los músicos viajeros", "el interés que puede tener la tortilla corredora en que los pilletes la alcancen y se la coman").

Se ha derramado un poco de agua. Mi madre mueve la cabeza, sin enojo, como diciendo: "Siempre supe que iba a ocurrir esto". Mi padre se agacha, recoge el termo, comprueba que hay aún agua y que no se ha roto.

Seguimos caminando. No hay miedo ni nada que se le parezca. Ya no hay conversación y ellos comienzan a desvanecerse al dar vuelta una esquina, en lo que me parece es una parte del cerro Cordillera, de Valparaíso, en donde mi tío Adolfo Baldassare tenía su almacén y se quejaba del socio —o cuidador— que lo había estafado. "A mí —decía con ira que se tragaba—, a mí, que soy un genovés que las sabe todas. Uno de Zoagli, Ligure. A mí".

Santiago, 22/5/1991

Nota para mi libro sobre Italia: los cátaros estuvieron en Orvieto y fueron muy poderosos en el siglo XII, pero ya en el siglo XIII estaban en decadencia (Vid. Steven Runciman: *Los maniqueos de la edad Media. Un estudio de los herejes dualistas cristianos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1989).

Otro dato: San Agustín fue maniqueo entre 1373 y 1382.

Un refrán del siglo IV, usado por un miembro de la iglesia armenia: "Para la novia del cerdo, un buen baño de agua del desagüe".

Santiago, 23/5/1991

Notable la película de Bertolucci, basada en la novela de Paul Bowles, *El cielo protector*. La cámara es el paisaje. Todo lo que en otros filmes es el marco, aquí forma parte de la historia. Paul Bowles, de blanco, como un fantasma enharinado, ve pasar los hechos en un rincón del bar africano en donde bebe té. Es el Destino, y con su propia voz se encarga de darnos las pistas para que no lo olvidemos. Cuando leí la novela, hace unos treinta años, me pareció discreta. En cambio, las memorias del escritor, que aparecieron en español durante este año, están llenas de vida y de acontecimientos. ¿Por qué no me agradó *El cielo protector*? Tal vez porque era libro de aquellos días en que yo trataba de no aceptar que me empantanaran en el corazón de los problemas, como en el fango. Ya tenía demasiado con mis propios infortunios, como para devorar los ajenos a modo de comunión.

Ernst Jünger cumple 96 años. Releo el libro de Julien Hervier, *Conversaciones con Jünger*. Habla de las "cesuras biológicas", lo cual significa que uno es niño, adolescente, hombre hecho y viejo, y finalmente patriarca. Cuando felicitó a su amigo Carl Schmitt por su nonagésimo cumpleaños, éste le respondió: "La vejez está terminada; entro ahora en la edad de los patriarcas".

Asegura que no relee sus obras, pues cuando ha escrito un libro, es para él una especie de "piel de víbora" de la cual se ha despojado. Debe mucho a los sueños y los observa con cuidado. En su opinión, "la vida del sueño se hunde a mayor profundidad que nuestra visión diurna del mundo".

Se refiere a la costumbre de llevar un diario y justifica hacerlo. El interés radica "en que devuelve el tiempo en detalle". Aparta a éste de la novela y explica que se podría definir a una novela o a una novela corta como "una cristalización". En cambio, el diario "es más bien un mosaico: son fragmentos dispersos de un estallido que, sin embargo, se dejan recomponer para dar un todo que quizás será, dentro de cien años, más sugestivo que una novela". El diario le da mucho menos trabajo: son relatos de viaje de lecturas, máximas, reflexiones, hechos del día, relatos de sueños, paseos.

El diario se puede tomar o dejar en cualquier momento. No es una obligación que saque de las casillas y lo convierta a uno en esclavo. Se puede tomar una nota

o no hacerlo. A veces se ha dejado de escribir el diario por diez años. Ya el pasado se conjura, y al releer las visiones nos persuaden de que no todo fue yerro o desatención. He saltado de la noción que tiene Jünger del diario a la que me liga con la prodigiosa y durable. En el diario me puedo conocer a mí mismo. En los otros libros, no.

Jünger me interesa, además, porque se confiesa fundamentalmente como "un hombre de la mirada". Le encantan los colores cuando comienzan a estallar y "evolucionan hacia formas apenas discernibles". Braque y Picasso le parecían dignos de alabanza. Le resultaban "convincientes". ¿Se trata de la búsqueda de un lenguaje "verdadero" que vaya mucho más allá de las palabras?

Santiago, 24/5/1991

Anoche dejé de leer en el momento en que daba vueltas y vueltas con el propósito de recomponer la imagen física de las terramaras que hubo en la llanura del Po, en los días de los etruscos. Se trataba de un tipo de construcción prehistórica que se levantaba sobre pilotes, al modo de los palafitos, rodeado por una barrera y un foso. Me limita el no leer en alemán, pues sé que existe un libro muy importante: *Terremare und Rom*, de E. Täubler, publicado en 1926. Lo que hay en Massimo Pallotino, *Etruscologia* (Milano, 1963) es más o menos lo que sé.

Me dormí pesadamente. Y vino un sueño: yo miraba por una ventana en un lugar que parecía pertenecer a un mundo muy plácido. De pronto, la luna se veía llena y enorme. Comenzaba a moverse y se acercaba a enorme velocidad en la dirección en que yo me hallaba. Llamé, entonces, a Miriam, para decirle lo extraño que era eso. En seguida, el cielo fue cruzado por un viento que movía aerolitos, cometas de cauda pequeña. La luminosidad se estremecía. Yo tenía la sensación de que todo era pavoroso, y sin embargo no tenía miedo.

En unos minutos, la ronda del cielo. Sabía que era eso algo como el *videha-mukta*, o la liberación fuera de la forma, de los hindúes. El cielo comenzaba a liberarse de ese orden en donde la eficacia y la jerarquía dejaban de ser parte del techo del mundo. Ya el arcaico "motor inmóvil", de Aristóteles, se transformaba en un rasgo antagónico. Todo era una nueva "in-tención" (la etimología corresponde a *in-tendere*, es decir, "tender hacia").

Las estrellas se volvían locas. No sólo titilaban ferozmente, sino que comenzaban a salir del todo en un movimiento centrípeto absolutamente enloquecido. Los puntos de una posible circunferencia se unían por todos lados y en el interior las estrellas trataban de abrirse paso, sin lograrlo, porque la masa impedía otra cosa que no fuera un rebote.

Repentinamente, una gran *svastika* se ponía a mover las aspas. De pronto, cuando comenzaba a caer el polvo negro sobre el mundo, desperté. Supe, desde antes, que yo decía a Miriam algo acerca de cuidarse de sentir miedo, pues nosotros estábamos a salvo.

Lo primero que hice fue respirar y tomar el camino de los libros, pues tenía el

vago recuerdo de haber leído en *Símbolos fundamentales de la Ciencia sagrada*, por René Guénon, un capítulo relativo a la cruz gamada. Estaba en el capítulo VIII, "La idea del centro en las tradiciones antiguas". Explica que a decir verdad lo que corresponde es hablar de un signo solar, pero agrega que se trata, además, de un símbolo del movimiento, no de uno cualquiera, sino del de rotación, "que se cumple en torno de un centro o de un eje inmutable" y dice que es precisamente el punto fijo un elemento esencial "al cual se refiere directamente el símbolo en cuestión".

Seguiré pensando sobre el asunto, y me parece que debo examinar lo de la visión oscura, *quasi per speculum in aenigmate*, a que se refiere San Pablo en *Corintios*. Necesito, además, revisar otro texto de René Guénon, *El esoterismo de Dante*.

Sin duda, queda en pie un problema. Frente a esta expresión de una catástrofe global, de tipo cósmico, yo no tenía miedo. ¿Por qué?

Santiago, 25/5/1991

La jornada del paseante provisional. Una mañana sin sol. El muro invisible no oculta la belleza del día o su espíritu irreal. Música. Juan Sebastián Bach (Jean Pierre Rampal, flauta; Trevor Pinock, cémbalo; Roland Pidoux, violoncello continuo). *Sonata N° 5 en mi menor*; "Sonata N° 6 en mi mayor"; "Sonata N° 1 en si menor"; "Sonata N° 2 en si bemol mayor"; "Sonata N° 1 en si menor"; "Sonata N° 3 en la mayor"; "Sonata en sol menor".

Relectura de las *Confesiones* de Paul Verlaine (mi lectura anterior se halla fijada en el *Diario*, el 12 de octubre de 1945). Me irritó entonces, cuando conocía un puñado de poemas del autor de "Canciones para ella", que no agotara las anécdotas para reflexionar acerca de la poesía. Por otra parte, me negaba a aceptar que la naturaleza diera saltos y la falta de linealidad del relato. Me perturbaba —pienso hoy— las huellas de su conciencia culpable, pues me desvivía, en ese tiempo, en la Acción Católica, por no admitir la anomalía ni en el santo ni en el artista. Me irritaba, por ejemplo, el pasado remoto de San Agustín. Se debía ser virtuoso, constante, puro, generoso, eficaz, servicial, bondadoso e invulnerable. Sobrellevaba yo la idea primera del heroísmo intelectual, porque elegía algo que no fuera ni la riqueza ni el poder.

Hay un retrato espléndido de la guerra franco-prusiana (Verlaine se alistó en el Ejército) y yo ya conocía lo que había sucedido por el tono de algunos cuentos de Guy de Maupassant, a quien veía como el más grande de los cuentistas. Los acontecimientos que el narrador sitúa en Normandía, a plena luz, Verlaine los pone en el efecto de los acosos en las calles de París, cerca del Panteón y en los jardines del Luxemburgo.

Un excelente retrato de Sainte-Beuve, a quien va a visitar en compañía de François Copée: "Aún me parece verlo, con aquella cara en donde la gordura de los años había borrado la fealdad inicial. Calvo, afeitado, con unos ojillos algo chinoscos y una mueca sutil más que maligna, aunque bastante maligna ya. Con

un gorro de terciopelo negro a la cabeza, vestido todo él de franela blanca, por culpa del reumatismo... Tenía el aire de un papa heteróclito en su inmenso sillón. Añádase a esto una muy latente melancolía de seminarista tirando a jansenista y de mujeriego retrospectivo y lleno de recuerdos celosamente callados”.

Una avispa extraviada, con el vuelo tardo, toca la ventana de mi pieza. Tiene algo de viejísima archiduquesa de Austria o de bailarina cansadísima de Degas, dada a remojar los pies a fin de borrar el peso del baile a disgusto. No hay azul en el cielo para el probable hecho fundamental: el mutismo en el que la ha de sorprender la muerte.

La flauta de Jean Pierre Rampal ilumina la mañana oscura, le da vida, apura un rayo de luz muy intenso. Ya mi viaje a Alemania se aproxima. Lo importante es ver en los lugares, en las personas y en las cosas un tono de alma, el súbito resplandor de aquello que da vida, en medio de la calma que recibimos como habitual. La que nos ofrece ocasión de salir de la vieja asfixia que nos tomó el pasado, cercándolo y definiéndolo, creyendo que era eso lo que buscábamos: el anonadamiento.

Santiago, 29/5/1991

La ilusión como la suma de los buenos deseos para con uno mismo. No discriminar, tratando de huir de las formas seductoras del privilegio del sujeto. Sorprendo, de continuo, en algunas páginas de mis *Diarios*, unos vagos ejercicios desiguales en los que pongo el yo como mercancía, aludiendo a una insoportable vanilocuencia de mis actos. Tal vez el fruto maduro venido de la indolencia pasada.

Me siento, sin embargo —a veces—, sin razones valederas para suprimirlos o para atenuarlos, impidiéndome recaer en el juego de las apologías. Al fin y al cabo es preciso demostrar que no en vano aprendí en Montaigne que nadie se halla a salvo de decir tonterías. La desgracia —dice el maestro bordelés— consiste en “decirlas como si fueran sorprendentes”.

En el fondo el asunto se refiere a cómo me pongo en escena, quizás fingiendo que soy parte de un decorado, tal vez un módico partiquino, un músico encargado de mover de cuando en cuando los timbales o, presumiblemente, un encargado de cruzar por el mundo observando el estado de las candilejas.

No me empeño en desaparecer, en olvidarme a mí mismo, en buscar la posibilidad del anonadamiento. Quiero estar presente sin estarlo. No me agrada sentir que soy como las estatuas de la Isla de Pascua, una presencia que vigila sin ojos el mundo de la utopía, con el fin de seguir funcionando en el vértigo cotidiano, más allá de su propio fin.

Quizás tenga algo de eso que revela Jean Baudrillard en una parábola de su libro *Las estrategias fatales*. El asunto le sucedió al duque de Palagonia, que era un experto “en urdir la sombra fatal de los espejos deformantes”. Se trataba de un noble español, que era deforme y monstruoso. Dio en construir en las proximi-

dades de Palermo una villa que se le pareciera, así como el Laberinto tiene una esencia monstruosa que reproduce el carácter, la falacia, el poder del Minotauro.

Pobló el lugar siciliano de gnomos y rodeó todo de espejos convexos, a fin de que la más bella joven de Sicilia, con la cual se había casado, "sólo pudiera tener de sí misma una imagen repelente", y, por tanto, "se resignara a amarle a fuerza de parecersele". ¿La conclusión de Baudrillard? Contar el secreto de toda seducción, sin acudir al expediente glorioso, lúbrico y judicial del Marqués de Sade. Ésta, la seducción, "ofrece a la belleza un espejo deformado en el que se ve finalmente liberada de su perfección".

En dos días más el viaje. El vértigo. Yo me convierto en un exceso de signifi-cante. Sé que trato de no caer en la indeterminación. Pronto voy a ser un satélite que gira en torno de lo alemán. Quiero exacerbar el equilibrio, despojarme de mi imagen de juez de *toda* Alemania, por los siglos de los siglos, al no ver en el nazismo una ruptura de la historia. ¿Ruptura? El alemán posee una pasión muy cálida en la que envuelve y nimba el Poder. Quisiera entender que "ya ha sucedido todo". Que no hay un estado que lleve nuevamente a "otra vez". No quiero ser el petrificado que perdió la oportunidad de ver por sí mismo.

Un propósito básico: disipar la incertidumbre del mañana sin el muro.

Santiago, 30/5/1991

Antes de viajar a Alemania, leo una crónica de Tony Caterall, desde Bonn, para *El Mercurio*. Admite que los bosques "se extinguen" y ello se debe, en parte, a "los gases expulsados por los escapes de los automóviles". Ellos producen "al menos la mitad" de los "aproximadamente ocho millones cuatrocientos noventa mil metros cúbicos de óxidos nitrosos enviados a la atmósfera cada año". Los metales tóxicos matan a los peces; la lluvia ácida, causada por las emanaciones de dióxido de azufre proveniente de las plantas industriales y centrales energéticas se mezclan con el agua de la atmósfera y producen ácido sulfúrico. En la zona del "cinturón industrial" del Rhin y del Ruhr el asunto es mucho más que "problemático".

Ya en el avión, rumbo a Frankfurt, comienzo a leer *Napoleón III y su imperio de carnaval*, por John Bierman. Parece bastante peor que los libros de Ludwig. Los comienzos sirven para mostrar a un fantoche pintoresco, de piernas e ideas cortas, altamente descalificado y muy adicto por las faldas. No era —al parecer— otra cosa que un pequenoburgués pequeño, que difícilmente podría estar a la altura de las circunstancias.

El general Nicolás Changarnier, comandante de la Guardia Nacional de París, lo consideraba estúpido y no lo veía más que en el rango de "un loro melancólico" y tenía la idea de que no era sino alguien similar a Diafoirus, el médico parlanchín de *El enfermo imaginario*, de Molière.

En el avión (Frankfurt-München), 1/6/1991

Desde lo alto, en menos de una hora, se ve sólo el cambio de los colores. Juegan

en cuadrados o en rombos, a veces en formas triangulares, el amarillo, el verde, los ocres y uno que otro azulino. El uso de otro idioma, el inglés, no me convierte, por fortuna, en imbécil, sino en un ser pacífico y extremadamente cortés. Sé bien que en Alemania el idioma español es el cuarto, en pugna con el italiano, que aspira a ocupar ese lugar.

München es una ciudad muy ordenada, exenta de bullicio. El cambio oficial es de 1 marco 50 por dólar y miro unos bellos zapatos (600 marcos). ¡*Verboten!* En el Hotel *König Ludwig*, la limpieza sobrecoge. Voy notando, al salir a la calle, que existe una norma permanente, o la historia de cuanto no se debe hacer. Estacionar, usar un sitio para sentarse, llevar perros, dejarse caer sobre la hierba, entrar en un lugar determinado o dejar que los niños se encaramen a tomar ramas de los árboles o a caminar en una especie de cinta transportadora.

Frau Gudrún Bouchard, mi traductora y guía, una mujer inteligentísima, me lleva a la Pinacoteca de München. Bellísimos cuadros de Rembrandt, de Filippo Lippi, Tiziano, Brueghel, Canaletto, Tintoretto. Después vamos a un parque inglés, en una tarde perfecta con sol. La juventud bávara se atiza con cerveza, pero me advierten que existe la posibilidad, que aprovecho, de beberla *alkoholfrei*, o analcohólica. No es fácil, puedo dar fe, beberse esos enormes vasos que contienen un litro de cerveza.

München, 2/6/1991

Al no hablar más de diez palabras en alemán experimento la idea de que soy invisible. Paso por un bar, miro un aviso luminoso, oigo conversaciones que me dan la imagen auditiva de las piedras que chocan con un objeto de plaqué, y soy algo así como el homérico Nadie, que amedrentó al gigante Polifemo, tan sólo con argucias. Yo, lo sé bien, carezco de toda posibilidad de construir un párrafo en alemán. Leí alguna vez, creo que en un libro de Kundera, cómo, en el idioma de Kant, hasta un simple buenos días parece, por la entonación, convertirse en una tesis metafísica.

Anoche, con el edredón, tuve una pesadilla. Me ahogaban, me ataban impidiéndome respirar y quejarme. Desperté pensando que mi hora había llegado. No es extraño, Pepita, una de las heroínas barojianas de *Las veleidades de la fortuna*, dice que las camas de los alemanes son como ellos, o se arroja lejos el edredón, o se hiela o se asfixia con el peso. De ahí se lanza injustamente en contra de los alemanes diciendo que se creen el centro del mundo y admiten saberlo todo. Salva de la "masa alemana neutra y torpe" sólo a Kant, el que "más se ha enterado". Atribuye al hijo del sillero, o sea a Kant, haber sido, en su momento, el alma de Europa.

¡Maravilla de maravillas! Ciento cincuenta cuadros de Chagall en Kunsthalle der Hypo-Kulturstiftung. Allí se va uno guiando en el todo chagalliano, sabiendo que hay guiños de un cuadro a otro. Las escenas se complementan, asistiendo a los ritos de la casa, del matrimonio, de la oración, del modo de hacer el amor, de

las formas en que se ha de ver el paso del tiempo, en las relaciones con el mundo, en los afanes de la ropa, de la costura, del pavor de estar solo, de orar, de las estaciones, de las plumillas de nieve, de los fríos del alma o de la gran alegría de vivir y estar a punto con Dios.

Por la tarde, en un palacio de Luis II, sonatas de Mozart y de Beethoven, en piano. Después, en el metro, un número incontable de chiflados, casi todos muy jóvenes. ¿Alcohol? ¿Drogas? Un escritor alemán, al contárselo, me dice: "Los has visto a todos. No hay más que esos en Alemania y se juntan como un homenaje que te rinden. Así se trata a los visitantes".

En la noche, por la televisión, publicidad sexualizada más allá de lo que había visto hasta ahora. Después, *The Cocoanuts* (1929) por los hermanos Marx. Un momento inolvidable: Groucho ha contratado a Chico y a Harpo, pero, con el fin de evitar el desembolso, les dice: "¿La clave de la esclavitud de los trabajadores? ¡El salario! Yo quiero que ustedes sean libres, y por ello no les pagaré". Marx por Marx.

München, 3/6/1991

Conversación con Gudrún sobre Milena, la novia de Kafka. Mi amiga es la prologuista del libro sobre Milena por M. Buber-Neumann. Larga conversación sobre la mujer y el campo de concentración.

München, 4/6/1991

Oigo a un actor alemán, en el café, contar a Gudrún cómo ha dado a Brecht o a Molière en un culto por el rigor de los parlamentos sin menoscabar la puesta en escena que debe, en ocasiones, inventar un movimiento, algunos pasos especiales, con el fin de que el drama sea más explícito y las palabras se multipliquen y pongan al espectador "en medio de las cosas".

No trata, en ningún momento, de meterse en profundidades. Yo había esperado con temor la paradilla, pues recordaba muy bien que Nietzsche solía decir con crudeza que el alemán, en lugar de un llegar a ser, "devenía", "evoluciona", concluyendo terriblemente en que no sabía digerir sus vivencias. Ahora, mientras escribo el texto final, hallo la cita: "La profundidad alemana —dice el autor de *La gaya ciencia*— no pasa de ser, con excesiva frecuencia, más que una *digestión* penosa y diferida".

Bayreuth, 5/6/1991

Ya solo, en el tren que va de München a Bayreuth, pasando por Nüremberg, me doy cuenta de que debo usar nada más que el inglés. Se acabó la vida guiada y debo valerme por mí mismo. Hallo, sin embargo, a un español de Zaragoza. Vende artículos deportivos, pero le habría encantado, si no hubiese sido respon-

sable con la familia, convertirse en escritor. Encuentra en mí un oído en paz cuando me asegura que distribuye sus ingresos equitativamente con el personal de su empresa. ¡Qué así sea!

Tiene muchísima gracia y llena las casi dos horas y media con anécdotas. Dice que, sin ser religioso formal, cree en Dios, aunque no “en sus mariachis”, entre los que incluye a la jerarquía. Dice que al último Papa a quien le creyó todo fue al grande, a Juan XXIII, “pues ése era un santo”. De los políticos tiene mala opinión y se niega a votar. Después habla peste de todos los Borbones. “Eran —grita— unos golfos”. El Rey actual es la excepción.

Bayreuth, 6/6/1991

Me abren el Sancta Sanctorum del Museo Wagner. Ahí logro ver con emoción la partitura original y manuscrita de *Tristán e Isolda*. Limpísima, casi no hay una corrección. El doctor Manfred Eger me regala su libro sobre Nietzsche y Wagner. Después, luego de la conversación, me muestra el voluminoso “Diario” de Cósima, desde la niñez hasta sus últimos días. Minuciosa, muy clara, específica, atenta a lo que ocurre en el interior de ella y en el mundo en donde Wagner ocupa el sitio mayor. Luego de la muerte del músico, su letra se convierte en una suerte de zigzag doloroso. Veo cartas manuscritas de Nietzsche, de los días magníficos, en la luz del pensamiento originario que arroja luz sobre el universo, y de los días tristes cuando, destruyéndose, ve que se hunde y firma *El Crucificado* o *Ecce Homo* y da nombres de heroínas de novelas de caballería a Cósima.

Callejeo por Bayreuth. La ciudad es silenciosa y ordenada. Todo es muy limpio y casi no se ve otra cosa que el gran bosque en donde se halla la tumba de Wagner y de Cósima. Las madres llevan a sus hijos pequeños en las bicicletas y respiran, evitando que el *smog* los aniquile. Es una ciudad de tono menor y los impulsos de la discreción la invaden. Los parques, como en toda la ruta que va desde München a Bayreuth, son ordenados y parecen obedecer a la lógica alemana del culto por la naturaleza. Veo el cine en donde dan una película de tercer orden sobre espionaje y luego el gran teatro en el cual se realizan los festivales wagnerianos. El guía se da el lujo de comprobar ante los bobos, que somos sus víctimas, cómo es la acústica del lugar, golpeando el platillo con un palillo. Parece que ha entrado el dragón a luchar con el gran Sigfrido, o que las vírgenes se agolpan muy ligeras de ropas en el Walhalla.

En el diario *ABC* leo la confesión del búlgaro que organizó el asesinato de Juan Pablo II. Artículo escalofriante. KGB y la conexión búlgara. Ali Agka lo contó a la CIA, y ésta, con el fin de tomar el hilo y agarrar la madeja, le pidió al tirolenco a quien no se le iba el blanco, que sólo hiriera al Papa. El asunto se complicó por la infección, pero Ali Agka “cumplió” con la CIA.

Por la ventana de mi hotel, el “Goldener Hirsch”, Bahnhofster 13, veo que el homenaje a Wagner se halla en todo. La farmacia de enfrente dice en el letrero:

"Parsifal Apotheke". Economía privada: tallarines a la boloñesa y una cerveza sin alcohol, 11 marcos 40. Alrededor de 7 dólares.

Jena, 7/6/1991

Es una ciudad lenta, sobria, antigua, descascarada, casi ausente de sí misma. El descuido se advierte en todo y la gente va a buscar el entretenimiento al Jardín Botánico y mira la Universidad en donde enseñó Schiller. Un día gris echa por tierra los entusiasmos. La gente arroja descuidadamente papeles al suelo. Da la impresión de que la grisura de lo que fue Alemania Oriental se nota en el espíritu mismo de los hechos cotidianos. Nadie se llama a hablar en voz alta, a festejar algo, a demostrar que vive en paz consigo mismo. Es un pasar antes que un llegar a ser.

Erfurt, 7/6/1991

El tren permite mirar lo que es profundamente visible en la Alemania Oriental. Nadie, prácticamente, habla inglés, pues se trata de la lengua del conquistador, del Otro. El paisaje, al paso del tren, exhibe el descuido. Han quedado atrás las catedrales sumergidas de los bosques, las coronaciones de los árboles en las alturas, los laberintos vegetales, el olor de la selva en crecimiento. No hay ya los abetos, los tilos, los cipreses, las altas hayas. Se trata de un mundo a medio destruir. Montañas de escorias, a la vista del tren, al pasar por las estaciones, forman Himalaya. Ya se trate de Steinbach o de Unterloquitz, en donde veo colinas de arenas negras, montículos de desechos. El verde majestuoso se venga, apareciendo a regañadientes. Los muñones dejan ver qué fue, alguna vez, todo esto, lo que el fuego arrasó. Los techos negros, apizarrados, de las casas liberan el "¡no me importa!" o el "¡qué más da!".

Aquí, en Erfurt, en 1348, durante la Peste Negra, fueron asesinados tres mil judíos con el fin de aplacar la cólera divina. Otros doce mil murieron, por la misma causa, en Baviera, y dos mil más en Estrasburgo. En la ruta a Erfurt, en 1505, Martín Lutero, un estudiante de 22 años, quien venía desde la casa paterna en Mansfeld, fue cogido por una tormenta. Cayó un rayo muy cerca de él y, lleno de miedo, dijo: "¡Santa Ana querida, si me salvas yo me haré fraile!". Ingresó en la comunidad de Ermitaños de San Agustín de Erfurt. En esta ciudad, Talleyrand practicó el doble juego político con el Zar y con Napoleón.

La combinación del mundo que se marcha (el comunismo y el control) y del que llega (libre mercado, fin de los estatismos, libertad para todo) es extraña. El hotel en donde duermo, enorme, caro, complejo, no tiene salida directa del teléfono a ningún lugar del mundo. Hay que conseguir, con dificultad, vía Berlín, de telefonista a telefonista, sin certeza. Un muy difícil llamado a Chile, sin otro tiempo que el de cuatro minutos y medio, cuesta cien marcos. El "Hotel Kosmos" queda en la Juri-Gagarin Ring, a 150 metros de una iglesia en la cual predicó Martín Lutero el 22 de octubre de 1522.

Salta a la vista aquí el descuido del sistema socialista. No hay costumbre de asistir al turista. Recién, a paso de tortuga, restauran los monumentos históricos. Cerca de la gran catedral de Erfurt, unos italianos miran seis o siete espléndidos edificios del viejo estilo de Turingia, que ya se vienen abajo, sostenidos por malos postes y, en alusión a los germanos y a los soviéticos, exclaman: ¡Barbari!, ¡Cretini!

Los jóvenes miran los electrodomésticos, los aparatos de TV, enormes y horriblemente caros, y las zapatillas de nombre, los aparatos de música, las corbatas de seda y comentan entre ellos, soñando. Se entusiasman más, qué duda cabe, con los avisos en los cuales se dice que el 22 de junio actuarán en Erfurt los astros del rock. Entre ellos, Bap, Bod Geldorf and the Vegetarians of Love, y Dave Stewart and the Spiritual Cowboys. Me pregunto: ¿hay algún cowboy espiritual en algún sitio del mundo?

Hay cosas que conmueven, como el caso de las ruinas de una iglesia famosa, Kirche des Ehemaligen Franziskanerklosters. Es el vacío absoluto de un interior, en donde sólo se aprecian los restos de columnas y, en cambio, los muros y las torres simulan una enorme maqueta. Aquí predicó Lutero en 1529 y el edificio, que puede verse majestuoso en el museo de Erfurt, en un cuadro de Christian Nikolaus Heinrich Domheim (1772-1830), *Vista de Erfurt en 1810*, es una joya sin rival. En el muro se nos dice que la iglesia quedó así después del bombardeo angloamericano del 26 de noviembre de 1944. En los tejados aún se ve lo negro de las quemaduras.

Las pinturas del Anger-Museum no valen gran cosa y son las notas corrientes de la pintura palaciega del siglo XVIII. Sin embargo, piedras, maderas, obras tomadas de iglesias destruidas, son bellas. No deja de sorprenderme una *Pielá*, en madera, de 1490, en donde el dolor de la madre se hunde en el gran sueño plácido del Cristo exangüe. Y otra en la cual sólo es posible adivinar, al tanteo espiritual, los rasgos de la Virgen, pues su rostro se ha ido esfumando con el tiempo, pareciéndose más a una verdad admirable y oculta que a una representación estricta. La muerte ha ido puliendo el sitio en donde estuvo la faz de la Madre Sagrada, convirtiéndose más bien en pura mortalidad, aunque hecha totalmente de amor. El Hijo, el Hijo Sublime, el Hijo Eterno, es ya sólo unas llagas e infinito dolor.

Weimar, 8/6/1991

Weimar es, al mismo tiempo, una pequeña ciudad y la idea de una ciudad. Todo le confiere la condición de un reino privado, aunque no efímero. Da la impresión de que aquí, solemnizando aún el presente, se mantiene el sello y el estilo de un lugar que no distingue entre el "fue" y el "sigue siendo".

Muy de mañana, recorro la casa y el parque de Goethe. Allí está su espíritu curioso, vivísimo, reinando sobre todo. Los fósiles, los libros, las piedras, los utensilios, las habitaciones, los aparatos de la técnica, los signos de su amor por el pasado y de su curiosidad (estatuillas, miniaturas, monedas, fragmentos de un

estilo de vida) y por los productos de la artesanía, de la que habla largamente en *Viaje a Italia*. Las mayólicas, los platos, los vasos, las fuentes, los jarros. Y en todo un cruce de la síntesis, lo que procede del pasado de las religiones y de sus dioses plurales y las figuras de un cristianismo que admite el poder de la vida corriente, más allá de la mera exaltación del dogma o del poder.

Recuerdo, en la habitación que sirve de salón, ese día de junio de 1983 en el que se presentó Eckermann a Goethe, con temor y lleno de confusión. El retrato es espléndido: "Le sentía tan próximo que contemplándole no atinaba a pronunciar palabra alguna. No me hubiese cansado nunca de mirarlo. Su rostro era poderoso, moreno y arrugado, pero en él cada arruga tenía expresión y vivacidad. ¡Y una honradez, una firmeza, una serenidad y un porte tan majestuosos! Se expresaba lentamente, pero con naturalidad. Cuando hablaba se hubiera creído escuchar a un anciano rey. Pronto se descubría que era un hombre que hallaba el reposo en sí mismo y que estaba muy por encima de lo que llamamos elogio o censura. A su lado se experimentaba un bienestar indescriptible. Yo me sentía lleno de ese sosiego que sólo puede gozar quien, tras muchos afanes y fatigas, ve realizados sus más caros deseos".

Por la tarde, muy fatigado, voy a visitar la casa de Nietzsche, restaurada admirablemente dos años después de su muerte. Se advierten en el todo un "colosalismo" que capitaliza el gran bien: la desmesura. Los muebles son sólidos y al mirarlos da la impresión de que uno se ha empequeñecido, como Nils Holgersson antes de subir a lomos de la oca. Es una ordenación que aspira a volver el lugar como intemporal, más allá de las contingencias. La vista de la casa dio, en otro tiempo, ocasión de mirar desde allí, sin extrañeza, lo extraño que era el mundo exterior.

Ortega y Gasset recordó que en Weimar un amigo suyo preguntó a la hermana de Nietzsche, que había vivido en Paraguay y conocido a muchos españoles, qué pensaba de ellos. La señora Förster-Nietzsche dijo: "¡Los españoles! ¡Los españoles! ¡Los españoles! ¡He ahí hombres que han querido ser demasiado!".

Me doy cuenta de que aludía ella a ese ponerse en trance mediante el *thymós*, ese término que significa "ímpetu" o "coraje", el latín *furor*, una voluntad expresa de no quedarse en chicas. La voz era uno de los términos que el profesor Bogumil Jazowski arrojaba, en el viejo Instituto Pedagógico de Chile, en la Alameda de las Delicias con Cumming, sobre el pizarrón como parte de una faena intelectual oportuna y respetable. Lo inhábil que existe en todo hombre como una partícula de acción retardada se resolvía en el español en cuanto se disparaba a sí mismo sobre el mundo con entusiasmo.

En la casa de Weimar lo desagradable se encuentra al ver una esa fotografía de la hermana de Nietzsche en donde se la contempla levantando el brazo para saludar, en 1934, a Adolph Hitler. El asesino múltiple se ve relajado, sonriente, y la visita corresponde a esos días en los cuales los filósofos del Reich deseaban añadir a sus pendones la filosofía del gran pensador. Sin embargo, ver las señas

de Nietzsche alegra el espíritu: las cartas, las fotografías y los manuscritos, las pruebas de imprenta, las traducciones, y las correcciones a la "voluntad de poder", sin olvidar varias fotografías de los años postreros en que, mirando hondo y triste el mundo de adentro, el pobre loco genial se las arregla malamente en el hospital.

Aquí se habla muy poco inglés y muy poco francés. Nada de español. El alemán, como idioma, sigue resultándome muy duro, muy exagerado. En medio de la rigidez del habla, los gorjeos de los cantos de amor producen el efecto de una nuez quebrada en los goznes de una puerta. He leído hace poco una biografía de Oscar Wilde, por el senegalés Francesco Mei. Se nos dice en ella que el escritor, mientras se encontraba en prisión, le escribió a Frank Harris: "Intenté leer poemas griegos en el original, e incluso aprender alemán, una lengua que, no sé por qué, parece hecha a propósito para ser estudiada en prisión".

Me llama la atención cuánto se bebe en Alemania. La cerveza cambia de continente, desde el barril a la barriga. Ya el buen Montaigne observó con agudeza que los alemanes beben "cualquier vino" con placer igual, "ya que su fin no es paladearlo, sino ingerirlo. Así su voluptuosidad resulta más barata, más hacendera y más a la mano". Honoré de Balzac ("El primo Pons") observó: "Es preciso comer en Alemania y ver cómo se suceden las botellas unas a otras, desapareciendo del mismo modo que una ola sucede a otra en una hermosa playa del Mediterráneo, para ver hasta qué punto tienen los alemanes un poder de absorción semejante al de la esponja o de la arena. Pero todo sucede armoniosamente, sin el alboroto francés; la conversación permanece juiciosa, como la improvisación de un usureiro; los rostros se arrebolan, como los de los novios pintados en los frescos de Cornelius o de Schnorrr, es decir, imperceptiblemente, y los recuerdos se expanden como el humo de las pipas, con lentitud".

Weimar, 9/6/1991

En casa de Schiller. Lo que se ve revela el orden que presidía su vida. Anotaba a diario sus gastos, las deudas que tenían con él, los compromisos sociales y económicos. Están todos los libros que requería para redactar alguno de sus dramas o los ensayos. Sorprende la presencia de un enorme material "de apoyo", lo cual nos habla de un escritor "moderno". Saltan a la mano también los ensayos o los libros de filosofía que podían servirle para preparar las clases que daba en la Universidad de Jena. Su escritorio, sólido y hermoso, está hecho para durar, y un mapamundi, la vela y el candelabro; un reloj muy hermoso que tiene en su parte alta la forma de una lira, y la pluma de ave, el tintero, unas tijeras: todo es minucioso orden, en procura de claridad.

Me explican que se representó en Wittumspalais Weimar, Theaterplatz, el 13 de mayo (y se va a repetir el 26 de junio) una obra espectacular de Johann Heinrich Merck (1741-1791), ¿*Goethes Mephisto*? Los turistas de la "otra" Alemania comienzan a llegar. Ya se ven lugares de estacionamiento, flechas que muestran rutas, y un microbús que trae a las huestes del turismo "interno"; están con el guía

esperando pastar bien el "Hotel Elephant", que se levantó muy cerca de la casa de Goethe, de la bella mansión de Lucas Cranach, quien vivió en ella entre 1552 y 1553, y de una en donde estuvo Bach, la cual se "rehace" apresuradamente.

Justamente en el espacio por donde salía, rumbo al castillo de Weimar, el gran Goethe, con el fin de asistir a una tertulia del Duque, y en donde comenzó a hablar sin término la famosa madame de Stäel, que no dejaba ni a Goethe ni a Schiller, ni a su acompañante Benjamin Constant, meter baza, se detiene un Super 75, con un grupo familiar, que recuerda, por la ancianidad de los miembros, la *Stultifera Navis*. Para darse ánimos y fuerza engullen panes con carne, cebolla cruda, pepinos y algo rojizo que parece un pegamento, amén de la mostaza. ¡Muy pronto volarán como los ángeles de Sodoma!

Veo en un diario algo relativo a la bella actriz y cantante Heidi Brüll. Pregunto. Una dama, con el fin de evitarme malentender el alemán, me dice abriendo los ojos muy azules, arrojándose sobre el sillón del bar, poniendo los brazos sueltos como si se desmayase: ¡morta! Para agradecerle el esfuerzo le pregunto si fue muerte natural. Me contesta, apretando los labios: ¡Cancro!

Worms, 10/6/1991

Veo unas chimeneas desde el tren, enormes, y las casas que se empequeñecen en medio de cañerías. Pienso en el colegio: Dieta de Worms (1521). Asistió Martín Lutero, allí sostuvo sus puntos de vista sin retractarse. Carlos V, evitando concederle el derecho de apelar, desterró al contumaz del Imperio, y con él a todos sus discípulos, debido al temor a las opiniones heréticas. El príncipe elector Federico lo salvó, acogiénolo en Wartburg, un castillo que perteneció a Santa Isabel.

Leipzig, 10/6/1991

Un castillo, en la ruta del tren (se me viene a la memoria la noción de la palabra *schlos*, como castillo y cerradura, lo cual sirve para repensar un análisis del libro de Franz Kafka. Y para dar vueltas, muchas veces, la llave en el lugar de la cerradura). Se ve abandonado en lo alto de un roquerío. En medio del torreón vacío irrumpe la verdura. Abajo, las vacas y, poco antes, un basural en el mejor estilo de los "vertederos" chilenos. Luego la cinta del río.

Leipzig tiene el prestigio arcaico de la gran ciudad, pero se halla sometida a los despeñaderos del ser que arranca de la grisura majestuosa del estilo de la Alemania Occidental. Voy a la Thomaskirche, en donde se halla la sobria tumba de Juan Sebastián Bach, pongo un clavel en ella. Arriba, a la izquierda, un armonio de los días del músico envía sus notas, algo de una tocata. Ya la Universidad, grande entre las grandes de Europa, no se llama "Karl Marx" y se la dedica, enfrente de la estatua de Leibniz, a un Augusto principesco. Los monarcas vuelven y el socialismo se va con las manos vacías. Sin embargo, los especuladores inmobiliarios llenan las suyas. Las represalias de los de gargantas enormes son tre-

mendas. Se trata del regreso de la gran manada de esos capitalistas que aspiran en la botella con las ansias guardadas por decenas de años. El mejor retrato de todos ellos los hizo George Grosz en *Stützen der Gesellschaft* (1926). Todavía recuerdo ese gran cuadro que veré en el Museo de Berlín. El burgués tiene una cruz gamada en la corbata. Se le contempla con el cráneo abierto del cual surge un militar a caballo, dispuesto a andar a la greña. Es difícil no advertir que los entusiasmos del pueblo van a pasar cuando se den cuenta de que ya el Estado proveedor no proveerá, que viene el gran negocio de unos pocos y que tendrán que rascarse con sus uñas. ¡Ya veremos! El ejemplo de la fábula de las ranas que pedían Rey a Júpiter se aplica, sin reservas, a lo que va a ocurrir aquí.

Tomo de mi archivo un artículo (*El Mercurio*, 28/IV/1991): "En la ex RDA temor al futuro provoca depresiones y suicidios". Se dice que todo viene de la mala idea del porvenir, "carente de autoestima" y de la ausencia de posibilidades de hallar trabajo. Cito: "Los expertos dicen que los desequilibrios psicológicos —que van desde la agresión al insomnio y desde la depresión al suicidio— son males que se están generalizando entre los 16 millones de habitantes del este germano, desde que transitan un mundo desconocido en el cual *cada hombre debe arreglárselas por sí mismo*".

Los suicidios, en Leipzig, aumentaron en un mil por ciento. Así lo explicó Hannes Bauer, un jefe de la policía que está a cargo de una unidad especializada en la investigación de muertes dudosas en esta ciudad. "Y lo peor está todavía por venir en nuestras tierras", ha dicho Frank Dietrich Mueller, sicólogo experto en los asuntos del suicidio.

Berlín, 11/6/1991

Al amanecer, rumbo a Berlín. Por el camino y junto al riel, en Petersroda, unas flores amarillas bordean la línea. Se parecen al retamo. Poco más allá, en las tres horas y cuarto que demorará nuestro tren en llegar desde Leipzig a Berlín, veo con horror de amigo de la naturaleza el despliegue soldadesco de las chimeneas de la industria, en Bitterfeld. Las tuberías a flor de piel, deslizándose, a modo de tentáculos, hacia lo alto y lo bajo, achicando las torres de una muy hermosa iglesia westfaliana. Parece uno de los círculos del Infierno del Dante. Dos estaciones más y veo el vasto foso, sin fronteras, de un seco y descomedido mar bituminoso, horripilante. En el camino, el abandono es total: basura, desechos, latas enmohecidas, botellas, miles de botellas vacías y de cajas que alguna vez contuvieron algo y que hoy parecen permanecer como el monumento a la nada.

La entrada a la enorme estación de Berlín es, también, fea y grandilocuente. Centenares de líneas de desvío, unas en uso y, otras, al parecer, mantienen el carácter del signo, sin iconolatría posible. Pirámides de basura que, por momentos, parecen tener una pigmentación espesa, sin el condimento estético de ciertas pinturas de Oskar Kokoschka. Ya en el taxi, el joven chofer me dice que se siente

el peso político y económico de la unión de las dos Alemanias. Él no experimenta ni alegría ni tristeza. Dicen —él, y sus compañeros de oficio— que las cosas “son”, “ocurren”, “pasan”, y, como ellos no tienen mayor interés en dar vuelta el guante político por el revés, son informados por los medios y “no vale la pena pensar, sino esperar adónde va a ir a parar todo esto”.

Si esta mañana de Berlín fuese contemplada por un antiguo inglés de los días de la niebla total, de seguro que la llamaría “deliciosa”. Veo un desfile de ecologistas y no me parece —como ha dicho un corresponsal frente a algunos como éste— que sea “un puntito en la línea no tan ancha de la calle”. Es, en verdad, una fuerza nueva que se atiene a pedir que se cumplan derechos elementales de la humanidad.

No es Berlín una ciudad ruidosa, si se la compara con las grandes colmenas del furor musical. Sin embargo, parece haberlo sido. En 1936 se luchaba en contra del “estruendo”, tal vez en los resabios del ulular de los bárbaros que ya recogían como herencia yacente los nazis. En ese año, en una pequeña ciudad de Turingia llamada Blankenburg, los técnicos deseaban solucionar el problema sonoro construyendo una variedad de casas a las que denominaban *Silentiarum*. Se trataba de levantarlas con materias que fuesen malas conductoras del sonido, además las maderas de las escaleras se aceitarían con el fin de evitar los crujidos; los pisos iban a ser recubiertos de caucho; no chirriarían las cerraduras; las llaves de la luz girarían suavemente y no se oiría caer el agua en las bañeras. Es posible —decía un cronista— que si sus habitantes dan en reñir o dispararan maridos a esposas “los vecinos no llegarían a enterarse”.

¡A la Nationalgalerie! ¡Qué inventario de obras notables! Sólo puedo citarlas con el nombre en alemán, pues, a veces, ignoro el nombre original: bellísima pintura que Eugène Delacroix pintó entre 1820 y 1821: *Sitzenderweislischer Akt Mademoiselle Rose*. Y un espléndido *Don Quijote y Sancho Panza*, por Honoré Daumier. Los tesoros de los impresionistas: de Monet, *St. Germain l'Auxerrois in Paris* (1866); *In Wintergarten* (1879), de Manet, y los bellos ojos que siempre amé en *In Sommer* (1868), por Renoir. La parte de los expresionistas, el “arte degenerado” que vio el hitlerismo, cuyos descendientes las emprenden hoy en contra de los “oscuros”, las tiendas de pornografía, las bailarinas, los melancólicos, los que tienen cara de políticos de izquierda o de judíos o de árabes, deja ver el gran retrato de Adolfo Loos (1909) por Oskar Kokoschka, y muchísimos Grosz y Dix. Se halla aquí, también, entre los milagros de esa tendencia, los tristísimos rasgos de Adán y Eva dolidos con ellos mismos, mirándose con ferocidad, en 1917, por Max Beckmann.

Más allá, un buen *Stilliten* (1915), por Juan Gris. Un muro es ocupado dignamente por la “Torre Eiffel” (1928), de Robert Delaunay, y por dos Picasso orgánicos y muy distantes de otros del período, que sirve para completar y reentender las búsquedas de una pintura a otra. Sin embargo, mi sorpresa y mi júbilo se dan en alabanza cuando doy con tres cuadros de Francis Bacon, esos

retratos de mujeres con rostros descarnados, tratados como si hubiesen nacido con el ácido del Fantasma de la Ópera o por la ira del Guasón, en la última versión de *Batman*. Quiero recordar cómo el célebre *Joker* salva, en el momento en que destruye con ácido el Museo de Ciudad Gótica, la pintura de este mismo Francis Bacon.

Por la noche, me quedo pensando en el Berlín destruido, y las imágenes del último día del nazismo, que vi en noticiarios de ese tiempo; me llevan a recordar el otro Berlín. Recuerdo que *Temps Modernes* dijo —según la ficha que manejo aquí en la ciudad alemana—, en 1946, que en Berlín no parecerían absurdos la unión de un paraguas y una máquina de coser sobre una mesa de disección, ya que los lugares no existían como tales, sino que se dejaban ver como heterónimos legendarios. En una película de escaso valor, *El último tren de Berlín* —creo— se ven los muñones y los huecos de la ciudad, ésa a cuyas ruinas quiso definir en un ensayo mi amigo Martín Cerda. Él quería animarse a ser, como Walter Benjamin con los pasajes de París, un visionario de la ciudad inexistente y de su *anamorfosis*, en la línea de Stendhal y de Piranesi.

John Dos Passos en una de sus crónicas de viaje pudo ver el Berlín de 1945, los restos de las estatuas en lo que había sido el Tiergarten; los troncos calcinados de los árboles; las calles destripadas; los volúmenes invisibles ya de los edificios dinamitados o puestos en el suelo, en miles de fragmentos, por los cañones soviéticos; los restos del Adlon y la presencia casi intacta de la Puerta de Bradenburgo. “La ruina de la ciudad —anotaba— era tan inmensa que adquiría la grandeza natural de un fenómeno natural como el Jardín de los Dioses o un Desierto Pintado”.

Berlín, 12/6/1991

Ayer me advirtieron que no podrían entenderme si dejaba Berlín sin ver muy atentamente la Gemäldgalerie. Voy y me siento en el aire. ¿Puede ser posible una maravilla como ésta? Dos salas dedicadas a Rembrandt: hay veinticinco obras suyas. Allí asisto a la lucha de Jacob con el ángel; a la historia de José y la mujer de Putifar; al momento en el cual, lleno de ira, Moisés levanta las Tablas de la Ley. A la mirada del joven judío que tiene ya en los ojos la tristeza anticipada de las generaciones que vienen. Está, sea o no de Rembrandt, el hermoso *Hombre del Casco de Oro*, y *Sansón y Dalila* (la luz cae espectacularmente sobre el cuerpo de la mujer cuando Sansón avanza con la espada).

Notables cuadros de Van Dyck, los mejores holandeses; dos Vermeer de Delft (la mujer que se mira en el espejo, atenta al collar de perlas, y esa perfección de formas puras en *Herr und Dame beim wein* (1660-1661)); retratos de Franz Hals tan perfectos como algunos de los que hay en Haarlem. Joyas y más joyas: el *Retrato de una joven de perfil* (1465) de Antonio del Pollaiuolo; el *Retrato de George Giszze*, por Holbein el Joven y, momento supremo, *La Adoración de los Reyes Magos*, por Hugo van der Goes (circa 1470).

Sin embargo, en materia de perfección no se quedan atrás una faz atormentada, el llanto sin medida de la gran *Mater Dolorosa*, del sevillano Pedro Roldán (1624-1699). Ni dos ángeles sin alas, limpios y simples, que esculpió, con los brazos en remolinos lentos, Erasmus Graser (1450-1518). Ya la hora de "ver" el dolor, un Cristo montado en el asno, en Jerusalén, de un anónimo alemán del 1200.

Para no perder mis vínculos con un tema que me comenzó a rondar en Italia, el de las Anunciaciones con la visita del ángel a María, que Rosita, en el análisis, consideró parte de un renacimiento luminoso de mi yo, al dejar atrás la región de las sombras y del dolor absoluto, encuentro en la sala dedicada al arte bizantino, en una enorme estampa de iglesia, *Ikonostasis*. El ángel viene muy de prisa, casi ingenuo en su agitación y más bien dado al desconcierto misional. En el fondo, parece haberse retrasado con el mensaje y la Virgen, no dándose por enterada de ello, parece haber sabido todo antes de la comunicación del emisario.

La sección etnográfica es tan poderosa y grande como la del "Museo del Hombre", de París. Polinesia, América, África, India, Japón, Asia Menor. Barcas, cocodrilos sagrados, hechos de una tabla; ídolos sexuales; armas de toda laya; máscaras extrañas que simulan ser el rostro, o tal vez "son" ese rostro. En una de ellas, de Senegal, el misterio es el Absoluto, y en otra, de Nueva Guinea, el rostro parece mentir una máscara, que es el rostro, pero, además, la máscara de la máscara. Caí en estado de verdadera iluminación cuando pude darme cuenta de que los dioses *están aún aquí*, y nos miran.

A la práctica. Los gastos del día.

Tres taxis (6,40 D.M.; 20 D.M.; 14 D.M.), lo cual equivale a treinta dólares por ir de un sitio a otro. "El País" y *Le Monde*, 6 D.M.; una bebida y un café, el equivalente a 3 dólares y 50 centavos. Postales, 7 D.M.; comida (*omelette* de callampas, bebida y café), 14,50 D.M.; llamada telefónica a Santiago, 12 dólares por cinco minutos de discado directo. Mi viático es de 80 D.M., diariamente.

Berlín, 13/6/1991

En la calle, de fisgón. El Reichstag, la puerta de Bradenburgo, en donde se instalan los vendedores a lotear uniformes rusos, gorras militares y de piel, condecoraciones, charreteras, en tanto un organillo deja oír viejas canciones alemanas de la guerra del 14. De ahí a la Alexanderplatz, a Unter den Linden, a los edificios de la era de Bismarck, los restos del naufragio del Berlín opulento que fue arrasado con la toma de Berlín, en 1945.

Miriam me cuenta por teléfono que murió Claudio Arrau. En Francia lloran la desaparición de Vercors, el héroe legendario de los *maquis*. Tengo, en Chile, un ejemplar de la edición clandestina de *Los silencios del mar* y un día, tal vez, en 1953 ó 54, veía conmovido la película de Melville, tomada dolorosamente del libro. En *Le Monde* un notable análisis de la "cuestión" palestina. En Italia, según dice *Corriere della Sera*, hay dos líos grandes: uno, la reforma política. El otro se refiere

a una investigación que se llevó a cabo en varias regiones de Italia con el fin de investigar el modo de "tratar" las pizzas. El análisis revela un altísimo porcentaje de adulteraciones, fraudes, uso de sucedáneos y de elementos particularmente nocivos para la salud. Me dan ganas de gritar: "¡Que las coma *Mangiafuoco!*".

Otra noticia de Italia: ha llegado al Véneto la mosca-asesina, o más bien "vampira". A los hombres no les provoca gran daño, pero chupa la sangre de los animales. Tiene 4 milímetros, es hematófaga y provoca en los animales un *shock* anafiláctico. Más informaciones: un *baby* infanticidio en Verona. Julia Roberts dejó plantado, en vísperas de la boda, a Kiefer Sutherland. El diario titula: *Pretty woman ha detto "no"*. Y se cuenta que lo ha abandonado por *invidioso, ubrícone y libertino*. Los casi 600 invitados no saben qué hacer con los regalos. En la columna de los chismes, se expone que ella merece a alguien como Tom Cruise, y Kiefer *lo sa e anche per questo beve*.

Berlín, 14/6/1991

Vida cotidiana. Largo paseo por Kantstrasse. Un mercado, por allí, al aire libre. Griegos, árabes, turcos, kurdos. Los niños juegan en la calle; el olor de la verdura aroma la calle. En Uhlandstrasse descubro una librería francesa. Ya no tenía qué leer: es un día de gloria. Veo un libro sobre Rimbaud y Abisinia. Otro, que examina el pensamiento de Arafat, que es una extensa entrevista. Compró dos libros de Jean Guéhenno, *Journal des années noires*, el cual corresponde al período de la ocupación de Francia por los nazis (14 D.M.) y *Carnets du vieil écrivain* (1971), por valor de 11,50 D.M.

Vaclav Havel no debe estar muy alegre al saber que no le ha de ser fácil lograr que su país, Checoslovaquia, se incorpore a la Comunidad Económica de Europa. Mitterand le ha dicho, muy francamente, que Austria y Suecia se hallan a la espera y preparadas ya económica y tecnológicamente. Aún más, le dijo que necesitan los antiguos países socialistas larguísimos años para hallarse a la altura de los tiempos. No es para mañana. Quizás en veinticinco o treinta años podría llegar a ocurrir.

En Italia aumentan los líos entre Cossiga y Andreotti, en el interior de la DC. En Varsovia, Walessa obtuvo lo que quería: reformar lo que ya el Parlamento había aprobado. Vuelve, pues, a poder, por el veto, admitir la campaña política de la derecha polaca en el interior de las iglesias.

Emoción de encontrar en una tienda discos de Tino Rossi. Lo que no me agrada tanto es hallar, en otro sitio, una botella de licor que imita la figura de Hitler. Debe contener algo más de un vaso y en la etiqueta está el nombre del dictador nazi y las fechas de su nacimiento y muerte.

Berlín, 15/6/1991

Un cortometraje de Chaplin en la televisión. Recuerdo cómo reía, de niño, con los movimientos inciertos y ambiguos del cuerpo que el cómico empleaba con el fin de volver mítico lo que era la verdad de los actos de la vida cotidiana: lavarse,

vestirse, comer, saludar, oír las opiniones, alistarse en una causa, enseñar a los que se le allegaban, probar cómo comportarse en sociedad, alentar a las almas a hacer el bien.

Sin embargo, no me quedaba muy en claro si todo ello no era sino un modo de predecir que el género humano —y cada uno de los miembros de él— hallaban que su único camino era el del yerro y el fracaso. Aún más, sus incertidumbres eran —o parecían ser— fruto de la bonhomía, de una disposición amable que permitía vulnerar los sistemas, el poder, las creencias, el maquinismo, la constitución de la sociedad misma.

No entendía bien, eso sí, por qué los viejos, los muy mayores, no reían tanto. ¿Carecían, acaso, de humor? Muy tarde llegué a entender que Chaplin les habla de lo espantoso que es ser viejo. Los cuerpos no son ligeros, las arrugas van a poblar el rostro, el amor se da en el tono de parodia o, a lo más, en el estilo de la farsa de las comedias de Feydeau o de Labiche. Chaplin, con los movimientos, les anuncia la ataxia locomotriz. En la bobina de los textos de Chaplin duerme nuestra juventud, el “estar allí”, los ademanes de una vida plena.

Visita al Museo Egipcio de Berlín. Asombro sobre la sorpresa. Un trozo de papiro, admirablemente conservado, del 2600 antes de Cristo, anterior a la administración económica de José y, si se me permite, anterior al viaje desde Ur por parte de Abraham, transmite una noticia que pudo ser alegre o sólo un informe comercial.

Nefertiti resplandece y, con un solo ojo, es bella entre las mayores beldades. Su cuello es una alegoría. La gracia la invade y multiplica el don de ella misma como contribución a la hermosura universal. Los rostros, que anticipan el carácter de la pintura bizantina, puestos en los sarcófagos, representan a los muertos en la vida total. En los días del matrimonio, de las ceremonias familiares, de la juventud. Son hombres y mujeres tan reales, lejos de toda idealización, en medio de sus adornos, muebles, bienes y los antiguos juguetes, que parecen estar dispuestos para salir nuevamente a la escena.

“Cruzo la calle, en la ancha avenida, para contemplar a la hermosa Cleopatra, en su lugar del *Antikenmuseum*. Hay que gritarlo en voz alta: ¡su nariz era perfecta! Y qué decir de los rasgos. Era como para decir: ¡adelante con los faroles!”. Poco más allá, los cascos de guerra de los hombres cantados por Homero; los atuendos de los animales en Troya; las estatuillas, los escudos. Si uno no se está atento, es posible que no logre oír el discurso del viejo sabio que fue Néstor y, me parece, encontrar señas de objetos que corresponden a las del mundo de Itaca.

Por la noche, lectura completa del libro de Guéhenno, las notas del escritor y su proposición: “*La lecture, cette intimité pathétique que tout écrivain tente d'établir avec chacun de ses lecteurs*”.

Düsseldorf, 16/6/1991

Una hora de avión desde Berlín. Ochocientos kilómetros. El hotel se halla enfrente de la estación de ferrocarriles. Es una Babel rediviva: italianos, marro-

quies, armenios, ingleses, españoles, panameños, argentinos, colombianos, hindúes, tamiles, húngaros y polacos. Hablan, gesticulan, miran los horarios de llegada y de salida de trenes hacia Colonia, Bonn, Berlín o München. Sacan cuentas, miran revistas, comen, beben, orinan. Por la tarde, el Museo de Arte Moderno. Un sólido hallazgo: cincuenta cuadros de Paul Klee. Desde los esbozos con lápiz a las obras perfectas en el juego de colores: rosado, ocre, verde, amarillo. Y las líneas, los montajes, la entonación musical, los ríos de formas consolidando el espacio. Y más. Diez pinturas de Picasso; uno de ellos —el más hermoso—, un rostro de mujer en el torbellino del prisma. Y Matisse, Braque, Grosz, Arp, Ernst, Vlaminck, Derain. Más tarde, acompañados por el Dr. Ludwig Schrader, gran especialista en literatura americana, vamos a ver el castillo Holterhof, al sur de la ciudad, junto al Rhin, en un gran parque. Por allí, Thomas Mann situó las escenas fundamentales de su novela *La engañada* (1953). El desenlace, entre los rododendros, luego de haber hecho los personajes un viaje por el Rhin, ocurrió aquí. Recordemos la historia: Rosalía von Tümler, una viuda de cincuenta años, se declara enferma de amor por el joven Kenton, profesor de sus hijos. Han llegado desde Köln, y el estallido del conflicto pasa en el instante en el cual un guía muestra un cuarto cerrado que se abre mediante un mecanismo oculto. Rosalía y Kenton se quedan atrás, el grupo sigue, y ellos regresan a la habitación. Ella lo expresa todo con el cuerpo, y cuando Kenton y Rosalía van a hacer el amor, la mujer le dice que el moho, el encierro, la humedad, la aterran. Que esperen a la noche siguiente en casa. Ella lo visitará en su cuarto. Poco antes de la hora convenida, la mujer experimenta un súbito rejuvenecimiento. Comienza a desangrarse. Cáncer al útero. La operan. Muere.

Veo hoy el castillo rosado y recupero la página del libro: "Llegaron al castillo y al brillante y circular estanque que lo reflejaba en sus aguas, en uno de cuyos lados había una minúscula isla en la cual se levantaba un álamo solitario. En la amplia plazoleta de guijo, que se extendía frente a la escalinata que llevaba graciosamente a un ala del edificio, cuyas enormes dimensiones parecía borrar su extrema delicadeza y cuya fachada de color rosado se presentaba, a decir verdad, un poco descascarada, había mucha gente aguardando que comenzara la visita de la mañana, y que se entretenía examinando las figuras de las armas de los aguilonos, el reloj, olvidado del tiempo y sostenido por un ángel, las flores labradas en la piedra que había puestas en lo alto de las blancas puertas".

Mezclados con los paseantes, Rosalía y Kenton contemplaron "la arquitectura feudal tan primorosamente decorada, hasta los *oeils-de-boeuf* que exhibían allá arriba las guardillas de coloreada pizarra", y las figuras mitológicas algo deterioradas que hoy puedo ver yo, Pan y las ninfas, sobre sus pedestales, junto a las ventanas. Más allá, cuatro leones de piedra, con expresión severa y las patas delanteras cruzadas, a modo de guardianes de la escalinata y del patio. El interior, todo se corresponde entre lo que pintó Mann y veo ahora: "El vestíbulo era frío y olía a moho. En él habría ya preparadas en hilera unas gigantescas pantuflas de

fieltro que fue menester calzarse, en medio de las risitas de las señoras, a fin de proteger los primorosos pisos de parqué que, ciertamente, casi constituían los objetos de mayor interés de las estancias a través de las cuales pasaron todos torpemente, deslizándose sobre las pantuflas y resbalando, guiados por el guardián manco. En cada habitación se podían admirar distintos trabajos de incrustación que representaban las más variadas formas de estrellas y fantasías florales... En la redonda sala de banquetes, alrededor del cual estaban de pie, en sus nichos, Apolo y las Musas, el piso, en lugar de ser de madera, era de mármol, como el que revestía las paredes. Rosados angelotes descorrían una cortina pintada de la cúpula hendida por la cual penetraba en el recinto la luz del día".

El lío es mayúsculo, en la estación, en los comentarios periodísticos, en los buses o en las calles. Se trata del triunfo del Bayer-München. Nadie para y se empujan las botellas y los tarros como si el Mesías hubiese llegado. Lectura del *Journal des anéés noires* y el terrible vivir bajo la bota, como país ocupado, evitando a los soplones y a los colaboracionistas. Quien ha vivido bajo la dictadura de Pinochet, en Chile, sabe muy bien cómo es eso, mucho más moderado, el clima de la vileza y de la abyección.

Se me viene a la memoria un día en el que, conversando muy desanimado con Jorge Millas, a la hora de almuerzo, en el "Oriente", en medio del humo de las decenas de cigarrillos que él consumía para recargarse en medio del estado constante de lucidez que lo caracterizaba, hablando de cómo el pensamiento podría, alguna vez, llegar a paralizar la acción, me dijo: "¡Ojalá pudiera!". Y, en seguida, lejos de la *realpolitik*, pero no fuera de la idea del fenómeno, me dijo: "No se puede quedar uno en el placer del sofista, en tales estados; ni entregarse a la acción pura. Ésta desmoviliza al pensamiento, lo vuelve viscoso, lo inutiliza desbordándolo. No hay que quedarse, tampoco, en la meditación sobre el dolor personal, al modo de los griegos en la historia del siglo IV antes de Cristo. Huele lo que flota en el aire: allí está el futuro, en los pequeños gestos de solidaridad, de amor, de uso de la conciencia. En medio de las guerras civiles, del temor a los asesinos, Julio César aún pensaba hondo".

¿Qué tiene que ver todo lo anterior con Alemania y con este "Diario"? Simplemente me habló, después, del libro de Guéhenno que leo ahora, y me aseguró que allí se podía percibir, en el peor de los momentos, el poder de la esperanza. No habrá que esperar y en menos de quince años (hablábamos en 1977) la "republiqueta" de hoy volverá a su estado de larva democrática. Después fue a una reunión con Martín Cerda, que tenía algunos textos de Heidegger tomados de una vieja revista francesa y quería pedir a Millas "aclaración de algunos puntos".

Düsseldorf, 17/6/1991

Me quedo mirando el diario de hoy, el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, como aquel campesino del libro de lecturas francesas de Lenz y Diez, el cual incitado a ir a la

óptica, con el fin de adquirir anteojos para poder leer, responde que le parece muy bien, pero el problema reside en que él no sabe leer. Hay en el diario un folletín de Martin Walser, *Die Verteidigung Kindheit*.

Al Museum Goethe. Hay un cuadro de época, que perteneció al autor de *Werther* y en el cual se representa el modo de comer de una familia campesina, junto a unas ruinas romanas, de esas por las cuales se muestra admirado aquél en *Viaje a Italia*. Hay una vaca que pace y unas cabras que triscan, y el pasto crece en medio de las columnas. Por la tarde, visita a la Biblioteca de la Universidad Heinrich Heine. Me muestran un ejemplar de la llamada *Biblia Poliglota*, la que Felipe II encargó con fervor al noble gran hombre que fue Arias Montano. Es la edición primera. Una columna está en griego; otra, en hebreo; la tercera, en latín, y la cuarta, en español. Veo, además, la sección dedicada a Thomas Mann: miles de libros y de material que incluye cartas y notas.

Por la tarde llega a comer conmigo Carmen Barros, mi amiga de siempre, que es Agregada Cultural de Chile en Bonn, esa ciudad que John Le Carré considera hartamente menos entretenida que el cementerio de Chicago. La conversación es espléndida, porque es una mujer magnífica que habla de todo con discreción, amistad y cortesía, virtudes que han ido desapareciendo con los viejos amigos que han muerto, o cambiado de vida.

En la Universidad Heinrich Heine hay una exposición sobre libros y personajes y sitios de la literatura, en el pasillo central. Un notable *Café Greco* (1976), de Renato Guttuso, y un muy extraño y patético *Don Quijote*, de Daumier, del que ya hablamos, en reproducción, El héroe manchego ha echado carnes, es un burgués de postrimerías y lee, sentado en un sillón.

Lectura de *Le Monde*. Siguen algunos bebiendo por el triunfo del Bayer-München. En la televisión, por la noche, una vieja y estúpida película que me encantó más o menos en 1940, cuando me gustaba todo cuanto se movía en el cine. *El doctor Gillespie*. Allí están, momificados, Lionel Barrymore, en la silla de ruedas en donde lo instalaban cuando la gota le hacía la desconocida. Lew Ayres, muy joven y enamorado, busca por todos lados a dos muchachas jóvenes: Lana Turner y Laraine Day. Después un *video-clip*. Tina Turner sensual, desenvuelta, toscamente hermosa, en *Baile privado*.

Düsseldorf, 18/6/1991

Sigo pensando en lo que he visto en los museos alemanes. Es una fiesta inolvidable. A propósito de los temas mitológicos, repaso las fichas que traje desde Chile y encuentro una relativa explicación acerca de los románticos y sus temas, por Ortega y Gasset (*La rebelión de las masas*). Él pensaba que sentía extrañeza por la violación de ciertas formas, en las que "lo natural e inhumano volvía a oprimir la palidez humana de la mujer, y pintaban al cisne sobre Leda, estremecido; al toro con Pasiphae, y a Antíope bajo el cabro". Al generalizar esa manera de mirar la

mitología, a partir de las figuras venidas, por ejemplo, de las *Metamorfosis* de Ovidio, tuvieron que buscar un escenario. Así hallaron "un espectáculo más sutilmente indecente", el de las ruinas, "donde la piedra civilizada, geométrica, se ahoga bajo el abrazo de la silvestre vegetación". Desmelándolo todo, logran, además, admitir el peso específico de la decadencia. No extraña que remate el párrafo diciendo: "Cuando un buen romántico divisa un edificio, lo primero que sus ojos buscan es, sobre la acrótera o el tejado, el amarillo jaramago".

Me explica el Dr. Schrader que, en la Segunda Guerra, por la proximidad de la zona del Ruhr y por ser ciudad industrial, Düsseldorf fue destruida en casi un ochenta por ciento. Hubo que salvar lo que quedó y comenzar a ver lo de antes con la imaginación, hasta reconstruir lo que era posible. No me extraña, pues, que sea ésta una de las zonas más defendidas por los "Verdes" y por una multitud que aspira a ver los árboles, los paisajes y el futuro. Heinrich Böll dijo que la cuenca del Ruhr es aterradora y permite mirar el riesgo del daño ecológico en los niveles más altos del planeta: "Hay zonas habitadas por el hombre sobre las que habitualmente cae una lluvia de porquería de ochocientos gramos por metro cuadrado; casi un kilo sobre una superficie apenas igual a la mitad de lo que ocupa una cama. Ochocientos gramos por metro cuadrado son ochocientas toneladas por kilómetro cuadrado. En este caso una simple multiplicación sirve de medio aclaratorio. La palabra progreso continuará siendo amarga ironía en tanto que el hombre siga destruyendo o envenenando los elementos, agua, aire, tierra".

Visita a un notable museo, el dedicado a Heinrich Heine. El conservador me cuenta cómo Sisí, la esposa de Francisco José, el monarca austro-húngaro, que adoraba la poesía de Heine, regaló una estatua del escritor. Ésta tuvo muy mala suerte y fue llevada de un lado a otro, pues ni al Kaiser ni a Hitler les encantaba el elogio público de un judío. Fue a dar a Corfú, pasó por la Rusia zarista y hoy se halla de vuelta en casa. Reviso los papeles, las cartas, los documentos, los manuscritos, los libros, las revistas dedicadas a Heine y, pasando por un corredor, doy con el material de su vecino, Robert Schumann (quien puso música al poema de Heine "Los granaderos"). Están las partituras y un bellissimo tapado con pieles y plumas de cisne que perteneció a Clara, su mujer.

Más tarde, entrevista en la Universidad con el profesor Momsenn, el especialista que tiene a su cargo la edición de las *Obras Completas* de Max Weber. Conversamos acerca de cómo el sociólogo veía la democracia de Weimar y lo relativo a la constitución. Fue un acto de generosidad de Weber pensar a Alemania como una democracia, en el momento de la derrota y, sobre todo, en medio del peso del odio, del fin de la idea imperial y los principios de política bismarckiana. Momsenn cree, como especialista en ciencias políticas, que reducir a los partidos locales, en los países, el poder, se halla fuera de las necesidades planetarias de esta época. Hay que actuar "internacionalmente", por sistemas de alianzas y acuerdos. No hay otra salida: cada país es una insuficiencia sin los demás.

Colonia, 19/6/1991

Colonia muy de mañana. El Rhin se despereza, las fábricas echan al cielo sus humos y todo se activa. Muy pronto, estoy mirando la gran catedral, bella, solemne, eterna. Al lado, por desgracia, el pavor de un comedero de McDonald. Comienza a llover y en la calle larga del comercio se combinan las comidas rápidas y al paso, el sitio en donde se paga un marco para oír o ver pornografía, las librerías y los turistas que dan vueltas y vueltas en un sitio pequeño.

Después, al Museo Románico. Se ha llenado hoy, por fin de temporada escolar, de pequeños vándalos. Se sientan en las tumbas romanas, ponen los pies en el lugar en donde se exhiben los mosaicos, lanzan papeles y chicles a un espacio que es un alto en el tiempo, llevándonos al siglo I de esta era. Algunos, que ya tienen más de 16 años, golpean con las zapatillas gruesas y de marca o comen papas fritas. Un escándalo: lo que no destruyeron ni los bárbaros del siglo V ni los de Hitler pueden lograrlo estos hijos de la ira. Le presento mi denuncia al director del Museo. Me lo agradece. Los profesores tratan de calmar a los muchachos, pero éstos, que ven todo como un paseo liberador de energías, no obedecen y se limitan a encogerse de hombros.

Dostoiéwski, que estuvo en Colonia, en el año 1862, se irritó al escribir, con respecto a la catedral de Colonia: "Pensé que parecía un objeto de la época caballeresca, una gran pieza de antigüedades amontonadas, del tipo que se usa como pisapapeles sobre un escritorio, pero, por supuesto, con más de treinta metros de altura". Fue hombre difícil y por aquí murmuró que la música de Wagner le resultaba intolerable, dando palos de ciego a "ese tedioso canalla alemán". A su acompañante, la joven Anna, le dijo que no entendía por qué las calles alemanas eran tan malditamente rectilíneas. En verdad, nada de lo alemán le atraía. "Uno —informó a Anna— debería tener escasisimo respeto por sí mismo para arrojarle a un río tan pequeño y mezquino como el Spree". Sin embargo, en Dresde, mirando la *Madona de la Sixtina*, de Rafael Sanzio, le explicó que tenía ante sus ojos "la revelación más excelsa del espíritu humano". Otros cuadros que le produjeron emoción: *El Tesoro*, de Tiziano; *La Noche*, de Correggio, y *Acis y Galatea*, de Claudio Lorrain.

Colonia, 20/6/1991

Anoche, en televisión, imágenes del aluvión en Antofagasta. ¡Horrible! Más tarde, un programa dedicado a "Coluche", ese *clown* ligeramente demagógico y popular, algo encanallado, que hizo las glorias del París popular, con campañas de bien público. Lo mató un camión al chocar su motocicleta hace unos seis años. Veía la vida a través de ese país de los barrios que alegaba y defendía la norma del "¿y a mí qué?". Después, pongo la radio. La música de antes: *Dama Española* y ¡Ay, zandunga!

Bonn, 20/6/1991

Un breve viaje desde Colonia a Bonn (veinticinco minutos en tren). Hablo con Claudia Roth, diputada de los "Verdes" en el Parlamento Europeo. Le pregunto por las dificultades de desarrollo del Partido, en el momento en que los de la Dc y los socialdemócratas toman cosas prestadas de su programa, con el fin de rejuvenecerse. Ella piensa que los demás tienen un cúmulo de contradicciones básicas entre los sueños grandes del humanismo y las proposiciones económicas (mercado, bienes, naturaleza, energía, desarrollo, contaminación de las industrias). Ellos, los "Verdes", en cambio, lideran, en acuerdo con grupos políticos, en procura de soluciones más vastas de los problemas.

Hoy se vota acerca de la capital de Alemania. ¿Berlín o Bonn? Según leo en un titular del diario de München, Berlín parece triunfar por una mayoría de 52%. En cada Partido no hay mayorías absolutas ni un pensamiento unitario. Kohl y Willy Brandt están por Berlín. Recuerdo que los nazis, y sobre todo Goebbels, despreciaban esa capital cosmopolita, burguesa, detestable y judía —según lo gritaban a los cuatro vientos. München era, para ellos, la ciudad ideal. Una suerte de gran capital arquetípica del movimiento nazi. Allí se incubó el huevo de la serpiente.

No es fácil convencer a todos acerca de las bondades del cambio. Ya Montesquieu, en "El espíritu de las leyes", decía que el pueblo es siembre o demasiado activo o demasiado lento. "Unas veces —exclama— con sus cien mil brazos lo derriba todo; otras veces con sus cien mil pies anda como los insectos".

Bonn es para John Le Carré ("Una pequeña ciudad alemana") "una ciudad balcánica, una ciudad de claroscuros y secretos". Hoy, sin meternos mucho en ella, tendemos a advertir que no es fácil entenderla como un todo. Da la impresión de que la gente tiene que ver con calles, zonas, barrios, almacenes próximos, oficinas. Nadie sabe muy bien hacia dónde queda tal calle o plaza y, por más que se pregunte, son gentiles, pero bastante discretos en ofrecer los conocimientos ciudadanos que se presumen habrían de tener.

En tren a München, 21/6/1991

En la madrugada, mientras aguardo el tren en la estación de Colonia, contemplo una escena estúpida. Dos muchachos juegan a la pelota en los andenes, llevan patines, los cuales les otorgan más velocidad que la de la pelota que empujan y se dejan sacudir por los sonidos que les envía (a cada cual) el *personal stupid*. Nadie les dice nada.

Comienza el viaje: los pueblos a la orilla del Rhin, los hermosos bosques bávaros, los castillos en las montañas y, al pasar, junto a la línea, un bellissimo cementerio alegre, con jardines y flores en medio de las tumbas. Es un lugar anterior a la estación de Hainz.

Al detenerse el tren, los muchachos cantan a Berlín y muestran los titulares en donde se lee en grandes letras: ¡Ja, Berlin! Asisto a la buena nueva, los veo beber y

cantar una vez y otra. Desde el tren, miro a Ulm. Hoy da lo mismo si fue un lugar de la gran batalla en el siglo pasado o no. Una torre antigua se levanta junto a una enorme chimenea. Es la combinación de la técnica y del luteranismo. Salmos y cifras, de la producción; la liturgia de la prisa, de la modernidad, de la idea orgánica en el tejido de la política, del reciclaje de los desechos. ¡El ara, el Tabernáculo de la Santa Alianza es el Banco!

Heidelberg, Agsburg. München. Todo el mundo descende.

München, 21/6/1991

Termina la gira organizada por el Instituto Goethe. Y ahora a París. En el avión leo que la votación en favor de Berlín fue, entre los diputados, de 337 votos; en contra, de 320. Los oradores —según *Le Monde*— se batían por Bonn “con el coraje de la cabra de Monsieur Seguin”. Entre los reproches, figura el dirigido en contra de Willy Brandt, quien hizo un paralelo entre Bonn y Vichy. Ahora, cuando Berlín tiene 750 años, el sueño de volver a ser la capital se ha cumplido.

El editorial de *Le Monde* deja algo muy en claro: *Le choix de Berlin ne doit pas être interprété comme le retour de flamme d'un nationalisme allemand avide de retrouver les pompes wilhelmiennes, ou, pis encore, les défilés guerriers sous la porte de Brandebourg. En revenant à Berlin, les allemands ont le sentiment d'effectuer un retour à leur histoire avec ses grandeurs et ses crimes. Bonn, au contraire, ne témoigne que d'un chapitre heureux du destin de cette "patrie difficile" dont se plaignait, tout en la chérissant, Heinrich Heine.*

Los pasajeros alemanes brindan con cerveza en el aeropuerto. Hay frutas, diarios, panecillos, café y té, y movimientos que corresponden a las circunstancias históricas del día de hoy. Nadie se apura cuando dicen que el avión de “Air France” se retrasará dos horas.

París, 22/6/1991

Ya en la ruta del sur, luego del peloteo de maletas y los 37 francos del bus “Air France”, el saludo fraterno que los habitantes de la ciudad se hacen, sin alegría, en un “tapón” o embotellamiento. Mi primer diálogo de amor con la ciudad, luego de unos años: los castaños de Indias arrojan las pelusas. La fiebre del heno me sacude sin tregua. Una joven turca, que es mi compañera de asiento, me dice sonriente: “¡Es la alergia!”. Si no lo sabré yo. ¡Ah, las pastillas y a esas extrañas pesadillas, como tomadas de los cuadros de Gustave Moreau! Posteriormente, me atizo con el inhalador.

Dejo las maletas en casa de José Miguel Barros y de Elna, en el edificio de la Embajada de Chile, cerca de los Inválidos y del Museo del Hombre, la Torre Eiffel, el Museo Rodin y la Librería Gallimard. Ellos vuelven mañana y me han dejado, con gentileza alarmante, para la presión, una caja de chocolates y, lo que es una gloria, un libro de los personajes de Marcel Proust fotografiados por el gran Nadar.

Salgo a caminar por los campos Eliseos y, como ocurre siempre en el primer día, me extravió, yendo para el lado opuesto al que deseo, en verdad, ir. ¡A la primera librería, abierta en domingo! Mis ojos caen y recaen sobre un hermoso libro de los hermanos Goncourt, *L'Italie d'hier*, las notas de un viaje (1855-1856). Una ganga: 65 francos, o sea menos de 11 dólares.

Muy próximo al Arco del Triunfo, un minusválido hace girar la pelota de fútbol con un bastón y, echado en el suelo, la cabecea como el gran Platini, ya olvidado por los hinchas; otros juegan a algo que es una mezcla de bochas y de rayuela. El organillero toca una vieja melodía: *A Paris dans chaque faubourg*.

En el 14 de la *rue* de la Paix, un aviso de Air France. Las imágenes y su relato: una mujer "práctica" en las aguas limpias, eso que se llama *surf*. A su costado, Cristo, vecino de la mujer, camina también por sobre ellas, despojado de toda sacralidad, aunque se sabe quién es. Se lee, en seguida, el mensaje: *A Tibériade, marcher sur l'eau est une Vieille coutume*. Y luego, "¡Viaje a Tel Aviv por 2.990 francos (480 dólares)!" Sin duda muchísimo mejor que ir a Viña del Mar y hartos más económico.

París, 23/6/1991

Los estornudos no cejan. ¡Al Louvre! Lo primero que busco es todo lo que concierne a la Antigüedad, a los días de Egipto, de Ur, de Canaan, de Samaria, de la Magna Grecia. Cinco mil años antes de Cristo. Miro sin pausas, embobado. Me detengo largo rato ante el toro alado del palacio de Sargón (siglo VIII). Tiene un rostro humano. Después, en el 2000, la mujer gorda vestida como princesa clamita, una esfinge alada de los asirios y un león con sus espléndidas y fuertes alas. Un genio protector del reino de Asurbanipal, a modo de caballo. Con alas y rostro humano y las barbas asirias. Y, de pronto, la pieza de caza mayor, vista y revista tantas veces a través de los años: el código de Hamurabi. La columna es hermosa y envía el saber jurídico eterno.

La pirámide del Louvre luce espléndida y favorece el ingreso de la gente. En las afueras, los excavadores se atarean descubriendo el paisaje físico del Louvre, cuando los Capetos se movían en el palacio. ¡A ver los Rembrandt y, una vez más, *La encajera*, de Vermeer! El buey desollado, los autorretratos de aquél y un saludo a la Victoria de Samotracia, a la Venus de Milo, junto a la cual se retratan legiones de japoneses, tratando de usar, haciéndose los distraídos, el *flash*.

Un libro de Malraux, *La tentation de l'Occident*, vale lo mismo que un *café au lait*, 14 francos. Agrego a mi lista otra *Anunciación*, la de Andrea Solano. El ángel parece solicitar, sin apremios, casi humildemente, a María para que acepte el trabajo que Dios le encomendó. Ella, algo cohibida, tiene puesta la mano sobre un libro de la época en que el cuadro fue pintado.

¡Siesta y un "Pasifén"! Sueño. El ángel tonto, ese tierno y triste que pintó Paul Klee, me mira y sigue siendo todavía de una sola línea. En el sueño, he decidido morir y anuncio que yo —y alguien más— podremos ver la muerte del ángel triste.

Se mueven las líneas, se altera o deshace el camino de los trazos. Todo es un desandar, un corregir y enmendar hasta que aparece la página, o quizás la tela, en blanco.

Por la noche, música. La Orquesta Filarmónica de Estrasburgo. *Concierto para violoncello y orquesta*, de Lalo; el *Concierto para clarinete y orquesta*, de Weber, y el notable *Pompa y Circunstancias*, de Elgar. Después veo un libro que reproduce una colección de telas de los últimos años de Matta. Están las del Olimpo y una espléndida *Última cena de Sócrates*.

Entrevista en la televisión: Henry Chapier ha invitado al gran guionista Pupi Avati (el de *Bix Beiberdecke*). Cuenta algo espeluznante. Para el cine, a pedido de Passolini, preparó el libreto de *Las 120 noches...* Passolini le pidió que agregara unos versos de *Las Flores del Mal* en el texto. Al ser asesinado Passolini, Avati se dio cuenta de que *todos* esos fragmentos "correspondían" al tipo de muerte del director italiano. Avati nunca quiso ver la película.

París, 24/6/1991

París —dijo Joaquín Edwards Bello— fue para él como la lira de Anfión. El viaje se va convirtiendo, como siempre, en la peregrinación a las fuentes mismas de la alegría. Por el Barrio Latino, hacia el bulevar Raspail, en procura de la librería del gran Gallimard. Quisiera comprar el *Diario* de Léautaud, pero el precio me ahuyenta: 1.500 francos por los tres volúmenes. Debo contentarme, tras un periplo que incluye la librería *Le Divan*, con la versión francesa de *Conversaciones en Sicilia*, de Elio Vittorini.

Extensa conversación con José Miguel Barros acerca de su investigación sobre la familia de Alberto Blest Gana. Va puntualizando, paso a paso, cuál ha sido el destino de hijos, nietos y bisnietos. Habla de la tumba del autor de *Los trasplantados*, en el Père-Lachaise, como así también de la de su hijo Willy de Blest Gana. ¡Cuánta gente que vivía en torno de él era parte del cañamazo de "Los Trasplantados"!

En seguida, José Miguel me invita a ver un libro notable, en dos gruesos volúmenes, que incluye el legado total del material fotográfico de la familia Nadar. Es impresionante ver allí a todo el "clan" proustiano, y a George Sand, Listz, Delacroix, Daudet, Meyerbeer, Dumas, Debussy, Sarah Bernhardt, la Patty, Massenet, Julio Verne, Rossini, Leopoldo II, Lesseps, Saint-Saëns y su perra Dalila, Gounod, Garnier, el de la Ópera; Viollet-le-Duc, Doré, Manet y Monet, entre centenares de retratados.

Me asfixia el asma y, una vez más, Agustina Muñoz me saca del aprieto con una especie de máscara y un líquido especial. Tal vez las fotografías de Nadar, más que el clima de París, me producen esta alteración. Debo suspender por dos horas la lectura. *La tentation d'Occident*, por Malraux, queda sobre la mesa del dormitorio. He dejado de leer en un párrafo enigmático, en la página 51: *Après la mort du Sphinx, Œdipe s'attaque a lui-même*. Lo misterioso es uno de los problemas que

fragmenta la comprensión total de los hechos del helenismo. Quiero insistir en la sugerencia, para dar forma más tarde: el fragmento del mundo como un pensamiento posible. Del mismo orden que la columna quebrada, el mármol que se ha reducido a un torso o a un brazo, tal como se muestra, por ejemplo, en el Museo Vaticano o en el propio Louvre.

Una enorme y grata sorpresa. Veo en una revista un *Louis Armstrong*, pintura de Moretti. Se trata de una proposición de color en movimiento, con algo del *op-art*, pero tomado en serio y no como excusa de juego en la ruta del porque sí. El pintor no se pone a jugar con los efectos, ni trata de envolverlo todo en la propia forma, sino que repite el matiz, proponiendo la evanescencia y la repoblación de la imagen con los colores. Se trata de una obra en la que prima una especie de movimiento centrífugo, en busca de la propia esencia, de la célula madre o el signo constante del ADN. Todo cambió en la vida del joven Moretti cuando encontró al editor Joseph Pardo. Fue un personaje increíble —cuenta Moretti— y agrega: *Il vivait avec la Bible, la Kabbale, la tradition que résume tout l'ésotérisme just. Il a fini par avoir sa propre synagogue, juste avant de mourir, il n'y a pas longtemps.*

El asma se mortifica a sí misma, mandándose a mudar. Miriam, por fin, en el teléfono.

Recaigo en Rimbaud y leo: "En este momento tengo un lindo cuarto sobre un patio sin fondo, pero de tres metros cuadrados. La calle Victor Cousin forma esquina con la plaza de la Sorbona, por el café del Bas-Rhin, y da a la calle Soufflot por el otro extremo. Allí, bebo agua toda la noche, no veo la mañana, no duermo, me ahogo. Y eso es todo", escribe Jean-Arthur Rimbaud a E. Delahaye, en junio de 1872.

Salgo para ver la zona y trato de entender, detenido en la plaza de la Sorbona, y me paseo por Soufflot, el furor constante de ese Rimbaud cruel, descomedido, maldito, en suma. Uncía siempre al yugo su existencia rabiosa con la huida de ese embrutecimiento que lo acorralaba. Sus tormentas eran como las de París en el verano húmedo. Ya ha ensayado "la sorda acometida de la bestia feroz".

París, 25/6/1991

Por la mañana, mientras veo cómo el sol comienza a iluminar la cúpula de Los Inválidos, doy en hojear un libro de Antonio Machado. ¡Qué gracia para juntar los contrarios! Puede escribir: "Siglo struggle-for-lifista,/ cucañista,/ boxeador más que guerrero,/ del vapor y del acero./ Siglo disperso y gregario,/ de la originalidad;/ siglo multitudinario/ que inventó la sociedad", como atreverse a ser el gran y apasionado hombre de Dios que trata de asomarse a ver qué es la eternidad: "O tú y yo jugando estamos/ al escondite, Señor,/ o la voz con que te llamo/ es tu voz".

Más tarde, antes de ir al Museo del Hombre, un poco de lectura de San Juan de la Cruz, con el adarme de conocimiento que el alma puede adquirir acerca de "los subidos misterios de Dios". El elogio de todo el irse engolfando, en medio del

oleaje, en el Misterio: "Descubre tu presencia,/ y máteme tu vista y hermosura,/ mira que la dolencia/ de amor, que no se cura/ sino con la presencia y la figura". Abro la ventana de mi pieza, en la Embajada de Chile, y creo ver mi acento como una partícula del Gran Balbuco.

Sigo buscando con deleite algo del placer del idioma, tigre de mil años que nadie puede suplantar pintándole rayas a destajo. Encuentro un ejemplar de *La rebelión de las masas*, ese libro de Ortega y Gasset que, siendo tan moderno, hace treinta o más años me pareció tan arcaico por mor de la pasión política. ¿Acaso el gran tesoro del hombre consista en ver brillar el error que ha acumulado durante una vida? ¿Somos los herederos de la Razón, ésa que se permitió Emmanuel Kant definir como síntesis del siglo XVIII?

El filósofo escribió, en 1784: "¿Qué son las Luces? Es la emancipación del hombre del estado de tutela del cual él mismo era responsable. El estado de tutela consiste en no valerse de su razón, sin estar dirigido por otro. Ese estado de tutela, del que es responsable, procede, no de la falta de razón, sino de la falta de decisión y de coraje para valerse de su propia razón, sin ser dirigido por nadie. *Sapere aude!* Ten el valor de valerte de tu propia razón, es la divisa de las Luces".

Sí, la Razón. Ortega contó que, al azar, mientras redactaba un libro en Endegeese (Holanda) vio la casa en donde vivió el gran Descartes, en 1642 (por el tiempo en que le hizo un bello retrato Franz Hals). Allí, el campeón de las hazañas y de los principios de la racionalidad apelaba al pensamiento constante (en función) como asiento de la opinión, de esa vieja y tenaz *doxa* que transmigró el alma de la Europa moderna. Sin embargo, en el momento en que redacta su libro Ortega, el hogar cartesiano es, en puridad, un manicomio, un loquerío, en donde, puntualmente, dos veces por día, ve pasar a los idiotas y a los dementes "que olean un rato a la intemperie su malograda hombría".

Todo esto ocurre por los días en que este español de la plenitud y del gusto "empuja" —así dice— su soledad por las calles de París, parando mientes en que allí no conoce a nadie, salvo a las estatuas, y logra establecer con ellas una intimidad que le viene de la ya vieja amistad. Piensa —como siempre— en teoría, en proyecto, en material de experiencia, en la cantera que lleva al libro, tal vez unas "Conversaciones con las estatuas", razonando con el Marqués de Condorcet, que se halla en el *quai* Conti, acerca de la "peligrosa idea del progreso", o con un busto de Comte, que se halla en su departamento de la *rue* Monsieur le Prince, sobre el *pouvoir spirituel*.

Ortega, sin quitarse los aires de un conspirador romántico que da golpes de florete a la historia, quiere repensarlo todo, meditar largamente sobre lo que fue y lo que ha de ser. No tiene miedo a errar con sus vistazos a la historia, aunque no deja de tomar en solfa a otros, que merodean procurándose miradas lúcidas sobre tal materia.

Un paréntesis. Paul Valéry pensaba, en su libro *Miradas al mundo actual*, que la Historia, ésa que se muestra gráficamente con mayúsculas en los textos, es el

producto más peligroso fabricado por el intelecto. Todo el mal se halla en sus propiedades: "Hace soñar, embriaga a los pueblos, engendra en ellos falsos recuerdos, exagera sus reflejos, mantiene sus viejas llagas, los atormenta en el reposo, los conduce al delirio de grandezas o al de persecuciones, y vuelve a las naciones amargas, soberbias, insoportables y vanas".

Ya sabemos que Tácito pudo dar, a partir de lo que él deseaba, sin atenerse a la vaga norma de la objetividad, una visión de los germanos que nos indujo a errar largamente sobre el papel de éstos en la Edad Media, y que las señas dadas por Julio César en sus libros no buscan, en la excelencia de la prosa, sino poner clavos fijos en los muros que le han de permitir justificar o llevar a cabo una refacción de la historia en la cual fue figura de importancia.

¡A la Librería Gallimard, en el Bulevar Raspail! Compró *Cool Memories II* (1990), por Jean Baudrillard, y *Journal en Public* (1981), por Elio Vittorini. El ojo del lector ávido se posa incansablemente en todo lo que cabe en la voz "incomprable", como el segundo volumen del *Journal*, de Claudel; el tercer tomo de las memorias de Mircea Eliade; los cinco o seis tomos del *Journal* de Gombrowicz, y el bello volumen de la correspondencia de Rilke con Lou-Andreas Salomé.

Leo en *Madame Figaro* (22 de junio de 1991) una muy buena entrevista al ex presidente Giscard d'Estaing, a propósito de la publicación del segundo volumen de sus memorias (*Le Pouvoir et la Vie*). Me sorprende un párrafo en donde dice que le agrada pensar en la novela como *une tranche de vie*, y ver el movimiento de las personas, y los sucesos que se encadenan: *¡Une naissance, une partie de chasse, un gran bal, c'est Anne Karénine quoi!*

París, 26/6/1991

Hoy el cielo de París, a mitad de remolque de unos inmensos nubarrones, como los de ciertas pinturas de Sisley, y de otro cielo, o quizás "trascielo" en donde los espesos y patéticos ecos de la bruma consolidan los duros cúmulos apegándose a una rutina que precede a la lluvia de verano.

Por aquí, en el barrio de Grenelle, vivió Paulina, un personaje de *Laura o la soledad sin remedio*, novela de Pío Baroja. Según decía se hallaba lleno todo de rusos, españoles, árabes y polacos. Todos hablaban sus idiomas con sonoridad allí, en el mercado que se formaba debajo del puente del metro, entre la plaza Cambronne y la Avenida de la Motte-Picquet. Hoy, un poco más allá, entre el espacio de las Tullerías y el contorno de la Torre Eiffel, unos gorriones viejos y unos cachorros de gorriones juegan a algo con una bola de metal.

¡A Gallimard nuevamente! Anoche casi no dormí pues había leído que el año pasado se publicaron, en Berlín y en París, unas cartas de Kafka a sus padres, redescubiertas por azar. Corresponden a los dos años finales del autor de *El Proceso* y las vendía un chamarilero, que iba en una especie de carromato. Se pensó que eran falsas, pero al poco tiempo no cupo duda alguna: completaban aspectos

fundamentales de su vida. ¡Las conseguí! *Lettres a ses parentes*, 60 francos (diez dólares). Aproveché el viaje y compré el *Journal. 1966-1971*, de Max Frisch.

A las 11 de la mañana, una vez más, al Museo Rodin. Esta vez decidí concentrarme más en las obras de Camille Claudel. Son espléndidas. Tiene tanta fuerza como Rodin, pero, en ocasiones, el patetismo la atrapa y quiere poner todo el dolor, sin medida, lo cual perjudica al resultado. Él convierte todo, de una sentada, en materia. Los dolores, la sexualidad, la ira, el principio de razón, la fuera de lugar religiosidad de las figuras que cumplen funciones de símbolos vivientes. Él asimila; ella se desborda de continuo. En Camille, la forma es pasión, vida crispada, desajuste del yo, hiperexcitación, ruptura de las venillas de lo imaginario. Lo que en ella es explosión se vuelve en él, de una vez, aventura hacia adentro, en implosión.

Por la tarde, nos vamos en metro hacia el parque Georges Brassens con José Miguel y Elna. Vamos dispuestos a mirar "todos" los libros viejos. ¡Todos! El olor sofoca, aturde; es una especie de síntesis del aroma de la descomposición y de las flores que envían sus señas moteadas de colores desde afuera, lejos de la gran carpa. El libro comienza a envolvernos. Nos separamos, mirando cada cual por sí mismo. Elna toma sol, lee una revista, espera pacientemente. El viaje en metro es grato y sólo de repente se oyen gritos de jóvenes que aman la vida y lo quieren hacer saber.

Recuerdo que a Unamuno desterrado —o "trasterrado", como él solía llamarse—, le complicaba oír hablar, en París, del abreviado "metró", en lugar de Metropolitano. Porque él, desfacedor de entuertos y dueño de los voquibles, sabía que "metro" es "medida". Que el Metropolitano venía de *meter*, lo cual es "madre". Pero, decía, el instinto de abreviar "ha hecho de lo que era madre una vulgar medida".

José Miguel, por la noche, me muestra bellísimos catálogos de libros antiguos. Hay cosas sorprendentes, como por ejemplo: Jean Buteo (circa 1492-1564), *De quadratura libri duo...* (Lyon, Guillaume Rouillé, 1559). Valor: 7.500 francos, o sea 1.250 dólares. Un tratado de cirugía del Renacimiento, el de Laurent Joubert (1529), el *Traicté des archusades, contenant la vraye essence du mal, & sa propre curation, par certaines & methodiques indications* (París, P. L'Huiller, 1570), 26 mil francos, y un texto de viajes, el de Charles Estienne (circa 1504-1562). Más de viajes y el espléndido: *Les voyages de plusieurs endroits de France: encores de la terre Sainte, de l'Espagne, d'Italie, et d'autres pays* (París, Estienne Grouleau, 1560). ¡23 mil francos! Quien compra algo de esto ha de sangrar como un cerdo y puede arruinar a su familia.

París, 27/6/1991

Ahora me marchó para ver, como siempre lo hago en París, la Chapelle. Me siento en el suelo como si estuviese tendido en una barcaza, para admirar el alegre equilibrio de la sabiduría de la luz que pasa por los vitrales hasta coronarme como

un ser imprevisto que busca lo que jamás encuentra, porque no sabe bien lo que desea hallar.

Tomo un bus y me marchó a mirar el canal Saint-Martin, el de Sisley y el del comisario Maigret, que a veces llegan a tocarse. Repaso en la memoria y encuentro, en un lugar recóndito, el dato de un sitio de los andurriales en donde vivió Paul Eluard, en medio de los gasómetros y de los enormes montes y de los montículos de escoria y de carbón.

Después, vuelvo a casa. Me quedo mirando el techo y pienso en la "energía natural" de la pereza, de la cual habla Jean Baudrillard en *Cool Memories II*. Siento que me voy mineralizando al no hacer nada, que me propongo dejar que mis anfractuosidades se alisen haciendo algo que es nada. Apenas he sabido, en mi vida, descansar. El exceso de energía se convertía en carbón echado a la locomotora.

Rehúso dejarme seducir por las leyes de la ociosidad. Paladeo los frutos del esfuerzo: me parecen el fruto natural que da el Árbol del Conocimiento. El ocio me resulta tan absurdo como indiferente. No me procura, ni por un momento, la noción absoluta de la felicidad.

Stendhal quería "ser" un perezoso. Sin darse cuenta amaba las funciones inútiles (parasitismo social, artes de la seducción de las mujeres, admiración por el embrollo del lujo y del poder, quejas a modo de memoriales y alguna conciencia *in minor* de la insubordinación), pero su inteligencia, tanto como su fealdad, lo llevaban a tener cuenta pormenorizada de sus actos y aun a rebelarse en contra de ellos, hasta lograr disminuirse en lo que tenía de auténtico.

Una nota al margen. ¿Fue acaso su conciencia moral la que le impidió terminar *Lucien Leuwen*, al darse cuenta de que su héroe era traicionado por el propio narrador?

Al atardecer, Joseph, el chofer portugués de la Embajada de Chile, me lleva en auto a ver la Defense. Los nubarrones se enredan cuidadosamente y parecen colgar de los edificios más altos, en el camino a Neuilly. Me dice él que va a llover. Yo le digo, con la lógica del chileno que no condesciende con los datos concretos que no llegan a convertirse en tales: "¿Y cómo? ¡Es primavera!". Joseph, sonriendo, me explica: "En Portugal se dice que mayo siempre está muy loco".

Desde lo alto, en la Defense, se ve la línea certera de los arcos de París. La lluvia comienza a caer y el viento empapa como en los viajes en barco por los ríos del sur de Chile, a ramalazos. El viento zumba en una especie de muy patético lamento de Orfeo solitario. Después, seguimos y Joseph detiene al auto para que yo me pasee un momento por el Bois de Boulogne. Lo hago pensando en cómo el pequeño Marcel soñaba con ver aparecer a la muchacha, y en ese extraño sueño de descarga sexual que tiene en los mingitorios, y en los juegos con el diávolo.

Conversación nocturna, extensa, con José Miguel Barros. Me habla de sus proyectos de investigación. Con las pruebas al canto. Aquí está la copia del "Diario de viaje por Estados Unidos", de José Miguel Carrera. Además el "Copiador" de

cartas del héroe. No son sólo documentos históricos específicos (que los hay), sino un vivísimo conjunto que sirve para entender las relaciones familiares, los asuntos económicos, las intrigas políticas, las animadversiones, los reniegos y formas de análisis de los rasgos más o menos constantes de nuestra vida criolla. Es una obra importante que vale la pena publicar.

París, 28/6/1991

Por la mañana, Gallimard. Compró *Lettres à Ottila* (Gallimard, 1978), por Franz Kafka. Una fotografía de K. y Ottila, en el marco de la puerta de una casa bastante irregular y ruinoso, en Zúrau, invierno de 1917-1918. Ottila, la hermana preferida de Kafka, tenía nueve años menos que él. Sólo se sabe que en octubre de 1943 “desapareció” en Auschwitz.

Leo en el diario acerca de Daniel Buren. Luego de redefinir el espacio público en el Palais Royal, trabaja ahora con carta blanca en el CapiMusée de Burdeos. Los críticos piensan que él, con un “dispositivo nuevo” y la idea de usar el espejo como elemento acentuador, rompió la norma. Se habla, sin embargo, de Piranesi y Brunelleschi para filiar su trabajo. Él, sin embargo, admite el asombro que le provoca Uccello, “ese campeón del Renacimiento”, que pensó en introducir el “reflejo real” en su *Batalla de San Romano*.

Si bien vio Daniel Buren el espejo, hace unos quince años y en Italia, su sistema de signos y los juegos de bandas, ya parece desprenderse del carácter sagrado que fue tomando y prefiere cambiar “la forma y el espacio” por el color. Era “o fue” la puesta en escena de la repetición de las bandas como un signo de identidad de (y en) los tiempos. *C'était de la mise à plat, une fin du monde violent, une façon de faire une peinture zéro et d'affirmer que la peinture c'était zéro, que le problème était ailleurs, etc. Je ne renie pas de cet usage des bandes, mais je ne le revendique, plus de tout* (Le Monde, 27 junio 1991). Ahora se prepara para pensar el espacio en sus querellas con el mundo cotidiano, asunto de “orden ideológico” que le parece muy difícil de definir.

En el diario la célebre fotografía de Tina Modotti desnuda (México, 1923), por Edward Weston. Es el período de las glorias, con una belleza sorprendente. Allí están sus fundamentos: *Des courbes suaves, des yeux noirs ardents, une bouche sensuelle, des cheveux couleur prune, un front haut et des mains fines*, como escribió María Caronia, (*Tina Modotti, photographe et révolutionnaire*, 1981).

El poema de Neruda vuelve en la memoria dulce (“Tina Modotti ha muerto”): “Puro es tu dulce nombre, pura es tu frágil vida./ De abeja, sombra, fuego, nieve, silencio, espuma,/ de acero, línea, polen, se construyó tu férrea,/ tu delgada estructura”.

Antes de almuerzo, paseo por el escenario de *Papá Goriot*, de Balzac. La antigua rue Neuve Sainte-Geneviève, entre el Barrio Latino y el faubourg Saint-Marceau. La casa de Madame Vauquier, en el espacio breve de las calles que se apretujan entre la cúpula del Val-de-Grâce y la del Panteón, ya no es un asiento

de la miseria, suerte de catacumbas denigradas por el escritor que da en pensar en todo ello como si se tratase de uno de los barrios más horribles de París. La casa —si no recuerdo mal— era amarilla, color que linda con la idea de lo ignominioso, pues era costumbre que el Parlamento hiciera pintar con él las casas de los traidores.

Al regresar voy recordando que en la *rue* Des Grés se hallaba la casa de otro personaje de Balzac, Gobseck. Y voy a verla. En seguida, dejando que mis ojos se deslumbren, una vez más, con el centelleo de la cúpula de los Inválidos, y rememorando la columna de la plaza Vendôme, recuerdo el momento en que Rastignac, luego de acompañar a dejar los restos del difunto Goriot, al Père-Lachaise, lanza desde lo alto del cementerio su grito: "¡Ahora nos veremos los dos!", desafío cyranesco al París que pretende conquistar. Me reservo para ver los rincones del lujo del banquero Nucingen, del perfumista Birotteau, y los sitios varios en donde transcurre *La piel de zapa*.

¡A Gallimard, en santa cruzada! Tesoro recogido: *Miguel Ángel y Rodin*, por Simmel, y *Los pájaros de Fra Angelico*, por el italiano Antonio Tabuchi, un gran escritor de este tiempo. Siento la desdicha de no poder arramblar con los *Carnets*, de Paul Valéry; los ensayos de Michaud; los "Diarios" de Cocteau, de Musil, de Léautaud, de Claudel, y un extenso y prometedor ensayo sobre la Abisinia de Rimbaud.

Al almuerzo, en la Embajada, una gentileza de José Miguel. Reunir a algunos amigos y a personas que a él le parecen gratos. Pierre Kalfon, Isabel Cruz, Agustín y Agustina Muñoz, Jorge Asís, Moisés Ensignia y su mujer, una inglesa muy grata, Germano, los Rivas y, en gloria y majestad, bellísima a sus 85 años, Elisa, la chilena, viuda de André Breton. Sus ojos claros dominan; el tono, suave, brinda ocasión de ver la fiesta de su simpatía. Los ademanes precisos y todo lo que antiguamente se conocía como la "cortesía del viñamarino". Se disculpa porque ya "casi" no habla español, y lo hace perfectamente, como si fuese un homenaje reverente a su propio tiempo. Hablamos brevemente sobre el surrealismo: "Era la realidad lo que ellos vivían. Eso sí que parecía distinta a los demás, porque no todos entendían que las cosas son mezcla de verdad y de ilusión. El fingimiento no era un signo de engaño, sino un vendaval brotado de la imaginación. Eran 'de otro modo'. Sí. Podía creerse que estaban todos locos. Algunos, verdaderamente, lo estaban, pero eran maravillosos; el oro puro jamás cesaba de salir de sus crisoles. A veces, la secta se extendía y era necesario expulsar a alguno. Trataban de darse cuenta con qué resortes y mecanismos estaba hecho el mundo, y los hombres, los sucesos, la mente humana, y pensaban, siguiendo un poco los andares de Nadja, que nada era necesariamente algo igual a lo que parecía ni a lo que se soñaba. Era preciso oírlos a diario para creer en ellos sin acudir a los expedientes de los libros".

Joseph, el chofer portugués, me lleva a una librería próxima al Café Flore. Al oír que reclama un ciclista porque él se ha bajado y casi lo roza con la puerta, le grita: "¡Revolucionario!". Ya en la noche, las noticias: líos en Yugoslavia; la baja de

la popularidad de Mitterand. Más tarde, comienzo a leer el primer volumen del *Journal* de Claudel. La fe que él transmite es como el elogio de una medicina amarga.

Leo, antes de dormirme, una serie de necedades de un profeta de hoy acerca de las motivaciones y principios de su secta. Recuerdo que a Voltaire le llamaba la atención que escritores "ilegibles" como Lutero, Calvino y Zwingli hayan fundado sectas que dividieron a Europa, y que el "ignorante Mahoma" haya dado una religión a Asia y África, pero lo que produce más estupor es que los filósofos más profundos y los grandes científicos y los mejores escritores, como Newton, Locke o Leclercq (siempre siguiendo a Voltaire) apenas sí formaron grupos muy reducidos de prosélitos, capaces de ir disminuyendo a diario. En verdad el mundo no se refina, y las tonterías siempre tienen asiento cómodo, pese a que el autor de *Micromegas* creía buenamente que el mundo adquiriría conciencia cabal de sí mismo, de manera continua.

No estoy completamente seguro si sigo en las zonas de la imbecilidad, que algunos se las tomaban en contra del poder de la religión. Gengis Khan despreció las mezquitas y al ver las de Bukara tomó el Corán y lo arrojó a las patas de sus caballos. El problema, en todo caso, era, más que de necedad o de agravio, un asunto antropológico que pudo resolver Montesquieu: los tártaros no vivían en casas, por tanto no concebían el asiento estable de un Dios, el templo.

París, 29/6/1991

Soñé con mi madre. Vivía aún, pero mi padre ya había muerto. Decía ella que la vida consistía, sobre todo, en saber cómo sobreponerse. Algo así como si se tratara de ir reponiendo el cuerpo cuando se le amputa un miembro. Yo la oía con atención. De pronto, sentí que lloraba en sueños. Desperté y tenía lágrimas en los ojos.

Al llamar por teléfono a Miriam, a Chile, sé que el mito orfeico no tiene riesgos, sino la prudente alegría que conciben la dulzura de la espera y la plenitud de la voz que vivifica. Desde la caseta de la esquina le voy describiendo las dos mujeres que pasan por la *rue* de Cambrenne. El ciclista que orina en el poste. El cura que lleva su paraguas y parece moverlo como un mosquito.

Paul Claudel escribe en el *Journal*, sin pizca de humor, en marzo de 1909, que la Justicia es ciega, para así lograr oír mejor. Son muy brillantes las notas sueltas, pero pierde eficacia en el desarrollo y en los intentos de continuidad. A veces corta todo muy secamente, sin atarse al desarrollo de un punto de vista o a las opiniones que requieren un poco de gradación. En abril de 1918 apunta: "Los poetas brasileiros, una pequeña colección de canarios mecánicos". O, a propósito del ballet de Ana Pawlowa: "Sin ningún interés". Ya en 1920, apoyándose en unas palabras de Ludovic Naudeau, escribe que éste pensaba en el antiguo Imperio Ruso como un *pot de chambre plein de m... sur le quel le Czar était assis...*

Para una teoría de la nariz, que habría encantado a Ortega y Gasset (mayo de 1923): *Le nez est dans l'embryologie chinoise, le commencement de l'homme, le pivot de sa genèse. Chez les Japonais, quand on veut dire: c'est moi, on montre son nez, comme chez nous son coeur. C'est la nez qui aspire le souffle, qui fait index. Le caractère "si", respirer, est fait d'un nez superposé à un coeur. C'est pas le nez que le souffle du coeur entre et sort.*

Mi interés constante y renovado por el tema de la "Anunciación" en la pintura encuentra en el *Journal* una referencia: *¿La S. Vierge a-t-elle contemplé Gabriel sous sa forme visible et officielle d'un jeune homme ailé —ou plutôt tel qu'il est, esprit annonciateur du Verbe?*

De un tema pasa a otro. Le desagrada el estilo de Henry James, porque le resulta insoportablemente amanerado. Ve algo así como *une série de boules à l'intérieur l'une de l'autre idiotement ciselées* (octubre de 1926). Salta sobre Rodin como si se tratase de una presa. En enero de 1930 anota: *Rodin était très myope. Il travaillait littéralement le nez sur sa sculpture, une énorme trompe de sanglier. Sa terre glaise et son modèle, il avait le nez dedans, les mains dedans. Sa sculpture est plus faite pour la toucher que pour l'oeil. De là le thème qu'il a souvent employé des larges mains créatrices. De là aussi le côté chiffonné, malaxé et tripoté de sa sculpture.*

Breve salida y el goce mayor: la voz de Miriam desde Chile. Todo en el todo. Libros comprados hoy: *En Pèlerin et en Étranger* (Gallimard, 1989, 90 francos), ensayo de Marguerite Yourcenar, y *Pièces sur l'art* (Gallimard, 1934, 29 francos 90 centavos), por Paul Valéry. Notable artículo sobre los frescos de Paolo Veronese. Por la noche, en la Embajada, conversación con Otto Dörr. Cierro la noche con el *Journal* de Claudel. Dice que las novelas de Gertrude von le Fort son ilegibles (marzo de 1934).

París, 30/6/1991

Claudel, que no ha podido convertir a André Gide, disgustado —o más bien lleno de horror— no acepta la homosexualidad de éste. Experimenta, pese a ser cristiano de bulto, más repugnancia que compasión. En el *Journal* (1934) lo señala como "un espíritu pantanoso", "una cisterna emponzoñada". A menudo, cuando se refiere a Gide, Claudel, bizarro creyente, se aproxima al abismo, al sitio en donde el horror acecha, como una figuración de Bosch. No puede emplearse a fondo en orar por el que fue su amigo, ni apelar largamente a la caridad.

De política atisba. El 29 de marzo de 1936 escribe: "Hitler aprobado por la unanimidad de Alemania, delirante de alegría. Es el Islam". El 23 de octubre se refiere a su hermana Camille: *¿Quelle existence tragique! À 30 ans quand elle s'est aperçue q (ue) R (odin) ne voulait pas l'épouser, tout s'est écroulé autour d'elle et sa raison n'y a pas résisté. C'est le drame de l'Âge mûr.*

Insiste, apegándose a las hebras de razón de su dolor, y exclama: *Elle avait tout misé sur Rodin, elle perdit tout avec lui. Le beau vaisseau quelque temps ballotté sur d'amères vagues s'engloutit corps et biens. Deux monuments terribles (...) subsistent de cette destinée manquée et de cette espérance trahie. Ils s'appellent "l'Âge mûr".*

Por la tarde, en el primer día de un verano verdadero, fuimos al parque Georges Brassens. Lo más novedoso de hoy: una romana en donde se pesan los libros que se compran. El kilo de libros cuesta 30 francos. Compró un texto raro y extraño: *Les Diplomates disparus*, por Cyril Connolly. Se trata de una recolección de artículos que el autor de *Una tumba sin sosiego* publicó en *The Sunday Times* acerca del asunto Burgess y MacLean, entre el 21 y el 28 de septiembre de 1952.

Al cine: una fantasmagoría, una especie de "domingo en el campo" en donde se reúnen, en casa de Chopin y la Sand, en un mundo idílico en donde brotan el caos, la sangre, la muerte, el erotismo, los puntos de vista. Todo ocurre tres años antes de la muerte del músico. Están reunidos Turgéniev, Delacroix, Dumas (hijo) y Rodin. Beben, hacen el amor, se confunden, cantan y bailan y aceptan convertir la realidad en una pintura de costumbres.

Antes de dormir me tomo la presión: 16/9,5. Después, más tranquilo, leo un notable trabajo de José Miguel: *La expedición de Narbourough a Chile*. Se trata de un navegante inglés que viajó a la América del Sur entre 1669 y 1670. Pienso en los turistas. "Proxenetes de la sensación" los llamó Víctor Segalen. Hay un libro de Jean-Didier Urbain, *L'idiote du voyage* (Plon). Gide viajó al Congo para verlo todo y criticar a Francia. Lo hizo mientras leía a Bossuet. Hoy no se pregunta quién es el viajero individual, sino a qué grupo se pertenece. En la escena son pastoreados por un guía que suele llevar una banderita del país de los peregrinos.

Existen dos públicos turistas: el ansioso del confort, ajeno a las libertades que otorga el vagabundeo sin concierto. Le interesa comer en lugares célebres, fotografiarse junto a la cama (falsa) de María Antonieta. Su pensamiento arraiga en el número de estrellas del hotel, en la ruta de las tiendas de lujo. Existe, además, el amante de las ruinas, especie de visionario romántico que denigra los tiempos que corren por anodinos.

París, 1/7/1991

Hoy vamos con Elna y Luisa a Chartres y a Illiers. Desde temprano se da el embotellamiento en el tránsito. Comienza a llover y Chartres nos propone, una vez más, en el laberinto, el misterio y la gran línea de carácter mágico que sirve a la imaginación para dar de lleno con los Templarios. ¡La Catedral! bella, oscura, silenciosa, magna, solemne. Me instalo en el Laberinto y estoy dispuesto a mover, en el hilo de la memoria, la proposición de una ruta que lleva desde el afuera hacia el adentro, al hallazgo del castillo interior que puede llevar al reverdecimiento del alma. En los bellos vitrales doy con una "Anunciación" muy hermosa, del siglo XIII, y con esos vidrios en donde los representantes de los oficios realizan su trabajo inmortalizando el esfuerzo del cuerpo. Los Templarios me hacen señas y, por cierto, me remiten al recuerdo de la herejía cátara y del destino horrible del caballero Jacques de Molay.

En Illiers todo es paz. Las tiendas están cerradas. En la iglesia, atrás, me parece que veo el rostro de pájaro de Oriana de Guermantes, en tanto el obispo Fulberto

es saludado por los escasos fieles. La taza, la magdalena, ese islote sumergido en la memoria de Proust, y el libro de Georges Sand sobre el velador. La pequeña cocina, el plato de espárragos que hacía sufrir a esa muchacha que se parecía a la Caridad del Giotto, el fuelle, el molinillo del café. El jardín se ilumina y los vidrios de colores de las ventanas envían una luz mágica. Suena la campanilla del jardín. El crujido de la escalera nos remite al beso que la madre daba a su "Lobito".

Más tarde vamos al palomar, al jardín, al arroyo y a aquel lugar que era el de Swann. Por todas partes, el aire húmedo y malsano nos lleva a rememorar los ataques de asma de Proust. En unas aguas muertas, verdosas, zumban los mosquitos. Más allá —en un charco— las ninfas de piedra o mármol echan suertes. Llueve y regresamos a París. Al pasar por Chartres, dejando atrás los girasoles que se mueven como cabezas de guerreros, comienzan a reaparecer las agujas de Chartres, y pienso en el afán de los cátaros por forjar al Hombre Perfecto, al *Bonhomme*. Vale la pena decir que no creían en la resurrección de la carne, en el Infierno, en la jerarquía eclesiástica ni en la necesidad de bienes terrenales.

París, 2/7/1991

Un buen artículo de Ramón Nieto en *El País* (1 de julio de 1991): "Posmodernidad a la española". Expresa que lo que define a la sociedad posmoderna es "el caos, la falta de transparencia, la preponderancia de los medios de comunicación, la orfandad con respecto a los *padres* del pensamiento ('cada uno debe ser el padre de sí mismo, construir su autoridad', ha escrito Lyotard), el pluralismo de las subculturas, la fragmentación de las ideas, la negación de los puntos de referencia, el rabioso holocausto del tiempo presente, y la invasión de la informática, la moda, la publicidad y la mercadotecnia".

Lo cierto es que la sobreexcitada perpetuación del precepto en donde vale todo lo que reluce, el desecho, lo perecedero, provocan el descreimiento en los bienes culturales. Suele negarse la teoría de los valores como un mísero "en-sí". La revolución del valor de coste se convierte en empeño metafísico, en reguero ideológico. Quizás es una forma de relevo del capital acumulado a partir de los fundamentos de la Ilustración. El pensamiento se convierte en rictus. La razón se deconstruye en remedo. Se disemina el vacío como si eso fuese la entraña del tiempo.

Sigo con el *Journal I*, de Claudel. En el comienzo de 1949 anota algo que es una jibarización de T.S. Eliot: *Ce pseudo-poète comme il est un pseudo-catholique, un fabricant et un tripoteur sans aucun génie dans le goût de nos pires symbolistes. Une espèce de d'Annunzio anglais*. En agosto de 1949, nueva iluminación de la "Anunciación": *¿Tous les peintres la traitent de la manière obligatoire et conventionnelle. Mais quelle (sic) est le caractère essentiel de la S. Vierge? C'est d'être une servante (Ecce ancilla Domini) comme le Christ est un serviteur (Is., LIII). L'Ange surprend donc Marie en plein service. Il la salue par derrière. Son ombre se projette sur le mur. Elle ne se retourne pas. Elle ne regarde pas l'ange. C'est la nuit qu'elle confère toutes ces choses dans son coeur*.

Paseo en automóvil por París. Joseph me lleva a la Bastilla para ver el nuevo edificio de la Ópera. Los migrantes africanos trabajan en las calles, metidos en los oficios duros. Barren, cavan, vigilan en los estacionamientos, son porteros o rondines en las empresas, sacan la basura, conducen camiones. Se integran lentamente, pese al vocerío de los seguidores de Le Pen y al gesto irracional, electorero, de Jacques Chirac, cuando habla del *odeur* de esta Francia nueva socialista, consagrando un discurso exasperado, fascistoide, a las apostasías del socialismo de puertas abiertas, que atrae el caos y la indignidad.

La sorpresa es el espléndido complejo de La Villete. Se trata del mundo nuevo. Los niños recorren apasionados todo el continente vasto de la tecnología. Se trata del universo vivo del cambio, de las raíces del futuro, de la toma de conciencia de lo nuevo que va más allá de la pacotilla. Es un lugar en donde a diario se fragua el mañana, en una creación de lo que es el nuevo espacio sagrado. Se experimenta aquí una pulsación nerviosa, un punto de aceleración que intensifica gloriosamente lo que habrá de ser el eje central de un tiempo que es llamado a corregir lo que ve el ojo antiguo.

El viejo barrio de La Villete, en donde alguna vez vivió Joaquín Edwards Bello, se juntaban los bueyes, las vacas y los corderos para tomar la ruta de toda muerte. Era un barrio de obreros, lo que aún se nota en los alrededores. El trabajo constante era el pulso habitual, que daba carácter al lugar. Me sorprende la acumulación de los desafíos. A mí, parco receptor de modernidades, me sorprende la acumulación de los retos, que asumen de inmediato estos niños que corren por las escalas, que manejan las máquinas, que miran y tocan todo.

En la enorme circunferencia en donde se refleja, fragmentado, el discurso de los ángulos y lados, hay una toma de conciencia de la razón geométrica. Da la impresión de un juego en donde se descompone la imagen para retener el sentido interior de las formas, su carácter. Debe uno sobreponerse para leer atentamente el ensueño animado. Es un Disneylandia que marcha seriamente para evitar las simplificaciones y los brotes de infantilismo juguetón. Aquí se juega en serio. Se practica la formalidad de lo que ocurre en el mundo *verdadero*. Nadie quiere ya ser el Peter Pan de la utopía.

Vamos siendo tomados por la noción de lo integral, sin perder de vista la seriedad de los humanismos. Ya es la figuración de una arquitectura desprovista de los rasgos "comerciales". Y ella se vuelve par de los trabajos de los últimos pintores, de los músicos. El mundo es materia, pero, además, apariencia, reflejo, simplicidad, genio y algo que parece la risa suprema de un Dios que no carga los dados, aceptando los burladeros en donde el hombre se le esquivo para ser él mismo. Es el tú a Tú corajudo del Creador con la creatura. La cítara, la cruz, la esfera. ¡Ah, encantador Gilbert K. Chesterton!

La lluvia arrecia en las cercanías de la *rue Malesherbes*. Llego a Gallimard. Hojeo el *Journal Intime*, de Benjamin Constant; el número de la NRF dedicado a André Gide, tan poco leído hoy. Las *Obras Completas* (15 ó 16 tomos) de Antonin

Artaud. Los textos de Jean Paulhan, de Roger Nimier, de Audiberti, de Céline, de Giono, de Grenier. Compró un libro de Henry James: *Heures Italiennes*. Llamo a Miriam y me siento feliz de la proximidad del reencuentro. El 8 de julio nos juntaremos en Tel Aviv.

Comienzo a leer el *Journal 2*, de Paul Claudel. No tolera la espontaneidad —o la libertad, para decirlo con rigor— que un poeta se toma con los materiales. Anota que Mallarmé *laisse l'initiative aux mots. Comme l'homme ivre laisse l'initiative à ses jambes. Avec le résultat qu'on imagine.*

A la muerte de Gide (13 de febrero de 1951) dice: *La moralité publique y gagne beaucoup et la littérature n'y perd grand chose.* Poco después algún amigo le envía desde Rennes un telegrama: *Enfer existe pas. À bientôt, André Gide.* La versión que yo conocía por el *Journal* de Julien Green decía que el receptor era Mauriac, y el texto, el siguiente: *Il n'y a pas d'enfer. Tu peux te dissiper. Préviens Claudel.* André Gide.

Sobre la poesía de Valéry apunta: *On dit que "Le Cimetière Marin" est un chef-d'oeuvre. Oui, comme les chefs-d'oeuvre du compagonnage. Quelq (ue) chose de dur, sec, sans vibration, sans âme. Une mosaïque métallique, dont les morceaux sont vissés, enfoncés l'un dans l'autre à coups de marteau* (mayo de 1953).

Al aproximarse el fin de la vida, Paul Claudel dice: *La mort est une formalité désagréable, mais tous les candidats sont reçus.*

Comienza a llover y me marchó en busca del Museo d'Orsay. Me aguardan mis viejos amigos de siempre, los impresionistas, que me fueron presentados hace años en el Jeu de Paume. No eludo, al comenzar, a los pintores de la escuela de Barbizon (Corot, Millet, Rousseau), ni doy vueltas la cara a la legión de bienpensantes en sus figurillas que inmortalizó el temible Forain. Y aquí toda la corte celestial: Renoir, Monet, Sisley, Pissarro (no dejemos de lado a los padres: Manet, Degas), ni a los que siguen (Van Gogh, Toulouse Lautrec, Gauguin). La fiesta continúa.

Repaso en la memoria los esfuerzos que hicieron constantemente para expulsarlos de los Salones, para evitar que las donaciones de algunos cuadros de ellos atacaran la decencia y el buen gusto. Los cuarenta miembros, siempre, dispuestos al rechazo y a la humillación. El superintendente de Bellas Artes, Conde de Nieuwerque, gerifalte de antaño del Imperio, guía plástico de Napoleón III, que decía: "¡Esa pintura de la democracia, de los hombres que no se cambian de ropa interior, que se quieren imponer a la gente del gran mundo; ese arte me disgusta y me irrita!".

París, 3/7/1991

Comienzo a leer *Chère George Sand* (Flammarion, 1991, 476 pp.), por Jean Chalon. Conjunto de datos, escritura módica e irrecuperable, mediocridad, en suma. Algo como la prosa de Isabel Allende, aunque de más nivel. En las proximidades de la

sesentena, la Sand va alejándose del pasado, de aquel clásico devorarse a sí misma en los otros que amó. Escribe: *C'est excellent d'être vieux. C'est la meilleur âge, c'est celui où l'entendement voit clair. Tant pis si les yeux s'éteignent. On approche de la belle grande Lumière.*

Ya no camino por las calles de París, buscando practicar un auto de fe conmigo mismo, por todo lo que hice mal o dejé de hacer, con respecto a mí mismo y a los que amé. Me fijo en la calle, ese café, aquel libro, el sitio en donde se filmó una película, la eterna Place Dauphine o el Quai des Orfèvres. No es un mundo extraño, una idea del ver que se apoye en el vínculo etimológico que existe entre "ver" e "idea". Todos los gestos cotidianos, en París, no son hoy garfios con los que me clava el desamparo, el miedo.

Vuelvo a casa, a la Embajada. Me doy cuenta, revisando el *Larousse*, que se atribuyen siempre cosas negativas, en francés, a España. Ya el buen Montaigne hablaba de los proyectos delirantes como de "castillos en España". La cantárida se conoce como *Mouche d'Espagne*. Stendhal escribió: *La plupart de mes folles apparentes... viennent de l'espagnolisme*. Por su parte, he sabido que los españoles llamaban, en el siglo XIX, "despedirse a la francesa" al marcharse de un convite sin el ceremonial de la despedida honorable y agradecida. Rivarol sugería que todo lo que no era claro, no era francés. *En bon français*, equivale a "hablar claramente".

París, 4/7/1991

En el Palais Royal, exposición de fotografías de Colette. Con o sin gatos, vestida como Claudine, con Jean Cocteau, en traje de playa, ciñéndose al estilo *vamp*, coqueteando con el sol y la arena. Dejándose ver, ella, a quien la Iglesia no permitió enterrar en sagrado —según me parece recordar—; en cada foto envejece, se diluye, se devora, consume consumiéndose. Ávida de sensaciones, se ocupa de mostrar al mundo que fue una gloria. Quiere que la amen más que nunca.

Sigo con el libro acerca de George Sand. Nueve años estuvo ligada a Chopin: *Il y a neuf ans que, pleine de vie, je suis liée à un cadavre* —exclama llena de ira. Más tarde, en 1872, la mujer se llama a precisiones, escribiendo a un amigo: *Tu n'as pas compris Chopin si tu n'y a vu que le côté, déchirant. Il avait aussi le côté naïf, sincère, enthousiaste et tendre. Ce n'était pas un génie incomplet.*

En *Liberation* de hoy dedican una página a la reseña de los últimos libros acerca de Proust. Vamos a la información. *Proust*, una biografía por Guslain de Diesbach. Son ochocientas páginas y se dice que la autora ha tenido acceso a documentos aparecidos en los últimos años, como la *Correspondance*, tal como la ha editado Philip Kolb (acaba de aparecer el volumen XIX, que se refiere al año 1920, Plon, 888 pp., 350 francos), y a los *Souvenirs inédits*, de Ferdinand Bac, testimonio de época.

Se habla, además, del Proust (tres trabajos: *Elisabeth de Gramont du côté de chez*

Proust, por Christian de Bartillat; *Marcel Proust du côté de Guermantes ou la victoire sur les temps*, de Christian de Bartillat, y *Marcel Proust*, por Elisabeth de Gramont, duquesa de Clermont-Tonnerre, contemporánea del escritor).

El tercer libro es *La Comtesse Greffulhe* (Perrin, 286 pp., 130 francos), por Anne de Cossé-Brissac. Es ella uno de los personajes que sirvió al escritor para construir el personaje de la duquesa de Guermantes, y cuya notable fotografía vemos en el libro de Nadar. La mujer murió en 1952, a los 92 años. Proust observó de ella, en 1892, que era difícil de juzgar, *sans doute parce que juger c'est comparer, et qu'aucun élément n'entre en ella qu'on ait pu voir chez aucune autre ni même nulle part ailleurs*.

Hoy, en *Paris Match* (Nº 2533) se habla del "éxito" tardío del trágico Augusto Strindberg, a quien Simone Gallimard llamó un *drôle de zigoto*, es decir, un excéntrico divertido, en el momento en que aparecen dos volúmenes de obras narrativas y autobiográficas suyas. Al leer *Padre*, de Strindberg, Nietzsche le envió una carta. Dice en ella: "Su obra es dinamita. Me siento estupefacto al comprobar que ambos tenemos la misma concepción del amor. La guerra y la repulsión mortal de un sexo por el otro, y usted pone esto en escena de manera magnífica".

Si bien Strindberg, admitía que el escribir en francés permitía ser conocido hasta por los zulúes, de pronto se lanzaba en contra de Francia (como lo hacía en contra de sus esposas): "Es un país abominable. Los habitantes son patibularios, suficientes y maleducados. Son ladrones. ¡Mear cuesta cinco centavos y lo demás, un franco! ¡Y cómo huelen! ¡No se lavan nunca y se bombardean con perfume!".

Salgo a buscar, sin éxito, es preciso decirlo, el "Café Cyrano", en donde solían congregarse los surrealistas. El pequeño espacio de la *place* Blanche está ahí, y el movimiento de las bicicletas, y las mujeres que abren las puertas, por las mañanas, para despedir al hijo, al marido, al amante, que salen de habitaciones en donde no se ausenta el polvo. El brillo del sol hiere los ojos y suele opacar la mirada.

París, 5/7/1991

Lectura de *Histoire de ma vie*, por George Sand. Habla de Honoré de Balzac, a quien va a visitar: *Tout le monde sait comme le contentement de lui-même, contentement si bien fondé qu'on le lui pardonnait, débordait en lui; comme il aimait à parler de ses ouvrages, à les raconter d'avance, à les faire en causant, à les lire en brouillons ou en épreuves. Naïf et bon enfant au possible, il demandait conseil aux enfants, n'écoutait pas le réponse, ou s'en servait pour la combattre avec l'obstination de sa supériorité. Il n'enseignait jamais, il parlait de lui, de lui seul...*

El magnífico retrato del natural continúa: *Puéril et puissant, toujours envieux d'un bibelot, et jamais jaloux d'une gloire, sincère jusqu'à la modestie, vantard jusqu'à la hablerie, confiant en lui-même et aux autres, très expensif, très bon et très fou, avec un sanctuaire de raison intérieure, où il rentrait pour tout dominer dans son oeuvre, cynique dans la chasteté, ivre en bavant de l'eau, intempérant de travail et sobre d'autres passions, positif et romanesque avec un égal excès, crédule et sceptique, plein de contrastes et de mystères, tel était Balzac encore jeune, déjà inexplicable pour quiconque se fatiguait de la trop*

constante étude de lui-même à laquelle il condamnait ses amis, et qui ne paraissait pas encore à tous aussi intéressante qu'elle l'était réellement.

En la noche, por televisión, entrevista a Claudia Cardinale. Aún su hermosa sonrisa ofrece la ocasión de admirar la belleza. Los ojos se le han vuelto más profundos, más sugerentes, más llenos de interés por conocer. Dice cosas muy inteligentes y, al mostrársele un fragmento de su última película, *Acto de amor*, la historia de un joven, hijo suyo en el drama, que vive metido en la eterna pesadilla de la droga, la sonrisa de acá, de la televisión, de hoy aquí, se le borra, en los ojos deja pasear fatigado el sufrimiento. Por un instante es ella; después, el personaje. De pronto regresa a nosotros.

Más tarde, un documental excelente sobre la vida de Joseph Conrad, con actores y director polacos, Patético, hermoso todo: la historia, el heroísmo cotidiano, la revolución, el destierro de sus padres a Siberia. Mirando estas escenas se advierte cómo adquirió el autor de *Lord Jim* su sabiduría del dolor y del mal. Los polacos, en escena, odian a los rusos y a los alemanes. Ellos los invaden, los dominan, los destruyen.

París, 6/7/1991

Luisa me acompaña al cementerio de Montmartre. Sebastián, su hijo, me dice que se ha aburrido leyendo a Zola, cuya tumba habremos de ver. El lugar se halla cerca de la *place Clichy*, y divide sus refugios de celebridades en dos alas, en medio del tránsito, entre puentes, bares, casetas telefónicas, tiendas y pequeños sitios en donde, a poco andar, uno advierte casas en donde se juntan el vocerío de los niños y las ventanas que se abren, enviando a la mirada rubias oxigenadas, muchachas en bragas, pilletes que ríen y matrimonios que, en bata, en mangas de camisa, cuchichean o hablan en voz muy alta.

Las primeras tumbas aparecen. Marie Duplessis, esa Margarita Gautier de quien se enamoró Dumas (hijo), inventándola en *La Dama de las Camelias*. La muchacha llegó a París a los 17 y murió de tuberculosis a los 24. Mintió siempre a sus amantes. Creo que dijo pedagógicamente a quienes visitaban su casa y conocían su lecho: *Le mensonge blanchit les dents*. A cien metros de ella está enterrado su gran amor, aquel Alexandre Dumas que pudo sufrir lo indecible por sus desvíos.

Aquí, en medio del sol, yace Stendhal, que se proclama, sin serlo, milanés, y que habla de cómo amó. Emilio Zola. Jacques Offenbach, el músico del Segundo Imperio, aquel que encantó con *La Bella Helena*. Charles Fourier, utopista y autor de *El Libro de los Cornudos*. Héctor Berlioz.

Los mosquitos se aprovechan de la humedad para volar entre las aguas que alguien arrojó sin orden en las galerías. Leo las inscripciones: Clouzot, el director de cine, cuya película *Las diabólicas* me produjo un módico horror, hace tantos años. El actor Louis Jouvet, a quien vi en *La Kermesse Heroica*, en *Topaze*, en *Knock o el triunfo de la medicina*, en *Carnet de baile*. Edgar Degas, Teófilo Gautier, los

hermanos Goncourt, el pintor Fragonard, Heinrich Heine. Joseph Kosma, el creador de la música de *Les feuilles mortes* y de *C'est si bon*. Nijinski, que volaba tan alto, sosteniendo que no era difícil, que se trataba de no apurarse en descender. Ponson du Terrail, el autor de *Rocambole*. Madame Recamier, a quien Magritte imaginó sentada en sí misma en forma de sillón, Renán, Truffaut y Alfred de Vigny. Busco, en vano, la tumba de César Vallejo.

En la librería *Le Divan*, 37 rue Bonaparte, doy con un libro ya agotado de Barthes, *L'empire des Signes*. Ya todo es *trouvaille*; los otros signos se esfuman o metamorfosean, en medio de un orden en donde lucho por devorar —o digerir— mi Yo. Comediente de mí mismo, anoto algo en mi "Diario", sobre un gato que toma leche en *Les Deux Magots*.

Miro unas espléndidas alcachofas, de corte clásico, en una vidriera de la rue de Bac. No contrarían el hábito del ojo. Son amplias y redondas, como el trasero de unas bailarinas de Degas. Las probé antenoche y no tienen desperdicio: forma y sabor son parte de su encanto. Dice: "12 francos la pieza". O sea, dos dólares. Sé que la voz "alcachofa" (francés *artichaut*) viene del árabe *al-karchouf*. Para lucirme conmigo murmuro: en italiano es *carciofo*. Podría seguir, pero me irrito por dejar que mi cabeza se mueva en una dirección indeseable, camino de los étimos.

París, 7/7/1991

Último día en París. Anoche, comida en casa de Agustín Muñoz y de Agustina, Carlos Altamirano y Paulina. Carlos, relajado, al parecer, prepara el viaje que es, en este momento, una peripecia del reencuentro, con él, con los otros, con los problemas. Interroga constantemente: ¿Qué ocurre con la salud y con la educación? ¿Qué hay de la política de "acuerdos"? ¿Qué imagen pública de Pinochet hay ahora que se comprueba, paso a paso, cómo la desaparición no constituyó accidente, exceso, yerro, sino una política general de exterminio? Relata cómo quiso el dictador encontrarse, hace poco, con el Papa, en Portugal, y la unanimidad vaticana del repudio. De lo serio a lo risible: notable retrato, con escenificación, de la figura de Darío Sainte-Marie (Volpone) y una admirable pormenorización del genio y la inteligencia de Fidel Castro. No es el gobierno de éste, sino el tipo de líder el que le ocupa.

En la mañana, estuve leyendo uno de los mejores libros de Paul Morand: *Journal d'un attaché d'Ambassade* (La Table Ronde, París, 1948, 328 pp.). Lo que él cuenta se refiere al período 1916-1917 y es una afortunada combinación del análisis político en el corazón de Francia, con visiones de la conducción de la guerra y el retrato de los personajes de la cultura, de la vida social y del mundo diplomático. Sus anécdotas son, a menudo, brillantes e ingeniosas.

El 26 de octubre de 1916 anota Morand que, durante una representación de *La Dama de las Camelias*, conversó con Maurice de R., acerca de las cortesanas. Éste le explica que la última grande fue Liane de Pougy. *A dixsept ans j'étais son amant* —le cuenta— y agrega: *Je lui écrivais des lettres d'amour; je lui en envoi une, au train,*

un jour qu'elle partait en voyage, puis je vais la voir dans son compartiment; elle lève ses jupes et me montre tendrement en quel endroit secret elle avait déposé ma lettre.

Con la figura de Boni de Castellane se las arregla para componer un cuadro proustiano: *Rentrant ses mentons dans son buste; bottines vernies, jaquette bordée, gants blancs à baguettes noires, grosse cravate, gilet clair, l'air trop lavé, oxygéné de toute sa personne, "blanchi" comme disent les cuisinières d'un légume ébouillanté. Mais c'est le contraire d'un dandy dont le chic serait imperceptible pour des Américains. Le chic de Boni "se voit"*.

Dice de Marcel Proust que vive "verdaderamente" en el pasado, en medio de las fotografías de sus amigos. Allí están, además, en el álbum, Maupassant en una bicicleta; Mathilde, la princesa; Montesquieu, joven, antes de llegar a encarnarse en Charlus; el príncipe Edmond de Polignac, su amigo Hass (Swann), Madame Strauss, la princesa de Mónaco. La obra proustiana —dice Morand— es algo como los *Recuerdos de la Casa de los Muertos*, el *De Profundis* de la burguesía. Marcel recuerda a alguien que ha dicho, muy molesto, que los nuevos ricos son "una terrible objeción en contra de la Providencia". Habla de Rastignac, de Rubempré. Ha leído muy bien a Balzac y cree que *Ilussions perdues* y *La Femme Abandonnée* destacan sobre toda la obra balzaciana.

Morand no calla ni otorga.

Morand divisa a Lola de Milán, el gran amor de Joaquín Edwards Bello. "Me impartió una pedagogía que valía por todas las lecciones de los pedagogos alemanes" —me contó una vez el gran cronista. La encuentra Morand en el Maxim's y recuerda: *Rat Mort 1905*. Vivía su vida, amaba, de lance o por temporadas no demasiado largas, se las arreglaba para despegar al amanecer como una ninfa del Eros, se drogaba y dividía al mundo en castas, mostrando a los representantes de ellas con un dedo: *Ici les maquereaux: là les tantes*. De un hombre decía que era *très maple; élastique, confortable comme un fauteuil anglais*.

El político Berthelot le dice al bizarro escritor, en 1917, que los norteamericanos son "indeseables necesarios", y que Europa habrá de pagar carísimo por ir a traerlos. Jean Jaurès habla acerca de M. Ribot y murmura que puede decirse de él lo que los árabes piensan del ciprés: grande, negro y carece de frutos. Céleste, la gobernanta de Marcel Proust maduro, dice que los versos de Léger (Saint-John Perse) son "más adivinanzas que versos". Réjane expone brillantemente una definición del adulterio: *The wrong man in the right place*. Usa el inglés para sentirse más éticamente irreprochable.

Podría continuar indefinidamente, pero ¡basta!

Genialidades de Stan Laurel y Oliver Hardy en la televisión. *Swiss Miss* (1938). Ambos son representantes de una firma que vende trampas para ratas. Deciden ir a ofrecer la mecadería a Suiza, teniendo en cuenta la tesis del gran Laurel: "Donde hay quesos, hay ratas".

No comienzan, en momento alguno, a gozar ni del éxito ni de la consideración. Como no les resulta posible pagar la cuenta del hotel se ven en la

necesidad de contratarlos, y deben lavar los platos y trasladar un enorme piano a un refugio que hay en la montaña. Hay una escena genial: Laurel, aficionado en exceso al alcohol, "engaña", trucando la realidad, a un enorme perro San Bernardo que lleva un barrilito de ron o coñac colgado al cuello, por si da con algún viandante perdido que requiera algo para entrar en calor. Laurel se tiende en el suelo, el perro lo olfatea, trata de ayudarlo, y el cómico empieza a arrojar algo que parece lana de colchón a manera de nieve, con un propósito innoble: despertar el espíritu misionero del can, lo cual ocurre en medio de una zafacoca regocijante.

Por la noche, José Miguel y Elna me invitan a comer a *La Closerie des Lilas*. Un viejo pianista toca *Mon Oncle*, *The Gipsy* y aquel perdido *Nature Boy* que me hacía soñar en 1949. Me cuesta reposar. Soy el pasajero de mis nervios y comienzo a tener un sueño con música de fondo. ¿El tema? Alguien tararea "Adormecermé así". Hay, sobre una mesa, un pan abierto que tiene en su interior una serpiente roja, o más bien la cabeza de ella. Arrojo el alimento con temor, pero pronto advierto que eso no es real, que la sierpe es de goma o de caramelo. Sobre el piso veo esparcidas, a modo de flores del mal, unas cartas de Nietzsche, y se cruzan con algunas escenas de *Bola de sebo* (1945), la película francesa que vi anoche en la televisión.

París, *Tel Aviv*, 8/7/1991

En el avión, lectura de los textos de Nietzsche sobre Wagner. En verdad, el final de la pasión del filósofo por el músico y por su obra había comenzado lentamente en 1874. Nietzsche estaba de vacaciones en la villa de Malwida von Meysenbug, en Sorrento. Wagner descansaba muy cerca de allí, y, sabiendo cuánto irritaba a Wagner la música de Brahms, la deja oír en su piano cuando Wagner iba de visita. El borrón definitivo se produce en julio de 1876, en Bayreuth, según me enteré por el mantenedor del Museo de esa ciudad. Nietzsche ha contado su feroz decepción, sin parar mientes en que todo se venía gestando unos años antes: "Cometí la falta de ir a Bayreuth con un ideal y sufrí las más amargas decepciones. La música caía sobre el auditorio como una pesadilla violenta, confusa, cual si fuera para sordos. De la caverna demasiado profunda en que estaba la orquesta salían mugidos que ahogaban toda melodía. La orquestación recargada señalaba en rasgos más potentes el defecto de una música saturada de intenciones. Los intérpretes exageraban las violencias furiosas. Había algunos sonidos de naturaleza tan inverosímil que deseo olvidar y no volver a oír jamás.... Cuánta cosa fea todavía, cuánto exceso de aliño y de condimento que me chocaron en lo más hondo". El "Parsifal", de Wagner, que apareció en 1877, le hizo estimar a Nietzsche que el decadente cristianismo llevaba al músico a traicionar lo griego que él admiraba y la magia del mito. Se dio cuenta de que no podía alterar la dirección que tomaba su música y parece que entonces envió aquel célebre telegrama: *Bayreuth, bereit, bereut*. Es decir, "Bayreuth, ya arrepentido". La ruptura sería para Nietzsche un elemento más de su destrucción.

Tel Aviv al atardecer. Un calor que parece venir desde el fondo de la tierra, en lugar de los viejos chacales que hubo en sus primeros tiempos, me abre el camino de los ahogos. El hermano de Miriam, Igal o Isaac me espera y va a dejarme al hotel. Ha estudiado filosofía y es un excelente lector de Kierkegaard. Hablamos sobre *Temor y temblor* y *El diario de un seductor*, y me parece brillante, aunque cansado por las obligaciones de una vida en la que los grandes anhelos duermen en espera de salir al camino. En el hotel, comienzan a subir y a bajar por el ascensor unas señoras más bien robustas, con ropa negra, tradicional, moños y un deseo de trabajar en algo: tejer, hacer pan, preparar conservas, comentar los acontecimientos del día. Son rusas, venidas recién e instaladas en pisos de los hoteles de Tel Aviv mientras se las sitúa definitivamente. Me recuerdan a mis tías, con ese aire de migrantes que jamás perdieron, aunque nacieron en Chile. Por la noche, llega Miriam con Eliana. Termina la larga jornada de mi viaje. Es la vida de nuevo, las esperanzas, la búsqueda de un camino.

Tel Aviv, 9/7/1991

Comienza la fiebre del heno. Los estornudos. Un farmacéutico uruguayo me recomienda unas pastillas que me convertirán en otro. Sí, en otro que también estornuda. Al volver con el auto, para estacionarlo, Miriam encuentra a un judío polaco de Chelem, el lugar de los chistes sobre judíos crédulos. Él le promete contarle diariamente uno. Y le asegura que cumplirá ello cabalmente.

Tel Aviv, 10/7/1991

No hay señas visibles de los daños causados por los misiles iraquíes. Sin embargo, yendo hacia la zona más popular, en las proximidades del paradero de buses, hay reconstrucción y, sobre todo, algunos huecos, pues los que cayeron por aquí eran los que llamaban los israelíes "bombas tontas", un gran proyectil con cemento que "apisonaba" el lugar. De nuevo, en Tel Aviv, el espléndido lenguado, el *sole*, el oleaje lento del Mediterráneo y música a toda hora. El gran bobo universal, Julio Iglesias, vomita una versión feroz de "María Bonita". Da, como de costumbre, los rugiditos de ratón en los altos. Al diario. Con los años y el cambio de plantilla, *The Jerusalem Post* se convirtió en un periódico reaccionario, aburrido, antiguo.

Netania, 11/7/1991

Con Isaac y Vivian. Hoy un árabe dio un hachazo en la cabeza a una mujer, en las cercanías de la playa. Hablamos con Isaac de la época en que él leía a Kierkegaard. *Temor y temblor* fue un deslumbramiento. Le digo que también a mí me ocurrió eso. En mi juventud se lo leyó porque se hablaba de él como precursor del existencialismo, como el dato necesario que era previo para entender a Sartre, para ver a Jaspers y a Gabriel Marcel, para oír a Juliette Greco, que cantaba en la *cave* "Tabou" y para sentir cuán desdichados éramos.

Jerusalén, 11/7/1991

Las colinas, el mundo que se abre al sol, un cielo luminoso. Examino muy adentro de mí mismo la maqueta del tiempo pasado. Reviso las calles, el ruido del *shofar*, la mezcla de camiones y de peregrinos que van al Muro de los Lamentos. Al Museo. Allí están las hermosas estatuillas de Renoir y de Rodin, las pinturas de Sisley. Una vez más, con pasión, me demoro viendo los Rollos del Mar Muerto. Por la noche un sueño: papá y mamá llegan a medianoche a una casa grande, solitaria, plácida. Dicen que me extrañan, que es hermoso el sitio que les "regalé", pero que los vaya a ver cada vez que me sea posible, que se sienten muy solos. Debo ir al cementerio de Playa Ancha. Lo extraño en el sueño es que ellos tienen un niño muy pequeño, algo enfermo, y lo han colocado en una especie de incubadora, con el fin de que se mejore. Veo algunas chispas o llamas en la ropa del niño y les digo. Aún más, trato de apagar el fuego. Ellos me dicen que no me preocupe, que se trata de un elemento regenerador. Al amanecer pienso en mi amigo Martín Cerda. Me dicen que tiene el cerebro muy dañado. Que no ha de mejorar.

Tel Aviv, 12/7/1991

Museo. El espléndido desafío de la mujer inmensa y bella de Henri Moore. Estatuillas de Hans Arp y una colección de pinturas y trabajos en sobrerrelieve de Archipenko. Éste es el que inventó una rama —otros dicen "ramificación"— del arte moderno. El anticipo de todo. La publicidad, el uso de los materiales deleznable. El *bricolage*.

Cesárea, 13/7/1991

Las ruinas romanas junto al mar. El espléndido teatro, las lagartijas en los muros, tendidas o corriendo en medio de los yerbajos y ocultándose en las grietas. El gran puerto de antaño. Y el mar que golpea desde siempre, atesorando años, batallas, muertes y resurrecciones. En todo, sin embargo, la falsificación, la sed del hidrópico turismo. La cocacolonización. Barátillos, *fast food*, serrín verbal en los diálogos, tiendas de viles camisetas en las que se lee —o se deletrea, más bien— *¡Cesarea, I Love!*

Tras mirar cómo se prepara el escenario, en el viejo teatro del pasado, para una ópera, y los alambres cruzan de un lado a otro, me instalo con un tarro de bebida a leer *Le Monde*. Dos problemas graves. Asoma en Alemania el espíritu de un Cuarto Reich, con el reconocimiento de los estados de Eslovenia y Croacia, por sus viejos aliados: Alemania y Austria. ¿Quieren que vuelva la *MittelEuropa* del Imperio Austro-Húngaro? Se recuerda en el diario que el presidente croata Franjo Tudjam se felicitó, durante su campaña, por el hecho de que su mujer no fuese "ni servia ni judía". El otro caso: la liberación de Paul Touvier, el ex jefe militar de

Lyon, un sombrío colaborador de los nazis, que tiene hoy 66 años, inculcado por crímenes contra la Humanidad. Aparte: una discusión, ¿qué hacer con Saddam Hussein y con su oculto arsenal nuclear? ¿Una nueva guerra en el Golfo?

Tel Aviv, 14/7/1991

Al cine. *Oblovov*, una notable película soviética. El eterno perezoso, ve el mundo y trata de modificarlo livianamente desde su lecho. El amor lo toca, pero no quiere darse demasiado trabajo. Preocuparse no es asunto suyo. Al Museo de la Diáspora. Un documental sobre los judíos de la Europa Central antes de la Segunda Guerra. Conversación con Miriam sobre el suicidio de Bruno Bettelheim. ¿Se puede ser un sobreviviente y seguir vivo largamente? El caso de Primo Levi. En sus libros, ambos daban la sensación de que habían aprendido a hacer frente a la muerte. Como aquel filósofo de la película de Woody Allen. Todos suicidas.

Sigo dando vueltas al caso Touvier.

Netania, 15/7/1991

Conversación con Isaac. Le cuento que Emil Ludwig, ese hombre que trataba de disimular sus impresiones, autoalabándose de continuo, habló del "sexo" de las ciudades. Para él, las femeninas eran hospitalarias, y entre ellas escogía a París, Viena, Venecia, Atenas, Copenhague, Estambul, Salzburgo y Heidelberg; en cambio a las masculinas las estimaba como "cerradas". Londres resultaba la *summa* de las urbes masculinas. El pintoresquismo tentaba a Ludwig, despreciado por Elías Canetti. Quiso también meter baza en las "ciudades asexuadas" o "neutras". Berlín era una epítome de tal tipología, sobre la cual descargó su ira a mazazos: "Un gran amontonamiento de piedras, llevado a cabo con mucha inteligencia y muy poco gusto, surgida de cien cruzamientos, como los prusianos que viven en ella".

Jerusalén, 16/7/1991

A la hora del té, con Arié Comei y Bat Sheva. Arié dice a Miriam que ir a Polonia es ver el centro de la náusea. Ningún judío debiera volver. Él borró su apellido, Komarov, y dejó atrás todo lo que pudo unirle a ese país. De nuevo, el atardecer de Jerusalén nos mete de lleno en el milagro de sentir que un día este lugar fue el *omfalos*, el lugar en donde arriba y abajo se unen. Desde abajo, al divisar el Valle de Josafat, el Huerto de los Olivos y el Muro de los Lamentos se está en medio de la historia espiritual del mundo, pero, también, en medio del horror y la discordia de ese mismo mundo.

Ber Sheva, 17/7/1991

Visita a los tíos de Miriam. Samer ha sobrevivido al Gulag. Amó, en sus comienzos, la Revolución. La utopía estaba muy próxima. Faltaba el envión de unos años,

quizás de una generación. Entre tanto, había que resistir. Stalin borraba con el codo, los elementos básicos que Lenin dejara. Samer no tiene odio. Más bien piensa en dónde estuvo el yerro. Lo importante es aproximarse a la verdad, quizás verla desde lejos, pero no experimentar desánimo. Vivir ya es suficiente. Estar vivo, ver las flores, sentir el viento de la tarde, conversar, leer algo, pensar. ¡Ah, Neruda! ¡No huir del fuego para caer en el hielo! Vale la pena conocer a alguien como él.

Tel Aviv, 18/7/1991

No iremos al Néguev en esta ocasión. Me gustaría encontrar nuevamente el poder de la piedra que encubre el pasado, su pasión cálida. El *trompe-l'oeil*. Todo aquello que Chagall vio de diversos modos cuando expresó que las montañas del Néguev le permiten, si siguen sus concavidades, ver surgir las sombras de los profetas, en sus pendientes amarillentas, "color de pan seco". En ese mundo, rehén absoluto del tiempo y de la historia, el pintor sentía cómo iban oyéndose centuplicadas las antiquísimas profecías, las viejas palabras hermosas, piedras de fundación mítica. En la red del sí mismo, Chagall podía extrañar el mundo de las colinas jerosolimitanas, siguiendo, sin desearlo, su propio rostro, la realidad aleatoria en que se guiñaba el ojo a sí mismo de un cuadro a otro. Su pintura iba convirtiéndose en los polos de fuerza de la memoria, pero el Néguev no se le quitaba nunca de la cabeza.

Tel Aviv, 19/7/1991

Al leer a Josef Jaim Brenner (1878-1921), quien vivió en Jafo como un solitario, se sabe que descubrió algo: "El enigma de la vida *nunca será descifrado*". Ello me permite entender el núcleo de las historias que se reúnen en el libro "Ocho obras maestras de la narrativa hebrea" (1989), que corresponde al centro de irradiación de la vida de Israel, metabolizada por sus narradores. Aquí, las cosas ocurren como en cientos de lugares. Que alguien grite: "¡Vete de este país!", o "¡Déjame tranquilo!", no puede impedir que alguien se conmueva con la música de Max Bruch o se entregue al culto del Shtréilmel, como si en ello se contentara a Dios y a cada cual. Que alguien piense en el *Iom-Din* no impide que otro se incline reverente ante el *bajshish*, el soborno.

En el kibbutz, cerca de Haifa, 20/7/1991

Con Jaime Fuch y Marión. La paz de los últimos bastiones de una vida en comunidad, el espíritu del socialismo de los tiempos de los pioneros y de Ben Gurion. La comida que se comparte, la conversación, el trabajo, la fraternidad, los viejos lazos. Aquí todo pudo recomenzar siempre, aunque hoy las corrientes neoliberales estimen que esto es derroche, economía en descubierto. Evidentemente aquí se pensó en cómo la rosa y la mano junto a otra mano eran mejores

que el fusil. La realidad —dice Jaime— se alteró, pero el espíritu no cambia. Hubo que hacer la guerra, pero la paz es siempre el primer objetivo.

Tel Aviv, 21/7/1991

Me conmueve pensar en el día de ayer, con Jaime y Marión. Tienen razón en lo que dicen. Ya Lifschitz dijo a su pueblo que cuando volviera sería lo que fue antes. Todos campesinos, pastores, jardineros, *pero nunca más comerciantes*. Enrique Gómez Carrillo, frívolo cronista encantador, se rehabilitó al escribir algo como esto: "Todas las llanuras de Galilea, todas las colinas de Samaria, todos los valles de Judea, poseen ahora colonias de israelitas que las fertilizan con su sudor y las cultivan con sus brazos. Los esfuerzos que estos pobres hombres hacen por obtener el derecho de poseer una parcela del suelo adorado, son heroicos. Con la misma fe, con el mismo entusiasmo, con la misma paciencia con que, hace treinta siglos, convirtieron los campos cananeos en jardines, emprenden ahora la reconquista de la Tierra Prometida". Gómez Carrillo escribió esto en su libro *Palestina*, antes de 1930 y de la existencia del Estado.

Tel Aviv, 22/7/1991

Desperté al llegar la madrugada. Alguien había puesto un viejo disco o su radio. El envión de la nostalgia, el pasado de una dicha que inventé no sé cómo ni cuándo. "Estrellita", el tema de Ponce, por Deanna Durbin.

Tel Aviv, 23/7/1991

Breve extravío de Eliana. Deslumbrada por los bailes israelíes, Anita la olvidó en la playa, y en el espíritu de la heroína de "Las zapatillas rojas" bailó y bailó. De pronto, recuperó el mundo real y se puso a buscar a Eliana. Hasta que todo volvió a la normalidad, cuando Eliana, más movida por el azar que por el terror, dejó el largo país de la playa, el fulgor del Mediterráneo, el zumbido de los helicópteros y el gran país de la música. Ya está aquí. La miramos dormir.

Tel Aviv, 25/7/1991

En medio del calor y de la humedad, en la noche de la larga playa, los jóvenes cantan y bailan; otros toman helados; los viejos conversan y los helicópteros vigilan. Antes de viajar a Polonia, en el hotel, ordeno mis fichas, tras dejar el ascensor en donde suben y bajan las maravillosas rusas viejas, con sus vestidos negros, sus peinados a la que salió, pero limpiísimas y ordenadas, a quienes se aloja en uno o dos pisos altos.

¡Qué violencia y fanatismo en un texto de Dostoiewski (*Diario de un escritor*)!: "Ven acá. Recapacita y sométete, pues piensa que nunca más volverá a existir la

antigua Polonia. Hay ahora una Polonia nueva, una Polonia liberada por el Zar, una Polonia regenerada, una Polonia que incuestionablemente puede esperar disfrutar en el futuro el nivel de las tribus eslavas, cuando el Reino Esloveno sea liberado y resurrecto en Europa. En todo caso, nunca volverá a existir la antigua Polonia, pues ella no podía vivir en paz con Rusia". El sueño utópico de Dostoiewski, ese paneslavismo regenerador que permitiría hacer saltar en pedazos el sueño europeizante de Pedro el Grande.

Varsovia, 26/7/1991

Lo primero que sorprende en el aeropuerto de Varsovia es que da la idea de un galpón o hangar, sin un solo artificio tecnológico. No hay computadores. Los que se agolpan para salir oyen vocear a los dueños de taxis que aspiran a cargar con la nueva mercadería humana. En medio de la niebla, pasando por algunos bosques y prados, se nota que la ciudad se las arregla para proponer su figuratividad, que va desde los edificios altos, en forma de cubo, hasta romboides que se definen en tanto uno va sorteando una ruta llena de desvíos, por reconstrucción, arreglo o granjería, con mucho pavimento destruido tan a la chilena que no parece una provocación.

Hay en todo un desajuste con orden alterado. Se concuerdan en lo opuesto. En el bar del hotel, una mujer con abrigo de pieles y *jeans* bebe con fuerza junto a un tipo que da la impresión de un bailarín de ballet convertido en funcionario, enteco y largo. Las prostitutas, queriendo pasar inadvertidas, parlotean con la guardia del hotel, con la vendedora de piedras semipreciosas, con los mozos, en tanto miran con ojo de buen cubero a los gringos que comienzan a llegar. La comida es espléndida, pero no muy variada. Una cena para tres, más bien abundante, con vino y bebidas, no va más allá de los cuarenta dólares por el grupo. Un taxi, en un viaje normal (de treinta o más cuadras) vale un dólar (11 mil *zloty*). El sueldo de un funcionario no pasa de los 100 ó 120 dólares, pero es bueno tener en cuenta que antes, en los "tiempos malos", resultaban obligación del Estado el pleno empleo, la atención médica, el hospital, las medicinas, la educación. Los buses eran bonificados y las casas no tenían costo, así como los servicios básicos. Si Varsovia fuese una pieza retórica, diríamos que su norma es el empleo del anacoluto.

No me cabe ninguna duda: aquí el socialismo se empeñó por el hombre nuevo, pero no supo distinguir la máscara del rostro. Cada cual se las arregló para dejar en claro que sus anhelos de libertad eran permanentes, pero se dejó engañar por "Solidaridad", una cruzada de la Iglesia, una de las más cavernarias de Europa, y por el mensaje publicitario del capitalismo que prometía, luego de ver libre a Polonia, llenar la bolsa, invertir en un país en marcha, modernizarlo. Lo que vino fue la economía de mercado, pero la gente no se resigna a perder las conquistas sociales del pasado. Tengo la impresión de que Jarulzeski era mucho más estadista que Walessa, burdo, elemental, a quien las caricaturas presentan como un buey

torpe y cuya habla sin cultivo alguno (dice que nunca ha leído un libro) se parece mucho a la jerga del Bronx. Polonia quiso asistir a la cena que se habría de dar en honor del hijo pródigo y sólo ha conseguido las migajas del banquete. No hubo, como se esperaba, el arraigo de un nuevo espíritu, la traslación de las fuerzas morales, sino el perfil burdo de una religiosidad que es fruto del conservantismo, de la cruzada anticomunista y, sobre todo, de un integrismo que es el patrocinado desde el Vaticano hasta las plétoras catequísticas muy arcaicas del cardenal Glomp.

El contrabando es el motor que pone en marcha a la nueva Polonia. La frontera germano-polaca es un lugar de tránsito visible de las mercancías. Lo cierto es que un policía polaco gana alrededor de 140 dólares mensuales y, como se ha escrito en un reportaje, "no le va mucho ni le viene"; por treinta y cinco dólares "se muestra comprensivo" con los contrabandistas; por setenta, "se vuelve ciego". Aquí hay robo de autos, lo cual se hace en Alemania, y en Polonia se desmonta y entra en el mercado negro, como todo. He oído que ello sirve para el blanqueo del dinero de la droga. La heroína viene de las repúblicas de la ex URSS que corresponden al Asia oriental, pasa por Polonia. Búlgaros, georgianos y rusos amasan fortunas con esto. Todo se negocia: los televisores en color, la pacotilla y los artefactos de la tecnología, el vodka, los cigarrillos, los *jeans*, los zapatos, los trajes, los objetos de cuero, y aun la porquería mayor: las poleras con monos de Disney, las "bananas", el yogur y la jalea. Un periodista francés ha escrito: "El nuevo muro entre el Este y el Oeste no tiene que ver con la pólvora, ni con la ideología, ni con el hormigón armado, sino *avec le fric*, 'con la guita'. Lo cual —continúa— aunque parezca menos peligroso, no deja de ser una mera ilusión".

Varsovia, 27/7/1991

Al desayuno, oímos en la vecindad de la mesa a unos polacos que hablan en francés con un "punto". Éste desea invertir en Varsovia y pregunta lo que valen los permisos, cómo es el asunto de los impuestos. Un polaco altísimo grita porque no le quieren traer alcohol, a esa hora: "¿Qué es lo que cambió, ¡ah, ah!, qué...? —pregunta irritadísimo. Van en busca de un jefe, y pronto llega la primera botella, grano de arroz en el pico del pavo. Le dicen al francés que *todo* es cuestión de *pot-de-vin*, esto es, soborno o gratificación. Si se "aceita" en varios niveles, no habrá dificultades. El francés sonríe, pero no suelta *fric*. "¡Lo veremos en el momento adecuado!" —replica a sus informantes. Éstos se miran sin convencerse de que la gallina no es fácil de desplumar antes del grito, pero se contentan con levantar los hombros, al modo italiano, y de abrir otra botella. Miran con repugnancia la mermelada y los panecillos: y beben al estilo de Erich von Stroheim en "La Gran Ilusión".

En seguida nos vamos a ver la casa de Chopin, a 40 kilómetros de Varsovia, en Zelazowawola (que quiere decir, según traduce Miriam, "voluntad de hierro"). Los jardines son muy hermosos, el río se desliza perezosamente, y la casa es

iluminada por un sol que entra por todos los lados. En las mañanas de los domingos, los jóvenes pianistas tocan aquí en homenaje al dueño de casa. Las abejas zumban y buscan las flores que revientan. El olor de la fruta llega a las piezas de la casa de Chopin y se queda ahí. Uno siente aquí que la música ofrece la oportunidad de ver a la otra Polonia, a la sensitiva, culta y refinada. No por la clase, sino por el anhelo espiritual. En las afueras, venden muñecas rusas con el rostro de Gorbachov, cucharas, casetes de los pianistas polacos que tocan a Chopin y pequeña artesanía tan falsa como Judas, como solía decirse.

Auschwitz, 28/7/1991

Guardo aún en la memoria dolida el conjunto de entrevistas del terrible documental de Jacques Lanzmann, *Shoah*, sobre los campos de concentración, la conducta del polaco, ayer y hoy, y el holocausto. El gran Teodoro Adorno dijo que no se podía volver a escribir poesía después de Auschwitz. La confianza en la humanidad después del genocidio decayó y hay quienes pretenden olvidar lo que pasó. Yo, definitivamente, no. Antes de dar con la maldita enseña de hierro forjado, donde se dice que el trabajo nos hace libres —¡bestial ironía!—, advertimos que el lugar ha pasado a ser más que un hito de peregrinación doliente, objeto del turismo. Hay un *parking* y el cuidador polaco estira la mano con el fin de recibir un dinero que es algo así como el pasaje del infierno. Muy pronto, Miriam, Eliana y yo damos con una pequeña y absurda multitienda en donde se lee un uso infamante venido del libre comercio: “¡Recuerdos de Auschwitz!”, y luego un casino vil y frío, fruto del comercio de la muerte, que ofrece como novedad la Coca-Cola y los potajes del autoservicio. Al avanzar, surgen las casetas de los guardias, las alambradas que electrificaban a quien deseara huir y el recuerdo de los perros. La memoria pone en su centro lo dicho por un oficial nazi: “¡De aquí no se puede salir sino convertido en humo!”.

Horror sobre horror. Aquí se habla muy poco de “judíos” muertos. Se prefiere llamarlos “polacos”, cosa que el antisemitismo del país ya mira con mejores ojos, siempre que no hable de los de hoy. Los escaparates dejan que la mirada se petrifique doliente. Montañas de cabellos humanos, de juguetes de niños, de piernas y de brazos ortopédicos, de dentaduras postizas, de anteojos, de utensilios desportillados. El *tour* “guiado”, que nosotros no aceptamos, no incluye unas habitaciones en donde muy dramáticamente se oye el *Kol Nidre*. Es aquí donde cabe la meditación permanente acerca de la imposibilidad de olvidar, aún más, de la necesidad de recordar, aunque pasen mil años. En los alrededores, como en el 41, el 42, el 43, el 44 y el 45, cantan los gallos, los agricultores trabajan, ladran los perros. Es la herencia del silencio protegido de los que no querían saber. O de los que advertían que sí, que comprendían, pero que nada podían hacer. Cada cual quería organizar una sola cosa, y atenerse a ella del mejor modo posible: sobrevivir.

Chelm, 29/7/1991

Este pueblo, Chelm, era un lugar en donde había más judíos que polacos antes de Hitler. En el fervor del *yidisch* familiar, los mejores chistes se referían a la supuesta ingenuidad de los habitantes de aquí. Recuerdo esa historia de un grupo de judíos que se sienten molestos con la presencia de una montaña. El líder decide que, si cada uno de los judíos de Chelm decide ponerle el hombro y empujar, la montaña tendría que irse con su música a otra parte. Todos, al día siguiente, muy temprano, dejan sus sombreros, sus caftanes, sus relojes y demases en una serie de pilas, atrás, y se ponen a empujar. Pasan por ahí unos de esos tipos que son como la urraca ladrona y deciden aprovecharse del pánico arrasando con todo. Varias horas después, los cansadísimos judíos vuelven en busca de sus ropas y no las encuentran. Entonces el líder natural explica que han tenido éxito, que la montaña fue empujada a una distancia tal que ni se divisan las ropas.

La flor y nata de las sobremesas judías, de los chismes de calles y de plazas, se basaban en algo que pudo pasar o pasó a alguien de estos pagos. Freud tomó de ellas algunos de los materiales sobre el humor judío que él expone en su libro "El chiste y sus relaciones con el inconsciente". Hoy la ciudad, y su gente amable y cordial, es la sombra de lo que fue. Miles fueron llevados a los campos y exterminados; la sinagoga, de la cual hay señas vagas aún, fue profanada, convertida en otra cosa, tienda o taller comunitario. Chelm es un largo lamento por los que no existen. Sabemos que es un pueblo diezmado.

Lublin, 30/7/1991

Lo primero que sé sobre Lublin viene del comienzo de una novela de Isaac Bashevis Singer, *El mago de Lublin*, y se refiere a ese Yasha Mazur, nigromante, mago y acróbata, a quien su mujer le llevaba a la cama leche, bollos y platillos de avena. Sé por ese libro que las sinagogas eran antiquísimas y venerables en Lublin. Se remontaban a los lejanos días de Chmelnicki. Y que se contaban cuentos de aparecidos y de *werewolves* u hombres lobos. No vi, en la ciudad, mucho. La idea de cómo aquí fueron llevados miles de judíos, de los cementerios en donde la memoria debe poner lo suyo para saber dónde estuvo todo, de las viejas fotografías en donde se veían enamorados los jóvenes judíos; dichosos los abuelos; severo el rabino; en actividad los trabajadores manuales, los panaderos, los vidrieros, los músicos, los casamenteros, los narradores orales, me hace pensar que lo que veo es sólo una ciudad rehecha, un *ersatz* de la verdadera. Y nos marchamos.

Al llegar a Wroclaw, a la que los alemanes llamaron Breslau, veo la luz remota en los ojos de Miriam. Aquí vivió de niña, y ésa es su casa de infancia. Sólida, con un jardín, con árboles frutales, con enredaderas y el hilo de los recuerdos. Muy cerca de aquí estaba el cine, y la farmacia, y el río. Y más allá la escuela, en donde alguna vez le tiraron piedras a ella y a su hermana, gritándoles "judías!", aún en la era comunista. Porque el antisemitismo en Polonia nunca ha muerto. Aquí,

según datos que tengo a mano, el 70% de los estudiantes votó por el Partido Nazi, hacia 1930, por los días en que las primitivas encuestas se declaraban partidarias de tener un líder fuerte y un partido único —porque en los repartos y en las guerras del tiempo, el “Estado-tapón” que creara Bonaparte a fin de evitar la contigüidad de Rusia y Alemania, Wrocław era de Alemania. Vamos al cementerio y allí están las tumbas de los parientes. Hoy, los rateros sólo roban lápidas de mármol (de preferencia las de mármol negro, dice el cuidador del cementerio). Unos visitantes que vienen de otro país no logran, pese a las señas, encontrar la de los suyos. Al llevarse la lápida, llevaron la identificación. Traían flores —pese a que no es lo corriente llevar flores a un cementerio judío— y vuelven con ellas. La mujer llora. El hombre mueve la cabeza, sin saber qué decir.

Kraków, 31/7/1991

El frío venerable de la piedra de la catedral nos obliga a creer en algo, la fe debe aliviar los pesares físicos de los fieles, silenciosos y recogidos. El cura se anima a adoctrinar y lanza el anatema sobre el comunismo ateo, alaba al Papa que dio a los polacos —según él— una verdad, un carácter y una dignidad que desconocían. Después, lo alegremente al mercado. Miriam me traduce al oído: “Ya no nos avergonzaremos ante el mundo todo y nos van a mirar como a pueblo decente, no sometido al atraso, a la barbarie, al ateísmo. ¡Ahora somos libres y podemos llamarnos con orgullo así, ‘libres’! Ahora hay que rogar para que, con la ayuda de los otros pueblos libres, reconstruyamos el país postrado espiritualmente y hagamos de él una obra de Dios, con la conducción de nuestro presidente Walessa!”. El final, que no espero, debe ser lo que Unamuno llamaba “serrín sociológico”. En una columna de la entrada de la catedral hay una muy bella “Anunciación” en piedra pura, oscurecida por el descuido, por el hollín, por los aceites de la industria.

Cracovia fue, por acuerdo del Congreso de Viena, el centro de la pequeña república de Cracovia, entre 1815 y 1846. Desde esta fecha las tierras polacas fueron dadas a Austria, en carácter de capital de la Galitzia. La población creció y, a comienzos de la Primera Guerra, tuvo 180 mil habitantes (hoy debe tener algo más de un millón). La mirada a la naturaleza se aprecia en el cuidado que se dispensa al parque Planty. Por ahí, las torres negras de las iglesias encuervan el paisaje. En medio de la plaza se halla la estatua del poeta nacional Adam Mickiewicz, reerigida en 1955, pues fue destruida en 1940 por los nazis. El mercado es una obra maestra, las arcadas de los pasajes en donde están las tiendas son bellas y algo del espíritu mercantil de la Edad Media persiste en el trato. Su carácter es muy alemán y tiene algo de Erfurt y de Leipzig. En el Museo, que seguramente fue arrasado por los nazis, hay pocos cuadros dignos de ver: un Brueghel, unos paisajes de pintores flamencos, vírgenes, algún italiano de segunda línea y, honor de honores, la muy hermosa *Dama del armiño*, de Leonardo. Me sorprende, al salir

de la plaza que, en una esquina, un comerciante de la nueva hornada ponga un disco en un antiquísimo tocadiscos (como el que yo tenía en 1952) y se oiga a Frank Sinatra cantar *I Walk Alone*.

■ Sé que Ciano, altanero y bribón, escribió en su "Diario": "Cracovia. Estatuas y palacios que a ellos les parecen magníficos y que para nosotros, los italianos, no tienen mayor valor". Por azar, he visto *La doble vida de Verónica* y me doy cuenta de que aquí, cerca de los portales, se enfrentaban los estudiantes y los obreros con la policía comunista. Su universidad es célebre. Fue fundada en 1364 y en ella estudió Nicolás Copérnico, entre 1491 y 1495. Me interesa además entrar en la zona del mito. El célebre Doktor Faustus (Jorge Fausto) luego de doctorarse en Teología en Wittenberg vino a estudiar magia y ciencias ocultas aquí, en Cracovia y, muy pronto, firmó en este lugar el pacto con Mefistófeles. Por los diarios me enteró de que los polacos están cada vez más disgustados con el Gobierno y con la Iglesia (ambos actúan a una). Todo porque los curas han decidido abordar los problemas de las relaciones sexuales, del aborto, de la enseñanza de la religión católica como obligación del Estado. Se trata de presiones sobre la vida privada que les parecen indignas y vergonzosas.

Varsovia, 1/8/1991

El *ghetto* judío de Varsovia fue destruido durante una heroica resistencia de los judíos. La ciudad entera fue borrada del mapa, pero ha sido reconstruida con paciencia, gracias a un cuadro de Canaletto, quien la dibujó en detalle. El *ghetto*, un santuario interior de todos los judíos muertos, no tuvo esa suerte. Hay allí un parque, una estatua conmemorativa (a menudo se alude al heroísmo polaco y no al judío) y una serie de bloques y de cubos. Damos con la calle Krochmalna, en donde vivió la familia de Bashevis Singer, y pongo lo que él dice en *Un día de placer*, quizás mirando los tejados de las casas: "Contaba muy pocos años cuando tuve plena conciencia de los sufrimientos humanos. Polonia, desgarrada y repartida entre Rusia, Alemania y Austria, había perdido su independencia unos cien años atrás. Sin embargo, mi padre me aseguraba que si los judíos vivían piadosamente, vendría el Mesías y todos regresaríamos a la tierra de Israel. Pero una espera de dos mil años me parecía muy larga. Y, además, ¿cómo podíamos tener la seguridad de que todos los judíos obedecerían la ley de Dios? En nuestra calle había ladrones y estafadores de toda ralea. Esa clase de gente bien podía demorar eternamente la llegada del Mesías..."

■ Antes de tomar el avión a Frankfurt, Miriam y Eliana salen a dar la última mirada a Varsovia. Miriam me trae una bella paloma de cristal polaco. Al salir de la ducha viene cantando una canción polaca que oyó a su madre. Mi oído es tardo, pero podría jurar que es "Cuando florecen las lilas blancas". Una ficha final. George Steiner se refiere a la "perfección de lo reconstruido". Dice: "Por hermosa que sea la ciudad vieja de Varsovia es un escenario teatral; al caminar por ella, la vida no encuentra una resonancia activa". La ve como una ciudad "casi dolorosa-

mente literal". El dolor en los oídos, por el ascenso brusco del "Lod" me altera. Descendemos en Frankfurt.

Santiago, 6/8/1991

Doy con una curiosa referencia de Adolfo Bioy Casares acerca de Kipling. El autor de *Kim* escribió dos relatos cuyas huellas se reencuentran en algún cuento de Borges y en otros de Julio Cortázar. En *The Finest Story in the World*, un empleado de banco recuerda, sin estar muy seguro de nada, la galera griega en donde alguna vez remó, en otra vida. En un texto que se llama *Wireless*, alguien trata de recibir ondas sonoras en un aparato de radio. Un vendedor tísico de la farmacia en donde ello ocurre, llega a ser Keats. Más: un policía romano, de nombre Valens, en el cuento *The Church that Was at Antioch*, muere de las heridas de Cristo, murmurando a quienes le están matando: "¡Perdónalos, pues no saben lo que hacen!".

Santiago, 9/8/1991

Sorprendido por la intemporalidad en el estado de lengua de la censura, de la admonición, del tono de rechazo de pruebas u opiniones de alguien que no siente interés por atenerse a las normas que imperan. En tanto los más eminentes pensadores medievales, Alejandro de Hales, Alberto Magno, Tomás de Aquino y Sigerio de Brabante, entre otros, intentan presentar la síntesis de las ideas de Aristóteles y del cristianismo, fijando los lugares de los manantiales de las verdades humanas y divinas, en París, el Papa y los teólogos permiten al obispo de Francia, Etienne Tempier, condenar, el 7 de marzo de 1277, "los errores execrables que ciertos estudiantes de la facultad de artes tienen la temeridad de estudiar y de discutir en las escuelas". Tomo la información de un buen libro que leí hace unos años: *La revolución industrial en la Edad Media*, por Jean Gimpel.

Santiago, 10/8/1991

Reviso viejos papeles y encuentro una frase que anoté en un trozo de periódico: "Yo no consigo saber qué es lo que quiero". Debo haber sentido eso, por entonces, 1961 ó 62, agobiado por los remezones de la neurosis de angustia. El apunte que no figura en mi "Diario", me conmueve, atrayendo la imagen de esas noches en que no lograba dormir ni una hora.

Ahora me dedico a la lectura de un libro apasionante: la *Correspondencia* de Federico Nietzsche (1858-1888). Llama la atención una idea acerca de los efectos de la lectura: "Los cien libros que tengo ante mí, en la mesa, son otras tenazas ardientes que esterilizan el nervio del pensamiento independiente" (1867). El zumbido formidable de Clío lo convierte en rehén de los sucesos. Él, sin embargo, se place con ser, en materia de trabajo y de pensamiento, un muy buen fiador de sí mismo.

En Mariebad (1880) el filósofo cree que montañas y bosques son mejores que ciudades. Todo el que conoce los bosques alemanes sabe que la referencia es correcta. Sin embargo, le empuja seguir cavando en sus "minas morales", teniendo la sensación de ser "completamente subterráneo", queriendo dar con "la galería principal y la salida".

Santiago, 11/8/1991

Continúa metido, alegremente, en la *Correspondencia* de Nietzsche. Trata el asunto de la *species* llamada "especialista". Quiere —o más bien necesita— escapar de ella, por los deberes de clases, que embotan la inteligencia, pero asegura que, por fortuna, aún no siente "la obligada joroba de los profesores". Lo dice en una carta a Carl von Gersdorff (Naumburg, 13 de abril de 1869).

Escribe a Erwin Rhode, recomendándole la lectura del *Quijote*. Es "la más áspera lectura que conozco". Le explica que lo ha leído durante todas las vacaciones (diciembre de 1875), "y todo el dolor personal me aparecía disminuido; más aún, como algo merecedor de que uno se riera de ello sin siquiera hacer un gesto". Admite que todo lo serio, y con ello "toda la pasión" y cuanto afecta de veras al corazón de los hombres "es donquijotismo". A Unamuno debe haberle encantado saber esto.

Lleno de furor arremete en contra de la *Historia del pueblo alemán*, de Janssen, publicada en 1879, dado que encuentra falsificada la historia del protestantismo. Hay un párrafo muy doloroso: "Me ha causado demasiada repugnancia ese renegar arrogante, bilioso y lleno de envidia de Lutero, que no se sentía bien si no podía escupir con rabia contra alguien". Algo más. Dice a su corresponsal, Peter Gast, que el impulso de la democratización europea, debido a Lutero, es un antecedente negativo más, pues éste, "furioso enemigo de los campesinos", pidió que se les matara como a "perros rabiosos", exhortando a los príncipes a que lo hiciesen, pues así podían "ganar el cielo matando y ahogando a la bestia de los campesinos".

Santiago, 12/8/1991

El filtro de amor de la publicidad. Ya no un aullido de amor de Gudrun, un largo ejercicio de soledad a cargo de Sigfrido. Se sopla al oído de la gente: "¡Tú serás Rey!", o las formas de un falso sistema doctrinario muy propio del discurso de la serpiente en el Paraíso. Manipulación de los hombres y drenaje cerebral continuo. Nada dura, porque hay algo dispuesto a darnos, a cada momento, la noción de que los sentidos requieren acicates perversos.

El tedio de un tiempo en el cual se convoca a los idiotas al poder, creando una infrautopía que se reduce al silabeo y al culto de la baba. Previendo la serie de los desvíos de la prensa, y sin creer ya en un mundo mágico que se dio maravilloso y cargado de futuro en Maguncia, Nietzsche, archienemigo de la vulgaridad del

mundo que se dejaba anunciar con los mínimos heraldos, torciendo la mano a Zarathustra, burlándose de sus ensoñaciones, se lanza en contra del diarismo. "El mero eco de un órgano de opinión berlinés —exclama— me es odioso como el ruido de la máquina a vapor".

Todo en una carta que envía a Erwin Rhode, desde Basilea, el 25 de octubre de 1872.

Leyendo a Nietzsche se entiende aquella idea de Kierkegaard que mencioné alguna vez: "Bajo las especies" de la tinta de imprenta, es imposible creer en la necesidad de predicar útilmente el cristianismo. La prensa minimiza la irradiación de la Gracia y de la Trascendencia.

Santiago, 13/8/1991

Murió Martín Cerda. Ya no veremos más sus notas acerca de la búsqueda de un mundo en donde cohesión y totalidad diluyeran la noción de lo incómodo que es meditar, a salto de mata, sobre la contingencia. Perteneció al "cuerpo expedicionario" de la Razón. Quería —¡ah Sartre!— volverse imprescindible a los cincuenta años y fijar el heroísmo intelectual construyendo un punto de vista disonante en la sociedad de masas.

Alguna vez, él y yo tuvimos dieciocho años y solíamos mirar la historia desde el sujeto, desde "un cuerpo joven", sin sentir que representábamos a los poseedores. Era todo aquello que entonara, sin ilusiones, Enrique Lihn, lo de tener la vida por delante sin que viniese la muerte a volverse testigo calificado del fin de los tribunales en que pensábamos cómo juzgar, sin dilación, el siglo.

Queríamos, en una visión del "cuadro como totalidad", hacer una breve paradilla con el fin de recuperar, a lo Evans-Pritchard, la arqueología de la familia, los estratos de la vieja tribu intelectual yacente. O tomar nota, en medio de ella, con rigor ligeramente marginal, del peso del *pathos* existencial. Nuestras vidas, acaecimientos puros, se convertían en peripecias, queriendo acentuar los signos del Yo, rasguñando la transparencia de la angustia en cada uno de nosotros.

Martín creía muy tempranamente —y con lúcida insolencia— que era indispensable forjar los nuevos instrumentos de análisis que legitimaran el acoso de la sociedad *in toto*, dejando huellas íntimas, algún sistema de signos, una iconografía, en la preparación del discurso de nuestro tiempo. Se trataba de lograr la perfecta transgresión, despojada de cualquier signo de arbitrariedad.

En 1948 —según me parece recordar—, Martín y yo comenzamos a ver "en posición de objeto", *La Náusea*, de Sartre. Él, reacio a todo lo que no fuere sistema, teoría, rito, conjunción o disyunción que le diera ocasión de valerse de los datos y de las observaciones en una toma de posición, desechara con generosidad los pequeños hechos que constituían mi verdadero alimento. Frente a una taza de café de higo, en García Reyes 349, mi amigo desarrollaba su muy temprana teoría de la "insuficiencia ética" de Roquentin. Yo solía interrumpirlo, sin suerte, aunque

muy afanoso, para que buscáramos el disco que constituye el hilo incidental de la conciencia de la angustia, por la vía de la temporalidad, en dicho libro. Se trataba de *Some of these days*, por Louis Armstrong y Sophie Tucker. Martín, sin tomarme por necio, se proponía, en cambio, “poner en relación”, o tal vez “encuadrar” las instancias que condujeron al desarreglo del mundo, en metamorfosis que tenían que ver con la relación entre objeto y objeción en la pintura de Magritte.

Luego de haber asistido ambos al Teatro Municipal, con el fin de ver *La Mesa Verde* y una representación por el Teatro Experimental, de *La vida del hombre*, de Leonidas Andréiev, Martín decidió confesar que estaba haciéndose su vida, la única, a contrapelo de la historia de sus deseos. Quiso, por tanto, “poner los puntos sobre las íes”, aburrido de los códigos e insatisfecho consigo mismo. Escribió, quince o veinte años después, justificando el paso, que se fue a Alemania para ver a Europa, tratando de hallar en ella algo de la “sociedad fría”, y en espera de encontrar allí, por fin, “un horizonte de ideas más riguroso” que el propuesto por la mayoría de los escritores de Chile.

Referir, a cada momento, las anomalías de “este país”, Chile, mucho antes de que Baudrillard se arrojase sobre el tema, con miras a Europa, le hizo, “orteguiano profeso” al fin y al cabo, admitir que era inmoral “proseguir viviendo de los dividendos intelectuales de nuestro honorable siglo XIX”. Lo cierto es que Berlín era un puñado de ruinas, agotados los protocolos de la anteguerra. Ya le interesaba que una obra capital suya, como pensaba Walter Benjamin, estuviese constituida por un puñado de citas. En una carta, Martín me sugirió aceptar un destino histórico, poniendo la conciencia en lugar del recuerdo. Había que trazar, “sin más”, la reflexión aguda y perspicaz sobre el sentido del tema de nuestro tiempo, asumiendo que en tal línea lo que nos convocaba era el de la “cultura de las ruinas”. La desolación habría de ser la murmuración natural, la “impronta”, en la minuciosa conciencia de la muerte, en el vigor doloroso del “ser-para-la-muerte”, sin las “paparruchas del cristianismo”.

Alemania se convertía en “una forma”, en esta etapa “anterior a la experiencia”. Era una tierra de nadie, acibillada, vuelta sobre sí misma, arrojándose a cabalgar en una empresa quijotesca y sobrehumana: hallar su “continuidad”. Era preciso quitar, en Leipzig, los cascotes que habían caído sobre la idea de Leibniz. Se volvía indispensable precisar en dónde estaba la ilusión del joven Goethe. Si lo apuraban un poco, Martín quería dar con las “causas objetivas” de la música alemana, entre Wagner y Richard Strauss, hasta obtener la “reconsideración” de Juan Sebastián Bach.

Poco después dio en considerar “infructuosa” la etapa alemana. Los “residuos del recuerdo” aún perturbaban la idea del yo eterno de un Berlín que soñaba con reponer Brecht y a Weill en el esquema de la crítica del entretenimiento. Cruzó la vía y se instaló Martín en París, donde “descubrió” el “horizonte que esperaba”. Veinteañero, “adolescente derechista que progresivamente iba siendo cautivado por la izquierda”, halló las señas precisas de todo. Jean-Paul Sartre “en forma”,

prefigurando su duelo con la historia como sistema; Maurice Merleau-Ponty, Jean Hyppolite, Gastón Bachelard y Roger Nimier, el cual lo condujo hacia una tierra escombrada, la obra y el pensamientos de Pierre Drieu la Rochelle.

Logró precisar todo obstinadamente, en tanto recibía los favores de París, en forma de una teoría del conocimiento elaborada en los cafés y en las *caves*. Anotó: "Lucien Goldmann, por su parte, me recomendó, cordial e imperiosamente, la obra de George Lukacs. Mi amigo Henri Clairon me aproximó a los medios universitarios comunistas, mientras Germain, su hermana, intentaba reatarme a la verdad del Evangelio". Eran los días de la guerra de Corea, de las canciones de Juliette Greco, en *Tabou*; y de Carné y Prévert. Se trataba de un anhelo fundado: el de "permitir" —como me dijo en una carta— el libre juego del cerebro, adueñándose de las formas de la experiencia universal, desde lo cotidiano a lo sagrado. De Sartre a Bachofen.

Pasaron algunos años y Martín, día a día, rescataba los "gestos perdidos" de la comunidad intelectual, recabando su admisión natural en el Olimpo, dueño cabal de su gran entendimiento. Decidió volver a Chile, quizás con un propósito demasiado generoso: evitar que la cultura se extinguiese, desviándose el país en el camino de la artimaña política menguada, con entrada a saco en el presupuesto y los afanes de los predadores del Fisco. Soñaba en la idea de una reversibilidad cívica, y, no estoy seguro, con la idea de hallar un nuevo Portales, capaz de frenar los gastos militares, los desbordes de los "amigos personales de Su Excelencia", las atribuciones inoficiosas de un valor en sí criollo que no era otra cosa que la justificación de la haraganería.

Lo primero que hizo Martín, al bajar del avión, fue desear, en 1954, que una editorial chilena publicara su traducción del *Elogio de la Filosofía*, de Merleau-Ponty. Le dijeron que no, porque era un libro que sólo podía interesar a minorías. Mauricio Amster, dueño del más probado de los escepticismo geniales, le recomendó evitar el desplacer de soñar. "Aquí —le dijo—, sólo es posible pensar en la prolijidad de la nada y las cosas por venir, todas esas que se hallan entre la hostia y el martillo".

A falta de pan no le quedó otra cosa que conversar con nosotros, sus amigos, acerca de Jean Beaufret y de su obra *Heidegger et le problème de la vérité*. Y de los libros de Bataille, Blanchot, Barthes, Lanza del Vasto, Alain, Levinas, Beckett, Drieu, Camus, Malraux, combatiendo lo que Sartre definía como "quilo literario", es decir la "cultura digerida", emitida en los digestos, en las estadísticas de los Clubes de Lectores. Daba un golpe fuerte, aquí, en este Chile que se hacía a porrazos, mal y a medias, en los diarios o en las revistas que trabajaban en la línea de la "cultura de amenidades".

En 1964 pidió Martín que el país se percatase de la ausencia de perspicacia (era una de sus palabras favoritas). Que tomase conciencia de que la investigación sociocultural, la reflexión teórica, "incluso la labor imaginaria de los intelectuales chilenos", transcurría al margen del "mundo actual". Por otra parte, la cultura

inexistente le resultaba "un brutal escamoteo", un fraude, que se estaba perpetrando con las nuevas generaciones.

Con tan nobles inspiraciones, Martín olvidaba algo básico: el trabajo intelectual es, en Chile, obra de Sísifo. Sin embargo se daba cuenta de la necesidad de fatigar, aunque fuese inútilmente, a la mula manca de nuestro ser nacional. Quería él hablarnos de la posibilidad de la ilusión, de las franquías de la inteligencia, de la red de secretas voluntades que había necesidad de remendar constantemente. Se alegraba con lo dilemático y vivía para ver el arribo de las transformaciones que permitirían la ceremonia del reconocimiento, con ojos puros.

Supo siempre que había un orden estructural en su vida, en la cual no cabía la idea del azar, sino la del proyecto. Salvo, en verdad, que se tratase de glosar ejemplarmente, en sí, las ideas del texto de Monod. En 1968, entristecido por sentir que predicaba en el desierto, habló de su quehacer "parcial e insuficiente", hecho con el propósito "de corregir, por lo menos en la economía personal de mi vida, aquello que criticaba en la economía nacional de las ideas".

En buenas cuentas, seguía negándose a ceder ante las tentaciones de esa cultura de amenidades a la cual aludía. Muchos de sus amigos quisimos que estuviese en pie. Aún más, nos propusimos alertarnos para que él jamás se inclinase o debiese reverenciar la mercancía, el poder del dinero o el envión doctrinario que pedía abrirse paso en el camino de la asamblea, del congreso, de la fidelidad partidaria o del reconocimiento de la estulticia como símbolo del éxito.

A los treinta y ocho años, Martín hizo un balance de sí mismo. Escabullía de modo elevado, con plenitud de fiereza y de dolor, el bulto, la figura, a las proposiciones del "cambio de giro" o de la "liquidación". Pensó a veces en el suicidio, que evitó escribiendo largamente sobre los escritores suicidas. Sus palabras eran lacerantes: "Las ideas trabajan siempre con el futuro. Son el aporte humilde que un hombre, usualmente apaleado por la adversidad, la soledad y la incompreensión, hace a otros hombres que, desde el próximo horizonte, anuncian que todavía es posible otra vida".

Eran las chispas de la última gran llama. Fénix de él mismo.

Santiago, 21/8/1991

Las trampas de la muerte, y Martín cogido en ellas. El viejo juego lo transforma en el Inexistente, en unas sílabas del "Último Acto". Sus páginas hablan a menudo de la seducción que ofrece lo aleatorio, lo psicotrópico, el vampirismo como idea de la vida en relación con los otros, y en la patología de lo cruel, de lo obsceno, de lo perverso de toda seducción. Por un lado, Sade o Madame Edwarda; por otro, Drieu, Pavese, Joseph Roth, Walter Benjamin, los escritores suicidas.

Pienso cuál fue la última conversación con Martín y ya no lo sé, tal vez pueda

recordar aquélla en donde yo trataba de defender los silencios del intelectual en los hechos de la vida social. Él admitía la necesidad de ocuparse de uno mismo, pero admitía la necesidad "irrecusable" de estudiar, en la vida social, la deontología de la moda, los cabos de historia que hay en la fascinación por el vestido como forma exquisita de enviar mensajes del "ver" como "hacer".

La muerte, en fin, lo único inteligible.

Música para dejar atrás el dolor. La enorme *Tercera Sinfonía* de Mahler. Pienso en Breslau, la ciudad que conocí recientemente en Polonia, y el recuerdo de la primera ejecución de dicha sinfonía, el 24 de octubre de 1906. Mahler había escrito: "Un artista dispara en la oscuridad sin saber si da en el blanco ni en qué blanco da".

Martín vivía subiendo la pirámide de los obstáculos. Experimentaba el efecto del poder sombrío de éstos. Yo sé bien que todo le era difícil. Buscaba luchar cara a cara con el infortunio y a veces daba la sensación de que iba venciénolo, pero, a menudo, en un breve instante, caía al vacío, dueño ya de todos los vértigos del mundo. Incluso el de la belleza que, para él, nunca llegó a ser amarga.

Santiago, 22/8/1991

En la URSS se vive el fin de la utopía. Los viejos herederos de Stalin no tuvieron el apoyo popular y Yeltsin se vuelve un héroe (ya barrerán el suelo con él esas masas que si no ven soluciones prácticas en las primeras semanas se vuelven erráticas y aceptan el ser de la horda). Gorbachov retoma el poder, pero me asisten dudas si podrá retomar su línea de acción. Me imagino que, al igual que en Polonia, la gente sueña con los escaparates llenos y el dinero que cae del cielo sin anunciar el mal tiempo del fin, para ellos, de las líneas sociales que otorga el proteccionismo. ¡Ya habremos de ver!

Se acabó el *revival* de la revolución de octubre. La trampa de las ideologías se cierra vertiginosamente y se devora a sí misma. Los principios de la "ciencia" del marxismo dejan de convertirse en verdad absoluta y las nociones del utopismo activo quedan reducidos a un papeleo de cátedra. La conminación a gustar del cambio permanente es una esclerosis del espíritu que nace con las ideas del Siglo de las Luces. La palabra "¡mañana!" se fetichiza, y las voces del mercado son las nuevas Musas de la Historia. ¡Ya sabrán lo que es el hambre de casi todos y la felicidad de unos cuantos!

La hiperinformación ha puesto el pensamiento planetario al alcance de la gente de cualquier rincón del mundo y el lenguaje de la televisión invade sin restringir el arribo de las novedades. No hay apelación: la metáfora política que arranca del romanticismo se bate en retirada. Baudrillard ha dicho una inmensa verdad: somos satélites de nuestros satélites. Quizás sea ésta la última verdad positiva.

Santiago, 23/8/1991

Lectura rápida de *Viaje a Roma*, uno de los últimos libros de Alberto Moravia. Igual siempre, a él mismo, sus temas terminan por acorralarlo. Ya en el comienzo del viaje por avión un muchacho se adormece tocando con el antebrazo el pecho de la mujer que se sentó a su lado. Moravia ha dicho que esta novela no es sino un juego de las patologías freudianas. Aún más, toda la historia se apoya en una variación sobre el incesto, apelando a la necesidad de vaciar la memoria con el propósito de eliminar los hechos traumáticos (una madre que fornicaba con un extraño, ante los ojos del niño, cuando éste tiene cinco años).

La noción barroca de una Eva dual en constante metamorfosis fuerza lo real para tocar a la puerta de la metáfora global. Es la fuga mediante el ponerse y sacarse máscaras en la cruzada de la seducción. La clave se encuentra en la línea de desmembramiento del hecho en medio de una sucesión de encuentros fallidos. Un signo provoca al otro, le sacude el marasmo y logra interpenetrarse en un acuerdo. Los momentos de amor —o más bien de la “verdad”— no funcionan jamás. Se trata de poseer al otro mediante el “discurso” erótico paralelo.

Música. *Sinfonía N° 39* de Mozart (1788). La Orquesta Sinfónica de Boston dirigida por Serge Koussevitzky. Formidable diálogo entre los primeros y los segundos violines. Creo que esta versión la compré en disco, en La Serena, en el invierno de 1958.

Santiago, 25/8/1991

La noción de la vejez me aterra. No se trata de una proposición que apela a fijarse en un paradigma, mediante un yo ligeramente abstracto, sino la de ir sin rumbo, agotados los sistemas internos, los cruces entre las piernas y el cerebro. No sé dónde leí que Herbert G. Wells había escrito, como un lúcido varón que aguarda su Apocalipsis: “Nos movemos un poco más despacio, y conocemos, por último, el triunfo de haber cruzado la habitación. ¡Qué horrible!”.

Santiago, 26/8/1991

Todo es caer en la URSS. Una “despresurización”. Reaparecen los retratos del Gran Parásito, Nicolás II, y las oriflamas de un cristianismo que trató de evitar lo nuevo, lanzándose en picada, hacia 1905 ó 6, en contra de León Tolstoi. No me extrañaría ver exaltada, en el instante en que caiga la KGB, a la Okrana, la feroz policía secreta del zarismo.

¡Adiós a la tumba de Lenin! ¡Adiós a los coros del Ejército Rojo y al Ballet Bolshoi! ¡Adiós al cine épico de Eisenstein, a los cuentos de Isaac Babel, a los poemas de Blok, de Mandelstam, de Esenin, de Mayakovskii! ¡Adiós a la “Joven Guardia” y a los esforzados obreros de las represas y de las minas!

Me da la impresión de que, colectivamente, se produce algo parecido a lo que le ocurre al desencantado Cyril, en la última novela de John Le Carré, *El Peregrino Secreto*. No más —dice aquel— “los campos de trigo, la igualdad social, el ajedrez, los cosmonautas, el ballet, los atletas”.

La mentira se nos fue volviendo una verdad absoluta, y, a pesar de todo, guardábamos hasta el final una secreta esperanza. Y ello a pesar de los llamados de Solienitsin, quien soñaba con el regreso del Zar, la recuperación del orden del cristianismo, los modelos de la vieja sociedad arcaica pastoril. Cada uno de los rusos, aparentemente, se convertirían en su propio yo del pasado colectivo, o tal vez uno de los “locos de Dios”, tomados de entre los *staretz* que, buscando el “adentro”, la revolución del alma mediante el amor, poblaban los libros de Dostoiewski. Creímos en la utopía. ¿Y cómo no creer en ella? Los que murieron por la fe no van a resucitar. Eso es lo trágico: se sacrificaron en vano, en una apuesta de amor por el futuro.

Santiago, 27/8/1991

Larga meditación acerca del ojo. Repaso el libro de Merleau-Ponty, y una página de Simmel, en su libro sobre Rembrandt. Un poema de Rilke: el ojo, *verdaderamente*, mira, inventa lo que mira y lo sigue viendo. “El ojo de la cámara debe estar a la escala de la cabeza humana. El hombre está hecho a la imagen y semejanza de Dios. Agigantar esta imagen no es glorificarle, sino deformarla. Es una suerte de broma y nadie debe bromear con Dios. ¿Qué perverso y mórbido deseo es entregar nuestro cine mundial a una era regida por los iguanodontes de la prehistoria” (Orson Welles, 1958).

Santiago, 28/8/1991

Ya los pueblos que fueron socialistas tienen “toda” la libertad que anhelaron. Sin embargo, la fría pasión ha cedido a los himnos en honor del cambio. La cesantía aumenta, los precios se disparan, el capitalismo abre muy cuidadosamente la bolsa y piensa en esas comisiones que calculan el coste del pato de la boda. Resulta que nadie quiere dejarse quitar las conquistas del socialismo que se traducen en pleno empleo, salud y educación gratuitas y los alimentos que tienen subvención del Estado.

¿Qué pedirán en la URSS? ¿Anastasia al trono? ¿El Gran Patriarca Ortodoxo? ¿El Santo Sínodo? ¿Los herederos de Yusupof? ¿Qué dirán los diversos Estados que fueron agrupados bajo la enseña de la URSS? ¿No conviene olvidar que los judíos, en el desierto, en procura de la libertad que iban a ver muy pronto, lloraron añorando muy concretamente las cebollas del Faraón, las que tenían durante la esclavitud en Egipto?

A pesar de todo el dolor que experimento ante el derrumbe sé que amé el año 17, el libro de John Reed, el “Potemkin”, Lenin ante las multitudes. Yeats decía

que todo conocimiento es biografía. El socialismo fue —y de algún modo sigue siendo— parte de la mía. ¡Ya pensarán en las cebollas!

Santiago, 29/8/1991

Ver los cuadros y dibujos de Rembrandt sobre el tema de Jacob y su familia. No olvidar que debo saber dónde se halla ahora *La lucha de Jacob y el ángel* que pintara, hacia 1888 y en la Bretaña, Gauguin. Tengo una referencia que he tomado de Pissarro, el cual aseguró a su hijo, en 1891, que Gauguin “robó” ideas pictóricas a los japoneses y a los pintores bizantinos. Por otra parte, dice también que su retorno al pasado no expresa el carácter de un vidente, sino el de un pícaro que ha presentado el retorno de la burguesía al pasado. Tengo también muy presente que Monet tampoco tomaba en serio a Gauguin.

Santiago, 30/8/1991

Moscas. Establecen, en el muro, una especie de línea negra, a modo de construcción móvil. No hay ni un Balzac ni un Proust de las moscas, aunque éste las oye como música de cámara del verano. Pongo en el tocadiscos (sigo, por hábito, llamándolo así) el *Quinteto en la*, de Mozart. Abro un libro de Hamsun en donde una mosca da vueltas en torno de un escritor, víctima de la página en blanco, esa horrible enfermedad.

Hoy, 30 de agosto de 1991, a las tres de la tarde, ¿no soy una mosca que no altera su programa de vida? Ahora, más música: el *Concierto para flauta, arpa y orquesta*, de Mozart. En seguida, la admiración enorme, la alegría sin tasa de ese rondó que se me figura algo así como toda la música del mundo.

Una empresa mayor: arrojar las moscas fuera del muro.

Santiago, 31/8/1991

Nicolás Slonimsky contó que en la película *Rhapsody in Blue*, una supuesta vida de George Gershwin, se describe al joven como un pobretón de última, y se deja ver que no tenía a veces un pan para echarse a la boca. Así —me parece— se desea probar que es útil y necesario que los artistas sufran para después lograr el éxito, en medio de los agradecimientos a la vida. “La realidad es —dice el desmitificador— que el padre de Gershwin poseía seis restaurantes en Broadway, y el futuro compositor podía haber disfrutado de seis banquetes diarios si es que hubiera podido digerirlos”.

Santiago, 1/9/1991

Pienso a diario en el socialismo. Creo que no se trata del fin de un modelo justo, aunque mal aplicado porque se fue más allá de lo que permitía, con modestia y

una moderada ilusión, el socialismo utópico. Al dársele el carácter de "científico" se echó todo a perder. Ojalá lo que hoy desecha la mayoría, en una de las constantes de la historia, pueda volver a tener una encarnación más humana y digna.

Al preparar hoy una clase sobre Dostoiewski (*La casa de los muertos*), doy con una noción que anuncia ya la posibilidad de que los irredentos se rebelen: "La sociedad —escribe el novelista— desprecia al verdugo de oficio, pero no al verdugo-dueño. Todos los fabricantes, todos los contratistas, deben sentir un placer irritante, pensando que el obrero que tienen bajo sus órdenes depende de él con su familia entera. Difícil es extirpar este mal, porque un hombre no puede renunciar a lo que lleva en su sangre, a la que le fue transmitida en la leche. Tales revoluciones no se realizan con rapidez; no consiste todo en confesar su falta y su pecado original, es preciso extirparlo, y esto es difícil".

Santiago, 2/9/1991

La fábula. Los odiosos animales parlantes, cargados de opiniones. Las ideas del Siglo de las Luces, de la moral cristiana, de la ética burguesa, de los jacobinos o de los utopistas repican alegremente. Muy preferible resultan aquellos animales encantadores que, de cuando en cuando, "en bruto", aparecen en las referencias del folclore. Los llamados "animales agradecidos". El asunto se complica cuando alguien como George Bernard Shaw, en *Androcles y el león*, deja que éste valse con aquél. El león cede a la estupidez, pero permite a Androcles justificar su decisión de ser cristiano y no esclavo.

Santiago, 3/9/1991

Suiza, ¿un país ideal? ¿El asiento de la felicidad humana? Aceptemos que no hay allí violencia militar, pero el comportamiento ciudadano con respecto al dinero, puesto en los Bancos, merece una crítica brechtiana. Suiza emplea su neutralidad del mismo modo que la Iglesia se vale de las reliquias. ¿Una existencia normativa y polifuncional, con miras a tener fe en los gobiernos y en sus relaciones con la colectividad? Eso ocurre, también, en el termitero. ¿El reloj totémico? Idolatría *ex-hypothesi*. Isaiah Berlín vio en los relojeros suizos (y en los campesinos alemanes) un "material humano muy poco prometedor".

Santiago, 4/9/1991

¿Qué hubiera ocurrido si el mecanismo de ruptura hubiese funcionado en Yugoslavia antes de la muerte de Tito? Él dijo una vez que no se bromeaba con la revolución. ¿Qué decía, en puridad? Hay un ensayo de Sartre ("Falsos sabios o falsas herejías", en *Situations vi*) en donde se explica que la "herejía" de Tito ante los desbordes del estalinismo permitían hablar de un "traidor subjetivo", y recuer-

da que Marx tributa un elogio a la Comuna del 71, porque ésta no pretendía "la infalibilidad, atributo invariable de todos los gobiernos de viejo cuño", sino que iba haciendo públicos sus actos, "e iniciaba al público en todos sus desfallecimientos".

Hoy los estallidos de las etnias, deseosas de recuperar el carácter tribal que las definió en edades muy remotas, provoca la ilusión separatista. Si bien la suerte parece estar echada y el azar fue abolido, ¿no habremos de ver, como parece suceder, un retorno de la invasión de Europa por los bárbaros, como en el siglo v? ¿Retornaremos a definirnos por un sistema de marcas como en la Edad Media? ¿O acaso se trata de una pasión política disfrazada de nostalgia de los valores de la horda?

Santiago, 5/9/1991

El asunto de los niños felices. He leído a Laing y sé que creer eso, con una familia que organiza la mente de los hijos, es un imposible lógico. Es un mito alevosamente urdido por los adultos. Se me viene a la memoria el libro de Roger Nimier, *Les enfants tristes* (1951), que encantaba a Martín Cerda. Y a Oskar, el niño vitricida de *El tambor de hojalata*, de Grass. Ser niño solitario es una experiencia asfixiante, un temprano avance del primer robinsonismo de la vida de cada cual.

Una lectura muy atenta (y dolorosa) de *Niños tristes. La depresión infantil*, por el psicoanalista francés Jean-Claude Arfouilloux. Me salta a los ojos la espléndida frase de André Breton: "Es verdaderamente como si me hubiera perdido y de repente llegara alguien a darme noticias mías".

Santiago, 6/9/1991

Vi a Z. Él no pierde ágape ni recepción. Se trata de alguien que es una estrella de tercera magnitud. Fastidioso y equívoco parece reflexionar, a menudo y sin éxito, sobre él mismo. Me recuerda a un personaje de Henry James (en *El sitio de Londres*). Se ocupaba en hacer nada, ejerciendo con virtuosismo tal oficio con una especie de elevado nivel artístico.

Santiago, 7/9/1991

Notable retrato moral de Mijail Bakunin por Isaiah Berlin (*Pensadores rusos*). Habla de la fascinación que aquel ejercía y lo confuso y extenuante de sus "ideas" políticas y filosóficas. Se trataba de un agitador nato, "con suficiente escepticismo de sus sistemas para no dejarse engañar por su propia torrencial elocuencia. Su *métier* era dominar individuos y arrebatarse asambleas: pertenecía a esa extraña clase, por fortuna no muy numerosa, de personas que logran hipnotizar a otros para que se entreguen apasionadamente a ciertas causas —de ser necesario,

matando o muriendo por ellas— mientras que ellos mismos permanecen fría e irónicamente conscientes del hechizo que ejercen”.

Santiago, 8/9/1991

Picasso, hacia 1912, sueña con el Ojo. Quiere descongelar la mirada y volverla profunda en sus cuadros. Ha conocido las máscaras *wobé* y encuentra en ellas los célebres ojos cilíndricos que prodigara, de ahí en adelante, en su pintura. Lo advirtió D.H. Kahnweiler (Cfr. Brassai, *Conversaciones con Picasso*, 27 de noviembre de 1946).

Santiago, 9/9/1991

Gorbachov y Yeltsin dicen que necesitan miles de millones de dólares para ordenar el país total. Se habla de un Plan Marshall para la ex Unión Soviética. Veo en televisión un parque de estatuas caídas, entre ellas la del fundador de la KGB. Lo primero que hacen los revolucionarios es derribar las estatuas que son los símbolos del Antiguo Régimen. En los días de la Revolución Francesa, quitando las estatuas de los reyes y descargando la ira pública sobre ellas, se trató de exorcizar el sistema como tal. Sin embargo, en el yerro se halla la parodia: sacaron las estatuas de los reyes y profetas del Antiguo Testamento que había en el frontis de Notre Dame. Creían que se trataba de una progenie de Capetos.

Por el momento los soviéticos deberían tener imágenes en claroscuro de uno de los símbolos absolutos de la crueldad del poder que viene desde los tiempos más lejanos: Prometeo, encadenado en una gran roca del Cáucaso, el primer Gulag, alimentando con su hígado a un buitre que va a roerlo por la eternidad. Sin coacción alguna, él entregó a los hombres la luz (la inteligencia, el saber, el conocimiento). El castigo fue debido a la concepción de un “sí” auténtico, el que permite abrir el camino de las preguntas.

Me imagino que en todos los países que rechazan el socialismo habrá de levantarse mañana el monumento al Ciudadano que Cayó por el Mañana. Fue el hombre representativo que construyó el mundo de mañana, aceptando privaciones, para crear lo nuevo. Es el operario de la faena de lo absoluto, el que ama las creencias y puede morir por ellas.

Ya veremos.

Santiago, 10/9/1991

Me regalan una novela de Gustave Droz. El empaste es bellissimo. Un sepulcro blanqueado, pues no es otra cosa que un vil folletín. Algo antes de terminar el siglo pasado él era leído con frecuencia. Se le estimaba y conocía más que a Flaubert. Zola se irritó en una oportunidad y no trepidó en decir que todo lo de Droz era sólo *merde à la vanille*. Pienso que pudo decir *vanillé*, que quiere decir “aromatizada”.

Santiago, 11/9/1991

Actus me invito factus, non est meus actus. El patio 29 del Cementerio General contiene las víctimas de Pinochet. Ojalá a él pueda decirse siempre: *Absit*. Los mejores deseos de que se mantenga lejos, para felicidad de las personas normales.

Santiago, 12/9/1991

Doy con el retrato de Oscar Wilde vestido como la Salomé de su drama. Obsceno, cursi, ridículo, rompe la norma de la discreción que habrá de llevarlo a la cárcel de Reading (y a la gestación de su obra maestra: *De Profundis*). Henry James veía a Wilde como “un patán fatuo” y le irritaba cómo se colocaba la máscara del exhibicionista. Es todo lo contrario de James, pues a éste sólo le interesa ir borrando las huellas de sí mismo. En el notable libro de León Eder sobre James, se dice que odia la idea de que alguien trace una biografía suya y odia sentirse retratado en palabras como una figura de Sargent. Henry James por Henry James. Nada más. Eso es su vida.

Leo, en el libro de Eder, que una vieja amiga del joven James contó a éste algo relativo a Madame de Récamier. Al morir Chateaubriand, que fue su amante, la mujer no logró resignarse, pero sí pudo murmurar: “No quiero parecer pedante, pero ahora no deseo otra cosa que virtud”.

Santiago, 13/9/1991

Proyecto pendiente desde hace treinta años: leer bien a Robert Browning. Hay una estrofa suya que vale por las minas de Ofir: “Cuando estamos más seguros, surge un crepúsculo,/ la imagen de una flor, la muerte de alguien,/ un coro final de Eurípides,/ y con ello basta para cincuenta esperanzas y temores/ tan viejos y tan nuevos a la vez como la misma Naturaleza,/ que llaman y golpean y entran en nuestra alma,/ se cogen de las manos y danzan, rueda fantástica,/ en torno al viejo ídolo, en su base de nuevo:/ ¡El Gran Acaso!”.

Más sobre Browning. Fue a casa de lady Airlie con el fin de oír a Browning, leer sus poemas, “con el consuelo de descubrir que, al menos, si uno no los entiende, al parecer él los entiende menos”. La crudeza y malignidad continúa: “Los leyó como si los odiara y quisiera moderlos para hacerlos añicos”.

Santiago, 14/9/1991

No levanto cabeza. De lleno en el libro espléndido de Isaiah Berlin, *Pensadores rusos*. Los ensayos sobre Tolstoi son esclarecedores. Me llama la atención el modo de tratar el tema de las relaciones entre la historia y las novelas en las cuales se usa “concretamente” los asuntos históricos (*La guerra y la paz*, por ejemplo). Se refiere a las utopías rusas del siglo XIX, lo cual complementa cuanto viera Berdiaev en sus libros.

En los días que corren el asunto de la ex URSS se convierte en un debate puramente económico (¿cuánto y qué le toca a cada cual en el reparto?). El pragmatismo les ha de permitir, presumiblemente, obtener los créditos externos para evitar la inanición colectiva.

¿No resulta extraño, hoy, recordar que mucha gente sostuvo que la barbarización asiática pasaría a llevar al mundo entero? Ya se veían muchos arrastrados del cabello por un tártaro montado en un caballo del Paleolítico, o a lomo de camello, rumbo al harén. Decían que habría de ocurrir antes del 2000. Bertrand Russell explicó a *lady* Ottoline Morrell sobre lo aterrador que resulta aceptar que el despotismo bolchevique tal vez fuera el tipo de gobierno más adecuado para Rusia. Agregó significativamente: "Se puede entender esto si se pregunta cómo gobernar a los personajes de Dostoiewski".

Días lentos y solitarios. Miriam en misión. Curaçao. Lo único que se me ocurre pensar, en procura de que el tiempo se vaya rápido, es que Unamuno aprendió "papiamento", el idioma de la región. Ignoro con qué propósito, pues también se las arregló para entender el danés con el fin de leer sin demora, punto por punto, a Sören Kierkegaard.

Santiago, 15/9/1991

Belinsky "inventó" a Pushkin. Lo convirtió en "la" estrella de primera magnitud que presumiblemente era, y supo mirarlo con éxtasis creciente. Tuvo en ello razón y pudo fundar su juicio en la verdad. Con pasión descubrió la gravitación universal de la idea pushkiniana. Los once ensayos célebres de Belinsky "son" el acta de existencia del escritor. Pushkin no agradeció la exaltación que hizo de él y habló de su escoliasta considerándolo un tipo "estrafalario", que, por alguna razón extraordinaria, "parece adorarme".

Santiago, 16/9/1991

Corot solía decir: "No tengo más que una flautita, pero trato de dar la nota justa". Así sé que es mi escritura. Corrijo, en ausencia de Miriam, mi "Diario" e imaginó el día "primordial" de ella en ese mundo. Se trata de lo escrito en el período 1939-1951. Corto sin piedad, tijereteo, engomo, convierto veinte líneas en dos. Páginas enteras al tacho. Logro mofarme perfectamente de un orden de melodrama, sin quitarle el bulto a los falsetes de tono. No me excuso por retocar la sintaxis, adecentar la puntuación o quitar adjetivos.

Santiago, 17/9/1991

Veo a unos muchachos, no tan pequeños, que saltan en unos patines más bien monstruosos, golpeando en las solcras, cayendo en los antejardines, aterrizando en los bancos de piedra o en los arriates, todo lo cual les permite tomar un impulso, quebrando el ritmo natural del "vuelo" y, a veces, eludir el vehículo o

algún desdichado que se les vienen encima. Vi hacer lo mismo, hace unos meses, en París: los predadores caían duramente sobre las escalinatas del Museo del Hombre y se podía apreciar en ellas el efecto del acto continuo e inmoderado.

No olvido mi infancia, quizás tan llena de restricciones, pero no sin una dosis abundante de la misma imbecilidad de estos primates. El problema fue definido alguna vez por Georg Simmel quien se refirió a la imitación como esa hija que el pensamiento tiene con la estupidez.

Santiago, 18/9/1991

Ya no hay esas absurdas "retretas" de provincia, en este día. Los músicos iban a tocar pasodobles y rumbas ante las puertas de las casas de los que se hacían llamar "connotados vecinos de la localidad". El feísmo de las "Fiestas Patrias". El ojo sin tacha del conde de Keyserling vio algo de esto como una muestra criolla del horror goyesco, carente de toda "simpatía". Es el grito de Dionisio, ebrio, en absoluta crisis antropológica, llorando a lágrima viva, embarrado hasta el tuétano y bebiendo tiritón el vino de las Glorias de Chile.

Santiago, 19/9/1991

¡Parada Militar! ¿Para qué? Toda la fanfarria y trompetería del silabario cultural. "¿Adónde vas, dijo la Fama?" Respuesta: "¡A ninguna parte! ¡No hay lugar alguno adónde ir!". Leo un párrafo interesante de una conversación de Henri Matisse con Brassai (20 de diciembre de 1946). El pintor le explica: "Hasta ahora no me han surgido los recuerdos de mi viaje a Tahití, de hace quince años. Me han venido en forma de imágenes obsesivas: madréporas, corales, peces, pájaros, medusas, esponjas... Es curioso que todos estos hechizos del cielo y del mar no me dijeran nada al volver... Vine de las islas con las manos absolutamente vacías... Ni siquiera traje fotos..., y eso que compré una máquina muy cara. Pero allí dudé: 'Si hago fotos de todo lo que vea en Oceanía —me dije—, no veré en adelante más que esas pobres imágenes. Ya las fotos me impedirán probablemente trabajar en profundidad...'"

Creo que tenía razón. La fotografía tiene que ser el auxiliar de vuelo, no el piloto. Es muchísimo más importante embeberse en las cosas que desear, de momento en momento, atrapar las astillas de lo vivo. El "irreparable ultraje de los años" (Racine, "Atalia"). "Cuando nos miramos en un espejo vemos trabajar la muerte dentro de nosotros, como las abejas en una colmena" (Jean Cocteau).

La magia pura en el preludio del tercer acto del "Orfeo", de Gluck.

Santiago, 20/9/1991

Preparación de la clase sobre *José en Egipto*, el libro de Mann. ¿Es que Dios, en un momento, se ausenta del acontecimiento de José? ¿Acaso se halla disgustado emocionalmente y se entrega a uno de esos actos en los que Sören Kierkegaard ve

una de las "suspensiones teológicas de la moral", lo cual habría de permitir que José viva para encontrarse siempre en situaciones límites?

Debo mencionar en la clase los cuadros y dibujos de Rembrandt relativos al tema de José y sus sueños, José y la mujer de Putifar. Aún más: referirme al conjunto de observaciones, a menudo brillantes, tomando pie en el *Midraj* y en las enseñanzas talmúdicas, por Elie Wiesel en su libro *Celebraciones bíblicas* (pp. 135 y ss.). Muy brillante enfoque de Wiesel que lo lleva a formular con carácter de hipótesis, pruebas y descargos acerca del "hombre justo". Ver el capítulo de la "Celebración..." que se llama "José o la educación de un Justo".

En la televisión, una muy buena acogida a Dizzy Gillespie y su conjunto. El sonido es como la invención de un país fantástico. Dentro de él circulan, entre el presente y el pasado, algunos de los hechos de nuestra propia vida.

Santiago, 21/9/1991

Volver, otra vez, sobre un tema de Jules Gaultier. Todo ser humano suele relacionarse a veces consigo mismo mediante el empleo de mecanismos "bovarísticos" (véase Aldous Huxley, *Fines y medios*). Éste redefine el asunto apuntando a la idea de que el ser humano suelta su yo de tal modo que ve distinto de lo que "es en realidad". Si representa un papel es el que corresponde al hombre que es lo que él cree que es. Se construye el juicio sobre su yo a partir de una jerarquización consentida y convierte su conducta en teoría de la vida.

Santiago, 22/9/1991

Esa rubia debilidad. La película se llena de dulzura con el sonido que arranca del saxo invisible de Stan Getz. En él se marca la cuantía de la pasión histórica de los personajes de la comedia. Extrañas nalgas erguidas, desde el suelo, entre cima y sima, de Kim Bassinger en una escena. El texto es de Neil Simon. La muchacha levanta las posaderas como si quisiese dejarlas posadas para siempre en el Monte Ararat, un día después del término del Diluvio (había escrito *Delirio*) Universal. Se trata de una forma del culto del cuerpo. De una forma en progresión. Ya lo dijo muy bien una vez Edgard Degas, hablando a una de sus modelos, que aspiraba a dejarse de las tonterías del símbolo que el modelo comporta: "Eres un caso rarísimo: tienes las nalgas en forma de pera".

Ya se vive el fin de Yugoslavia, roída por la pugna incivil del nacionalismo. En Ucrania comienzan a aparecer consignas antisemitas, lo cual no ha de extrañar, pues fue este territorio, en los días anteriores a la Revolución, en donde eran frecuentes los pogromos. Los armenios saben que son mayoría en Azerbayán (alrededor del 80%) y quieren tener el dominio total de la región. Quien haya leído el gran libro de Sklovski, *Viaje sentimental*, ha de saber que los armenios, cuando tenían el poder, mataban a los azarbayanos, los cuales, a su vez, cuando se hacían cargo del gobierno, les devolvían centuplicadas las muertes.

Al parecer Rusia no está dispuesta a seguir "en todo" a Yeltsin. Ya veremos

cuando el hambre deje de ser una abstracción y se añore la era de la abundancia relativa y de la seguridad social. La idea del capitalismo “próspero, enérgico y libertario”, del que alguien habló, no parece convencerlos en demasía, si es que dan en perder las llamadas “conquistas” del socialismo. Lo más grave es el retorno de los principios nacionalistas, con sus normativas arcaicas, buscando el privilegio del pasado que desean reconstituir, sin advertir que se trata del culto pasatista por las claves de las nostalgias.

Tengo la impresión de que la idea del hombre, de la libertad, de la masa, del fin de los despotismos son correctas como proposiciones de laboratorio, pero su puesta en práctica es muy otra cosa. Tiene que entenderse, de una vez por todas, que en las masas se oculta una legión innumerable de granujas y de logreros. Es preciso reestudiar en los textos clásicos el problema de la psicopatología de las masas, teniendo en cuenta los hallazgos iluminadores que van desde Freud a Laing, de Abraham a Lacan.

Sigo con *El populismo ruso*, el libro de Berlin. Allí se dice que lo de la “gran suposición apocalíptica” de quienes aspiraban en la segunda mitad del siglo XIX a cambiar la sociedad, eliminando la autocracia zarista, la explotación, la inicua inequidad, en las llamas de la revolución, suele ser una gran ilusión. Creían en una especie de mito pasional al que reputaban por un automatismo justiciero, al cual querían ver surgir “natural y espontáneamente”, proponiendo un “orden sano, armonioso y justo”, el que pronto sería un hecho en tanto, en el tiempo mítico, apareciera “la suave guía de los revolucionarios ilustrados”, quienes consolidarían la perfección en la armonía social.

Sin duda ese gran sueño utópico —según Berlin—, que se basaba en la fe como “simple regeneración humana”, habría de dar a los creyentes las pautas de “pecado, muerte y resurrección, del camino al Paraíso Terrenal”, siguiéndose por los hombres el camino verdadero, el cual se apoya, como siempre, sin retaceos, “en la imaginación religiosa de la humanidad”.

Santiago, 23/9/1991

A las 7 de la mañana, al levantarme, miro un dibujo a la pluma de Raoul Dufy. Es la maestría en el detalle lo que me conmueve. El movimiento del pelo delgado, liviano, aéreo, delgadísimo, de una mujer. Es *La toilette*, y el movimiento de la mano del peluquero inventa todo, como si Dufy se empeñara en descubrir el movimiento mismo.

Leo en el diario, con un profundo dolor, que ha muerto Carlos Ruiz-Tagle. Él ennobleció la risa y supo abrir los ojos siempre para ir de un lado a otro en ayuda del que sufría, consolando al desvalido u ocupándose de las desdichas de un amigo. Lo vi más de una vez, en un oficio de difuntos, rezar silenciosamente, con los brazos cruzados o poniendo las manos para ocultar el rostro, hasta llegar al instante de la comunión, en donde pedía por la salvación del alma del que se marchaba.

Parecía haber sido el que inventó la sonrisa. Alguna vez llegamos a competir por sacar cuentas alegres del caudal de "indulgencias plenarias" que teníamos acumuladas desde niños. Rió cuando le dije que el asunto de las tales indulgencias procedía de la noción de "impuestos exentos" en el Imperio Romano, durante los años iniciales de la era cristiana.

"Cada uno de nosotros es un reino dividido. Dios lleva a cabo la unidad en las postrimerías" —dijo muy conmovedoramente Julien Green. Carlos está ya en el Cielo, en el suyo, que debe ser como un pequeño pueblo de provincia en donde pájaros y ángeles aletean confundidos, alejándose de la jerarquía y acercándose a las copas de los árboles. Escribe, inclinado sobre el papel, y alegremente, el epílogo de su vida total.

Santiago, 24/9/1991

El general Contreras, jefe de Murder Inc., en la dictadura, ya está en prisión. Me alegra ver que la democracia no capitula totalmente ante un orden que se ensimismó en el culto de la muerte del Otro. Él tiene ahora las garantías que no concedió a quienes fueron víctimas del sistema que él ideó, pero a quien se le otorgó el poder para llevar a cabo el exterminio. Fue, quizás, el sujeto causativo de los desmanes, y disfruta del *habeas corpus*. Como él, Hitler y la pandilla se enorgullecieron de la ausencia de piedad. Lo cual no quita que sea bueno recordar que la CIA hizo lo suyo, con Bush, Landau y el muy siniestro Vernon Walters.

Santiago, 25/9/1991

Aparece *Lagar II*, de Gabriela Mistral. A veces ella retoma el pulso y en ocasiones lo pierde por completo. Hay poemas que se hallan a medio cocer, y otros que, sin más, son movimientos de la pluma o del lápiz sobre el papel. A veces el asunto se limita a un juego con tropismos. Sin embargo hay momentos notables en los que ella, sin la gracia pesada de la alusión cargada de un sí mismo reiterativo, se mueve dulcemente.

En "La remembranza", por ejemplo, no hay tanteo, ni la mano mora de Doris Dana, sino la conmoción de un juntar vida con muerte en el espacio natural del mito, que la va volviendo Anteo-hembra. Hay que leerla: "Como una isla cortada por tajo/ y que nos lleva consigo, recobro/ a veces un país que ya me tuvo/ sin veleidad de locas estaciones/ y el día no llamado que regreso,/ y la bandada como de albatroses/ de mis muertos me encuentra y reconoce/ y toma y lleva en río poderoso".

Santiago, 26/9/1991

Reviso mi *Diario. 1939-1951*. Chisporroteos constantes. Los años de aprendizaje, el uso del sílex. Mirada sobre la *tabula rasa*. Soy, en sus páginas, más bien un

inquieto del mundo. Fe sin pruebas. Fe del porque sí. Pavor de desear aprenderlo todo. Acedía. Todavía no hay fracasos ni adioses. Quiero pensar en una especie de único ruego tácito que formulaba a diario, antes de hallar ciertas líneas de Pascal: "¡Dios mío, Dios mío, déjame ser, con materiales toscos, pero ser!".

En ese momento el quehacer era el ser. Más tarde supe que el ruego podía ser parte del desconcierto del género humano. Wilde lamentaba, en la cárcel de Reading, Único Dueño de la Caída, lo difícil que era el conocimiento del mundo real. Delacroix se levantaba a las cuatro de la mañana para ver cómo desollaban a los caballos, con el fin de poder fijar en sus cuadros una nota realista, glorificando la más cruel de las realidades. La otra cara de la "Lección de anatomía". Al ver un Cristo de Grünewald supe cómo era, en verdad, el sufrimiento.

Santiago, 27/9/1991

Lectura de un hermoso texto inédito de Italo Calvino: *El camino de San Giovanni*. Es la infancia y los desasosiegos en las relaciones con el padre. La vida en un pueblo liguor, el fascismo, lo prohibido. Otros dos esbozos magníficos. Uno sobre el cine y la niñez. La mitología espesa de un mundo que permite fundar el "otro" conocimiento, el anómalo. Las escenas mágicas, el lenguaje misterioso en la comunicación del astro o estrella y el espectador infantil. El "afuera" y el "adentro", esas dos mitades capciosas del mundo. Lo último: un episodio acerca de París y el mundo que se abre al conocimiento mediante la observación de la basura. El desecho como afluente de la vida. El narrador es testigo que se convierte en absoluto.

Santiago, 28/9/1991

René Clair, quien no creía en la inspiración, acepta considerar a Gérard Philipe un actor inspirado. "En el transcurso de las distintas representaciones de *On ne badine pas avec l'amour*, a las que me fue dado asistir, difícilmente era el mismo. En el interior de una puesta en escena regulada al máximo y de la cual respetaba todos los datos, parecía improvisar lo que únicamente dependía de él, según su lirismo y su fantasía —escribe—. Por lo que se refiere al público, hacía de él lo que quería, hábil para satisfacer el deseo que de él emanaba, y del cual, con una intuición casi femenina, había notado el efluvio, o, por el contrario, atacándolo al revés, igual que un guerrero, doblegándole a su ley. Del tal suerte, en las películas, se imponía a los caballos que iba a montar. Caricias y firmeza hacían olvidar que nunca había seguido cursos de equitación. Fue un profesor de picadero quien me dijo que al verlo galopar era tan buen actor que le hace creer al caballo que es un jinete" (citado por Anne Philipe y Claude Roy, en *Gérard Philipe*, Gallimard, París, 1960).

Santiago, 29/9/1991

Disimulo los esfuerzos en esta etapa de la vida. Sin los clásicos gestos que pro-

porciona la idea de la dificultad. A veces me siento muy cansado, pero trato de mostrar interés por asuntos que no me conciernen o que se hallan encajados en el palo de mesana del barco. Sin embargo, no bien entro en conversación o abordo un curso en la sala de máquinas que es el aula, revivo. A los 64 ó 65, Josephine Baker, vieja como el pecado, hundida por la enfermedad, triste de vivir la pobreza a fondo, acibillada por las deudas, pisaba un escenario y se erguía; el rostro se le iluminaba, el cuerpo volvía a ponerse a punto. La grupa era el centro del universo y movía la pelvis como si hubiese inventado qué era moverse. Al bailar o cantar *J'ai deux amours* florecía en una eterna primavera y era ya definitivamente joven. Con gota, los dedos entumecidos e inútiles, presa del dolor más atroz, Renoir se acercaba al caballete, sonreía y comenzaba a ser feliz con la transparencia del mundo en la eternidad del cuadro.

Santiago, 1/10/1991

Por diecisiete años se coreó a voces, desde el Poder, que el país necesitaba reconquistar la dignidad que los políticos habían malbaratado. Se atribuyó a éstos la capacidad de saquear los caudales públicos, de "establecerse" mediante el recurso de fatigar las arcas fiscales. Todo era mentira. Los que entraron a saco en el patrimonio fueron ellos, los hombres de la dictadura. Crearon sociedades inexistentes, promulgaron leyes *ad hominem*. La rapiña quedaba así cohonestada.

Me permito recordar que los presidentes de Chile, por lo general, se mantenían con el dinero que poseían y solían terminar pobres de solemnidad el período en La Moneda. Aníbal Pinto solicitó a *El Mercurio* de Valparaíso que le permitiera traducir algunos folletines para así mantener a su familia. Montero, Ríos, González Videla (que no fue santo de mi devoción), Frei y Allende no usaron cazabobos para acrecentar su caudal.

José Victorino Lastarria, figura clave de la vida criolla en el siglo XIX, escribió al final de su carrera a un amigo: "Necesito trabajar mucho en los últimos años que me quedan de vida, para asegurar el porvenir de mis pobres niñas. Muerto yo, no han de tener quién las socorra, porque yo no he hecho en mi vida mal a nadie. Así, pues, no voy a descansar ni a escoger entretenimiento. La pensión de jubilado no me alcanza para vivir, y necesito trabajar como abogado, si no como minero, y, en último caso, como peón".

Santiago, 2/10/1991

Absurdo lógico: el Superhombre es visto por Suetonio y no por Nietzsche. Viene de las ideas eternas como quien procede de los hielos eternos. Como el australiano del glaciar, se reinstala en el mundo, en la cima de él, y es su doble anticipado, oscuro, feroz, transfigurado. Se duerme, como Rip Van Winkle, y despierta con la conciencia del fracaso, con la noción de la insuficiencia. Le irrita, como a Roquentin, meditar sobre la nada. Vuelve sólo para no ser vulgar. Se baña dos veces en el mismo río sin preguntarse: ¿y si esta vez caigo en los rápidos?

Santiago, 3/10/1991

Ionesco, ¿cómo es una pared sin oídos?

Santiago, 4/10/1991

Un moscardón confunde los vidrios de la ventana, que se halla cerrada, con el paisaje. Se lanza en procura del árbol, pero no halla la nervadura de la hoja del limonero o del cerezo. Tiene un punto de vista de lo real. ¿Y nosotros? Posibilidad de un relato jasídico. Tal vez tenga algo que ver con aquello que anotó Kafka en sus "Diarios": "A partir de cierto punto, ya no se puede volver atrás; ese punto es el que hay que alcanzar".

Premio Nobel de Literatura a la sudafricana Nadine Gordimer. Defendió más allá de la forma puramente política, una idea de la dignidad humana. Los personajes de sus libros (*Un mundo de extraños*, *La hija de Burger*, *Caprichos de la naturaleza*) ofrecen batalla al fascismo reencarnado en cada régimen separatista. En una de sus obras toma una máxima de Carlos Marx y le exprime el sentido de la historia y del mundo, con el fin de mantener vivas las esperanzas: "Sería muy fácil hacer la historia universal si la lucha sólo se emprendiera en condiciones de posibilidades infinitamente favorables".

Santiago, 5/10/1991

Obras hermosas y únicas: *El hombre del guante*, por Tiziano; *La coronación de la Virgen*, de Giorgione; *San Juan Bautista*, de Leonardo; *Endimión*, de Guercino. *Música para cuerdas, percusión y celesta*, de Bela Bartok; *Concierto para piano en sol*, de Ravel; el *Carnaval romano*, de Berlioz; el *Concierto para violín en mi menor*, de Mendelssohn; la *Quinta Sinfonía*, de Shostakovic.

Fotografía increíble del descubrimiento más reciente, el del hombre momificado que hallaron en un glaciar de Austria. Tiene 4 mil años, se halla momificado a 3.150 metros de altura, en el Tirol, cerca de la frontera italiana. Tiene a su lado un hacha de la Edad de Bronce.

Santiago, 6/10/1991

Surge en la noche, durante el sueño, repentinamente, un nombre de mujer, o quizás un apodo: "Hansi". Mucho después recuerdo que fue una camarera con quien Kafka tuvo una relación. De ella pudo decir, quizás antes de meterla de sopetón en *El Castillo*, evitando los cerrojos, que "regimientos de caballería completos habrían cabalgado sobre su cuerpo".

La obsesión de correr "perrunamente" en torno de uno mismo (Kafka). Los sueños, su irradiación. Se arrojan dentro de uno, se apoderan de nosotros y a veces nos tratan con enorme cortesía. En ocasiones nos anexan como si fuésemos un territorio vagamente balcánico. "Llegaron sueños, llegaron río arriba, suben por

una escalera a las paredes del muelle. Uno se queda, conversa con ellos, saben muchas cosas, lo único que no saben es de dónde vienen" (Kafka). En 1946, la revista *Action* lanzó una encuesta: "¿Hay que quemar a Kafka?". No sabían, presumiblemente, que los nazis ya lo habían hecho con la hermana del escritor y seis millones de judíos.

Santiago, 7/10/1991

Los ucranianos se excusan, hoy, por la muerte de miles de judíos por los nazis, con la anuencia de ellos o, si se estira la cuerda, debido a su afán de olvidar los deberes para con el prójimo en un alarde de oportunismo y vigor antisemita. Eran esos ucranianos sólo "excelentes tipos" que amaban el dinero y hacían alarde casi religioso del "¿y a mí qué?", como algunos millones de franceses en los días de Vichy, como legiones de croatas que, además, cobraban cuentas a los comunistas. Unos judíos más o menos —pensaban— no alteran la moralidad ni la situación de gente como la de esos lugares, que —como lo decían— no aspiraban a meterse en política.

Santiago, 8/10/1991

Un modo de mirar el mundo, en ciertos días. *A tergo*. Tranquilidad, reposo, la luz a manos llenas, ésa que entra por la ventana y lo ilumina a uno por dentro. La escena es cálida y muy bella. Me siento como un personaje feliz durante la puesta en escena. Después, la hermosura absoluta: el retrato de *Sor Angélica*, por Phillippe de Champaigne.

Santiago, 9/10/1991

A veces, haciendo guiños, la memoria se niega a seguir el razonamiento. Se pierden los hilos, se provoca el vacío en la campana neumática. Uno cree entonces que el vaso en donde dormitan las verbenas se trizó y el agua escurre. Perdemos una fecha, un dato, un nombre, la continuidad del argumento, y el manoteo se convierte en brújula. Hay que disimular y es necesario, en ese momento, procurar el jugueteo del circunloquio hasta que la memoria se encarrile adecuadamente.

Nuestra mente es algo así como una garza muerta en la orilla del camino. Bella y todo, en su gracia final. Nos toma el miedo. ¿Y si esto se volviera una constante? ¿Y si se repite, notándose mucho más, la fisura? *Pietà, ch'io non sia/ Senza voci e figure/ Nella memoria un giorno*. O sea, para traducir al poeta Salvatore Quasimodo, en *Airone morto*: "Piedad, que no me encuentre/ sin voces ni rostros/ en la memoria un día".

Pienso acerca de los prodigios del recuerdo. El país de la infancia es una forma, un color, un conjunto de piedras en la orilla del Salto del Laja, el cono del volcán, la sonrisa de una muchacha y esa fuerza del amor y del pasado que late

continuamente en los tangos de Homero Manzi, en medio de los magnolios y de las rejas, del espacio de los descubrimientos y la fe en la perennidad de las cosas de ayer.

Leo en un libro de Guéhenno: *Le vieux pays devient en nous une longue manière d'être, une mémoire, une certaine couleur et un certain chant continu de la vie, avec des éclats, des instants heureux ou malheureux, plus poignants et qui, brusquement ressuscités par le souvenir, nous bouleversent.*

Santiago, 10/10/1991

Los árboles y la pintura. Los del gran Derain tienen, por momentos, un desafío a la mortalidad; los de Vlaminck se pierden adentro del color. A veces, Dufy los pone a ocupar un espacio, dirigiéndolos hacia arriba por una suerte de juego de pequeños espacios disueltos. Los de Van Gogh llevan en el color un acento, un desajuste, una fuente de energía súbita.

Léger y los árboles. A veces los solía dejar crecer vivos y, en ocasiones, les permitía ser criaturas del mito. En no pocas obras, como ocurre en el óleo *Pueblo en el bosque* (1942), convierte al conjunto de árboles en un espejismo que oculta al árbol para dejar que su lugar ficticio, su espacio, sea ocupado por una sucesión de formas geométricas.

Nunca he dejado de pensar en los olivos de Derain, que tienen una propensión a crecer como ancianos en procura de la comprensión radiante de su estado, *hic et nunc*. Sin embargo, Léger da pautas para creer en troncos de olivos, muy próximos al espíritu del Laoconte, ofreciendo el símil de un grupo de serpientes anudadas entre sí, dispuestas a devorarse.

Léger confiesa que "siente" los árboles, en su más pura forma animal, y cree que los pájaros hacen sus nidos en las ramas porque les son afines. ¡A pintarlos, entonces, sobrecogidos por las dificultades, arrobados en la duda, en medio del gran desplacer del conocimiento como un absoluto!

"Recuerdo un reflejo de luna sobre chopos derribados —escribió una vez—. Era horrible, diabólico. Parecían animales masacrados. Había ramas que gritaban. Otras veces, por el contrario, ¡poseen tal serenidad! Pero en todos los casos, para mí sólo tienen valor sin hojas".

Le ha de resultar siempre imposible pintarlos tales como él los ve. Le asusta salir a campar en la liza sabiendo que pueden desbordarlo, zumbando a su lado, multiplicando los colores y los matices, a modo de lanzas de viejos lansquenets, echándose a brillar sin renuencias.

No concibe que pueda llegar a darse una lucha por captar su expresión más allá de la que exhiben. No puede vencerlos, ni siquiera es posible que los ensimisme, quitándoles la oportunidad de alterarse al alterar el paisaje, en el clima del orden puramente mental. Lo grita: "Sé de antemano que llevo las de perder". A veces, son sólo virulentos alcances de un yerro, de una descomposición del día y de la noche, meros ensayos sobre el tema.

Miriam tomó una fotografía del cerezo del patio. Ya no veo el tronco, esa pulida forma absoluta que aspira a graduar un todo, como si tuviese el carácter de la piel de un paquidermo joven, o las heridas cerradas de una continua laceración causada por los vientos y las lluvias, tomando como punto centro una escoriación mayor que lo define. El blanco de las flores ilumina el día y, cuando éste termina, me acojo al sagrado de la pieza, en donde, justamente frente a la cama, una pared entera decide a mostrar una reproducción de Van Gogh, aquel almendro florido que ejerce su imperio teniendo por fondo viviente un azul absoluto del cielo. Como parte del color (azul), como parte del cielo (rito). Metido en la calma, duermo.

Santiago, 11/10/1991

Hay quien, por estos días, admite que la voz "mito" es sólo un equivalente a "patraña" o "mentira" (aun sin postular la carga moral o la infracción al código que pueda tener esta acepción). Me interesa tener en cuenta que en todo mito verdadero subyace algún saber remoto y profundo, un remanente de las cosmogonías. Es un "¡tégase presente!" que la historia se encarga de ponernos ante los ojos, a cada instante.

Cito una nota de Ortega y Gasset en su libro sobre Toynbee (*Una interpretación de la historia universal*). Al pie de una página dice que al aludir al mito del Diluvio se refería a un hecho de la tradición sumerio-acadia, y que llamar a algo "mito" no supone "que se le niegue un fondo de realidad", dado que nada se puede constituir en mito "si no lleva dentro la médula de una experiencia humana real". Al faltar ésta, no se trata de un "mito", sino de una tontería. Ortega habla del "profundo recuerdo que se inscribe en el alma de los pueblos".

Santiago, 12/10/1991

Anotación terrible que se registra en el libro de Cioran, *L'écartement* (1979), algo así como "El desgarrón" o "El descuartizamiento": "Quienes emplean la lengua de la utopía me parecen más extraños que un reptil de la prehistoria". Observo que en este libro la voz más empleada es "repugnancia".

Santiago, 13/10/1991

Lo último que anotó Victor Hugo en su "Diario" (*Choses vues. 1870-1885*) fue: *Aimer c'est agir*. Antes, la fecha de la única página del diario en ese año: 19 de mayo de 1885.

Santiago, 14/10/1991

Sobrecogimiento y respeto en el momento de revisar viejos diarios. Por ejemplo, *El Mercurio* y la noticia de la llegada a Valparaíso de la fragata "Beagle". En el

interior viene un hombre muy joven que se llama Charles Darwin. El relato de un periódico de Provenza, en Francia, en donde se cuenta acerca de un loco (Van Gogh) que causó escándalo luego de ir por allí aullando, tras cortarse una oreja con una navaja.

Otra, más grata, de primicias: el 1 de septiembre de 1862, en la Comédie, se presenta por primera vez al público francés "la señorita" Sarah Bernhardt. La crítica de Sarcey dice: "La señorita Bernhardt, que debutó ayer en *'Ifigenia'* es una personita alta y bella, de elegante figura, de fisonomía muy grata, cuyo rostro, sobre todo, es notablemente hermoso. Se mueve y pronuncia con perfecta nitidez. Es cuanto puede decirse en este momento".

Santiago, 15/10/1991

La obsesión del ojo. Antonio Machado se refirió a él en *Proverbios y cantares*. "El ojo que ves no es/ ojo porque tú lo veas;/ es ojo porque te ve". O bien este otro: "Los ojos porque suspiras,/ sábelo bien,/ los ojos en que te miras/ son ojos porque te ven". Del ojo pasa al espejo, lo cual despersonaliza —o dobla— la mirada. Al duplicarla la convierte en un código que enjuicia el ojo propio: "Más busca en tu espejo al otro,/ al otro que va contigo". Más allá se enrosca el cuernito freudiano: "Ése tu Narciso/ ya no se ve en el espejo/ porque es el espejo mismo".

Santiago, 16/10/1991

En los pliegues de la memoria, sobre la página en blanco, un recuerdo de Martín Cerda. Sentía, entonces, la verdad de la terrible frase de Max Horkheimer (*Apuntes*. 1950-1969): "Los pobres clarividentes que bajan a las catacumbas". Me lo dijo una vez, dos, cinco, hace unos años, al regresar de Venezuela por última vez. Tenía unos enormes bigotes que se parecían a la de esa calavera con bigotes que pintó José Guadalupe Posada, el mexicano. Le hartó un Chile lleno de "tullidos del pensamiento". Fuera de quicio, moviendo la mano y arrugando el espacio que se halla entre la nariz y el labio superior, decía: "Santiaguito es una ciudad sin arriba ni abajo. No tiene un sedimento de la lógica que mueve a los seres humanos. No es más que un vertedero. Y en medio de todo, el terrorismo infundado e incoherente de los espirituelos que se atienen a las normas del atolladero". Otrosí: "Este país no puede ser refundado sin el pensamiento. Debe trazarse pronto desde el pensamiento". A Martín le encantaba, como buen orteguiano, jugar y juzgar mediante el uso pendular de las preposiciones. Una utopía posible del chileno: "Todos estamos de acuerdo. No hay enemigos".

Santiago, 17/10/1991

Miro un volumen de grabados y de pinturas de Goya, y me detengo ante uno que se llama simplemente "Por casarse como quería". Se trata de los modos que el

pintor tiene para expresar crudamente las gradaciones del sufrimiento que adelgaza una tela, la de hombre o de mujer, o la de ambos a una.

Me detengo, por milésima vez, ante el atroz cuadro de los fusilamientos de mayo, y recuerdo que he estado allí, en Madrid, dando vueltas en las proximidades del lugar de la ejecución: la montaña del príncipe Pío. En seguida, mentalmente, cruzo la calle y voy a la iglesia de San Antonio de la Florida, en donde se halla la tumba del pintor, y los frescos, en donde, luego de escoger entre horteras, carreteros, prostitutas, mozas del partido, arrieros, lavanderas y buscones, los metió a todos al cielo, convirtiéndolos en santos, vírgenes y hombres piadosos, *troupe* de la vida de San Antonio.

No olvido el pensamiento de Rilke: "¿Cómo consigues, con cualquier atuendo o máscara, ser de verdad?".

Santiago, 18/10/1991

El catedrático como *axolotl*. Los signos de la profundidad germánica en el Instituto Pedagógico, alrededor de 1955 ó 56. ¿Quién trajo las gallinas? Pusieron (Gonzalo Rojas *dixit*): "Huevos husserlinos". Viven en el museo de la verdad absoluta, esa variable de la memoria maltrecha. Renunciaban a todo por ceder a la tentación del saber puro. ¿Qué es eso? Agrado de leer hoy, en una apostilla autobiográfica de Erwin Panofsky, en el cierre de su hermoso libro *El significado de las artes visuales*: "Desgraciadamente la lengua alemana permite demasiado fácilmente que una forma de pensar vulgar se agazape tras una engañosa cortina de aparente profundidad". Confiesa con humildad que en Estados Unidos él debió "ceder" para ceñirse a una expresión inteligible, dándose cuenta, "no sin asombro", de que ello era posible.

Santiago, 19/10/1991

Me he puesto a pensar que, en la infancia, me convertí en banquero de mí mismo, velando al Santísimo a cambio de un sinnúmero de indulgencias plenarias. Eran los billetes para una especie de Banco del Espíritu Santo. Ligar la religión con la idea de beneficio resulta tan absurdo como suponer que la riqueza tiene algo que ver con el misticismo o con la virtud. Sin embargo me resulta imposible negar que fue en la Iglesia en donde aprendí mis primeras nociones de intercambio, en una economía ligera que era servido mediante pagarés de la Culpa (por la Caída, término que servía tanto para lo del 29 en los Estados Unidos como para lo relativo a Adán y Eva).

No es extraño que hoy, en el libro de Panofsky encuentre una parábola muy útil para "entrar en el sistema" —como ahora suele decirse—: "El que toma un dólar de papel a cambio de veinticinco manzanas realiza un acto de fe, y se somete por lo mismo a una doctrina teórica igual que hacía el hombre de la Edad Media que compraba una indulgencia".

Santiago, 20/10/1991

Leo una serie de estadísticas. Se encuentran en la extrema miseria más de la mitad de los habitantes de América Latina y el Caribe. El mapa de la riqueza alcanza, al parecer, a un 8 ó 9% de nuestros congéneres. Se trata de quienes viven como potentados en un mundo en donde ya la piedra del escándalo cuelga muy pesadamente del cuello.

En cuanto a la depredación (narrada en el cine mediante la asunción del mito en una película muy bella de Herzog, *Fitzcarraldo*) y la tala de bosques, el azote de las represas que privan del agua de riego a las tribus amazónicas, los atentados de la lepra industrial o la lluvia ácida se van aliando con el dato más concreto, perfecto como una obra de arte: cada año arrojan al mar nada menos que millones de toneladas de basura.

Santiago, 21/10/1991

Sesión. Rosita Aguirre. La terapia que no debe ser dejada, aunque ceda a la vaga tentación de pensar que está bien. Lo cierto es que nadie está bien. Puede estar "más o menos" o "un poco mal". Son los términos de aproximación en lo relativo a la mente humana y al comportamiento. Extensa conversación sobre el ojo, la mirada, las máscaras. ¿Obsesiones o qué? Tengo a mano una ficha en la cual anoté, hace treinta o más años, cuando leía a H.R. Lenormand (*El devorador de sueños*, 1922): "Se tapaba los ojos interrogando al espacio".

En las conversaciones cotidianas, saltan los términos: "¿Viste?". O la expresión inglesa: *You must see that!* Tener presente que en español antiguo, la "invidia" es algo parecido al "no ver bien algo" (*invidere*). Mirar es una forma del "verse". Paul Valéry, en *La Joven Parca*, se refiere al "viéndose ver". Topología: el terreno que (pisa) (mira) el ojo. El valor de cuanto se elimina al ver. Y más, la supresión, el hueco, lo tachado en la página. La elipsis. También el ojo tacha al omitir, seleccionar o engendrar una imagen por recomposición de las formas en la mente, una vez enviada la señal por el ojo. La apariencia y la esencia del objeto (ver: Jacques Lacan, "Seminario 11, vi", "La esquizia del ojo y de la mirada").

Más de Lacán: "El apetito del ojo que hay que alimentar proporciona el valor del encanto de la pintura. Esto hemos de buscarlo en un plano mucho menos elevado de lo que se supone, en lo que pertenece a la verdadera función del órgano del ojo, el ojo lleno de voracidad, el mal de ojo" (Lacan: "Seminario 11, ix"). El fragmento titulado "¿Qué es un cuadro?").

Remitirse a Diderot, concretamente a la *Lettre sur les aveugles à l'usage de ceux qui voient*. La paranoia "visible" en el "Informe sobre ciegos", de Ernesto Sábato. El apólogo probable de Zeuxis que crea uvas perfectas en la pintura. El ojo de los pájaros es "engañado" (Lacan, "Seminario 11, viii"). Sin embargo los rostros hechos de frutas y hortalizas por Arcimboldo (observaciones agudas de Barthes) no engañan a nadie, como tampoco la canasta con uvas que reposa muy activamente en un cuadro de Caravaggio, el *Bacchus* de los Uffizi.

Otra ficha que guardé azarosamente, sin pensar en su uso posible, en el año 1954, corresponde a una indicación de Nietzsche: "No observar simplemente por observar. Esto proporciona una falsa óptica, induce a caer en determinados *tics* y lleva fácilmente a la exageración. Vivir lo que fuere sólo por 'querer' vivirlo es impropio. No está 'permitido' durante el acontecimiento mirar hacia uno mismo. Toda ojeada se efectúa entonces 'con malos ojos'. Un psicólogo de nacimiento se guarda por instinto de mirar para ver. Confía en su instinto, en su *cámara oscura...*".

Santiago, 22/10/1991

El ojo me espolea. Me conduce de sopetón a un recuerdo del Louvre. Observo detenidamente la lápida del Rey Serpiente (Primera Dinastía, 2.800 años antes de Cristo). El dios-rey egipcio en figurita de halcón. El prestigio de la situación, sin el patetismo de la vida del espíritu, para situar halcones y serpientes. El *homo faber* egipcio desaparece, no deja huellas de sí, como solían hacerlo, no desmayadamente, el escriba, el mayordomo, el sacerdote, el contable (José, por ejemplo, en la historia económica del Egipto Medio).

Ayudo al ojo para que salga alegremente del atolladero. Mirar es modificar, sin poner los asuntos patas arriba. Lo primero, situar el punto de referencia. Cézanne dijo: "La naturaleza está en el interior". Me pregunto: ¿es o está en ese interior? Noticias del objeto puesto en la mira. Paul Klee habló acerca de cómo la mirada "imposibilita" el conocimiento global de los árboles en el bosque. ¿Adónde están los *verdaderos* árboles a los cuales deseamos remitirnos? ¿Se hallan en el ojo, de paso, o en el bosque, con permanencia hasta el día en el que un hacha se enseñoree?

La codicia de los ojos, que el apóstol piensa como mera concurrencia en la vía de lo concupiscente. Rodin habla del "ojo injertado en el corazón", el cual ha de leer profundamente en la naturaleza. Materia o memoria del ojo, ¿es acaso el objeto que está ahí el que mide el comportamiento del contemplador que desnuda en la mirada el "en-sí"? Nietzsche dice que nosotros "sentimos con abstracciones". Si el ojo forma el rompeolas del afuera y lo afirma como una enorme posibilidad de la interiorización, ¿todo es uno en la dualidad Hombre y Naturaleza? ¿El fingimiento no es más que una forma simple?

Santiago, 23/10/1991

Releo a Ortega y Gasset. Es como asomarse a un pozo del uno mismo. Con mi amigo Martín no había un buen año sin las mieles de su panal. En un día en que un mozo aventaba con una pala la espuma de la cerveza, en 1955, estábamos pensando en qué nos decía el maestro de "Las Atlántidas". Llegamos a un acuerdo. Teníamos que tolerar, sin disimulo, la crítica del comunismo. Pensábamos que él y yo, hombres forjados en la crujidera como centro del torbellino del

mundo, necesitábamos “poner en aprietos” (la frase es de Martín) toda utopía, sin desprendernos de los azares de lo posible como teoría política.

¿Y qué nos decía Ortega y Gasset, a fin de cuentas? La época que comenzaba en la primera posguerra del siglo, hacia el tiempo de “la aceptación de lo real”, sea cual sea la ulterior resolución acerca de la realidad, y agrega que, por de pronto (lo destacado es nuestro) *se toman las cosas según son y no según deseamos que sean o creemos que deben ser*.

Conviene no entender todo ello como una forma del desdén hacia lo que debe ser, pero no es, y declara que se pretende significar “una enérgica pulcritud mental que repugna la confusión entre ello y lo que, en efecto, es”. La conclusión elude lo confuso y nos amonesta por ambicionar, como hombres, la puesta en juego de la “unidad espiritual”, si él entiende cabalmente que esa Humanidad “no ha sido ni es un hecho”.

Santiago, 24/10/1991

Voy a la iglesia de los italianos, en la calle Bustamante. Me interesa saber qué ocurre con los santos. ¿Acaso cada cual ora a los pies del que corresponde a su región, o, en tierra ajena, todo da igual? San Nicola di Bari, San Genaro, ¿no entran en desacuerdos? En verdad, están “raleadas” las imágenes, y nadie se va a las manos por quién reza a quién.

Unas viejas bisbisean y repasan el arcaico rosario. La oración reemplaza a los viejos comentarios sobre reputaciones, que oíamos de niño en las casas de los abuelos migrantes y de los tíos. Me parece más razonable esa costumbre que Ortega y Gasset descubrió en el Tibet, la de los monjes que confiaban en los llamados “molinos de oraciones”, que no se llamaban así por molienda espiritual alguna, sino porque dejaban al viento el encargo de rezar de continuo, sin paradas, con el fin de evitar el hastío o el cese de la plegaria, en horas matutinas o hacia la del Angelus. Los santos sirven ahora, supongo, para preparar en imagen la mesa sacra de la comunión de los santos.

Santiago, 26/10/1991

Obsesión de la máscara. Comunicada a Rosita Aguirre durante la sesión de hoy. La máscara, ¿un disfraz “para el yo interior”, como piensa Herbert Read? Leyendo, por otra parte, la *Historia del Mundo: Historia del Arte* (1975), por Dieter Jähnig, encuentro un capítulo magistral que me pone en situación: “De cómo se libera el arte de la metafísica en ‘El nacimiento de la tragedia’, de Nietzsche”.

“La máscara —leo ahí— no tiene, de origen, nada que ver con un portador que se oculta detrás o debajo de ella. En los jarrones griegos es frecuente encontrar representada una máscara entre dos personas, en forma de una cara grande (ya su misma magnitud impide que pueda superponerse un rostro), aislada e inquietante. La esencia de la máscara es ‘ser’ algo detrás de lo cual

sencillamente no hay *nada*. La máscara *no es otra cosa* que una mirada cómica o terrible”.

Me detengo aterrado. “La máscara —explica Jähnig— tiene el doble carácter no intercambiable de ser el *presente* de algo *incorpóreo*. En eso consiste (en el sentido arcaico de la palabra *Geisterhaftigkeit*) su ‘fantasmagoría’”. Nietzsche se va a ocupar en algo, al advertirnos que, en la disolución de la realidad de “la figura enmascarada” se oculta un pasar a ser “irrealidad fantasmagórica”. La clave se encuentra en esto último, a lo cual se llega por lo anterior. Pienso —veo, registro— el último proyecto plástico de Elena, aquella figura tendida, con máscara a la manera de los rostros de Di Chirico, posteriormente tapada por una sábana blanca. Es una anticipación del proyecto de su propia muerte, antes de estar tendida en la morgue. El equívoco: no quiso disparar en su rostro. Buscó el espacio en donde se ocultaba el corazón. La muerte como una máscara perpetua.

No se trataba de disfrazar o de encubrir algo. La muerte se preparaba como una obra, como un modelo, *in nuce*. Una conciencia ritual dionisiaca, porque Dionisos es, más allá de su iconología (vino, éxtasis, “salir de uno mismo”) el Dios de la máscara —según cree Walter F. Otto (*Dionisos*, 1933). La máscara no es —según la idea de Nietzsche— un “antifaz” y, por tanto, un “tapujo” (Jähnig), sino, por el contrario, “presencia pura”.

Uno abre una puerta, se aterra y vuelve a cerrarla.

Santiago, 27/10/1991

Me preocupa el conjunto de observaciones de monseñor Oviedo sobre la “permisividad” en el país. Se atiene al “expediente de una definición rigurosa de la desviación” (David Matza, *El proceso de desviación*, Taurus, Madrid, 1981). El concepto de huida de la norma o “desviación” es muy complejo. Los tiempos cambian y es preciso ir repensando lo que ocurre en el mundo no en términos de las costumbres o hábitos colectivos, sino en lo que tiene de búsqueda y hallazgo del Uno.

Hoy, sobre el sexo y sobre todo, se piensa desde una idea de la vida. Los modelos de comportamiento no son uniformes. Lo que ayer parecía una iconografía o una pauta sagrada ya es parte de una época. Recuerdo de qué modo se condenó a los jóvenes existencialistas de la década del cuarenta. París era, en verdad, poco menos que la ramera de Babilonia. Sartre era el Anticristo. Nadie se llama a rebato del escándalo por ese mundo que hasta llega a parecer una época blanca e ingenua.

No se trata de defender las larguísimas “vacaciones morales” que algunas gustan de tomar, ni el “blanqueo de la conducta”, pero no olvidemos que la ley aplicable a los católicos, atentos a la sana doctrina y a los mandatos y decisiones del Pastor, no tienen que consonar con la sociedad global. Conjurar, además, la *patología de la sociedad no resuelve los problemas de la sociedad*. Dejemos por un momento, en medio de más pecadores que justos, la espada ahorquillada del

Ángel del Exterminio. Lo de monseñor Oviedo debe hacernos pensar y distinguir, pero no es parte de una *ultima ratio*. Quizás convenga no olvidarlo.

Santiago, 28/10/1991

Relectura de los prefacios de las novelas de Henry James. En el interior del ejemplar que poseo de *Las alas de la paloma* hallo una antigua ficha sobre la obra de James, tomada de un párrafo de *El abominable hombre de nieve*, el libro policial de Nicholas Blake (Cecil Day Lewis): "Lo admiro como puede admirar un obrero portuario de Tyneside al Taj Mahal, creyendo a duras penas que una cosa tan complicada pueda ser realidad. Todos esos complicados estados de espíritu y parentescos que James describe son para mí como crear un drama de una simple ventolera. Lo respeto por eso. Hace tanto con tan poca materia".

Santiago, 29/10/1991

¡Al ojo, de nuevo! Edipo dice: "Yo inquirí y como nadie fue capaz de darme información, abrí ojos y oídos; yo vi". La referencia se halla en una excelente obra de Michel Foucault, "La verdad y las formas jurídicas". Y el agregado, más luminoso aún, da otra salida: "Utiliza frecuentemente el verbo *ouda*, que significa al mismo tiempo 'saber' y 'ver'... Edipo es el hombre que ve, el hombre de la mirada, y lo será hasta el fin".

Santiago, 30/10/1991

Hay un ánimo de predicción y un espíritu de postrimerías por todas partes. Algo similar a lo que sabemos por los historiadores que se refieren al Milenio. Se trata de una forma de pensamiento religioso acerca de la antigua inminencia sobre el fin de los tiempos. Los signos de lo que vendrá se ven en cada cosa, en la vida secreta de las naciones, en los actos mágicos, en los usos nuevos. Ya lo relativo a los anuncios de los diarios sobre las profecías de la Virgen de Fátima, con la "conversión de Rusia" al cristianismo, oculta lo que es otra cosa: su conversión al capitalismo.

Al gran Nietzsche, que muchas veces pensaba desde más allá de la raya, caminando alegremente, de modo compulsivo, sobre el filo de la navaja, le asombraba la melancolía de esas *construcciones hechas para durar*, que se aferran a los placeres remotos derivados del uso de las voces "eterno" o "eternidad". Sumer, Babilonia, Ur de Caldea, Grecia clásica, Roma antigua, el poder espiritual del Oriente árabe, el esplendor de Bizancio, todo, con el tiempo, queda en agua de borrajas.

Santiago, 31/10/1991

Leo que está de moda en Londres el acto colectivo llamado *acid parties*. En bodega

abandonadas los jóvenes bailan y se drogan. Me encantaría saber qué habría dicho de ello el gran Leon Bloy. Releo los *Proverbios Morales*, de Sem Tob.

Santiago, 1/11/1991

Lectura de *El sentido de la historia*, por Nicolás Berdiaev. Es un ensayista luminoso y apasionante, y su noción del cristianismo, un monumento de fe viva en la que pone constantemente la constancia de la razón histórica. Admite que nuestros yerros espirituales proceden de los puntos de vista que el siglo xvii tiene acerca de la metafísica y de la historia. Da en creer que ya en el libro del profeta Daniel se "siente" el proceso del destino humano, como "un drama que se encamina hacia un fin bien determinado". Si en la conciencia de los griegos dominaba "la concepción armónica de algo estable", no se pensaba la relación con el futuro, indispensable para llegar "al verdadero conocimiento del drama histórico". Los griegos no perciben la historia como un "drama de múltiples actos".

El concepto de "lo histórico" nos viene de los hebreos. Por ello —observa Berdiaev—, está firmemente convencido "de que la misión del pueblo hebreo había sido verdaderamente la de introducir en la historia del espíritu humano, una conciencia del proceso histórico francamente opuesto a la concepción cíclica, propia del espíritu helénico. La antigua conciencia hebrea había relacionado siempre el proceso histórico con el mesianismo, y es aquí donde advertimos la diferencia esencial que media entre la conciencia helénica y la hebrea".

La primera iría dirigida hacia el pasado; la segunda, hacia el futuro. Sabemos que el pueblo hebreo "vivía constantemente hacia el porvenir, esperando siempre una resolución del destino del pueblo de Israel. La conciencia hebrea no concebía el proceso histórico como un circuito cerrado. Todo cuanto pertenece al proceso histórico parece indicarnos que, verdaderamente, llegaremos a la resolución de la Historia y que ésta tendrá su fin en el futuro. Esta manera de concebir el proceso histórico la advertimos por primera vez en la conciencia hebrea, en la que aparece realmente la conciencia de lo histórico".

Santiago, 2/11/1991

Apoyándose en Schelling, Berdiaev dice que la Mitología es, en verdad, la historia inicial de la humanidad. Por ello "el valor religioso de los mitos y tradiciones no consiste en el material científico o histórico que puedan suministrarnos, sino en que nos descubren simbólicamente ciertos profundísimos procesos que tuvieron lugar más allá de nuestro *eón*, en otra realidad eterna y verdadera".

Santiago, 3/11/1991

Sobre el Cristianismo y el Segundo Adán, Cristo, y a propósito de la Redención, Berdiaev dice algunas de las cosas más bellas y trascendentes que yo haya leído: El

misterio de Cristo es el de "la unión recíproca entre Dios y el Hombre, y es el misterio del drama del libre amor. En una palabra es un mitologema". Ha de advertir, eso sí, que él no considera al mito "como algo opuesto a la realidad, como algo enteramente irreal, sino que, por el contrario, estoy convencido —anota— de que el mito nos señala una profundísima realidad. Y es así como este mitologema puede servirnos de verdadera clave para resolver el problema capital de la metafísica de la Historia".

En medio, ahora, de la maraña de problemas de la política internacional. Los bombarderos en Croacia alcanzan ya a los monumentos históricos medievales, a un patrimonio de la humanidad toda, pero ¿hay otro legado patrimonial mayor que el más miserable de los seres humanos? En Irán los ayatolas tratan de influir en el desacuerdo para que israelíes y palestinos, en lugar de llegar a acuerdos, se tomen de las greñas. Todo desborde anticipa el episodio feroz de la Guerra Santa que les parece normal a los fundamentalistas. ¿Tienen ellos derechos electorales, opinión válida, en los círculos políticos del mundo, en tanto no quieren la democracia, sino el "pensar" único, dirigido? El arsenal nuclear de Sadam Hussein, ese loco moral, permanece intacto. ¿Qué se busca en la espera de que él se anule a sí mismo? Está contra "su" lógica hacerlo. Cree que es un hombre que va a hacer la Historia.

Santiago, 4/11/1991

No es optimista Berdiaev en cuanto a su idea del socialismo. Tiene muchas reservas sobre él, casi tanto como las que no animan su mirada al capitalismo. Los considera pares y atentos sólo a una parte del asunto: el motor económico. Parece adelantarse a lo que ocurre ahora: "El socialismo que predomina en la época actual y que, seguramente, desempeñará un papel importante en lo sucesivo —dice—, será un rotundo fracaso. El socialismo llevado a la práctica será algo muy distinto de lo que pretende ser actualmente y, desde luego, no será ningún triunfo de los ideales socialistas. El socialismo pondrá en evidencia otros nuevos defectos, otras contradicciones íntimas de la vida social del hombre y que hará imposible la resolución de los problemas creados por las tendencias socialistas y socializantes".

Su comentario acerca del sentido de la llamada "civilización industrial-capitalista", tan lejana de los valores del humanismo en sí, se nutre del "exterminio de la espiritualidad", negando básicamente los valores de la solidaridad, del bien social, del desasimiento de los bienes, del amor al prójimo. Es una civilización mecánica —dice— y, además, "antipsicológica", pues ha de crear sólo "el reino de la ficción, la mecanización, el tecnicismo y el maquinismo de esta civilización". Todo ello resulta profundamente contrario al "organicismo, al cosismo y al espiritualismo". Y agrega: "No son los mecanismos de la economía los que son ficticios, puesto que la economía y la economía política tienen sus fundamentos bien reales y en el hombre existe realmente el imperativo del desarrollo económico. Lo que transforma la economía en algo ficticio y mecánico es la desespiritualización de

los principios económicos y la creación de estos principios en fundamentos primordiales de la existencia”.

Santiago, 5/11/1991

Apareció mi libro *Fuera de Ninguna Parte*, mi *Diario 1990*. En la portada un hombre hueco, el esencialista alarmado, el mono de alambre que preside el mundo rembrandtiano de ese rojo que adoraba Visconti en el cine. Se trata de un río nuevo que se desborda. Del yo convertido en objeto espectacular y en minucioso héroe minúsculo de los actos de mi propia vida.

Sigo con Berdiaev. La predicción y el ímpetu profético lo llevan a dar un juicio que es, al mismo tiempo, fruto de la sabiduría de la *doxa*. “La barbarie que nos espera —exclama— será un producto de la civilización, una barbarie que olerá a máquina y no a selva. Será el triunfo de la barbarie contenida en la técnica misma de la civilización. En la civilización se agotan las energías espirituales y se apaga el espíritu, esta fuente verdadera de cultura. Y entonces, el espíritu humano, en vez de estar dominado por las fronteras naturales y bárbaras, en el sentido noble de este término, cae en poder de la máquina, y de la mecánica, que transforman a su manera toda la existencia real y verdadera”.

Santiago, 7/11/1991

Tener que ser, deber ser, qué hacer: todo es nuez sin cascar. Ser es hacerse uno, ya figura real o imaginaria. A veces, hasta uno se suplanta a sí mismo, inventándose, poniéndose las máscaras del ser otro, no el que somos o el que quisiéramos ser. En el asesino que es hombre casi natural de día para dejar paso a la fiera, al Otro, en las noches (Jack el Destripador, El estrangulador de Boston, Monsieur Verdoux, Jekyll-Hyde) aspira a lograr, por su propia cuenta, un sitio en un mundo que lo rechaza tal como él es.

Las máscaras una vez más. Cito un texto de Ortega y Gasset (*Sobre un Goethe bicentenario*): “A la figura, papel o *rôle* teatrales que el actor tenía que realizar en la escena llamaban los latinos *persona*. Y lo llamaban así porque *persona* significaba máscara. En el teatro antiguo el rostro del actor desaparecía bajo la máscara en la cual estaban representados los rasgos de la figura imaginaria cuyo destino la tragedia o la comedia hacía manifiesto. En aquel teatro, pues, se consideraba que la cara casual del actor no podía ser la auténtica faz del personaje dramático. Lo auténtico era la máscara que a nosotros nos parece precisamente lo que oculta y suplanta al hombre auténtico. Pero el teatro no inventó la máscara. El teatro tiene un origen religioso y encuentra la máscara en la más vetusta tradición religiosa. Conviene recordar que uno de los más primitivos inventos del hombre fue la máscara. Franz Altheim, el historiador de la religión romana, persiguiendo la génesis del vocablo *persona*, encuentra que uno de los dioses más antiguos del

Mediterráneo se llamaba Porsen o Pursen —en etrusco *fersu*—. Era el mismo dios que en Grecia se llamara Dionisos; en Italia, Bacchos; por tanto, el dios de los muertos, y tal vez está en relación con él la divinidad subterránea Persefone o Proserpina. Como suele el dios de los muertos, estaba Porsen encargado de regir el destino de los vivos. El hombre, para obtener su favor, por tanto, para lograr su destino, su personalidad, le ofrendaba su máscara, la representación plástica de su propia cara, por tanto, lo que parecía más auténtico y esencial del ser humano, pero deformado según la figura del dios. Y cara —*as*— debió ser el nombre más antiguo de máscara, que por ser ofrendada a Porsen habría pasado luego a llamarse *persona*. Estas máscaras aseguradoras del destino individual se colgaban de un árbol sagrado. Influido por el dios, se esperaba que el viento al moverse eludiese, sortease los efluvios adversos, los destinos hostiles. Esto se llamó el rito de la cara que se balancea con el vaivén del viento —*oscillans*—, es el rito oscilatorio”.

A veces, cada hombre comienza como un Hamlet taciturno, sigue como un Macbeth sanguinario y termina como un Lear, apoyado en la paternidad, ya sin coraje, en el papel de un histrión. Ensayamos la vida con la máscara que nos ponemos, por ejemplo, la del ser formal, y terminamos batiéndonos con ese héroe triunfante que es siempre la muerte.

Santiago, 8/11/1991

Murió Gene Tierney a los 70 años. Si no se ha visto la película *Laura* no se puede hablar de las glorias de este mundo. Amó, sufrió, se lió con la vida y alguna vez enloqueció. Es para decir: “Por aquellos ojos brujos/ yo había dado siempre más”. A veces, innoblemente, hablo de “mi” tiempo y recaigo en los elogios. Que la vida anterior, como en el poema, sea tal vez un puñado de “chocheces de antaño” no disminuye el patetismo del ruido lúgubre del reloj. Si uno cree que los jóvenes de hoy palpan la vida a ciegas, no incurramos en el delito de creer en lo que canta don Bartolo, esa antigualla mayestática, cuando dice a Rosina: *La musica del mio tempo era altra cosa*.

Santiago, 9/11/1991

Murió Yves Montand. ¿Morirá su canción de “Las hojas muertas”? Maravilloso *Gusto de Gatos* (óleo sobre tela, 1990) de Matta. Esta semana se inaugura su exposición. Los gatos destellan, ríen, posan y se pasean pavoneándose lúbricamente. Ya parecen saber todo lo que les cupo en suerte y aspiran a ser gatos cristalizados, retratos de familia. O quizás se trata de una colección de vivísimos “gatos en-sí” o “entes de la gatitud”. Podrían provenir de la filosofía alemana.

Centenario de la muerte de Rimbaud. ¿Aún ve todo con el “ojo furioso”? Debo releer el libro de Jacques Rivière.

Santiago, 12/11/1991

Taller de los viernes. Segundo volumen de *José y sus hermanos*, de Mann. Ahora van a entrar en escena José y la mujer de Putifar. Se ve que todo ello es parte de una *Erotika*. Es preciso "desculpabilizar" a la mujer; hay que poner en claro que ella, con enorme dignidad, ejerce su derecho "de petición o solicitud". Se sobrepone a un pudor básico para lograr algo que le parece legítimo. Putifar no es otra cosa que la forma del amor que ya no existe.

Aquí entra en juego una especie de justificación stendhaliana. Hay que revisar *Del amor* (1822), por Stendhal. A Ortega y Gasset esto de la "cristalización" le parece teoría incierta. Lo que vale —dice en "El amor en Stendhal"— es aquel estar a la expectativa que define al amor. No su pormenorización factual ni la idea de categoría. Dejo de tomar notas para pensar en José. No se trata de repensarlo a partir de sus modos de esquivar la verdad, desafiando estrictamente la posibilidad de emplear el cuerpo, como pudiera insinuarnos la visión de Rembrandt, en algunos de sus dibujos. Ella vence, pese a todo, porque es la que se atreve. La que resulta capaz de romper el hielo. Él triunfa de sí mismo, en un vencerse que es más bien un deseo de cumplir con su destino, en relación con el Dios que lo está observando continuamente, con el deber que le impone una misión.

Ya seguiré.

Santiago, 14/11/1991

Lo que podría haberse estimado como el retorno del "espíritu farsesco" de los nacionalismos se convierte, en esta hora, en un síntoma de las incoherencias generales del mundo de hoy. Se trata de sentar un orden trágico por todos lados. A las insuficiencias políticas del socialismo, a la conciencia de que los aguinaldos que prometía el capitalismo a todos cuantos se librasen del abrazo del oso ruso no era sino añagaza, sucede una voluntad política anómala, la de refundar, con su estrechez de mira, los viejos automatismos de la barbarie llamada "Nación", voz estentórea que incluye un "verídico lugar común" (Ortega) de un pasado autoritario que gravita en el "mi Nación por sobre todas y todo", o el "¡quítate tú para ponerme yo!".

Increpar a los otros, en un vocerío de la turbamulta, es un acto preferente. Por las razones más diversas, se sustituyen los acuerdos, la existencia de las comunidades por el calor de fogón de las etnias, capaces de escaldar a todo aquel que se acerque a la olla podrida en donde se mezclan los ingredientes básicos: un pasado que no es otra cosa que una estantigua, una lengua franca, algunas entidades económicas autosuficientes y, lo sustantivo (para ellas), un caudal de nostalgias que sería necesario "precipitar" o "porfirizar", en el sentido de la antigua química, con el fin único de evitar que se vuelva a la era de las volteretas y de las cabriolas, animando los azares de las republiquetas que se veían filiadas por la sangre.

No me ha sorprendido, por ello, leer que Miguel Serrano llame al orden a la antigua Germania para que acuda en defensa de Croacia. Como tampoco se aleja de mi memoria, el afán "colaboracionista" croata, durante la Segunda Guerra Mundial, para "facilitar" a los nazis su penetración. Sabido es que, muchos de los habitantes que hoy resisten el comunismo fervoroso de los servios, no trepidaron en entregar a judíos a las manos de las hordas germánicas, con el fin de cumplir con la congruencia de sus ímpetus germanos y sus deseos de tener sitio en un Reino de Mil Años.

Ortega hablaba de las "ideas de los náufragos". De eso se trata hoy, en las nuevas trincheras (el capitalismo, las ideas tradicionales que Juan Pablo II ha rescatado del cristianismo a lo Julio II, puesto al día e inclinado sólo al plano del espíritu, al humanismo y a la conciencia de una confrontación con lo que la ciencia pone en evidencia, el término del dogma como contrapuesta al saber de la ciencia).

No hay otra salida para el mundo que la de Europa como una idea nacional, una recomposición que no atraiga los rasgos tribales del siglo v ni las recomposiciones fronterizas en donde todo termina por crear un espacio de confusión, líneas incógnitas en las que la voz "Europa" pudiese llegar a ser una consolidación que logre evitar los afanes en procura de la dispersión y el cada uno para su santo.

Yugoslavia es una muestra de lo que ocurre cuando todos tiran, para un lado u otro, de una cuerda. No es lo mismo en el caso de los estados letones, que muestran —y siempre mostraron— una integridad real emanada de un viejo proyecto que funcionó hasta el momento de su anexión. Croacia, Montenegro, por ejemplo, no son sino un arcaísmo incubado como razón de derecho.

Santiago, 15/11/1991

Notas destinadas a las clases acerca del vacío de amor en el relato sobre la mujer de Putifar en la historia de José en Egipto. Mann, en su novela, se va a ocupar de preguntarse, con un fino sismógrafo, cuáles son los movimientos del alma de la mujer, qué remoto e ingenuo código malversa su derecho a ser, en dónde puede ser posible hallar los elementos que dilaten el ejercicio de la pasión, convirtiéndola en un vendaval que ciegamente avanza en la ruta que se ha trazado: conquistar a José, *the last wall* en su ataque amoroso.

El texto de Mann es profundo en su espléndida retórica: "Nosotros no queremos ni podemos poner en duda que un día, en el colmo del extravío, en un paroxismo de la desesperación, terminó por hablarle así, y que empleó en realidad la fórmula terriblemente directa y brutal que la tradición le asigna, sin rodeos, como si una proposición libertina, lanzada a quemarropa, fuera fácil de concebir en boca de esta mujer, como si nada le costara, como si no fuera, más bien, el grito tardío de la suprema angustia de su alma y de su cuerpo".

Después anticipa algunas ideas modernas acerca de los modos de narrar, del "laconismo excesivo" de la forma del relato de José y la mujer de Putifar que

conocemos, y, sobre todo, de la idea de "verdad" novelesca. Su conclusión: "Antes que la historia fuera contada por primera vez, ya se había contado a sí misma con una precisión que únicamente la Vida posee, y a la que el narrador no tiene ni la esperanza ni la perspectiva de alcanzar".

Posteriormente una relectura de los *Estudios sobre el amor*, de Ortega y Gasset, y, en seguida, los detalles de *El amor en Stendhal*, por el propio Ortega. El libro *Del amor* (1822), de Stendhal, demuestra que éste solía elaborar una teoría acerca de un hecho en el cual solía manejarse muy mal, a fuer de teórico o de razonador.

Ficha del texto orteguiano: "Stendhal dedica cuarenta años a batir las murallas de la feminidad. Elucubra todo un sistema estratégico con principios y corolarios. Va y viene, se obstina y desvencija en la tarea tenazmente. El resultado es nulo. Stendhal no consiguió ser amado verdaderamente por ninguna mujer. No debe sorprender esto demasiado. La mayor parte de los hombres sufre igual destino. Hasta el punto de que para compensar la desventura se ha creado el hábito y la ilusión de aceptar como buen amor cierta vaga adhesión o tolerancia de la mujer, que se logra a fuerza de mil trabajos. Acontece lo mismo que en el orden estético. La mayor parte de los hombres mueren sin haber gozado jamás una auténtica emoción de arte. Sin embargo, se ha convenido en aceptar como tales el cosquilleo que produce un vals o el interés dramático que un novelón provoca".

En amor, estrictamente hablando, todo, parece comenzar, una y otra vez, en el encuentro de Adán y Eva, sin el paisaje de fondo. Vemos, a veces, con mirada oblicua lo que es un acto místico y enorme. Y la idea del pecado delimita, en ocasiones, la posibilidad de ser. Los tabúes suelen colmar nuestras sociedades, sin otra cosa que los valores atribuidos a signos que se han degradado. Es un problema universal que empobrecemos constantemente, al modo de esos curas que creían, como ha dicho Ortega, que el Universo ha sido creado "a beneficio de las ursulinas".

Vicuña, 16/11/1991

El bus, al anochecer, entra en Ovalle y descarga su mercadería: la gente gris que trae paquetes, que hace negocios pequeños, que se encuentra a sí misma en el abrazo terroso que alguien le da. Todo aquí es ya el imperio absoluto del "semi", una especie de instancia temporal que suspende el tiempo real, como ocurre en algunos lugares de África. Es un mundo que florece por el acuerdo común de los habitantes, que aceptan el poder de la ciudad-entelequia. Las casas pequeñas en las que se ve, desde lo alto del bus, parpadear el ojo alevoso de los aparatos de tv, parecen un conjunto de nichos perpetuos.

Los muros, con las luces del bus, proyectan una extraña sombra que parece mostrar los nidos de las tinieblas. Recuerdo haber venido persiguiendo a alguien que me había estafado por ingenuo una enorme cantidad de dinero y que pudo costarme prisión, en 1957, y el camino era el del dolor. Después vine en 1962 y el

camino de vuelta, presidido por una niebla terrible, era preciso ahuyentarla con un enorme buscacaminos.

Después, el mar, Coquimbo, rocas y luces. La Serena, vista desde arriba, en el camino que se abre a partir de Coquimbo. Se me vienen a la memoria muchas tardes en que yo sólo veía la cara de la desgracia, los apretones de la nada, la imposibilidad de ser, de saber quién era yo o qué quería. Sólo era el anacoluto de una vida que se extraviaba, enderezada en una sintaxis lóbrega y absurda.

Vicuña, en fin. Todo el mundo duerme. En el silencio, que comienza en cuanto el automóvil da vueltas en la última curva, junto al puente, estallan en medio de la noche los geranios rojos y los rosados, y se yerguen los cerros como grandes animales prehistóricos que jadean. La naturaleza es aquí un discurso a flor de tierra, en cuanto suena vagamente el agua del río Elqui. Ni roza ni profiere salpicadura alguna. En cambio cuando uno se va rumbo a Montegrande, en minutos, el rumor se hace muy violento en el instante en que se encuentran los ríos Claro y Turbio.

La Serena, 17/11/1991

En el camino que lleva, de día, desde Vicuña a La Serena, unos papayos acigüeñados miran al viajero, moviendo sus largos cuellos. A veces, en la ladera, unos lienzos evitan que el viento y el frío de la noche, o quizás también la helada, desmelenen la siembra o los parronales. La alambrada débil está allí, guardia nocturna que no pierde el paso.

Al pasar frente a El Molle recuerdo una Semana Santa en la cual, en medio de la idea del suicidio, me acogí a la reserva última, la del *Octeto* de Stravinski, que Jorge Peña Hen me había prestado con una serie de indicaciones espléndidas acerca de cómo aquí "la composición era parte de la grandeza, de la esencia de la música y no su soporte o andamiaje". ¡Me libré por un pelo de la tentación de arrojarme al río! El sol se empinaba, yo trataba de calmarme, mis hijas jugaban inocentemente y pensé que aún no era tiempo, que valía la pena seguir viviendo a lo que saliera. El *Octeto*. ¡Cuánto me gustaría oírlo hoy!

Soy feliz y no hay señas del mal perro de la desdicha.

José Luis Rosasco me muestra un árbol. "Es un arce —dice—. Mira esas ramas en donde cada una de las ramitas menores tiene forma de helicóptero". Toma una y la echa a volar, diciendo: "Buuum, buuum".

El vacío de todos los domingos del mundo. La plaza está sola y dormita oliéndose a sí misma en el vigor de los floripondios. No veré, por fortuna, caminar por esta plaza al señor feudal, al Inquisidor Mayor que fue monseñor Cifuentes, que creía más en la propiedad que en Dios. Me da la impresión de que estaba seguro, cuando amonestaba a alguien, que él tenía un duplicado de las llaves del infierno.

El mar lento y sin trizaduras. El calor gozoso de una tarde en donde era difícil entender qué pasaba con el cuerpo. Aquí se retenía el ánimo sensual de cada uno

con el fin de no dar algo de qué hablar. En esa misma playa de Peñuelas, hace treinta años, estuve leyendo *Balizas*, de Saint-John Perse.

Santiago, 18/11/1991

Hoy, de vuelta a casa, leo un poema de Yeh Li, finísimo poeta fung. Ama las cosas cotidianas, pero sabe resguardarse con el fin de tener una perspectiva, la que le impide darse a la voluntad anticuada de ignorar el carácter que imprime la nota del idilio, de la paz aldeana o la suma de los tópicos venidos de la gran tradición virgiliana: "Par a par, las golondrinas saltan en los estantes./ Punto a punto, en el tintero los pétalos caen./ Junto a la ventana leo el *Libro de los Cambios*,/ pues la primavera se va, y lo he olvidado".

Santiago, 19/11/1991

Me hablan de las novelas pornográficas que escribieron Guillaume Apollinaire y Anais Nin, a tantos la palabra. Yo hablo de los libros de Bataille, de "Madame Edwarda" y de los libros del Marqués de Sade. Leí *La filosofía en el tocador*, *Justine*, *Las 120 jornadas de Sodoma* y la *Correspondencia*. Una vez me habló el poeta Gómez Correa de cómo él presencié el momento en que abrieron, luego de siglos, un cofre del Marqués que contenía textos inéditos y cartas. Tiene que haber sido como entrar a la pieza en donde ocurren las escenas más terribles de *Relaciones peligrosas*, de Choderlo de Laclos.

Hay bazofia. He oído hablar de los héroes y heroínas de *Chin'pinmei* ("Ciruela del Vaso Dorado"), una novela pornográfica china, y de *Pinhua Paochien*, en la que pulula el orden homosexual. Hace un año leí *Las edades de Lulú*, por Almudena Grandes, que vio agotarse 17 ediciones, 100 mil ejemplares. Ni fu ni fa. Sólo relleno, filfa.

Santiago, 20/11/1991

Vi a un hombre mal agestado dar de patadas a un perro que lo seguía con humildad. Se convirtió el animal en el dueño de todos los aullidos. El hombre, en seguida, le arrojó una enorme piedra. "Ser perro en Inglaterra —escribió una vez Salazar Chapela— es algo así como ser príncipe en la India, rey en Europa o millonario en cualquier parte: un señor (un animal en este caso) de quien todo el mundo está pendiente y a quien todos adulan. Tampoco está mal en Inglaterra ser gato, pájaro enjaulado, pez de pecera, conejo doméstico, rata india o tortuga. En general, ser animal en Gran Bretaña ofrece muchísimas ventajas".

Santiago, 21/11/1991

Hoy cumplí 61. Los años se cumplen solos, sin celebración —ha dicho Matta. Lo demás, etcétera. Tal vez sea bueno decir que duelen menos que los cuernos.

Santiago, 22/11/1991

Leyendo los fragmentos que dedica Gabriela Mistral, en prosa, a árboles, arbustos y yerbas, con un despliegue de metáforas, no siempre afortunadas, pienso en que ella era una maravillosa yerbatera e invadía a sus amigos con precisiones y rigores buscando solución para los problemas que a cada cual aquejaban.

Hablaba a veces, desde Rapallo o Santa Mónica, Petrópolis o Lisboa, de una hoja o una raíz que existía en la alta cordillera, a las orillas de un río concreto de Chile, en medio de la ruta hacia los canales o en procura de los hielos eternos, y no esquivaba vagos yerbajos de algún sitio del desierto de Atacama. A Neruda le remitía de continuo pastos ilustres para curarlo de la flebitis que lo arrinconó en México. Y lo incitaba a poner a raya al "Demonio del Mediodía", esa carne que incita a un quehacer obstinado y demoledor cuando ya no se es joven.

Giovanni Papini relató a un visitante ocasional chileno que Gabriela le hizo llegar a Florencia, desde México, algo que se conocía entre los indios como "yerba tronadora", que servía para "mejorar" la vista. A un metro de distancia, Papini no podía distinguir una trompeta de un unicornio.

Santiago, 23/11/1991

Ojo. Revisar la *Historia de los agustinos*, por el padre Maturana. Propósito: leer lo que se dice del obispo Gaspar de Villarroel, quien llegó a Chile —desde Lima—, en abril de 1637, y se puso a maldecir el frío que sentía, los temblores, lamentándose por haber venido a parar aquí. A poco de arribar, observando todo con sagacidad, dijo: "Siempre entendí que esta tierra es tan abundante en riquezas como en calumnias". No quería terminar sus días en Chile y anotó desencantado: "Aquí en Chile vivo muriendo. Triste cosa será morir en esta Libia, desterrado de la patria, en ajeno sepulcro".

Otro sacerdote jesuita aseguraba, en el siglo xvii, que vivimos recogiendo los frutos de la envidia, que vino de España y halló aquí el mejor sitio para volverse fuerte y exuberante. Para saber de Chile, el verdadero, no hay que leer la carta aduladora de Pedro de Valdivia al Emperador, sino los relatos de los viajeros ingleses, franceses, suecos o alemanes.

Santiago, 24/11/1991

Veo mi columna en la "Revista del domingo" de *El Mercurio*. Me dedicaré, todos los meses, a escribir sobre ciudades del mundo. La de hoy, primera de la serie, se refiere a Aviñón. Arriba, a la izquierda, mi fotografía "trabajada" —según me dijeron los de Diseño. Tomaron veinte y eligieron la mejor. ¿La verdad? La mitad del rostro se ve natural. Al fin y al cabo es la cara que tengo y me la he venido mereciendo durante la vida. La otra parte parece dañada. Es algo así como una mezcla del retrato de Claude Rains para las escenas claves de *El fantasma de la*

Ópera, después de que le han arrojado ácido en el rostro, y una fase del tipo "carátula" que rememora sin vaguedad alguna los trucos faciales del cadáver de la vieja en *Psicosis I*. La verdadera, la de Hitchcock.

Tras el desencanto, reviso papelería para mi exposición en la jornada de Maryland acerca de la cultura chilena. Lo primero que encuentro en una carpeta es un artículo de Martín Cerda (1966). Se llama "¿Hacia una tierra sin escritores?". Mi gran amigo me hace un sabio guiño escatológico. Toca el asunto de la "desculturización" de la prensa chilena y alega admirablemente sobre algo que es imposible desconocer: "El reemplazo de los escritores por los escribas, de los intelectuales por los mistagogos, de los artistas por los publicistas". Todo ello lo ve como parte de ese "radical fenómeno que es la alienación".

Arroja la saeta con éxito, evitando, por una parte, que se convierta en bumerán, y, por otra, que en lugar de dar en el blanco previsible, se aleje en dirección de Alfa del Centauro. Dice: "De nada sirve invocar, en forma abstracta, la *misión* del escritor, cuando, al mismo tiempo, no se muestran las condiciones objetivas que, de un modo u otro, posibilitan o imposibilitan su cumplimiento". Sobreponiéndose al qué dirán, insiste en el hecho de que ni el escritor ni la literatura son "realidades utópicas", y da por sabido que ningún intelectual, salvo dos o tres excepciones, logra "vivir" de lo que escribe. "Para nadie es un misterio —apunta— que este hecho lo fuerza de una manera u otra, no a un segundo oficio, como creen algunos ingenuos irremediables, sino, en verdad, a un 'primer oficio' cada vez más totalizante y alienante".

Santiago, 25/11/1991

Reviso el libro del padre Maturana, en lo relativo al obispo Villarroel. Hay un párrafo en el cual se muestra cómo vio el religioso el terremoto de mayo, en tanto testigo y víctima parcial. Hay, además, una nota curiosísima acerca de un caballero (Valeriano de Ahumada, tal vez) que burla mujeres y las "convierte" posteriormente en monjas, pues ellas se refugian en el convento con el fin de cubrir las apariencias y "arrepentirse", en el loco Santiago del siglo xvii.

Tiene dos o tres páginas acerca del cuidado que las mujeres hacen de su cabello, y suele darse a los demonios por la preocupación que tienen por las guedejas. Habla de la mujer chilena: "En toda la Cristiandad no se ha visto este sexo, ni más honesto ni más detenido. Acá si una mujercilla no tiene la opinión entera, es infamia de una señora hablarle una palabra; no hay coches, ni galanteos, no hay alamedas, ni lo que en otros lugares llaman damas".

Se lamenta por los vientos, las corrientes de aire santiaguinas e indica que a menudo él se da cuenta, según cómo le zumbe la cabeza, qué tiempo va a haber. Lamenta que los dientes se le hayan ido, por el "corrimiento" y la debilidad. No cree en los figurones ni en todos cuantos se solazan a sí mismos mirándose y da cuenta de lo que vio en España.

Santiago, 26/11/1991

Murió mi amiga T., bella entre las bellas. Se marchó un día a París y por allí, en las proximidades de la Porte d'Italie se las arreglaba para seguir siendo hermosa. Alguna vez, por temor a ser asaltado o a tomar el último metro, vi clarear, conversando con ella en el departamento, las mañanas de un día inolvidable. Hablábamos de los viejos buenos tiempos y de cosas que ella y yo sabíamos, y de las lecturas, y de los que ya no tenían ilusiones. Me gusta recordar ahora que ella amaba una canción de Georges Brassens, ésa que se llamaba *Funérailles d'antan* y, sobre todo, esa parte que ella acompañaba golpeándome en el pecho: *Elle son révolues/ Elles ont fait leur temps/ Les belles pom, pom, pom, pom, pom, pompes funèbres / Ou ne les r'verrá plus / Et c'est bien attristant / Les belles pompes funèbres de nos vingt ans.*

¡Adiós, querida T.!

Santiago, 27/11/1991

Por azar doy con un ejemplar de un libro que nunca había visto: el *Journal Intime (1792-1817)*, de Maine de Biran (París, Librairie Plon, MCMXXVII). Medita sobre esto y aquello. La lectura de Kant, un almuerzo en el "Procope", la realidad (en la cual no suele sentirse como un pez en el agua). Alega por el estado en que lo pone constantemente su mala salud. Se indigna con su falta de carácter y tiene la oscura sensación de que no debe hablar en público ni meterse en camisas de once varas porque sí, por darse un gusto. El fracaso puede ser el resultado de ello.

Le sorprende la Revolución Francesa y no está muy seguro de cuál es la cara adecuada para ponerle al vendaval. El asunto es que las jornadas de cambio social lo llevan a preguntarse qué va a ocurrir con él. Escribe en 1795: *Je suis toujours occupé de ce qui se passe en moi. Lorsque je me sens très dispose à la joie bruyante, que les esprits animaux sont chez moi dans un grand mouvement, cet état, si je m'y laissais aller, pourrait être agréable pour quelques instants, mais je m'en méfie et je le redoute presque autant que son contraire. Ma grande ambition serait de me maintenir dans la situation moyenne. Celle-la m'offre l'image d'une paix si douce! D'ailleurs, comme je sais qu'il est de la nature des grands mouvements de ne pouvoir conserver la stabilité, je cherche la situation qui soit la moins sujette aux variations, mais souvent je la cherche en vain* (p. 59).

Santiago, 28/11/1991

Ya "mi" Rimbaud de la adolescencia perdió el interés. Su ira encanallada, su sistema de agresiones, la fuerza de su incongruencia, el halago de los sentidos, son espacios indeseables. Quiero más oír los golpes del martillo de plata. Conozco los giros porque se prodigaron hasta oscurecer lo que constituía su alegato en procura de la vida plena. Ya no me dejó atrapar, ni siquiera me arrugo cuando Lepelletier relata esa comida en la cual Rimbaud, luego de varios vasos de borgoña, tomó un cuchillo para acallarlo sin demora.

Sin embargo, qué grandeza hay en el *Rimbaud* de Jacques Rivière, *Rimbaud* que leí hacia 1950. Veo las líneas que subrayé por esos días, en los cuales yo tenía mis propios asesinos y mis actos criminales imaginarios, además de todos los cuadros de mi descomposición. ¿Y qué fue eso, sino una manera de salir al camino con un cuchillo a cortar las cabezas de los horripilantes burgueses y de las espantosas familias?

Sí. Rivière es todo lo que me interesa ahora, en este momento. "Pero no es horrible (*Rimbaud*) —escribe— solamente por sus palabras. Su alma se yergue detrás de sus palabras, semejante a ellas, más espantosa aún, si es posible. Y, en primer término, es de una insensibilidad increíble. Es un monstruo. Es incapaz de experimentar ninguno de los sentimientos comunes de la humanidad. No reconoce nada digno de respeto; está absolutamente desprovisto de miramientos; es decir, no encuentra nada ante lo cual exista alguna razón de inclinarse. Todos los hábitos sociales de nuestro corazón le son incomprensibles. No hay tradición para él; no hay vínculos forjados por los siglos. Su alma está sola en el tiempo; la atraviesa el soplo desértico de la libertad total. En lugar de las innumerables consideraciones que llenan nuestras almas, hay en la suya como un vacío, mas un vacío ardiente, feroz, una suerte de llama negativa".

Odia a Charleville, la quiere tanto como se quiere a una mujer a quien se odia. La considera como todo objeto digno de la mayor desconsideración. El sentido de la dignidad del espacio burgués del lugar le resulta abominable, sombrío, especioso. Lo de la "ardiente paciencia" se convierte en un cuento del tío. Rivière lo ve de continuo "en estado de legítima ofensa", y sabe que es peor para todos nosotros apreciar en ello el valor de la paz perfecta. Conoce, además, que no se trata de hallar los límites de la desesperación, sino de mandar al mundo entero a un sitio en donde podrá reventar.

Lo único que me importa hoy de *Rimbaud* se halla en ese texto en donde invoca la necesidad de la videncia, y luego se corrige diciendo que hay que "hacerse vidente". No quiero alabar la túnica de Neso, pero su cuerpo puede haberse envenenado lentamente en el fondo de la interpretación. "El poeta se hace vidente por medio de un largo, inmenso y razonado *desorden* de todos los sentidos. Busca todas las formas de amor, de sufrimiento, de locura; exprime en él todos sus venenos, para no guardar sino su quintaesencia. Inefable tortura, en que necesita toda la fe, toda la fuerza sobrehumana, en que se vuelve entre todos el gran doliente, el gran criminal, el gran maldito —y el supremo sabio".

Ha de considerar sagrado el gran desorden de su espíritu. Se ocupa íntegro "en algo real" (Rivière), fija los vértigos, consume el oxígeno del mundo, raya los muros, desconcentra la fuerza que mueve el universo, echa al suelo los mecanismos del reloj, se convierte en un peligro. "Voy a su encuentro como al de un gran peligro al que me he habituado" —dice Rivière. No se va de buen grado, o siquiera de grado en grado, de grada en grada, para degradarse uno con (en) él. Su pensamiento discursivo ataca y abrasa. El arrebató, la pulsión de muerte por más

vida es un canje que él tolera. Hay que hallarse para hallarlo fuera de sí, enfrentado a sus demonios.

La "vieja herida Rimbaud" que alguna vez tuve abierta es hoy nada más que un punto de referencia, algo así como la seña de una curva peligrosa en el camino. Yo me vinculé con él, antes, cuando sentía que la compasión me estaba permitida, porque premeditaba que sus maldiciones podían situarse como parte de mi instalación en el mundo de los adultos. Él era lo que yo podría llegar a ser. Se anticipaba para hablarme de las metas que yo no aspiraba a alcanzar. Hoy, en el centenario de Rimbaud, declaro solemnemente que "no hay nada que ver adentro", sino el miedo de volver a encontrarlo con las manos en el timón, volviéndose imaginario piloto del camino que me queda por recorrer.

Miami, 30/11/1991

Si la nada existiera se llamaría Miami. El brillo retumba, el lenguaje vuelto por el revés y endulzado en América Central se combina con un inglés bananero. Todo es un va y viene sin vaivén. Las palabras se desgranán sin medida y las tiendas interiores constituyen el reino de la pacotilla.

Washington desde el aire. El avión deja atrás el espacio social de la piña o la guayaba y a los viejos que van a buscar, como los cocodrilos, el sol taxidermista. Como un pájaro de Egipto que busca los miembros perdidos del dios, en el 1500 antes de Cristo, miro los cortes cuadriculados del campo, cuando el avión comienza a bordear el *border-line*, descendiendo hacia el río Potomac. Abajo el obelisco se yergue como esfinge sin secreto, luciendo una suerte de luxorización nacida del *cannabis*. La cúpula del Capitolio ya está a la vista.

Un yanqui verdadero, del Norte, por supuesto, me dice que en Washington hay "demasiada" violencia. Todo, en el mundo, es parte del "demasiado". Me cuenta que la alcaldesa ha expresado, sin ambivalencias y teniendo en cuenta el poder del tráfico de drogas, que si los jóvenes de aquí están "en problemas" les ayudarán a resolverlos, pero que si ellos "son" el problema van a arrasarlos sin piedad. Me dice al pasar, como para beneficiar la tesis y el poder del argumento: "¿Sabe? Ella es negra". Lo cual constituye, me parece, ahora con el tiempo, una referencia espléndida y positiva.

¿Qué habremos de ver? Es mi primera visita a Estados Unidos. Antes, por haber firmado el llamamiento de Estocolmo por la paz, por haber protestado en contra del "maccarthysmo" de aquel indigno senador macaco, por haber pedido clemencia para los Rosenberg, por haber protestado por la llamada "Operación Fruta Amarga", cuando la United Fruit impuso que se derrocara a Jacobo Arbenz, en Guatemala, y por firmar en contra de la invasión de Santo Domingo por Johnson, mi ingreso era una imposibilidad.

En Washington nos aguarda el anfitrión: Saúl Sosnowski, el autor de ese notable libro que es "Borges y la Cábala". La Universidad de Maryland, en donde

nos reuniremos para conversar sobre Chile, se halla a media hora de bus, o de taxi (quince a veinte dólares) del aeropuerto de la ciudad.

Washington, 1/12/1991

A la National Gallery. Con Adriana Valdés y Sonia Montecinos. Dos Vermeer que hacen exclamar a una vecina anciana que las contempla: *It's not human!*, mientras llora de alegría. Asoman los bellísimos Rembrandt, quince o veinte. Entre otros, el célebre retrato del polaco, las dos variantes de su "Lucrecia". ¡Qué hermosura en el trabajo del "adentro" (del cuadro, de la expresión, de la mente, del dolor)!, profundizando siempre en la perplejidad, en la cura de almas por la luz, en el desasosiego de los personajes. Sí, la luz es lo que procura el movimiento emotivo de cada situación en donde José comparece ante Putifar, acusado por la mujer de éste.

El conjunto es impresionante. Un Leonardo pequeño y formidable. Tres "Anunciaciones". La de Masolino da Panicale (circa 1430); la de Giannicolo di Paoli, y la muy notable del Veronés (Umbría, hacia 1515). A poco andar doy con una cuarta, también de Umbría, hacia 1450, la de un maestro de Barberini Panels (¿1492?). Y más y más. Un mármol extraño, el de Jean-Antoine Houdon (1786). Representa a José Bálamo, o sea Cagliostro, a quien admiraba Goethe (y hasta, según cuenta en su "Viaje a Italia", fue a visitar a su madre y a la familia y les dejó dinero, diciéndole que él lo enviaba). Fue hecho "mirando" al personaje real.

Cien o más pinturas de los impresionistas; un "Arlequín" de Cézanne (alrededor de 1888), padre de todos los arlequines de Pablo Picasso. Veo al aduanero Rousseau, quien se concedía el derecho a pintar sus sueños, mucho antes de que los surrealistas se afanaran en tal línea de acción. Uno de los cuadros, muy extraño, muestra un claro del bosque, tal vez el de Utopía, y en medio hay un carruaje en donde se adivina una pareja de enamorados que se entrelazan en la extrañeza de otro tiempo sobre el tiempo de su "afuera".

Una mujer nos pregunta qué le hicieron los paganos a Santa Lucía. Le respondemos que le arrancaron los ojos, que la cegaron. Se tapa los suyos horrorizada y quiere que le digamos más, por ejemplo, a qué se debió. "Un problema de punto 'de vista' —le respondo. Querían enseñarle a ver el mundo como correspondía". Adriana traduce y miro la sorpresa de la mujer. Hay, muy cerca, otra terrible "Santa Lucía", la de Zurbarán. Se la muestro a la dama de marras. Ya sin el peso del drama, la mujer-mártir tiene sus ojos en una bandeja.

Cuando pasamos a la sala en donde se encuentran las obras de los pintores de Siena, Adriana dice que Roser Bru comparó sus manos, las que nos muestra, con las de las figuras de los pintores sieneses. Miro unas y otras: son la finura, el movimiento, la postura, la ligereza de cada dedo al entrecruzarse con otro, el volumen del sistema de signos. Se trata de una búsqueda de sentido que permite apoyarse en la gestualidad *in toto*. Del apoyo que concede una nota de oralidad a

los miembros, comunicando el interior de la actitud o de la conversación misma. El *pathos* se vuelve una estructura.

Sonia, que es muy parecida a Claudete Colbert, va viendo, con calma y un fervoroso silencio, cada cuadro, quedándose atrás, de repente, para compartir su asombro con ella misma. Tímidamente, con gran inteligencia, va contestando brevemente lo que se pregunta por adentro, y descubre, paso a paso, lo que se escapa a los demás, lo que vale la pena referir. Compro en la librería del Museo: *A Dictionary of Angels* (19 dólares) y *Early Architectural Fantasies*, de Piranesi. Almorzamos en la cafetería de la National Gallery: *tuna salad* con salsa de queso, naranjada atroz, café malísimo (9 dólares y 50 centavos).

Washington, 2/12/1991

Reuniones largas y muy gratas. Todo es nuevo, porque ahora tenemos tiempo para hablar y para oír. En Chile todo es nada más que un “¿y...?”, con la desmayada seguridad que concede un “¡ya hablaremos!”. Por las calles, mirando, da la impresión, en Maryland, que se trata de un lugar en donde sólo se vive de puertas adentro. Las veredas brillan por su ausencia. La gente usa el auto constantemente. Sospecho que no sale a caminar, por no perder el tiempo, por miedo a que la asalten, por temor a ser raro, por afán de no perder ni esto ni lo otro. Además, podría tratarse del miedo. Dicen que la violencia provocada por la droga, que circula notoriamente, puede convertir a alguien, en cuestión de segundos, en asesino múltiple. El *black out* podría ser la excusa jurídica que le evite las penas mayores. Sin embargo, aunque así sea, la víctima no espera a que se lo cuenten.

Maryland, 3/12/1991

Hermosísimas ardillas, veloces, bailarinas. Corren, dan saltos, roen, juegan, se cuelgan o descuelgan de los árboles, moviéndose como los actores tras las bambalinas. Al morder el fruto van colocando sus manos como si quisieran acordarse de la redondez. Es un día muy frío. Da la impresión, cuando la lluvia de ayer cesó y el cielo se puso muy azul, de que uno ha sido colocado en el altar de los dioses y se le va a sacrificar mediante el cuchillo de obsidiana. El hielo penetra en el interior de las manos como si se hiciera un corte.

Una vez más, la calle sin gente. En la televisión, por la mañana, muy temprano, *Animal Crackers*, una gloriosa película de los hermanos Marx. Una escena final inolvidable: en una gran reunión social todo se alborota gracias a la imaginación de Groucho. La vieja dama noble y empingorotada, a quien corteja, lo ha sentado en la mesa de honor, junto a ella. Él la va degradando con los equívocos que ella toma por cumplidos, pues nada le resulta más extraño que salirse de la norma, abandonando el marco. En vez de oírse una orquesta, se oye la música del circo y, al correrse las cortinas, comienza el espectáculo. La orquesta “verdadera”, con un director serio, que da la espaldas a la situación, se va alejando mar afuera, y los

elefantes dan gruñidos cada vez que la señora abre la boca con el fin de predicar las virtudes de la caridad y de la beneficencia. Harpo corre montado en un avestruz y despacha a los bandidos dándoles golpes con su fenomenológico bastón tribal.

Por la tarde habla Isabel Aldunate. Para explicar su trabajo entona algunos temas de sus discos, que surgieron durante la dictadura. Canta: "Yo te nombro, libertad", con los versos de Eluard. Después, el tema del "margen". Me agrada la exposición de Nelly Richards. Pregunto si el margen está en la página, forma parte de ella, no se excluye, o se tratará de una suerte de superfetación de la escritura. Más bien viene la voz del uso sociológico. Se transparenta en la idea de "marginalidad". Brillante el trabajo de Adriana Valdés, es como si ella tuviera siglos de pensamiento incorporado en la mente de una mujer joven.

Maryland, 4/12/1991

Lectura. "Verdad o ficción lingüística, *paraíso* se explica etimológicamente a partir de un acrónimo formado por las iniciales de las cuatro letras prescritas por el Midrash*. Se prescriben cuatro niveles de interpretación, del más accesible al menos accesible: el sentido literal, *pshat*; el sentido alusivo, *remez*; el sentido específico del Midrash o el propiamente exegético, *drash* (de *darosh*; 'búsqueda', 'interrogación', 'exigencia') y el secreto, esotérico o místico, *sod*. Las iniciales de estos cuatro términos forman *pardés*, la palabra que designa el jardín y de la que derivaría —etimológica e imaginativamente— *paraíso*".

Washington, 5/12/1991

Anoche, luego de ver la admirable exposición "Circa 1492", en la National Gallery, el golpe en la mandíbula. Dicen en la televisión que "Pan-Am", la línea en la cual viajamos y en la que debemos volver, quebró. Nadie responde, vemos en la tv la multitud aglomerada y el funcionario del aeropuerto que les explica que se trata de una empresa privada, el Estado no protege, etcétera. El caos. Saúl Sosnowski viene, nos dice que no debemos preocuparnos, porque la Universidad de Maryland buscará otra línea. Los de la Embajada y Heraldo Muñoz, nuestro embajador en la OEA, se mueven para buscar una salida. Tomo una tableta de "Selectol" y, algo después, una de "Lotrial". Me miro en el espejo: mi rostro se parece asombrosamente a la casa de Usher, en el momento de la ruina, no en el de su esplendor.

Por la televisión, sin embargo, lo más "importante" es la exhibición en detalle, como si fuese "Anatomía de un asesinato", la historia de la supuesta violación de una muchacha por el sobrino de Ted Kennedy. Se exhiben los calzones y el sostén

* Michael Guggenheim, *La Bible au présent*, París, 1982. Citado por Lisa Block de Behar, "Una retórica del silencio", México, 1984.

de la desdichada. Se habla de cómo pudo ser la violación, pero se dice, en descargo del acusado, que él, por semierección —confesada por ella—, no pudo haber consumado la violación. Habla Ted Kennedy. Hablan otros. La basura es nominativa, pero, por momentos, puede cobrarla el telespectador. ¡Porquería a manos llenas!

Las otras noticias se refieren a los cincuenta años del día de Pearl Harbour; a las conversaciones entre Israel y los palestinos. A "Pan-Am". Sigue el frío polar en Washington. Releo "Un puñal en mi corazón", de Nicholas Blake. Hubo un problema que se conversó amigablemente entre Blake y Patricia Highsmith. Tiene que ver con el argumento. Es el asunto de "intercambio" de crímenes entre dos extraños. Es lo que sucede en "Extraños en un tren", de la Highsmith, quien escribió la historia veinte años antes —o más— que Blake. Ella dijo que no había problemas.

Visita a Georgetown. Compró un ejemplar de "Las piedras de Florencia", el libro de viajes de Mary McCarthy. Además hallo un ejemplar dedicado a reproducir toda la correspondencia, bocetos y fotografías del polaco Bruno Schulz (el autor de "Las tiendas de color canela"), asesinado por un oficial nazi que le dio un tiro en la cabeza, cuando era su ordenanza, para demostrar que alguien como él no valía nada. Estaba borracho y discutía con un amigo que le pidió probar lo que decía.

Larga discusión con un taxista hindú (el primer tramposo del volante que hallo aquí). Finge no conocer las calles, habla en un inglés pésimo, nos demora, da vueltas y vueltas, toma un camino que no es. Me irritó por la diferencia de cinco dólares, pero no es por el dinero, sino por la conciencia de que uno puede ser estafado impunemente.

Washington, 6/12/1991

Un gran museo privado: *The Phillips Collection*. Una hermosa casa antigua, con un artesonado que recuerda el estilo interior de los palacios virginianos de comienzos del siglo XIX. Dos cuadros se miran, en un guiño temático: "El arrepentimiento de Pedro", por El Greco (hacia 1600) y el que pintó Goya sobre el mismo asunto (hacia 1824). Más allá, ¡maravilla de maravillas!, el retrato de Paganini, por Delacroix. Aquí se muestra un personaje atormentado, en contraste con el retrato que pintó J.A.D. Ingres, mucho más sereno, que se halla en París.

Un gran Renoir: "El almuerzo en el Club de Botes" (1881); un genial "Autorretrato" de Cézanne (hacia 1878). "Los reparadores de calles", por Van Gogh (1889) y la mayor soledad del mundo en otro cuadro de él: "Entrada al jardín privado de Arles" (1888). Un "Lyon", por Kokoschka, que se convierte en ciudad mental (1927). Una catedral que es la belleza en plenitud, por Paul Klee (1924).

Sigue y sigue. La tristeza mortecina de la mujer en "Melancolía" (1860), de Degas, y el "Ballet español" (1862), por Manet, con un tributo a los rasgos negros de Goya.

Washington, 7/12/1991

Viejos documentales sobre el bombardeo de Pearl Harbour. Después, una película cuyo nombre no logré saber. La cojera distinguida del joven Herbert Marshall, la belleza ingenua de Margaret Sullivan, el aire donjuanesco de Frank Morgan. Y Reginald Owen, César Romero y Beulah Bondi.

En el bajo Manhattan, durante una excavación, hallaron un cementerio del siglo XVIII. Allí, en 1775, estuvo el *Negros Burial Ground*. Se trata de 160 esqueletos. El senador David A. Paterson, representante demócrata por Harlem, declaró: *It's bad enough that some of the bodies that may be in those tombs were discriminated against in life... But now, they're being discriminated against in death.*

En *The Washington Post* se dice que los japoneses están dispuestos a disculparse por el ataque a Pearl Harbour, pero creen indispensable que el presidente Bush sea capaz de *apologize for the atomic bomb attack to Hiroshima*.

Otra vez la simplicidad carnalesca del paseo de las ardillas. No logro oír los cantos de los pájaros, y un estornino, que se posa en una rama, mira todo con el aire de un duque inglés tronado. Me da la impresión de que la Navidad es aquí más terrible para todos los que han perdido amores, familia, manteniéndose más bien de un puñado de recuerdos o de sueños. Los árboles de Navidad brillan artificiosamente en las calles. La gente parece aceptar como parte del juego un *drash* o búsqueda del sentido del yerro. Imagino sonidos. Un camión que cruje me produce la impresión de un enorme ruiñón mecánico.

Walt Whitman me da una salida a lo posible en unos versos suyos: "Oigo bravuras de pájaros, el rumor del trigo que crece, el chisporroteo de las llamas, el crepitar de los leños con que cocino, / Oigo el sonido que amo, el sonido de la voz humana, / Oigo todos los sonidos juntos, combinados, fusionados, o sucediéndose unos a otros, / sonidos de la ciudad y sonidos de las afueras de la ciudad, sonidos del día y de la noche...".

B.S. me cuenta que han sido descubiertos papeles o apuntes de los fiscales que nos procesaron en el Instituto Pedagógico, a fines del 73. Lo más terrible: hay declaraciones llenas de odio, de ira, de amor por ser gratos al poder, a la dictadura. Los que delatan dicen cosas que pudieron costar la vida a quienes eran sus camaradas. Cantaron "como una calandria", sin que nadie los apremiara. Para quedar bien con los comisarios.

Miami, 8/12/1991

Es el mundo de Ugolino. Del lujoso hotel salen las putas más gloriosamente bellas como si estuviesen felices. Se vive aquí de cabeza sobre la apariencia, el similar, el dinero. La fuerza envolvente de la nada se apodera de algo que, a falta de otro nombre, llamaremos "gusto". Miami va vaciando de ideas a todo el que pasa por aquí. Es la patria de la exclamación y del vacío mental.

Nos van proveyendo de sensaciones primarias: ciertos olores (la comida, la

humedad, la selva, los odoríferos). En el "Holiday Inn", a la media hora, nos convertimos en una sombra de lo que éramos, en vida orgánica. La adopción no es metafórica: somos hijos del limo, de una vez para siempre. Miami va metabolizando a todos los viajeros que no aspiran a comprar cabezas del Ratón Mickey, joyas de jotos, perfumes que son la gracia del prostíbulo. Uno termina, al anochecer, luego de cenar espléndidamente (por diez dólares) en "La carreta", un lugar cubano, caminando por las calles, sintiendo que esto está bien para Nixon, para los que ya no tienen nada que perder, para ilustrar un relato de Norman Mailer. Gobernados por el énfasis, somos, sólo unos instantes, los hijos ensimismados de Miami.

En el avión de "Ladeco", rumbo a Chile, lo peor sigue: una delegación de futbolistas aficionados, en compañía de sus familiares, que hablan a voz en cuello, cantan, se cruzan chistes de mal gusto, se dan golpes en la espalda para probar que son amigos y terminan por pedir más de esto y más de lo otro. Se trata de un club de barrio. Nuestra alma es ya una reclusa de por vida, en estas diez horas de vuelo.

Santiago, 9/12/1991

Miré, línea a línea, las páginas de los diarios. Siempre el monólogo estúpido de la vieja humanidad, tan parca al ignorar cómo es posible callar. El "desprecio de sí", al que se refería San Juan de la Cruz, se convierte en la única vía posible. Un país engulle a otros o se convierte en autofágico, inspirado en la malicia, a la cual convierte en milicia, mero baile de moscas en la vasija de la miel. William Law, quien nunca pensó en Ucrania, ni en Azerbayán, ni en Croacia, ni en el Oriente Medio, ni en Ninguna Parte, escribió: "¿Qué necesidad hay de tantas noticias de fuera, cuando todo lo que atañe a la vida o a la muerte ocurre y opera dentro de nosotros?".

Santiago, 10/12/1991

Hojeo distraídamente el libro "Los raros", de Rubén Darío. De pronto descubro un golpe perfecto, cuando el escritor se refiere a Poe. Ve a New York como una metáfora tanto o más dura que los tintes desencantados que hay en las novelas de Upton Sinclair. La ciudad es algo así como "el eco de un vasto soliloquio de cifras". La zozobra se va aliando con la ansiedad, en "la sanguínea, la ciclópea, la monstruosa, la tormentosa, la irresistible capital del cheque".

Ve lo cotidiano: "Por un gran canal cuyos lados los forman casas monumentales que ostentan sus cien ojos de vidrios y sus tatuajes de rótulos, pasa un río caudaloso, confuso, de comerciantes, corredores, caballos, tranvías, ómnibus, hombres-sandwichs vestidos de anuncios, y mujeres bellísimas. Abarcando con la vista la inmensa arteria en su hervor continuo, llega a sentirse la angustia de ciertas

pesadillas. Reina la vida del hormiguero: un hormiguero de percherones gigantes, de carros monstruosos, de toda clase de vehículos".

Santiago, 11/12/1991

Se me viene, a modo de exigencia y sin venir al caso, un verso de Alejandra Pizarnik: "Pierdo la razón si hablo". ¿Por qué se mató ella? ¿Se buscó hasta no hallarse, en los alabeos del habla? ¿Excluyó toda posibilidad de entenderse a solas con las razones de la exclusión? En la amputación de lo uno y en la fijación de lo otro, en medio de las exigencias y de los malentendidos, quizás terminó por buscar un refugio que le evitara sobreentender más de la cuenta todo lo que se conoce con el vago nombre de realidad.

Hoy tengo que tratar en la clase (sobre "José y sus hermanos") el prelude de "José el proveedor". El joven ajusta su forma de pensar en cuanto el narrador termina de danzar junto al arca, apoyándose en una mirada sobre la morfología de los mitos. Se trata de ver cómo la hazaña misma, el suceso que va a vivir refiriéndolo, va a convertirse en un acto de la decisión. Es aquello que se nombra como *Thathandlung*. Aquel convertir la historia —como lo entiende Ortega y Gasset—, la historia egipcia, en este caso, en algo muy similar a una reflexión, pero en la que hay que agregar el coraje.

El problema básico del prelude consiste en sugerir un problema relativo a algo que, en teología, se halla situado con estrictez en la zona de *border-line* (he encontrado constantemente el término en el último mes). Es lo que separa la opinión aventurada, ligeramente adventicia, de la herejía. La idea de crear al hombre, ese "ángel-bestia", ¿le fue sugerida al Creador por Semaél, antes de su caída luminosa y espectacular, cuando era bienquisto en las cercanías del trono?

El problema se complica si va a agregarse a todo ello, sin entrar en profundidades, el enojo de los ángeles por la extraña disposición de Dios, quien venía a dejar a sus obedientes "mensajeros" en un segundo plano. La criatura de "mayor semejanza" se constituiría así en causa de los celos angelicales. No pudieron —o quizás no supieron— éstos que ya dejaban de ser "los" elegidos, darse a una forma de acatamiento, consintiendo en aceptar las "vías de evolución" que el Creador ponía en ruta. El "pequeño diluvio" y la "lluvia de azufre" que el Altísimo infligió "a un retoño de tal cepa", para el que poseía designios de largo alcance y, por lo demás, con la intención mal encubierta de hacer el castigo como "vehículo de nuevas grandezas", ¿no fue parte del yerro colosal? Bastó, qué duda cabe, para poner las cosas, a ojo de los ángeles, en el lugar adecuado para que la mente de Semaél —y el gran yerro de Dios— concibieran la salida imperiosa, la del extravío del alma en su primera aventura de importancia.

Leo en el diario cómo los militares defienden su costumbre de adquirir armas. Piden a la sociedad democrática, en el fondo, no tan veladamente, que limite sus planes y los usos sociales destinados a resolver el problema capital de cinco millones de menesterosos, dándoles toda la chatarra inverosímil que sirve de

acicate a las tensiones. Ya el gran Ortega y Gasset recordaba muy oportunamente, puesto a la altura de los tiempos globales, que siempre mandan, de acuerdo con la insinuación de Aristóteles *hoi hektemenoi ta hopla*, es decir, quienes tienen las armas. En cada ejército, el espíritu de Siguardo el Fuerte, aquel anglodanés, desea ver cumplida la gran aspiración: ésa que consiste en expirar bajo las armas.

Santiago, 12/12/1991

Miriam en Viena. La voz, por el teléfono, se oye como el leve suspiro de las antiguas voces del disco: la de Adelina Patti o aquel increíble, abarcador, que parecía venir de ultratumba, de la gran Lucienne Boyer. El habla me permite volver junto a ella en el conocimiento unitivo. Pienso en cómo los sufíes se aplican para abrir las puertas de las letras de las palabras, buscando el Hecho, todo cuanto la palabra representa. ¡Ah, el "yo" y el "tú"! Cuando se ama sólo ocurre una cosa: el enlace de las palabras convierte en hermosura todo el mundo visible que antes apenas podíamos ver de modo vago y divisible.

Relectura, luego de muchos años, de un bellissimo poema de Jacques Prévert, "El combate con el ángel", que alguna vez me dio las señas de un mundo del más acá que sugería ser copia del de más allá: "No te metas/ todo está combinado de antemano/ el *match* está fraguado/ y cuando aparezca él en el *ring* / envuelto en relámpagos de magnesio/ entonarán a grito pelado el *Te Deum*/ y antes de que te hayas levantado de tu asiento/ te echarán a vuelo las campanas/ te arrojarán a la cara/ la esponja sagrada/ y no tendrás tiempo de sacudirle las plumas/ se arrojarán sobre ti/ y él te castigará por debajo de la cintura/ y te desplomarás/ los brazos estúpidamente en cruz/ sobre el aserrín/ y nunca más podrás hacer el amor".

De una buena vez he dejado de hacer el payaso nouménico. No más búsqueda del adónde, o el cómo empezar, ni las ceremonias pavorosas por el libro que uno escribe. No más prosa porque respiro o porque sufro, porque amo o porque reviento. Ya están las cartas echadas. No veré más los desfiles del "¡se ha ido, se ha ido!". Nunca, por ventura, la quejicosa. Ni, querido Prévert, hacer el papel de la mula con cascabeles, con el fin de que me oigan, de que paren mientes, de que se enteren. No me pasearán desnudo por la Alameda, ni habrá fétetro que vaya tomando rumbos anómalos. Mi amor, Miriam, se ha de hallar siempre dondequiera que tú estés, aunque yo no esté. La voz en el teléfono: la vida expuesta sobre una tela en donde figuran, por cierto, tu nombre y el mío.

Santiago, 15/12/1991

La Historia cambia de piel. Rusia y todo lo demás. Triunfo de todo lo emboscado, lo que era "alteridad". Gide dijo algo en su "Diario" acerca de cómo pensar en voz baja, lo cual venía a parecerle más bien, sin la reducción al absurdo, una manera

de mentir. De nuevo nos asiste la certeza de que, estando todo ya dicho, queda todo por decir.

Santiago, 16/12/1991

José Bergamín visto por Octavio Paz: "Era un endemoniado, en el sentido que daba Dostoiewski a esta palabra cuando se refería a Stavrogin y a Iván Karamazov. No Fausto que busca el poder y pierde el alma, sino la araña sutil en sus hilos finísimos".

Santiago, 17/12/1991

El júbilo de una tela y el desplazamiento de los efectos en una línea que Klee dispara como si eso fuese nada. El juego de delgadez en un despliegue del color en una obra de Miró. El vuelo asordinado de un pájaro de Brancusi. Los enlaces entre la palabra ingrátida, que se apoya en un tono evanescente y, sin embargo, va a permanecer (San Juan de la Cruz), o la totalidad del pentagrama que se encuentra en alguna obra de Klee. Las pautas desasosegadas que caen de lleno al sonido, sin dejar sentir el ruido del patín móvil y escurridizo.

La pincelada que simula el encuentro del fagot con la melodía. Kandinsky escribió: "Parecíame a veces que el pincel, que con una voluntad inflexible arranca fragmentos de ese ser vivo de los colores, hacía nacer una tonalidad musical cada vez que arrancaba un fragmento. A veces oía yo el sonido sibilante de los colores al mezclarse. Era como una *experiencia oída* en el misterioso laboratorio de un alquimista envuelto en el misterio".

Santiago, 18/12/1991

En Lascaux hay una sección de la pintura del techo en la cual un hombre lleva una máscara que tiene la forma de un pájaro. ¿Quiere volar? ¿Quiere indicar el número de las especies cobradas por el cazador? ¿Apunta al cielo para evitar la noción del encierro? ¿Se trata de una posible, novedosa, audaz holografía que aspira a establecerse como la convicción del artista que pretende tocar el cielo o sentirse parte de él? ¿O muy remotamente nos ofrece una forma de sus deseos?

Santiago, 19/12/1991

El color es —según dice Cézanne— "el lugar en que nuestro cerebro y el universo se juntan".

Santiago, 20/12/1991

Lectura de "Carol", novela de Patricia Highsmith. La fama venida de su colección

de novelas de intriga permitió que se reeditara este viejo libro suyo. Fue escrito alrededor de 1950 ó 51. El tema: la relación física entre dos mujeres, sin otra cosa que ofrecer la imagen de una ternura posible. Lejos de ella la idea de vicio espléndido, de los vigos sáficos. Simple, algo bobalicona. No aburre, pero no leerla puede ser un gozo. No deja huella ni en uno ni en sí misma.

Santiago, 22/12/1991

Un diálogo impresionante acerca de la fe. Entre André Frossard y Jean Guitton (*El Mercurio*, 22 de diciembre de 1991). Aquél cuenta cómo encuentra su camino de Damasco. Un día aguarda, "con impaciencia", a una muchacha alemana de la que se hallaba enamorado. Como ella tarda, Frossard camina por la *rue d'Ulm*, en las cercanías de la Escuela Normal Superior, y, con el fin de no impacientarse caminando, entra en una pequeña capilla, enfrente de la Normal. El silencio es armónico y total. La penumbra se enseñorea, y un "polvo dorado flota en un rayo de sol", en medio del olor pesado del incienso.

Oigamos a Frossard: "Y luego, de golpe, sufro un impacto. El impacto de mi vida. Vuelvo la mirada hacia la izquierda. Al fondo veo surgir una luz de potencia inaudita, de una densidad inenarrable. En un instante me veo inundado: esa luz arroja sobre mí todos los colores, todos los olores. Ante esta potencia inimaginable, que reduce el resto del mundo al estado de mero vapor multicolor, yo titubeo, con los ojos desorbitados: el tiempo acaba de detenerse".

Guitton admite la verdad del relato, pero le pregunta: "¿Cómo sabe que era Dios y no un fenómeno distinto?". Frossard rememora al contestar que sobre el altar estaba el Santo Sacramento, pero no había sido él quien rompió la luz, pues ésta "venía del fondo, iluminó toda la capilla, me atravesó, entró en mí, me fundió en ella. En el primer momento, por una convicción superior a todas las certidumbres terrestres, supe que se trataba del Ser Supremo. Era una luz espiritual, inteligente, cargada de amor y de ternura infinita, dotada del conocimiento íntimo de mis menores cualidades y de mis defectos más pequeños. Esta potencia inconmensurable me dio de golpe la impresión de que conocía todo lo que yo era, desde mi pasado más lejano hasta mi porvenir, que ni yo mismo conocía. En ese momento asistí a mi propia conversión. Me vi tal como era en ese momento: un agregado de nada y de pecado. Yo no era nada. Pero esa nada se veía iluminada".

El peso de esa luz le sirvió más que los tratados de teología y le permitió mantener en sí el poder del misterio, aunque se le dijera que el cerebro puede ser "halógeno", percibiendo fenómenos luminosos. Un científico le aseguró que él había estado, en ese instante, "en contacto con la realidad fundamental, con la energía oculta de donde proviene todo el universo". Otro se declaró convencido de que Frossard se había sumergido "hasta el corazón del misterio, hacia el centro del Ser".

La luz no se fue de inmediato. Lo acompañó por un mes. "Me bastaba pensar

en Dios —cuenta— e inmediatamente estaba frente a mí, visible”. Lo demás quedó reducido a dimensiones muy menores. “Mi amiga alemana, mis padres, mis amigos, la gente que veía pasar por la calle, todo se hizo irreal para mí. El mundo entero había perdido su sustancia; era muy hermoso, colorido, agradable como un jardín, pero curiosamente sin consistencia, reducido al estado de imagen. A mi alrededor, la gente caminaba como sonámbula, marginada de este mundo espiritual en el que yo me hallaba”.

Santiago, 23/12/1991

Las dificultades que propone, a cada paso, la escritura. No se trata de cómo abordar el enigma o de esperar el soplo, sino de los usos, las inflexiones, el acento, el eludir la palabra que, por archirrepetida, produce el efecto del aguanieve en el invierno. Se vacila más de una vez con la pregunta: ¿y para qué tanto esfuerzo? ¿Vale la pena escribir en un idioma en el que otros ya pusieron la perfección? No se trata de una puja inmoderada para hacer de palo blanco en el “establecernos”. ¿Acaso conviene “tener una reputación”?

Levantar un edificio es más importante que escribir un libro. ¿Es natural padecer, perderse en la jungla, obstinarse, si al fin no se es sino un poco de viento que se extravía en la noche? “La prosa —dijo Rilke, en carta a Rodin (París, 29 de diciembre de 1908)— debe ser construida como una catedral: allí uno realmente está sin nombre, sin ambición, sin socorro: en los andamios, con una sola conciencia”.

Santiago, 24/12/1991

Me tiendo a leer, primero “Un Fénix demasiado frecuente”, la obra de Fry. Se me cae de las manos. Después tomo para releer “La bestia debe morir”, la novela policial de Nicholas Blake, que me produjo gran angustia y tensión hace unos años. De pronto levanto la cabeza y me miro en el espejo. Parece parte de un notable dibujo de Paul Klee, “Lectura sobre la cama” (1910). Soy sólo un grupo de líneas que se entrecruzan voluntariosas, muy nerviosamente. Mi ojo mide el muro y lo salta, a través de la ventana, como si fuera en procura de un imposible (ser el ojo cazador, a modo de un neblí que desgarrar el guante al salir desde la mano del halconero). Se trata, en el fondo, de permitirme “soñar una línea”. Soñarla yo. Que la línea se convierta en mi sueño. Que convierta a la línea, sin zigzaguar jamás hasta darme una posibilidad de volverme un ser inteligible.

Santiago, 25/12/1991

Los mínimos detalles: una tormenta en Navidad. Entre relámpagos y truenos releo los “Diarios. 1898-1918” de Paul Klee. En 1969, más o menos, comenté esta obra en “Ercilla”. Fue mi primer encuentro en serio con un pintor y la pintura. El 14

de enero de 1902 vio Klee a la Bella Otero, en Roma. Fue durante las variedades del "Salone Marguerita". ¿Cantaba? No estoy muy seguro de que sea lo que hacía preferentemente. Dice Klee: "Una voz más bien mala, pero tomando poses exquisitas. Y cuando empezó a tocar las castañuelas parecía ya insuperable. Una breve pausa sin aliento y comenzó un baile español. ¡Ésta sí que es la Otero auténtica! Examinándonos a todos, desafiándonos, hembra en cada pulgada; da miedo, como el goce de una tragedia... A esto se añade que de manera misteriosa, casi por sí sola, aparece un pierna rodeada de un mundo nuevo de colores. Una pierna insuperablemente perfecta..."

En el mismo año, el 6 de marzo, ve Klee a otra de las grandes "horizontales", a Cléo de Merode, "quizás la mujer más hermosa que pueda verse. La cabeza es por todos conocida. Pero el cuello hay que haberlo visto en vivo: esbelto, bastante alargado, liso como si fuese de bronce, no demasiado móvil, pero de tendones finos; los tendones que terminan en el esternón. Ese esternón y esas clavículas (deducciones acerca del tórax desnudo). Suele llevar la ropa muy ceñida al cuerpo, de modo que armonice con las partes descubiertas. Lástima que se nos niegue la vista de las caderas; con su virtuoso arte del movimiento podrían percibirse sin duda efectos de una peculiar lógica, por ejemplo al cambiar el peso de un apoyo a otro. La pierna, en cambio, la tiene uno casi desnuda a la vista, casi también el pie, calzado en forma refinada. El brazo es clásico, sólo que más fino y más variado por su vitalidad, a lo que se añade el juego de las articulaciones. En las proporciones y el mecanismo de la mano se repite otra vez más en pequeño la belleza del organismo completo".

Santiago, 26/12/1991

En 1913 vio Klee representar en München el *Pierrot Lunaire*, ese "increíble melodrama" de Schönberg. De pronto grita inmediatamente: "¡Estalla, pequeño burgués, creo que tu hora ha llegado!". El gesto a lo Jarry va a durar.

Santiago, 27/12/1991

Terminé mi pequeño libro, un trozo de música de cámara, sobre Holanda: "Escrito en el agua". Noventa apretadas carillas. Me hago una firme promesa: no agregar una línea más ni siquiera en el "momento de la verdad", a la hora de la corrección de pruebas. Sin embargo, ¡qué tentación! ¿Y si agregara los fragmentos adecuados de la correspondencia de Descartes, cuando estaba en La Haya o en Haarlem? No dejé constancia de que Rilke vio un "Autorretrato" de Van Gogh, personaje fundamental en ese libro, en 1907, y escribió que tenía mal aspecto, se veía como una especie de paladín del tormento, casi desesperado, pero no calamitoso. En la síntesis, el poeta concluye: "Como cuando a un perro le va mal".

Santiago, 28/12/1991

A veces un ocioso visita mi oficina en la Biblioteca Nacional. La frase sacramental es: "Pasaba por aquí" o "Quería cambiar opiniones". Ambas ocultan el estrato real: "¡Necesito algo!". ¡Ay, si los ojos pudieran matar! Alone me contó que se indignaba con esmerada cortesía cuando alguien invadía su soledad, sin él desearlo. Exclamaba: "¡Soy entonces una persona indignada y furiosa, y cuando uno se halla furioso no puede leer!".

La noción de ser, como decía un español, "la sardina en el ascua de alguien".

Santiago, 29/12/1991

Mientras veo leer a Miriam el libro de Gershom Scholem, "La Cábala y su simbolismo", ordeno fichas y le digo que tomé de él una hermosa leyenda judía. "Hacia medianoche penetra Dios en el Paraíso para pasearse con los Justos. Entonces todos los árboles del Paraíso prorrumpen en himnos. De la parte norte se levanta un viento, y una chispa de la fuerza del norte, el fuego en Dios, que no es otra cosa que el poder enjuiciador, salta fuera y restalla bajo las alas del arcángel Gabriel (el cual procede a su vez de esta fuerza de Dios)*. Su llamada despierta entonces a todos los gallos a medianoche. Según otras versiones, un viento del norte transporta esa chispa desde el Paraíso hasta debajo mismo de las alas del gallo aquí en la Tierra, dando lugar de este modo al canto del gallo a medianoche".

Santiago, 30/12/1991

El tema que hoy me interesa, a partir de Scholem, es el carácter de los principios cabalísticos y de los rasgos talmúdicos en la obra de Kafka. Por ejemplo, no debo olvidar esa tradición de la llave y la cerradura y las puertas que aparecen en Orígenes. Éste piensa que un sabio hebreo, tal vez rabino de Cesárea, explicó que las Sagradas Escrituras "se asemejan a una gran casa con muchísimos aposentos, y que delante de cada aposento se encuentra una llave, pero no la que conviene. Las llaves de todos los aposentos están cambiadas, y la difícil y al tiempo importante tarea consiste en encontrar la llave adecuada".

Miriam me asegura que por lo menos Kafka debe haber tenido una relación oblicua con los dos textos. Si bien las lecturas pudieron no ser globales y sistemáticas, en su familia había una tradición, un trasfondo conservador religioso. Es posible que la tradición oral llevase agua para su molino y las parábolas pudieron ser semillas que fueron en el viento.

* El texto se refuerza por vía etimológica. Gabriel es "fuerza de Dios": *gabher* es "gallo", y *gaburi*, "fuerza" (en el "Zohar" es la fuerza de los poderes enjuiciadores).

La noción de las culpas, ¿es propia, en parte por lo menos, del ritual judío? Que exista el "Día del Perdón" ¿se refiere sólo a nuestra posición frente a quien fue ofendido por nosotros, o tiene, además, un carácter de contrición por nuestras culpas o yerros que permitieron el agravio? O bien, en Praga, el sedimento cristiano se entrecruzó con los valores textuales del judaísmo de Europa Central.

Hablamos, en seguida, de los profetas. Miriam dice que Scholem pone en entredicho la noción del profeta como místico, que a mí, en el caso de Kafka, me parecía una salida, bajo la noción del Jeremías confundido, que tiene miedo de acertar. Todo profeta puede ser un místico, al decir de Scholem, pero muy bien puede no serlo. No se requiere la noción de que A y B no puedan ser uno al mismo tiempo.

Le recuerdo que en el libro ya clásico de Beatrice K. Rattey ("Los hebreos", Oxford University Press, London, 1931), los capítulos VII y VIII y parte del X se refieren a los períodos que van desde el 933 a 721 antes de Cristo ("Los profetas del reino del norte"), y 933 a 586 ("Los profetas del reino del sur"). En el capítulo X ("Los profetas en el cautiverio") hay datos sobre predicción y cumplimiento. Todo el texto advierte que los profetas son muy precisos "en el desarrollo nacional y religioso del pueblo hebreo" y van dando forma a una idea, la de "preparar el camino a una revelación más plena de la voluntad de Dios".

Es posible que en el Antiguo Testamento, compilado en etapas distintas, tomadas de varios pueblos del Asia Menor, con mezclas de fuentes y de personajes, haya decenas de interpolaciones, a partir de una extensión de los mitologemas (como en el caso del "Libro de Job", del cual se ha ocupado espléndidamente C. G. Jung). Lo que no está en duda ni puede ponerse de lado es que no siempre las profecías se cumplieron y pudo haber más tarde agregados que se destinaron a hacer posible la relación entre la exposición profética y los hechos en sí.

No se trató siempre de que el profeta fuese un "inspirado", porque en ese caso no lo habrían expulsado de Jerusalén, como sucedió con Jeremías, sino que pudo aparecer como un "suertero", una especie de hombre de Dios que a veces acertaba y a veces no. Thomas Mann, que se documentó con seriedad para "José y sus hermanos", ha escrito: "La mejor prueba de la autenticidad de una predicción es su inexactitud".

Santiago, 31/12/1991

Ya no más balances de fin de año. Uno cree reinar sobre su yo y sentirlo, al decir de Barthes, como la "pequeña propiedad cuya llave posee". La convención de castillo y cerradura, de casa de campo, de alquería, de pestillo o picaporte puede convertirse por nuestros afanes en parábola bella o en farsa ridícula. Me instalo en el cruce de dos años, y sé que la ruta indica el lugar de los días que vienen, con la continuidad de la perfecta alegría.

Santiago, 1/1/1992

Dual, engañoso, el "Diario" es un doble. Me permite asistir a mis cambios. No sólo muda uno el punto de vista sobre el mundo, sino el sistema de conjeturas. El constante, el que no muda su idea del mundo, merece el carácter de antinatural que le atribuye el gran Montaigne. Lo ve en hipérbole como un "Coloso inmóvil e impasible". Uno se deja caer sobre la página, a diario, y se observa. Czeslaw Milosz habló una vez de "pieles secas de serpiente". Quizás mis "Diarios" no sean sino eso.

Santiago, 2/1/1992

Nombres de flores que viven con el nombre de algunos de sus observadores: "dalia" (por Dahl), "magnolia" (por Magnol), "buganvilia" (por Bougainville).

Santiago, 3/1/1992

Murió Radomiro Tomic. Debió haber sido Presidente de Chile. Su posición fue siempre recta, justa y honorable. En el diario de hoy veo a dos rabinos que juegan en Jerusalén con un mono de nieve. Una escena de Chagall. Yeltsin se está convirtiendo en un tipo tan desagradable como ciertos malvados de las novelas de Dickens. Me da la impresión de que su supuesto pragmatismo es indeseable y tiene el arcaico sabor de la Duma. En cambio, veo a Sheverdnaze irse instalando como una figura política real, honesta y moderna.

Santiago, 4/1/1992

En la radio, de repente, una versión "modernísima" de un viejo tema de amor: *My Foolish Heart*. ¡Cuántos recuerdos! La invasión continua del yo-tú en la fiesta continua del amor. Al modo de Leonardo uno se entregaba al amor en el verano, dueño de un *parlare eloquentissimo*. Hasta que venía el fin de las ilusiones, el borrón, la cuenta nueva.

Santiago, 5/1/1992

Sin los viejos desgarros del yo, releo mi "Diario" de 1952. Soy, en ese tiempo, el hombre primitivo, no el primate esencialísimo, pero no el deseable, el dichoso "hombre en forma". Siento entonces, quizás entre líneas, un pequeño arrebató, una módica desesperación. Vuelto al hoy, trato de encontrar ahora el texto de Bachofen, "El mito de Oriente y Occidente, una metafísica del mundo antiguo". Quiero comprobar cómo él buscaba la verdad de las "proporciones eternas".

Santiago, 6/1/1992

¿Se le puede ocurrir a alguien llenar su tumba con alimentos, como lo hacían los antiguos? Me pregunta T. si yo desearía que un puñado de libros me acompañaran en el último viaje. Le digo: no hay viaje en las postrimerías. Después le doy a leer un poema de Cavafis que está muy bien como un juego retórico con lo relativo a los homenajes fúnebres, "Tumba de Lisias el gramático" (1914): "Muy cerca, a la derecha, según entras, en la biblioteca/ de Berilo enterramos al sabio Lisias,/ el gramático. El lugar es muy adecuado./ Lo pusimos junto a eso que quizás también allí/ lleve su memoria —escolios, textos, filología,/ escritos, un cúmulo de erudición griega en muchos volúmenes—./ Y por igual, podremos ver y venerar/ la tumba cuando pasemos ante ella, camino de los libros".

Santiago, 7/1/1992

Anna Freud. Una biografía suya por Elisabeth Young-Bruehl. Me interesa saber sobre esta mujer notable a quien, en su vejez, Freud, su padre, llamó "Anna Antígona".

Santiago, 8/1/1992

Buscar un artículo breve de Freud, escrito hacia 1936, que llamó "Un trastorno de memoria en la Acrópolis".

Santiago, 9/1/1992

Las compensaciones de la vejez. Anna Freud decía que todos cuantos han sufrido timidez e inhibiciones durante sus años juveniles, o falta de confianza en sí mismos, logran comprobar —no sin sorpresa— cómo al envejecer comienzan a entenderse y a gustarse más, a estar más contentos con lo que son y a ser mucho más tolerantes con los demás. No es peor tenerse a uno mismo entre las irreales "maravillas" de la infancia que en medio de los "agrados" globales de la edad adulta.

Santiago, 10/1/1992

Conocí, por un deber social, a dos pelmazos irremediables. Les oí hablar vanamente de algo que Balzac habría llamado "la vida elegante", como si fuesen narradores libertinos de los días de las "Relaciones...", de Choderlos de Laclos. De algún lugar me vino la expresión precisa, aunque no recuerdo en qué libro la leí: "Si hubieran sido libros, no los habría leído...".

Santiago, 11/1/1992

En mí hay pisos removidos que producen mucho dolor.

Santiago, 12/1/1992

He leído que, poco antes de morir en el hospital, Antonin Artaud luchaba por resistir de pie a la muerte. Se oponía sin vacilaciones. No quería que entrara.

Santiago, 13/1/1992

En una fotografía de la primera página de *El Mercurio* se ve a un grupo de enfurecidos rusos que se niegan a aceptar los resultados del neoliberalismo de Yeltsin, y la puesta en escena de la libertad sin dinero y sin protección. Las pancartas y los retratos de Stalin revelan la nostalgia de otros tiempos. En el fondo, como suele ocurrir, las ranas que pidieron otro rey a Júpiter se desmandan porque la grulla los picotea y devora, según cuenta la fábula. Así es la vida. Me produce indignación leer que, en Cracovia, se agotó una edición de *Mein Kampf*, el libro de Hitler, y que se prepara rápidamente otra edición. El antisemitismo polaco, azuzado por un catolicismo arcaico y por los fantasmas del hambre, de la cesantía y del descrédito político vía Walesa, llevan a los polacos a descartar todo suplemento de alma. Así va quedando al descubierto lo que es visible en los signos que uno advierte cuando va a Polonia: el odio al judío.

Santiago, 14/1/1992

Releo algunas novelas de Aldous Huxley ("Contrapunto", "Esas hojas estériles", "Con los esclavos en la noria"). Si bien ya no me produce la admiración y el asombro de hace cuarenta años, me agrada aún cómo va lejos, atándose la pata, liándose con la cultura, desafiando todos los obstáculos. Sus personajes-ideólogos, altavoces de la cultura de los treinta, no quieren sino desembrollarlo todo, incluyendo en ello el vivir. Me parece haber leído en una página de Miguel Delibes que en España el "pensador" se conforma con marchar por la vía del ensayo y no requiere, para ello, "hacer" novelas. No es una crítica que él haga a Huxley, sino la forma práctica de una afirmación muy hispánica, terminante, acerca del "como queda demostrado".

Santiago, 15/1/1992

Lectura de "La corte de Versalles", por Jacques Levrón. Uno de los clásicos libros acerca de la vida cotidiana. Hay un párrafo sobre la venta de cargos en la época de Luis XIV que sirve para ver cómo ese capital va a engrosar la nulidad: "Uno de los procedimientos más habituales del Secretario de Estado para las Finanzas, para procurarse recursos, consistía en pedirle al Rey la creación de nuevos cargos y oficios que eran vendidos (como lo son todavía hoy los puestos de escribanos, abogados o comisarios testadores). Esos cargos se cotizaban en altas sumas. Tenían remuneraciones mediocres, pero daban a quienes los adquirían privile-

gios honoríficos, consideraciones, excepción del impuesto a los plebeyos, a veces los medios para ascender a la nobleza eclesiástica o de cargo, y también formalizar un matrimonio acomodado. He ahí por qué el Rey encuentra siempre gentiles hombres dispuestos a convertirse en funcionarios de las carpas de Su Majestad, jefes de Garrafas de la Reina, capitanes de las Fantasías. '¡Toda vez que Vuestra Majestad crea un cargo, Dios inventa un imbécil para comprarlo!'. Estos términos de Pontchartrain son el reflejo de una realidad cotidiana". De aquí, del mundo de los trepadores, se toma el núcleo de los banqueros, perfumistas, dueños de tierras o notarios que vemos en la futura obra de Balzac.

Los Ángeles, 16/1/1992

Crucé la plaza, vi el Liceo, me encaminé a lo que era mi casa, y ya la habían cambiado. En lugar de ella se levantaba un edificio absurdo, sin los días, los meses y los años que viví en ella. Sin los primeros poemas que escribí, ni el viejo amor de invierno, ni las fuentes sagradas del conocimiento. Sin mis padres. El ligero brindis de complacencia que me exaltaba es ya el círculo místico del vacío. No seré más aquel jovencito "idéntico a nubes" del poema de Luis Cernuda. Es el mundo de la atonía humana y lo fantasmal que me zarandeo. Es algo que hay en los tangos "Ninguna", y "Nada", y "Casas viejas", y "Trenzas", y "Yuyo verde". En fin, *la vie se passe*. Tan sólo, ahora, trato de verme en todo eso, en las fantasías de grupo, en la lectura de "Victoria" y de los relatos de Somerset Maugham. Me parece oír la campana del Liceo y a mi madre que me dice, pasándome la chaqueta: "¡Corre, ya van a cerrar!". Ahora, mientras leo la novela de Henry James, "La fuente sagrada", mirando desde el hotel del salto del Laja, doy con la clave de este Los Ángeles de hoy. Lo dice James. Le ha sucedido que no le ha pasado nada. Se aburrió la ciudad de ser como era y sigue siendo igual a sí misma y cuando decidió torpemente cambiar, lo hizo a mis espaldas.

Frutillar, 17/1/1992

Sigo pensando en el salto del Laja. Algo acerca del viejo hervor de las flechas indígenas, la impronta mistraliana sobre el agua que cae. Hace cincuenta años, desde muy cerca, veía a los espinos vivir a salto de mata. Frutillar es regulado por la costumbre. Los alemanes que vinieron a colonizar pusieron su empeño en alisar la tierra, aventando el bosque, quitándole sus enigmas. Era el tranco largo y constante, el himno del hacer. No hay ahora —y quizás nunca lo hubo— ensimismamiento en las personas. Trabajan, comen, siembran, van a la iglesia, recuerdan (y dejan amarillear las fotografías de los antepasados en los muros). Son firmes y gentiles, pero en los primores de los ensayos de la cortesía hay algo que permanece inmutable, en el interior de cada cual. El viento golpea el lago, que va laminándose al anochecer. El olor de las frutas invade las calles.

Frutillar, 18/1/1992

Puerto Varas es el mundo sin movimiento. No se oyen gritos ni hay destemplanzas: todo parece presidido por la sordina. Los inocentes y los extravagantes son aves de paso, y la sensatez se presenta como el punto de equilibrio. Los saltos del Petrohué parecen tener menos fuerzas que antes. Llegan los buses y se bajan las cortes de los milagros; todo se convierte en fotografía. Los colihuachos molestan como siempre, irritan, descomiden, confunden. El cruce del lago Todos los Santos no tiene el carácter de descubrimiento que me dio la visión de la adolescencia. La falda del volcán Osorno se aligera y no da en embriagarse en contorsiones. En cambio el Puntagudo echa al aire su cumbre deforme, ramificada, nerviosa, y parece dar grandes zancadas hasta trepar en la cumbre.

Frutillar, 19/1/1992

Soné con bultos. Formas humanas ensacadas están ahí, un ahí sin lugar, sin cuerpo, sin sombra. Parecían sustitutos de los hombres y de las mujeres que fulguraron alguna vez en el amor y en la amistad. La tradición de la muerte se me venía encima en imágenes, sin relieves, brutalmente. No eran parte de la creación, sino más bien del anonadamiento, del fin, de la anulación. Era el peso de la nulidad. Un adiós a todo eso que no sabía bien qué era.

Notable retrato de Lady John, por Henry James ("La fuente sagrada"). Era "como un sombrero que se ladease sobre el busto de Virgilio". Su información era "decorativa" y casi "tan fuerte como una capa de barniz para muebles", y en las conversaciones recordaba al payaso "que entra de un salto en la pista".

Me llama la atención cómo, aquí en el sur, ignoro limpiamente lo que sucede a mi alrededor. El nivel de intensidad de la reflexión se reduce a un mínimo y me esfuerzo por no aplicarme, desplazando aquello que podría servir de fuente de exploración. A veces, me basta con el silencio.

Frutillar, 20/1/1992

Mi pasado como enigma o acertijo. Quizás tan sólo un rompecabezas. Hoy logro entender que la felicidad me viene de poner en recomposición todo lo que soy. Al amanecer, recién despierto, recuerdo que, en 1948, durante el viaje de estudios del sexto año del Liceo de Temuco, en el hotel de Puerto Varas, Blanco al piano, Ovidio Attens en la batería y Molina en la trompeta, nos pusieron de oro y azul con versiones de "La novia de nadie", de "Personalidad", de "Sin embargo", de "Tiempo tormentoso" y de "Polvo de estrellas".

La vida de esos años consistía en dejarse estar, en evitar cualquier meditación sobre la eternidad o sobre el paso del tiempo. Teníamos la vida por delante, ¿a qué pensar sobre el privilegio de estar vivos? Las miradas sobre lo real parecían pompas de jabón. Todo se escurría, y uno podía quedarse viendo con tranquilidad

el desvanecimiento de los hechos. Sin embargo, yo vivía en los libros, leyendo, por ejemplo, el inventario de las naves que tomarían parte en la guerra de Troya —según Homero— o las tristezas de la eterna María, heroína de trenzas dispuesta a sentir el amor como si no fuese un hábito. No podía mantenerme al margen de los hechos que ocurrían en los libros y, presumo, hasta pensé que eso era lo duradero, la verdad absoluta, la norma de la realidad.

Una bandurria aletea sin concierto y se posa en el techo. Abajo, el lago Llanquihue se ve quieto. Comienzo de una relectura: "La vida de Jean Santeuil", por Marcel Proust. Maurois dice que en este libro hay menos artificio que en el otro, "En busca del tiempo perdido", pero también menos arte. Sin el impulso de la fría magdalena, el narrador convierte el relato del pasado —con la visión del beso de la madre— en una secuencia común. Sin embargo, la novela, endeble, con rellenos y tanteos evidentes tiene altura aún en sus vacíos y desmoronamientos. Las observaciones sobre la pintura han de servir, por ejemplo, para la composición de "En busca del tiempo perdido"; Jean, mirando con ojos secos a su madre, de frente, sintiendo el peligro de vida o de muerte que aparece ante él, halla un modelo: aún antes de luchar por sí mismo, no podía escapar a ese instante de conversación a solas con una realidad más seria, más grande que nosotros, "ese mismo hecho invisible e innegable que mira fijamente ese coracero de Géricault, quien, herido de muerte, mantiene todavía su caballo y antes de tratar de levantarse o de caer del todo, mira de frente al desconocido terrible que suplicia su cuerpo con todas las torturas del dolor supremo".

Se cumplen cincuenta años de la reunión de Wannsee, en un suburbio de Berlín (20 de enero de 1942). La presidió Reinhard Heydrich, jefe de la Policía de Seguridad, y el objetivo consistía en poner en práctica el principio de la eliminación de 11 millones de judíos. Era la "Solución Final". Leo en *El Mercurio* una carta del doctor Mario Suwalsky en donde precisa: "Los acuerdos adoptados comenzaron a ser ejecutados en marzo de 1942, cuando los primeros judíos provenientes de Eslovaquia fueron integrados en el campo de exterminio de Auschwitz y los del *ghetto* de Lublin en Belsen, iniciándose así el irracional proceso de exterminio de seis millones de judíos".

Si bien hoy en la Villa Wannsee berlinesa los partidos políticos se han reunido con el fin de recordar a las víctimas del plan, no es malo tener presente, como lo hace la presidenta del Parlamento, que algo de ese viejo espíritu racista se repite, pues las bandas neonazis realizaron 2 mil 300 ataques en contra de turistas extranjeros durante 1991, posibilitando la noción de amenaza constante sobre la democracia, en una "recaída en la inhumanidad". Hoy, el 62% de los alemanes no se sienten responsables por lo que ocurrió en el pasado.

Vuelvo a Proust. Ya en la anticipación del ceremonial de la casa de la tía, en Illiers, y "del" lado de Swann, el jardín colma con su "deslumbrante poesía" este primer esbozo de la novela. Hay un párrafo que evita el deslumbramiento, aceptando el misterio del juego voluptuoso: "...y sólo el pequeño pulmón fina-

mente organizado de los pistilos que estaban en el corazón de la flor, como una especie de coro misterioso y oscuro en el seno de una flor deslumbrante basilica, solamente la visión de esos pistilos nos proporcionará más placer, despertará en nosotros más amor, que la visión de las flores más bellas del mundo".

El fervor de las lecturas del niño vuelve viviente, en el recuerdo, la pasión, y "muchas cosas que no comprendemos, hacen de los acontecimientos de los libros, como de los acontecimientos de la vida, a esa edad, una especie de sueños en que ciertas partes permanecen oscuras. Pero no por ello somos menos capaces, en todas las partes que comprendemos, de unas emociones más agudas, que ya no tendremos más tarde. Y con algo más inexplicado, que agrega tal vez cierto misterio a su encanto, esos personajes de las novelas que hemos leído siendo muy jóvenes, conservan para nuestra imaginación, un atractivo que no podría quizás devolvernos la nueva lectura del libro, ahora que comprenderíamos más y sentiríamos menos".

Puerto Montt, 21/1/1992

Angelmó. Irritación con la mala calidad de la artesanía de pacotilla. Las cocinerías forman parte del color local. Algo así como desear que pensemos en los mariscos como los frutos del rito.

En 1952, durante el verano, vi a Pacheco Altamirano, vender aquí, en un hotel, sus vistas de Angelmó, sus marinas, los infinitos cuadros recompuestos con la costumbre de una que otra variación en la línea, en el matiz o en el color. A las diez o doce obras serias que produjo fue agregando el texto en serie, industrial a veces, tenaz, insistente, suelto en la domesticación de la mano y del ojo. La vida ya no estaba en sus pinturas, sino en otra parte. Lo que iba apareciendo tenía la gracia cansada de un picotazo de bandurria, pero los estremecimientos, el dolor, la intensidad se habían borrado totalmente.

Frutillar, 22/1/1992

A expensas del "Jean Santeuil", Proust pudo ver crecer el embrión. Los primeros bosquejos de personas los convirtió en figuras inolvidables. Sin embargo, al abrir el salón cerrado de ese mundo dejó que comenzara a entrar el genio y a instalarlo a vivir en la temporalidad. Un párrafo me sorprende: en él se quiere presentar el amor y la ambición de Desroches, todo debido a (o por) su mujer. Es perfecto: "Amaba tanto a su mujer que quería poder darle lo que le parecía más hermoso en el mundo: una gran posición social; como ese juglar del que ha inmortalizado Anatole France la piedad ingenua y que como no sabía nada que pudiera hacerle más honor a la Santa Virgen, daba saltos mortales frente a su altar".

El camino a Ralún concentra grandes poblaciones de árboles. Las quilas se aprietan y el espectáculo de las alturas en donde se hallan los débiles matorrales como coronas de un rey destronado, sin más, a empujones, envía la imagen de

los cercos naturales de los arbustos que oscilan, movidos por el viento. De pronto, las enormes hojas de pangue ofrecen el asentamiento coloreado de las nalcas. Abajo, ríos sin caudal, pedregales, y, de cuando en cuando, el río Puyehue. Al llegar a Ralún, se divisa la ruta de agua que conduce hacia el seno del Reloncaví.

Al volver a Ensenada, el espacio natural de Laguna Verde, los árboles y el resto del escorial de lava de la erupción de 1835. Es el momento en el cual el Parque Pérez Rosales ofrece la imagen del sitio en donde no hubo interrupción en el crecimiento natural y espontáneo. Es, quizás, el mundo que hollaron los colonos alemanes a su llegada a Chile, la fuerza tranquila que se describe en "Recuerdos del pasado". De cuando en cuando hay claros en los bosques; un incendio dejó el muñón de un raulí o los despojos del olivillo o de los ulmos. La devastación es el impulso primario del fugitivo de la civilización, o del que aún se halla a gran distancia de ella. El silencio de los espinos rosados y los deleites de los olores: la murtila, la ciruela, el guindal cargado o los colores fantásticos que parecen destellar en medio de las lamparitas rojas de los chilcos. Rosas rojas y amarillas se cansan de cumplir severamente su función de dueñas de casa y dan el estado de reposo y abandono, en un costado en donde las vacas aguardan para saber qué ocurre con el viento o la lluvia, en esos potreros que se encuentran a la vera del camino.

Se me aparecen ahora en la memoria dos pavos reales que, sin brillo especial, paseaban por el lecho del hotel, junto al Salto del Laja, picoteando la totora. Ahora, el imperio del amarillo: los botones de oro; el yuyo que recorta el tedio, instalándose entre los durmientes de la línea del tren. Los duros pellines abren guardia de honor al sol.

Frutillar, 23/1/1992

El narrador de "Jean Santueil" recuerda cómo se desconsoló con moderación al conocer a Pierre Loti, pues le oyó decir que nada había más importante que estar bien vestido. Entre sus aficiones figuraban, como número puesto, los caballos, y ¡mal de males! —si cabe—, explicó que odiaba la lectura. Se fija en los lugares en donde solía veranear Honoré de Balzac (Jardies, La Grenadière, Frapesles), en sus miradas a los viñedos llenos de sol, y verlo escribir allí le permite la evocación: Balzac "trabaja solamente a la hora de comida, ebrio, loco de todo lo que ha escrito, con la mirada todavía fija, los movimientos algo exaltados, desparramando sobre cada cual un poco de su exaltación y de su enternecida alegría...", y Proust cree que se trata de un gran escritor que, fijos los ojos en la realidad, "escriben para ella y no tienen nunca una forma que perfeccionar". Balzac era para Proust un *snoob*, pero "el trabajo le hacía pasar tantas horas más con personajes imaginarios" que, al concluir la jornada, "la gente de sociedad readquiría para él su importancia". Siente que Balzac ama, por encima de otros, esos libros "que menos nos gustan", "El lirio en el valle", "El médico de campo", y siente cómo se ve obligado el lector a estimar más aquello de lo cual carece antes que lo que se tiene.

El cierre de la reflexión se refiere a la relación entre "vivir" uno su obra y "escribirla". Así, "cada vez que un artista en lugar de poner su dicha en su arte la pone en su vida, experimenta una desilusión y casi un arrepentimiento que le señalan con certeza que se ha equivocado. De manera que escribir una novela o vivirla no es exactamente lo mismo, dígame lo que se quiera. Y sin embargo, nuestra vida no está totalmente separada de nuestras obras. Todas las escenas que les cuento, las he vivido. ¿Cómo podían valer menos como escenas de la vida que como escenas de mi libro? Es que en el momento en que las vivía, mi voluntad las conocía en un objetivo de placer o temor, de vanidad o maldad. Y se me escapaba su íntima esencia. Aunque hubiese fijado fuertemente los ojos en ellas, igual se me hubiera escapado".

No hay nada más hermoso que hallar en nuestro cuarto, sobre la mesa, junto a la ventana que mira al lago y nos permite ver el centro del volcán, dos rojas rosas puestas en un viejo vaso de cristal. Hace tres noches hubo luna llena, cerca de las montañas, y se permitió subir con gran rapidez y dejar que la estela hiciese una línea ancha en el agua. La extensión de nuestras miradas tenía mucho que ver con la concentración. En la mesa, por el costado derecho del sitio en donde se halla este conjunto de hojas amarillas en las que escribo, se congregan varios volúmenes de novelas cortas y cuentos de William Irish, "La fuente sagrada", de Henry James; "Imperios perdidos", de J.B. Priestley, a quien oí, hace muchos años, exponer en Valparaíso sus ideas sobre el teatro y el tiempo. Semiabierto, el libro de Proust envía este párrafo: "Si se encontrara uno en el cuarto de su hostería, en una provincia alejada, con las poesías de Alfred de Vigny, los "Ensayos" de Emerson y el "Rojo y Negro", ¿no creería estar en presencia de un amigo, lleno de uno mismo, con quien tendría ganas de conversar?".

Frutillar, 24/1/1992

Rumbo a Calbuco. Comienza, no bien se sale de Puerto Montt, a aparecer en serie el mundo de la casa con tejuelas de alerce y los muros cubiertos con cuadrados, hojas dentadas y rectángulos. Los viejos rasgos de las construcciones lacustres, levantadas sobre unas aguas que hoy no están, impugnan el sentido del palafito. Las pequeñas iglesias dejan de percibir el arrebató tímido de los fieles que cantan, que se vuelven íntimos con Dios en la oración. Afuera, por allí, revientan los chilcos; algún ciprés de las Guaitecas se corona monarca de sí mismo y, sin demora, los pellines se aferran a su carácter, eludiendo el espíritu del dominador. Calbuco, unido por un puente y un camino al "territorio", ya no se exime de la unidad cabal con el orden del miserabilismo cultural: el club de videos, los *slippers* y el habla de la tribu capitalina. Los caminos pedregosos fatigan y el seno del Reloncaví se convierte en una mágica invocación del paisaje, que admite extrañamente una mezcla de la realidad con el espíritu invisible de los conjuros y de los mitos.

En "Chile Ilustrado" (1872), Recaredo Torneró cuenta que en Chiloé, donde

se hace imperioso el poder de los hacheros que derriban árboles con fortaleza y sin rubor, como cruzados que forzarán un minarete o dejarán en el suelo a una mezquita, la moneda circulante era, entre los ricos, la tabla de alerce. Dice: "Hombres, mujeres y niños la llevan a cuestas, así como nosotros llevamos nuestros portamonedas en el bolsillo".

En medio de las ostras, de los frutos del mar, preparados al modo de quien admite como impar libro de cocina algunos textos de las odas nerudianas, sin regateos, con el respeto que merecen los golosos, devoramos sin las entradas de la dejadez y el hastío. En Calbuco, se tienen a la vista los adornos hechos con las maderas de las casas y el jugueteo arrobador de las tejuelas de alerce. En 1882, habló del mismo asunto que Tornero el insigne Pérez Rosales: "En Calbuco —expone en "Recuerdos del pasado"—, se encontraban los dependientes y las tiendas de los almaceneros de Ancud y, como el dinero no se conocía en aquellos lugares, habían inventado para facilitar las ventas al menudeo, la 'moneda-tabla', que era entre ellos la unidad y tenía el valor nominal de un real de la antigua moneda".

Frutillar, 25/1/1992

"Los lugares —escribe Proust— son personas, pero personas que no cambian y que a menudo volvemos a encontrar después de mucho tiempo, asombrándonos de no encontrarnos iguales o, especialmente, asombrándonos de no encontrarnos idénticos sin haber hecho nada desde que los hemos dejado, sin haber hecho nada para acercarnos a la dicha a la que nos invitaban sus aguas tan azules, tan infantiles entonces como hoy. Los lugares son personas a las que la humanidad que está en nosotros ha dado una fisonomía; no humana, porque es una fisonomía de lugares, pero una fisonomía de persona, de persona que se configura con una catedral sobre un acantilado, un hundimiento de estuario en lejanía, unos campos elevados cuando sale afuera, después de la pequeña ciudad. Fisonomías que hace que nada pueda reemplazarlos, que pensemos muy a menudo en el placer de volver a verlos, fisonomía que está tanto en ellos como en nosotros, que nadie sino ellos podían darnos, pero que nadie más que nosotros tal vez pueda darles, a tal punto que la conservarán después de nuestra muerte".

Hay un momento que se convertirá en sonido anunciador de la futura novela total de Proust. Se trata de un motivo, el de situar a la comida como fundadora de un prestigio común, del nivel que proyectan los museos y las bibliotecas, colocando la condición estética como una solicitud que se hace a la plenitud de la vida. "Hermoso museo, una comida —escribe—, cuando ese sabor a agua de mar, del que, en nuestra ciudad mediterránea, soñábamos hasta sentirlo, nos es presentado, casi fácil de tocar, húmedo en la flor de la copa plateada y pedregosa, cuando el color de un vino brilla como el color de un cuadro bajo la transparente protección del cristal, cuando los platos traídos sin descanso, en fuentes de plata, a la mesa deslumbrante, nos dan en una hora la sensación directa y plena de esas

diversas obras maestras, para las que el deseo de una sola basta para llenar de encanto una hora de ocio y apetito. Aquí, como en los museos, como en las bibliotecas, no es sólo nuestro inmenso deseo de una cosa soñada que nos la presenta y que nos da traducidos esos juicios de Ruskin sobre Rembrandt, que tanto deseábamos conocer y para los que habríamos aprendido el inglés, esas nubes de Turner por las que hemos querido atravesar la Mancha, ese Fontainebleau que existe en un lugar en que, vaya uno adonde vaya, está en Fontainebleau”.

En *El Mercurio* de hoy se reproduce un texto de Jacques-Pierre Amatte, tomado de *Le Point*, acerca del último libro de Ingmar Bergman, “Imágenes”. Si bien se contó a sí mismo en el cine y nunca ha dejado de relacionarse con él, busca otros niveles de apertura en el conocimiento tomando por guía el libro. “El arte —escribe ahora— es libre, impúdico, irresponsable...”. Y el movimiento es “intenso, casi febril”. Se le figura “una piel de serpiente llena de hormigas. La serpiente está muerta desde hace mucho tiempo, vacía, privada de su veneno, pero su piel sigue moviéndose, llena de vida diligente”.

Se acepta ahora “como un prisionero que, tras una larga condena, de repente desembarca en medio del ruido, los aullidos de la vida”, y está presionado “por una curiosidad imposible de refrenar”. Entonces anota, observa, poda, delimita, mira por todos lados sabiendo que cuanto existe resulta para él “irreal, fantástico, aterrador o ridículo”. Al atrapar una pelusa en el aire cree que puede hallarse frente al comienzo de una película. Se pregunta si ello es importante y piensa que no: “Voy y vengo con este objeto que me pertenece, que yo mismo atrapo, y me ocupo de él con alegría o tristeza. Me junto con las otras hormigas, hacemos un trabajo colosal. La piel de serpiente se mueve. Y esa, sólo esa, es mi verdad”.

El “soñador herido y astuto” se convierte en artista de sus sueños. Quien vivió siempre “constantemente torturado por el deseo, el miedo, la angustia y el cargo de conciencia”, parece haber ajustado su cuenta con el sentido de culpa del espíritu religioso bebido con la leche en la infancia. Ahora es capaz de hablar “el idioma de un mundo, el suyo, hasta lograr una comprensión básica, la que lo lleva a ver cómo se parece él a otros”.

Frutillar, 26/1/1992

Una crónica de Hernán Rodríguez (“Mala memoria”) en *El Mercurio* (24 de enero de 1992). Se lamenta por el fin de un pasado histórico. Es la ausencia de memoria histórica el gran daño colectivo que se inflige a nuestro ser nacional. “Reveladores los recuerdos o la carencia de ellos —escribe Hernán—. Sin considerar la literatura, la historia escrita o el discurso patriótico, recorro la calle y el paisaje donde los testimonios materiales se ven, se tocan. Donde desaparecen, se conservan o deterioran. En Chile, a la buena de Dios. Suelo pasar por la calle Merced frente a la casa del presidente Manuel Montt y de su hijo Pedro, también mandatario. Ruinosa. Un doloroso golpe a la memoria nacional”. Y agrega que de día en día

van desapareciendo parte de la ciudad y de los barrios. Lo resume así: "Venta, demolición, cambio y fuera. Las comunas de la capital, en algunas enfermizamente. El resultado es un vecino sin brújula ni referencia, como nómada primitivo, desconfiado de echar nuevas raíces. Pasa con las instituciones. Sin memoria, o con poca. Demolieron el 'Tacna', antiguo Cuartel de Artillería; ahora le tocó el turno al centenario Cazadores, en avenida Antonio Varas. Un aviso reciente comunica la licitación-remate, entre otros, de la estación de Caldera. Así no más. Se olvidó poner construida en 1852, primera estación de ferrocarril en el cono sur de América".

¿Hasta cuándo? Joaquín Edwards Bello recordaba siempre, con énfasis, que el obrero chileno construía bien, pero demolía mejor. Nos aflige exigirnos una voluntad de preservación del legado y de los patrimonios, pero, al oír sonar unas monedas, el tradicional convierte en dinero constante y sonante lo que era su orgullo. Vende, tratando de convencerse a sí mismo de que es preciso aullar con los lobos y dar carácter de arcaísmo a lo mejor que teníamos. Las desapariciones constituyen un agravio. Haber visto desaparecer la casa de Meiggs en la Alameda, hallar que la casa de Manuel Montt se viene abajo, saber que el gran cine Carrera es hoy un conjunto de detritus de la mecánica irracional, la de los automóviles, no hace bien a Chile. No se trata de glorificar los oropeles falsos, sino de mantener, en parte siquiera, lo que es fundamento de nuestra vida cultural.

Vuelvo a Marcel Proust, libro en el cual me he demorado con intención, es "Jean Santeuil", que corresponde a la última década del siglo pasado. Proust vaciló en llamar "novela" al conjunto e hizo mención, con agudeza, al problema de la obra literaria. "¿Puedo llamar novela a ese libro?" —se pregunta. Y responde: "Quizás sea menos y mucho más, la misma esencia de mi vida recogida, sin incorporarle nada, en esas horas de desgarramiento en que transcurre. Ese libro *nunca fue compuesto, fue cosechado*". André Maurois dice que la cosecha ocurrió "a la buena de Dios", en medio de personajes que aparecen y desaparecen, alejándose del monumento druídico, idea que es la central de "En busca del tiempo perdido". Tiene la misma relación que existe entre las obras de juventud de Cézanne o de Van Gogh y el trabajo compacto, perfecto, de la edad adulta. "Jean Santeuil" es, al decir del propio Maurois, "una breve frase de violín". Me aguarda ahora la lectura sistemática de ocho volúmenes, las "Obras completas" de William Irish (alias Cornell Woolrich).

Frutillar, 27/1/1992

Notable entrevista de Juan Arias a Liliana Cavani (*La Época*, 26 de enero de 1992). La directora de "Los caníbales" y "Más allá del bien y el mal" se refiere principalmente al analfabetismo que existe hoy "sobre el fenómeno de la imagen en movimiento". El centro de sus observaciones se halla en la noción de fin del cine teórico y político, y la conciencia de la validez de éste como "lenguaje de la imagen en movimiento", y, con ello, la crisis de la crítica, pese a semiólogos, sociólogos y

psicólogos. Dice que siguen analizando una película como si fuese una novela o una obra de teatro. Hoy —dice— “vivimos en el siglo de la imagen y con la conciencia de que la imagen en movimiento será la cultura del futuro”, teniendo en cuenta que en las casas habrá “más videotecas que bibliotecas”.

¿Se trata tan sólo de un pensamiento totalizador o —más en el fondo— apoya las nociones de McLuhan sobre la muerte del libro? Liliana Cavani asegura que no es eso. El problema tendría que ver más bien con el concepto algo arcaico (y reaccionario) del mundo de la imagen como “diversión”. Algo así como un circo. El mundo de los libros sería el de las ideas. “Nos falta —expone— una verdadera epistemología de la imagen en movimiento, y, si existe, es muy marginal y elitista”.

Al estudiar la Cavani la Filología Medieval, con miras a la arqueología, se encontró con el cine de Vittorio de Sica y pudo abrir verdaderamente los ojos. Comprendió “que se podía comunicar y expresarse de modo formidable no sólo con la estilográfica y la máquina de escribir, sino también con la cámara”. Para ella, las películas “Ladrón de bicicletas”, “Umberto D” o “El oro de Nápoles”, son “obras maestras como las de Dostoiewski o Balzac, y, además, entendí que el lenguaje del futuro sería la imagen mucho más que la palabra”.

Hay, además, una aguda reflexión sobre la violencia de la imagen y de sus riesgos, pero sin olvidar que, al mismo tiempo, “al poder le interesa censurar la violencia”. Desmonta el asunto mediante un ejemplo: “Recuérdese lo ocurrido durante la Guerra del Golfo. Todos pensábamos que habríamos podido ver en vivo la guerra. Pero el poder nos la ocultó. Nos presentó una guerra *videogame*, de juego electrónico. Y con ello a la gente le daba menos miedo. Sólo cuando se rompió el juguete y se vieron las primeras escenas de violencia real, la bomba caída sobre el refugio, con sus muertos y su sangre, la gente empezó a pensar de otro modo en aquella guerra. Ni podemos olvidarnos que fue la violencia de las imágenes de la Guerra de Vietnam lo que, influyendo sobre la conciencia de la gente, hizo perder la guerra a los americanos”.

Frutillar, 28/1/1992

Un excelente artículo de Robin Wright en *Los Angeles Times*. Se trata de un examen de las condiciones en que se maneja el mundo mediante el acceso al poder político de los fundamentalismos, a propósito de la crisis argelina, en donde estuvo a punto de llegar al poder, por elección, el Frente de Salvación Islámica, quien exhortó a sus miembros —luego de abortar el proceso electoral por decisión del gobierno— a “liberar al pueblo”.

En el análisis de conjunto, Wright comienza refiriéndose a Israel. “Los ultra-ortodoxos y la extrema derecha israelí, muy religiosos, nunca han sido tan poderosos” (Ehud Sprinzak, autor de *The Ascendance of Israel's Radical Right*)... “Debido a su audacia y a la desfachatez de los colonos religiosos, el Primer Ministro Yitzhak Shamir pronto tal vez tenga que tomar una decisión con respecto

a si él es Primer Ministro de un Estado que tiene colonos o jefe de un movimiento fundamentalista religioso, el cual tiene un Estado”.

En Mongolia, una vez que el comunismo soltó la mano, el Budismo volvió con fuerza, en conjunto con el nacionalismo mongol. Entre los musulmanes, en 1991, Pakistán introdujo la *Sharia* o Ley Islámica como instancia suprema. Aunque la autoridad sigue estando en manos de personeros seculares —dice Wright—, los programas escolares, el código penal y el relativo a los bancos, además del sistema judicial, deben concordar con las normas islámicas.

No es preciso ver una relación entre el auge del libre mercado y sus sub-sistemas de intereses y publicidad con la secuela de hambre, desesperanza, odio de clases, para darse de inmediato cuenta de que los sistemas religiosos ayudan a los pueblos a creer en una identidad, en lugar del vacío que produce el concepto político tradicional venido de Occidente. A menudo —explica Wright— se trata más de una reacción a la debilidad o fracaso de las fuerzas políticas tradicionales que “una nueva exhibición de piedad”. Los electores, en medio de los desacuerdos y la corrupción, buscan “alternativas viables o visibles”. El triunfo del Frente de Salvación Islámica en la primera vuelta de las elecciones argelinas se produjo en el momento en que “al menos uno de cada cuatro argelinos está cesante, la inflación ya llega al 100% y el déficit presupuestario excede los dos mil millones de dólares”.

Otro asunto que compete es la reacción en contra del mundo visible que ofrece escasas expectativas éticas para la visión de mundo que ellos poseen. Lo numinoso queda entregado más bien a una suerte de cuarentena que se reanuda al cumplirse el tiempo. Nathan Gardels, en *New Perspectives Quarterly*, escribe que la civilización secular “con sus misiles dirigidos y su círculo moral roto, su buena vida y mala fe, nunca ha tenido más incrédulos... El deseo de tener las antiguas certezas y las nuevas revelaciones abunda. Desde los renacimientos étnicos hasta el fundamentalismo islámico, desde el conservantismo católico hasta el holismo *New Age* y el tradicionalismo japonés, continúa la búsqueda de una forma de llenar el hueco en donde habitaban Dios y la comunidad”.

Frutillar, 29/1/1992

La insoslayable visión ética de Mario Benedetti nos conforta, una vez más, aunque su análisis no siempre resulte convincente y lo pasional prime, revelando la vieja noción romántica que sirve para justificar el vivir al margen de una sociedad que aspira a bastarse a sí misma con el imperio de la autosatisfacción. Benedetti consolida el orden de las penurias de todo tipo que vive el Tercer Mundo. El texto a que haremos mención es un comentario hecho por el escritor uruguayo del libro de Michael Albert, *Capitalisme contre capitalisme* (Editions du Seuil, París, 1991). Este autor admite lo inevitable del enfrentamiento de dos capitalismos, en plazo relativamente próximo, el del modelo “neonorteamericano” (éxito individual,

ganancia financiera a corto plazo) y "renano" (Alemania, Suiza, Benelux y norte de Europa, sin excluir las variantes que ofrece el Japón). Se concede, en éste, prioridad al éxito colectivo, el consenso y el objetivo o plazo largo. Si el capitalismo es la esperanza, luego del fracaso del socialismo "real", no por ello debe realizarse el olvido del prontuario crecedor del capitalismo. Su "receta autoritaria y excluyente" —según Benedetti— tiene resultados muy claros, a la vista: "No cabe responsabilizar al marxismo de secuelas tan poco alentadoras como las poblaciones marginales (*favelas, callampas, villas miserias, cantegriles*), los altos índices de mortalidad infantil, la deficiente atención a la salud pública, los secuestros y asesinatos de niños mendigos, el creciente abismo entre los acaudalados y los menesterosos, las trágicas derivaciones del apoyo económico y logístico de Washington a las (Reagan *dixit*) 'dictaduras amigas', las decenas de miles de desaparecidos, las invasiones aún no concluidas de Granada y Panamá, la espeluznante deuda externa y sus leoninos intereses, la degradación ambiental y el estrago del pulmón amazónico".

La conclusión, que atiende a desestimular el fervor por los modelos económicos o la aceptación pasiva de las estadísticas como formas puras, remite a fijar responsabilidades: "No fue ningún émulo de Ceasescu o de Honecker quien los arrastró a esas desgracias o mezquindades; más bien ha sido el capitalismo y sus filiales, a través de la implacabilidad económica y el insolidario pragmatismo. Si la Europa del Este fue el espejo (hoy roto en mil pedazos) del socialismo real, la dependiente y sojuzgada América Latina es el vidrio agregado que indeliberadamente refleja la índole del capitalismo real".

El libro de Michel Albert, economista y sociólogo, que no es hombre de izquierdas, opta por el capitalismo, lo cual no constituye obstáculo para dejar de ver las orejas al lobo. Denuncia la insolidaridad social del mercado reaganiano. Estados Unidos "considera las políticas de pleno empleo como un pecado contra el espíritu" (asunto que ha sido contado con alacridad por J.K. Galbraith en sus libros de memorias, piezas muy notables en las que pasea por la escena pública con justeza, argumentación sólida y sentido del humor para meterse en la manigua del modelo, denunciando sus malos hábitos). Benedetti, sin llamarse la atención a sí mismo juzgando que los dos derrotados de la Segunda Guerra Mundial (Japón y Alemania) sean hoy los virtuales vencedores, por la vía económica, cree necesario que algún norteamericano honesto defienda "su" modelo capitalista, mirando las formas críticas del capitalismo renano, poniendo en evidencia "sus tendencias xenófobas, sus leyes de extranjería, sus rebrotes neonazis, sus claves de corrupción, su abandono de la solidaridad, su mixtificación consumista, sus topetazos de racismo, su soberbia primermundista, sus náuseas hacia el Tercer Mundo y otros rasgos que en diversos puntos de Europa pervierten la convivencia y ecuanimidad". Los otros ya están ahí y Europa debe admitir que la paz legítima surja de la "aceptación del otro", negros, magrebíes, *sudacas*, kurdos, albaneses, gitanos. Y también *nordacas*. Sólo que éstos "no vienen en

barcazas clandestinas, sino en legales bombarderos; no mendigando trabajo, sino exigiendo pleitesía".

Los Ángeles, 30/1/1992

El calor seco de los viejos días de infancia. Me parece oír al doctor Watson (Nigel Bruce) indagar acerca de cómo hizo Sherlock Holmes (Basil Rathbone) para poner en entredicho la historia del can fosforescente de la familia Baskerville, en tanto, más tarde, en el otro cine, la gran María Montez se despereza con todo el erotismo del mundo para poner las cosas en claro en "La salvaje blanca". Hace cincuenta años, en enero del 42, oía lentamente a Bing Crosby cantar *Stardust*. Y, sin miedo a perder el tiempo, me sumergía llanamente en la lectura de "El conde de Montecristo" y "Miguel Strogoff", a quien me parecía ver llegar a mi casa, desde Omsk.

¿Qué quedó de todo eso, sino una especie de olor que viene de los mismos tilos, en el mismo lugar, a la misma hora? Miriam me observa, calibrando el punto de vista del imprudente que soy, con los estornudos que acumula la fiebre del heno, la misma de entonces. Pienso vagamente: las abejas de Tebas y sus rastros de oro. Los discursos de Néstor, en la "Ilíada", el episodio de los rencores narcisistas de Garcilaso de la Vega, cuando ha perdido a Isabel Freire, la bella portuguesa rubia que prefirió la seguridad, casándose con Antonio de Fonseca, apodado "El Gordo", cuyos pasos se siguen perfectamente en la "Egloga 1", paráfrasis de una de Virgilio (la primera).

Como hace setenta, sesenta, cincuenta, cuarenta, treinta años, los muchachos se juntan al atardecer y se sientan en los escaños de la plaza, bajo los tilos. Allí, sin originalidad alguna, me pregunto qué se hicieron las nieves de antaño, las beldades de mi tiempo, las reinas de la primavera, el amor victorioso, las inflexibles nociones del "siempre" y el "nunca" en las promesas de amor de todos los veranos, con menoscabo de los asuntos de la eternidad. Por la noche, en el hotel, medito sobre los barcos y las olas, el espíritu de los troyanos y los agüeros que disponían el destino de Ulises.

Los Ángeles, 31/1/1992

San Pablo. "Epístolas a los romanos". ¿Acaso la pieza de barro dirá a quien la modeló, como pensando en otra cosa, por qué me hiciste así?

Santiago, 1/2/1992

Un bello poema (1881) de Emily Dickinson: *How happy is the little Stone/ That rambles in the Road alone,/ And doesn't care about Careers/ And Exigences never fears-/ Whose Coat of elemental Brown/ A passing Universe put on,/ And independent as the Sun/ Associates or glows alone,/ Fulfilling absolute Decree/ In Casual Simplicity.*

Santiago, 2/2/1992

Picasso dijo a Malraux que convenía recordar siempre algo. Esos momentos en la vida, cuando se ha trabajado mucho a través de un largo tiempo, cuando las formas "llegan por sí solas". No hay que ocuparse de ellas. Luego de un breve silencio, agregó: "Todo llega por sí solo. La muerte también".

Santiago, 3/2/1992

Creo que me he pasado la vida como un observador ligero y algo apasionado, siendo, posiblemente, más testigo que participante. Al leer un libro, los hechos, los seres humanos, los dramas se me vuelven inteligibles. En la vida cotidiana, en cambio, suelo confundir asuntos elementales, sin evitar la caída en la complejidad como aventura más que tomando nota del carácter de las dificultades. El orden hipotético acaba en mí cuando logro asentar el argumento y murmurar "así que ahora lo sé". Me pregunto por qué aspiro a verlo *todo*. ¿Energía nerviosa? ¿Curiosidad? ¿Invencción del recuerdo y corrección constante de los datos prolijos que guarda la memoria como una baliza colocada en el tiempo? No lo sé.

Leí alguna vez en la "Teoría de los colores", de Goethe, que Descartes, aprovechando el privilegio de ser un aristócrata, se asomó de joven a *todos* los espectáculos, sin escatimar fatigas, gastos ni riesgos, con el propósito de lograr "verlo todo con sus ojos". Le interesaba —cree Goethe— asistir honrosamente con sus pares, tan llenos de variadas preocupaciones, a los más importantes acontecimientos de su época.

Recuerdo una serie de incitaciones, a partir de la sensación pura, mucho antes de que mediara, quitándola del paso esa sensación interpretada que es la percepción, y dejándola como estrella en un cielo oscuro, en un libro de Luis Oyarzún, "Ver" (1952). El título lo expresa todo, exteriorizando la función de un modo de conocimiento. Es tanto el valor del cuadro como el del marco. Ver nos conduce, desde el comienzo, a la pérdida de la inocencia. Siempre es "la" y no "una". Quizás "ver" sea, en verdad, nada más que "Ser".

Santiago, 4/2/1992

Por la mañana, al desayuno, Miriam lee el diario y se irrita con las señas del horóscopo acerca de lo que depara el día a "Piscis" (ella). Se le advierte que hay una espléndida mañana, en la salud. Estornuda minuciosamente cada tres minutos. Mis manías referenciales me llevan a recordar que al llegar a Estados Unidos, al exilio, Theodor Adorno, sintió el rejón de la seudocultura y le resultaron abominables los horóscopos, los digestos literarios o científicos y la pedagogía simplona de los periódicos. De ahí en adelante quiso ocuparse de la *halbbildung*, la información superficial, el efecto bobo de una supuesta y muy garbosa proclamación del saber que no es tal.

Lectura de un antiguo libro de 1942, escrito por Régine Pernoud, traducido recientemente: "América del Sur en el siglo XVIII" (Fondo de Cultura Económica, México, 1990). Interesante glosa a un libro extraño sobre Chile: *Relation d'un voyage au Pérou et au Chili, commencé en Novembre 1706 et fini en Mars 1707*. Se trata de un manuscrito que se conservó en la biblioteca de Jean Lebaudy.

Hay en el texto algunas notas pintorescas sobre La Serena: "Nosotros hicimos notar la agradable situación de esta ciudad, al pie de una elevada montaña, a donde llega uno de los ángulos de la ciudad, que es cuadrada; en todos los alrededores hay praderas a las que atraviesa un río de agua cristalina. El único terreno de la ciudad se eleva unos 4,50 ó 6 metros, como si la naturaleza hubiera creado ese emplazamiento; las calles bien trazadas y alineadas a cordel. El campo produce trigo, viñedos, frutas de todas clases, el clima es templado, en una palabra es un segundo paraíso terrestre; hay muchas casas que están en ruinas desde hace veinte años cuando la ciudad fue saqueada por un pirata inglés".

Agrega otras cosas que devanan los hilos del pintoresquismo y aunque tiende a generalizar, los caracteres son punzantes. Sobre la gente de La Serena dice: "Los habitantes son muy holgazanes, y sólo cultivan las tierras en lo que les hace falta para vivir, o poco más, y descuidan las riquezas que tienen. A pesar de que en sus montañas hay oro, plata, cobre, estaño, plomo, acero, fierro, mercurio, cristal de roca, sal, imán, de todo esto no sacan sino un poco de cobre y un poco de oro que se desliza en las arenas del río".

No falta el informe en la línea del rumor o del chisme: "El gobernador me dijo que había en la ciudad 500 hombres y 2 mil mujeres, cada una de las cuales tenía de cuatro a cinco maridos, y cuando yo le dije que no sabía cómo hacer el cálculo, me respondió que lo dejaba a mis reflexiones".

Un salto para leer las noticias del día. Intento de golpe de Estado en Venezuela. Rusos y polacos se quejan de la falta de ayuda concreta de Europa y Estados Unidos. Los tártaros se declaran república independiente. Siguen los escándalos políticos y económicos en Japón.

Santiago, 5/2/1992

Una interesante observación sobre el alma, en el libro de Octavio Paz sobre Sor Juana: "En la historia del pensamiento y la poesía de Occidente esta concepción del alma y el cuerpo como dos entidades independientes y separables fue formulada con extraordinaria claridad por Platón y sus discípulos y continuadores. Para los griegos homéricos, el cuerpo y el alma, *soma* y *psiquis*, eran consubstanciales; en la 'Ilíada' y 'Odisea', las almas de los muertos no son propiamente espíritus, en el sentido actual de la palabra, sino *sombras*, es decir, entidades compuestas por una materia más tenue que la del cuerpo. Lo mismo ocurría con la noción de espíritu (*pneuma*): era un soplo. La idea del alma como una realidad diferente del cuerpo y separable de éste fue, dice Rhode, una gota de sangre extranjera en el

cuerpo de la cultura griega*. Esa gota de sangre, apunta Dodds, fue probablemente escita o tracia**, a través de Pitágoras y Empédocles, llegó a Platón y de Platón, en un largo y sinuoso trayecto que se confunde con la historia espiritual de Occidente, hasta nosotros”.

Santiago, 6/2/1992

Más sobre el libro de Octavio Paz. En el capítulo que dedica a “Primero Sueño”, de Sor Juana, hay una observación acerca de cómo los antiguos distinguían a los sueños que entraban por las puertas córneas (los verdaderos) y aquellos que lo hacían por las de marfil (los engañosos). Ya lo había leído en el libro de los sueños de Artemidoro, pero es útil recordarlo. En otro lugar, tomando pie en Macrobio, dice que los sueños que verdaderamente cuentan (excluyendo las pesadillas y los quiméricos) son de tres clases: el enigmático (*oneiros, somnium*), la visión profética (*horama, visio*) y el sueño oracular (*chrematismas, oraculum*).

Santiago, 7/2/1992

Una buena crónica de Marcos Libedinsky, “Judaísmo y Cristianismo” (en *El Mercurio*, 7 de febrero de 1992). Quiere poner en claro los vínculos —o más bien la deuda— que éste posee con aquél, sabiéndose expresamente que “no puede pretenderse ser cristiano y, a la vez, tenerse sentimientos antijudíos”. Si durante casi dos mil años el cristianismo tuvo para con el judaísmo mucho más que una actitud hostil, conviene meditar sobre los resultados de la acción de agravio.

Con respecto al nazismo se recuerda lo que escribió el teólogo suizo Hans Kung: “Ni la distinción por indumentaria especial ni la exclusión de las profesiones, ni la prohibición del matrimonio, ni el saqueo o expoliación, ni la deportación y campos de concentración, ni las carnicerías y quemas, todo esto se dio en la ‘cristiana’ Edad Media y en la no menos ‘cristiana’ época de la Reforma. Nuevos eran solamente los motivos racistas y la espantosa minuciosidad en la organización, la perfección técnica y la horrenda ‘industrialización’ del homicidio”.

Poco antes de morir SS. el papa Juan XXIII escribió un texto que es espléndido en su carácter, y de proyecciones enormes, surgida del espíritu mismo del Concilio Vaticano II: “Reconocemos ahora que muchos, muchos siglos de ceguera han tapado nuestros ojos, de manera que ya no vemos la hermosura de tu pueblo elegido, ni reconocemos en su rostro los rasgos de nuestro hermano mayor. Reconocemos que llevamos sobre nuestra frente la marca de Caín. Durante siglos Abel ha estado abatido en sangre y lágrimas porque nosotros habíamos olvidado

* Erwin Rhode: “Psique”.

** E.R. Dodds, *The Greeks on the Irrational*.

tu amor. Perdónanos la maldición que injustamente pronunciamos contra el nombre de los judíos. Perdónanos que, en su carne, te crucificásemos por segunda vez. Pues no sabíamos lo que hacíamos...”.

Al cine. “Hammett. Investigación en el Barrio Chino” (1981), de Wim Wenders. Impecable trabajo de la cámara, exploración perfecta en la relación entre el “afuera” y el “adentro”. El jazz serpentea. El contenido político de la “idea” de Hammett nos lleva al esquema básico: el Poder es corrupción. Una sociedad sin alma se glorifica mediante el dinero. La noche anterior, durante una comida en casa de T., una de las visitas, mujer agradable y curiosa, advirtió a Miriam: “No vayan a ver ‘Hammett...’. Se vive largamente en un cuarto sin luz. No se ve nada. No ocurre nada, en un tiempo largo e inexpressivo”. ¡Vaya con Dios!

Santiago, 8/2/1992

Un reportaje de *La Nación* (Santiago, 8 de febrero de 1992) sobre el nazismo en América. Todo a propósito de la decisión del presidente Menem de entregar al conocimiento público los archivos reservados del tiempo de Perón. Hay dos relatos estremecedores que recogió Tomás Eloy Martínez. Transcribo sin comentarios: “En marzo o abril de 1966, durante unas vacaciones en las sierras de Córdoba, la actriz Norma Aleandro inició una cálida amistad con un matrimonio de viejos alemanes que amaban los libros y las flores (...). Cierta día los viejos le mostraron uno de sus tesoros más venerados: la ‘Biblia’ de Lutero en una edición de 1850. Estaba encuadernada con un cuero lustroso, tierno, que la actriz no supo identificar. Preguntó a la pareja qué clase de encuadernación era aquélla. La esposa, que tenía una dulce mirada azul, bajó los párpados y murmuró: *Es piel de judío. Mi marido era oficial de un campo de prisioneros en Polonia*”.

En 1982, Simon Wiesenthal calculó que Perón, con ayuda de los gobiernos—o por lo menos la vista gorda— de la Santa Sede, Portugal y España había puesto a disposición de alemanes “valiosos” (Perón) 7 mil 500 pasaportes en blanco a disposición de los fugitivos nazis. También los hubo para criminales de guerra croatas, “amenazados de muerte por Tito”. Muchos de ellos usaron el denominado “Camino de las Ratas”, con acuerdo de los norteamericanos, que los emplearon para asesoría política irregular.

Con admiración, contó Perón a Tomás Eloy Martínez en Madrid (1970) acerca de un especialista en genética que solía visitarlo en Buenos Aires. “Un día—dijo el general Perón— el hombre vino a despedirse porque un cabañero paraguayo le había contratado para que le mejorara el ganado. Me mostró las fotos de un establo que tenía por allí, cerca de Olivos, donde todas las vacas le parían mellizos”.

Martínez preguntó quién era el técnico. “Quien sabe—dijo Perón—, era uno de esos bávaros bien plantados, cultos, orgullosos de su tierra. Espere... Si no me equivoco, se llamaba Gregor, eso es, doctor Gregor”. La conclusión del cronista: “Helmuth Gregor fue el nombre con que Joseph Mengele buscó asilo en la

Argentina, a mediados de 1949". Por si fuera poco, *El Mercurio* reproduce una nota de José María López Barajas, corresponsal del diario en Viena. Se refiere a la acusación de antisemitismo del presidente de la recién conocida Croacia, Franjo Tudman, y tiene por base del comentario un libro del presidente, "El yermo: la realidad histórica" (1989). Se refiere a las cifras del Holocausto y dice que se ha exagerado el "mito de Jasenovac". No acepta que se hable de él como "un campo de exterminio", sino "de trabajo". No murieron allí —según él— 700 mil, sino 3 ó 4 mil personas. El remate: "La estimación de seis millones de judíos muertos durante la Segunda Guerra Mundial en los campos de exterminio se basa en testimonios emotivos y en datos unilaterales y exagerados. Lo de Auschwitz vendría a ser sólo una exageración sentimental, 'producto de la conversión de cientos en miles'".

Santiago, 9/2/1992

Entrevista a Oliver Stone, en *La Época*. No tiene pelos en la lengua, se refiere a su película JFK y habla de los "criminales de la CIA". Se le explica que Bush ha dicho que creer en su teoría acerca de la muerte de J.F. Kennedy es algo así como sostener que Elvis Presley aún vive. Stone responde golpeado: "George Bush fue director de la CIA y como Presidente ha dicho ahora que en Estados Unidos no hay recesión. Yo pregunto, ¿cuándo ha dicho la verdad George Bush? Al lado de Bush, Richard Nixon parece un personaje honorable".

Ya cumplidos los noventa años, Julien Green continúa asombrando con su extraordinaria lucidez. En una crónica ("Libertad querida"; *El Mercurio*, 9 de febrero de 1992) se refiere a esa maravillosa "certeza insolente", la de ser único: "Cada hombre es único. Un hombre, cuando desaparece, se lleva consigo un mundo que nadie había visto nunca como él, y que jamás volverá a ser como él lo vio. En este punto sería necesario recordar con palabras sencillas esa verdad fundamental que nuestro siglo se niega a admitir: que nunca han existido dos almas completamente iguales, en todos los aspectos. Por muy estrecho que sea el vínculo que enlace a unos con otros, es una fantasía creer, como Teilhard de Chardin, en una salvación colectiva. Cada alma se salva como si estuviera sola en el mundo. Esto proporciona al más débil de nosotros un valor especial. Nadie es insignificante, y la muerte de un hombre (de cualquier hombre) es siempre un acontecimiento importante".

Santiago, 10/2/1992

José Chapochnik me refiere una historia de Gabriela Mistral que le contó Isolina Barraza de Estay. En el lecho de muerte, la escritora pidió que pusiesen en la discorola una vieja grabación que ella amaba: el *Kol Nidre*, la forma más profunda del canto del amor de Dios y la búsqueda del perdón de los judíos. Oyó la música, poniéndosele muy hermosos los rasgos. Después entró en la agonía y murió.

Santiago, 11/2/1992

Lecturas: un ensayo de Marguerite Yourcenar sobre Borges (en el libro *En pèlerin et en étranger*). Relectura: Johannes Bühler, "Vida y cultura en la Edad Media", y una notabilísima obra que empleé en mis cursos de La Serena (1954) sobre el teatro griego: "Psique", por Erwin Rhode. Miriam partió en misión a Centroamérica. En ausencia suya me he de dedicar a la "mántica extática" o a ver flotar imágenes en los confines del Hades, como Odiseo. Nota: "Imágenes" es "Ídolos".

Santiago, 12/2/1992

Comienzo a leer el luminoso libro de Herbert Lottman sobre Flaubert. Hay una referencia acerca de una carta de Guy de Maupassant (2 de marzo de 1877), joven amigo de Flaubert, en la que le cuenta las dichas de sus desdichas: "¡Tengo sífilis! ¡Por fin! ¡La verdadera! No las despreciables purgaciones, no la eclesiástica gonorrea, no las burguesas pústulas o los leguminosos linfogranulomas, no, no, sino la gran sífilis, enfermedad de la que murió Francisco I. ¡Y me siento orgulloso de ello, vive Dios! Y desprecio, por encima de todo, a los burgueses. ¡Aleluya! ¡Tengo sífilis y, por consiguiente, ya no tengo miedo de atraparla!".

La sífilis, esta misma, lo aniquiló a los 42 años.

Santiago, 13/2/1992

En su casa de Croisset, cerca de Rouen, Flaubert leía los "Ensayos" de Montaigne, en cama, y se iluminaba plácidamente con la serenidad que ellos difunden. Por momentos, detenían la carga de energía nerviosa del autor de "Madame Bovary" hasta que volvía a tomar notas para su próximo libro.

Santiago, 14/2/1992

En una nota del libro "Psique", por Erwin Rhode, se dice que la pupila del ojo era considerada entre los griegos "la sede del alma". Y en algunos pueblos existía la creencia de que era preciso cerrar los ojos al difunto "para que no pueda seguir viendo y atormentando a nadie". Hay referencias del siglo I sobre la costumbre de poner una moneda en los ojos de los muertos, y ello se llevaba a cabo aun en los personajes que eran ajusticiados. Ocurría tanto en Roma como en las colonias.

Al examinar la obra de Homero, Rhode se refiere a las "Harpías", encargadas de raptar a los humanos. Son símbolos del "viento huracanado". Se asemejaba a las llamadas "novias del Diablo" o "novias del viento", las cuales —según leyendas germánicas— cabalgaban en el huracán y se llevaban a los hombres (conviene tener presente que, en momentos de odio y de amor por Alma Mahler, el pintor Oskar Kokoschka la esculpió con hermosura y angustia como la "Novia del viento"). En el sur de Chile, hace más de cincuenta años oí decir que era preciso

evitar hallarse en el centro de un remolino de tierra y viento, pues se corría el riesgo de ser arrebatado de este mundo y llevado al infierno. A modo de resguardo, cuando uno veía girar hojas secas y papeles en el remolino, había que hacer la señal de la cruz, como pedido de protección a los ángeles guardianes.

Santiago, 15/2/1992

Miriam continúa en viaje. Me vinieron a la cabeza esos versos tristes de Racine ("Andrómaca"): *S'enivrait en marchant du plaisir de la voir*, es decir: "Al marchar se embriagaba con el placer de verla".

Santiago, 16/2/1992

Tyson, el violador, condenado por forzar a una Miss negra de no sé dónde. Ella tiene 18 años y el ex campeón de box es un bruto habitual. Sin embargo, ¿qué hacía ella con un tipo como él en la habitación de un hotel? Sé que en medio de la ira que siento por lo de Tyson y la muchacha, y el vacío por la ausencia de Miriam, podría ahora disfrutar viendo danzar unos minutos, sin prisa, a la "Salomé" de Filippo Lippi. Treue.

Santiago, 17/2/1992

Larga conversación con Rafael Tarud. Me ha dado su visión de lo que ocurrió en el gobierno de Carlos Ibáñez del Campo (1952-1958), desde el interior de él. Tarud fue fundador del PAL (Partido Agrario Laborista) y Ministro de Economía. Primer asunto: "La Línea Recta". Acción de un grupo golpista, militar, nazistoide, que pretendía forzar a Ibáñez a disolver el Congreso, actuar "con mano dura" y olvidarse de la Constitución, gobernando "sin contemplaciones". Tendría el vigor, la severidad, los valores nacionales y, ante todo, sería un "régimen militar". Lo encabezaba Eleuterio Ramírez y no constituía un problema "demasiado serio", pero es preciso, en todo gobierno, evitar los "gatuperios". El presidente Ibáñez, seguro y hábil en el manejo de los militares, procedió a citarlos en su casa de la calle Dublé Almeyda y comenzó a descabezar el grupo, haciendo entrar primero a los suboficiales, averiguando por sus familias y situación, en seguida los despedía por una puerta trasera. Cuando se acercó a los mayores y coroneles, les pidió, sin trámites ni contemplaciones, la renuncia. Tarud recuerda que entre los tenientes que se salvaron de la degollina había dos que tuvieron participación importante durante la dictadura de Pinochet: Sinclair y Forestier.

Segundo asunto: los negociados de gente que él define como "oligarcas". El caso de G.S., y el ganado argentino. Explica Tarud: "Como usted ha de recordarlo, González Videla gastó todo lo que pudo y cuando asumimos el gobierno, en 1952, la caja fiscal se hallaba muy escuálida, había que importar todo (azúcar, aceite,

harina, petróleo, té, etc.). Por eso, decidimos 'fijar' el dólar para los 'imprescindibles' en \$ 31, en tanto que el otro quedaba en \$ 120 (como mero dato ilustrativo, mi sueldo de profesor de jornada completa en el Liceo de Hombres de La Serena era, al término de 1952, de \$ 16.000 mensuales). De inmediato, con el dólar a \$ 31 se comenzó a traer carne de otros países. El señor S. presentó documentos de importación de ganado argentino, le hablo de sumas cuantiosas —dice. Sin embargo, yo conocía muy bien la cordillera y sé que en invierno es imposible pasar, animal o persona, y en el mes de junio figuraban verdaderos e impresionantes conjuntos de ganado. ¿Lo cierto? No entró ni un solo cacho de buey, ni una cola, ni una pata. Era imposible. Presenté el caso ante la justicia ordinaria y S. huyó a Francia. Como se comprobó que su compañero de fechorías era Juan Duarte, el cuñado del presidente Perón, informamos del caso al gobernante argentino que era amigo del general Ibáñez. Leyó, preguntó a su cuñado, revisó documentos y pruebas y, cuando no tuvo dudas, citó a Duarte, le entregó una pistola y le dijo que esa era la salida. Duarte, abrumado, se suicidó.

En París, un diplomático, pariente de S., le buscó un notable abogado (que había sido, incluso, candidato a la presidencia de Francia). Nosotros, al pedir la extradición, pretendíamos mostrar cómo la oligarquía criolla hablaba, por una parte, de los grandes 'valores y principios nacionales' y de la 'tradición y la honestidad' y, por otra, se arrancaba con el santo y la limosna. Entre otros sorprendimos los negocios de O. de C.; pues bien, el abogado francés, luego de leer la acusación y ver los documentos y darse cuenta de cuál era la bolsa y qué gato tenían entre manos, le pidió a G.S. que hiciera algo que permitiera arraigarlo. Que fuera a los almacenes Lafayette y quebrara una vitrina. Así fue. Después de ello, hizo algo más que se me escapa y no pudimos traerlo. En la memoria política de Chile éste fue uno de los grandes fraudes económicos en desmedro de la economía de Chile.

Más tarde, por trabajo de los abogados Santa Cruz y Arturo Alessandri Rodríguez, me acusaron constitucionalmente. Se decía que yo no era chileno, que ignoraba la tradición de la honra y respetabilidad nacionales. Yo era un foráneo atrevido que ofendía a la Patria. Me defendí. El Parlamento rechazó la acusación y Jorge Alessandri, un hombre probo como lo fue siempre, vino a mi casa para decirme que yo me encontraba en la dirección correcta, resguardando el patrimonio y la honestidad de Chile y que él había hecho ver esto a su hermano, aunque sin el menor éxito.

Tratamos de organizar el país y, sobre todo, de modernizarlo, quitándole estrecheces coloniales en materia económica y poniendo regularidad en la creación de instituciones útiles para un país de estos tiempos: el Banco del Estado, la Corporación del Cobre, IANSA, la Ley de Elecciones, impidiendo el cohecho y la compra de conciencias y votos, y dimos pruebas de respeto constante por la Constitución. Debo decirle que yo luché siempre, en el PAL, por la línea democrática. El grupo nazi dificultaba enormemente las cosas (von Münlenbrock, los

Foncea, Javier Lira Merino, entre otros) y, por otro lado, el 'orejero' número 1, René Montero, Secretario General de Gobierno, quien enredaba las cosas diciendo al Presidente que éste o aquél se sentían 'hombres fuertes'. Con ello logró descabezar una parte importante del Ejército y de los núcleos sanos y confiables del país. La expresión del 'orejero' sacaba de quicio a don Carlos, pues era razonablemente celoso del mando. Recuerde la sobriedad de Ibáñez, salió pobre del mando. Volvió a Dublé Almeyda y se quedó allí con sus medallas, trofeos, diplomas y recuerdos. Cuando todo fue a remate, luego de su muerte, no había nada de real valor económico. Así fue todo".

Santiago, 18/2/1992

Anoche llamó Miriam desde Santo Domingo. Por un momento, el Tántalo que yo era, pudo calmar su sed de noticias. Compré un libro de Lamartine, "Viaje a Oriente". El Vaticano está recibiendo golpes severos. Al abrirse los documentos secretos de la posguerra relativos a la acogida que se dio a los nazis en la Argentina, se dice con pruebas contundentes que el Vaticano concedió pasaportes a muchos de ellos que tenían cuentas ante la justicia internacional como partícipes en el genocidio.

Hoy se dice, en un reportaje muy documentado de la revista *Time*, con manejo de información privilegiada y testimonios directos, que hubo un acuerdo entre Juan Pablo II y Ronald Reagan, en 1982, para desestabilizar el control soviético en Europa Oriental, ocupándose de vivificar el movimiento "Solidaridad" en Polonia. Se dice en la publicación que Juan Pablo II y Reagan percibieron que era preciso alterar lo acordado en Yalta por los Cuatro Grandes, cambiando así lo que era la base de la política de posguerra para Europa.

Santiago, 19/2/1992

Lectura: "Viaje a Oriente", por Lamartine. Lo llevó a cabo en los años 1832 y 1833. Reflexiona, al hallarse en el "negro Líbano" y ver cinco águilas gigantescas, en la "grande y terrible tarea de Ezequiel" y piensa que el lugar es como un cadáver "de ciudad réproba y maldecida por Dios, y enemiga de su pueblo". Siente que un "país" que pudiera tomar el modelo "de la deliciosa llanura de Zabulón", de Nazaret, de Séfora y del Tabor, sería hermoso. "Semejante país —dice—, poblado de nuevo por una nación nueva, cultivado y regado por manos inteligentes, fecundado por el sol del trópico, que produce por sí solo todas las plantas necesarias y agradables al hombre, desde la caña de azúcar y la banana, hasta la viña y la espiga de los climas templados, y hasta el cedro y el pino de los Alpes sería en ese momento (1832) la tierra de promisión, si la Providencia le diese un pueblo civilizado y la política reposo y libertad".

Santiago, 20/2/1992

He dado vueltas *toda* mi biblioteca (12 mil libros); busco vanamente los "Diálogos de amor", de León Hebreo, la "Guía del lector del Quijote", de Salvador de Madariaga; mi vieja edición del "Quijote apócrifo", de Avellaneda. El libro de Maeztu ("Don Juan, Don Quijote y la Celestina"), el libro eruditísimo de Arturo Marasso. Ni uno solo en lontananza. Lo requiero para el curso que voy a hacer este año sobre "El Quijote" a mis alumnas del taller. En verdad, los libros tienen alas o son pájaros migratorios que buscan otras tierras cada cierto tiempo. He de volverlos a comprar durante esta semana.

Al pobre Honecker lo quieren los alemanes de Kohl muchísimo más que a sus antiguos nazis que van ya en la tercera o cuarta piel bávara, blanqueados en los días de Ehrhard, de Adenauer, de Strauss. El lío en Rusia es cada día peor. No tan sólo por el problema de las etnias y los frentes de salvación islámica, sino por el hambre, la frustración y la pérdida de dignidad (al convertirse en país limosnero). Ahora tienen la libertad para viajar a otro sitio, para protestar, para comprar lo que pueden, pero no hay trabajo, el frío aprieta y el dinero no existe. Los israelíes están entrando en El Líbano para eliminar los bastiones shiitas del Partido de Dios y de quienes tratan de destruir al Estado judío. Bush sonrío menos: la recesión, que él negara, lo pone en situación complicada y los norteamericanos ven ahora los problemas en casa. Juan Pablo II trata de explicar que no hubo acuerdo con Reagan para "mover" a Jarulsezki y ayudar a Walessa. El dólar en Chile a \$ 350, y siguen el juicio por las armas y los intentos por venderlas de mala manera, falsificando los militares las facturas. Además, el proceso por el asesinato de Letelier y los crímenes de la DINA.

Santiago, 21/2/1992

Un libro hermoso y lúcido. "Autobiografía espiritual", de Nicolás Berdiaev (1874-1948). Es, en el fondo, su testamento filosófico. Él confesó que la idea del Paraíso era como la de estar sentado en un gabinete de estudio. No era paciente ni ordenado. "Los pensamientos más importantes me llegan como relámpagos, como rayos de una luz interior —dijo—. Cuando me pongo a escribir, experimento tal exaltación que casi me produce vértigo". Según el poeta Byeliy, "cada una de sus palabras suena como un ultimátum".

En el prólogo que puso en 1940 a su "Autobiografía...", Berdiaev explicó, en Francia, donde residía, que miraba hacia el futuro y no hacia el pasado. Resumió: "Yo soy un hombre más dramático que lírico, y ello forzosamente habrá de reflejarse en mi autobiografía. Pensando en mi propia vida, llego a la conclusión de que mi vida no ha sido vida de metafísica en el sentido corriente que se da a la palabra. Ha sido demasiado llena de pasiones y hechos dramáticos, personales y sociales. He buscado la verdad, pero mi vida no fue la de un sabio. En ella no ha

reinado la razón, en ella ha habido demasiado de irracional y arbitrario. Los períodos luminosos en mi vida han alternado con otros relativamente oscuros y que me han hecho sufrir; los períodos de elevación alternaron con los períodos de abatimiento. Pero en ninguno de estos períodos dejé de pensar e investigar constantemente. Preferiría resucitar los momentos más luminosos y creadores de mi existencia...”

Se siente vinculado *realmente* al cristianismo escatológico que es revolucionario con respecto al cristianismo histórico, “el cual se ha acomodado al mundo y a menudo se ha hecho esclavo de este mismo mundo”. El consuelo basado en el progreso de la humanidad y en la felicidad de las generaciones venideras le irritan. Pone en claro que no se conforma con “lo que es efímero y pasajero”, por sed de lo eterno, ya que sólo lo eterno le parece que tiene valor, y la cuestión de la inmortalidad y de la vida eterna ha sido para él “la cuestión religiosa fundamental”.

Santiago, 22/2/1992

Acabo de hallar (y de leer) uno de los libros raros y curiosos de la literatura chilena, “El marqués del Emparrado”, por Ángel Custodio Espejo. ¿De dónde viene la referencia? Cuando fui alumno de Ricardo A. Latcham le oí decir que los “Cuentos de alcoba”, de Espejo, era uno de los textos importantes en la historia del naturalismo en Chile, junto a “La Lucero”, de Augusto d’Halmar; a “Casa Grande”, de Luis Orrego Luco, y “Un idilio nuevo”, de este último. En verdad, ninguna de ellas es una obra de cabecera. Son más bien hitos en un camino, documentos que permiten, a veces más allá de la literatura, explorar en la historia de la sociedad y de las costumbres. “El marqués del Emparrado” es la historia de un hijo de minero enriquecido con la plata de los reventones del Chile del siglo XIX. Sueña con ir a París, brillar como un león en el “Maxims”, gastando locamente, y jugar y enamorar y ser, en último término, la estrella de la bandera en el derroche y en la imprevisión del meteco.

Manfredo Aguirre quiere ser el “Nabab” del libro de Daudet, imponiendo respeto y admiración entre los *snobs* y los *rastás* de París, y “arraigar en el amor y en los placeres y en el juego, como un caballero elegante y digno de su clase, pero siempre a gran altura”. Según su lengua primaria: “Mantener (en alto) el pabellón”. Adquiere “prestigio” entre los parásitos, pisaverdes y gomosos. Provoca tumultos; la orquesta de falsos *tzingaros* lo glorifica hasta poner en el ruedo la *cocá chilienne*, o “cueca chilena”, que los franceses toman por el himno nacional de la Patagonia, o sea el país. Las ostras “azules” de Ostende, los vinos mejores vuelan y se agotan. Uno de los comensales considera al marqués “pernicioso” y agrega que tipos como él vienen a París con el fin de “practicar la propaganda”.

Se hace llamar “Marqués del Emparrado” en memoria de un “enorme parrón de uvas rosadas” que había en la remota casa de su infancia en el norte de Chile.

Un día se hace nombrar Cónsul en la *Côte d'Azur* y el príncipe de Mónaco le considera "persona grata". Rumboso, derrochaba e iba sintiendo que, en otra encarnación, había sido un Duque de verdad.

Cuando llega la caída, se acaba el sueño.

En el libro, el número 14 de la colección "Lectura Selecta" que fundó, dirigió y financió mi amigo José Santos Gallay, ya muerto, hay publicidad en las páginas finales. Y es encantador ver cómo se anuncian las películas "de moda" de julio de 1926. Se trata de "Maridos tiranos", por June Marlowe, Beverly Baine y John Roche; de "El hermoso Brummel", por John Barrymore, y de "Crisálida", por Bárbara La Marr, Conway Tearly y Charles de Roch. Como novelita breve, vale muy poco, en comparación, por ejemplo, con "Los trasplantados", de Blest Gana y "Criollos en París", de Edwards Bello. En el fondo, leí como un homenaje a Ricardo A. Latcham.

Santiago, 23/2/1992

Lectura del segundo volumen del "Trotsky", de Isaac Deutscher. Corresponde al período de la muerte de Lenin y la lucha por el poder. Sólo quiero dejar en mi "Diario" constancia de las adivinaciones políticas de Trotsky y de la enorme capacidad de Stalin para moverse desenfadadamente en procura del lugar de privilegio no sin pasar de una fase del punto de vista a la acomodación que le confiere otro, sin menoscabar su trabajo político directo, casi ininterrumpido. Una nota visionaria. El 1 de marzo de 1926, oponiéndose a quienes ven, como científicos marxistas, las "supuestas implicaciones antimaterialistas de la radiactividad", Trotsky expone que los fenómenos de la radiactividad "nos conducen directamente al problema de la liberación de la energía interior del átomo... La principal tarea de la física contemporánea consiste en extraer del átomo su energía latente, en abrir una válvula de modo que esa energía brote con toda su fuerza. Entonces será posible reemplazar el carbón y el petróleo por la energía atómica, que se convertirá en nuestro combustible y fuerza motriz básicos".

Para los que consideran todo ello como una noción algo absurda del hecho científico, él responde que no se trata de una "tarea imposible", dado que "el pensamiento científico y tecnológico se aproxima al punto de una gran transformación; y así la revolución socialista de nuestra época coincide con una revolución en la indagación del hombre acerca de la naturaleza de la materia y en su dominio sobre ésta".

A Trotsky le avergonzaban los prejuicios que acarrearía a la ciencia los pronunciamientos sobre las herejías biológicas y lingüísticas que hacía Stalin. Aún más: salió a menudo en defensa del psicoanálisis freudiano y escribió, en 1922, una carta a Pávlov para solicitarle que ejerciera su influencia en favor de la tolerancia y la libertad de la investigación. También tuvo ideas claras acerca de la mujer: "Una revolución no es digna de llamarse tal si no ayuda, con todo su

poderío y con todos los medios a su alcance, a la mujer, doble y triplemente esclavizada en el pasado, a ponerse en el camino del progreso individual y social". Tampoco quería ver el surgimiento de una especie fervorosa del "fundamentalismo revolucionario".

Santiago, 24/2/1992

Una hermosa colección de relatos del gran escritor italiano Antonio Tabucchi, "Pequeños equívocos sin importancia". Un texto en el cual se ven las relaciones entre persona y literatura. "Pienso —escribe— en cuán falsa es la escritura, con su implacable prepotencia hecha de palabras definitivas, de verbos, de adjetivos que aprisionan las cosas, que las blanquean en una fijeza vítrea al igual que una libélula que ha permanecido en una piedra durante siglos mantienen la apariencia de la libélula, pero ya no es una libélula. Así es la escritura, que tiene la capacidad de separarnos varios siglos del presente y del pasado próximo: fijándonos". En el cine: JFK. La catarsis como absoluto.

Santiago, 25/2/1992

La Iglesia Católica moderniza el catecismo y objeta algunas cosas del neoliberalismo que le merecen explícita condena. Es la noción del "pecado social", y Ratzinger y su equipo incluyen en este apartado la "evasión fiscal", el "soborno", la emisión de "cheques sin fondo" y la "corrupción". ¿Qué pensarán de todo esto los que manejaron las finanzas de la Iglesia durante el papado de Paulo VI, los que dejaron sin blanca, abandonados a su suerte, a los que "ahorrraron" en el Banco Ambrosiano, cuyo escándalo aún mancha al Vaticano.

Santiago, 26/2/1992

Anoche, luego de veinte años de proscripción, pudimos ver la película de Bertolucci, "El último tango en París". Tiene el vigor de una tragedia griega y la fotografía es espléndida, ofreciendo la posibilidad de moverse en el terreno visionario de lo real. Marlon Brando en una de sus grandes actuaciones, lejos de las sobreactuaciones de las obras que comienzan con el trabajo en el mediocre "Julio César", de los años cincuenta y el enmascaramiento (al modo de Orson Welles) en "Apocalipsis, ahora", de Coppola. María Schneider es una mujer que juega la vida a una nada que la corroe, la exalta y termina por coronarla como una heroína trágica.

Termino de leer el tercer volumen del "Trosky" de Isaac Deutscher. Me conmueven las últimas ochenta páginas, en donde se muestra al político que lucha con el carácter "termidoriano" de la conducción de la revolución por Stalin, a su caída y al destierro, primero en Alma Ata y luego fuera de la URSS, con brillantes enfoques, precisos y llenos de datos.

Lo primero es la expulsión de Moscú: "El deportado y su familia fueron metidos en un automóvil de la policía que, en seguida, a plena luz del día, recorrió a gran velocidad las calles de Moscú, llevándose sin que nadie se diese cuenta al jefe de la Revolución de Octubre y fundador del Ejército Rojo. En la estación de Kazán, a donde lo condujo la escolta, Trotsky se negó a caminar hasta el tren, y los hombres armados lo llevaron a rastras hasta un vagón solitario que lo esperaba en un cruce de vías. La estación estaba rodeada y aislada por la policía, completamente desierta; sólo unos cuantos obreros ferroviarios se movían por los alrededores. Detrás de la escolta entró la familia del deportado. El hijo menor de éste, Serge, cambió bofetadas con un agente de la GPU, y el mayor, Liova, trató de llamar la atención de los obreros: '¡Vean, camaradas —gritó—, cómo se llevan al camarada Trotsky!'. Los obreros miraron sin expresar ninguna emoción: de sus labios no salió ni siquiera un murmullo de protesta".

Alma Ata, en Asia Central, parecía animarse sólo como un escenario. Era un lugar gogoliano y, a fines de la década del veinte, era todavía una pequeña ciudad oriental. "Aunque famoso por su bellos jardines y huertas —escribe Deutscher—, era un recoveco kirguiziano, lleno de barrios pobres y adormilado, tocado apenas por la civilización y expuesto a terremotos, inundaciones, heladas y abrasadoras ondas cálidas. Estas últimas traían consigo densas tolvaneras, paludismo y plagas de sabandijas". La lepra estaba también allí, había peste y los perros rabiosos corrían por las calles. De ahí partió al exilio permanente, en 1929.

Santiago, 27/2/1992

El poder de la literatura. Deutscher recuerda cómo Trotsky tenía presente a menudo, durante el período de las "disputas fraccionales del exilio", que Lenin no dejaba de evocar una imagen leída en un relato de Tolstoy "que describía a un hombre en cuclillas, en medio de un camino, haciendo ademanes incoherentes y maniáticos que hacían pensar a los transeúntes que se trataba de un demente; pero al acercarse más se veía que el hombre llevaba a cabo su extraña gesticulación debido a una actividad animada por un propósito: afilaba un cuchillo en una piedra".

También Julio Cortázar, en su relato "Reunión", ha tenido presente que el Che Guevara, en los días duros de la Sierra Maestra, se acordaba de un viejo relato de Jack London, en medio del cual un hombre que aspira a sobrevivir, en la nieve, trata de encender unos fósforos, los pocos que le quedan. Si pierde la oportunidad se le va la vida y ha de helarse.

Santiago, 28/2/1992

No son los sentimientos ni la pasión los que hacen la historia, sino la razón. Ya había dicho Baruj Spinoza sabiamente lo que correspondía: "Ni llorar ni reír, sino entender".

No hay día en que no se hable en Chile de la Constitución como si ésta fuese la "Torá". Si bien se mira, la de 1833 fue "armada" por los conservadores después de la derrota de los liberales. Querían tener una que les permitiera "ordenar" el país usando el poder total. Fue hecha para favorecer ese ideario político. En tanto los decenios contaran con gobernantes conservadores (Prieto, Bulnes, Montt) todo fue miel sobre hojuelas. Como el primer liberal que ganó, Pérez, no era un "peligro para nadie", sin relieve ni movilidad, el asunto fue a los tumbos, pero no se manifestó el espíritu de fronda de los pelucones. No bien aparecieron Santa María y después Balmaceda, los conservadores se dieron cuenta del poder terrible que daba la Constitución al autoritarismo presidencial, y sin estar ellos en el Gobierno eso no les resultaba alentador. Ahí, en ese momento, empezó a fraguarse la alianza entre el poder económico, la fuerza de las armas y la acción de los oligarcas, junto con los sectores de la Iglesia que se siente herida por las leyes de matrimonio civil, cementerios laicos: todo conduce irremediabilmente a la asonada del 91.

Lo que viene, hasta la Constitución del 25, es sólo una manera de permanecer la Derecha con el timón y sin un proyecto relevante, mecida por el arcaísmo político. Al llegar los militares al poder por el golpe de mano de 1973, se comienza a legislar para asegurar el sistema de fuerza. La derecha finge ser constitucionalista (y hasta, quizás, lo cree seriamente), denunciando el arcaísmo de la del 25. Esto de la Constitución es un eterno discurso criollo. Una metáfora cristalizada de las virtudes supuestas del mando y de las tradiciones de un Chile político que es nada más que mitología. En el siglo pasado, el sagaz Lastarria escribió que la Constitución es "el *fomes* que mantiene y anima la existencia, la personalidad social" (*fomes* es la causa que excita y promueve una cosa). Se trataba más de una creencia que de una idea legalista, en práctica. Luis Oyarzún, en un libro que escribió sobre Lastarria, dice que eso puede resultar ingenuo hoy día, pero que dicha creencia llevó a Lastarria durante su vida a "procurar obsesivamente la reforma de las leyes, convencido de que son éstas los resortes vitales del progreso".

Más aún. En medio de las pasiones políticas se aguardaba a que éstas hablaran, como los melones de Felipillo. "Tan grande era el prestigio que las constituciones tenían a los ojos de algunos de nuestros patricios que don Juan Martínez de Rozas, en el discurso que pronunciara en la apertura del Congreso de 1811, atribuyó la caída de Roma a la falta de una Constitución" (Luis Oyarzún, "El pensamiento de Lastarria", 1953). Ésta era, según aquél, "la piedra de toque de los derechos del hombre, talismán, brújula, instrumento pequeño, sí, pero precioso, únicamente capaz de guiarnos hacia nuestra prosperidad".

Y continuamos en lo mismo.

Vuelvo al tercer volumen del libro de Deustcher. Al llegar a la página 276, encuentro una referencia al año 1935 y al libro "La revolución traicionada", de Trotsky. Ya la Unión Soviética anunciaba, por intermedio de Stalin, que había

alcanzado el socialismo, pues hasta entonces sólo se había echado "los cimientos del socialismo". Como había un avance real en la era industrial soviética y unas primeras señas optimistas sobre el desarrollo de la agricultura, de inmediato se pensó en organizar el mundo de mañana. Cito sin comentarios un párrafo: "Una nueva Constitución, 'la más democrática del mundo', hubo de ser el epítome de la nueva época: abolía nominalmente la discriminación entre los miembros de las antiguas clases poseedoras y establecía el derecho a voto en igualdad de condiciones para todos los ciudadanos. Esto suponía que la dictadura proletaria no necesitaba ya garantías constitucionales especiales debido a la existencia de una sociedad virtualmente sin clases. Empero, si bien la Constitución daba a todos los ciudadanos el derecho a voto en igualdad de condiciones, les privaba del derecho a escoger por quién votar, y, a diferencia de las constituciones soviéticas anteriores, consagraba formalmente el sistema de partido único".

Santiago, 1/3/1992

Acaba de aparecer un libro de conversaciones de Henri Guillemin con Jean Lacouture (*Une certaine espérance*, Arléa, 190 pp., París, 1992). Se lanza en contra de ciertas ideas consagradas, sobre todo en materias relativas al dogma religioso y de las mitologías políticas. Lanza rayos sobre las imposturas y los falsarios. Le desplacen los arribistas y los hipócritas. Examina también el problema de la sinceridad de los *clercs*. El juicio moral no empece la clarificación acerca de lo que cada cual es. *On peut être un grand écrivain et un salaud. Céline est le meilleur exemple. Mais Montherlant a aussi des trouvailles admirables, "Adolphe" de Benjamin Constant est un gran livre; et, si Claudel a été souvent un type abominable, si je n'ai pas la moindre estime pour lui, je pense que le "Soulier de satin" est la seule pièce, avec "Lorenzaccio", de théâtre français qui atteigne à la grandeur de Shakespeare*, escribe.

Santiago, 2/3/1992

Antes de ir a México, con enormes dificultades, Trotsky fue recibido en Noruega. En el libro de Deutscher se relata una escena curiosa que le ocurre con Trygve Lie, ese hombre que tuvo que ver con las Naciones Unidas, a quien conocí en las reuniones en el Hotel Carrera, en 1950 ó 51. Ya el líder soviético presentía que los noruegos serían arrasados en cuanto Hitler se sintiese más fuerte y usara las tenazas, y vio que, por congraciarse con Stalin, Lie ponía dificultades.

El retrato de la escena es magistral: "En dos o tres ocasiones Trygve Lie visitó a Trotsky en Hurum. La primera vez lo hizo el 11 o el 13 de diciembre, cuando se presentó para avisar a Trotsky que iba a ser trasladado de Hurum a un lugar de reclusión más remoto e inaccesible en el norte, porque el ministerio 'no podía seguir pagando la numerosa guardia policiaca' que tenía que mantener en Hurum. Trotsky dijo entonces a Lie que sus amigos —mencionó a Diego Rivera— se proponían llevarlo a México, y que él prefería ir allí en lugar de ser trasladado

al desierto del extremo norte de Noruega. Mientras conversaban, Lie alcanzó a ver las 'Obras' de Ibsen sobre la mesa de Trotsky. '¿Está usted leyendo a Ibsen aquí?', preguntó Lie. 'Sí, estoy leyendo sus 'Obras'; Ibsen fue el amor de mi juventud, y he vuelto a él'. El diálogo que siguió a continuación sería digno del propio Ibsen. Trotsky comentó cuán pertinente era la idea de 'El enemigo del pueblo' a la situación en que se veían envueltos él y el ministro. Lie replicó evasivamente que 'a Ibsen se le podía interpretar de diversas maneras'. 'No importa cómo la interprete usted', dijo Trotsky, 'siempre testificará contra usted. ¿Recuerda al burgomaestre Stockman?'. El ministro preguntó entonces si Trotsky realmente lo estaba comparando con el villano del drama de Ibsen, que destruyó a su propio hermano en aras de la autoridad y los intereses creados. '¿Con el burgomaestre Stockman?... En el mejor de los casos, señor ministro, en el mejor de los casos', contestó Trotsky. Herido por estas palabras, el ministro censuró la 'ingratitude' de Trotsky, diciendo que había cometido 'un error tonto' al permitirle establecerse en Noruega. '¿Y ese error tonto trata usted de corregirlo ahora por medio del crimen?', replicó Trotsky; y, abriendo el libro de Ibsen, leyó en voz alta el desafío que el Dr. Stockman le lanza a su indigno hermano: 'Todavía queda por ver si la maldad y la cobardía son lo suficientemente poderosas para sellar los labios de un hombre libre y honrado'. Esto marcó el fin de la conversación. El ministro se puso de pie, pero antes de partir se volvió hacia su prisionero con la mano tendida; y Trotsky se negó a estrechársela".

Trotsky, al término de 1936, llamaría a este año el de Caín.

Santiago, 3/3/1992

Comienzo a leer un libro admirable, "escrito" sobre otros. Es una búsqueda de los efectos del montaje, hecho para convertirse, al mismo tiempo, en conjuro, biografía, objeto del culto, meditación sobre las cosas, apología y antídoto del comportamiento de un héroe que no es héroe: Rimbaud. Es un escrito de Alain Borer, "Rimbaud en Abisinia". La explicación del "procedimiento" o, si se quiere, de la estructura de la obra es inimitable. Convierte al lector a un vivir en la contradicción. Lo anima a buscar, a lo Buster Keaton, el entuerto de quien se enreda buscando la escala que conduce a un piso alto que no existe, aprovechando las virtudes y estímulos del anonadamiento. Por todos lados, saltan, chisporrotean, sobrenadan, se desplazan los fragmentos textuales de Rimbaud, cuyos escritos, según creía Jean Paulhan, eran un género literario en sí.

Veamos la explicación de Borer. "El libro del viaje: Rimbaud. Obras Completas. El viaje como libro —un cuaderno de espiral, que se llena, a la manera de Heine, de algunas *Reisebilder*. Ese cuadernillo se escribió viajando. Sin el plan riguroso de un libro que pretendiese ocultar la verdad. La contradicción superada en mí de la biblioteca y del viaje. Un libro, tal vez, pero que se columpia y se arruga en el bolsillo. Que empezase con el sol, en el momento en que Rimbaud siente su atracción definitiva. En Etiopía para una *éthiopée*. 'Cuadro de costumbres de un país

o retrato de un personaje' (Diccionario de Littré). Tenía en la cabeza un canto de ideas-frases. Un cuaderno de notas más que un proyecto, y cuyos pasajes ilegibles marcan esos instantes en que, según la frase japonesa, hemos percibido el ¡ah! de las cosas. Pronto se volvió tan indispensable como mi pasaporte —lo cual no me impedía olvidar alternativamente el uno o el otro. Hubiera podido, con unos garabatos, los croquis de los lugares de las citas, algunas palabras de amhárico, parecerse a esas casas decoradas de dibujos que cuentan el peregrinaje a La Meca de sus propietarios".

Es un Rimbaud cuyos límites se hallan siempre más allá del límite, o donde éste no está ni estuvo ni estará. Vuélvese visible la puerta de lo invisible. Varía continuamente el tiempo de exposición y también lo que se vela. El tiempo puede pasar de la escatología a la vida cotidiana mísera, arcaica, vuelta pústula y náusea. El libro sobre Rimbaud, una provocación a la perversidad genérica de las tesis académicas.

Santiago, 4/3/1992

Alusión a la muerte de Rimbaud en el libro de Borer. La hermana del poeta, en tanto, quiere embellecer el fin, cubrir las espaldas del maldito, abrir la posibilidad de que Claudel y Rivière lo vean en función de una despedida a lo santo, sin rosario, a caballo en el pecado mismo, fundido con él, pero libre de todo por la agonía. Rimbaud delira en el hospital de Marsella y tiene, tal vez, esas visiones en donde aparecen columnas de amatista, ángeles de mármol y madera. Exclama sin adorno, dispuesto a no ser él más un yo: *Alah kerim*, "Dios lo quiso". ¿Busca acaso con alarde de buscón el pasaporte a que da derecho el trance teológico? ¿Quiere ver el rostro de Dios, como dicen que buscaba en la sombra, manoteando, Eduardo Anguita, en el lecho de ese desollado vivo que terminó siendo, con la piel de pergamino al aire, sufriendo por él, por Dios, por Cristo, por el Chico Molina, por el director de "Vea" (Jenaro Medina)?

Si Rimbaud se atuviera en su muerte a la noción que se halla en el judaísmo, le bastaría con mirar constantemente, en el curso de su vida, el rostro de su prójimo. ¡Es el de Dios! ¡No hay otro! El misterio es doloroso y la tabla de salvación no se distancia del sitio en donde él también manotea, como Eduardo Anguita. *He lived, he died/ he sang in solitude* (Shelley). En ese momento, por fin, su propósito se realiza: la escritura queda al margen, las libras esterlinas, a la vista; el cinturón, la túnica del esclavo, la quinina, unas cuantas estampillas, los piojos y todo eso que es lacra, chancro, gangrena, pus, ulceración, llaga viva de amor.

Por fin el propósito se lleva a término: la escritura queda al margen, se disuelve, se nulifica, es borrada. Se excluye al incluirse en la muerte. Es ahora el jefe de la tribu de sí mismo. El errático se instala. Deja de ser neblí, el ave de presa. "Iré bajo tierra" —le ha dicho a Isabelle. Y comienza a ocurrir como si fuese un viernes santo.

Santiago, 5/3/1992

En 1972 se dio la película-espectáculo sobre Rimbaud. Se llamó *Une saison en enfer*. Nelo Risi eligió a Terense Stamp como Rimbaud; a Jean-Claude Brialy, Verlaine, y a Florina Bolkan como la mujer abisinia de Rimbaud. La música fue de Maurice Jarre. Alain Borer la vio y el patético relato es el inventario de un fracaso: "Al salir de una sala vacía, me encontré con el célebre lingüista Roman Jakobson; se declaraba entusiasmado con la película de Risi —y fue por cierto el único; exceptuando una imagen en Suttgart, esa película fue un desastre, y recibida como tal—; 'la película sigue por filmarse' ". Hubo otra en la cual Laurent Terzieff (1966) fue Rimbaud, dirigida por Max-Pol Fouchet; y otra, de Gillert Proutau, en la que el joven Gérard Phillipe fue Rimbaud. Cita de Borer: "Al separarse de Banville que le preguntaba por qué no escribir 'yo soy como un *barco ebrio*', es sabido que Rimbaud le dijo a Verlaine: 'Es un viejo pendejo' ".

Santiago, 6/3/1992

Un virus llamado "Miguel Ángel", preparado por un terrorista electrónico en "homenaje" al artista del Renacimiento, ha contaminado ya a diez mil víctimas, o sea computadores y sistemas de las memorias electrónicas, borrándoles los datos, dejándolos padecer de algo que es, simplemente, una especie de enfermedad de Alzheimer de las máquinas y programas. Miriam parte en misión a Viena. Israel dice que no acepta "Imposición" de USA para obtener los préstamos que favorecen a los judíos rusos. Yeltsin "trabaja" por dinero alemán —dicen los entendidos— para entregarles a Honecker. Voy a Olivetti para comprar una margarita destinada a mi máquina. Me explican: "Las margaritas se venden sin garantía". ¡Pobres margaritas!

Santiago, 7/3/1992

Un verso de Stephen Spender que refleja mi estado de ánimo de hoy: "En qué salvaje cuarto / penetramos, cuando la tiniebla / de una noche sin ventanas / nos excluye de la luz". Una ficha sobre el tema de los ojos y la mirada, que se relaciona con lo de los niveles visionarios en el uno y en el otro. "Simulando estar absorbido en su trabajo, el abate la observó con disimulo. Un psicólogo le había dicho una vez que, considerados separadamente, el ojo izquierdo y el ojo derecho daban dos visiones distintas de la persona observada: el derecho exhibía la máscara expuesta al mundo, y el izquierdo, la soledad ante Dios Padre" (Bruce Marshall, "A cada uno un denario").

Al pasar hacia la casa, en la calle Pedro de Villagra, un joven me entrega un volante impreso en papel rosado. Se nos invita a un sitio determinado con el propósito de beneficiarnos mediante algo que se denomina "Elongamiento Yoga". ¡Así sea! El desvelo por la noche, una vigilia involuntaria. En mi infancia

habría leído el texto santo. Por ejemplo lo que Jesús dice a Pedro: *Sic non potuistis una hora vigilare mecum?* Entonces nos alentaba la Enorme Compañía y la oración se convertía en arma y en escudo. La acémila filológica que reposa en mí me conduce a la relación entre “velar” y “vigilar”, y la vela de armas en el Quijote, cuando el héroe, por indicación del posadero, las vela o vigila junto al pozo al que han de llegar los arrieros. Me desvelo, quito el velo que podría ponerme el sueño, en vigilia, es decir, vigilando lo que velo. ¡Maldición, hasta cuándo!

Santiago, 8/3/1992

El Mercurio reproduce una entrevista de Gabriela Invernizzi a Roberto Matta. Se le pregunta qué entiende por la “verdadera” pintura, como ha venido nombrándola desde hace tiempo. Dice que él, a modo de ejemplo, no pinta “para los hombres”, sino “para la tierra, para las rocas, para una especie de idioma original, de los orígenes. El mundo en que me ha tocado vivir es un mundo que habla, lleno de rumores; y entonces ¿qué hace el artista? Lo mismo que el músico con los ruidos: extrae de ellos sonidos que sólo si se ordenan de un modo determinado pueden convertirse en música. El pintor debe sacar de ellos formas que, antes que contar una historia, cambian la dirección que ha tomado tu conciencia. Si no influye sobre la manera en que se desarrolla tu conciencia del universo, no se puede hablar de arte. Esta es una cosa más profunda que la mera entretención. Pero la mayor parte de las cosas que se hacen hoy son meramente entretenidas. Como toda esta gente de la llamada Escuela de Nueva York, con sus invenciones que sirven a la publicidad, al mercado. No, ya no trabajan para una iglesia ni para un príncipe, sino que lo hacen para el mercado. Ahora estamos en plena ‘californicación’; sí, sí, de California y fornicación”.

Le disgusta profundamente a Matta todo lo que hoy día es sólo *pagaille*, desorden; lo que se mide con los valores del mercado y modelos fabricados por los medios. A propósito de la aparición del cuadro “Morfología Psicológica”, de Matta, en “Minotauro”, la revista de Breton y el surrealismo (1939), el pintor recuerda que a él le interesaban de verdad “las pasiones del alma”, lo que ésta busca verdaderamente, “lo que nos anima y nos impulsa a tener pasión por la vida”. De ahí a la voluntad de quitar los velos, de des-velar, hay un paso. “Siempre —dice Matta— he pensado que un artista debe empeñarse en hacer visibles partes del territorio desconocido. Hay una cantidad de cosas que existen verdaderamente, a pesar de que el hombre no las ve con el ojo desnudo; el microscopio y el telescopio nos las han mostrado. En la época del surrealismo yo intentaba hacer un mapa morfológico de este mundo que anima nuestro cuerpo, y lo llamaba infrarrealismo, porque pensaba en lo que puede verse sólo con los rayos infrarrojos; no en sentido físico, sino más bien en el de servirse bien de la razón para ver lo que no vemos cuando renunciamos a la imaginación y a la inteligencia”.

¿Hay influjo suyo en la pintura del llamado “abstractismo” norteamericano, el *action painting*? Él no lo cree, o más bien lo pone en claro: “Fueron influidos por

las manchas, por los colores que corren sobre la tela, pero no por los conceptos que están detrás. No eran lo suficientemente críticos, no eran lo suficientemente Mallarmé para llegar a ellos. Por lo demás, éste es el típico resultado de la preocupación norteamericana por el éxito. El éxito es el sida del artista".

Santiago, 9/3/1992

He vuelto, después de muchos años, y rechazos y adicciones, y comienzo y fin de mitologías, a revisar la "Correspondencia. 1904-1938" de André Suarés y Paul Claudel, y me espera la de Claudel con Gide (1899-1926). Y sólo he vuelto a estos libros porque recordaba un bello párrafo de Claudel (París, 3 de enero de 1906) sobre los judíos: *Les juifs ont sur Dieu un droit non seulement naturel du fait qu'ils sont ses créatures, mais en quelque sorte juridique du fait d'actes et d'écritures en bonne et due forme. "Les volontés de Dieu sont sans repentir". Les juifs son une race choisie et ils le resteront jusqu'à la fin des siècles. Dieu leur a remis entre les mains un titre sur lui, un "chirographe" comme dit Saint Paul, et le monde ne finira que lorsqu'ils l'auront rendu volontairement. Ils, le Chrétien a la foi, le Juif conserve sa "créance", la lettre de change, cette lettre qui tue.*

El fin, por cierto, en la carta de Claudel está destinado a convencernos de que su testimonio irrecusable sobre los principios y derechos del judaísmo va a ser parte de un estado de plenitud en el instante en el cual los judíos acepten al Hijo de Dios hecho hombre y se prometan a sí mismos descubrir en ello "la" única verdad.

Santiago, 10/3/1992

Sigo lamentándome por no conocer la lengua hebrea. Si el griego y el latín nos llevan a mirar cómo las palabras nos miran, y sirven para descubrir en qué faena verbal, sin apego a las tropelías, vivimos, tomando en cuenta qué hermosas visiones nos conceden, en el hebreo recuperamos lo que suele llamarse el deslumbramiento por lo primigenio en la voluntad de los fundamentos de la Cábala. La "K", grafía polinizadora en cada uno de los textos de Franz Kafka, nos acecha. Hay que llegar al nivel de las precisiones y lograr que el fundamento de la casa de las palabras nos exija penetrar en el orden de los testimonios remotos, desafiándonos constantemente a ir mucho más allá, sin la menor vacilación.

Quiero llamar la atención acerca de las palabras. No cabe duda de que no "hay" verdadera filosofía griega sin un pensar desde la etimología y, sin duda, desde la conciencia de las palabras. En Platón, el gran universo simbólico que arroja al mito y lo proyecta sobre el lector se facilita enormemente si se atiende a las esencias de las voces. Hay que recuperar el conocimiento del origen y asediar las etimologías para percibir cómo, desde el nacimiento de ellas, se proyectan simbólicamente.

En una antigua conferencia dada por Franz Werfel, "De la verdadera felicidad

del hombre", se nos recuerda cómo hemos perdido el verdadero ser de las palabras y se apela a un ejemplo muy simple para así probar el aserto: "Mi razonamiento general puede ser también ilustrado por el desarrollo de los símbolos escritos, desde el jeroglífico al alfabeto de letras. Al principio encontramos también no lo primitivo, sino lo complejo; es decir, una escritura de dibujos hieráticos, sistema votivo de símbolos gráficos por el que todas las cosas y conceptos se expresan de acuerdo con su significación religiosa. Con el transcurso de los siglos esta escritura hierática de sacerdotes degeneró en un profano estilo demótico de escritura, que finalmente terminó en nuestro alfabeto actual que simplemente une un sonido a otro. Restos de la inspiración original quedan aún en nuestro pobre alfabeto. ¿Pero cuántos de nosotros saben hoy cuando escriben las letras 'A' y 'B' que la puntiaguda 'Alfa' es el símbolo triangular de la unidad divina, o que la cerrada y circular 'Beta' —la hebrea Beth— es la palabra profana de 'casa' y el símbolo metafísico del universo?"

Cuando se tiene conciencia del lenguaje, la poesía deja de ser sólo una iluminación súbita y pasa a ser la mansión de las significaciones, mostrando la ligazón religiosa del hombre con el universo.

Santiago, 11/3/1992

Lectura de "Autobiografía sucinta", por Witold Gombrowicz (1904-1969). En su carta a los ferdydurkistas se confiesa marginado y aislado, "borracho como un polaco" y "merodeador y descarriado" en su "maldita atracción por la botella", concluyendo en que él es "un niño vapuleado, y, por si fuera poco, un cobarde. Y que Dios me perdone: un niño". Se atiene a pesar de todo a sostenerse por la noción de que su "orgullo infernal" habrá de salvarlo. En otro libro, "Witold Gombrowicz-Jean Dubuffet. Correspondencia" hay una pugna de jugadores que saben cómo marcan sus cartas y fingen desafiarse a que el uno es como el otro. Dubuffet se pone a leer los libros del escritor polaco en 1968 y le cuenta que se ha dedicado a alimentarse asiduamente con "esta exquisita manzana verde". Se indignan ambos por el auge de la estupidez. ¿Es lícito culpar por ello a "nuestro sistema de comunicación"?

Witold Gombrowicz estima escandaloso en alto grado que la gente aún no pueda ser capaz de encontrar un lenguaje que le sea útil "para expresar su ignorancia". Por ello, se ven obligados, de manera hiriente, a expresar siempre, y únicamente, "lo que saben", o sea, el "conocimiento del tema". No les interesa probar lo contrario, "que su sabiduría está llena de lagunas".

Santiago, 12/3/1992

Concierto en el Teatro Municipal. Director: Simon Blech. Prokofiev, "El amor por tres naranjas"; de Falla, "Noche en los jardines de España" (solista en piano Joaquín Achúcarro); Modesto Mussorgsky, "Cuadros de una exposición". Brillan-

te el pianista. Con el fin de agradecer los aplausos, ofreció "Nocturno para la mano izquierda", de Scriabin. Humedad incómoda en Santiago. ¿El trópico somos nosotros?

Santiago, 13/3/1992

Comienzo del curso de los días viernes. "El Quijote". Hoy me dediqué a la explicación del "prólogo de la Primera Parte" (1605) y el tema de las guerrillas literarias en los siglos de Oro. Mi presión se disparó: 16/11. Confieso la profunda irritación que me procuran los libros de Marguerite Duras. Es, probablemente, una limitación mía. Hay algo en ella, como observadora de la realidad y en los problemas de la transgresión que me fastidian. Trato en vano de hincarle el diente a "El amante de la China del Norte". Antes, "El amor" y "Emily L." permitieron hacerme la promesa (incumplida) de no incurrir en sus libros. Me aburre su modo de componer, la ilusión de destruir la estructura con una pretendida singularidad dolorosa. Afirma, a menudo, sin un "cómo". Por ejemplo: "La historia de mi vida no existe. Eso no existe. Nunca hay centro. Ni camino, ni línea. Hay vastos paisajes donde se insinúa que alguien hubo, no es cierto, no hubo nadie". Su "absoluto" es desprolijo. Quiere poner la escritura en bruto, y eso distancia y ahuyenta.

Santiago, 14/3/1992

Alejandra Pizarnik, la suicida y el privilegio de un vacío que colma su yo, irradiando la muerte. Ese feroz libro suyo: "Extracción de la piedra de la locura". Las cincuenta pastillas de Seconal sódico y el fin, un día 25 de septiembre de 1972. "Es necesario llegar hasta el fondo", escribe. Y deja constancia de la noche, de los laberintos, de los vórtices. "Yo me levanté de mi cadáver, yo fui en busca de quien soy", o bien —o qué terrible mal— "la noche soy y hemos perdido". Lo fortuito no existe y ella siente que el mundo se le cae a pedazos, convirtiéndose en un texto precautorio al que no logra asirse, porque algo la persigue siempre.

Se prepara entonces y Sylvia Plath, la otra suicida, escribe lo que *es*, lo que debería ser: *Dying/ Is an art, like everything else*. Hasta ahí...

Santiago, 15/3/1992

Una especie de autobiografía de Witold Gombrowicz en donde jamás termina de prodigarse, exaltando continuamente el afán de ser el "otro", el que rechaza normas o sistemas. El libro se llama "Recuerdos de Polonia" y tiene tanto del autor como si fuera una novela de sí mismo, al modo de "Ferdydurke" (1938). Ya había dicho Bruno Schulz que ese libro no había sido inventado, "que era fruto de numerosas y duras experiencias personales". Gombrowicz cree que Schulz no se equivocó, ya que, desde su infancia, sufrió "los tormentos de la formación polaca".

Se le declaró temprano una "nostalgia incurable" por Occidente y la vida escolar le pareció una farsa. No le interesaba la política y el salto que da Polonia entre 1914 y 1920 le parece "el núcleo de las transformaciones surgidas con un ritmo rápido y enloquecedor".

Se irrita debido "a la maldita calidad de nuestra cultura" y en su función más bien secundaria en comparación con las de otras en Europa. "Los ingleses o franceses no conocen esos problemas": ellos tocan directamente la vida, la realidad. "Pero nosotros marchábamos ya en segunda fila, y delante nuestro no había una vida rigurosa, sino las espaldas de quienes nos adelantaban. Esta Polonia recién creada tenía que dejar, pues, a los demás grandes descubrimientos de la filosofía, en la ciencia, en el arte, las revoluciones técnicas u otras, nosotros estábamos condenados al papel del discípulo, cuyo mayor mérito podía ser, como mucho, asimilar cuanto antes los logros ajenos. Hoy, en este aspecto, la situación de Polonia (1960) seguramente no se presenta mejor, sino mucho peor. Nunca hemos sido menos independientes, pero hace cuarenta años esa desesperante calidad de ser secundarios nos imposibilitó acceder a la vida y a la realidad".

La expresión de la posguerra, en 1920, no permitía tener mínimas esperanzas sobre el cambio social. "Nadie podía hacer nada", es la conclusión retrospectiva del escritor. Era un país "de hombres paralizados" y los elementos más dinámicos "estaban condenados a vegetar provisionalmente"; todo "se dejaba para el día siguiente, era la práctica de la demora generalizada en espera de que el mundo se calmara y que el Estado se consolidara hasta que apareciese una posibilidad de maniobra".

Su visión de los judíos y los datos concretos del antisemitismo polaco —según Gombrowicz— hallaban en familia la consonancia perfecta. Era materia de una especie de sí-no condicional: "Podría parecer que mis orígenes nobles y terratenientes deberían haberme inculcado el virus antisemita. ¡Nada de eso! Al menos en mi familia el antisemitismo estaba considerado como prueba de estrechez mental y nadie de nosotros sentía hostilidad hacia los judíos, aunque tal vez conservábamos algunos prejuicios de carácter social... Pero en general ese antisemitismo de la nobleza no era peligroso: se condenaba el 'papel destructivo' de los judíos, pero cada noble tenía 'su' israelita con quien pasaba horas enteras en el porche, conversando de cosas misteriosas, prueba evidente de una convivencia establecida desde hacía siglos". Aceptar lo que dice, así, con soltura es, cuando menos, una extravagancia, pues nada en el argumento merece aprobación. Hablar de la existencia de un "su" israelita es condescender en que podían ocupar la posición del *pet-dog* o del juguete mecánico.

No le extraña ver que existe "la forma" de un judío. Los considera grotescos y casi increíbles, y supone que "se perciben a sí mismos como una caricatura, como una broma extraña del Creador". No se hablaba mucho de los judíos, "como tampoco se habla de la sogá en casa del ahorcado". Más bien el asunto parece reducirse a considerar que los judíos venían a ser, en Polonia, "un elemento

comprometedor", ante el cual "uno no se podía comportar adecuadamente". Regresa a Polonia, luego de un viaje por Italia en donde advierte la alegría de quienes veían la solución de los males en el método del palo y la mano dura, en el fascismo. Ya siente miedo, pero no quiere preguntar mucho. Entonces, un día, comprende. Es el *Anschluss*. "Hitler estaba entrando en Viena".

Santiago, 16/3/1992

"Transatlántico" (1953), de Witold Gombrowicz. Le interesa oír al autor que este libro es como "un ajuste de cuentas con la conciencia nacional". Lo cierto es que, en la línea de la herencia yacente de Jarry, se trata más bien de una novela polivalente en la cual lo que se narra y el modo de narrar constituyen un acuerdo entre la sátira, venida de una conciencia del absurdo y del grotesco y una insinuación del drama de un país que vive en medio de un eterno no saber qué hacer con lo que es su confuso pasado.

El escritor insinúa, o más bien declara, que esta historia no es, sino él mismo, su "vibración", su desahogo, su existencia. Por otra parte, al jugar con la fantasía reelabora el sector concreto de su experiencia del arribo a Buenos Aires, en 1939, de lo cual existe constancia en su "Diario argentino". Gombrowicz no se siente autorizado para otra cosa que no sea inventar, jugar, representar a partir de Polonia, de su vida primera, de su orgullo, de la gloria que le concede el yerro, al equívoco, al dolor y a la risa, recordando que jamás ha escrito una sola palabra que no se refiera sólo a él mismo.

El párrafo con que se abre "Transatlántico" es una revelación, un litigio con el mundo y una reconstitución de las formas que se proponen en la alegoría: "Me siento en la necesidad de comunicarle a mi familia, a mis parientes y amigos, el comienzo de mis aventuras, que duran ya diez años en la capital argentina. No pretendo invitar a nadie a gustar de estos viejos Fideos míos, de este Nabo tal vez crudo que nada en una olla de Estaño, Magra, Mala y Vergonzosa, en el aceite de mis Pecados, de mis Vergüenzas, de esta Cebada pasada, Oscura, revuelta con negro alforfón. ¡Ay, cuánto mejor sería no llevármela a la Boca, para evitar mi Condennación eterna, mi Humillación a lo largo del interminable camino de esta Vida mía, que asciende una montaña dura y fatigosa!".

Santiago, 17/3/1992

Elijo los diez volúmenes de "Historia de la vida privada" como mi próxima lectura. Comienzo con el primero, "Imperio Romano y Antigüedad Tardía". Los datos, con un mapa, resultan precisos. La velocidad de los viajes por tierra era de 30 a 60 kilómetros por día. En 15 días, por mar, se iba desde Roma a Siria, evitándose, en lo posible, los viajes entre los meses de noviembre y marzo. Las ciudades más importantes eran Roma, Cartago, Alejandría, Antioquía de Siria y Efeso. Las regiones más prósperas eran Tunicia, Siria y Turquía. "La originalidad del Imperio

Romano —se dice— se basaba en su bilingüismo”. El uso del latín, “la lengua de los poderes públicos, del comercio y de la cultura”, se daba en la mitad oeste; el griego, en la parte oriental. Su población presumible era de 50 a 100 millones de personas, a lo que se agregaba la población rural. Roma tenía, a lo menos, 500 mil habitantes. El nivel imperial de vida oscilaba entre lo que hoy sería la de un país muy pobre y uno muy rico del Próximo y Medio Oriente de hoy. Los capítulos sobre la esclavitud y el matrimonio son notables y permiten alejar los mitos acerca del carácter primitivo de la ley, y de su inhumanidad global. Las ideas acerca de la propiedad, de los deberes de los unos para con los otros, de la educación y del mundo de las instituciones se ofrece como parte de un orden en el cual no abundan lo irregular o las anomalías. Se trata, en el fondo, de un sistema coherente, de gran perfección.

Santiago, 18/3/1992

“Sonata para piano en si bemol”, de Schubert. Turbación provocada por la forma. Prodigio en los detalles. A veces, oyendo música siento que el escribir aporta confusiones; en cambio, las notas llevan hacia la luz. ¿No sería mejor pensar en aquella hoja en blanco que ambiciona el vacío, sugerida por Mallarmé? Con las palabras me entrego a los desbordes de la exhibición. Quizás no sea yo otra cosa que *a shlep*, un bobo consumado, irremediable y definitivo.

Santiago, 19/3/1992

Bellísima fotografía natural, sin arreglos, de Andrés Bello e Isabel Dunn (1864). El venerable humanista se halla sentado en un sillón que es el centro del mundo en el momento de su enfermedad (se trata del mismo que está al lado de mi escritorio, aquí, en la Biblioteca Nacional. Sólo que en la fotografía, en el sitio del brazo del costado izquierdo hay una figura poco discernible, puesta en donde hoy sólo existe un hueco profundo). El rostro de don Andrés es sereno, sin ansias de vida o visiones del futuro. *Está* ahí, sin ataduras ni embrollos. Se ve grave y dispuesto a todo lo que pueda venir. Atrás, en los anaqueles, los libros se hallan en perfecto orden, esperando la mano del sabio. No se ha ausentado totalmente del mundo y está —como ha dicho Brassai de otra persona— “misteriosamente presente” en la fotografía.

Han pasado 35 años desde que llegara a Chile, que él vio como país dividido en facciones, batallando el uno contra el otro (como lo dice en carta de 1829). Hoy vive en una república que se admite en forma. No le faltan demasiados años para morir y podría exclamar: *Ego sum paratus!*, o sea: “¡Estoy listo!”. Ya nos ha legado el Código Civil, la “Gramática”, la Universidad de Chile en funciones y en crecimiento y ha sido un gran Rector de ella. ¿Podría desear algo más?

De pie, junto a él, práctica, casi en duelo, dominada por el rigor del servicio y por su carácter protector (aunque por su origen inglés le produzca berrinches a

Bello oírla confundir los géneros y números de los sustantivos), Isabel Dunn. Lleva los ropajes largos a que nos acostumbraron en Europa los retratos femeninos por Nadar, el fotógrafo. Parece más firme y resistente de lo que, en verdad, era. Y "está" allí. Es lo que constituye simbólicamente la Musa de la Inexcusable Necesidad de Él. Lo importante: el rostro (la cabeza, la calva en cúpula) es, en verdad, de don Andrés. No se trata de uno de esos "retratos" que fueron recusados por Joaquín Edwards Bello, irritadísimo con la supuesta policefalia del sabio, su bisabuelo. Ni la del peluquero portugués del siglo XVIII, ni la del discípulo de Onán, ni la de un obeso comerciante en ultramarinos que han servido para confundirnos. Es él.

Santiago, 20/3/1992

Una interesante y compleja conversación entre Roberto Matta y Félix Guattari, *El Oestrus*, que se publicó primitivamente en *Chimère*, revista de "esquizoanálisis", París, otoño de 1987, y luego en versión española en "Estudios Públicos" N°s 44 y 45 (primavera de 1991 y verano de 1992), Santiago. La explicación del diálogo evita toda confusión: "Guattari conduce a Matta por consideraciones que se acercan a su propia concepción de un inconsciente dinámico, energético. De ahí que ambos ejemplifiquen el carácter de una conciencia lúcida y aborden el análisis de las pinturas que Matta realiza actualmente. En ellas, lo que define su propio espacio *oestralizante* no son las figuras más o menos identificables, sino la concepción de la tela como campo de fuerzas que se explican mediante el uso libre de conceptos que provienen de la química y de las matemáticas".

La idea de las "transformaciones epifánicas" constituye un fundamento que permite a Matta volver siempre a la idea de construcción por asimilación. "Me parece —expone— que se debe concebir el entendimiento como el embargo de un lugar, un "donde", de cuyo seno irrumpa una gran cantidad de saber, como un ruido en el bosque, en la jungla, con esta especie de tigre que llevamos dentro. En la faena del ser, el entendimiento impregna la conciencia como una esponja, para así destilar partículas de verdad. Es hora de comenzar a ver en qué consiste este proceso. Estas partículas de verdad son objeto de una operación en la que hay mucha pérdida, porque la conciencia no está suficientemente alerta, ni en adecuado estado de asimilación. Es necesario representarse la manera cómo uno se alimenta de estas partículas, pero para ello se hace necesario seguir sus recorridos. Se ha perdido el sentido de este tipo de cacería espiritual al interior de campos magnéticos que acceden a la conciencia y que son captados por ésta, para luego ser traducidos en sal del ser, en sal de la tierra. Es así como el ser, por la conciencia, desarrolla una vida orgánica comparable a la del feto. Pero esto sigue siendo todavía una débil metáfora".

Un salto nos remite a un no-vacío y podemos ir tirando de la cuerda del mito. Algo así como la búsqueda que Mauss hace de la continuidad de dicho mito en las metamorfosis y enmascaramientos, pero sin correr el albur del discurso que oculta u omite algo esencial. La conciencia del mundo que existe inevitablemente en

cada mito, el cual, pese a perder de vista su carácter en ramificaciones, puede preservar su identidad. Es el "mito de referencia" que excluye, sin esquivar los arreglos de la perplejidad, el ámbito mistificador que podría convertirse en su atmósfera. Guattari dice a Matta que es preciso apoyarse en el "mito de referencia" y que el surrealismo y el dadaísmo, el cristianismo y el marxismo lo legitiman, pero, algunas veces —dice—, "el mito se vuelve mistificador". Hay que cuidarse de no empantanarse en él y da un ejemplo del riesgo: "Dalí se volvió loco porque se identificó con su propio mito de referencia".

La respuesta de Matta es ya una decodificación. "Más que loco, se volvió idiota. El que se volvió loco, en esas mismas circunstancias, fue Artaud. Pero Artaud siguió estando vivo, delirante, virulento, puesto al desnudo. Mientras que Dalí se transformó en una especie de nudo con el que se estranguló a sí mismo, que es lo que ocurre a veces al feto". No pierde de vista el cómo legitimar a Artaud y, sin exponerlo como tributario de un grado de desalojo de lo real, lo explica: "Artaud era *él*. Trabajando con él se podía *entrar en él*. Pichette llegó a identificarse con su vocabulario y pudo penetrar en su sistema. Yo no podía hacerlo; me impresionaba demasiado. Casi como un animal, un caballo o un perro. Su lenguaje era que-mante. Dibujaba a menudo su autorretrato; era fascinante; era un espectáculo, un actor prodigioso. Habría sido una falta de conciencia y de sensibilidad interrumpirlo. Cuando esto ocurría, teníamos dificultades para comprenderlo. Hoy día, cuando se leen y se estudian sus textos, ya hemos asimilado muchas cosas que se pueden llegar a traducir. Pero en ese momento estábamos dispuestos a tentarnos estúpidamente de la risa, yo el primero, con el tipo de espíritu que me gastaba. Decía cosas realmente sorprendentes; pero reír equivalía a romper las reglas del juego".

Guattari quiere entender a Matta, al descubridor de los mundos nuevos, desde el punto de vista de quien busca "poner el arte bajo el paradigma de la exactitud científica". Y es espléndida la puesta en escena del pintor: "Leonardo da Vinci no comprendía cómo estos pintores que pretendían trabajar en un Renacimiento, que deseaban aproximarse a la naturaleza, a la realidad, se quedaban en la Virgen María. Porque cuando se trataba de trabajar con los músculos de una mosca, o de una rana, ¡no quedaba nadie! Era probablemente muy difícil en esa época tener una representación exacta de la circulación de la sangre, del sistema ocular, como para nosotros resulta difícil tener hoy día un concepto del funcionamiento del pensamiento. ¿Cómo funciona aquello que se llama entendimiento? Tenemos muy pocos diagramas sobre esto".

La pregunta recae en seguida sobre la pintura de Giotto; qué es lo que Matta ama en él. "Como yo no sabía nada de pintura, ésta me interesaba —siendo arquitecto— sólo en la medida que me permitía captar las cosas primitivas, primordiales. Por ejemplo, en la obra de Giotto había mucha arquitectura, diagramas y todo estaba simplificado. Representaba un árbol como una hoja, una montaña como una roca. Era una especie de pintura catalogal". La "noción" de

las invenciones y el repertorio atrae el nombre de Paolo Ucello: "Aquí también lo que me convenía era la legibilidad: una gran batalla con muchos detalles. En relación a los otros, era como un pintor ingenuo, una especie de aduanero Rousseau. Todos esos caballos eran muy 'caballerantes', con sus armaduras, etc. Todo estaba perfectamente repertoriado. Él también declaraba que no hacía pintura. Piero di Cosimo me interesaba particularmente porque permanecía en el registro de la invención. Era ingenuo, también: trabajaba sobre lo que puede ser un centauro, un caballo. Igualmente El Greco, que ha jugado un rol decisivo en mi trabajo. Partí de él: me daba la impresión de decirlo todo con llamas. Su pintura era flamígera, quizás en un sentido místico, pero su luz, sus formas arquitectónicas tenían un origen más verdadero; como para las gentes que hubieran buscado la fuente del sol. Había también algunos 'pequeños', como Baldung Grien, un Flamenco, ¡y Grünewald!".

Santiago, 21/3/1992

El horror y el duelo por los muertos en el acto terrorista de la Embajada de Israel en Buenos Aires. La Jihad Islámica va a conocer la réplica y en este vivir fuera de la humanidad, de la civilización, de los valores llorará también. Leo que los arqueólogos de Israel descubrieron una tumba que contiene, al parecer, los restos del Sumo Sacerdote del Sanedrín, Caifás, el que aparece en el relato de los evangelistas como contemporáneo de Jesús. Se trata de una tumba bimilenaria en donde se lee la inscripción: "Josef Bar Kaifas".

Acabo de terminar un libro de George Steiner, "En el castillo de Barba Azul". No se trata de una indagación sobre el mito del terrorífico personaje centroeuropeo de los relatos de infancia, sino de un texto metafórico sobre el hombre occidental que se halla ahora ante la última de las siete puertas de la civilización, lugar en que —según cree Steiner— se ha de encontrar el espacio en donde yacen los restos de nuestra cultura. Y él dice que, en el campo de una teoría, allí se hallaba la "Judit" de Bartok, "cuando pide que se abra la última puerta hacia la noche".

Santiago, 22/3/1992

Dos bisontes pintados hace 15 mil años en la pared de una de las cuevas de Mayrieres, en el sur de Francia, fueron borrados por *boy-scouts* que limpiaban lugares en donde había inscripciones o elementos que reflejaban la obscenidad o la disipación. Lectura de "Viaje a Samoa", por Marcel Schwob. Explica a Margarita, su mujer, que estas notas escritas en 1901-1902 están "mal dichas", pero le pide que se las guarde porque le "servirán de diario" y espera hagan vivir a ella un poco de su vida. Le explica: "Todas las historias sobre la belleza de Samoa son mentiras, pero quiero mucho a los indígenas".

Santiago, 23/3/1992

Un retrato de "Alejandro Magno", conocido también como "Hombre con armadura", de Rembrandt, que se extravió durante 250 años, fue encontrado en un museo de Glasgow. Es una enorme alegría para la civilización y para cada uno de los seres humanos. Magnífico concierto en el Teatro Municipal. Dirigió la orquesta, Maxim Shostakovich, con Alexander Toradzo al piano. Notables "Concierto para piano Nº 3", de Rachmaninov, y muy bella versión de la Obertura "Festival" de Dimitri Shostakovich. La "Sinfonía Nº 4, Op. 98", de Brahms, dentro de lo esperado. Clase en Wizo sobre "Otra vuelta de tuerca", de Henry James. El problema de los cabos sueltos y de la narración enmarcada. Los qué y quién y cómo, proposiciones de un arte de narrar, y el espíritu gótico.

Santiago, 24/3/1992

El socialismo pierde pie en Francia. Las elecciones lo revelan claramente. Crece la centroderecha, suben los verdes y se solidifica el Frente Nacional, cuyo líder es Jean-Marie Le Pen. Choferes, panaderos, carniceros, taxistas, barrenderos, pequeños funcionarios que miraron en su momento, con buenos ojos, a Petain, son los cofrades y electores de este grupo. Bruno Megret, considerado el Goebbels del Frente Nacional, dice al diario *El País* que su movimiento no es racista: "No lo es. No proponemos la superioridad de una raza sobre otra, ni el exterminio de ninguna. No tenemos nada contra los árabes, siempre y cuando vivan en sus países. Somos patriotas. Amamos a nuestro país, y más que otros". Quieren que los migrantes vuelvan a sus tierras. "Y si los inmigrantes se van —explicó— no puede haber *apartheid*. Por el contrario, lo que hoy tenemos es un *apartheid* contra los franceses. Los inmigrantes tienen más ventajas que los franceses".

El 12 de marzo se publicó en Francia el epistolario de 25 años de amistad entre Freud y Ferenczi. Es el primero de los tres volúmenes de 1.250 cartas. En él se reproducen las escritas entre 1908 y 1914. En Madrid, Mondadori puso en las librerías la "Correspondencia" entre Flaubert y Turgenev. Jesús Díaz, el escritor cubano, en una crónica ("Cuba, los anillos de la serpiente", *El País*, 12 de marzo de 1992) habla de "actitud numantina" del gobierno cubano, "que identifica su continuidad con la independencia nacional y reprime a sangre y fuego cualquier disidencia". Pienso que hay que llevar a cabo una lucha para dejar atrás "la política de socialismo o muerte" y el bloqueo, por iguales. Ha muerto Hayek, el apóstol del libre mercado.

Santiago, 25/3/1992

El texto de Tucídides sobre la peste de Atenas, año 430 de la era anterior a Cristo ("Historia de la Guerra del Peloponeso"). Los alumnos se mantienen atentos. Sin opinar casi. Les digo que se emplea allí el argumento del "rumor", pues se dijo

que "los peloponenses habían arrojado veneno a los pozos". Se trata del testimonio de un testigo implicado, el propio Tucídides. El historiador apoya su relato: "Yo, por mi parte, diré sus características y mostraré los síntomas a vista de los cuales, si volviese a sobrevenir, teniendo una idea previa mejor se podría diagnosticar. Porque yo mismo padecí la enfermedad, y vi a otras personas afectadas por ella".

Viene, en seguida, una extensa descripción de los signos que presentan los afectados. Una observación atenta revela que "el mismo hombre no era atacado dos veces, al menos con afección mortal". Se discutió larga y razonablemente en Atenas si la mortandad se debía a la peste (*loimós*) o al hambre (*limós*). No deja de ser un hábil manejo de observación de los caracteres el de atribuir la propagación de la peste al hacinamiento: "Acentuó la angustia para los atenienses, en medio de la calamidad presente, la evacuación de los campos a la ciudad, sobre todo para los refugiados. Pues como no había casas para ellos y vivían, en pleno verano, en barracas hacinadas, la mortandad se producía en medio de la confusión; mientras iban muriendo quedaban, ya cadáveres, unos sobre otros, y se arrastraban medio muertos por las calles y junto a todas las fuentes por anhelo de agua".

El afán por sobrevivir aprovechando el tiempo que les quedaba, ya observado en el marco temporal de este mundo, como se logra ver en los relatos medievales de "El Decamerón", es explicado por Tucídides admirablemente: "La plaga introdujo también en la ciudad otros desórdenes más graves. La gente buscaba, con especial osadía, placeres de que antes se ocultaba, porque veían tan bruscos cambios en los ricos, que morían súbitamente, y de los que antes no tenían nada y que de repente adquirían los bienes de los muertos. Y así, considerando igualmente efímeras la vida y la riqueza, creían se habían de aprovechar rápidamente y con afán. Nadie tenía ánimo para perseverar en un noble propósito por la incertidumbre de si moriría antes de poder alcanzarlo. El placer inmediato y todos los medios que a él conducen, se constituyó en lo bello y lo útil. Ni el temor a los dioses, ni la ley humana les retenía, porque al ver que todos morían indistintamente, creían que era igual honrar a los dioses como no hacerlo, y por otra parte nadie esperaba vivir hasta que se hiciese justicia y recibir el castigo de sus delitos. Más grave era la sentencia dictada que pendía ya sobre sus cabezas, y antes de que cayese, era natural que sacasen algún provecho de la vida".

Santiago, 26/3/1992

La muerte de Sócrates en 399 antes de la era común fue contada por Platón, que no asistió a ella, en el "Fedón". Platón se convierte en un observador del "otro" lenguaje, el de los gestos. Escribe de Sócrates que miró al hombre "por encima, como un toro, como tenía por costumbre". Y ello se registra más vagamente en el busto de Sócrates que hay en la Villa Albani (Roma).

Santiago, 27/3/1992

"Bien pensante", el término que elegía León Bloy para moler la reputación de todos los que, en el rigor de sus argumentos, ponían el acento en los rasgos cristianos, sin que valiesen pruebas capaces de encogecerlos en lo que toca a sus verdaderas intenciones. En una entrevista hecha por Odile Baron Supervielle, en 1988, a André Glucksman, a propósito del libro de éste, *Descartes, c'est la France*, al explicar el escritor su "educación de Descartes" se refiere al asunto: "Pienso que lo importante —dice— es justamente el hecho de que Descartes no sea un hombre *bien pensante*". Y fortifica su idea determinando que entiende por tal a un hombre que "se piensa a sí mismo en relación con el bien, no alguien que piensa bien". Remata así: "Descartes trataba de pensar bien, con exactitud y con rigor, con método. Un bien pensante es alguien que se piensa a sí mismo en relación con el bien, con la belleza, con lo verdadero. Por el contrario, Descartes duda y esa duda no es duda pedagógica que sirva de introducción a la certidumbre. Es una duda permanente. Con eso introduce una concepción combativa y estratégica de la verdad".

Santiago, 28/3/1992

Música. Sólo el silencio del día. "Música para cuerdas, celesta y percusión" (1936) de Bela Bartok. Orquesta Sinfónica de Detroit, dirigida por Antal Dorati.

Santiago, 29/3/1992

Muerte de Friedrich von Hayek. Siempre sostuvo las ventajas del liberalismo con respecto del proyecto socialista, apoyado en la idea de que el socialismo es, ante todo, "una forma de nostalgia de la sociedad arcaica, de la solidaridad tribal", verificándose que el marxismo es una "forma supersticiosa" de la política y de la economía. La crítica a la democracia le parecía una forma necesaria de la crítica del sentido que ésta había ido adquiriendo en un largo proceso evolutivo. "Originalmente —dijo una vez— en la democracia, los poderes del Estado —contrariamente a lo que sucede en la monarquía— estaban limitados por la Constitución y la costumbre. Pero nosotros nos hemos deslizado progresivamente hacia una democracia ilimitada: actualmente, un gobierno puede hacer 'todo' bajo el pretexto de que es mayoritario. ¡La mayoría ha reemplazado a la ley! ¡La ley misma ha perdido su sentido! Principio universal al comienzo, hoy en día la ley no es más que una regla cambiante destinada a servir intereses particulares ¡en el nombre de la justicia social! ¿Y qué es la justicia social? Una ficción, una varita mágica... ¡nadie sabe en qué consiste!".

Santiago, 30/3/1992

Isaac Stern prefiere los Guarneri a los Stradivarius. Los encuentra más sólidos y fuertes y, ateniéndose a los dos que él posee, los sabe rudos, rigurosos, viriles, aunque suaves. En cuanto al arco, contó en 1990, que es más difícil dar con uno verdaderamente bueno. Se necesitan varios. Él no utiliza el mismo para Mozart, "más liviano, más rápido", que para las grandes obras de Brahms, de Beethoven, de Bach, "más fuerte, más pesado". La conclusión: un arco "debe adaptarse a la mano del violinista, de manera que un arco perfecto puede no convenir a tal o cual artista. Por tanto encontrar uno adecuado es muy difícil".

Santiago, 31/3/1992

William Styron, luego de una profunda depresión, ha regresado a la cordura que le permite sobrevivir. El alcohol fue el combustible del asunto. "Yo no bebía cuando escribía —dijo—. Por otra parte, los escritores en general no logran escribir cuando están borrachos. El alcohol provoca lo imaginario, produce visiones, pero es sólo cuando se deja de beber que se ponen esas visiones sobre papel".

Santiago, 1/4/1992

"Terminaré por dominar esta catedral, pero necesito mucho tiempo", dijo Monet en carta del 3 de marzo de 1893. Pissarro le pidió a su hijo, cuando todas las pinturas de la catedral de Rouen estuvieran expuestas, que no dejarse de verlas. Porque *nunca más* volverían a estar juntas. Así ocurrió: el conjunto comenzó a desgajarse por las ventas, hacia diversos puntos del mundo. El trabajo de Monet duró dos años, entre las 7 de la mañana y las 7 de la tarde. Reflejos, luz, sombra, vaguedades, colores y sus cambios, provocados por el clima de la Normandía se reflejan en las treinta telas, que hoy sólo es posible ver en el famoso álbum de Joachim Pissano.

Santiago, 2/4/1992

En el sur de Polonia, un viejo judío contó una parábola medieval a George Steiner. La transcribo porque expone una visión del mundo que nos compete a todos: "En una desconocida aldea de la Polonia Central había una pequeña sinagoga. Una noche, al hacer la ronda, entró el rabino y vio a Dios sentado en un rincón sombrío. Se echó al suelo, de bruces, y exclamó: 'Señor Dios, ¿qué haces aquí?' Dios le respondió, pero no como el trueno ni como un torbellino de viento, sino en voz apagada: 'Estoy cansado, rabino, estoy muerto de cansancio'".

Dios, concluye Steiner, "se cansó del salvajismo de los hombres". Ya no le resultaba posible reconocer su imagen "en el espejo de la creación". El mundo

quedó abandonado a su propia suerte y entonces vino la inhumanidad a instalarse en el corazón del drama... Así es la parábola que explica la confusión en el estado del mundo.

Santiago, 3/4/1992

Sueño. Veo una casa que se parece mucho a la mía de Los Ángeles que vi demolida en el verano. O más bien la misma, pero convertida en otro sitio físico. Es de noche y yo paseo solo por esa galería en forma de "T" que había en ella. La que daba, en el segundo piso, desde el balcón a la calle hasta la galería vidriada, guiñando el ojo al gran damasco del patio.

La soledad no es total en la penumbra. Hay allí dos gatos, uno es negro y el otro, blanco. De pronto sé, sin justificación, que ambos están furiosos. Arremeten con sus garras y rasgan el papel y el muro, vomitan, orinan y no cesan de correr ruidosamente. No sé qué hacer y pienso que debo permanecer allí, no sé si en espera de alguien o porque soy el custodio o guardador de la casa, y es preciso que alguien me releve. Siempre es de noche, aunque en torno mío hay una débil claridad interior.

De pronto llegan todos, mis abuelas, mi madre, mis hijas, algunas mujeres que amé. Pienso que van a juzgarme, pero no es así. Me tranquilizan, evitan mi idea de la culpa o del descuido. Sin intervención de ellas, los gatos desaparecen y la casa, aunque oscura, se ve limpia nuevamente. Despierto.

Santiago, 4/4/1992

Un texto de George Steiner, *Post-Scriptum*, me inflige el dolor de unas palabras finales o puestas como remate de un argumento sin réplica: "En el *ghetto* de Varsovia un niño escribió en su diario: 'Tengo hambre, tengo frío; cuando sea mayor quiero ser alemán y entonces ya no tendré nunca más hambre ni frío'. Y ahora quiero volver a escribir esa frase... y luego volver a decirla muchas veces, rezando por el niño, rezando por mí. Porque cuando se escribió esa frase yo comía más de lo que precisaba y dormía cómodamente y guardaba silencio".

Extremadamente prolijo, por ese tiempo —el del niño del *ghetto*, el de Steiner—, yo era aún alguien inocente que prodigaba la vida. Y con ello, las inexactitudes y los egoísmos. Iba al cine, leía, contemplaba a la gente, pero un pequeño judío checo que llegó a mi curso, a la Quinta Preparatoria del Liceo de Hombres de Los Ángeles, me reveló, con sus miedos, sus ojillos tristes, que tras él había un pasado aterrador sobre el que nosotros bromeábamos sin juicio. Mi amigo ya conocía el dolor, la destrucción y la muerte. Y entonces, al verlo un día arrojar-se bajo el banco al oír un tenue sonido de un "Aeronca", tapándose la cabeza y abriendo los codos, ya "supe". Y guardé silencio, línea a línea, con un dolor respetuoso.

Santiago, 5/4/1992

En la sección "Libros", del diario *El País* (Madrid, 14 de marzo de 1992) se entrevista al italiano Toni Negri, a propósito de su libro "Fin de siglo". Cree que el siglo xx prácticamente no ha existido y su punto de vista lo expone en una nota: "El socialismo es un hijo menor del capitalismo. Es, en los hechos, el desarrollo del proyecto capitalista en manos del proletariado subdesarrollado, que proyecta la propia experiencia del desarrollo. A principios de los años sesenta, junto con otros compañeros, empecé a decir que el modo socialista había agotado totalmente su carácter revolucionario y contemplaba únicamente las relaciones de competencia dentro del mercado mundial".

Emplaza al orden político para que acepte la noción del "obrero social" como un nuevo sujeto. Se trata de situar el hecho en los años setenta y ochenta, "cuando se producen las grandes transformaciones frente a las que estamos. La fábrica es ya insostenible. La física contemplada como lugar de producción desde el modelo taylorista, y el modelo mismo, la política salarial y social. Por otra parte, el propio capitalismo percibe claramente, a partir de 1968, que la producción general, el proceso de valoración, ya no se halla en la fábrica, sino que en él interviene la sociedad entera. Y en ese momento cambia completamente de política. De arriba a abajo. Por arriba se cambia el modelo monetario, con el dúo Nixon-Kissinger, que son, sin duda, los dos mayores políticos capitalistas de este siglo; paralelamente, se acomete la informatización social, lo que significa llevar al plano social todos los elementos productivos".

Al preguntársele por la defensa del trabajador nacional en los países desarrollados y ciertas conductas xenófobas (Alemania, Francia, Italia, Holanda) en los propios trabajadores, Toni Negri dice que ello no le parece "un movimiento fundamental", lo cual lo explica sin desmentir el problema, definiéndolo y poniéndolo en el dato concreto de la realidad. "El nacionalista —dice— es un movimiento de reflujo, un movimiento reaccionario. Profundamente reaccionario. Hay que tener el coraje de decirlo. Y esto vale sobre todo para los países que forman parte de la Unión Soviética. Son países que tienden a presentarse como naciones separadas en el mercado mundial para venderse a un precio mayor que el del vecino. Ahí está la situación yugoslava, muy clásica. Eslovenia es la zona que tiene una capacidad productiva más alta y quiere venderse en el mercado internacional como un mundo de trabajo que participe en los beneficios generales más que Croacia. Y Croacia más que Serbia, y Serbia más que Herzegovina, etc. Estos son fenómenos regresivos. Son fenómenos pura y simplemente fascistas. Sobre esto no tengo duda".

Santiago, 6/4/1992

El hombre como paradigma. ¿De qué? El hombre como depredador, una criatura cruel, insensata. El mito del hombre-Orfeo, o del hombre Apolo. El hombre santo

y el hombre babosa. Reposición de la idea nietzscheana en el "Zarathustra": "El hombre es, en efecto, el más cruel de los animales. Hasta ahora, como más feliz se ha sentido en la tierra ha sido asistiendo a tragedias, corridas de toros y crucifixiones; y cuando inventó el infierno, he aquí que éste fue su cielo en la tierra".

Santiago, 7/4/1992

Lo del autgolpe que, con ayuda del ejército, se dio Fujimori en el Perú. Aceptamos, desconfiados, el dato provisorio: la encuesta realizada en las primeras horas de la asonada revela que el 73% estuvo de acuerdo con ella y apoyó a Fujimori. Sin embargo, o eso habla muy mal de los peruanos o se cumple específicamente aquello que dijo en Rusia (1846) el inteligente Belinsky: "El pueblo nota la falta de patatas, pero nadie echa de menos una constitución; eso sólo lo desean las gentes educadas de las ciudades, que no tienen algún poder".

Santiago, 8/4/1992

Música. "Cuarteto Nº 5 para cuerdas", de Bela Bartok. La música de Joplin por Jean-Pierre Rampal, en flauta y una pequeña orquesta. Meditación sobre temas de George Steiner. Anotar lecturas: el problema del Otro.

Santiago, 9/4/1992

Las afirmaciones temerarias o el amor por los argumentos cerrados que no resisten la prueba. Steiner recuerda que Lukács sostuvo cómo Wagner habría de hallarse implicado, hasta el final de los tiempos, en los usos que hizo el nazismo de su música, asunto que a mí me parece no refutable desde Hitler y los achaques de su maldita locura moral. Lukács pensaba, con apoyo de Steiner, que "ni una sola nota de Mozart hubiera podido ser utilizada de ese modo". Le comentó todo ello a Roger Sessions. El compositor, con "agudeza filosófica", le replicó tocando los compases iniciales del aria de la Reina de la Noche, de "La Flauta Mágica".

Santiago, 10/4/1992

Steiner dice, en "Presencias efectivas", que el lenguaje y el arte existen "porque existe el otro". Si hablamos con nosotros mismos es porque presumimos la existencia del "soliloquio" en relación con el "habla pública". Constituye "un misterio desagradable y a la vez consolador" el que existan el otro y nuestras relaciones "con esa otredad", sean éstas teológicas, morales, sociales o eróticas, en grados de participación o de diferencia. Y pese a todo, "el deseo de absoluta singularidad no puede ser excluido. Y ocurre lo mismo con el terror o la soledad. El rapto de Narciso es, tautológicamente, el del suicidio, y Narciso no necesita arte. En él, el enunciado, el recurso a lo fantástico o la creación de una imagen se

mueven a sus anchas, con fatales consecuencias, en el yo cerrado. En el borde de esa perfecta adecuación de individualidad, Descartes, en su tercera Meditación, recurre a la imprescindible probabilidad de Dios con el fin de escapar a la finalidad de la sociedad”.

Toda estética vendría a ser “un intento de clarificar la paradoja y la opacidad de ese encuentro y de sus felicidades”, en ese verso con el otro. Pone en discusión —a modo de discurso— una repetida aproximación de “ilimitadas diversidades”: “Es ya un tópico de la etnografía —dice Steiner— afirmar que las formas de arte temprano y ‘primitivas’ pretendían atraer hacia la domesticidad, hacia la familiaridad, las presencias animales de la gran oscuridad del mundo exterior. Las pinturas rupestres son ritos talismánicos y propiciatorios realizados para hacer del encuentro con la abundante alienidad y la amenaza de presencias orgánicas una fuente de reconocimiento mutuo y de provecho. Las maravillas de la penetrante ‘imitación’ de los bisontes en las paredes de Lascaux son *eurites*: habrían de traer la fuerza bruta y opaca del ‘estar allí’ de lo no-humano hasta la luminosa emboscada de la representación y la comprensión. Todas las representaciones, incluso las más abstractas, infieren una cita con la inteligibilidad o, como mínimo, con una alteridad atenuada, limitada por la observancia y la forma querida. La aprehensión (el encuentro con el otro) significa tanto miedo como percepción. El *continuum* entre ambos, la modulación del uno hasta la otra, está en la fuente de la poesía y las artes”.

Santiago, 11/4/1992

Comida en el “Club Argentino”. Tangos. El tiempo congelado. Los nostálgicos se agolpan mirándose ver, asomados en el tiempo mozo. Alguien canta, en la línea de la penumbra, del dolor, de la memoria. Son partes de un ceremonial mimético, un convivio fantasmal. “De puro curda”, “Garúa”, “Che bandoneón”, “Trenzas”, “La última curda”. La sujeción debida al respeto por ese otro que uno fue, y la imagen de una linterna en la sala vacía en donde un espectador se representa a sí mismo. Lo que “era”, llegó a “parecer” verdadero.

Santiago, 12/4/1992

Virginia Woolf se refiere en su “Diario” a Max Beerbohm. Hablo de aquel Max de las caricaturas, el que parecía —con sus ojos azules, mofletudo, todo curvas y volutas como un angelote del churrigueresco—, un gato de Cheshire. En 1935, él hace un sobrio “recuento” de George Moore. Explica que no usaba sus ojos para nada, ni supo cómo pensaban verdaderamente los hombres y las mujeres, ya que “todo lo buscaba en libros”. Por si ella protestara por la opinión, dando como prueba en contrario *Ave atque vale*, salta la réplica: “Sí, eso es hermoso; sí, en esa ocasión empleó los ojos. Por lo demás es como un hermoso lago en el que no hubiera ningún pez”. En el fondo, parecería entenderse que lo escrito por Moore

podría pasar por un frío y buen mobiliario, en el interior de algo que, fingiéndose casa, no es sino un museo. Hace tiempo regalé a Miriam un libro de Moore que me encantó cuando lo conocí, en 1951 ó 52: "Memorias de mi vida muerta". Lo leyó ella y me dijo: "Este hombre no entiende a las mujeres. Ellas no son, para él, sino pretextos, entidades ilusorias. Las conoce por referencias, por señas, por catálogos, por opiniones de segunda mano. Y quiere 'situarlas' en su libro de modo ingenuo y fuera de carácter y tono, estropeándolo todo". No supe qué responder y me pregunté por qué, entonces, a mis veintiún años, con el pelo de la dehesa aún en mi cuerpo, pude dejarme llevar por el entusiasmo. ¿Mi ignorancia de las mujeres?

Santiago, 13/4/1992

¿Resulta lícito, en arte, seguir apostando a los favoritos, por su manera de correr? Si lo es, ¿hasta cuándo y dónde conviene hacerlo? ¿Se trata acaso de la volup-tuosidad que ofrece la repetición de un acto conocido, que se aspira a perfec-cionar? El escritor William Kennedy relata que su tío Peter, aficionado a las carreras, le mostró un día a un vagabundo harapiento que recogía colillas. Sólo agregó esto: "Ese es un tipo que solía jugar a los favoritos". En 1930, el mejor caballo del mundo era Gallant Fox (pagaba 1 a 2 en el Premio Travers en Saratoga). En la recta final surgió Jim Dandy, que pagaba 100 a 1. Y ganó la carrera. Damon Runyon escribió: "Uno sólo sueña lo que ocurrió aquí esta tarde".

Santiago, 14/4/1992

No me parece improbable lo que me dice Rosita Aguirre. Mi notorio fervor por las pinturas de la "Anunciación", que cumple ya tres años. Sería un "rito de pasaje". Mi viejo yo cerró las heridas. La alternativa de un "renacimiento" se obstinó en aparecer en un momento dado. Sin embargo, la voltereta del ángel o el juego sutil en la pintura de Lorenzo Lotto son parte de un larguísimo proceso, que incluye una idea de la "oportunidad de renovación". No hay un envión de formas que se definan en el marco del pasado, pues el recuerdo ya no es parte de la insatisfacción, del peso de una pulsión de muerte. La no-restauración del conflicto entre mi yo y aquellas fuerzas oscuras que me quitaban el interés en vivir parecen hoy lejanas. ¿No busqué acaso, y por años, volver a recoger las miguitas en el bosque, para volver a casa? O sea a los tiempos felices. Bruno Bettelheim ("Psicoanálisis de los cuentos de hadas") alude a la necesidad de encontrar, desde la etapa infantil, aquello que perdimos por primera vez. Entre sensaciones de pérdida y desencuentro uno debe pisar, en algún momento, la tierra firme y ver, con serenidad, que se desmoronó el viejo muro.

Me conmueve la lectura de *Le poid d'une vie*, ensayos y recuerdos de Bruno Bettelheim (Robert Laffont, París, 1991). Notable ensayo sobre la Viena de Freud y 19 Bergasse (sitio en donde estaba la casa-estudio del autor de "Totem y Tabú").

En el campo de los descubrimientos, *Une asymétrie secrète* es importante. Unos papeles sirven para descubrir, en 1977, gracias a un psicoanalista junguiano, Aldo Carotenuto, los documentos de una doctora judío-rusa, Sabina Spielrein, que fue paciente y amante de Jung, acerca del conflicto entre Freud y Jung, y, por otra parte, el intento visionario de ella que dura hasta su muerte, presumible (fusilada con otros judíos en la sinagoga de Rostov, al entrar los nazis en el lugar, en junio de 1941), como un modo de redescubrir la unificación que existía en el fondo de la discusión y las disidencias, del psicoanálisis. En *Les enfants et moi*, buscando los signos emotivos del ensueño, se refiere al poder de la lectura (y admite que las relecturas permiten un ajuste de cuentas con el viejo lector que uno fue, tratando de llegar así a entender cómo veíamos el mundo a través de esos libros).

Santiago, 15/4/1992

Mallarmé dijo a Claudel, a propósito de los naturalistas (de Loti, de Zola, de los Goncourt): "Esa gente, ¿qué hace después de todo? Fabrican narraciones sobre lo que ya se sabe. Describen el Trocadero, los bailes, el Japón, en fin, todo lo que se quiera. Todo eso no son más que ejercicios de francés".

Santiago, 16/4/1992

¡Qué luminosa y terrible inteligencia la de Erwin Panofsky! He leído su libro sobre Dürer; conozco bien "El significado de las artes visuales", los "Estudios sobre iconología" y su "Arquitectura gótica y escolástica". Ahora he dedicado varias jornadas al notable "Renacimiento y Renacimientos en el Arte Occidental", que reúne las cuatro conferencias que él dio en el castillo de Gripsholm durante el verano de 1952. Comienza por observar el escepticismo que hay ahora sobre la división o periodización de la historia en general. Piensa que la palabra *Renaissance* aparece en 1825 en la novela de Honoré de Balzac, *Le bal de Sceaux*. Se consagra en el libro de 1855, *Le Renascimento*, de Jules Michelet, y aparece, como en uso público, en "La cultura del Renacimiento en Italia" (1860), de Jacob Burckhardt. En *The Stones of Venice* (1851), de Ruskin, se habla del "período renacentista", y el novelista victoriano Trollope se refiere al "estilo del Renacimiento", como los franceses gustan de llamarlo (*Summer in Brittany*, 1840).

Panofsky se pregunta si es permisible "aislar el Renacimiento con mayúscula como fenómeno único, respecto del cual los diversos movimientos de renovación medievales representarían otros tantos 'renacimientos' con minúscula. Una primera respuesta concreta de Panofsky a sus enunciados es la de que hubo "un Renacimiento, iniciado en Italia en la primera mitad del siglo xiv, extendió sus tendencias clasicistas a las artes visuales durante el xv y, a partir de entonces, dejó marcada su huella sobre las actividades culturales del resto de Europa". La segunda observación es una referencia al sentido que se confiere a la expresión "Antigüedad Clásica", que la Edad Media había dejado insepulta y alternativa-

mente "galvanizó y exorcizó su cadáver". El Renacimiento "lloró ante su tumba y trató de resucitar su alma; y en un momento fatalmente propicio lo logró". La conclusión: "Por eso el concepto medieval de la Antigüedad fue tan concreto y al mismo tiempo tan incompleto y deformado; mientras que el moderno, desarrollado gradualmente a lo largo de los últimos trescientos o cuatrocientos años, es completo y consecuente, pero, si se me permite decirlo, abstracto. Y por eso los renacimientos medievales fueron transitorios, mientras que el Renacimiento fue permanente. Las almas resucitadas son intangibles, pero tienen las ventajas de la inmortalidad y la ubicuidad. De ahí que el papel de la Antigüedad Clásica después del Renacimiento sea un tanto esquivo, pero, por otra parte, omnipresente; y mutable sólo a costa de una mutación de nuestra civilización como tal".

Y el fenómeno de "distancia" creado por el Renacimiento vino a despojar a la Antigüedad de "realidad". El mundo clásico se volvió "nostalgia apasionada". Los renacimientos medievales, "al margen de las diferencias existentes entre la *renovatio* carolingia y la 'renovación del siglo XII', desconocieron esa nostalgia". El Renacimiento supo "que Pan había muerto" y entendió sin ambages "que el mundo de la Grecia y Roma antiguas (*sacrosanta vetustas*, 'sacrosanta antigüedad') era algo perdido como el Paraíso de Milton y sólo susceptible de ser recordada por el espíritu. Por primera vez apareció el pasado clásico como totalidad desligada del presente; y, por tanto, como ideal anhelado en lugar de realidad utilizada y al mismo tiempo temida".

Santiago, 17/4/1992

Viernes Santo. Max Bruch, "Romance en la menor para violín y orquesta". Fin de la lectura de "Minima moralia", de Adorno. "La libertad consiste en no elegir entre blanco y negro, sino en escapar de toda alternativa preestablecida" (Adorno). El pensamiento sobre un amigo, el día en que éste cumple 85 años. Adorno se pregunta, en sueños, qué podría regalar a ese hombre que tiene de todo, con el fin de darle una alegría. La respuesta viene rápidamente: "Un guía para adentrarse en el mundo de las sombras". Fin del segundo volumen de "Historia de la vida privada". Corresponde a la Alta Edad Media. Me interesa el desapego por la historia como doctrina de los hechos. Se trata de evitar que el lector imagine deplorablemente que hay períodos de absoluta degradación en tanto otros, sin más, serían puramente luminosos.

Santiago, 18/4/1992

Nicolo Pisano (circa 1205-1280) fue el primer artista italiano que, antes de Giotto y Duccio, usó la fórmula gótica de fijar a Cristo en la Cruz con tres clavos. Panofsky refiere que un prelado de la época denunció dicha innovación de los escultores franceses del siglo XIII, quienes "para reforzar la impresión de volumen plástico y movimiento orgánico (es decir por razones puramente artísticas), habían desafiado a la ligera una tradición iconográfica respetada durante cerca de mil años".

Nota en paréntesis. Debo ver cuando vaya a Bélgica nuevamente la "Anunciación" del políptico de Gante, inspirada —según cree Panofsky— en la "Natividad de la Virgen", de Pietro Lorenzetti. En la última es importante observar la experiencia visual del pintor en el "interior doméstico". Se observa ello "a través de una arcada triple". Esta no va pintada, sino que se identifica con las columnillas, arcos y pináculos tallados en madera del marco del tríptico, "lo que nos tienta a creer que el interior que se extiende por detrás de esta pesada estructura arquitectónica pertenece a una casa no pintada, sino real". Ver, además, un texto importante: *The Iconography of the Annunciation in the Fourteenth and Fifteenth Centuries*, por D.M. Robb (*Art Bulletin*, xviii, 1936, pp. 480 y ss.).

Objectum, "objeto". En sentido literal, "lo situado frente a mí". Música. Bela Bartok: "Rapsodia para piano y orquesta, Op. 1". Smetana: "Obertura y marcha festiva de Libuse".

Santiago, 19/4/1992

Vuelvo por un momento al pasado. La Semana Santa. El día en que, por fin, se "descubrían" en las iglesias todos los santos "tapados". Las campanas se echaban al vuelo y ya no se oían las aborrecibles matracas. Se alegraba uno por la Resurrección. Hoy, para usar la expresión feroz de Anouihl, sólo queda *le sale espoir*. ¡Cristo vive de nuevo! ¿Es la primavera que vuelve a la tierra en las culturas agrarias? "No sigamos nombrando por qué única criatura padeció y murió Nuestro/ Señor Jesucristo/ Todos saben que fue por mí solamente por mí/ Totalmente por mí", dijo Eduardo Anguila en uno de sus más bellos poemas. No dejemos, sin embargo, de saber que "Nuestro Señor Jesucristo subió al Calvario por el Chico Molina/ Murió exclusivamente por la señora Hortensia/ Por los caldeos por los intermediarios los soberbios los jordanos los Meneses los ejecutivos...", y que una a una sus llagas las lleva por tí, por mí, por todos nosotros, que nos hacemos los sordos. Miro por la ventana del segundo piso, en la casa de Pedro de Villagra: un tordo se balancea en una rama del palto. Ya la sangre del Cordero cae sobre el cráneo mondo del primer Adán, al pie de la cruz.

La idea del lector en una línea adventicia. Su posible marginalidad en un mundo que cambia sus usos. El libro es "para el hombre solo". Y para los solos como él. George Steiner escribió, en su bello libro "En el castillo de Barba Azul": "Cierran (los libros) la puerta ante otras presencias y las convierten en intrusas. Son, en suma, una intimidad feroz con lo impreso y una reivindicación del silencio. Son éstos, justamente, los rasgos de la sensibilidad que hoy resultan más sospechosos".

Bela Bartok: "Música para cuerdas, percusión y celesta" (1937). Quizás su obra mayor, y es bueno olvidar, al oírla, el juicio de Boulez: Bartok "carece de coherencia interior" y algunos de sus "Conciertos" muestran "un gusto dudoso". Su "nacionalismo" es más que nada "un residuo de los impulsos nacionalistas del siglo xix". Nota: buscar de Bartok: "Sonata para violín" (compuesta para Yehudi Menu-

hin, la pantomima-ballet "El príncipe de madera" (1917) y la ópera en un acto: "El Castillo de Barba Azul" (1911).

Santiago, 20/4/1992

Un constante ir y venir hacia y desde Stendhal. Creía permanentemente en los propósitos y se afincaba para no perder de vista las razones que tenía para justificar los actos y las decisiones. Me parece que escribía con el fin de sobrevivir en ellos. Pensaba continuamente en durar a través de sus escritos, distrayéndose en contar todo, aún las solicitudes del hastío, el tedio, el aburrimiento mortal. En el fondo, le mortificaba saber que era un solitario, y que allí se hallaba su grande, única y verdadera vocación. En un excelente ensayo sobre Stendhal, Somerset Maugham dice que era un excéntrico, y su carácter, más incongruente que el de la mayoría de los hombres. Le llama la atención que esos rasgos contradictorios pudieran coexistir en una misma persona, entendiéndolo que no formaban un todo armónico que resultase plausible.

"Stendhal poseía grandes virtudes y grandes defectos —va a decir—. Era sensible, emotivo, desconfiado, inteligente, gran trabajador cuando tenía ante sí alguna tarea grande, frío y bravo en los momentos de peligro, un buen amigo y un hombre de notable originalidad. Sus prejuicios eran absurdos y sus puntos de vista indignos. Era suspicaz y, por lo tanto, un fácil hipócrita, intolerante, poco caritativo; carecía de conciencia y era falso, vano, y muy dado a alabarse a sí mismo. Sensual sin la menor delicadeza, y licencioso sin pasión. Pero si sabemos que tenía estos defectos es porque él mismo nos lo ha dicho. Stendhal no era un escritor profesional. Apenas si era un hombre de letras. Pero escribió incesantemente, y lo hizo casi siempre y por completo sobre sí mismo. Durante años llevó un 'Diario' que ha llegado a nosotros en su mayor parte, y que evidentemente no fue escrito con vista a su publicación; pero poco después de cumplir los cincuenta años escribió una autobiografía de quinientas páginas, y en los comienzos de esta autobiografía él aparece teniendo diecisiete años. Este libro, aunque al morir quedó sin repasar, sí lo escribió para que fuera leído. En esta autobiografía se concede mucho mayor importancia de la que realmente tenía y afirma haber realizado cosas que jamás llevó a efecto. Pero, en general, es verídica. No disimula nada de sí mismo, e imagino que pocos pueden leer esos libros nada fáciles de leer, pues son pesados y reiterativos, sin que se pregunten por qué son expuestas las cosas con tanta crudeza. Sin duda habrían producido mucho mejor efecto escritos de otro modo".

¿Puede decirse algo tan atinado, perfecto y brillante de Stendhal en un espacio tan breve? A Stendhal le encantaba la energía, que veía encarnada en la vida italiana; aceptaba creer en la felicidad, en abstracto, pero solía sentirse desdichado. Sus opiniones eran incidentales en asuntos de amor, y en lo que toca a la historia napoleónica la veía como podría hacerlo un criado ponderativo y

figón. Él brillaba en la pintura de lo oblicuo, de lo lateral, del incidente privado, de lo diverso de todos los días.

Santiago, 21/4/1992

Miriam rebate mis ideas sobre Henry Miller y lo que yo llamo sus historias de gorrón, "vivo", explotador, con sus obsesiones sexuales elevadas a categoría del espíritu y esa tendencia a no poder detenerse con el flujo de una prosa que se hunde en el agua hasta que boqueamos todos cuantos damos en leerlo. Hasta, por momentos, prefiero leer a David H. Lawrence, un desdichado que zurraba a su mujer, la alemana aristócrata, en nombre de la razón, de los principios, del culto solar o de yo qué sé. Me pareció siempre que la relación de Miller con June y Anaïs Nin era un ejercicio desdichado de cristalización de los instintos que él, muy ansiosamente, convertía en evangelio, en aporía, en explotación del yo de los otros.

La verdad es que Miriam cree que mi punto de vista es parte de la formación cristiana, de la noción de pecado que yo he tenido en la infancia. Lo cual, al parecer, me haría ver lo maligno del sexo no santificado por el matrimonio o el arreglo. No creo que yo agravie a la naturaleza, atribuyendo al sexo una fase negra. Agrega que Anaïs se entrega en estado de disponibilidad: quiere saber, probar, en último término, *ser*. La exploración minuciosa de ella misma por otro, sin más, le permitiría ir conociendo lo que permanece oculto de ella. Sobre la mujer natural, el hombre ha emprendido una cruzada de dignificación que es injuriosa, porque se convierte en una búsqueda del anonadamiento, pues no conviene que ella salga del otro lado del muro, en donde se halla confinada socialmente. Lo que ocurre a Madame Bovary fue un ejemplo de lo que aguarda a quien, en lugar de atenerse a las normas, transgrede o profana. Lo cierto es que, por lo menos en lo que atañe a este caso, el problema reside en que Flaubert tenía mala opinión del mundo, en general, y de la mujer, en particular. El sexo le interesaba al pasar, sin compromiso. Más toma que da. Sospechaba que la pérdida de esperma le quitaba el flujo cerebral con el cual movía las ideas y el estilo. Aún más, le escribió a la Colet, quien lo reprochó por dejarse vigilar por su madre como si él fuera una muchacha núbil y ella, Louise Colet, no significara nada para él. Flaubert contestó: "Tú quieres saber si te quiero, pues bien, sí, te quiero todo lo que yo puedo querer, es decir, para mí el amor no es lo primero, en la vida, sino lo segundo".

Para mejorar mi opinión sobre el problema en sí, releo cuidadosamente las "Cartas a Anaïs Nin", de Henry Miller. Son fascinantes como exposición de un yo superfetado que aspira a convertirse, a cada momento, en lo esencial, dinámico, irresponsable, exagerado, pedigüño. La violenta pasión aparece soslayada por él. No hay titubeos y sí más bien algo que otro escritor llamara el "absorbente interés por la naturaleza humana". Miriam, con el fin de agregar pruebas acerca de la sexualidad reprimida de muchas mujeres me recuerda cómo se refieren las Brontë, en sus libros, a todo cuanto concierne al sexo. En "Cumbres borrascosas"

hay mayor pasión que en los libros de quienes aspiran a contar todo. En "Jane Eyre", el hombre mayor, símbolo del Poder, se deja vencer por la muchacha que goza pensándolo como un guía que conduzca hacia el fin básico: amar.

Santiago, 22/4/1992

Dos observaciones interesantes en las "Cartas a Anaïs Nin", de Henry Miller. Una, de 21 de febrero de 1939, sobre el "Diario" de ella, al que ve como "la aguja móvil de un compás". La otra es acerca de Balzac, su lucha destinada a conquistar el mundo con su pluma sin concederse los distanciamientos o el reposo: "La escritura 'automática' de Balzac no es sólo un don neptuniano. Ha sido el resultado de largas meditaciones y de una profunda concentración. Una parte suya había tenido acceso a un nivel distinto y más elevado del ser. No era capaz de mantener firme ese poder porque no se había purificado lo suficiente. Lo que obstruía el camino continuamente era su propio ego. Sin cesar prostituía sus dones para obtener cosas materiales. Quiso fama, reconocimiento, poder, etc. Había aprendido la disciplina del trabajo, pero no había aprendido a gozar de sus frutos. No se concedió el descanso imprescindible para su verdadero desarrollo".

Santiago, 23/4/1992

Una vez más, en el prólogo de "Lecturas, obsesiones y otros ensayos", George Steiner se refiere al genocidio cometido por el nazismo como un elemento surgido en el ámbito de la cultura occidental, en sus entrañas: "El edificio de la guerra total y de los campos de la muerte, de la tortura totalitaria y de 'la gran mentira', se cimentó, tuvo sus triunfos contemporáneos en el meollo de la cultura occidental. Las esferas de Auschwitz-Birkenau y el recital de Beethoven, la cámara de torturas y la gran biblioteca, eran vecinas en el espacio y en el tiempo. Había gente que podía volver a casa después de una jornada de carnicería y mentiras para llorar leyendo a Rilke o interpretar a Schubert". Es inoficioso hacerse cruces porque un país que tuvo a Goethe y a Schiller logró abstraerse de esas formas tan perfectas y situarse bárbaramente fuera de los principios y de los valores de la civilización. Era una idea compacta que sujetaba en su núcleo aquel vituperable "huevo de la serpiente", una violencia irrefrenable y un espíritu germano convertido en ceremonial pagano de las eras arcaicas. Saber que Heydrich, el carnicero de Checoslovaquia, tocaba a Bach en el clavicordio, besaba a su pequeña hija y acariciaba al perro antes de comenzar la sesión matinal de torturas en la jornada luminosa de Praga, constituía un "hecho natural" de ese mundo.

Santiago, 24/4/1992

El "Divertimento para tres cornos en si bemol mayor", de Mozart. Cada vez necesito más la música, me place la noción de una cultura que se manifiesta por

otros medios distintos de la pluma o de la voz. Leo algo menos que antes y oigo más música. Steiner piensa que disminuye con el tiempo el número de libros que uno *debe* leer y se abre el camino de la música. "La música —admite— se va haciendo indispensable, como si se hubiera convertido en el compañero de elección de la identidad, el regreso a lo que lleva uno en lo más íntimo desde hace mucho tiempo". Es una suerte de despedida de todo lo apegado, lo arraigado visceralmente, el adiós a lo provisional y al acercamiento a lo duradero, que parece hallarse más allá de las palabras.

Santiago, 25/4/1992

Un ensayo de George Steiner, "Para civilizar a nuestros caballeros". Su finalidad consiste en poner a punto la alteración de ese aserto que permite vincular a la literatura con el estado de la civilización. Las cualidades del individuo y del ser colectivo no parecen conducir inevitablemente a una estabilización de las cualidades éticas de las personas. Un hombre no se "humaniza" *por* la literatura y más bien suele ocurrir lo contrario. A diferencia de lo sostenido por Matthew Arnold y el doctor Leavis, Steiner se siente incapaz de afirmar "con seguridad" que las humanidades humanicen. Durante la barbarie nazi el conocimiento de Goethe o el amor por la poesía de Rainer María Rilke "no eran obstáculo para el sadismo personal e institucionalizado". El corolario es terrible: "Los valores literarios y la inhumanidad más odiosa podían coexistir dentro de la misma comunidad, dentro de la misma sensibilidad individual, y no nos salgamos por la tangente diciendo cosas como: 'El hombre que hizo esas cosas en un campo de concentración decía que leía a Rilke, pero no lo leía bien'. Me temo que eso es una evasión: puede que lo leyera perfectamente bien".

A veces, la "muerte novelística" puede interesarnos "humanamente" más que la que sucede en la casa de nuestros vecinos o en la calle. "De este modo —dice Steiner— puede existir un vínculo oculto, traidor, entre el cultivo de la respuesta estética y el potencial de inhumanidad personal". Enseñar rutinaria o profesionalmente la literatura puede convertirse en una exigencia o tarea más o menos escrupulosa e interesante, pero ¿y qué ocurre con el riesgo de la neutralidad ante lo "extrínseco" o "hechos reales" de la vida, que pueden llevar a sentir que la verdad perturba, en tanto la literatura en sí evita conflictos? Kierkegaard —dice Steiner— llevó a cabo un acto que constituye una "distinción cruel". Dar una conferencia sobre Shakespeare, Coleridge o Yeats nos conduce a repensar el asunto al que se refiere el autor de "Temor y temblor": "Hay dos caminos, uno es sufrir; el otro es convertirse en profesor de lo que el otro sufre".

Por su parte, Kafka reclamaba en una carta: "Si el libro que leemos no nos despierta, como un puño que nos golpeará en el cráneo, ¿para qué lo leemos? ¿Para que nos haga felices? ¡Dios mío! También seríamos felices si no tuviéramos libros y podríamos, si fuera necesario, escribir nosotros mismos los libros que nos hagan felices. Pero lo que debemos tener son esos libros que se precipitan sobre

nosotros como la mala suerte y que nos dejan profundamente angustiados, como la muerte de alguien a quien queremos más que a nosotros mismos, como el suicidio. Un libro debe ser como un pico de alpinista que rompa el mar helado que tenemos dentro”.

Santiago, 26/4/1992

Steiner, al hablar de George Lukács, nos recuerda que la crítica es “un anexo”. Aún más, es lícito tener siempre en cuenta que las buenas críticas son incluso “más efímeras que los malos libros”. En la crítica literaria, no hay “tierra prometida de hechos establecidos” ni alguna mínima “utopía de la certidumbre”. Taine se atrevió a sugerir que el estudio de la literatura “no era menos exacto que el de las ciencias naturales”.

Quiere demostrar la opacidad de la crítica y el relativismo de ella. Un crítico literario es “un individuo que juzga un texto dado de acuerdo con el talante actual de su propio espíritu, de acuerdo con su propio humor o la contextura de sus opiniones. Su criterio puede ser más valioso que el de ustedes o el mío sólo porque se basa en un conocimiento mayor o porque se presenta con una claridad más convincente. No puede demostrarse de manera científica, ni puede aspirar a la permanencia. Los vaivenes del gusto y la moda son inconstantes y cada generación de críticos se pone a emitir nuevos juicios. Las opiniones sobre los méritos de una obra de arte, además, son irrefutables. Balzac consideraba que la señora Radcliffe era tan buena escritora como Stendhal. Nietzsche, una de las mentes más agudas con respecto a la música, llegó a decir que Bizet era un compositor más auténtico que Wagner... La historia del gusto es como una espiral. Las ideas en principio consideradas como escandalosas o de *avant-garde* se convierten en las creencias reaccionarias y santificadas de la generación siguiente”.

Otra cosa, no menos rigurosa e importante, corresponde a las relaciones entre el crítico y su lengua. Si sabe éste que sus juicios carecen de “validez duradera”, hay sólo una cosa que puede darle cierta permanencia: “La fuerza o la belleza de su estilo. En virtud del estilo, la crítica puede convertirse, a su vez, en literatura”. En “Crítica”/“Lector”, Steiner complementa lo que he sostenido. El lector es “sirviente del texto”, y cada uno de estos textos busca al lector que pueda ser digno de él. La “interposición” de la persona del crítico entre el texto y la luz general son tradiciones existencialmente arraigadas en el acto crítico. Roy Campbell ha contado cómo se conmovió al sentir que el texto de San Juan de la Cruz “saltó sobre él” en una emboscada perfecta y afortunada.

No cabe duda tampoco de que “el parasitismo es necesario para la vida”. Así el pájaro que picotea “la piel y las heridas del rinoceronte lleva a cabo un trabajo delicado y vital”. La “incitación a la traición” se lleva a cabo por el crítico “mediante un acto de visión que *oculta* en lugar de elucidar, mediante el narcisismo de la teoría y del idioma, mediante el encubrimiento enmascarado o mani-

fiesto (el crítico puede presentar falso testimonio y ser juez en un tribunal que él mismo ha nombrado), está siempre presente. Es la esencia de la relación crítica".

Anochecer muy bello, las nubes altas, una luz cenicienta que roza las ramas despojadas del damasco. Música. Edward Grieg, "Concierto para piano y orquesta en la menor", Op. 16. Mozart: "Trío para flauta, violín y cello en fa mayor" (Jean-Pierre Rampal, Isaac Stern y Rostropovich).

Santiago, 27/4/1992

Miro por la ventana: el patio, los seis o siete colores, el jazmín del Cabo. Una ventana es un punto de vista sobre lo otro, lo que altera el afuera desde el adentro. Se observa siempre esto cuando la virtud del marco no constituye empeño en dicho punto de vista. El marco verifica nuestra natural sordera y mudez en torno del habla de las cosas que nos rodean. Cada brillo en un vidrio enaltece la figura de lo mudable. El *vis a vis* se convierte en el centro de un momento más, el de la evocación. La experiencia convertida, en este minuto mismo, en recuerdo. Las ventanas desocultan a los amantes en los relatos del "Decamerón". Su porosidad resulta una complicación en tanto multiplica el férvido espectáculo del pecado. Georges Duby, en "Historia de la vida privada", al referirse a la Europa feudal (volumen 3) anota: "Las casas más severamente enclaustradas conservan hacia el exterior ciertas aberturas habituales, que hemos visto a los moralistas señalar suspicazmente con el dedo, y que son de pronto las ventanas y las puertas. La ventana es en efecto la gran diversión y la gran tentación, maravillosamente abierta como se halla a la calle. Si bien se resguarda de los indiscretos gracias a la altura del piso y a la eventual pantalla de los batientes articulados de la persiana. Por ella se espía: desde ella se observa; o se mantienen conversaciones de un hueco a otro; o se deja uno ver. Las hermosuras indolentes 'permanecen ellas asomadas a lo largo del día entero, los codos sobre el alféizar, siempre con la excusa de una tarea que no se termina jamás' (Alberti)".

Sobre ventanas, algunas pinturas de Magritte, y en literatura, ya imposible de leer porque la novela se espesó con los años, se cubrió de una pátina verdinegra como las estatuas del Luxemburgo, aquella de Robbe-Grillet, "La celosía". Que era una mixtura del ojo buscador de traiciones, el orden porfirizado de los celos y la persiana aleatoria que, moviéndose, propone una disfunción de un yo arrinconado por la angustia, el dolor, la muerte del amor.

Al teatro. "Aeroplanos", de Gorostiza, por Julio Jung y Alex Zisis. Vamos con Miriam y los Libedinski. Por momentos, nos miramos con Marcos cuando, en escena, las referencias al fútbol son equívocas, en lo que toca a la formación de equipos (por ejemplo, "Magallanes" de 1942 ó 43). La delantera no es la que dice el texto, sino una compuesta por cinco argentinos: Martín, Fandiño, De Blassi, Orlandelli y Contreras. Lo reafirmamos al conversar en el cambio de escena. Es una bella pieza dramática sobre la amistad de los viejos que no se deja entorpecer totalmente por la soledad. Sobreviven jugando, pasando de un tema a otro,

aceptando las grietas en la mente, el desvío de línea en el pensamiento. Viven en constante juego de alusiones que equivocan el blanco o que dan en él con precariedad. Ahí va uno reconociéndose como coprotagonista al aceptar las flaquezas de nuestra memoria, la pérdida de datos, la confusión de referencias, la repetición, el brote recurrente del habla. De fondo, el estribillo pegajoso de un viejo vals de 1912 ó 13: "El aeroplano", que debe ser del tiempo de "El Cachafaz" y "La payanca". Me conmueve esta corrida de toros con la propia muerte que el hombre lleva a cabo como faena obligatoria. La muerte guiña el ojo.

Santiago, 28/4/1992

Poco antes de la Segunda Guerra Mundial, Jean Giraudoux pensó, a su manera, en el horror que se venía encima, y escribió con el ojo en la mira esa obra suya, "La guerra de Troya no tuvo lugar". Era un apunte ominoso sobre un conflicto estúpido y devastador que llevaría al exterminio masivo del mayor número de hombres en la historia de la humanidad. Ahora, hace un año apenas, Jean Baudrillard publicó su libro "La guerra del golfo no ha tenido lugar". Se trata de una proposición destinada a pensar cómo, tras la guerra caliente y la guerra fría, surge, al descongelarse la guerra fría, el "cadáver de la guerra". Su no-acontecer, que habrá de convertirse en una guerra de los materiales, una "indeterminación de la guerra", fue finalmente convertido en un programa de televisión. Nos vimos, de pronto, ante la "virtualidad genérica" de la imagen, metidos en el interior de la guerra que invadió las pantallas. Baudrillard anota: "Los medios de comunicación promocionan la guerra, la guerra promociona los medios de comunicación, y la publicidad rivaliza con la guerra. La publicidad es, de toda nuestra cultura, la especie parasitaria más resistente. Sobreviviría sin duda incluso a una confrontación nuclear. Es nuestro Juicio Final. Pero también es como una función biológica; devora nuestra sustancia, pero es también como una planta parasitaria o la flora intestinal, lo que nos permite metabolizar lo que absorbemos, convertir el mundo y la violencia del mundo en una sustancia consumible. Entonces, ¿qué?, ¿la guerra o la publicidad?".

Se trata de montar un espectáculo en el cual lo hiperreal se convierte en "acción de arte" casi tanto como en trucaje o en guerra congelada. Engullimos bulímicos el simulacro. ¿Acaso los iraquíes no terminaron siendo los equivalentes a los apaches o a los comanches del cine del Oeste? ¿O los indios de la selva filmada por Herzog en "Aguirre o la ira de Dios" y "Fitzcarraldo"? Sí, fueron "extras" y "electrocutados, lobotomizados, precipitándose hacia los periodistas de la televisión para entregarse, o aquejados de parálisis, al pie de sus blindados, ni siquiera desmoralizados: descerebrados, estupefactos más que derrotados". La ficción es un dispositivo para "inventar" la guerra-verdad. Baudrillard, aún más que eso, propone la función mítica de la historia: "Todavía ahora —escribe— se pueden contemplar los jirones de esta guerra pudriéndose en el desierto, exacta-

mente igual que los jirones del mapa en la fábula de Borges, pudriéndose en los cuatro confines del territorio (curiosamente, se sitúa por lo demás su fábula en las mismas lindes orientales del Imperio)".

Las conclusiones de Baudrillard se refieren al "grado cero del contenido". La guerra del golfo llegó a ser "la primera guerra consensual", emprendida legalmente, unificadas las fuerzas para eliminar una amenaza por parte del "elemento refractario". Se entra a la "fase monopolística bajo la égida de la potencia americana". Siendo un "episodio de tránsito", vacila entre las formas *hard* y *soft*. Se trata de "la violencia virtual del consenso, la simultaneidad en tiempo real del consenso mundial". El dominio del enemigo se apoya en los procedimientos de una posmodernidad que pretende domesticar la historia de la beligerancia de los hombres para hallar, quizás, "la reducción consensual del Islam al orden mundial".

Santiago, 29/4/1992

La ilimitada pasión nacionalista, esa viejísima ironía de la historia, echa raíces y vuelve al mundo en las proximidades del milenio. Al caer los socialismos, esperan ocupar el vacío predicativo que éstos dejan. Si se quiere, como el árbol en la selva, deja un claro; por ahí llegan las termitas, que abandonan el tronco carcomido. El nacionalismo —escribió Steiner— "es el veneno de nuestra época. Ha llevado a Europa al borde de la ruina. Empuja a los estados de Asia y de África como lemninos enloquecidos. Al proclamarse ghanés, nicaragüense o maltés, un hombre se libra de la vejación. No necesita explicar lo que es, dónde radica su humanidad. Se convierte en uno más de una manada armada y coherente. Cada impulso de la chusma en la política moderna, cada plan totalitario, se alimenta del nacionalismo, de la droga del odio que hace a los seres humanos enseñar los dientes al otro lado del muro, a través de la tierra de nadie. Aunque sea contra su voluntad, acosada, su cansancio, el judío —o al menos algunos judíos— tiene tal vez un papel ejemplar: *demostrar que aunque los árboles tienen raíces, los hombres tienen piernas y son huéspedes unos de otros*. Si no se quiere que se destruya el potencial de la civilización, tendremos que desarrollar lealtades más complejas, más provisionales. Hay, como enseñaba Sócrates, traiciones necesarias para hacer una ciudad más libre y más abierta para el hombre".

Santiago, 30/4/1992

Conversación con H, una argentina. Me dijo que su época había pasado, que era ella "del tiempo de la Inundación". Parece detestar la felicidad que podría venir de las concesiones a la vejez, al aspecto, a las formas, a los tabúes y dominios que ésta encaja sobre el yo que pierde la juventud para cambiar de piel. Me dice que el espejo la desanima. Lo mira como un heraldo de la desdicha. Ya no quiere saber de las magníficas pasiones que alguna vez la envolvieron: quiere que continúen. En estricta justicia (y hace treinta años que la conozco) sobrevive mal. Suele

injuriarse por hábito y cree que no merece miradas. Tengo la impresión de que, aquí, enfrente del Café Haití, va a gritar, en cualquier momento: *Fuora! I morti! Bravi i morti!*

Santiago, 1/5/1992

Un verso terrible de Yeats, en este 1 de mayo sin manos empuñadas ni martillo ni yunque ni homenajes al explotado: *The years like great black oxen tread the world, / And God the hardsman goads them on behind, / And I am broken by their passing feet* ("Los años como grandes bueyes negros pisotean el mundo, / Y Dios el boyero los aguijonea desde atrás, / Y me destrozan sus patas al pasar"). Releo el "Viaje a Italia", de Goethe, que corresponde a los años que van desde 1786 a 1788. Es el viaje como prueba, como complemento de una gran pasión, la que brota de la cultura. Lejos de las incertidumbres, Goethe amplía a diario su visión del mundo. Ve las campiñas, va al teatro, sube a los montes, examina los fósiles, entra a las iglesias, reflexiona sobre la pintura, alaba la artesanía y medita sobre las civilizaciones y los hombres. Reconstituye, para usar las palabras de Paul Valéry, "el equilibrio" de las culturas que no son aún mortales, si cabe pensarlo con los motivos del siglo XVIII. Ha de decirnos que su pensamiento (o más bien su entendimiento) "se precisa y se depura", dejando en claro que es mortal enemigo "de todas las palabras sin sentido".

Al detenerse frente a los edificios creados por Palladio o al seguir las ideas de Vitruvio, Goethe precisa su idea de la arquitectura, que se "eleva de la tumba como un antiguo fantasma" y le ordena que estudie sus preceptos "como las reglas de una lengua muerta", no para aplicarlos específicamente ni con el fin de encontrar en ellos "el placer que procura una cosa viviente", sino sólo "para reverenciar silenciosamente en mí mismo la existencia venerable y desaparecida para siempre de los siglos pasados". No acepta, empero, sentirse desocupado. Actualmente —dice— "la novedad me da muchísimo trabajo". La curiosidad lo domina y vive y recrea todo cuanto ve. "Desde hace quince días —anota el 16 de febrero de 1787— estoy en movimiento de la mañana a la noche buscando lo que no he visto todavía. Lo más notable lo admiro por segunda o tercera vez, y así se ve ordenado en cierto modo lo contemplado. Pues al colocar en su lugar verdadero lo principal, queda entre ello sitio para muchas cosas de menor trascendencia. Mis preferencias se depuran y deciden, y así me es posible elevar el alma finalmente, con serena participación, hacia lo más grande y verdadero".

Santiago, 2/5/1992

En Roma, el 6 de julio de 1787, complacido con su "Egmont", Goethe siente que hay en la obra escenas enteras que no precisan ser retocadas. Sin embargo, no deja de reflexionar sobre lo relativo al arte en el momento en que "Wilhelm Meister" adquiere "proporciones importantes". Trata de concebir que no es posible dejar

nada en un simple nombre, una simple palabra. Ahora —dice— “debo empezar por dejar de lado las cosas antiguas; soy bastante viejo, y si he de hacer todavía algo, no puedo descuidarme”. Tiene cien cosas nuevas en la cabeza “y lo esencial no es pensar, sino ejecutar”, tarea que resulta endemoniada al ir colocando los objetos “tal como deben estar y no de otra manera”. Espera sobreponerse a las pequeñeces y aspira a que no se le envidie, pues “el tiempo que paso aquí de manera tan admirable y singular” no debe ser objeto de tal descomedimiento.

Por más de un mes revisó lo dicho y agregó: “Estoy ahora tan alejado del mundo y de las cosas mundanas, que me parece una cosa extraordinaria leer un periódico. El aspecto externo de este mundo se desvanece; yo quisiera ocuparme sólo de lo que es duradero, y procurar de este modo la eternidad de mi espíritu...”. En octubre de 1787, cree que una nueva época comienza para él. “Mi espíritu se ha ensanchado de tal modo por cuanto he visto y he aprendido a conocer, que me es preciso limitarme a un trabajo cualquiera. La individualidad de un hombre es una cosa singular”.

Al releer la obra total de Goethe queda la impresión de que, en ocasiones, el genio vivió para probar la paciencia del descubridor. Hizo, sin embargo, siempre, lo posible por capitalizar en el mundo las finísimas cristalizaciones que procuraba su entendimiento dejar por doquiera. Observar hoy, en Weimar, en Düsseldorf, en Frankfurt, sus bibliotecas, sus instrumentos, las piezas de arte, los artificios científicos, los restos arqueológicos, nos dan la medida de lo que puede llevar a cabo, con vigor y talento, una voluntad sagrada. De a poco, parece, la Humanidad ha ido perdiendo el molde en donde creó una ejemplaridad como la de esos hombres geniales. Algo de eso es lo que condujo a Paul Valéry, sin retaceos, a proponer cómo se les debía estimar. En “Miradas al mundo actual”, observó: “He asistido a la desaparición progresiva de seres extremadamente preciosos para la formación regular de nuestro capital ideal, tan preciosos como los creadores mismos. He visto desaparecer unos tras otros a esos conocedores, a esos aficionados inapreciables que, si no creaban las obras mismas, creaban su verdadero valor, eran jueces apasionados pero incorruptibles, para los cuales o contra los cuales valía la pena trabajar. Sabían leer: virtud que se ha perdido. Sabían entender, y aun escuchar. Sabían ver. Es decir que lo que se empeñaban en releer, escuchar de nuevo o ver de nuevo, se convertía, por la mera razón de que volvieran una y otra vez sobre ella, en *valor sólido*. De tal modo acrecían el capital universal”.

Santiago, 3/5/1992

El fallo judicial norteamericano que dio por sentada la inocencia de unos policías que dejaron gravemente herido y con feroces daños cerebrales a un conductor negro, escena filmada en su totalidad por un aficionado, produjo una larguísima jornada de violencia y de horror, pillaje e incendios en Los Ángeles (California). La paliza dada a Rodney King, en marzo de 1991, provoca en el día de hoy (la ciudad se halla en estado de sitio y la Guardia Nacional patrulla las calles) un

balance desolador: 44 muertos, 1.900 heridos, 6.300 detenidos y daños por varios millones de dólares. ¿Se trata sólo del efecto de una acción de violencia individual de la policía o ha estallado una guerra larvada entre las instituciones y la comunidad segregada?

Sin duda, es importante tener en cuenta el informe de la agencia EFE. Revela la vulnerabilidad de un sistema injusto y esquivo del arreglo social. La Oficina del Censo expuso que casi el 13% de los 247 millones de habitantes del país vive en la pobreza, y los negros están a la cabeza (con el 31%), seguidos de los hispanos (26%) y blancos (10%). El gobierno de Bush, por razones de economía interna, suspendió decenas de programas de bienestar y asistencia sociales y ayuda a los parados.

Mitterand opina que Bush es un hombre generoso “que se apega a una teoría política extremadamente conservadora, y la sociedad estadounidense es conservadora y económicamente liberal. Aquí vemos algunos de los resultados... Se trata, al mismo tiempo, de un conflicto social y racial”.

Represión en Sierra Leona por golpe de Estado. Obispos brasileiros creen que la consolidación del sistema económico “diseñado” por Collor de Melho da un carácter explosivo a la situación social popular. Hay —según ellos— segregación social. Las tropas serbias, pese a los dictámenes de la Comunidad Europea, ayudados por el ejército federal yugoslavo, atacan a Bosnia-Herzegovina. Un notable artículo sobre Palladio en el suplemento literario de *El Mercurio*.

Tomando el ejemplo de C.P. Snow (aquellos de que un hombre que no ha leído a Shakespeare es inculto, *pero no más inculto* que el que ignora la segunda ley de la termodinámica, quedando tan ciego el uno como el otro ante mundos equiparables), George Steiner, en “Lenguaje y silencio”, pone en un primer plano aquello de ignorar los conceptos básicos del cálculo y de la geometría esférica en equivalencia con la ignorancia de la gramática.

“Seguimos partiendo del supuesto de que la autoridad humanística, la esfera de la palabra, es la que predomina —dice—. Le importa poner en claro que la noción del ‘saber esencial’ se halla todavía arraigada en la concepción clásica, en un modo del discurso, de la retórica, de la poética, pero ello no es sino pereza imaginativa. El cálculo, las leyes de Carnot, la concepción de Maxwell del campo electromagnético, no sólo comprenden sectores de la realidad y la acción tan grandes como los que abarca la literatura clásica; también nos dan probablemente una imagen del mundo más fiel a los hechos de la que puede derivarse de cualquier estructura de afirmación verbal. Todas las pruebas indican que las formas de la realidad son matemáticas, que el cálculo integral y el diferencial son el alfabeto de la percepción exacta. El humanista está hoy en la posición de aquellos espíritus tenaces, ofendidos, que seguían imaginando la tierra como una tabla rasa después de haber sido circunnavegada, o que insistían en creer en ocultas energías propulsoras después de que Newton formulara las leyes del movimiento y la inercia”.

Santiago, 4/5/1992

Noche en vela. Metido en mí mismo como si mi yo fuese un gigantesco embudo. Me ato a un torbellino que me impide detenerme en una fase de anonadamiento, de ausencia de pensamiento y me dejó invadir por un desasosiego inquietante. Emboscados, los días del pasado continúan su labor de zapa. Escudriño, con escrúpulos, mi relación con los otros. Supongo, a veces, tramas en las que soy una suerte de víctima. ¡Cómo trabaja en mí la costumbre, esa "celestina mañosa" a la que se refiere Marcel Proust!

Santiago, 5/5/1992

Luego de cuarenta años de ausencia, Sergio Celibidache vuelve a Santiago. Al frente de la Orquesta Sinfónica de Múnchen dirigió en el Teatro Municipal la "Sinfonía N° 39", de Mozart, y la "Quinta Sinfonía", de Beethoven. Un periodista le preguntó por qué, esta vez, no se "programó" música de Mahler. Celibidache respondió que no tiene ningún interés en Mahler como compositor: "Él es —dijo— un músico que sabe empezar, pero no terminar. Por eso sus obras son tan interminables". Rechaza la pregunta acerca de quienes se inspiran en un pensamiento religioso, de las artes o del psicoanálisis por estimarla una cuestión irrelevante. "Esas son ideas. Y el pensamiento no tiene nada que ver con la música. La música es otra cosa muy diferente y no es el resultado de ideas de ningún tipo. La música tiene que ver con las vivencias y el instinto".

No le atrae ni le interesa la ópera: "No existe la posibilidad de combinar la palabra y el sonido. Si usted me condenara a cinco años de cárcel, inmediatamente pienso en las cuatro horas y media que dura 'Tristán e Isolda' y prefiero la cárcel". Al periodista le sorprende que Celibidache dirija "de memoria". Él explica que eso carece de importancia: "La creación musical no tiene nada que ver con la memoria. Por otra parte, sólo se puede dirigir de memoria. Yo lo hago siempre así, salvo cuando hay un solista que se pierde". Y agrega desenfadadamente, a modo de remate de la reflexión: "A mí no necesitan recordarme que hay un Si después de un Do".

Santiago, 6/5/1992

Los "Escritos de juventud", de Hegel. Alguna vez leí, a saltos, sin pasión ni paciencia, "La historia del joven Hegel" (1905), por Dilthey. Más tarde, gracias a Adorno supe cómo era posible resistir adecuadamente a Hegel, "el oscuro". José María Ripalda, en la "Introducción" de los escritos juveniles se refiere al "Diario de viaje por los Alpes Berneses" (1796), de Hegel, y precisa algo que me parece interesante: el viaje literario era una "categoría literaria privilegiada de la Ilustración", un género, en verdad, "típicamente tardoilustrado". El libro es válido como reflexión literaria y como registro geográfico. No se trata de "una crónica

personal", sino de un esbozo trabajado a medias, en función de la moda o novedad de ese género literario.

Los libros de viajes solían obedecer en lo formal a ciertos paradigmas que podían ir hasta el célebre de Marco Polo o a los relativos a visitas llevadas a cabo en lugares exóticos, lejanos y, hasta —si bien cabe— imaginarios. Interesa a los autores "encerrar" datos concretos, metáforas sociales, articulaciones utópicas, noticias extrañas y aun curiosas, y especulaciones que ponen de relieve asuntos que competen a una antropología de los grupos. En lo que toca al de Hegel, dice Ripalda: "Su paradigma paisajístico es aún clásico de la tierra feraz y no el romántico de los paisajes grandiosos (en este punto sus reservas tanto antirrománticas como en contra de la sensiblería ilustrada hoy tal vez le acerca otra vez a nosotros). De todos modos, la transición entre la sensibilidad de la Ilustración y el *Sturm und Drang* es aquí especialmente perceptible. Y también resulta interesante ver cómo las emociones, manifiestamente reales de Hegel, son incapaces de expresarse sin encorsetarse en una forma atrozmente conceptual, desexualizada. Es una base cultural de su estilo y de su problema filosófico, a la vez que una clave para comprender la inexplicable continuidad entre la aparente sequedad ilustrada y la efusividad del *Sturm und Drang*".

Santiago, 7/5/1992

Muerte de Marlene Dietrich. Infinita, honda, cruel Lola-Lola de "El Ángel Azul". Lectura de "El arte del humanismo", por Kenneth Clark. Reproduce unos notables dibujos "auténticos" (93) de Botticelli, para servir de complemento o ilustración de la "Divina Comedia", de Dante. Según Berenson, estos dibujos no son anteriores a 1500. Sin embargo, Clark cree que sí. Estima de enorme valor el conjunto y sabe que son obra de alguien "que estudió seriamente al poeta y trabajó con la segunda generación de comentaristas de sus escritos". Además, representan "el significado que se daba a la 'Divina Comedia' en el siglo xv, surcando, mediante la 'controlada sencillez' del estilo de Botticelli, hasta hallarse cara a cara con la 'pureza de dicción' de Dante".

Santiago, 8/5/1992

Comienzo a leer "Documentos de un encuentro", la correspondencia entre Friedrich Nietzsche, Lou Salomé y Paul Rée. Lou Salomé se refirió al "encuentro" con una descripción del estado interior de Nietzsche: "Era infalible, algo me debía fascinar en el carácter y las palabras de Nietzsche, que sólo se expresaba raramente entre él y Paul Rée...". Además, "siempre desconfié de caminar precisamente en una dirección de la que debía desprenderme para encontrar la claridad. La fascinación y la aversión interior son inseparables". El período que abarca esta correspondencia es el que va desde 1875 a 1885. Nietzsche expresa las dificultades que pretenden salirle al camino, considera (1877) la naturaleza humana "con una

especie de desdén" y ello sin excluirse a sí mismo del acto. Sabe que el dolor debería bastar en la vida, pero hay que agregar a ello el pesar que viene de las opiniones. Y ahí, el remate es como un disparo seco: "¿Por qué se siente uno tan bien en la libre naturaleza? Porque ésta no tiene ninguna opinión sobre nosotros". En 1878, desde Basilea, Nietzsche dice a Rée que su libro en contra de Wagner ("Libro para espíritus libres") ha provocado "disgusto, incompreensión, extrañeza". Si ello no corta sus alas lo provee de entusiasmo y dice sentirse "rejuvenecido, como un pájaro de montaña que ha volado muy alto, está cerca de los hielos y desde allí contempla el mundo".

En 1880, desde Stressa, cuenta dramáticamente a Rée que cada vez sabe con mayor claridad que "la soledad más perfecta" constituye para él una prescripción, al mismo tiempo "que una pasión natural". Resulta preciso, en ese estado, restablecer el ámbito más creativo, "aun a costa de los mayores sacrificios". Para un solitario de su tipo, la existencia de un amigo como Rée "es un pensamiento más precioso que la multitud de aquí". Un año después, confiesa haber vivido tiempos difíciles y, sobre todo, se ve invadido por la idea de que mira tanto a las cosas como a las personas "como si hubiera muerto desde hace tiempo". Y expone que ellos se mueven, lo asustan y maravillan, sin dejar de lado un hecho muy significativo: él se siente muy alejado de ellos.

Santiago, 9/5/1992

Al tratar de su estado, en carta a Paul Rée (Sils Maria, finales de agosto de 1881), Nietzsche se proclama el "viejo músico infeliz", y quiere crear, para su amigo, un sol "que sólo brillara para usted y para el desarrollo de su jardín". Él ahora exige un esfuerzo de purificación en términos absolutos: "¿Cómo podría yo también —dice— soportar la vida sin ver a veces mi propia naturaleza en un metal purificado y bajo estado de sublimación? Yo, que no soy más que fragmento y miseria ambulante y que a través de escasos 'buenos minutos' lanzo una mirada al país más bello, aquel por el que viajan las naturalezas enteras y completas. Siempre sufro cuando sé que usted sufre, que le ocurre algo, que ha perdido a alguien, en mí, por el contrario, los sufrimientos y la privación pertenecen a la misma cosa, no pertenecen, como en su caso, a la esfera de lo inútil, de lo irracional de la existencia".

En la primera quincena de julio de 1882, Nietzsche escribe a Malwida von Meysenburg. Reflexiona destempladamente sobre "Parsifal" y la música de Wagner: "Comprenderá que estoy muy contento de no tener que oír la música de 'Parsifal'. A excepción de dos fragmentos (los mismos que me comentó usted) no me gusta este 'estilo': es un mal Hegel en música; además demuestra gran pobreza de invención así como una desmesurada pretensión y *cagliostro*idad. ¡Perdón! En estas cuestiones de moral soy inflexible".

Poco más tarde, el 25 de julio de 1882, escribe a Peter Gast (que se halla en Venecia) y le dice: "Desde 1876 he venido siendo más bien un campo de batalla

que un ser humano". En el mes de noviembre, compone un poema para Lou Salomé, que está en Leipzig: "¡Amiga! —dijo Colón—, no confíes/ en ningún genovés más./ Con la mirada perdida en lo desconocido,/ ¡le atrae en exceso lo más alejado!".

Música. El vals de "El caballero de la rosa", de Strauss. Termino de leer estos "Documentos de un encuentro". Nietzsche asegura, releiendo "Aurora" y "La gaya ciencia" que está practicando "una línea" en la cual todo no resulta sino introducción, preparación y comentario a "Zaratustra". Admite como hecho comprobado que él ha escrito el comentario *antes* que el texto.

Santiago, 10/5/1992

Música. "Concertone para dos violines KV-190, en transcripción para dos flautas y orquesta" (Rampal, Kudo, Mozarteum de Salzburgo). Muere el gran pintor Francis Bacon (1909-1992). Su arte expresa el gran desgarrón de la figura humana, la puesta en escena de los cuerpos y de los rostros que se descomponen, fragmentan, destruyen o pulverizan negándose a condescender a otra masacre que no sea la apocalíptica de cada ser humano en este mundo. Así como Leonardo puso a su servicio la anatomía con el fin de permitirse conocer los mecanismos que constituyen al hombre total, para lograr reproducir en su pintura, con naturalidad, la sonrisa, la posición del cuello, del brazo, de los ojos, del torso, de cada músculo, del dolor, Bacon se instala a explorar el "después" del rostro, la literalidad de la vida que recae sobre él, sobreexponiéndolo en la angustia. Se empeñó en situar los momentos en que lo fúnebre, el inventario de la pasión destructora, el horror se congregan en procura de un expolio capaz de hacer de cada figura humana un desollado.

Sin embargo, también hay en él un rechazo de lo sagrado del cuerpo, pues supone la estética clásica un reconocimiento del Creador. Y él no está dispuesto a cejar. Existe un testimonio directo de la "impresión" del retratado por Bacon ante su doble. En febrero de 1960, Cecil Beaton vio su transfiguración por Bacon y lo cuenta en un libro, *The Restless Years (Diaries 1955-1963)*: "Francis abrió la puerta, sonrió y dijo: '¡El retrato está listo! Quiero que te sientes en esa silla de allá y lo veas'. Caminé a la silla que estaba en la esquina, sin mirar la tela, al pasar. Me di vuelta de frente y me senté para ver el efecto total. Fue bueno que estuviera sentado, pues de otra forma habría ido a parar al suelo. Frente a mí había un enorme monito de tiras cómicas, un hombre de negocios completamente calvo, espantosamente envejecido, aunque no senil. La cara apenas podía reconocerse como tal, ya que se estaba desintegrando ante tus ojos, sufriendo de un caso gravísimo de elefantiasis: una masa hinchada de carne en vivo y tejidos grasos. La nariz se esparcía en muchas direcciones como pólipos, pero finalmente caía sobre una mejilla; la boca parecía un ganglio a punto de reventar. Usaba un traje azul lavanda, escuetamente esbozado. Las manos parecían consistir en rasguños verde esmeralda y semejaban garras. La pintura seca del cuerpo y de las manos eran

absolutamente distintas a la húmeda, empapada, cabeza. El fondo blanco había sido creado con una brocha de pintor de muros. Se la había pasado por todas las superficies externas sin intención de 'limpiar' las formas. La cabeza y los hombros estaban delineados en un viscoso y húmedo veteado". Deprimido, Beaton se marcha. En la calle trató de reimaginar la impresión, de reconstruir su yo convertido en objeto de arte, como una cabeza de Medusa o un desollado Marsías. Pronto el teléfono sonó. Oyó la voz: "Soy Francis, acabo de destruir tu retrato". Dijo que a menudo destrozaba sus pinturas. Dijo que tal vez un día, de memoria, comenzaría de nuevo y que éstos eran, con frecuencia, los mejores. ¿Qué había en su mente con la que no solía marchar de acuerdo, pese a su genialidad? ¿Por qué se imponía rasgar y romper lo que, en verdad, podía mantenerse, como todo lo suyo, en cualquier museo del mundo?

En los museos alemanes y norteamericanos que he visto, busqué siempre los cuadros de Bacon. Me atrae una pintura que traduce a otra, brotada de la misma mano, que busca interpenetrarse en tema, en color, en audacia, en destrucción, en la explosión de lo imaginario, flexibilizando las variaciones. La cara abierta como una pieza de casa bombardeada en una figura femenina (Museo de Berlín) nos remite a un juicio sobre la gran culpa: existir, y tiene algo de las reflexiones de Cioran en torno al quehacer de vivir para la muerte. El supuesto nivel de equilibrio de la mujer sentada en una silla constituye un asalto al equilibrio, se estructura como una suerte de imposible matemático y el ser humano, disfrazado de su propia descomposición, exhibe su yo orgulloso en el acabamiento. Me recordó esa terrible, quevedesca, renunciación-anunciación que hay en un poema de Vicente Aleixandre: "Se levantó cuando no pudo más, y era una vieja, / archivieja, revieja, más vieja aún, y a oscuras".

En 1973, Francis Bacon trató de hacer imágenes de su sistema nervioso, lo más exacto que le resultaran posibles. Su tratamiento de los retratos y de los autorretratos elevan a potencia el esplendor de no aislar nada, sino de fundir, conjeturando en el todo la gran pregunta sin respuesta. Incluye: el alarido, la fatiga de la carne, la angustia, la destrucción, el desmembramiento, la connotación sádica de las bestialidades de la civilización. Todo ello situado en espacios solitarios o en sitios en donde hay cabida para el fragmento de los objetos o para una exposición del sinsentido de éstos. A veces surge un lavamanos, como si fuese el elegido por el legista en una morgue insatisfactoria para quitar la sangre de todos los muertos que se acumulan. En otras ocasiones, los espejos disuelven el equilibrio de la habitación, derritiendo, fagocitando, volviendo quilo o masa encefálica el drama. Se trata de un soliloquio *à deux* con el contemplador, una proposición compulsiva para impedir que la muerte sea convertida en algo incidental. Hiperboliza el habla de la muerte. Se da a metabolizar el pormenor, porque, en el fondo, a Bacon le interesa hallar una demanda de sentido para todo cuanto, en verdad, carece de él. Por eso, tantea, destruye, espasme, manoteando, como un ahogado, en un vasto mundo solitario.

Santiago, 11/5/1992

Pienso hoy en los comienzos de "Por el camino de Swann". El pequeño Marcel —que está mirándose en el movimiento del calidoscopio del adulto— recuerda el momento en el cual la madre toma el ejemplar de cubierta rojiza de *François le Champi*, de la Sand, a quien él reputaba como "el prototipo del novelista", y lo "indefinible y delicioso" se conciertan en espera del texto. Todo (la historia, los incidentes, las partículas del tiempo, el ritmo) le resulta único, sin permitirle admitir aún lo que es común a muchas novelas, pues él sentía un libro nuevo "no como una cosa de la que hay muchas semejantes, sino como una persona única, sin razón de existir más que en sí misma". Es el relámpago que no se esfuma aún en el cielo del hábito.

Santiago, 12/5/1992

Preparación de la clase sobre Proust. Es el instante en el cual la magdalena y la taza de té, levantándose en el edificio de la memoria, permiten al narrador explorar el mágico torbellino que lo envuelve y sacude, paso a paso, día a día, hasta el fin de su historia.

Miriam me dice que lo ocurrido con Bosnia-Herzegovina es, en este momento, un absurdo lógico. Su probable desaparición física ¿es parte de la verdad de la historia? Conviene preguntarse si alguna vez existió en verdad. Miriam recuerda que hay una novela de Agatha Christie que se desarrolla en Bosnia-Herzegovina. Se llama "El secreto de Chimneys". La busco y comienzo a leerla, pero antes un cuento judío: "Un judío polaco de Varsovia dice a un amigo suyo: 'Me voy a América'. Este, sin ironía, exclama: '¿América? Éso queda tan lejos'. El judío ya desarraigado, excusándose en la réplica, explota levemente: '¿Lejos? ¿Lejos de qué?'".

El libro de la Christie promete ser una birria. De exageración en exageración, como en las antiguas historias bizantinas, y atenta a prodigar los hechos de fantasía nobiliaria y política, se cuenta la historia del lugar, "Herzolovaquia". Los antagonismos complican la narración sin aligerarla. Hay un discurso final abominable, que "pronuncia" el personaje que podría llegar a ser el gobernante: "No soy un apóstata de la democracia, pero hay que meterle a la fuerza en el gáznate del pueblo para que lo digiera. Los hombres no quieren fraternizar... La gente no se convertirá en ángeles porque apelen a la parte noble de su naturaleza, sólo una fuerza juiciosa la obligará a ser relativamente decente con su vecino. La fraternidad humana, en la que tengo una fe teórica, es asunto del porvenir... Reinará dentro de unos diez mil años y pico. ¿Qué se logra con la impaciencia? El proceso de la evolución es lento".

Santiago, 13/5/1992

De cómo un novelista puede estropear una historia por el afán de acumular sentimientos con un discurso patético algo pegadizo, hay prueba en un artículo de Aldous Huxley, que leí en 1959: "La vulgaridad en literatura". Escribe: "Ahogado mentalmente y cegado por los pegajosos desbordes de su corazón, Dickens era incapaz, cuando se hallaba conmovido, de volver a crear, en términos de arte, la realidad que le conmoviera; hasta parecía incapaz de percibir esa realidad. Los sufrimientos y la muerte de la pequeña Nelly le acongojaban de igual manera que, en la vida real, acongojarían a cualquier hombre normalmente constituido; porque los sufrimientos y la muerte de los niños suscitan el problema del mal en su forma más incontrovertible. La misión de Dickens como escritor consistía en volver a crear en los términos de su arte esa realidad angustiosa. En ella fracasó. La historia de la pequeña Nelly es penosa en efecto, pero no por los motivos ni en la forma que quiso Dickens; es penosa por su ineptitud y su sentimentalismo vulgar".

Y, con el fin de probar que no es el asunto, sino su tratamiento, el que ofrece la oportunidad de dar validez a una historia, Huxley continúa: "Un niño también, Ilusha, sufre y muere en 'Los hermanos Karamazov', de Dostoiewski". ¿Por qué es tan angustiosamente conmovedor ese relato, cuando el cuento de la pequeña Nelly nos deja, no ya fríos, sino que nos mueve a burla? Si comparamos ambos relatos, echamos de ver al instante la riqueza incomparablemente mayor en cuanto a los pormenores de la acción que existe en la creación de Dostoiewski. El sentimiento no le impidió ver y anotar, o, mejor dicho, volver a crear. Vio sin perder detalle cuanto ocurría en torno al lecho mortuario de Ilusha. Dickens, cegado por la emoción, no observó casi nada de lo que sucedía alrededor de la pequeña Nelly durante los últimos días de la niña. Casi nos obliga a creer que no quiso ver nada. No quería darse cuenta él mismo ni quería que sus lectores se diesen cuenta de nada, salvo los sufrimientos de Nelly, por un lado, y de su bondad e inocencia por el otro. Pero la bondad y la inocencia y lo inmerecido del dolor, y aun, hasta cierto punto, el sufrimiento mismo, sólo significan algo en relación con las realidades de la vida humana. Aislados, cesan de tener otro sentido que el de su misma existencia. Hasta los escritores clásicos rodearon sus personajes abstractos y algebraicos siquiera con la implicación abstracta y algebraica de realidades humanas, en relación con las cuales cobran significado los vicios y las virtudes. Merced a la ignorancia, patológicamente deliberada, de Dickens, las virtudes de Nelly se hallan abandonadas, como en isla desierta, en medio de una inmensidad de irrealidades, y estando aisladas se marchan y desaparecen. Hasta sus sufrimientos y su muerte carecen de sentido debido a ese aislamiento.

Santiago, 14/5/1992

Lectura del bellissimo libro de Lou Andreas Salomé sobre Nietzsche. Impone, desde el comienzo, la búsqueda de lo armónico en los momentos en que el

tumulto de la mente aísla al filósofo, tendiendo un velo sobre la claridad y el pensamiento. Considera ella que la mayoría de los libros de Nietzsche están hechos a partir “de la suma de sus monólogos”. Pretende dar además a la filosofía nietzscheana el valor de “confesión”, dejando en el misterio un yo que descubren los otros; así en la lamentación de Zaratustra dirá: “Todos hablan de mí cuando por las noches se reúnen en torno al fuego; pero nadie ‘piensa’ en mí. Este es el nuevo silencio que he descubierto: el murmullo que se hace a mi alrededor tiende un velo sobre mis pensamientos”.

En las primeras páginas, Lou se refiere al tema del “disfraz”. Lo que oculta y lo que deja entrever. Dice que es la *expresión de su máscara* lo que nos brinda a cada instante “la clave de su desarrollo”. A todo lo profundo —dice Nietzsche— “le gustan las máscaras... a todo espíritu profundo le es menester una máscara. Diré más: en torno de todo espíritu profundo crece y se expande en forma constante una máscara”. Si el viajero errante pregunta quién es y qué ha hecho, pidiéndole que se reconforte en el lugar hospitalario en donde se halla, ha de agregar: “¡Yo te ofrezco todo lo que poseo!”... Hombre curioso. “¿Qué dices? Dame, te lo ruego... ¿Qué? ¿El qué? ¡Habla! Una máscara más. ¡Una segunda máscara!”.

Al cerrar los párrafos, Lou registra el carácter esencial de la situación. Dice: “Partiendo de esta máscara inofensiva, Nietzsche adopta sin cesar otras nuevas máscaras, para llegar a la máscara horrible tras la cual se oculta algo todavía más horrible: ‘A veces la locura misma es una máscara que oculta un saber fatal y demasiado seguro’”. Ya sólo se puede buscar, a solas, un refugio —máscara sobre la máscara de la máscara, sin poder recuperar el rostro, porque éste ya no existe, porque se ignora cuál es, porque la belleza se halla en el mayor dolor. En el último período de misticismo filosófico, nosotros, los testigos de Nietzsche, lo vemos zozobrar lentamente en las aguas más profundas: las de la suprema soledad, la del absoluto silencio, en el cual al congelarse los signos, el lenguaje se introyecta. Quizás entonces sólo es posible asirlo mediante símbolos y signos, o sea, a través de la lectura (exégesis, interpretación, glosa, parábola, de su máscara sonriente de idea), de la de Nietzsche y de los viejos textos en donde los fragmentos en lugar de atomizarnos nos reencuentran. Él —durante este tiempo— se ha transformado “en el que ha desaparecido para siempre”.

Santiago, 15/5/1992

Relectura de las “Crónicas”, de Marcel Proust. George Moore comparaba su prosa con la empresa de arar un campo con agujas de tejer. Hay un párrafo muy desmerecedor de Aldous Huxley en contra del “personaje” Proust, lo que es algo así como odiar a los cuervos y a los árboles tiesos, cuyas ramas son ondulaciones y nervios, en la pintura de Van Gogh. Huxley anota en “Con los esclavos en la noria” que lo detesta, que le resultaría imposible tolerar a “ese asmático buscador del tiempo perdido, acurrucado, horriblemente pálido y blando, con pechos casi femeninos pero ribeteados de largos pelos negros, siempre acurrucado en el baño

tibio del recuerdo del pasado". Allí lo ve, "pálido y repelente, inválido, tomando esponjas empapadas en su propio y espeso caldo y exprimiéndolas sobre su cara".

En las "Crónicas", Proust se refiere a los salones de París, al estilo de cada cual, sin aplicarse a contar la *menagère*. Mueve a los concurrentes, aísla las convenciones y gustos y ve las diferencias que sustentaban en el edificio de la figuración, el orgullo y el poder. Describiendo el salón de la condesa Haussonville (*Le Figaro*, 4 de enero de 1904) —con el seudónimo de "Horatio"—, rememora el instante en el cual un aristócrata francés permitió que los recorridos terminaran en su castillo. El invitado le dijo: "Es maravilloso. Tiene usted realmente admirables *bibelots*". El dueño, verdaderamente desconsolado, contestó "con elocuente desprecio" algo así como: "*Bibelots, bibelots...* para usted serán *bibelots*. Para mí son recuerdos de familia".

Me sorprende el hallar en este libro proustiano un curioso ensayo, "A propósito del estilo de Flaubert" (1920). No le agrada mucho a Proust la obra del autor de "Salambo". El argumento del descrédito es oblicuo y perfecto: "...si, como se ha escrito muy a menudo, la lámpara nocturna de Flaubert (en Croisset, Normandía, a orillas del Sena) a menudo les servía de faro a los marineros, también puede decirse que las frases lanzadas por su boca tenían el ritmo regular de esas máquinas que sirven para moler escombros".

Pausa. Tangos en la voz de ese hombre que, muerto ya, se hunde en el tiempo: Héctor Mauré ("Amarras" y el espléndido y misterioso "Ninguna").

Santiago, 16/5/1992

Objeciones sobre la infalibilidad de la opinión, en la lectura de la prensa. Lo peor, sin embargo, reside en los juegos que le ocultan a uno la verdadera información. Salto a mi caso: falsa memoria en acción. En los últimos días, dije a mis alumnos que leí, en 1959, un notable ensayo de Leo Spitzer (en "Lingüística e Historia Literaria") acerca de la onomasia en las obras de Fedor Dostoiewski. Mi dato concreto, venido en la información que tenía registrada, era el siguiente: Spitzer se ocupa de mostrarnos que los actos o la conducta de los héroes del escritor ruso se hallan condicionados por sus nombres. Lejano, el ejemplo se escapaba. El qué de quién. Necesitaba reencontrar la referencia, pero el libro se había ido de mi biblioteca embarcado en alguna galera o se extravió en las guerras del tiempo, junto con una parte importante de mi biblioteca (1974). Ahora bien, me deleitaba rememorando el poder intelectual que me había dado Spitzer para una relectura total del ruso. Así es que hoy, en un acto voluntarista, decidí reencontrar el ensayo, editado en español por Gredos. Y lo hallé.

Comencé a mirar en el sumario. Allí se hallaban, sí, el ensayo sobre estilística que hoy es un clásico: "La enumeración caótica en la poesía moderna", y el otro, muy preciso y bello: "El conceptismo interior de Pedro Salinas"; además, uno relativo al Arcipreste de Hita, a las teorías de Theodor Frings y la lírica mozárabe y, ¡oh sorpresa!, uno que había olvidado: "Perspectivismo lingüístico en el Qui-

jote", que me viene de perillas para tratar en una clase próxima el tema de "El cautivo", en la primera parte del libro de Cervantes. ¿Y lo de Dostoiewski? Nada. Me tuve que enfrentar con los hechos. ¿Existió alguna vez el ensayo de Spitzer al que aludí? ¿En otro libro? ¿Acaso comienza a desintegrarse mi mente? Hasta que, como cualquier escolar no muy aventajado, recurrí al índice onomástico, en la voz "Dostoiewski". Había, sí, por cierto, una referencia (páginas 150 y 151). Allí, emboscada como nota al pie de página, en veinte perfectas líneas, se encontraba lo que mi falsa memoria convirtió en sesudo ensayo extenso. Transcribo el párrafo y paso a otra cosa.

"Nada tiene de extraño el que Dostoiewski, aquel gran absolutista que gozaba mostrando la relatividad de las cosas humanas, haya imitado la polionomasia cervantina. En 'Crimen y castigo', el monomaniaco Raskolnikov (cuyo nombre, relacionado con *raskolnik*, 'hereje', sugiere una monomanía) tiene un amigo de nombre Razumichin (relacionado con *razum*, 'razón') que es el defensor flexible, optimista, ingenuo y elocuente, de la razón. Su flexibilidad mental se refleja en las alteraciones a que está sujeto su nombre por parte de otros personajes de la novela: Vrazumichin (relacionado con *vrazumlyati*, 'explicar') y Razudkin ('juicio')".

Santiago, 17/5/1992

Por la noche, angustia intolerable, hormigueo en el cuerpo, sensación de una suerte de desagrado interior que recorre desde la parte alta de la zona cardíaca al epigastrio, yendo, finalmente, a remansar al estómago. Dos o tres horas así y yo, agazapado en mí mismo, aguardo a que todo cese. Sueño: entro en una casa antigua, más bien oscura y silenciosa, al modo de un tipo de túnel, aunque yo sé qué es eso, sin que lo parezca. Allí están mis padres. Todos, ellos y yo, hemos envejecido: lo sentimos en el cuerpo, irradia el pensamiento sobre tal cuestión. El tiempo es, a pesar de todo, el de los días de infancia. Ellos me sonríen y acogen, pero no hablan ni se embarullan con los tiempos. De pronto, yo me hallo solo allí y no sé bien qué he de hacer. Quisiera preguntarles, pero se han esfumado. Es, tal vez, un espacio que mezcla las casas de Lota y de Lautaro. Son sitios que parecen modos de razonar, asientos del ser. Sirven para pensarme como otro, el que busca la continuidad, el punto en donde se suturan los años y todo se lía nuevamente. Los pensamientos pululan, se atienen a la pluralidad de un yo disgregado. Mis padres reaparecen, y sin embargo no responden las posibles preguntas que yo les formulo (no sé cuáles son). Se atienen a un estar-ahí, a darse por enterados; los veo como visitantes de la noche. Después, al parecer, mi pensamiento se diluye para proyectarse como una idea de mí mismo, sin expositor. Luego, paz, silencio.

No bien despierto, trato de recuperar el equilibrio, perdido entre la angustia y el sueño. Me siento como un boxeador que ha sido golpeado rudamente. Lo último que recuerdo, antes de acostarme, es que pensaba acerca del Mediterráneo y las observaciones de Braudel, ya propuestos en aquella lejana tesis doctoral suya

acerca de Felipe II y el Mediterráneo. Pienso ahora en cómo Ortega y Gasset proponía en su ensayo sobre Hegel (1932) una interpretación "hidrológica" de la historia, muy luminosamente. Doy con el párrafo: "Es sorprendente la docilidad de la historia ante la furia de orden que lleva a ella el pensamiento. Se puede llegar a sistemas francamente cómicos y que, en principio, no son menos verídicos que los de aspecto más trágico y solemne. Cabe, por ejemplo, lo que yo llamaría la interpretación hidrológica de la historia. En efecto, la historia comienza con una civilización que brota entre dos ríos menores —la mesopotámica. Pasa luego a las riberas de un gran río —el Nilo. Se derrama después sobre la mar interior —el Mediterráneo. Avanza más tarde al mar abierto —el Atlántico— y en nuestros días comienza a bañarse en el mar máximo —el Pacífico".

Lectura: Wilhelm Reich: "Reich habla de Freud". Repienso acerca de mi crisis nocturna de angustia. ¿Se trata de una suerte de "plaga emocional"? Leo el libro. Reich dice: "Si una ameba quiere ir hacia algo se estira... Si siente miedo, ¿qué es lo que hace? Se retira. Se recoge en sí misma...". ¿No es ésa la forma mediante la cual me pierdo, en la madrugada, tratando de no experimentar ese miedo que se instala en las entrañas con el fin de esperar pacientemente las formas que toman la desesperación, la ansiedad, el temor? Sensación del "animal enjaulado", que recorre, mirando barrote a barrote, una vez y otra, la jaula. Vuelvo al libro de Reich. Mediante las "expresiones emocionales", sin que éste tenga necesidad de hablar, observa al paciente. Freud le dijo lo que él era a través "de su expresión facial". Al observar el retrato que le envió Freud a Reich en 1925, pudo obtener una terrible conclusión: "Es una expresión muy triste, realmente desesperada". Empecé a ver la desesperación en el rostro de Freud alrededor de 1940. Trata de pensar por qué el maestro estaba desesperado. "Si estoy en lo cierto —anota—, y si interpreto correctamente la expresión emocional, el problema es averiguar por qué estaba desesperado. ¿Y cómo no lo vi antes, en 1925 ó 30?"... "Cuando encontré a Freud en 1919 era una persona muy activa. Lo describí por encima en el primer volumen de *The Discovery of the Orgone*. Era alegre, extravertido, confiado. Estaba lleno de entusiasmo y ardor. Luego, hacia 1924, tuvo que suceder algo... Y fue en esta época cuando le apareció el cáncer de mandíbula".

Santiago, 18/5/1992

Doy una mirada a fotografías de ruinas. Babilonia, Sidón, Egipto, Roma. Y después, a las otras, más recientes: en Erfurt, en Varsovia, en Berlín, en Milán. Después, mirando el archivo, un texto de Bernard Berenson ("Estética e historia de las artes visuales", 1948), y esta cita: "No hay comentario más irónico y más sereno al destino humano que la contemplación de las ruinas. Mas no me refiero a las que se ven en Roma o en Atenas, disfrazadas como dientes malos, expuestas al roce de un tráfico febril y ruidoso, arrinconadas por los ciudadanos de una gran conejera. Me refiero a ruinas que aún no están arruinadas, como Karnak y Palmira, Leptis y Lambesis, Efeso y Mileto, Priene y Hierápolis, tan solitarias como el Ozymandias

de Shelley, y tan desiertas como las cortes 'donde Jamshid se deleitaba y bebía en abundancia' ('Ruibayat'). Allí se ven fortalezas, palacios y torres, basílicas, muelles, vastas columnatas y colosales entablamentos roídos por el diente del tiempo y cayendo bajo su propio peso; mientras estatuas y obeliscos gigantescos se evaporan como el éter, en miles de años en vez de pocos segundos".

Pienso ahora, mirando las noticias de la televisión en las que dejan los cañones, en Sarajevo, en Azerbayán, en Afganistán, en Somalia, en las ciudades de El Líbano, en Zagreb. Una conmoción del campo visual. La función de un nuevo paisaje de ruinas en la piedra cruda, en el futuro yermo, en la montaña hendida por los misiles.

Santiago, 19/5/1992

Lectura cuidadosa de los "Diálogos de amor" (1535), de León Hebreo. ¿Se podía admitir, *en verdad*, la divulgación de la verdadera ciencia? En el Diálogo II, Filón dice a Sofía que es preciso hablar con "habilidad y brevedad" por muchas causas. Divulgar la ciencia verdadera y profunda "es dar alas a los inaptos, en la mente de los cuales esta ciencia se gasta y se corrompe, como le ocurre al buen vino en ruin vaso". Las doctrinas se adulteran en tanto van corrompiéndose "al pasar de ingenio inapto en ingenio inapto". Aún más, en el período en el cual escribe León Hebreo, el "mucho hablar de los modernos" provoca contagio. La conclusión es muy precisa: "Apenas si es posible hallar vino intelectual que se pueda beber, que no esté agriado; pero en los tiempos antiguos, los secretos del conocimiento intelectual se incluían bajo las certezas de las fábulas con grandísima habilidad, a fin de que no pudiera penetrar en su interior sino el ingenio apto para comprender las cosas divinas e intelectuales, la mente conservadora de las verdaderas ciencias, y no la que las puede corromper".

Santiago, 20/5/1992

La clase de hoy fue un intento por quitar el primer velo a lo incierto en la pintura de un personaje de "En busca del tiempo perdido". Durante la hora y media, Swann (el que pueden adivinar de modo diferente, la abuela, el abuelo, la tía —en Combray—, y los sucesivos del narrador, los de otros que observan a Swann o tienen opinión de él, y ése que el propio Swann compone con la suma de sus acciones, "recontruyéndose", antes y después de Odette). El mítico Aristeo que se hunde en los reinos de Tetis; Alí Babá en Combray; el de los *clubmen*; el "oscuro e incierto personaje" que dejaba sonar la campanilla con dos "vacilantes tintineos" en la entrada trasera de la casa de Combray; el de la marquesa de Villeparisis; el que es "reconocido" por *Le Figaro*, en el brillo social, en la jungla de los salones.

Ni siquiera —escribe Proust— "desde el punto de vista de las cosas más insignificantes de la vida somos los hombres un todo materialmente constituido, idéntico para todos, y del que cualquiera puede enterarse como de un pliego de

condiciones o de un testamento; no, nuestra personalidad social es una creación del pensamiento de los demás. Y hasta ese acto tan sencillo que llamamos 'ver' a una persona conocida es, en parte, un acto intelectual". Hay un "primer Swann del narrador", "imagen del ocio, perfumado por el olor del viejo castaño, de los cestillos de frambuesas y de una brizna de estragón", parte de los "errores amables" de la juventud del pequeño Marcel. Así podrá darnos una noción de la figura compuesta de "ese" Swann, armado con otros, casi con el sistema del cambio producido por los movimientos del calidoscopio, lo cual, por fin, habrá de permitir, en un museo de la familia, fijar el "todo" con exactitud. Aquel Swann que llegará presumiblemente a convertirse en un "ser completo y vivo".

Santiago, 21/5/1992

Lectura de "El tren de las 4:50", por Agatha Christie. A *miss* Marple, que mueve los hilos de la trama para dar resolución a un caso complejo, lleno de elementos accidentales que confluyen hasta permitir que el todo se organice al término de la novela, le irritan las obras de Gauguin (he leído por ahí que el pintor, muy enfermo, trabajó en las obras de construcción del canal de Panamá). A *miss* Marple le desplace ese Gauguin de las islas, debido a que éste, al pintar a las mujeres del país, se entusiasma con "ese tono cárdeno de mostaza" que logra poner de pésimo humor a cualquier persona como ella.

Santiago, 22/5/1992

Clase sobre el "Quijote". Análisis de la historia del cautivo y de la mora cristianizada que se llama Zoraida. Discurso de don Quijote sobre las armas y las letras. Término, por la tarde, de la lectura y el análisis del Diálogo III, de León Hebreo.

Santiago, 23/5/1992

El fulgor oscuro y dramático de los primeros días de la guerra, en 1939. Ya la idea de la paz armada, que alimentaba las formas más sórdidas del belicismo europeo, queda atrás. Hay la prisa y el orgullo de los tiempos que preceden al Apocalipsis, que toma la forma de una guerra que durará poco. Este "clima" de guerra es algo que se percibe muy bien (con respecto a la del 14) en el volumen de "Los hombres de buena voluntad", de Jules Romains, cuando sucede el asesinato de Jean Jaurès. Recuerdo, también, cómo en uno de los tomos de memorias de Simone de Beauvoir, las alumnas, avisadas de que comienza la Segunda Guerra, corren cuesta abajo por la *rue* Soufflot, en dirección de los cercanos jardines del Luxemburgo.

Todas estas reflexiones surgen de la lectura del "Diario de guerra. Septiembre de 1939, enero de 1941", por Simone de Beauvoir. El 14 de noviembre de 1939, ella escribe: "Hay muchas salas de baile abiertas, París renace lentamente. Bajamos a pie hasta Montparnasse, *place de l'Opéra*, *rue de la Paix*; parece que estamos en

una película expresionista alemana, inmensas farolas negras producen un resplandor amarillo puntual como el de una vela". Los días tienen un ritmo que perturba: "Inmensa diferencia entre la mañana y la noche. La noche es la fiebre, la descomposición, se piensa en emborracharse, en sollozar, invita a hacer cualquier cosa y a perderse entre la multitud. Por la mañana todo es lucidez... Hay soldados en el Luxemburgo. Admirable mañana de otoño, castaños dorados, olor a hojas muertas".

Una anécdota de Husserl, contada por alguien a la Beauvoir. Se trata de un recuerdo de infancia que refería el filósofo: "Un día, queriendo afilar un cuchillo, lo hizo tan bien que al final se quedó sin cuchillo". Se dijo él: "Me pregunto si no pasará lo mismo con mi filosofía". Música: *Apollon Musagete*, de Stravinsky. Por la Camerata Académica de Salzburgo; después, las "Pequeñas piezas para piano", de Paul Hindemith (Hans Petermandl al piano). Al final: Juan Sebastián Bach, "Sonata Nº 1 para violín, en sol menor" (Félix Ayo en violín).

Santiago, 24/5/1992

Nuevos libros: "Imágenes", de Ingmar Bergman, y "Gilles", de Pierre Drieu la Rochelle. A este último se refiere Simone de Beauvoir en su "Diario de guerra...". No lo encuentra tan aburrido como creía y hasta confiesa que es "divertido". Música de Albinoni: "Concierto para oboes, cuerda y continuo en do mayor" (Camerata de Berna). En seguida, escribo un artículo sobre León Hebreo y preparo la conversación con Alfredo Bryce Echenique, del próximo miércoles, en la Biblioteca Nacional. Me sorprende hallar, en el Diálogo II, escrito hacia 1495, un comentario de Filón a Sofía, y en él ver cómo León Hebreo se refiere a las diferencias entre hombres y animales, sin ceder a las clásicas razones de autoridad que los antiguos dejaban apoyarse en los informes de la enciclopedia de Plinio. Más bien anticipa los argumentos que comienzan a circular en los futuros puntos de vista de Darwin y en los escritos acerca del comportamiento animal comparado con el de los hombres que nos ha propuesto Konrad Lorenz y que forman el cuerpo de lo que hoy se conoce como "etología".

"Los hombres —escribe León Hebrero— se aman tanto como los animales de su misma especie, sobre todo los oriundos de un mismo país o región; pero los hombres no sienten un amor tan seguro y firme como los animales, ya que los más feroces y crueles no lo son con los de su misma especie: el león no roba a otro león, ni la serpiente ataca a otra serpiente con su veneno. En cambio, los hombres reciben mayores males y muertes de sus congéneres que de todos los animales y cosas contrarias del universo: la enemistad, la persecución y el hierro humano matan más hombres que todas las demás cosas artificiales y naturales juntas. La avaricia y la preocupación por las cosas superfluas son causas de la corrupción natural de los hombres; de ellas derivan enemistades no sólo entre personas de muy distantes y diferentes países, sino también entre los de una misma provincia,

ciudad e incluso casa: entre hermanos, entre padres e hijos, entre marido y mujer...".

Me llama la atención cómo Schiller cuenta a Goethe, con mucha admiración, acerca de las notas sobre mitología, cábala y astrología que encuentra en los "Diálogos de amor", de León Hebreo. Ya hemos dicho que para hablar de amor —dice Cervantes, en el "Quijote"— hay que tomar "dos onzas de León Hebreo". Una de las primeras versiones españolas de este libro es la que hizo el cronista Inca Garcilaso de la Vega. Sé que Spinoza tenía un ejemplar de la obra. La mayor parte de las reflexiones y parlamentos de la novela pastoril española (la "Diana", de Montemayor; "La Galatea", de Cervantes; el libro de Gil Polo) proceden de "Diálogos de amor", de nuestro escritor.

Santiago, 25/5/1992

El filósofo italiano Norberto Bobbio declara que siente vergüenza de ser italiano. Que si no tuviera ya 82 años, se iría de allí, de ese país anómalo. ¿Las razones de tan triste declaración? Asesinato por la *mafia* de un funcionario judicial que era el mayor experto en lo que toca a datos sobre la organización y sus manejos y entretelones; dificultades internas de la Democracia Cristiana para formar gobierno y obtener acuerdos de consenso. El contexto de la naturaleza del hombre sórdido, de su precariedad moral, en todos los tiempos, muestra la única verdad: el ser humano continúa siendo el mal bicho de siempre. Hay que leer a Bobbio y examinar con cuidado cuanto ha dicho en sus libros sobre el italiano y su capacidad de amar la vida y, sobre todo, de entenderse con la noción del amor total. *Love* —dice Iris Murdoch— *is the general name of the quality of attachment and it is capable of infinite degradation and it is the source of our greatest errors.*

Santiago, 26/5/1992

Resultado del censo. Hay, en los últimos diez años, 1 millón 902 mil 67 personas más que en el de 1982. Esto es, 16,8%; la "mayor concentración humana" está en Santiago (5 millones 170 mil 293 habitantes). En 1948, cuando vine a estudiar en la universidad, Chile no tenía más de seis millones y medio de habitantes. En la capital, había un millón. Una terrible muestra de la violencia, en una fotografía de un exterminio de personas en Bosnia-Herzegovina. Sobre el camino, yacen los cadáveres de un grupo asesinado a la entrada de una aldea musulmana, a pocos kilómetros de la frontera serbia. Por fin los italianos tienen un nuevo Presidente que pueda luchar en contra de la corrupción: Oscar Luigi Scalfaro. Hay noticias de un posible conflicto entre Israel y Siria.

De pronto, sin la menor migaja de una magdalena, en el fondo de la taza de té, ese promontorio, como doce piedras de Nínive. Surge la evocación, el recuerdo que se excava en un día oscuro de hace muchos años: una pieza de hotel, una mujer morena, de ojos claros, con una sonrisa que va desde los ojos a la boca.

Se llamaba A., y yo oía —oíamos, más bien— salir (y llegar) la voz de Toña la negra por medio de un altavoz discretísimo, después del amor, repitiendo tres veces eso de: “Noche tibia y callada de Veracruz,/ cuento de pescadores que arrulla el mar,/ vibración de cocuyos que con su luz/ cubre de lentejuelas/ la oscuridad”. Y ahora, ¿a quién y cómo ha de sonreír? Todo *il piccolo teatro* de la memoria.

Santiago, 27/5/1992

Pregunté en la Academia, ¿quién conoce el origen de la expresión “por angas o por mangas”? Figura en el “Diccionario del habla chilena”, pero éste es un libro lleno de yerros, de disparates y de tiros al pichón, del tipo: “así ha de ser”. Rabanales sugiere que tal vez se trate de una frase que se debe sólo a la rima, pues parece carecer de sentido. Hernán Poblete piensa que hay una falacia venida de un mal oído en la fonética de la voz “mangas”. Tal vez se trate de “haldas” (“faldas”). Por la mañana, Hernán me confirma, y lo halla pormenorizado en el “Diccionario de la Academia”, s. v. “haldas”. Dice: “de haldas o de mangas”, ‘quiera o no quiera’, ‘de un modo u otro, ‘por bien o por mal’. Me preocupa el problema gráfico, el paso de ‘haldas’ a ‘faldas’. En 1492, Nebrija usa ‘haldas’. Joan Corominas (“Diccionario etimológico”) se muestra dudoso y piensa que la ‘f’ puede ser un resabio extranjero. Tal vez se trate de una voz gótica.

A las 6:30 de la tarde, presentación y diálogo con Alfredo Bryce Echenique. Se lució, estuvo brillante e ingenioso. Habló de sus personajes, de Francia y de España, de los estudiantes, de Lima, de cada uno de sus libros y de las “Anti-memorias” que acaba de terminar. Impelido por los reclamos de Luis Alberto Sánchez, anuncia que continúa, con bastantes licencias, “Un mundo para Julius”.

Santiago, 28/5/1992

Otro de los maravillosos engaños a los ojos, por Cervantes, en el “Quijote”. En el capítulo xxxix relata —yendo hacia adentro— el episodio de corte bizantino de vida y sucesos del cautivo de los moros, Ruy Pérez de Viedma, el cual, antes de comenzar, anuncia a sus oyentes (Don Quijote, Sancho, el cura, el bachiller, Dorotea y Fernando, Cardenio y Luscinda, y el coro venal de la venta) que todo cuanto ha de seguir, sin fingimientos, es un “discurso verdadero”, lo cual, metidos nosotros, sus lectores, en que “lo otro” es ficción nos altera, ensimismándonos, la asunción de lo imaginario. Cervantes, gracias a un narrador interpuesto, permite que se conozca su visión directa de la batalla de Lepanto y del cautiverio suyo en Argel. Al hallar Ruy Pérez de Viedma que se le cede la palabra, habla del malvado Azán Agá (que era en la realidad absoluta Hasán Bajá, un gobernante de Argel entre 1577 y 1580) y recuerda su crueldad, de la que se libró sólo “un soldado español llamado tal de Saavedra, el cual, con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamás le dio palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra; y por la menor cosa

de muchas que hizo temíamos todos que había de ser empalado, y así lo temió él más de una vez...". Lo cierto es que Hasán Bajá perdonó tres veces la vida a Cervantes.

Santiago, 29/5/1992

Gallimard exhumó el *Journal* 1939-1945, de Pierre Drieu la Rochelle. En *Le Monde* (7 al 13 de mayo), Bertrand Poirot-Delpech expone: *Fallait-il publier des pages où s'embrouillent enfantillages et ignominies? Par principe, oui: liberté pour les ennemis de la liberté! Et il n'est pas inutile de comprendre comment un homme courageux, patriote et talentueux en est arrivé là. Drieu fut un des pires, mais en ruminations privées plus qu'en actes. C'était un bon écrivain, qui aurait mieux fait de croire davantage à son oeuvre. A la sortie de cauchemar, il a réclamé la mort, au lieu de s'esbigner dans ces couvents, et il se l'est donnée lui-même.*

¿Negarse a la amnesia o evitar la presencia de este texto mediante el ardid vergonzoso de la censura, de la poda o de la castración de páginas? Si se permite a Le Pen y a sus bravos camaradas recorrer el país, programando la misma vieja mala fe nazi, en promesa de obras racistas, no bien alcancen la mayoría, ¿por qué evitar que los franceses, cuyas conciencias no salieron bien paradas durante la ocupación (hoy se sabe muy bien que los "resistentes" fueron muy pocos y los petainistas muchos millones), en medio de las tristes bodas de la concupiscencia, la ambigüedad y el falso nacionalismo, conozcan a este hombre que tan bien los representaba? Ya se publicaron las "Cartas" de Céline (Gallimard lo hizo en octubre de 1991), ¿por qué, entonces, opacar o atenuar al escritor que dijo: *J'aimerais mourir en SS?*

Santiago, 30/5/1992

Lo que advertí hace más de un año en Polonia se legitima en el plano de los conflictos y las insuficiencias. El corresponsal de *El Mercurio*, Jerzy Achmatowicz, ve con pesimismo la crisis económica, el escaso apoyo del pueblo a una Iglesia políticamente activa y archiconservadora y el descontento total. No encontró "a ninguna persona" que se expresara bien de Walesa. Éste ha replicado: "Ustedes tienen el Presidente que se merecen". El apoyo a la Iglesia Católica bajó veinte puntos. Achmatowicz escribe: "Aquí el compromiso de la Iglesia es netamente político y por supuesto así lo entiende la gente. Entonces no es nada raro que los errores y reveses de la nueva elite se reflejen en la actitud de la sociedad hacia la Iglesia. Un 62% de la población considera que su presencia en la contingencia política es demasiada. Además, el gobierno actual surgió en base a la Unión Nacional Cristiana, partido que en las elecciones del año pasado recibió el apoyo de la jerarquía eclesiástica". Sin embargo, ello no es todo. La presencia de la

Iglesia como el elemento que logra "mandar", "dar normas", es opresiva. "La atmósfera que acompaña al debate sobre el aborto; la omnipresencia de los sacerdotes en múltiples ceremonias estatales; la directa o indirecta intromisión en las configuraciones personales de las instituciones de poder; la opulencia manifiesta junto a la presión sobre el precario presupuesto de los creyentes para construir aún más iglesias; las actitudes agresivas y fundamentalistas de algunos políticos identificados con la Iglesia. He aquí algunos fenómenos que provocan a menudo críticas, rechazo y esa expresión sarcástica que me estremeció profundamente: '¿Qué pasó? Nada, sólo cambiamos los rojos por los negros'".

En la edición internacional de *Le Monde* (14 a 20 de mayo de 1992), se expresa que mucha gente, en lo que se refiere al espíritu de hoy, siente que ha retornado al medievo. A la Iglesia le preocupa más definir la acción política que precisar sus insuficiencias en el dominio social. Aún más, es sabido que el antisemitismo de un sector importante de la Iglesia polaca, mediante el cardenal Glemp I (*vid.* Alan Dershowitz, *Chutzpah*, Little Brown and Company, 1991), advierte de cómo en Polonia se muestra activo, y no muy soterrado, un antisemitismo que viene de muy atrás (y visiblemente, además, en los niveles de la escala social, desde la nobleza al campesino y al *lumpen*). No es necesario insistir en cómo se puede apreciar todo ello si se revisa cuidadosamente el documental de Lanzmann para la televisión (*Shoah*, 1986). Leo, también, que en Polonia se burlan y hacen cruces sobre la opulencia del clero, sus lujos, la apropiación de beneficios. En la educación, vuelven centuplicados los horarios que cubren los cursos de "instrucción religiosa", esto es, "religión católica", y "Ética", cuyos principios autoritarios, dogmáticos y represivos conocemos.

Santiago, 31/5/1992

Nuestros amigos, los Silberstein, nos permitieron ver una película de 1925. Es la adaptación para el cine de "Las cartas de Menachem Mendel", de Schalom Aleichem. Cada una de las 'cartas' del libro refiere la historia de un judío que deja su casa y sale a vagar por los caminos, buscando la suerte, o, más bien, un modo de hacer fortuna. Fue filmada en Moscú (1925), con los actores del Teatro Estatal Moscovita Judío; pasa la acción en Odessa y en Berdichev. Fue dirigida por Alexander Granowski, con el guión de Grigori Gritcher, y la actuación de una suerte de Chaplin judío, Solomon Michels. Una escena genial, que recuerda a Buster Keaton, es la del momento en el cual Menachem sueña que es un casamentero a quien el Barón Hirsch le encomienda exportar novias a los Estados Unidos.

Música: "Un sobreviviente de Varsovia", de Schönberg. Lectura de la biografía de Dorothy Parker, la autora de *Big Blonde*. Una fábula suya: "Esopo le arrancó al león/ una espina en la pata,/ el león se la comió, y dijo:/ ¡Y ahora escribe una fábula sobre eso!".

Santiago, 1/6/1992

Cambiar. No llevar una vida de paso, sino pasar a ser el hombre que se queda. Seguir a Platón y a Ortega, volviéndose uno algo así como un *filotheamon*, un "amigo de mirar". Que el yo convierta el mundo en permanencia y se pierda la ruta del término de posesión, ese odioso "mi".

Santiago, 2/6/1992

Anoche, en el Teatro Municipal, el Ballet Nacional de España. Luminosa puesta en escena de "El sombrero de tres picos", de Manuel de Falla. Los trajes eran parte de una fiesta del color y del movimiento. Los diseños correspondían a Picasso. De pronto, uno sabe que allí están los arlequines; cuando surgen los guardias que escoltan al Comendador, se tienen a la vista los trajes de los guardias suizos del Vaticano, que hace unos siglos diseñara Miguel Ángel.

Santiago, 3/6/1992

Miro las ilustraciones de la "Divina Comedia" por Doré. Siempre me llamó la atención cómo pinta Dante el infierno, el carácter que le imprime. Unamuno llegó a creer que existía un cielo que Dante no pudo ver antes de haber atravesado el infierno, suponiendo que hay un cielo ligeramente plural. Se trata de contemplarlo como lugar en-sí, de antes del infierno, con el otro, el de después, el que se revela en sus formas, tras ver su contrario, volviendo de él con una *summa* que es el arsenal del horror por antonomasia. Me sorprende, una vez más, la peregrinación del Dante por el Averno. Esa que comenzó el 25 de marzo de 1300. Se metió de sopetón en las entrañas de la tierra, que parecía un inmenso embudo, en tanto el cuerpo del Demonio emerge de un lago helado, frigidísimo. ¿Es que existe un hielo que quema? El asunto es mucho más complejo y tiene que ver con ese infierno que se toma fervorosamente de la mitología germánica, la cual permite convertir al Demonio en un ser que, al tocar a alguien, lo hiela, lo convierte en una suerte de gran carámbano (no en vano el Adán demoníaco creador de la destrucción, el de Mary Shelley y el doctor Frankenstein, se va a extraviar entre los hielos de Arkangel, en Rusia, procurándose la eternidad del infierno helado).

El infierno de la tradición judeo-cristiana, en cambio, abrasa a los condenados. Son dos tradiciones encontradas de las que me ocupé alguna vez. El germano ve en el infierno, lugar de padecimientos absolutos, una copia de esos pantanos fríos y húmedos que halla en sus periplos; el judeo-cristiano, que vive en el desierto, que lo tiene como su propia piel, sólo trata de hallar el oasis, la reparación que le quite la sed, el fuego atroz. Se llena de espejismos que los visitan en su dilatada vocación natural de nomadismo. El de Dante es un infierno que proyecta su mala sombra, el horror vacío experimentado por lo húmedo ele-

mental, el pavor elementalísimo y casi doctrinal de un hielo en donde los pecadores se hunden en el dolor sin término.

Santiago, 4/6/1992

Cada día se enrarecen más el carácter y el tono del mundo. La historia es algo así como un cedazo roto, por el cual se deslizan los yerros y los odios de los hombres. Yugoslavia, condenada a dar vueltas la rueda de la sinrazón, necesitaba a Tito. Sin él, el espíritu de la tribu, de la facción, del resguardo de etnias e idolatrías llevan al anonadamiento. La ex URSS se ve como un enorme caldero en donde echan sus piltrafas las brujas de Macbeth. Afganistán quiere tener de nuevo en casa el espíritu del Viejo de la Montaña. Vienen a la memoria las palabras que dice Northumberland a Lord Bardolf, en "La Segunda Parte del rey Enrique IV", de Shakespeare: "Cada minuto debe ser en estos momentos el padre de alguna sorpresa. La hora presente es borrascosa. La discordia, parecida a un caballo harto de pienso ardiente, muerde furiosamente el bocado y atropella cuanto se pone delante de él".

Santiago, 5/6/1992

Un libro interesante, el que recoge la extensa conversación de Claude Lévi-Strauss con Didier Eribon. Confiesa el antropólogo, que hoy tiene 84 años, que en la adolescencia era intolerante en materia de religión. Hoy, después de haber estudiado —y enseñado— historia de las religiones, se ha vuelto más respetuoso. Sordo aún a las respuestas escatológicas, se halla cada vez más convencido "por el sentimiento de que el cosmos, y el lugar del hombre en el universo, superan y superarán siempre nuestra comprensión". Sin embargo, se entiende mejor con los creyentes que con los racionalistas. Los primeros —dice— tienen por lo menos un sentido del misterio, y agrega: "Un misterio que, a mis ojos, el pensamiento se muestra constitucionalmente impotente para resolver. Hay que contentarse con la roedura incansable a que se entrega, en sus bordes, el conocimiento científico. Pero no conozco nada más estimulante, más enriquecedor para el espíritu, que tratar de seguirlo —como profano—; eso sí, permaneciendo constantemente consciente de que cada paso hacia adelante hace surgir nuevos problemas y que la tarea no tiene fin".

Santiago, 6/6/1992

Continúo con Lévi-Strauss. Se le pregunta acerca de Foucault. Su obra le interesa por la calidad de la escritura, pero tiene reticencias ante "un prejuicio consistente en repetir en todos los tonos: cuidado, las cosas no son como se cree, es lo contrario. En suma, ese prejuicio que consiste en afirmar que lo que es negro es blanco y lo que es blanco es negro. Eso me permite saber a qué atenerme sobre

las opiniones del autor, pero no me enseña nada más: un positivo y un negativo fotográficos encierran la misma cantidad de información".

Alguna vez, Roger Caillois publicó un "artículo inverosímil" en contra de "Raza e historia", el libro escrito por Lévi-Strauss a petición de la UNESCO. Se enfadó éste y replicó en *Le Temps Modernes*, con el artículo "Diógenes acostado" (1955). Lo describe ahora: "Caillois era un hombre de gran cultura, un espíritu curioso de acercamientos imprevistos, hechos, como decía él, 'en diagonal'. Había seguido los cursos de Marcel Mauss y se había inspirado en ellos. Habríamos debido entendernos, pero abandonó la investigación en provecho del estilo. Quiso acantonar sus especulaciones en el plano literario y poético: la forma le interesaba más que la sustancia. No toleraba que uno se esforzase por tratar la sustancia con algo de rigor y un cuidado objetivo".

Santiago, 7/6/1992

La "rehabilitación" del llamado pensamiento primitivo que Lévi-Strauss invocó en "El pensamiento salvaje", con la toma de conciencia de que no existe "foso" alguno entre el pensar de los "primitivos" y el nuestro, le permite precisar el vasto alcance epistemológico del asunto. Era —dice— "una tentativa por superar la oposición, ya clásica en la filosofía occidental, entre el orden de lo sensible y el orden de lo inteligible. Si la ciencia moderna ha logrado constituirse, ha sido al precio de una ruptura entre esos dos órdenes, entre lo que se llamaba en el siglo XVII las cualidades segundas —es decir, los datos de la sensibilidad: colores, olores, sabores, ruidos, texturas— y las cualidades primeras no tributarias de los sentidos, que constituyen la verdadera realidad. Ahora bien, me parecía que el pensamiento de los pueblos llamados 'salvajes', que había permanecido rebelde a esa distinción, situaba toda su reflexión en el plano de las cualidades sensibles y, sin embargo, lograba construir sobre esa única base una visión del mundo no desprovista de coherencia ni de lógica. Y también me parecía más eficaz de lo que se suele creer".

Sus lecturas: Conrad, Proust, Balzac, Chateaubriand, Rousseau. Le interesa "El revés de la historia contemporánea" porque oye en Balzac, allí, un "registro" al que es particularmente sensible: "el de lo fantástico urbano". Admira en Rousseau el estilo ("¡dice en cinco palabras, lo que a mí me exige quince!"), pero, además, la búsqueda que emprende de la unión de lo sensible y lo inteligible, lo cual coincide con "la misma necesidad de una reconciliación" que Lévi-Strauss ve en alianza. Hay un párrafo espléndido: "Durante una conversación anterior dije que Marx fue el primero en aplicar modelos a la ciencias humanas. Tal vez sería más justo conceder ese mérito a Rousseau, en el 'Discurso sobre el origen de la desigualdad', incluso aunque sus modelos estén todavía demasiado alejados de la realidad para reunirse con ella. Las 'Confesiones' me hacen revivir una sociedad desaparecida, pintada con la misma acuidad, el mismo lirismo discreto que un cuadro de Chardin o de Drolling. Finalmente, 'La Nueva Eloísa', que ahora ya

nadie lee aunque es la primera novela plenamente moderna (Madame de Lafayette había creado más bien cierto género novelesco, recuerde: 'Una hija de buena familia tiene un amante; la casan con un hombre mayor que ella. Ella le cuenta todo, y no hay nada más urgente que instalar al antiguo amante en el hogar familiar y hacer así la infelicidad de todos. Nunca se sabrá si obra por sadismo, por masoquismo, en nombre de una moral borrosa, o simplemente por necesidad'. Esa relación del autor con unos personajes de cuyos hilos no tira, y que, como en la vida, siguen siendo opacos, volveremos a encontrarla, pero más tarde, en Dostoievski y en Conrad. Y todo ello penetrado, como las 'Ensoñaciones', por un intenso sentimiento de la naturaleza".

Santiago, 8/6/1992

Una curiosa historia israelí: a los veinte años, el joven Shimon Peres hacía dedo en una autopista de Haifa. Por casualidad, el auto que se detiene es el de Ben Gurion. Conversan. El Viejo León le pregunta a Peres: "¿Sabes por qué Trotski no era un estadista? Porque no quería ni la guerra ni la paz. Lo único que cuenta en la vida es decidirse por algo". Sigo con Lévi-Strauss. Recuerda que Sérurier, contemporáneo de Gauguin, escribió a Maurice Denis, diciéndole que en comparación con lo que él tenía en la cabeza, "la naturaleza le parecía pequeña y trivial". Uno llega a preguntarse si toda pintura que componga en cuadro la naturaleza no es, siempre, en todo, inferior a la naturaleza misma. En opinión de Lévi-Strauss: "El hombre debe persuadirse de que ocupa una plaza ínfima de la creación, que la riqueza de ésta le desborda, y que ninguna de sus invenciones estéticas rivalizará jamás con las que ofrecen un mineral, un insecto o una flor. Un pájaro, un escarabajo, una mariposa invitan a la misma contemplación ferviente que reservamos para un Tintoretto o un Rembrandt; pero nuestra mirada ha perdido su frescor, ya no sabemos mirar".

TEMA: La realidad de lo que se representa. Ver cómo se representa el niño cuanto le rodea. Anacronismo, distorsión etnológica, *remake*. La bandeja que contiene la cabeza de Juan el Bautista se transmite, como función eficiente, a la bandeja (en lugar de la bolsa o saco) que lleva *verdaderamente* la cabeza de Holofernes, en la pintura del Renacimiento. ¿Qué haría el niño con la visible noción engañosa derivada de la mutación del objeto? El mito nos convierte a todos, en cualquier momento, en niños. Se nos va imponiendo una manera de ver las cosas. Sin embargo, sabemos que hay una diferencia. Nosotros tenemos un control sobre el horror, relativo, es cierto, pero el niño convierte el horror mítico en horror manifiesto.

NOTA: Buscar los "Cuartetos" finales de Beethoven. Leer los "Diarios" 1 y 2 de Gombrowicz. Las flechas, ¿purifican a San Sebastián o lo feminizan, quitándole el culto viril por la fuerza y por el poder derivado de la milicia romana? El asunto

puede discutirse a través de la mirada a la seguidilla de cuadros sobre el mismo personaje.

Santiago, 9/6/1992

Un libro que nunca Borges pudo pensar como tal. Se trata de una serie de notas preliminares, a manera de breves prólogos para una "Biblioteca Personal". Así se llama la obra. El apoyo se basa en una idea que le dio siempre quehacer: "Que otros se jacten de los libros que les ha sido dado escribir; yo me jacto de aquellos que me fue dado leer". Su tono es sostenido, entre el epigrama y el uso de la ironía que evita el pasmo de quienes apilan fichas para trepar la pirámide académica. Al hablar del libro del historiador Gibbon sobre los romanos, alude a Tácito, el cual admiró el hecho de que los germanos no encerraran a sus dioses en templos, Gibbon explica: mal pueden tener templos para glorificar a los dioses quienes apenas tenían chozas. Del enorme León Bloy, maestro vivo de insatisfacciones y dolores. Borges lo sitúa como un especialista de la injuria. De "Los tres impostores", la novela de Arthur Machen, condensa ampliando el principio del nombre: "Toda ficción es una impostura". O relata la anécdota memorable de cómo leyó Dante Gabriel Rosseti la novela "Cumbres borrascosas", para poner las cosas en su lugar; "la acción transcurre en el infierno, pero los lugares, no sé por qué, tienen nombres ingleses". Hay recuerdos de frases espléndidas. La imagen, que pudiera estimarse como patética, de Swift, perdida ya la memoria, despidiéndose de alguien: "Buenas noches, espero que no nos volvamos a ver". La perla es, qué duda cabe, una de George Moore, a propósito de Rudyard Kipling: se trata del único escritor inglés que escribía con *todo* el diccionario.

Santiago, 10/6/1992

Por meses busqué en vano el libro en dónde podían hallarse unas bellas palabras de Paul Valéry acerca de Notre-Dame y el arte de construir, que se convertía en *pendant* de los diálogos bellísimos del "Eupalinos", que no habría desdeñado firmar Platón. Al fin, por cálculos errados y continuos, el azar me favoreció. Estaba en "Imágenes de Francia" y es una explicación que no prescinde del efecto de la composición. Copio el párrafo: "entren ustedes a Notre-Dame y consideren el trozo del edificio comprendido entre dos pilares sucesivos de la nave. Este trozo constituye una totalidad. Es comparable a un segmento de vertebrado. Desde el punto de vista de la estructura, como desde el punto de vista de la decoración, es un elemento integrante completo, y visiblemente completo. Por otra parte, si prestan ustedes atención a los perfiles de las formas de enlace, de las molduras, de las nervaduras, de los frisos, de las saliencias que conducen el ojo en sus movimientos, encontrarán en la comprensión de esos medios auxiliares, tan simples en sí mismos, una impresión comparable a la que da en música el arte de modular y de transportar insensiblemente del oyente de un estado a otro".

Cuando se supone que se cierra, perfectamente rematada, la visión explicativa, él se atreve a un estrambote que es, al mismo tiempo, ampliación del objeto y una remota jugada del ajedrez. Agrega que no se necesitan edificios considerables para sustentar la capitalidad y magnitud del hecho arquitectónico en sí: "En diez mil aldeas, una capilla, una casa muy modesta, son testigos oculares de ese sentimiento de la intimidad de la forma con la materia mediante el cual una construcción, aún de las más humildes, tiene el carácter de una producción espontánea".

Santiago, 11/6/1992

Conversación con Sima Silberstein acerca del *yiddish*. No quiere ella que se pierda la riquísima tradición de la lengua, el poder de su teatro, la fantasía léxica en los refranes, el carácter de una cultura. Me acuerdo, a propósito de ello, de una observación que hacen, acerca de él y de Kafka, Gilles Deleuze y Félix Guattari, en el libro "Kafka. Por una literatura menor" (1975). Suponen que el autor de "El Castillo" ve dicha lengua como "un movimiento de desterritorialización nómada que altera el alemán". En verdad, el asunto parece casi agresivo y se le atribuye una suerte de poder y alcance de metástasis en el interior del idioma alemán. Vive —creen— de "palabras robadas, movilizadas, emigradas", que se han vuelto nómadas interiorizando "relaciones de fuerza". Se trataría de una lengua injertada "en el alto alemán medio y que opera sobre el alemán tan desde el interior que no se puede traducir al alemán sin destruirla".

Santiago, 12/6/1992

Gripe. La "Misa Breve", de Mozart. He visto la exposición "De Manet a Chagall", en Bellas Artes. Sobre todo la bellísima pintura de Van Gogh sobre un banco solitario. Desgano, pereza, lentitud, lectura de "Todo espía un elegido", historia reciente de hechos relativos a los servicios de inteligencia israelíes. Es de temblar y no creer.

Santiago, 13/6/1992

Lectura de las "Cartas al Castor y a algunas otras. 1926-1939", de Jean-Paul Sartre. Mínima gracia, la vida como juego (en lo más dramático de la preguerra). Eros, relampagueos de una conciencia lúcida, menoscabada por la necesidad de hablar largamente de todo. Alcohol, las mujeres que "levantan" en el bar o en la Universidad. Ya Simone de Beauvoir se anuncia como la Musa que habrá de ser. A los 21 años, Sartre escribe a Simone Jolivet: "Como garantía de mi valor futuro sólo cuento con mi inmenso orgullo y también con el oscuro sentimiento de mi vida". Anuncia algo que, posteriormente, se encontrará en "Las palabras", acerca de su fealdad: "A partir de los cinco años mis cabellos cortados se llevaron consigo aquel esplendor efímero, me volví feo como un sapo, mucho más feo aún de lo

que soy ahora". El 4 de agosto de 1939, en medio del lío de los Sudestes, relata Sartre a Louise Védérine cómo halló a los Nizan en Marsella, y agrega un párrafo sobre la educación de los niños que ni encantaría a Piaget ni deslumbraría a los pedagogos normales: "Los niños eran de una corrección contra natura. La víspera, el Castor y yo estuvimos hablando una hora entera de la educación de los niños, y les preguntamos cómo se las arreglaban. 'A veces pego y a veces los compro', dijo Nizan, y la señora Nizan explicó la variación: 'Yo me echo a llorar y les digo: mirad lo que le hacéis a vuestra madre'. Es lo que llamaremos los recursos límites".

Santiago, 14/6/1992

Video del recital de 1983, con motivo de los 80 años de Claudio Arrau. Inolvidables versiones de la "Sonata N° 21 en si mayor (Waldestein)", y de la "Sonata N° 23 en fa menor (Appassionata)", de Ludwig van Beethoven. Comienzo a leer "La imagen y el ojo" (1982), de E.H. Gombrich. Miriam parte en misión de CEPAL a Curaçao, Botswana y Madrid. Solo, rumió un punto del pasado y voy reconociendo las máscaras que usé en la vida, las transformaciones de mi yo a través de los años. Pienso que fui, muchas veces, aquel ángel que toca el violín en "El banquete de Herodes", del Giotto (circa 1330, Florencia, Santa Croce). Está fuera del escenario en el cual se lleva a cabo el ágape siniestro y, en la esquina opuesta, puesto al margen del *pathos* del drama, no metaboliza, como los demás, la anécdota central y lo de la cabeza del Bautista. Lo que podía ser episodio de gran guñol, se convierte en exposición del hecho. Nadie parece muy interesado en lo que ocurre. El ángel no muestra sus cartas. ¿Es un testigo o un enviado? Finge no tener conocimiento, participación en el acto. Sólo *está ahí, sin posibilidad de desmedirse para tomar partido*.

Santiago, 15/6/1992

La admiración y el respeto por el pensamiento de Karl Popper. Muy tardíamente leí una entrevista que le hizo Manfred Schell para *Die Welt* (traducido en "La Nación" de Buenos Aires, 24 de junio de 1990). Le parece necesario hablar con los intelectuales alemanes, pidiendo una mayor responsabilidad en el cambio. Se trata de lograr que todo pueda ser probado, sin enredar el peso de los testimonios. Alemania —cree él— se ha ido volviendo demasiado fuerte, pero mucho más confiable. De pronto, hace un alto para mostrar la gravedad de la erosión del lenguaje. Se pregunta cómo probarle a Heidegger que lo que dice es falso. "Yo puedo probar —arguye— que ha traducido erróneamente a Aristóteles. Él ha traducido pasajes completamente sencillos de Aristóteles de un modo bastante correcto, pero luego ha añadido algo que es incomprensible para el hombre común. Esto puede probarse fácilmente. En Aristóteles, estas frases son totalmente sencillas; luego viene Heidegger con su verborrea altisonante y que no dice nada y que no está en el original: esto es la polución de las palabras... Y es esta

polución del lenguaje con lo que se simula una profundidad determinada. Se habla mucho, y con razón, de la polución del aire; pero no se habla de la polución del lenguaje. Y la polución del lenguaje es mucho más importante. No sólo porque ha llegado más lejos, sino porque ataca nuestra responsabilidad intelectual, y con ella nuestra integridad y nuestra conciencia”.

Santiago, 16/6/1992

Hoy, al abrir el libro sobre Proust que escribiera Celeste, la gobernanta y ama de casa que le sirvió hasta la muerte de él, pues ella vivió hasta la década del 70 de este siglo, hallo en el interior una hoja que puse allí, aprensada, tomándola en julio de 1987 del jardín de la casa de Illiers-Combray. Y pude rememorar cómo, paseando cerca de los jardines del Luxemburgo, fui (en homenaje a Cortázar) a la Galerie Vivienne, que en un relato de él va a dar a la Galería Güemes, de Buenos Aires. Hacía mucho frío, pese a que era verano. Por veinte francos, en un puesto de libros viejos, a la entrada, llevé el texto de Celeste (“El señor Proust”) y una monografía de Albi.

Santiago, 17/6/1992

Encuentro, al abrir una caja llena de objetos viejos, un *nécessaire* o estuche de piel que me dio, unos meses antes de morir, mi madre. Lo sacó de un baúl lleno de suspensores, tijeras, hojas de afeitar antiguas (“Maluk”, “Gillette”), frascos de colonia “Williams”, peinetas que son hoy de museo y calcetines de los tiempos de las ligas de hombre, y me dijo: “Tu papá guardaba esto para tiempos remotos y de dificultades. ¡Hay que repartir la herencia, porque ya estamos listos para que comiencen a pasarnos lista! ¡Llévate además este higrómetro y el barómetro, que eran de tu abuelo. No te demores en guardarlo!” y agregó: “Él se pasaba días de días dando pequeños golpes a los objetos para saber si el tiempo era ajustado a lo que pasaba afuera o se trataba sólo de un cuento. Le venía un berrinche cada vez que estos aparatos fallaban y armaba la bolina de inmediato”.

Allí, en el baúl, los objetos pasaron de moda, envejecieron, como todos nosotros, pero a ellos les cayó el silencio, la mudez, el retiro. Contemplo la pequeña vasija para preparar el jabón, el hisopo ancho, con algo de italiano de boliche, el artefacto de vidrio verde en donde se asentaban las hojas de afeitar, la cuerda o maroma en donde se buscaba el filo de la navaja, para que estuviera a punto, la colonia que venía a ser el adecuado *post-factum* de la acción global, que tomaba mucho tiempo. Irrupción de un pequeño mundo de hace cuarenta y cinco o cincuenta años. Mi abuela italiana al ver estas cosas solía persignarse. Después, en una de esas fugas suyas de la memoria, quizás confundiéndome con algún hermano menor, se instalaba en los días de Umberto I y recomendaba, moviendo la mano afligida por la parálisis: “Niño, no te vayas a casar con una montenegrina. Son cuidadoras de cabras. No les caben los zapatos, porque también tienen pezuñas. No son dignas de un rey y traen mala suerte”.

Leo una crónica en *L'Express*. Es sobre Alemania y está escrita con azorada irritación. El asunto es lo relativo al racismo. Cambian los colores, las procedencias, los destinos. Ahora, los rechazados son de África, de América, del Cuarto Mundo. Caen en la región de los prósperos para tener un futuro. Escriben las palabras en el muro, como si se tratase de su inscripción para asistir a un nuevo festín de Baltazar, que puede traducirse como: "Y aquí estamos nosotros, los sin nada, para trabajar deslomándonos. Pesaremos levemente sobre el reino". El problema es que el reino se llama Europa. Ya comienzan los atentados, las consignas en los muros, las profanaciones de cementerios judíos, las palizas a los más oscuros, el odio al turco, la bravata del neonazi.

A propósito de eso, examinando la postguerra del 45, Mariano Picón Salas, el mayor espíritu humanista de Venezuela después de Andrés Bello, escribió en "Los malos salvajes" (1945), muy espléndidamente: "...ninguna nación moderna de Europa había recibido tantos dones de Dios, contrastados por las tentaciones del Diablo, como la siempre joven, turbulenta y laboriosa Alemania. El mito de Fausto, de renacer de cualquier modo, fue siempre su mito. Y en el complicado proceso, Alemania —como Fausto— salía de su laboratorio y la meditación entre sus libros, en busca de la más nocturna aventura. Podía redimirse por la ciencia, pero necesitaba frecuentar, a veces, el Walpurgis de las brujas. Había atado en sistemas la más destacada razón de Occidente para concluir negándola y sumirse en el caos irracionalista. Llegó con retraso a la historia moderna cuando las potencias colonialistas e imperialistas se habían repartido los mares del mundo y los continentes lejanos, y el océano que le faltaba, su apetencia de expansión y de espacio, lo proyecta en su explosiva aventura interior, en *tormenta e impulso*. Pero ese *Sturm und Drang* germánico que Goethe, Kant o Schiller querían someter a norma como directores de orquesta conduciendo la tempestad, se tornará terrible fuerza autónoma cuando se trueque en voluntad de dominación; cuando Alemania quiera cobrarle a los demás pueblos de Europa la circunstancia de comparecer tarde en la mesa de los repartos, influencias y poderío imperialista".

Sin hacer trampas, Picón Salas se remonta y mira de otro modo lo que Steiner considera un "continuo" inseparable del ser alemán: su distancia del Otro y la contigüidad de los opuestos. Bach y Goethe son una unidad que incluye a Bismarck y a Guillermo II. El oficial Heydrich, verdugo de Checoslovaquia es inseparable del furor teutónico, de la música de clavecín, del pangermanismo, de Wagner, del nazismo y del Segundo Fausto. La cultura alemana inserta en un todo la estética y el genocidio, lo demás es cortesía. Son a una. Mariano Picón Salas admite la censura: "La tierra de los poetas, los músicos y los filósofos será, así, contradictoriamente, la patria de los *junkers* y la guerra total. La otra cara del 'universalismo' goetheano, de esa ciudadanía ecuménica de la cultura de que alguna vez habló el gran poeta-ministro, puede degenerar en nacionalismo colérico, en infecciosa mística de la 'raza elegida'. El fin del impulso humanizador

estaba en germen, como la muerte en la vida a que alude Rilke, dejando el ejemplo del carozo y de la fruta, en esa misma cultura que era una mezcla de tolerancia, iluminismo y un orgullo satánico”.

Santiago, 19/6/1992

Leo en el diario que el Vaticano retoca, en su etapa final, una Encíclica en la que el Santo Padre pone los puntos finales acerca del aborto, el divorcio y los anticonceptivos. ¿Es una criatura espiritual el hombre o sólo el “mono desnudo” del que habla Desmond Morris? Que los cristianos acepten el todo y no elijan sólo lo que desean, me parece justo y atinado. Los demás a pensar libremente, fuera del dogma, del mandato y de la regulación autoritaria. Sin embargo, es necesario decir que Juan Pablo II sabe cuán serio es la introducción del derecho a disenter en un cuerpo eclesiástico vertical y no pluralista, por su propia estructura natural. Si una noción arbitrista llegara a imponerse, todo el edificio del cristianismo se vendría abajo. Kierkegaard dijo en una oportunidad que la Cristiandad ha estado jugando al cristianismo. Convirtieron a la figura más bella, Cristo, en una figura terrestre, mortal, dolorosa en vida y no alegre en la resurrección. Al modo de los Cristos de Grünewald.

LECTURA: Una bella obra de Albert Cohen, “El libro de mi madre”. Una larguísima entrevista al mitógrafo Joseph Campbell, “El poder del mito”. Una entrevista a Ernst Jünger, en *Magazine Littéraire* N° 300 (París, junio de 1992). Jünger tiene 97 años y dice lúcidamente: “Cuando el lenguaje se ha petrificado, el peso de un solo verso puede pesar tanto como las bibliotecas”. Acaba de publicar “Los cuchillos”, que se inscribe —según dice— en la línea de Hölderlin, Schopenhauer, Nietzsche y Spengler. Piensa que el siglo XXI será la “Edad de los Titanes”. Música: Bela Bartok, “Sonata para violín solo”; Mozart, “Sonata N° 9 en re mayor”. Lectura, en la madrugada, de un brillante ensayo de E.H. Gombrich, “¿Un retrato de Dios pintado por Giotto?”, y de otro, seco, perfecto: “Leonardo y la ciencia de la pintura. Hacia un comentario del *Trattato della Pittura*”.

Santiago, 20/6/1992

Cada cierto tiempo releo las novelas picarescas españolas, ese fruto ácido de la desazón del fin de las ideas imperiales y del espíritu de la Contrarreforma. Es el poder de la nulidad que se hace presente, es el arraigo del vivo que hace del fraude un medio para salir de apremios, herencia yacente que recibimos en nuestra América, dando entrada al tunante, al haragán, al “cuentero”, poniendo en la vía el efecto dominante de la necesidad de engañar al otro, aprovechando su bondad, su tontería. Es la edad de oro del uso de la estratagema, las mentiras, el latrocinio, la trampa: todo en descrédito de la moralidad privada o pública. No hubo ciudad grande de España en donde el pícaro dejara de instalar sede. Quienes han leído

las "Novelas ejemplares" de Cervantes habrán de recordar las referencias al hampa sevillana que hace el autor.

Lázaro de Tormes, el Buscón, el pícaro Guzmán de Alfarache, la pícara Justina son, entre otros, cómitres de la galera del fraude. Son la otra cara del "indiano" rico cuya vuelta de América se aguardaba. En una crónica de Unamuno ("El aprovechamiento del listo", 1914), se lee acerca de "esa estúpida leyenda de la graciosidad de la mentira", que es en España "un ábrego agostador de fecundas verduras y que sopla de campo donde la gracia se ha degradado y en que el verdadero humor no prende raíces. Nuestras novelas picarescas son mucho más tétricas que regocijadas. El anti-Quijote, el pícaro, es algo escurridizo, viscoso y hediondo, que de todo tiene sueño de gracia". La conclusión dramática es que ello es el resultado de una suerte de birlibirloque funebrero, como todo "nuestro ingenio español". Poco menos que pordiosería, practicada por los logreros, los rufianes, los cortabolsas, los mendaces, los enredadores, los listos y los pícaros, sin contar los falsos mendigos, las daifas y los chisperos, las celestinas, y las zurcidoras de honras. "De dinero, unos; de otras cosas, otros. ¡Almas de mendigo!", grita Unamuno, harto de trampas, de camelos y de embustes.

Santiago, 21/6/1992

Sobre la conciencia habla, muy lúcidamente, el cardenal Ratzinger en su artículo "Conciencia y verdad" (*El Mercurio*, 21 de junio de 1992). Es el "punto crucial de la discusión" en el terreno de la teología moral católica. Tiene un enorme talento para jugar con la burra de Buridan y permitir que ésta vea, *en verdad*, los dos montones de comida, y elija, guiada por la implacable lógica del argumento. Desde el punto de vista de un agnóstico, no hay vueltas con el asunto: al no validar la autoridad absoluta de la Iglesia, la elección, que parece —desde fuera restringida, no es necesaria; para el católico, en cambio, no hay ventanas que le permitan mirar las cosas de manera distinta, con asomos a tierras lejanas. El "¡Señor, guíame Tú!", de Newman (Sicilia, 1833), es una consideración que, bien mirada, se dirige a Dios, pero hay que abrirse a la voz "de la verdad y de sus exigencias", y allí es el Papa quien decide.

Se zanja la conclusión de la "primacía del Papa" con una claridad que al cristiano tiene que parecerle inobjetable. "El significado auténtico de la autoridad doctrinal del Papa consiste en el hecho de que él es el garante de la memoria. El Papa no impone desde fuera, sino que desarrolla la memoria cristiana y la defiende. Por ello, el brindis por la conciencia (alude a la carta de Newman al duque de Nordfolk, en la que le dice: 'Si yo tuviera que llevar la religión a un brindis después de una comida —lo que no es muy oportuno hacer— desde luego brindaría por el Papa, pero antes por la conciencia y después por el Papa...') ha de preceder al del Papa, porque sin conciencia no habría ningún papado. Todo el poder que él tiene es poder de la conciencia: servicio al doble recuerdo, sobre el que se basa la fe, y que tiene que ser continuamente purificada, ampliada y

defendida contra las formas de destrucción de la memoria, que está amenazada tanto por una subjetividad que ha olvidado el propio fundamento, como por las presiones de un conformismo social y cultural”.

Los psiquiatras no habrán de experimentar alegría cuando vean cómo se sitúa positivamente el ser de la conciencia de culpa ('sentimiento', dice Ratzinger). Cita al psicólogo Alberto Gorres, quien dice que el sentimiento de culpa “pertenece a la esencia misma de la estructura psicológica del hombre”, rompiendo con “la falsa serenidad de conciencia”. Ésta es posible definirla como “una protesta de la conciencia contra mi existencia satisfecha de sí misma”, y resultaría tan necesaria para el hombre “como el dolor físico, como síntoma que permite reconocer las disfunciones del organismo”. El que no logra percibir la culpa —Ratzinger, Gorres— está “espiritualmente enfermo”, y es poco menos que “un cadáver viviente, una máscara de teatro”. Los monstruos “no tienen ningún sentimiento de culpa. Quizás Hitler, Himmler o Stalin carecían totalmente de él... Todos los hombres tienen necesidad de sentimientos de culpa”. Y, como ellos, presumiblemente, Vicente Ferrer, en Toledo, martillo de herejes judíos; y los inquisidores, y, sin duda, Franco.

Me creía a salvo de los viejos desvaríos de la muerte y del tiempo. Yo, el escaldado, el viejo Holden Caulfield, el amigo de Molly Bloom, el idólatra del cine, el distante lector de los hechos de John Silver el Largo, el demudadísimo, el experto en sufrimientos y en culpas, enjaezado espléndidamente para esperar que me llegue, desde el mar, la botella que contiene todas las desgracias. Sin embargo, al oír por radio una grabación en la cual surge la voz de Renata Tebaldi, el mundo quedó en mi cabeza hecho una pulpa. Multipliqué entonces el viejo dolor y, medrando con los restos de mi viejo yo, fui, por un momento largo, sólo *the wrecker*, y me puse a echar abajo el edificio que levanté de desechos y de nada. Simbólicamente escribí sobre el guante de béisbol: ¡Renata Tebaldi!

Santiago, 22/6/1992

En un programa de televisión, filmado en México, un periodista se sobresaltó con la respuesta que le dio un hombre de negocios norteamericano, al preguntársele si era o no posible que, dada la amistad entre México y los Estados Unidos, se lograra un *New Deal*, en forma de acuerdo recíproco para el intercambio. Lo cierto es que la voz “Nuevo Trato” le resultó al convidado una solemne herejía, un arcaísmo, una forma de demonización, como el derroche. Sin eufemismos, el yanqui se acomodó los anteojos y dijo: “Señor, los países no tienen amigos, sino y sólo intereses”.

Santiago, 23/6/1992

Oigo, muy de mañana, la bella “Cantata de Noel”, de Honneger. Luego, al diario. Se ve que hay pocas esperanzas de que no ocurra un desmembramiento pacífico

de Checoslovaquia. La voluntad de separación anima a los principales partidos políticos. Se me ocurre que el retorno (tan deseado por Hitler) a los reinos o repúblicas de Bohemia y Moravia va a evitar la guerra civil, pero no dejo de creer que la economía checa va a tener un proceso positivo y natural; en cambio, los eslovacos se muestran ya insuficientes, con un fuerte déficit y un desarrollo económico precario. Vaclav Havel, patriota inteligente, quiere resolver el asunto por la vía del plebiscito, no por el acuerdo partidario puro. Es difícil que acepten su proposición.

Europa central decae. Se construyó con soberbia, para durar, y ya no tolera ese yo escindido, nacionalista, que aleja la antigua grandeza para proponer la microcomposición geopolítica. Lo sólido y durable se vino abajo. Lo mismo ocurrió antes en la historia (Sumer, Babilonia, Egipto). Hubo el fin del Imperio Romano. Y el del Imperio Austro-Húngaro. Y hoy, el borrón de Rusia, de Yugoslavia. Pareciera que a la abstracción llamada país, sucede el retorno de la horda, del clan, de la tribu (véase Somalia, las repúblicas que fueron soviéticas, la facción tribal-religiosa del Islam). Con retoques y afeites, los poderes mágicos vuelven y hoy se convierten en religión, liturgia, sistema o mercado. El nacionalismo, sin embargo, no es una respuesta moderna y satisfactoria, a no ser que se retomen las nociones ideales y prácticas de Schumacher sobre lo pequeño y lo hermoso en la economía. ¿Y los historiadores? Nietzsche escribió en "El crepúsculo de los ídolos" que, a fuerza de andar buscando los comienzos "se convierte uno en un cangrejo"; por parábola, el historiador "mira hacia atrás; al final *crece* también hacia atrás".

Fin de un día oscuro. Música: Darius Milhaud, "Scaramouche", para dos pianos. Lectura de "Chicos y asesinos", por Herman Unger, judío de Moravia (1893-1929). De él dijo Thomas Mann: "La atmósfera de los primeros relatos de Herman Unger, a la cual contribuye una forma a un tiempo tierna y cruel de ver y hacer ver lo humano, deja traslucir la influencia rusa: en estos textos, como en otros, se manifiesta la impronta de Dostoiewski sobre la juventud europea de los años veinte. Una impronta que, en este caso, no hace sino subrayar los rasgos específicamente alemanes, pero también, y ante todo, la profunda originalidad de este escritor... No podemos menos de reconocer, en el efecto que el escrito produce, en la huella indeleble que ha dejado en nosotros, que contiene una grandeza, una belleza y un poderío que inicialmente no sospechábamos".

Santiago, 24/6/1992

Ganó el laborismo en Israel. Yitzhak Rabin será el jefe de gobierno. En Nairobi, la reunión del Consejo Mundial de Alimentación de las Naciones Unidas permitió conocer estadísticas del hambre: 550 millones de personas, en el mundo, es decir casi una décima parte de la población planetaria es tan pobre que no tiene qué comer.

Santiago, 25/6/1992

En lugar del abrigo que iba a comprar, dispuesto a lucirlo como si fuera el gabán de aquel personaje de Gogol, "derivé" el dinero —como se dice ahora en el habla básica— hacia los libros. ¡Ay, 85 mil pesos! ¡Valía la pena! Dos volúmenes del notable "Fragmentos para una historia del cuerpo humano"; "El hombre ante la muerte", de Philippe Ariès, y el tomo 1 de "Historia de las mujeres", un texto colectivo que dirigen —en la selección del material— Georges Duby y Michelle Perrot. Corresponde a la Antigüedad. Por la noche, a caballo en los remordimientos y en el sentimiento de culpa, renovado gracias a las pormenorizaciones de Ratzinger, soñé que un enorme pez dormía sobre mi estómago (¿la gula libresca?).

Santiago, 26/6/1992

Clase en el taller de los viernes. Cotejo de los prólogos de Alonso Fernández de Avellaneda al "Quijote apócrifo", y de Cervantes a la segunda parte del "Quijote". A propósito del relato intercalado, siguiendo el espíritu de los que hay en el libro cervantino, Fernández de Avellaneda incluye la historia de la monja tornera que huye del convento por impulsos del amor mundano, y la Virgen la reemplaza durante su ausencia, para perdonarla, a la vuelta, cuando viene humillada, dolida, infeliz. Todo es una extensa noticia del culto a María en la Edad Media, esa marianolatría que va a nutrir los ejemplarios. La Virgen continuamente intercede ante su Hijo, hasta exteriorizar que autoriza su devoción un quitar las culpas para que reconstruya su vida el pecador o el que erró.

Por razones históricas, buscando quizás un antídoto que preserve mi ánimo de las glorias del mercado, releo "La economía y el arte de la controversia", de John K. Galbraith. No pretende —según dice— "enmascarar el desacuerdo", dado que, en una sociedad, es posible ocultar la ausencia de criterio común en torno a la economía, pero es inevitable que, como el polvo, "el desacuerdo puede ser disimulado bajo la alfombra, pero, a diferencia del polvo, no permanece allí".

Leo que el Catecismo de Juan Pablo II ya está a punto. No se trata sólo de una modernización formal —según me entero—, sino de algo que veo como valores del conservantismo que propone rescatar el arcaísmo. Hay, por cierto, inclusión de normas nuevas acerca del decálogo moral, al referirse a problemas como "la familia en el cuarto mandamiento", "la guerra y la paz en el quinto" y "la doctrina social de la Iglesia en el séptimo". Se absuelve (¡ya era hora!) a los judíos por la responsabilidad que, durante siglos, se le atribuyó en la muerte de Cristo; se recogen pecados nuevos, como el soborno, las evasiones fiscales, la manipulación genética y la contaminación ecológica, asuntos que ya han sido expuestos por Ratzinger en ensayos y crónicas. El último catecismo universal es de la época de Pío X y se mantuvo en vigencia hasta el Concilio Vaticano II (1962-1965).

Santiago, 27/6/1992

Lo primero: el "Réquiem en memoria del rey Luis XVI", de Cherubini. La música como fuerza de vida. En la memoria, esta mañana, la esplendidez de un verso de Salvatore Quasimodo: *Nel senso di morte, / eccomi spaventato d'amore*. "En un sentido de muerte, heme aquí, aterrado de amor". Afuera, el viento helado se limita a pulir el cielo azul y las últimas hojas de los árboles. Una hormiga sube, dueña de su laberinto, en uno de los muros de la casa, que ha de parecerle la isla de Creta.

Santiago, 28/6/1992

De noche, luego de las elecciones, veo y oigo a los dirigentes de los partidos hablar de "su" victoria o de "el" triunfo de su grupo o facción. Alaban la "cordura cívica", que es algo tan absurdo como una tortilla de caracoles. Me parece que diecisiete años de dictadura no autorizan para hablar de la "inteligencia", de la "sensatez", de la "reconciliación" o del *logos* de la economía. Hoy se digiere todo, como una gran rueda de carretas, incluyendo las imágenes filmadas del dictador que vota sonriendo y saluda. Por suerte para él, los muertos no hablan. Para curarme de iras, releo "La izquierda divina" (1985), de Jean Baudrillard. En medio de todo, lanza una idea absoluta sobre el político: la de "llegar al poder". Nos pone en guardia: a la izquierda no se la oye "para obtener una reparación moral de su suerte, sino para verle jugar el Gran Juego". Nada es el poder en tanto no llegue a ser "una proeza", y, elegido el partido con el fin de gobernar, "debe superar su elección, no debe cargar con ideas, sino abrir una escena, producir un espacio, hacer de modo que todo el mundo quiera ejercerlo, en vez de ocupar su lugar vacío, despertar las pasiones políticas, la pasión de la política, lo que supone que ya no queda reducido a un instrumento de la administración de la sociedad, sino que se convierte en una finalidad en sí, un juego, un espacio en el que la sociedad interpreta en directo su propia escena".

Pienso que todo elector debe negarse a ser caja de resonancia, eco involuntario, remedo de un llegar a ser en el interior del cuerpo político de la sociedad, sino que necesita usar su voto para modificar el imperio de los hábitos políticos o esquivar los manoteos reflejos, nacidos de la esclerosis del poder. Así también necesita emplear su voto para quitarse de un medio en donde impera el marasmo, el estado de indiferencia de una juventud que no desea ser representada por el pasado, pero que posee una irritante conciencia del futuro en donde imperan más los instintos que las reflexiones. Ni que sienta que la compraron con migajas de centros de verano o de falsos encuentros que son parte del estilo de la dictadura. Es bueno, y lo digo con motivo de estas elecciones, dejar de confiar en la "madurez de las masas". Ni hay masas, ni poseen madurez. Suelen ser irredentos que necesitan cosas y, sobre todo, que se las den en bandejas. Del carácter fungible de las clases medias que buscan lenitivos y no dignidad, *niente*. ¿Y el intelectual? ¿Qué hace? Por lo menos, negarse a recluir su yo en torre alguna.

Ni de marfil ni de ministerios. Debe proteger su pensamiento contra los abusos del poder. Necesita darle a su propia existencia un objetivo primordial, en el ejemplo y en la obra, no sólo en el juego de la palabra en el ágora. Luchando por volver al mundo a los fantasmas de la libertad que vagan arrastrando sus cadenas debe considerar cómo su vida se le vuelve un hecho primordial.

Santiago, 29/6/1992

La paz interior me viene, a veces, de la unidad de los contrarios. Quiero trazar una línea entre mi yo y el sentido de la malignidad y de la falsía. El mal —según la Cábala— no es otra cosa que aquello que aísla a las cosas de su unidad.

Santiago, 30/6/1992

En una carta a Felice, Franz Kafka define el contorno al rastrear las señas de su yo, dejando saber acerca de esas “miradas luminosas que penetran en un desorden infinito”. El Eros se convierte prolijamente en algo que será invadido por signos capaces de confundir, desanimar, ofrecerse como un campo de fuerzas perturbadoras y sacar sus garras, hincándolas en el centro viviente de los pensamientos. Más sobre el Eros. Pienso en las puertas del castillo, en esas cerraduras que impiden el acceso, y en las mujeres cuya sexualidad irrumpe confusamente en las oficinas, archivos, lavanderías, en medio de risas o hablas equívocas, aunque complementarias, del extravío que posibilita a un extraño en el mundo que oficia de agrimensor, como una suerte de Caín arquetípico. “Usted no es del castillo —le explica a K., brutalmente, la tabernera—. Usted no es de la aldea, usted no es nadie. Pero, por desgracia, es usted algo a partir de eso, un extraño, un ser superfluo que siempre obstruye el camino, alguien por cuya culpa se producen continuos trastornos... En el fondo no le hago ningún reproche por todo eso. Usted es lo que es; he visto ya demasiadas cosas en mi vida como para no poder soportar también este espectáculo...”.

Max Brod admite, citando una carta de Kafka, que hay una posible clave de la relación entre lo divino y lo demoníaco en el castillo, y ello no procede del Talmud, sino de un texto de Sören Kierkegaard: “Lo mismo que en la fábula, cuando se pronuncia la palabra y se abren las puertas del castillo encantado desde hacía cien años y todo cobra vida, la existencia se vuelve toda atención. Los ángeles empiezan a tener mucho trabajo y se interesan en ver qué resultará de todo aquello, pues ésta es su ocupación. Por el otro lado, los demonios oscuros y lúgubres, que habían permanecido repantigados en la inactividad, comiéndose las uñas, saltan de sus asientos y se desperezan, pues, dicen aquí hay algo para nosotros...”.

Esforzarse, en un instante, el demonio y sus servidores, por volver confuso el orden del castillo —o más bien el falso orden— permite el acceso de un Eros confuso que equivale a confundir, en un ajuste de cuentas, al huésped, al cual

resulta preciso, recomendable, embrollar, quitándole sentido a su existencia. Así, al ser mantenido al margen, no le es posible ordenar nada ni comprender los fundamentos que tienen los otros, en ese espacio en donde se monta el espectáculo que él ve, metiéndose por el escenario y, en él, si logra abrir puertas o conocer los trucos para hallar la habitación, el documento, la palabra, entender de qué se trata, cuál es la finalidad, en dónde se hallan las claves reales del misterio. K. quiere tener acceso a este espacio demoníaco, que es algo así como la otra cara del castillo teresiano. Sin embargo, lo que percibe es una forma accidental de un conocimiento erotizado por la espera. De pronto, nos damos cuenta de que K. es más bien un "espectador" en medio de los "innumerables matices de esperanza o de desesperación" (*vid.* Gilles Deleuze y Félix Guattari, "Kafka", 1975) que lo confunden. Todo se va erotizando en el castillo; así las puertas, los archivos, las ventanas, la ropa que se lava, las noches, los muebles. Y las mujeres, ángeles del caos, aceleran la posible caída del cuerpo, se convierten en sus ménades, entre razones insuficientes y precarias acerca del conocimiento al que desean entrar, como si fuese un campo minado, si pensamos que él —en calidad de huésped que desea instalarse en el castillo—, cree poder llegar a ser iniciado en los misterios de ese castillo (que aquí, por momentos, se convierte en una variante del de Otranto). Las Moiras, dueñas del "segmento de castillo" infieren que es preciso acorralar a K. "erotizándolo" (Deleuze...).

Ahora, reposo. Música. "Concierto N° 1 para piano y orquesta en re menor, op. 15", de Johannes Brahms. Al fin del día, un verso de Odiseo Elytis: "Allí donde cuidas que te engañe la verdad".

Santiago, 1/7/1992

Insistencia de Kierkegaard en la idea del castillo y emplazamiento de su interiorización. "Mi pena —escribe en 'O...o...', Diapsalmata— es como un castillo roquero, que, cual nido de águila, se eleva en la cumbre de una montaña, entre nubes, y que nadie puede asaltar. Desde él me lanzo a la realidad y cojo mi presa; pero no me quedo abajo, sino que me llevo mi presa a mi hogar, y esta presa es una imagen que entretejo en los tapices de mi castillo". Salto del castillo metabolizado por Kierkegaard al de Kafka. La erotización continúa desencadenándose. "Cierta vez —dice Amalia a K.— me enteré de que había una joven que sólo pensaba en el castillo, día y noche; descuidaba todo lo demás, y se temía por su cordura, por su razón, por su sentido común; porque toda su razón moraba allá arriba, en el castillo. Pero finalmente resultó que en verdad no había estado pensando en el castillo propiamente, sino tan sólo en la hija de una fregona de las oficinas, a la cual, por cierto, consiguió, y luego todo volvió a marchar perfectamente". K. confiesa que ese hombre le agradaría. Amelia pone las cosas en su lugar y responde: "Que ese hombre pueda gustarte es cosa de que dudo, pero tal vez sí te gusta su mujer".

Veo el primer ejemplar de mi libro sobre Holanda, "Escrito en el agua". Bello golpe de vista de la tapa, que reproduce "Vista de Delft", por Vermeer, ese cuadro que Marcel Proust definió como el más bello que hay en el mundo. Música. Mozart: "Concierto N° 15 para piano y orquesta en si bemol mayor, K. V. 450".

Santiago, 2/7/1992

Sin ideas muy fluidas, mucha gente se refiere hoy a la complejidad de "nuestro imaginario", en el tono del buen salvaje que, a saltos, se ha barroquizado. No dice gran cosa, pero creen que con ello metaforizan su yo convirtiéndolo en una especie de hiper-yo. Lo cierto es que sólo se trata de una trivialidad. Lo peor ocurre, sin embargo, cuando algunos alumnos acogen la jerga, empleando una parla vacía, como si el tercer criado de Molière anunciara, al gran cómico, que ha llegado una de las preciosas ridículas.

La alegría de leer a alguien que sabe de qué habla. Releo "El Castillo" y tengo a la vista una noble carta que Walter Benjamin envía desde París (12 de junio de 1938) al gran Gershom Scholem. Le expone que no conoce ningún pasaje en literatura que muestre en grado mayor "el gesto kafkiano" y de manera tan precisa como un pasaje de Eddington sobre la imagen del mundo que tiene la física. La forma de situar una peripecia nos deja sentir que se puede tratar de uno de los relatos de Kafka, incluidos, por ejemplo, en "La muralla china" o en "La condena", como una idea de la física que trata de explicar al lego, espectralmente, los riesgos de ingresar en un territorio determinado, ponderando las dificultades. Desde el comienzo, el texto de Eddington cierra las puertas de lo posible, instalando una tensión —como la que hay en las historias kafkianas— en donde el azar, la regularidad de la proposición, a mitad de camino entre la repulsión y la teología, obstruye el paso del argumento lógico que pudiera postular una noción de salida. Todo se liga ferozmente a la idea de la total y abierta imposibilidad.

Aquí va, finalmente, el texto de Eddington: "Estoy en el umbral de la puerta, a punto de entrar en mi cuarto. Lo cual es una empresa complicada. En primer lugar, tengo que luchar contra la atmósfera que pesa con una fuerza de un kilogramo sobre cada centímetro cuadrado de mi cuerpo. Además, debe procurar aterrizar en una tabla que gira alrededor del sol con una velocidad de 30 kilómetros por segundo; sólo un retraso de una fracción de segundo y la tabla se habrá alejado millas. Y semejante obra de arte ha de ser llevada a cabo mientras estoy colgado, en un planeta en forma de bola, con la cabeza hacia afuera, hacia el espacio, a la par que por todos los poros de mi cuerpo sopla un viento etéreo, a Dios sabe cuánta velocidad. Tampoco la tabla tiene una sustancia firme. Pisar sobre ella es como pisar sobre un enjambre de moscas. ¿No acabaré por caerme? No, porque si me atrevo y piso, una de las moscas me alcanzará y me dará un empujón hacia arriba; caigo otra vez y otra vez me empuja hacia arriba y así sucesivamente. Puedo por tanto esperar que el resultado total sea mi permanencia siempre aproximadamente a la misma altura. Pero si por desgracia y a pesar de

todo cayera al suelo o fuese empujado con tanta fuerza que volase hasta el techo, semejante accidente no sería lesión alguna de las leyes naturales, sino una coincidencia extraordinariamente improbable de cualidades... Ciertamente es que resulta más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un físico traspase el umbral de una puerta. Si se tratase de la boca de un granero o de la torre de una iglesia, tal vez fuera más prudente acomodarse a ser nada más que un hombre corriente, entrando simplemente por ellas, en lugar de esperar a que se hayan resuelto todas las dificultades que van unidas a una entrada por entero libre de objeciones".

Santiago, 3/7/1992

La escritura y lo sucio. Dos grandes temas de Kafka. "Mi novela soy yo, yo soy mis cuentos" —le escribe a Felice (2 a 3 de enero de 1913). Y agrega: "El escribir es lo que me mantiene vivo". El 20 de abril del mismo año insiste: "Creo que todavía no has comprendido suficientemente que la creación literaria constituye la única posibilidad de existencia interior que tengo". El 24 de agosto va a gritarle a ella: "Yo consisto en escribir...", y ata cabos: "Hasta la más pequeña manifestación de mi existir encuentra su razón de ser y gira en torno al escribir". Escribir es una dificultad que da sentido heroico de existencia. Tal vez por ello desea que Max Brod, su albacea, haga arder su obra (su yo, su vida entera) al sentir que se está muriendo. La dificultad de ser, las complicaciones del amor, el complejo orden del estar en el mundo, le afligen sin pausas, como el águila (o buitre) que roe el hígado a Prometeo. "Uno ha sido enviado en realidad como la paloma bíblica, no ha encontrado ninguna rama verde y vuelve a deslizarse dentro del arca oscura", escribe a Milena (el nombre, en alemán, significa "la que ama" o "la que es amada"), Milena Jesenská, a quien comenzó amar en Merano (1920).

También ha de hacerle ver a ella, en repetidas ocasiones, luego de postergar las visitas, los plazos y hasta el amor mismo, que su escritura lo exalta y lo limita, le amputa parte de su yo físico, le niega el carácter de un hombre cotidiano, convirtiéndolo en grafía constante, en sintaxis, en expresión, en poda, en búsqueda de sentido de la lengua. Y ahí ya comienza a referirse a lo otro, a la "suciedad". Dice a Milena: "Soy sucio, Milena, infinitamente sucio, por eso hago tanto alboroto con la pureza. Nadie canta con tanta pureza como los que están en el más profundo infierno; su canto es lo que creemos el canto de los ángeles". Sin embargo requiere del impulso ascensional que le da el amor, pues, en caso de no tenerlo, la escala se detiene, se vuelve inútil, sin gradas, carece de sentido. "Mientras tú no dejes de subir —escribe en el relato "El abogado"—, no se acabarán los escalones; van creciendo hacia arriba bajo tus pies ascendentes..."

Sin embargo, el fervor de la exposición acerca del impulso que lleva a la Caída se refleja con precisión en otra carta. Expone: "Mi cuerpo, a veces silencioso durante años, se sentía de pronto agitado hasta no poder dormir de noche, por ese deseo de una pequeña, de una bien definida abominación, de algo levemente repugnante, penoso, inmundo; aun en lo que para mí era la mejor que el mundo

podía darme, había siempre algo de eso, cierto leve mal olor, algo sulfuroso, algo infernal. Ese impulso tenía algo del eterno judío, insensatamente arrastrado, insensatamente vagando por un mundo incansablemente inmundo". La lucha por el aire se advierte como un intento de tratamiento cortés con el material tosco que se nos ofrece a modo de datos, astillas, pormenores de la existencia. ¿Se trata de buscar el modo de preservar la vida interior? Le dice a Milena: "...también había épocas en que el cuerpo no se quedaba quieto, en que por otra parte nada estaba quieto, y en las que, sin embargo, no se sentía ningún impulso; era una vida agradable, tranquila, sólo turbada por la esperanza (¿conoces mejor perturbación?). En esas épocas, duraran lo que durasen, yo siempre estaba solo. Por primera vez aparecen ahora en mi vida épocas *semejantes*, en las que *no estoy solo*. Por eso no solamente tu proximidad física es para mí tan tranquilizadora, sino que tú misma lo eres. Por eso no tengo ningún deseo de obscenidades (durante la primera mitad de mi estadía en Merano, día y noche, contra mi propia y clara voluntad, hacía proyectos para seducir a la mucama —algo peor—; hacia el final de mi estadía me encontré con una muchacha muy dispuesta a entregármese, pero por así decir tuve que traducir primero sus palabras a mi idioma para llegar a entenderla), sencillamente no veo ninguna inmundicia, nada de lo que excita desde afuera existe para mí, sólo lo que suscita la vida interior, en fin, hay algo del aire que se respira en el Paraíso antes de la Caída. Sólo un poco de ese aire, por eso no hay nada de 'deseo', no todo ese aire, por eso hay 'miedo'. Así que ya lo sabes".

Santiago, 4/7/1992

Kafka se refiere, en más de una ocasión, al 'juego'. Casi siempre éste es un drama, una situación límite, turbia y equívoca, en la que se hallan, en estado de extrañeza, las personas, o uno que consiste en cerrar los caminos. ¿Cuáles de ellos? Nunca se está muy seguro y puede tratarse tanto del que sube como del que baja, como el que recorre el agrimensor en procura de lograr que se le admita en el castillo, o el de los largos pasillos aterradores, o el de las oficinas de un juez, o el del templo. Casi siempre dicho juego se lleva a cabo como un pleito absurdo, grotesco, hostil, monstruoso. Hay, en todo ello, ciertas instrucciones tácitas que no resultan comprensibles, porque no existe la clave que las explique. Además, llevar algo al plan concreto, en sus historias, es tratar de tomar el lápiz y desear que se diluya una verdad en cada viruta que desprende cuando el sacapuntas lo obliga a despojarse. A veces, todo es metáfora (y ello revela cabalmente la veta talmúdica, la explicación cabalística en que cada partícula del universo está colocada en un lugar concreto y con un fin muy preciso, metida en una terminación, en una grafía, en una polisemia, en el étimo). No sirve de nada tomar en cuenta que se requiere el uso de la inteligencia para esclarecer dónde se halla la verdad o, por lo menos, el rabo del enigma. Todos los rabos están atados, y el fuego va a brotar

repentinamente, quemando los sembrados. Los mecanismos son parte de la perturbación del universo.

Sin embargo, en una ocasión las dificultades se atenúan si se entiende que cada uno puede registrar, calcular o rememorar el lío en el que se halla. Lo imposible es conseguir el nivel de realidad que dé ocasión al símbolo para manifestarse. Si el término no resultase excesivo, podríamos mencionar algo sobre la 'revelación', la presencia de lo numinoso. Un enunciado puede —en un texto de Kafka— ofrecer una salida; pero el segundo enunciado lo anula. Por ejemplo: "Atlas pudo haber pensado que, cuando lo quisiera, no tenía más que dejar caer el globo terrestre e irse; pero no le estaba permitido tener más idea que esa..."

Santiago, 5/7/1992

Miriam regresa a este mundo. Quedan atrás Curaçao, Botswana, Madrid. Por un diario que trae (*El País*, 21 de junio de 1992) imagino lo que es la exposición dedicada al rostro humano, que se lleva a cabo en las afueras de París. *A visage découvert* se ofrece en tres secciones: "La gramática del rostro, en donde han de unirse las máscaras griegas, los estudios de Le Brun, un vaso precolombino, una escultura de Derain y las caras que realizara en plomo Franz Xaver Messerschmidt (1736-1783). El segundo grupo es *Le chahut* (la algarabía, el alboroto). Allí se hallan formas de cubismo picassiano, alucinaciones de Spillaert, máscaras gigantes de Nueva Caledonia (como unas feroces y hermosas que vi en el Museo de Berlín). La tercera fase es la que recibe el nombre de 'El silencio': las cabezas reducidas por los jibaros, las fotografías de Mapplethorpe, los cuadros de Francis Bacon, los velos de la Verónica con los gabinetes fúnebres ideados por Boltanski". Jean de Loisy, comisario de la exposición, explicó que se trata de "desorganizar genealogías, renunciar a la historia, ignorar la geografía, mezclar culturas y comparar lo incomparable".

Miriam me trae unos libros que son anillos para mil dedos. "Ángeles. Una especie en peligro de extinción" (Robinbook, Barcelona, 1991), por Malcolm Godwin. Bellísimo, ingenuo, lleno de encanto y de humor. Los otros: una excelente guía de Italia, que me permitirá hallar datos en el momento de la redacción de mi enorme libro sobre el tema. El tercero, una novela de detectives, de Harry Kemelman, que nos deslumbró a los dos con su excelente narración, "El rabino tuvo hambre el sábado". El héroe se ayuda, para la resolución de sus crímenes, con su cultura rabínica y al Talmud. El nuevo se llama "Detective en Jerusalén", aunque en inglés es "El rabino compra cruces en Jerusalén".

Santiago, 6/7/1992

Más sobre Kafka. El agrimensor, en el cuarto día de su arribo a la imposibilidad que es el castillo, se halla —oculto o no— bajo el mostrador de la cantina. Frieda

se acerca y lo llama su querido, su dulce querido, sin tocarlo. De pronto, "como desvanecida de amor", extiende sus brazos y suspira una "cancioncita". Como K., se halla "ensimismado en sus pensamientos", Frieda se instala a tironearlo, hasta que se abrazan. El texto es preciso: "El cuerpo menudo ardió bajo las manos de K.", él sintió "como un vértigo del que intentó salvarse, empeñosa pero vanamente; rodaron unos pasos" y quedaron tirados "en medio de las charcas de cerveza y toda clase de inmundicias de que el piso estaba cubierto...". El olor casi lo deja exánime, pero sabe que si Frieda lo abandona "lo abandonaría todo lo que él posee".

Santiago, 7/7/1992

Kafka. El azar. Lina Nahmías regresa de un largo viaje por Praga. Encontró la tumba del rabino Löw en el cementerio judío de la ciudad, el del Golem. Y me dice: "Vi las casas de Kafka. Una de ellas es señorial y se halla enfrente del castillo. Nada menos. Está situada en el lugar 'moderno' (si cabe eso en Praga) y muy metida en el barrio de la Mala Strana". Entonces, muy cabalmente y perplejo, Kafka se encontró a diario instalado a las puertas del castillo. Siempre estuvo allí. Aguardar era parte de su vida cotidiana. No tenía que hacer un largo viaje. Le bastaría la pesadilla de la noche, escribir una carta a Felice o a Milena, bastarse a sí mismo. Los brazos de Frieda eran un accidente de lo 'sucio'.

Santiago, 8/7/1992

La noción de la culpa se prodiga, aunque suela interponerse, de pronto, a la noción de la gracia, en los "Aforismos", de Kafka. Aquella, ya se refiera a los asuntos de la carne, en la maraña de un Eros esquizoide, o en la conciencia de lo sucio, vil, vulgar, viscoso o el concepto del primer pecado, al que sigue la sanción de la Caída, todo toca a rebato. Todo contacto acorralla, se desmanda o precipita al hombre acosado por la idea de posesión de la mujer, y en ello hay extensos espacios de reflexión acerca de la suerte que corren los pecadores en la narrativa o en los "Diarios" de Kafka. Otro asunto es el relativo a la magnanimidad de Dios, lo cual permite excluir la sanción mayor. Dios no aspira a destruir al hombre, su creación excelsa, sino a edificarlo, a pesar de la transgresión en lo que concierne al Conocimiento primordial. En lo prohibido-privativo cabe esperar la esperanza. La Caída, por cierto, equivale al desmembramiento de Osiris, al robo del fuego por Prometeo. Kafka ve cómo Dios sanciona, sin precipitarse, el pecado original: "Para el pecado original había tres posibilidades de castigo: la más benigna era la real, la expulsión del Paraíso; la segunda, la destrucción del Paraíso; la tercera —y éste habría sido el castigo más horrible—, la clausura de la vida eterna mientras todo lo demás quedaba inalterado". Lo 'visible' del mundo de la Caída, sin duda, es que la cima de la montaña y el desfiladero en donde ha de llegar rodando, exiliado, el Hombre Primordial, el Adán irredento, es el único lugar en donde la

lucha ha de continuar indefinidamente. Como en el verso de T.S. Eliot, se trata de la lucha por encontrar lo que se ha perdido y recobrado y vuelto a perder muchas veces.

Santiago, 9/7/1992

En constante embrollo, el agrimensor quiere salir de los problemas que le estorban el paso hacia el castillo. Usa para ello el habla. Los matices señoriales de la jerga dominante en el castillo, según le son comunicadas las órdenes o se le trata de confundir mediante instrucciones hipotéticas, inesperadas, bultos de envión, se constituyen en la lengua del mandato, traduciéndose continuamente al idioma donde prima el equívoco, asunto al que se ha referido sutilmente Marthe Robert en *Sur le papier* (1967). "Castillo", "señor", "administración", "ayudante", "mensajero", llevan a K., no sin enormes y vanos esfuerzos, a ver las remotas y cruzadas redes del embrujo de toda jerga jurídica o administrativa. El texto de la Robert acerca de los "mensajeros" es brillante y nos permite remitir el grado cero del relato, en ciertos momentos, a la dudosa planificación de la burocracia, acerca de cuya parla se ha ocupado Isaac Deutscher. Dice Marthe Robert: "K. cree poder fundarse en el sentido inmediato de la palabra para esperar de sus Ayudantes una ayuda eficaz en su dura tarea. Éste es su más grave error, porque estos Ayudantes no sirven para nada, son una especie de demonios infantiles, viciosos, liosos, que le quitan a su mujer, le engañan por todos los sistemas y agravan hasta tal punto el embrollo de su vida que no sólo no le ayudan, sino que más bien parecen enviados ex profeso para perderle. Y lo mismo puede decirse de su mensajero, Bernabé (Barnabas), que lleva el nombre de un compañero de San Pablo y cuyo sedoso vestido, dulce sonrisa y ligereza, parecen corroborar la idea tenida por K. de su angélica misión. Sin embargo, Bernabé no tiene de mensajero más que el nombre, e incluso su vestido es un engaño, una torpe imitación del uniforme oficial".

No conforme con todo ello, en *Sur le papier*, Robert insiste en ocuparse de los mensajes mismos, del posible carácter de éstos, de la suma de matices que podrían haber tenido si les hubiesen dado curso. Me preocupa sí que dichos mensajes no sean otra cosa que el equivalente a la forma vacía, al hueco verbal, a la contingencia del habla y de la comunicación, en la total desidentificación de los papeles, para terminar, sin duda, con la construcción soberbia que podría obtenerse de su análisis y puesta en práctica. No se les confía ya mensaje alguno, o a lo mejor han sido olvidados, se perdió su destino, la confusión los volvió más bien un símbolo degradado. Los que por casualidad han caído en sus manos "están periclitados, polvorientos, olvidados por su autor desde hace mucho tiempo, y nada le obliga a despacharlos. Lejos de ser la aparición celeste el testimonio de inspiración y de verdad que K. creyó encontrar en él en virtud de su nombre de apóstol, Bernabé no es más que un niño impotente y soñador, un 'fuego fatuo' errante en vano entre el pueblo y el Castillo...". Lo otro que nos tienta es el enunciado de la idea

de la trampa, la suciedad, la mentira y el yerro que se oculta en personas y en situaciones. Continúo con la cita: "...todo es una trampa en este mundo cubierto de palabras, ensuciado por los símbolos y las metáforas, decorado equívocamente por una literatura que, en definitiva, desempeña un sospechoso papel, puesto que pierde al individuo en sueños imposibles y, en último extremo, sólo sirve para justificar la peor de las opresiones. No hay nombre, ni siquiera el de la mujer amada, que no sea un agente de error y de mentira, pues Frieda significa 'mensajera de paz' y su bien, durante una gran parte del relato, su amor, su devoción por K., parece hacerla digna de esta función esencial; es ella precisamente quien le da el golpe de gracia, quien pulveriza sus esperanzas traicionándole con el castillo y sus amos todopoderosos".

Santiago, 10/7/1992

Hoy he dado vueltas en torno de la aventura de Ulises u Odiseo, a propósito de la relectura del libro de Gilbert Highet, "La tradición clásica", leído en 1957. He venido a dar a él, sin más, ocupado por la noción de "castillo" y de "cerradura", de "recinto cerrado con muros". Después quiero mirar lo relativo a Troya, en "Los mitos griegos", de Robert Graves. Me entero, por azar, de que hace más de treinta años subrayé en él una referencia etimológica: "Nausicaa", la heroína de la "Odisea", quien permite al náufrago Odiseo llegar al renacimiento en la playa del reino de los feacios, lava la ropa sucia (como en los textos de Kafka) en esa playa. El nombre de la muchacha significa "quemadora de naves". Surgen las preguntas. ¿Es un fervor erótico el que brota de ella hasta despertar el deseo en Ulises? ¿Es el incendio constante de la belleza que ella irradia? ¿Y ese "lavado", que ella cumple con obstinación, es quizás como la puesta en situación de las historias de Kafka, un modo de lidiar con los sueños y pulsiones hasta hallar una "intención pura"? Odiseo pudo haber dicho lo que Kafka en su "Diario" (1915): "Aquí no hay nadie que me comprenda íntegramente. Tener a alguien que fuera comprensivo, una mujer, eso sería un sostén para todo, sería tener a Dios". Si logramos ponernos en el corazón del sistema talasocrático griego, no resultaría difícil imaginar que Nausicaa representa el gran incendio de naves en una batalla, que pudo afectar a una expedición destinada a buscar la prolongación del comercio y la creación de factorías. Sin embargo, vive largamente ella, gracias a Homero, quien instaló el episodio en el comienzo del periplo de Ulises. Se amplía el horizonte del mundo debido a la curiosidad de Ulises y sus hombres. Lo mismo acontece con esa isla metafórica llamada Nausicaa, quien pone en juego el ardid que obliga al vínculo entre el náufrago y quien ha de acogerlo, entre el cautivo de amor y aquella que le descubre su sed de amor.

Santiago, 11/7/1992

Más sobre la *Erotika* de Kafka. Antes de releer "Totem y Tabú", de Freud, me reencuentro con un notabilísimo texto de T.W. Adorno, "Apuntes sobre Kafka"

(en "Prismas", leído en 1963). Dice allí que el autor de "El Castillo" ha convertido su propio sentimiento neurótico de culpa, su sexualidad infantil y su obsesión de "pureza", en un "instrumento que corroe el concepto admitido de erótica". No quiere sustraer el sentido de la obra de Kafka del Eros general del tiempo de "Los hombres huecos", de T.S. Eliot, y va más allá, merodeando en los conflictos de la condición del hombre moderno. "La falta de elección" —escribe— como la ausencia de recuerdo propio de las relaciones eróticas de los "empleados de las grandes ciudades del siglo xx" —como ocurrirá más tarde en una de las secciones de "La Tierra Baldía"— en *"imagen de un estadio rebasado hace inimaginable tiempo"*. Es todo lo contrario del "estado de hetairía". Eso le va a permitir sugerirnos que en la "suspensión de las reglas de la sociedad patriarcal se desnuda el misterio propio de ésta, la opresión bárbara". Las mujeres están "cosificadas como meros medios para el fin; como objetos sexuales y con conexiones". Y de ahí arranca la verdadera clave: *"En el centro mismo de lo turbio (lo destacado es mío) intenta pescar Kafka la imagen de la felicidad"*.

Santiago, 12/7/1992

Hay unas páginas maestras acerca de las orejas de una mujer en la novela "La caza del carnero salvaje" (Editorial Anagrama, 1992), del japonés Haruki Murakami. El mirón centra su objeto en ellas y la mujer se empeña en fijar su conciencia del sentido de las orejas, notificando el carácter de su propiedad; generalmente las "neutraliza", las abstrae, las verbaliza, las circunscribe, las encumbra o las "bloquea". La fascinación del hombre permite alterar la descripción convencional de un comportamiento fetichista en el sistema de señales de la patología. Se trata —dice él— de una oreja "revestida de una forma enteramente onírica, sin dejar de ser al mismo tiempo un apéndice auricular al ciento por ciento. Ante ella experimentaba la mayor atracción jamás sentida en toda mi vida hacia una parte cualquiera del cuerpo humano, incluidos, naturalmente, los órganos genitales. Tenía la sensación de encontrarme en el centro de un gran torbellino". Al ver la fotografía, el primer paso en la reflexión sobre esa oreja en-sí, el objeto mismo, se enmarca. "Una de sus curvas cortaba decididamente la foto de arriba abajo, con una audacia que superaba todo lo imaginable; otras creaban pequeños islotes de sombra misteriosamente delicados y llenos de secretos; de otras parecían emanar innumerables leyendas, como si de antiguas pinturas murales se tratara. La suavidad del lóbulo de aquella oreja, en especial, no tenían parangón sobre la faz de la tierra, y el esponjoso espesor de su carne resultaba así más deseable que la propia vida".

Santiago, 13/7/1992

Van a operar a Juan Pablo II. Lo de Bosnia Herzegovina no cambia. Me parece lamentable ver cómo, a modo de piedra en el riñón, un partido ultrarreligioso,

que aguarda sacar tajada y proyectar su fundamentalismo, deberá dar la mayoría al laborismo en Israel. Tras la lectura de *Kafka m'a dit* (Calmann-Lévy, París, 1952), por Gustave Janouch, mi mente queda, por un momento, en la época de recoger las redes, en blanco, tomando el aspecto de una de esas ciudades metafísicas de ciertos cuadros de Giorgio di Chirico. Miro a mi alrededor. Los ojos míos, sillas vacías que se afianzan sentadas, en lo contiguo, sobre sí mismas. En el prefacio, Max Brod se refiere (en su retiro de Tel Aviv, 1952) a los testimonios sobre Kafka que han ido apareciendo: los *Souvenirs sus Kafka* de Friedrich Thieberger, los recuerdos de Dora Dymant, que fue la compañera de Kafka en el último año de su vida (esas conversaciones entre ella y Brod fueron anotadas y recogidas por Félix Weltsch). El libro de Janouch registra las conversaciones que tuvo con Kafka entre 1920 y 1924. Los pensamientos de Kafka transmitidos por Janouch —dice Brod— dan la impresión de autenticidad, pues llevan la marca infalible de su estilo, si resulta posible, aún más conciso en sus conversaciones que en sus escritos.

Brod asegura que Milena aparece en "El Castillo" convertida en Frieda: *On pourrait trouver dans "Le Château" un reflet déformé des relations amoureuses de K. et M., rendues avec un étrange scepticisme et un parti pris péjoratif qui étaient peu-être pour Kafka le seul moyen de sortir de la crise.* Ahora, al texto de Janouch. A propósito de un escrito de Charles Dallago sobre Kierkegaard, Kafka le dice: "Kierkegaard se halla ante el siguiente problema, o bien disfrutar estéticamente del ser, o bien convertirlo en una experiencia moral. Me parece que ello es situar en falso el problema. El dividir lo que está hecho para permanecer unido. El dilema no existe sino en la mente de Kierkegaard. En verdad, no se llega al placer estético del ser sino a través de una experiencia moral y con orgullo. Sin embargo, esto no es otra cosa que una opinión personal y del momento, que puede ser abandonada después de un examen más atento" (pág. 59).

A propósito de la primera novela de Alfred Döblin, *Le Rideau Noir*, explica Kafka a Janouch que le resulta difícil entender este libro, pues se recurre a la idea de un azar como encuentro de sucesos de los cuales se ignora la causa. Al no existir un universo sin causa, el azar, en este mundo, sólo puede hallarse en la mente. "Los azares —explica— no existen sino en nuestra cabeza, en nuestra restringida percepción. Ellos son el reflejo de las fronteras de nuestro conocimiento. La lucha contra el azar es siempre una lucha contra nosotros mismos en la que no podríamos jamás resultar totalmente vencedores...". También tiene algo que decir acerca del pecado. Consiste "en retroceder ante la propia misión. La incompreensión, la impaciencia, la negligencia, he aquí lo que es el pecado. La misión del escritor es la de conducir aquello que se halla aislado y es mortal hasta la vida infinita, la de transformar cuanto es azar en algo conforme con su ley. Su misión es profética". Leyéndolo se ve cómo el orden religioso le impide al pueblo judío defenderse durante la Segunda Guerra. "El antisemitismo crece alrededor nuestro —explica—, pero ello es un bien. El Talmud dice que los judíos damos lo mejor que tenemos, como los olivos, aunque nos aplasten".

Santiago, 14/7/1992

Kafka trata de reconocer su cuerpo como si éste fuese un globo terráqueo. Merodea, mirándose en sus fotografías; vive en sus cartas, poniéndose en acecho de sí mismo, inventando las excusas para alejar a las mujeres, para dejarlas fuera de la línea de flotación. Se oye respirar, se imagina como San Sebastián de Guido Reni, observa la sangre, suele ofuscarse con disimulo cuando la garganta se cierra, y en las expectoraciones escudriña el futuro que sabe —o siente— muy breve. Entiende que está condenado y no delimita salud —o salvación— de la ruta de la enfermedad. Los signos de la culpa lo visitan de continuo. Suele sentirse desnudo, antes de un baño, y hasta llega a buscar, uno a uno, los hilos de la trama de una vida, la propia, que a veces le da la extraña impresión de un tejido inarmónico, desigual, con mezclas de un fino urdido y de una basta exposición. A veces, además, pasa por alto un dato significativo y nos deja en tinieblas. Sin embargo, en ocasiones, como aquella vez en que se refiere a la visión que tiene de Baum, un escritor de su tiempo, abre la puerta. "Experimento cierta envidia por un aparente éxito de Baum, al que, no obstante, estimo mucho. Este sentimiento me produce la sensación de tener en medio del cuerpo un ovillo que va enrollándose a toda prisa, formado por un número infinito de hilos, y que tira desde la periferia de mi cuerpo hacia sí", dice.

Santiago, 15/7/1992

Leer el ensayo de Vladimir Nabokov sobre "La metamorfosis" requiere envidiable sangre fría. Lo primero que hace es preguntarse de qué insecto se habla, y él, experto en mariposas, desecha las ideas que estima absurdas o superficiales. No se trata, por ejemplo, de un escarabajo pelotero o estercolero. Luego divide "La metamorfosis" en secciones, como si tratase de hacerlo con las patas, la coraza, los ojos del bicho, y cuenta el argumento a los alumnos, llevando a término un análisis minucioso para estadounidenses que fichan todo. Me imagino que es para permitir pegar preguntas y respuestas de los escolares. El "sí" o el "no". Los apuntes de Nabokov ocupan un tercio más que el libro que motiva el análisis. Se detiene morosamente y descalifica los análisis del simbolismo, la interpretación freudiana (Samsa como el (los) hijo(s) de ese padre monstruo que ha sido inmortalizado por la "Carta al padre" de Kafka). Una de las conclusiones es enormemente cómica: "Al fin y al cabo —dice Nabokov—, despertar como insecto no es muy distinto de despertar como Napoleón o como George Washington (yo he conocido a un hombre que se despertó creyendo que era el emperador de Brasil). Por otro lado, el aislamiento y la extrañeza ante la llamada realidad son en definitiva características constantes del artista, del genio, del descubridor. La familia Samsa que rodea al insecto no es otra cosa que la mediocridad que rodea al genio". ¿Sociología, análisis postfreudiano?

El monstruoso insecto que es Gregorio es él mismo visto por la familia. La de Kafka, o la de muchos otros, puede hallarse dispuesta a aceptar que la imaginación es un embrollo, una falencia, un yerro de la naturaleza o una suerte de salida de madre de la estupidez. Otra cosa: al enterarse Kafka —en octubre de 1915— que Starke va a 'ilustrar' el libro que va a llamarse "La metamorfosis", dice que se le ha ocurrido que éste puede poner en él un trazo del 'insecto que aparece en el relato'. Grita a los cielos: "¡Por lo que más quiera, que no lo haga!". Defiende su derecho a suprimirlo, debido al 'mejor conocimiento' que tiene de la historia. Remata el ruego con un imperativo: "no debe incluir al insecto en las ilustraciones. No debe aparecer, ni siquiera, de lejos". Nabokov ha propuesto un dibujo en su clase.

El mundo anda por su cuenta. El papa Juan Pablo operado: tumor en el colon descendente. Estados Unidos y los viajes de los candidatos. Todos sonríen: un tonto, dos tontos, tres tontos. En Sarajevo disparan en contra de tropas de las Naciones Unidas. Los árabes esperan (unos) y atacan (otros) la posición del nuevo gobierno israelí. En la ex URSS andan a la greña. El presidente Aylwin está en París y mañana viaja a Bruselas. "Batman II". Críticas, controversias. La hermosa Gatulbela (Michel Pfeffer) se salva del aluvión. Su erotismo es el anzuelo.

Santiago, 16/7/1992

Suelo desconcertarme durante la relectura de Kafka. Me enredo en su relación con los personajes que son él, pero que a veces se encubren o son recreados como espectadores reconocidos que decaen cuando ven un objeto, y éste se transforma en una especie de problema, de nudo o de incógnita. Sufre algo que es como "un mareo en tierra firme" ("Descripción de una lucha") y en ocasiones los sucesos se le presentan como obstáculos (un muro, una puerta, una jaula, una callejuela, los pasillos). El personaje que duda de su existencia (en "Descripción de una lucha") trata inútilmente de convencerse acerca de su existencia. De ahí adquiere una "conciencia tan fugitiva" de los objetos que le rodean, que logra pensar que ellos han vivido yo, "pero que ahora están desapareciendo". Su gran preocupación consiste en imaginar dichos objetos como hermosos y tranquilos si se mide la experiencia del conocimiento al aceptar que su belleza radica en saber lo hermosos que eran antes de que el personaje los vea.

A veces se puede creer que todo transcurre de manera confusa, pues la realidad o resulta insatisfactoria, o se confunde con algo cuyos contenidos dan la impresión de lo evanescente, de la imagen que elude mostrarse tal cual es. Ya sea porque no es, en verdad, tal como se muestra, porque padece de continuas metamorfosis o porque se trata de una tela tejida con el material de los sueños y de las apariencias. En un pequeño apólogo, Kafka da ciertas claves, y ellas nos obligan a tomar por las bridas el concepto de realidad. "Porque somos como troncos de árboles en la nieve —anota. Aparentemente sólo están apoyados en la superficie, y con un pequeño empujón se los desplazaría. No, es imposible,

porque están firmemente unidos a la tierra. Pero atención, también esto es pura apariencia". Cuando se lee a Kafka es útil tener a mano el gran libro de Bradley en donde se cava pacientemente en el problema de la realidad.

Santiago, 17/7/1992

En su libro "De Kafka a Kafka", Maurice Blanchot observa que la palabra "Dios" casi no aparece en el "Diario" del escritor, "y nunca de una manera significativa". Sin embargo, ello no significa que, por lo corriente, sus "invocaciones" no tengan un carácter religioso. Así, por ejemplo, ocurre en el uso de un tono dramático en palabras de julio de 1916, período en el cual se encontraba en Marienbaad, con Felice, en constante trozar el Antiguo Testamento. "Tómame en tus brazos, es el abismo, acógeme en el abismo; si te niegas ahora, entonces después". O bien: "tómame, tómame a mí, que sólo soy un entrelazamiento de locura y de dolor". El conjunto amenazador del acabamiento se remata con un: "Ten piedad de mí, soy pecador en cada fibra de mi ser... No me arrojes entre los perdidos". A veces se siente excluido simbólicamente de Canaán. En un texto de 1922 escribe: "...mientras tanto, hace mucho tiempo, estoy en el desierto y sólo son visiones de desesperación, sobre todo en estos tiempos en que, allí también, soy el más miserable de todos y en que es preciso que Canaán se ofrezca como única Tierra Prometida, pues no hay tercera tierra para los hombres". Se trata —piensa Blanchot— de tomar no "la perspectiva cristiana común" (este mundo y el otro), sino de sentir la exclusión tomando la perspectiva de Abraham.

Es muy brillante la conclusión de Blanchot en el capítulo iv de su libro: "Que en Kafka hay antes que nada una tendencia a relevar su experiencia literaria por su experiencia religiosa, a confundirlas de una manera bastante turbia pasando del desierto de la fe a la fe en un mundo que ya no es el desierto, sino otro mundo en el que le será devuelta la libertad, es lo que nos permite presentar las notas de su "Diario": "¿Vivo ahora en otro mundo? ¿Me atrevo a decirlo?" (30 de enero de 1922). En la página que citamos, Kafka recuerda que según él los hombres no tienen más opción que la siguiente: o buscar la Tierra Prometida por el lado de Canaán o buscarla por el lado de ese otro mundo que es el desierto, pues —agrega— "no hay un tercer mundo para los hombres". Ciertamente, no lo hay, pero tal vez haya que agregar algo, tal vez resulte necesario decir que el artista, ese hombre que Kafka también quería ser, preocupado por su arte y en busca de su origen, el "poeta" es aquel para quien ni siquiera existe un mundo, pues para él sólo existe el exterior, el susurro del exterior eterno.

Santiago, 18/7/1992

Milena ha sido comparada, por algunos amigos de Kafka, con Mathilde de la Mole o con la Sanseverina. Ya volveré sobre eso cuando relea cuidadosamente a Stendhal.

La crisis de Europa Central y de Asia me lleva a retomar las indagaciones sobre el concepto de "Nación". Relectura de Ortega y Gasset ("Europa y la idea de Nación"). El problema radica en el hecho de que el gran español, con el fin de salvar de la esclerosis el principio nacionalista pensaba en que la salvación se vería, en el porvenir ("órgano principal y primario de la vida humana") sin ambages, por el arraigo en un camino que llevara a la "supranación", tomando pie en el concepto de integración europea. "La idea de Nación, que había sido hasta ahora una espuela, se convierte en un freno —dice. Incapaz de ofrecer a cada pueblo un programa de vida futura los paraliza y los encierra dentro de sí mismos. Pero esto significa que las colectividades europeas han dejado de ser propiamente naciones y por un proceso de involución —de *Zurückbildung*— han retrocedido al estado primitivo de pueblos que no son sino pueblos, han recaído en la *vida propia* de sus pequeños usos, hábitos, manías. Los periódicos se ocupan principalmente en conmemorar las glorias caseras, en hablar de sus pequeños hombres, como nunca habían hecho hasta ahora. Al mismo tiempo se cultiva el *folklore* monumentalizándolo de una manera grotesca. El *folklore* es el prototipo de lo casero".

No cabe duda de que el uso de la idea de Nación, al filo del segundo milenio en ruta hacia el tercero, se ha convertido en un pandemonio. Esperar que todo se solidifique es entrar en pugna con la fatalidad derivada del concepto mismo, hoy oscurantista, del retorno al espíritu de la tribu, y en eso Ortega, que atacó frontalmente a Toynbee, no previó, en carácter de Tiresias, el futuro. El ir *más allá* de las viejas naciones es ahora una involución. La nostalgia del siglo *v* es, políticamente, un hecho inexcusable. La convivencia, forzosa o no, dentro de la Yugoslavia de Tito, o de la URSS revolucionaria, fue un hecho político inteligible. El desastre que hoy sucede en Azerbayán, en Bosnia Herzegovina, o en la forma de desintegración pacífica empleada en Checoslovaquia, es *desiderata* del tópico político.

Ortega pensó que el hombre, como persona o como partícula de la colectividad, es siempre "una ecuación entre su *ser inercial*—receptivo, tradicional—y su *ser ágil*—emprendedor, afrontador de problemas". El peso de una tradición inveterada, de una ruidosa pasión nostálgica por un pasado que es ilusorio, lleva a buscar como modelo la ejemplaridad momificada de dicho pasado. Se lo confunde —o quizás se lo ve— como un impulso hacia el futuro, a modo de restauración de la fe compacta, que conduce a la unidad en el enquistamiento de un sistema, precipitando la Tradición como la gran esperanza del Recuerdo, deformado por la activa noción que arranca de un yerto "para ser" que sólo es, inevitablemente, un "ya fue". Los "viejos odres del tribalismo" (Toynbee) se han colmado con sedicentes anhelos democráticos que cegaron la fallida utopía comunista. Ya pareciera así que volver a ser burgunda, valón, italiota, corintio, minoico, macedónico, ucraniano, o tomar el credo como guía político, volviéndose fundamentalista islámico, judío ultraortodoxo, católico irlandés o pola-

co antisemita es un modo de apostar por el espíritu de cruzada. La "presión coactiva" (Ortega) oscurece patológicamente la reflexión política de este tiempo.

Santiago, 20/7/1992

La obstinación lleva a Kafka a buscar en el primer círculo un último que se halla en embrión. No llegará, tal vez, a verlo, pero sabe que el uno y el otro son polos de atracción. La lucha surge de allí en cada hombre y cada mujer. En los noviazgos, sabe ir bajándose de un tren para subir en otro y, a veces el mismo día, una carta (a Felice Bauer y a Grete Bloch) permite ver, entre líneas, sin mayores dotes para la adivinación, lo que se deja de decir a una para sugerirlo a la otra, cruzando los circuitos de referencias, la explicación de las anomalías, el relato de la confusión, la exposición de algo que no resulta muy claro, sino que puede deslizarse en una metáfora o en una parábola. No hallo mejor símil de esta gran tragedia explícita que citar un párrafo de uno de los relatos de Kafka, "Preparativos para una boda en el campo". Escribe: "Yo estaba indefenso, confrontado con la figura que, sentada tranquilamente, fijaba su mirada sobre la mesa. Daba vueltas en torno de ella y sentí que me estrangulaba. En torno de mí daba vueltas un tercero, que se sentía estrangulado por mí. En torno del tercero daba vueltas un cuarto, que se sentía estrangulado por él. Y todo ello proseguía hasta la rotación de las constelaciones y aun más allá. *Todo se sentía asido por el cuello*".

La confusión que genera el vivir temeroso, quejándose del horror que le aguarda, lleva a Kafka a tomar conciencia de la exclusión del hombre puesto en el mundo, de su ser convocado por el azar, de sus transformaciones que lo instigan a procurarse una forma que encubra a la otra. Es máscara sobre máscara, sin que el rostro aparezca jamás, porque no es posible encontrarlo en este mundo, en medio de las confusiones de la naturaleza o porque vivimos en un tejido que es sólo una composición abstracta, una fijación de lo ficticio en el mundo que parece existir, el disimulo de la idolatría. A veces pienso que Kafka trabaja sobre la idea de los velos. Cuando, trabajosamente, se apresta a despojarse del último, sabe que no hay danza, ni baile, ni el espectador-bailarín es otra cosa que el expositor soslayado de una suerte de equilibrio. Kafka escribe un día a Brod acerca del hombre que busca un refugio, cavando quizás en sí mismo: "Cavamos en nosotros como topos —le dice— y salimos de nuestros hundidos túneles de arena completamente ennegrecidos y con el pelo aterciopelado, tendiendo nuestras pobres patitas rojas para implorar tierna compasión".

Resulta todo muy confuso, aunque Elías Canetti ("El otro proceso de Kafka") lo ha puesto muy en claro. Aceptando la rebelión, Kafka incurre en el mismo yerro cada vez que intenta hallar la ruta adecuada (o la que él estima como tal). Ello habrá de conducirlo naturalmente a la confusión. "Una de las características más tenaces de la mentalidad de Kafka —escribe— es que nunca aprende de sus errores. Los fracasos y errores en él no desembocan nunca en un logro. Las dificultades siguen siendo siempre las mismas, como si se tratara de demostrar que

son insuperables por naturaleza. Deja fuera de sus infinitos cálculos y reflexiones, sistemáticamente, todo lo que podría llevar a un final feliz. La libertad de fracasar siempre tiene un lugar reservado, como por una especie de ley superior: una garantía de escape a cada nuevo cruce. Uno tiende a considerarlo como la libertad del débil que busca su salvación en las derrotas. En la prohibición de la victoria se manifiesta su peculiar forma de ser, su relación especial con el poder".

Santiago, 21/7/1992

El horror de una escena que se mostró en la televisión peruana, a propósito de un atentado de "Sendero Luminoso", en Lima. Hay una madre que cuenta cómo, mientras ella se encontraba vendiendo frutas en una calle del barrio de Miraflores, estalló un auto con explosivos. Su hijita de cinco o seis años jugaba con un canasto, daba saltos y carreras cortas en torno de él. De pronto, vio que la pequeña quedaba en el aire, suspendida, impulsada por el golpe. Madre e hija cayeron, pero la niña quedó malherida, una pierna suya voló. De inmediato —dice la madre— tomó a la niña en sus brazos, recogió la pierna ("estaba aún calentita", y pensó que en el hospital podrían "pegársela" de nuevo). Lloro desconsoladamente. Una toma de la cama de la chica en el hospital. Sonríe, está vendada y tiene una muñeca en la mano. No se sabe si ha de perder la otra mano, además de la pierna, que no fue posible coserle. Ya todo ello es el horror del mundo. Se me viene a la memoria aquello del "sufrimiento de los niños", al que se refiere el cura en "La peste", de Camus. Para quitarme la pena, el desánimo, la fuerza del yerro moral, repasó un álbum con reproducciones de Van Gogh. De pronto, doy con un párrafo, una carta de Vicente a Theo, que se me escapó mientras preparaba en mi libro "Escrito en el agua" la sección dedicada al gran pintor. Sobre todo en lo relativo a los retratos. Me parece perfecto y define por entero lo que constituye el 'interior' de éstos: "¡Ah, el retrato con el pensamiento... a través de la vibración de los colores... Un tono claro sobre una frente sombría".

Santiago, 22/7/1992

Me detengo, mientras preparo la clase sobre Proust, en aquel momento terrible, doloroso, indecible, en el cual Swann se forja un frágil escudo que le sirve para recelar de Odette, distanciándolo o aproximándolo, al sentimiento de los celos, el mayor monstruo, la patología. El desaliento, el dolor, la incertidumbre. No tiene un momento de reposo y viaja, en la memoria, recomponiendo un pasado de Odette, sin él, sin su amor, sin sus celos. Se trata de acusar y, al mismo tiempo, justificar, su condición de "entretendida". Me aterra comprobar cómo, a modo de araña, los celos tejen un intrincado gobelino en donde el artista no se concede reposo para el agravio de sí mismo y, al pesar la destrucción, siente todo el peso del mundo en él. Para tranquilizarme, leo en voz alta ese párrafo de Proust en el que describe a los concurrentes que se instalan a oír música en una tertulia. La

marquesa de Cambremer va siguiéndola, transportada al séptimo cielo, "llevando el compás con la cabeza, transformada en volante de metrónomo, con oscilaciones tan rápidas y amplias de hombro a hombro, que (con esa especie de extravío y abandono en la mirada propia de los dolores imposibles de retener y dominar, y que dicen: '¡Qué le vamos a hacer!'), a cada momento enganchaba con sus solitarios las tiras de su corpiño, y tenía que enderezar el negro racimo que llevaba en el pelo, sin dejar por eso de acelerar el movimiento".

Santiago, 23/7/1992

Alza de presión súbita (18/11). *De contemptu mundi*. Sensación de caos, de horror, de náusea, de desdoblamiento, de muerte. El sin sentido me invade, dejando su condición larvada; se nutre de mí.

Santiago, 24/7/1992

San Pablo, quizás más cerca de la imagen del hombre de Tarso, de Antioquía, de Damasco, moreno, de espesa barba negra, con ojos muy grandes, diferente del que "vieron" los pintores del Renacimiento. Se trata de una reproducción, en la portada del libro "El cristianismo antiguo", por Charles Guignebert, y está tomada de un mosaico que se halla en Ravena, del siglo v. El peso del orden paulino es el esfuerzo mayor, pormenorizado, de los comienzos de la Iglesia. El "genio especulativo" de Pablo, su particular (y desde entonces "real") cristología. Sobre Cristo, en función del "repensamiento" del apóstol mediante el uso de la teodicea rabínica, Guignebert expone: "Su muerte (la de Cristo) se convierte... en algo claramente inteligible; los hombres, agobiados por el peso de sus pecados, eran incapaces de elevarse hacia la claridad divina; Cristo quiso ofrecerles el medio; cargó con sus maldades y su suplicio infamante las expió. Entonces, para participar de sus méritos y merecer la gracia el día del juicio, convenía unirse a Él, primero, por la confianza y el amor. El pretendido escándalo se convertía en el gran misterio, el fin, la razón de ser suprema de la misión de Jesús, y Pablo decía justamente que toda su predicación no era más que el *discurso de la cruz*. El historiador ve en el orden griego y en el pensamiento de los 'helenistas' expulsados de Jerusalén, que llegaron a Antioquía, quienes predicaron a los griegos, 'anunciando al Señor Jesús', tal vez subordinaron el judaísmo auténtico al propio de la esperanza cristiana, *colocando en el primer plano de su religión la persona de Cristo* podían comprenderlo y dejarse conmover y, en sí, no les imponía nada inaceptable a los Doce, puesto que, dejándoles todo el encanto de sus recuerdos reales, elevaba todavía más de lo que ellos hubieran podido creer la gloria de su Maestro. Sólo cambiaba enteramente la perspectiva y el sentido de su obra. Al mismo tiempo, ponía los fundamentos de una vasta especulación doctrinal, más que extraña, antipática al medio en que vivió Cristo. Menos densa, menos complicada y, en suma, menos extravagante que los grandes sistemas sincretistas a los

que Basílides o Valentín ligaron su nombre en el siglo II, la doctrina de Pablo les abría el camino; era ya una *gnosis* sincretista, una revelación compuesta”.

La obra de Pablo fue preparada por las iglesias helenistas anteriores a él y, además, presumiblemente, por grupos de judíos sincretistas y gnósticos, por ello a Guignebert le resulta exagerado admitir que él ha sido “el verdadero fundador del cristianismo”. Nos dice que lo fueron otros, los hombres que establecieron la Iglesia de Antioquía, cuyos nombres apenas entrevemos. Pablo, sin embargo, tiene respecto de ellos “la conciencia de su acción y de su alcance”. La conclusión: “No fundó el cristianismo, si se lo debe definir como la adaptación del mesianismo judío a la doctrina helénica de salvación, pero, sin él, tal vez no existiera el cristianismo”.

NOTA: Buscar el libro de J. Juster, *Les juifs dans l'Empire romain* (París, 1914, dos volúmenes), y *Jésus et la tradition évangélique*, de Loisy (París, 1910).

Santiago, 25/7/1992

Mi clase de hoy sobre el Quijote (Segunda parte, capítulos 11 y 12). Se trata de la tercera salida, pensando en la posibilidad de hallarse conminado a vivir “alguna nueva y peligrosa aventura”. Don Quijote detiene la carreta conducida por el Diabolo y pide que le digan quiénes son los otros (la Muerte, un Ángel, un Emperador, Cupido, un Caballero, una Reina). El Demonio le explica que son “recitantes” de la compañía de Angulo el Malo, y que, con motivo de la Octava de Corpus, presentan el Auto Sacramental. Don Quijote, al tocar “las apariencias con la mano”, confiesa: “Desde mocho fui aficionado a la carátula, y en mi mocedad se me iban los ojos tras la farándula”. Sancho le hace ver a su amo que los cetros y coronas de “los emperadores farsantes” no son de oro puro, sino de oropel u hojalata. Don Quijote apela a la noción tópica, visible en los autos sacramentales de la época, de Dios como el empresario o Director de Escena; el mundo como un escenario; los actores como los hombres, puestos en papeles distintos, y la representación como la vida humana misma. En el fondo, es un gran teatro del mundo.

En seguida agrega: “Así es la verdad...; porque no fuera acertado que los atavíos de la comedia fueran finos, sino fingidos y aparentes, como lo es la misma comedia, con la cual quiero, Sancho, que estés bien, teniéndola en tu gracia, y por el mismo consiguiente a los que las representan y a los que las componen, porque todos son instrumentos de hacer un gran bien a la república, poniéndonos un espejo a cada paso delante, donde se veen al vivo las acciones de la vida humana, y ninguna comparación hay que más al vivo nos represente lo que somos y lo que habemos de ser como la comedia y los comediantes. Si no, dime: ¿no has visto tú representar alguna comedia adonde se introducen reyes, emperadores y pontífices, caballeros, damas y otros diversos personajes? Uno hace el rufián, otro el embustero, éste el mercader, aquél el soldado, otro el simple discreto, otro el

enamorado simple; y acabada la comedia y desnudándose de los vestidos della, quedan todos los recitantes iguales”.

Al convenir Sancho en ello, da ocasión a Don Quijote para explicar la noción del *Ubi sunt?*, dejando en claro aquello que resulta visible en la poesía de fines de la Edad Media, en las “Danzas de la Muerte”, en la pintura y en los grabados de Holbein y Dürer. La idea de la igualdad ante la muerte, de la vida perecedera y el “¿qué fueron, sino verdura de las eras?”, de Jorge Manrique, nutrido en aquello de “allegados son iguales/ los que viven por sus manos/ y los ricos”. Don Quijote dice que lo mismo “acontece en la comedia de este mundo, donde unos hacen los emperadores, otros los pontífices y, finalmente, todas cuantas figuras se pueden introducir en una comedia; pero en llegando al fin, que es cuando se acaba la vida, a todos les quita la muerte las ropas que los diferenciaban, y quedan iguales en la sepultura”.

NOTA: Repasar el tema en el libro de Pedro Salinas, “Originalidad y tradición en la poesía de Jorge Manrique”; ver la edición de las “Coplas...”, de Manrique, que preparó Mauricio Amster para la Editorial Universitaria, y revisar el índice de materias en el libro de Gilbert Highet, “La tradición clásica”, y en libro de E.R. Curtius, “Literatura europea y Edad Media latina”.

Santiago, 26/7/1992

Música. El bellissimo “Concierto para órgano, cuerdas, dos cornos y bajo continuo en mi bemol mayor, Wq. 35”, de Karl Philipp Emmanuel Bach. Lectura: “Cristianismo y cultura clásica”, por Charles Norris Cochrane. El punto de partida es el imperio de Augusto, “con su reivindicación de ‘eternidad’ y el hallazgo de la expresión definitiva y final del orden clásico”. Intenta el historiador dar “un paso gradual desde el mundo de Augusto y de Virgilio hacia el tiempo de Teodosio y Agustín”.

Ayer, pavor diurno. El hormigueo, el rayo en el estómago, la desazón. Sensación de fin de las ilusiones, de desamparo. Ausencia del carácter dinámico del vivir, que es mi impulso constante. Intimidado por la reducción de intereses en el vivir, ayer, hoy. A veces, la respuesta en ciertos fragmentos de “El rey Lear”. Por ejemplo, *I will forget my nature*, “quiero olvidar mi naturaleza”. O lo que dice el bufón: “No deberías haber llegado a viejo antes de llegar a ser sabio”. ¿Lo más patético? Lo que dice Gloster: “¡Oh, tú, destrozada obra maestra de la creación!/ Así se desgasta alguna vez el gran universo/ hacia la nada”. En el fondo, hoy sólo me resulta posible verlo todo como *The tempest in my mind...*

Santiago, 27/7/1992

Número especial de la revista francesa *Connaissance des Arts* dedicado a los jardines y casa de Claude Monet en Giverny. *El Mercurio* reprodujo ayer un texto de Michel

Hoog, conservador del Museo Orangerie de París. En 1927, Paul Claudel escribió que, gracias al agua, Monet se convirtió en "pintor indirecto de lo que no se ve". El agua viene a ser, a la vez, "transparencia, irisación y espejo".

Santiago, 28/7/1992

Por largo tiempo, ignorando la existencia real del castillo kaskiano, situado enfrente de una de las casas en donde vivió el escritor, en Praga, me limité a exponer en clases una idea de la novela como función de la extensa mitología religiosa y laica del "castillo interior", lo cual no me impedía ofrecer, además, la función gótica del castillo como asiento del horror, siguiendo el libro de Walpole. Sin embargo, al leer el texto de Maurice Blanchot ("De Kafka a Kafka", 1981) me reprocho los vacíos. En la urgencia de los trabajos, no completé referencias ni vi más allá de mis narices. El impulso germinal de las ideas propias me resultaban un aliciente excesivo. Blanchot recuerda en una nota algo que lleva a nuevas cuestiones relativas al análisis de "El Castillo". Se trata del guiño que hizo al escritor un libro que le encantó en su juventud. Y es provocado por la novela "La abuela", de la escritora checa Bozena Nemcova. En ella se narran las dificultades que existen entre el Castillo y la aldea que depende de él. Cito a Blanchot: "En la aldea se habla checo; en el Castillo, se habla alemán, primer rasgo de distanciamiento. El Castillo está gobernado por una Princesa, que es una persona muy amable, pero inaccesible; entre ella y los campesinos se interpone una oscura horda de criados mentirosos, de oficiales obtusos, de burócratas hipócritas. Y he aquí el sorprendente episodio: un joven cortesano italiano persigue con sus asiduidades a Christel, la hermosa hija del posadero, y le hace proposiciones indecentes. Christel se siente perdida; su padre es un buen hombre, pero tímido, ¿qué podría hacer contra la gente del Castillo? La Princesa es justa, pero no se puede llegar a ella ni informarle; por lo demás, la mayoría de las veces se halla ausente, nunca se sabe dónde reside; de suerte que la muchacha acaba por sentirse culpable, afectada ya por esa culpa que la busca y la codicia. La única esperanza reside en los demás funcionarios, a condición de que se logre interesarlos". Esa es —dice Christel— "nuestra única esperanza". Ya que la han interrogado, tal vez los ayuden; "pero con frecuencia ocurre que un asunto se examina sin que en realidad se acuda a ayudar. Simple y sencillamente se comprueba que no es posible y jamás se recibe satisfacción".

No vemos sino con un gran asombro lo que puede llamarse correspondencia entre los textos. Ahora bien, se dice Blanchot, ¿cómo se llama en la novela de Nemcova aquel cortesano inmoral? Esa es la sorpresa: su nombre es Sortini. Por lo tanto es evidente que ahí tenemos, al mismo tiempo, los primeros elementos de "El Castillo" y el primer esbozo del extraño episodio de Amalia; evidente también que Kafka, conservando el apellido Sortini, ha querido aludir al modelo. "Como es natural, entre las dos obras la diferencia es enorme. El relato checo es una historia idílica; la abuela, personaje central del libro, rompe el encanto, triunfa

contra los obstáculos y llega ante la princesa, de la que obtiene justicia y reparación para los perseguidos. En suma, triunfa allí donde K. fracasa, desempeñando así (como observa Max Brod, de quien tenemos estos datos) el papel de desfacedor de entuertos que K. repudia, siendo, por lo demás, incapaz de asumirlo. La comparación de las dos obras ayuda... a comprender lo siguiente: en la obra de Kafka la invención decisiva, y la más enigmática, no trata del Castillo, sino de la aldea. Si K., como la abuela, perteneciera a la aldea, su papel sería claro, su personaje transparente, fuera rebelde, decidido a poner fin a las injusticias de la clase alta, fuera hombre de salvación, destinado a poner simbólicamente a prueba la distancia infinita entre la tierra y el cielo. Pero K. proviene de un tercer mundo. Es duplicación y triplicación extraña, extraño a la extrañeza del Castillo, extraño a la de la aldea y extraño a sí mismo, puesto que, de una manera incomprensible, decide romper con su propia familiaridad, como atraído hacia aquellos parajes, sin embargo carente de atractivos, por una exigencia que no puede explicar. Desde esta perspectiva, estaríamos tentados a decir que todo el sentido del libro es transmitido ya por el primer párrafo, transmitido por el *punto de madera* que conduce del camino principal a la aldea y sobre el cual "K. permaneció largo rato, con la mirada levantada hacia la apariencia vacía".

Quizás si en decenas de ocasiones experimenté la tentación de buscar en el viaje misterioso de K. —con la posibilidad de arribo al Castillo— el sentido de la ascensión mística, incluyendo en dicha acción las jornadas en que sólo cabe esperar que el sentido deje de ser difuso; los pasos cuidadosos, de grada en grada, estando listo, en cualquier momento, para evitar ser destruido o puesto en el engranaje. La visión de los lazos entre Trascendencia e Inmanencia parecieran un modo posible de admitir el fondo teleológico del libro, pero hay que precaverse de no ver todo en un plano puramente simbólico. Por ejemplo, la situación del poder mitológico de la burocracia permite una toma de posición en que, aparentemente sin relieve, el hombre entiende su contingencia. No en vano Kafka escribió a Oscar Baum, en junio de 1922: "De juzgar por mí mismo, la burocracia está más próxima a la naturaleza humana original que ninguna otra institución social".

Lo único que ofrece a K. una posibilidad de arraigo, llevándole a pensar en su probable acceso al Castillo, es la espera. La organización no comete deslices, es perfecta —expone el narrador— "sobre todo allí donde al parecer no existía". Además, es preciso tener en cuenta lo que se dice al comienzo del capítulo v: "El trato directo con las autoridades no era por cierto excesivamente difícil, pues las autoridades, por buenas que fuesen sus organizaciones, no tenían que defender nunca sino causas invisibles y remotas en el nombre de señores invisibles y remotos, mientras que K. bregaba por algo vivísimamente cercano: por sí mismo...". La vida extraoficial del Castillo es "turbia y extraña". El favor "aparente" que le otorgan, el de aguardar, lleva a K., de cavilación en cavilación, a aventurar una hipótesis. Quizás pudiera ser derrotado por descuidar la vida restante, lo que

se halla fuera de las normas. La autoridad, entonces, con delicadeza y amabilidad, podría intervenir con el fin de "eliminarlo".

Santiago, 29/7/1992

Después de muchos años me encuentro con *Monsieur Teste*. El Yo como "respuesta espontánea" a cada incoherencia parcial. Valéry no pasa por alto nada y, como su héroe burgués, prolijo y algo maniaco, se defiende de la estupidez, que no es su fuerte —como lo declara expresamente. De pronto, nostalgia de las páginas más bellas de Valéry que recuerdo, las del "Eupalinos" o esas de la precisión espléndida sobre Leonardo da Vinci. Los intereses de quien toma la palabra, el diálogo que se anuncia glorificando los impulsos del yo, cuerpo en constante transformación. De pronto, un párrafo lapidario, casi elástico, pese a su solidez, sin la excusa de los poderes del mármol o de la apoteosis de la técnica: "No quiero tomar prestado del mundo (visible) más que fuerzas —no formas, sino de qué hacer formas... Nada de historia —nada de decorados— sino el sentimiento de la materia misma, roca, aire, aguas, materia vegetal —y sus virtudes elementales... Y los actos y las frases —no los individuos y su memoria".

Santiago, 30/7/1992

"¡Ah, buen *Monsieur Teste*, a quien considero el gran hombre incidental por excelencia!", así escribí en 1964. Releo sus puntualizaciones con mis ojos de hoy, menos ceremoniosos y harto más espléndidos para glorificación interior de mi Yo. Considero el circuito de sus puntos de vista. Transeúnte atraído por los efectos, abierto al hábito de moverme, entonces, entre el considerar y el afán espléndido de la desconsideración. Sin voluntad de gradación: reflexión de los extremos, en explosión como los motores antiguos. Oposición lateral (tal vez bilateral) entre el Yo de él, vuelto dádiva intelectual, y el yo de ese Uno Mismo que apenas se atenía al principio de razón. Quiero recordar que entonces, ya muerto Valéry, unos veinte años antes, su eco era aún de fe pública. No tenía ya —como Martín Cerda, como Braulio, como Pedro Lastra, como Enrique Lafourcade— el afán de ahorrarse "el asombro de envejecer". Su pensamiento abría el cerebro, y no quiero ahorrarme el lúgubre pensamiento de 1964: como el pico de la montaña en la cabeza del gran León Trotsky.

Santiago, 31/7/1992

Tomar, día a día, lo que siento ahora como disposición de vida verdadera: vivir sólo —y en— lo indispensable. Algo de la serenidad que amó San Francisco de Sales. Vigilar que el Yo no se aparte jamás del Tú. Y mirar, querida Miriam, cada una de nuestras imperfecciones como el único hecho real. Tratar, en lo posible, de sacarse como pieles de serpiente, las nociones de culpa y de expiación, venidas,

en mi caso, del Cristianismo y bebidas a grandes sorbos en la niñez. Fijarnos en el modo de dejar atrás las tentaciones idolátricas. Y al fin, el uno en el otro, con el otro y para el otro, más el primor de la *metánoia*, el arrepentimiento de no haber hecho más por los prójimos. Otro asunto: evitar ir pensando en actos que se constituyan, presumiblemente, en instrumentos de paz interior, por ejemplo, renunciaciones, renunciencias, sacrificios. Advertir la verdad—dijo Shankara— se logra por el discernimiento, y jamás, ni por asomo, debido a diez millones de actos.

Santiago, 1/8/1992

Veo en una revista un hermoso cuadro en donde el emperador Francisco José, recién casado, muestra a Sissi, la bella, un regalo: Viena. Toman romántica y alegre posición de la ciudad y de sí mismos. No hay, al parecer, en ese momento, formas inferiores de pensamiento. Son muy felices. ¡Qué idílico resulta todo! Por esos días, Freud mira a la misma Viena con ira. Ha de contarle posteriormente a Wilhelm Fliess: "He consagrado a Viena un odio personal y, al revés del gigante Anteo, tomo nuevas fuerzas a partir del momento en que pongo el pie fuera de mi ciudad natal...".

¿A qué se debe el odio que siente Freud por Viena? Marthe Robert, en *Sur le papier*, afirma que ello se debe a un hecho básico: entre 1880 y 1910, "el celo antisemita de la capital se desplegó con una violencia inusitada". Pese a todo, Francisco José sentía desagrado por esta actitud, aunque la juzgaba como "de un contenido bajamente demagógico". Quienes recuerdan los documentos ofrecidos por el cine, no olvidarán el despliegue de una multitud gozosa, durante la anexión de Austria por Hitler, que recibía al líder nazi en Viena, viendo en ello una suerte de justicia natural ante la cual se deslumbraban con el pensamiento de un pangermanismo invulnerable. Se trata de un fenómeno político vivo y residual (si no ocurriera así, cómo puede explicarse que hayan elegido como presidente a Kurt Waldheim). Hay pueblos que llevan el virus del antisemitismo en la sangre. No hay modo de lograr que se extinga.

Santiago, 2/8/1992

La constante preocupación de satisfacer a la Iglesia por parte de Constantino (hacia 325) procura a ésta, ocasión y fuerza mediante, fría oportunidad de ir ajustando cuentas con los otros cultos, sometiendo intolerantemente a todos cuantos profesasen religión diferente a crueles imposiciones, sevicias y destrucciones. "Un edicto que prohibía a los funcionarios imperiales llevar a cabo los ritos del sacrificio pagano, sirvió para llenar de cristianos, o que se llamaban tales, desde las grandes prefecturas pretorianas hasta el gobierno de la más exigua provincia. En cuanto al pretexto del interés público podía servir para la intervención; los cultos paganos eran vigorosamente suprimidos, como por ejemplo el de Esculapio en Aegae por supersticioso charlatanismo, el de Venus (Astarté) en

Heliópolis de Fenicia por la prostitución en el templo y otros vicios (lo cual fue, qué duda cabe, justo). En algunos casos, los templos del paganismo fueron nuevamente consagrados como iglesias cristianas, y nuevas cristianas fundaciones fueron erigidas, dotadas por los públicos haberes, especialmente cuando se trata de señalar el sitio en que cayeron los mártires. Al cumplirse el vigésimo aniversario de la coronación de Constantino, tuvo lugar en Jerusalén, con elaborada pompa y ceremonia, la dedicación de la magnífica iglesia del Santo Sepulcro; y, al mismo tiempo, a los judíos que intentaban reconstruir el Templo les fueron cortadas las orejas, y el verdugo los mató a azotes. Para su sustento, y para obtener fondos con destino a fines caritativos, el clero se había ocupado tradicionalmente en pequeños negocios, pero ya ahora, gracias a la expansión desmedida de sus rentas, habían evidentemente empezado a invertir caudales en considerable escala, y un canon del Concilio de Nicea (el N° 17) amenazó con retirar los hábitos a cualquier eclesiástico que resultase reo de usura. Las fiestas *Vicennalia* de Constantino, celebradas en 326, se distinguieron dondequiera por espléndidas donaciones a las iglesias. Pero la cima de sus logros fue indudablemente la creación de la Nueva Roma en un paraje desde largo tiempo destacado por la naturaleza, pero, a la sazón, por vez primera plenamente explotado el impulso imperial (dedicada en 11 de mayo de 330). La nueva capital fue adornada con venerables objetos de arte, como el trípode de Delfos, arrancado a las débiles comunidades griegas; y se la proveyó de un sistema de *annonae* parecido al que, desde los días de los Gracos, había hecho de la antigua Roma el parásito del orbe; y sólo en un respecto fue única, como destinada a capital enteramente cristiana de un príncipe consagrado a la fe...". Téngase en cuenta, eso sí, que la fe cristiana no era más que la religión personal de Constantino, como el *Labarum* "su personal estandarte". Se proclamó *Pontifex Maximus*. Era, al morir, alguien que disfrutaba de la condición de dios pagano y, al mismo tiempo, era venerado "como santo de Cristo" (Vid. Charles Norris Cochrane, "Cristianismo y cultura clásica". En particular el capítulo v. "La Nueva República; Constantino y el triunfo de la Cruz").

Santiago, 3/8/1992

¿De dónde viene el término "imbécil"? Una mirada al "Diccionario" de Corominas. Dice que viene del latín *imbecillis*, esto es, "débil en grado sumo". La primera documentación en español que él ha hallado corresponde a 1524. Un diccionario latino parece dar mayores señas. Expresa que la voz *imbecillus* equivale a "débil, flojo de cuerpo". Si se habla de *valetudine imbecillior*, se quiere decir que tiene alguien "una salud enfermiza". Más aún, el camino lleva a un uso registrado por Plinio, *imbecilla vina*—esto quiere decir "vinos flojos". En Tácito, el imbécil es un cobarde, un pusilánime, un débil de espíritu, lo cual nos conduce muy cerca de la acepción que hoy le damos. Sin embargo, en "El lenguaje y la visión del mundo", Heinz Schulte-Herrbrüggen ofrece más información complementaria, con referencias anexas: "Cuando alguien se comportaba como un loco, haciendo

despropósitos o disparates, decían de él, *delirat*, literalmente 'sale del surco' (*lira*); a la persona necia, la llaman *imbecillus*, literalmente, 'sin palo', término del horticultor, quien sabía que ciertas plantas, especialmente la vid, crecían endebles si no se les ponía un *baculum*, un palo de apoyo".

Santiago, 4/8/1992

"Así hablaba Zaratustra", de Richard Strauss sobre el texto de Nietzsche. Es una música que se aproxima al razonamiento, en los que el Yo se aísla briosamente con el fin de preservar su gran anhelo. Me conmueve recordar unas palabras del filósofo: "Ya se ha puesto el sol, pero alumbra y abrasa todavía el cielo de nuestra vida, aunque ya no lo veamos".

Santiago, 5/8/1992

Ese atroz grito, al modo del que conmueve en el cuadro de Münch. "¡Salvadnos de nosotros mismos!", en el capítulo de "El Gran Inquisidor"...

Santiago, 6/8/1992

"Malevaje". Voz de Eurídice en el otro mundo, la de Azucena Maizani. Ese "de noche angustiado me encierro a llorar" resulta la apoteosis de la desazón. ¡Qué de máscaras sobre máscaras, mi vida! Recuerdo esas máscaras de mosaico de pequeñas turquesas que dio Moctezuma a Cortés, en México, pensando que volvía Quetzalcóatl y se cumplía el vaticinio.

Santiago, 7/8/1992

La perfecta afinidad entre San Sebastián y el carácter de su sacrificio. Busca las flechas, las recibe como si se tratara de morir cuidadosamente, dejando la vida sin desgano. Kafka se veía a sí mismo como un San Sebastián, y Guido Reni, con su pintura del santo, sirvió para que Mishima, sin abandonar el curso del pensamiento sobre la gracia del Imperio y la nulidad de la democracia, se retratara —siendo en el fondo nada más que un samurai—, anticipando un ritual de su propia muerte.

Santiago, 8/8/1992

No quiero ser mordido por mis propios pensamientos, esos perros furiosos de que habló Shelley, a quien lo acosaban a menudo.

Santiago, 9/8/1992

Sueños. Alguien me dice que debo ocuparme de las mitocondrias. Es voz que no había vuelto a oír desde el colegio. El asunto es complejo. Tiene que ver con algo

relativo a las enzimas. Se acumula el hierro, no se elimina. Anemias, problemas hepáticos, cirrosis, impotencia. Si se mete uno en ese terreno, conviene, al parecer, irse a la iglesia y ponerse a rezar. Un tráfago y otro sueño: Algo —o alguien— me obliga a buscar el castillo (o palacio) de Stinefelt. No sé cómo llegar. De pronto, estoy en camino. Tengo tres referencias: una música wagneriana, muy fuerte; la naturaleza no existe. Ni árboles, ni ríos, ni flores. Debo remontar una ladera, pero para ello se necesita una energía de Hércules. Llego por fin. Veo una gran tumba y en letras capitulares se lee: Peter Stinefelt. Y atrás, en un nivel más alto, se halla el palacio. La música se eleva más y más, el castillo parece gesticular (es una construcción del siglo XVIII). Ante mis ojos, una vez que he leído la inscripción, el sitio comienza a deshacerse lentamente, sonando, crepitando, astillándose, burbujeando hasta parecer un ejercicio de autodestrucción. Le cuento el sueño a Miriam y le digo que lo que más me sorprende es que en esa especie de sepulcro *no hay flores*, Miriam me dice que en las tumbas judías no hay flores. Recordé que alguna vez vi en un cementerio judío piedrecillas en vez de flores. Y salta la clave: en medio de los saltos de grafías o de una suerte de enredo: STINEFELT, STONE FIELD, “Jardín de piedra”.

Santiago, 10/8/1992

Américo Castro, en lo que toca a la comida de Don Quijote, llama la atención sobre los “duelos y quebrantos”, comida ignominiosa para el judío converso. Así, el alimento prohibido, en un momento de la historia de España, puede ser una prueba del judaísmo o un salvoconducto, si se lo come o no. Con respecto a las lentejas, que comía en viernes el hidalgo, puede tomarse como parte del ayuno, pero se sabía, por tratados médicos, que predisponían a la violencia. Rodríguez Marín dice que comerlas expone a “soñar sueños muy desvariados y espantosos”.

Santiago, 11/8/1992

Voy a releer las “Confesiones” (hacia 397) y la “Ciudad de Dios” (413-426), de San Agustín. En el primer libro impone un “modelo de autobiografía enteramente nuevo” (Charles Norris Cochrane, “Cristianismo y cultura clásica”). Se trata de una “crónica atestación sobre sí mismo”, lo cual, en más de mil años de historia literaria, no se produjo en el mundo grecorromano. En el fondo, podría pensarse que en ciertos textos de Cicerón hay atisbos de este tipo. Sin embargo, no lo piensa así Norris Cochrane, quien sólo admite que Marco Aurelio pudo ser un predecesor, quien establece, eso sí, diferencias entre las “Confesiones” de San Agustín y las “Meditaciones” del emperador. En el libro de Marco Aurelio, “la sombra del grande hombre cae sobre cada página, como sesgándola. Vástago del linaje imperial, favorecido por cada circunstancia de su herencia y medio ambiente, se propone, por constante ejercicio de la virtud estoica, alcanzar las cualidades de templanza, valor, prudencia y justicia que le habilitarán para su parte de príncipe

ciudadano; y, en esta capacidad muestra la energía hércúlea esperada en quien debe asegurar tamaño depósito, afanándose en mantener el orden prescrito por la razón clásica, a pesar de las fuerzas turbulentas del cambio”.

Se trata de un texto —el de Agustín— que corresponde a una crónica de su propia vida. Fue, al decir de William James, el “primer hombre moderno”. No es un retórico y, más bien, combate ese carácter de la enseñanza, eligiendo la curiosidad espontánea, antes que la tendencia a emplear el “tópico”. Habla en una ocasión de los “buhoneros de la enseñanza gramatical” y se lamenta de que los alumnos se vieran obligados a llorar “la muerte de Dido por amor a Eneas” (Vid. E.R. Curtius, “Literatura europea y Edad Media latina”) y las espléndidas páginas que dedica al asunto Alfonso Reyes en “La antigua retórica” y en “La crítica en la Edad Ateniense”).

Santiago, 12/8/1992

Muere quemado horriblemente el poeta Eduardo Anguita. Cayó desmayado sobre una estufa. No olvido algunas conversaciones extensas con él, que han de figurar en mis diarios de los años 1974 a 1982. Los he contado en parte en una crónica sobre Eduardo Molina Ventura, que aparece en mi libro “Memorias de memoria”. Me refirió una vez que ya descreía de las adivinas, en quienes había puesto mucha fe, puesto que las veía como miembros del gremio de Casandra, porque la más seria de todas, una verdadera sibila, le dijo una vez que “no sabía si podría verlo en consulta al día siguiente, porque no sabía si iba a ir o no a Viña”. Eduardo me dijo: “¿Crees tú que yo voy a seguir consultando a una adivina que *no sabe si irá o no a Viña*, siendo su oficio el de saber eso y mucho más? Me parece que, en su homenaje, vamos a publicar en “Mapocho” unas memorias que él dejó por allí, sin cosechar, y que tituló “Páginas de la memoria”.

Santiago, 13/8/1992

Leo que la onomatopeya inglesa para el ruido del ferrocarril en la vía es: *To Lancashire, To Lancashire, to fetch a pocket hankercher...*

Santiago, 14/8/1992

Fotografía de una muñeca romana con articulaciones móviles en el sarcófago de *Creperea Tryphelana* (siglo II antes de Cristo) en el Museo Capitolino de Roma. Se advierte cómo los movimientos articulatorios son de rara precisión. He visto, en Alemania y en Bélgica, asombrosos muñecos mecánicos del siglo XVIII, pero de la Antigüedad sólo ésta.

Santiago, 15/8/1992

Una mañana muy fría, tomada de sorpresa por la niebla. En la memoria (con ayuda de Simenon, "Maigret y el cliente del sábado", 1962) regreso a París. Bajo del metro en la place Blanche, subo lentamente por la rue Lepic y veo los postigos cerrados de las tiendas. A la altura de la rue de las Abbesses, en donde la rue Lepic hace un recodo, sigo refunfuñando por haber dejado atrás el calor del metro. Por ahí, la rue de Tholozé sube recta, aunque en pendiente, para juntarse cerca del Moulin de la Galette. Aún se ven inmuebles de cinco pisos, pero quedan, además, casas muy bajas de aquellos días en los que Montmartre apenas era otra cosa que una aldea. Maigret, en este libro, se niega a subir a la place del Tertre porque se la ha aderezado con el fin de halagar a los turistas. Antes, Maigret, al descubrirla poco después de su llegada a París, una mañana fría, aunque soleada, de primavera, se creyó transportado al interior de una tela de Utrillo.

Ayer, conversación con X.; referencias al mundo de la pasión. Él cree en las "grandes pasiones" como se creía antes en el progreso, en la paz perpetua o en la probidad moral que subyace en los usos populares y en los refranes. Hay más tema de charla: lo violento, lo sosegado, los pliegues de la vida, la erosión del cuerpo, el misterio de lo numinoso y, por cierto, la eternidad de la poesía. Recuerdos de la lectura de "El desnudo", por Kenneth Clark. En inglés, la sutileza del uso verbal: *the naked and the nude*. Belleza del cuadro de Tiziano, "Amor sagrado y amor profano". La invención, más por la anatomía que por el poder del Eros, de la "Leda" de Leonardo (copia de Cesare da Sesto). X. se acomoda y habla de la "Alegoría de la pasión", de Bronzino; la miro y recuerdo, en otro tiempo. Esa imagen que procuraba a los demás: "los rasgos del deseo satisfecho" (Blake).

Santiago, 16/8/1992

Jean Baudrillard y el principio de verlo todo en "movilidad absoluta". Para él, ver es saber, en una especie de sucesión. No siempre causa y efecto se van a aliar en procura de un resultado. El efecto-Medusa de la publicidad le parece ya parte de un ritual que, en lugar de consolidarse, se abre a las posibles metamorfosis o reencarnaciones. Ya no ve a la publicidad como "el" escenario barroco, utópico y extático de los objetos y del consumo, sino que admite un efecto, el de la "visibilidad omnipresente de las empresas, las marcas, los interlocutores sociales, las virtudes sociales de la comunicación" ("El otro por sí mismo"). Cree que la publicidad lo invade todo en la medida que desaparece el espacio público, en el cual incluye la calle, el monumento, el mercado, la escena, el lenguaje. Se instala a presidir la arquitectura y la aparición de los "superobjetos", entre los que incluye al Beaubourg, les Halles o La Villette, que "literalmente son monumentos (o antimonumentos) publicitarios, no porque se centren en el consumo, sino porque, en principio, se ofrecen como demostración de la operación de la cultura, de la operación cultural de la mercancía y la masa en movimiento". Da la

impresión —según cree Baudrillard— de que la arquitectura actual, la grande, la célebre, es el de las enormes pantallas en donde “se refractan los átomos, las partículas, las moléculas en movimiento. No una escena pública, un espacio público, sino gigantescos espacios de circulación, de ventilación, de conexión efímera”.

Santiago, 17/8/1992

Las razones de Sancho, en el proceso de desarrollo de la persona, en el “Quijote”, adquieren un carácter que evita la dispersión del yo en el apoyo del juicio. Ya no es el “prevaricador del buen lenguaje” que cree el buen héroe manchego. En las bodas de Camacho, el rico, y a propósito de los amores contrariados de Basilio y Quiteria, la hermosa, dice Sancho: “entre el sí y el no de la mujer no me atrevería yo a poner una punta de alfiler, porque no cabría”.

Santiago, 18/8/1992

Siempre, en la lectura del libro de Baudrillard (“El otro por sí mismo”), lo que él llama “desmultiplicación fractal del cuerpo” (del sexo, del objeto, del deseo). Ya no hay simulación y las máscaras son todas iguales. De cerca, todos los cuerpos y los rostros se superponen, se parecen. No se aspira a ser diferente, sino a parecerse al paradigma. De pronto, mientras pienso en un cuadro de Magritte, en donde la mujer es el sexo, hay una anulación del deseo: el pubis puede ser sólo una cabellera femenina y los pechos han de llegar a convertirse en ojos que franquean de antemano el misterio, ocultándolo a su vez en un extraño ver sin ver. Boca y vulva pudieran consolidarse en una superficie que ya es sólo geometría y no un espacio de la seducción. Baudrillard dice, en general, lo que vale para el cuadro de Magritte: “El primer plano de una cara es tan obsceno como el de un sexo. Es un sexo. Lo que adquiere valor sexual es la promiscuidad del detalle, el aumento del zoom”.

Santiago, 19/8/1992

Aún la lectura de Baudrillard que ofrece una manera de escudriñar en la escritura. La validez operacional del cuerpo acepta los descubrimientos de los signos. Ya la pasión podría desaparecer en la “peripezia cibernética del cuerpo”. Se ve el sistema general de los nuevos descubrimientos, por ejemplo, el de la “molécula de la angustia”. François Jacob, por su parte, refiere que en alguna parte del cerebro o de la médula espinal ha sido descubierto “el centro del placer”. Justamente al lado del centro del desagrado. Jacob escribe: “eso le habría gustado a Freud”.

Santiago, 20/8/1992

Mientras oía yo, ayer, los elogios sobre el esplendor del éxito de la economía, en un debate sobre el siglo xxi, y trataba de seguir el argumento del otro, hasta su remate, pensé en un verso de Ezra Pound que asoma cada cierto tiempo, desde 1964, en mi memoria infiel: "...una chillona baratija/ Durará más que nuestro tiempo". ¿Y si eso fuera, en verdad, la gracia ática de este período, el grano de sal, la carnada que nos arroja la reciente sublimidad del objeto?

Santiago, 21/8/1992

Al gran escéptico rumano E.M. Cioran le perturbó —sin envidia, más bien en la huella del ánimo compasivo— la celebridad de Jorge Luis Borges. Escribió: "La mala suerte de ser *reconocido* se abatió sobre él. Merecía algo mejor. Merecía permanecer en la sombra..."

Santiago, 22/8/1992

Ser siciliano es hallarse en el corazón mismo de toda mitología. Se trata de un mundo y un hombre que producen la impresión de haber sido un capricho de Dios, un escrito entre líneas. No me extraña leer el absurdo en una de las últimas entrevistas que dio Sciascia antes de morir, y pese a ser siciliano algo estridente. Le parece fuera de discusión el derecho de la mujer con el hombre (pese a ser un siciliano). Busca apoyo en una espléndida cita de Stendhal: "El que piensa que las mujeres no pueden hacer ciertas cosas, que sean capaces de ciertas actividades es como aquel cretino que viendo en Versalles los árboles podados todos de la misma manera, creía que en Versalles los árboles nacían así". En el fondo, y esa es la conclusión, las mujeres han sido podadas "secularmente", pero de ello "no se debe inferir el que nazcan así".

Santiago, 23/8/1992

Leo, al pasar, que los navajos tejían sus tapices permitiéndose dejar en cada uno alguna pequeña imperfección, con un solo fin: el de impedir que el alma de un tejedor quedara aprisionada en una de sus creaciones.

Las sucesivas "reparaciones" de "La Última Cena". Hubo un momento en que se decía cómo ya no había un fragmento de la pintura original. Hoy, mientras leo el segundo volumen de las memorias de Ernst Jünger ("Radiaciones 2") encuentro un párrafo curioso (p. 262, julio de 1944) sobre el resguardo de la colección de arte del señor Groult, de París: "Hemos visto un pastel de Watteau cuyo *velours* estaba estropeado y corroído por pequeñas manchas verdes, como si sobre él hubiera florecido moho. Era notable el modo como la destrucción había trabajado aquel cuadro —no de manera puramente mecánica, sino fisonómica,

tal como lo hace una enfermedad en un ser vivo. El retrato de Dorian Gray se modificó de acuerdo con leyes semejantes”.

Santiago, 24/8/1992

Reviso, una vez más, el “Kafka” de Max Brod. He leído que al padre de Kafka, Brod no le parecía respetable ni digno de aprecio. Si cabe calificación, ésta podría tomarse del *yidisch* y quedar en frase de bronce para el monumento a Brod. Era un *meschuggenen Ritoch*, vale decir, sin atenuaciones, un loco lleno de quimeras, un bueno para nada.

Santiago, 25/8/1992

Ver en Stendhal la naturaleza del sí mismo. Todo cuanto escribe es una puesta en escena de lo que él reputa por verdad en cuanto se asoma al mundo. Da la impresión de que, al abordar a alguien, en sus escritos, Stendhal es él multiplicado por los demás. Se trata de un problema de inteligibilidad de la lectura de la sociedad y de sus miembros cuando, de sopetón, él se ve metido en la situación de otro. Así, constantemente elucida el carácter del espectáculo social. Relectura del notable ensayo de Valéry sobre Stendhal y sobre “Lucien Leuwen”, y de un brillante texto de Leonardo Sciascia. Éste dice que en los escritores, por lo general, la autobiografía y los recuerdos sirven para iluminar la obra. En Stendhal, sin embargo, *son* la obra. Valéry lo ve como un “actor íntimo” que construye un escenario en su espíritu —o en su alma, o en su cerebro—, capaz de ofrecer sin tregua “el espectáculo de Sí Mismo”. Fija siempre el libreto de su vida, de su carrera, de las historias de amor (soñadas, fingidas, rehechas), de sus ambiciones, de sus desalientos, de sus inquinas, así como de las historias que oye, de los líos en que se mete, de las palabras —o gañidos— de amor que expresa, de la ópera que va a representar y hasta sus enconos y rabietas.

El texto de Valéry es asombroso por la aterradora inteligencia con que expone sus puntos de vista, instalándose sobre terreno movedizo. Si sabe que en cada persona que se confiesa hay mucho de “temperamento de comediante nato”, el desafío tiene que prevenir la doble lectura que puede hacer quien sea cogido sin prevenciones. “Nada más interesante, y acaso nada más cómico; nada más excitante, nada más ingenuo que tomar la decisión de ser *uno mismo*, o la de ser *verdadero*. Esta simple y grande decisión no es rara en literatura. Los ejemplos abundan, pues los alicientes son tentadores. Un medio rápido de ser *original* —superstición vecina—, y de serlo limitándose *a ser*; la seguridad de encontrar toda suerte de facilidades una vez realizado cierto inicial golpe de audacia; la licencia para utilizar los menores incidentes de una vida, los insignificantes detalles que dan impresión de *verdad*; la libertad de emplear el lenguaje inmediato y de crear valores con naderías que generalmente se pasan en silencio en los libros; los encantos ciertos de una iluminación de nuestras costumbres que hace resaltar

claramente lo que la sombra destruye y cubre ordinariamente, he ahí grandes ventajas", apunta Valéry. En el remate, su minuciosa autoridad escoge decir el más y el menos, al definir el —egotismo literario—, que consiste en representar "el papel de *uno mismo*, haciéndose un poco más *natural* de lo natural; un poco más uno mismo que un momento antes de ocurrírsele esta idea". El momento de la observación resulta una especie de mirada a lo absoluto de la situación, en el instante de dar "a los propios impulsos o impresiones un *satélite* consciente que, a fuerza de diferir, de esperarse a sí mismo, y sobre todo de *tomar notas*, se dibuja cada vez más, y se *perfecciona* de obra en obra *según el progreso mismo del arte del escritor*", lo cual nos permite ver cómo se reemplaza "por un personaje inventado al que insensiblemente se llega a tomar por modelo. Nunca hay que olvidar que en la observación que hacemos de nosotros mismos, entra una infinita arbitrariedad".

¿Es esa modalidad de Stendhal un modo de abordarse a sí mismo con el fin de dejar que estalle, en cada página de diario o en el capítulo de una novela, y se exprese un fragmento de ese yo que aspira a la singularidad esencial, que podría llamarse "stendhalización"? Valéry cree que la sinceridad de Stendhal es más bien una comedia de sinceridad que él representa ante sí mismo, y agrega: "Ser sincero equivale a ignorar o mantener *hors cadres* al observador, al juez de la partida. Stendhal medía así y por su corazón la simulación de los demás, y se encontraba con cierto modo infinitamente *sensibilizado* con respecto a la 'verdad' de segundo grado que puede atribuirse a toda persona; y que toda persona ofrecería a un testigo suficientemente remoto en su conciencia reflexiva". El gran descubrimiento de Valéry consiste en saber que a Stendhal, visitante de salones, asistente a la ópera, amigo del cotilleo, soldado napoleónico, tigre de la moda, feo con ganas y enamorado contumaz, "todo lo que escuchaba le sonaba a mentira en el oído". Por ello se impondrá un deber lógico, de "traducir" a la gente que conoce, visita o ama, "a libro abierto". Por tanto, volvemos a notar en Stendhal el privilegio del uso de la máscara sobre la máscara, a la cual permite moverse articuladamente en un rito social en que tiene ocasión de ser el otro, de cambiarse a sí mismo, en el momento en que hace de toda persona sólo un personaje. Tal vez *solo y nada menos* que un personaje. Ha creado un escenario y lo va poblando con la suma de las máscaras que tiene un carnaval veneciano.

Santiago, 26/8/1992

Los eternos problemas de la familia real inglesa. ¿No son acaso los de un grupo humano corriente? No eran peores los hábitos y la ética de los dioses del Olimpo. ¿Es que alguien piensa, realmente, que se hallan por encima del bien y del mal? Que ésta o aquél se den a la jarana, busque un cambio de piel, se refugie en los brazos de un amante o le ponga cuernos a otro, ¿lo va a convertir en un discípulo del diablo? Ya Shaw se ocupó muy bien de poner las cosas en su lugar. Quien, con paciencia, haya recorrido la historia de la edad victoriana, habrá podido advertir

cómo el jardín de modales estaba construido sobre una gran cloaca. Para traer a la memoria lo ocurrido en este siglo. ¿Cabe duda de que Eduardo VII, el hijo de la reina Victoria, fue algo más que un crápula? ¿Era otra cosa que un ebrio consuetudinario Eduardo VIII? Cito, sin ánimo de ahondar en el asunto, con el fin de que ni Lady Diana, ni esa triste, pobre y liviana "Fergie" sepan a qué atenerse con los esqueletos en el armario de la familia, tener en cuenta lo que escribe un buen observador —Ernst Jünger— en sus memorias (5 de diciembre de 1944): "De hecho en la persona de ese príncipe Eduardo (VII) se amontonan de una manera especial, y sin contrapartida, las materias putrefactas propias de los tiempos de seguridad. En París se conserva, en memoria suya, un aparato, una especie de silla ortopédica que había mandado construir y que le permitía practicar el coito de la manera más cómoda posible, a pesar de la enorme barriga que tenía. Se enseña ese aparato como curiosidad a los viajeros, en uno de los grandes lupanares, y Morris, que parecía tenerlo por una de las grandes maravillas del mundo moderno, insistió en que fuera a verlo. Aunque de ordinario no rehúyo las rarezas eróticas, en este caso no pude decidirme. El carácter enteramente mecánico y el confort trivial de esta ocurrencia resultan demasiado repugnantes. Máquinas como ésa podrían tener su sitio en los grandes cuadros del Bosco".

Santiago, 27/8/1992

Con los días, la persona de Eduardo Anguita se ha vuelto constante en mi memoria. Lo veo ensimismado, casi con el gesto de hostilidad de los nerviosos que hallan público a mano, en una oficina de la Editorial Universitaria, aguardando el momento de hablar por teléfono a hora convenida con alguien. Como yo había vendido mi máquina de escribir, pues me había quedado sin trabajo por acción de la dictadura, en esa sala estaba "componiendo" mi libro "1900" y tenía ocasión de oír lo que decía cuando daba en subir el tono de su monólogo. Descargaba energía allí, pedía ayuda espiritual y se refería a los altibajos de la presión, definiendo lo que era "estar sin pulso, clínicamente muerto". Se ponía fuera del juego para que, seguramente, alguien le dijera esa frase criolla espeluznante: "¡Qué te quejas! ¡Tú vas a terminar enterrándonos a todos!". Tengo presente, uno a uno, sus lamentos. En la pensión en donde "yacía", la dueña, un ogro o virago había contratado a un aseador que dejaba sonar la máquina horrible (aspiradora) a las 12 del día, cuando él estaba recién quedándose dormido. No hay cuadro de espanto superior a ese, pues tenía el carácter del círculo infernal dedicado a los lujuriosos o a los simoníacos. Vuelvo al monólogo: podía tratarse de viejos agravios que alguien le hizo por los días en que era columnista de "Estanquero" o trabajaba con Pepe Estefanía en publicidad, "estrujándose el magín para poner unas gotas de inteligencia en el sucio negocio". La principal fuente de su placer consistía en darse a sí mismo, casi bajando la voz y con movimiento de cejas, noticias sobre lo mal que estaba. Su palidez jansenista se mudaba en placer de adicto en cuanto

hablaba de sus lecturas que no cejaban jamás y eran repetidas en el cuarto del ogro, "Los hermanos Karamazov". Veía allí, en cada página, a Dios. Casi como el agricultor ve las plagas en la hoja de la col.

Anguita era una especie de subrepticio observador del Dios Vivo, al que debe haber hablado en su propio idioma, macerando las oraciones que constituíanse para él en inagotable fuente de prodigios. Solía ponerlo como garante de que le resultara imposible perder "una mano" de *baccarat* en el Casino de Viña. Lo cual no era obstáculo para que le impetrara, exigiéndole a gritos, pese a su cálida lectura del "Apocalipsis", dejar de lastrar la vida cotidiana con el cumplimiento de los gemidos, lamentos y augurios de los profetas del Antiguo Testamento, esos desollados vivos que le nutrían, dándole pie para sugerir la probable aniquilación en masa del género humano, segado con hoz movida generosamente. Sin embargo, el filón más hondo de Eduardo —en donde hallaba el oro a manos llenas— era aquel que le permitía estarse ahí, quieto, sin hacer nada (si pensar y dolerse por existir es no hacer nada). Volvía mágica la materia misma de la inacción y, con prontitud, desaconsejaba tener un trabajo por horas. Su explicación de las glorias del mundo no le iba en zaga a los reflexivos modos de mascullar de los estilistas, puestos en sus columnas cuando ya la maleza les cubría el cuerpo. Su trabajo mayor residía en tener a alguien de confianza al corriente de su desgarró existencial, de las extensas consternaciones que le tocaban como renta congrua diaria.

Solía, seis veces de diez, adquirir una furia icónica, como la del Caballero Inexistente de Ítalo Calvino, dando a sus interlocutores (que yo llamaría más bien "oyentes mudos") la idea de que podría quebrarse. En el escenario mental desfilaban pensamientos que no podrían encontrarse en otras luminarias. Su habla era un todo con el lenguaje gestual. El movimiento de los labios finos, al bajar la voz y mirar por si alguien no deseado se hallaba a punto de probable estafeta o en la faena propia de un Innominado; la ira relampagueante de los ojos; sus noticias de la ira que se anunciaba por el fin del encorvamiento del cuello, como si se tratase del movimiento de Enrique de Lagardère para poder pasar de su día de jorobado a la noche formidable de noble espadachín y héroe sin mácula. Todo ello sin dejar de mano la ocasión de definirse como un fervido iracundo. Así, sin dilación, día a día, iba fijando en edición crítica el texto principal que era Anguita, A-N-G-U-I-T-A (y no en vano dio ese nombre a un hermoso libro suyo, y hasta pensó en llamar "Anguitología" a sus poemas escogidos). Eduardo concebíase en el plan del mundo, del mismo modo que Job o el padre del hijo pródigo u Holofernes. Se atenía a su propia conclusión en todo. Siempre me pareció que Eduardo era un tigre de Blake o que formaba parte, en cuerpo y en alma, de la Unidad Superior. Se leía a sí mismo y eso era mejor que un poema de Angelus Silesius.

Le interesaba siempre partear los espíritus y meterlos en sus hormas de la pesantez y de la gracia, y en un mismo capítulo de su vida podían congregarse el doctor Roa, Mario Góngora, el insigne Rimbaud o el Gran Inquisidor y el turco

que había producido un desajuste en la banca del Casino de Viña un día en el cual tenía un plan genial para trabajar en el tapete sobre una idea de los múltiples de 7 (al meterse el turco, tirando fichas al tuntún, produjo un disturbio en la condición del universo y de la mente humana). Su imaginación podía tocar a rebato en un gran poema (como "La visita", por ejemplo) o en el artículo de periódico. Podía ser varios Anguitas: un desclavado de la Cruz, un "príncipe persa", Jeremías redivivo o el enemigo número uno de la oclocracia. Su punto de referencia era el "gran día que no tiene día siguiente" (Proust), al cual llegaba de continuo —desde el "Andante" al "Finale"— sin dejarse enfeudar por el tiempo real, hasta que se murió.

Santiago, 28/8/1992

El canibalismo debe ser desprovisto de sus connotaciones "bárbaras". Serlo, en condición de antropófago, no excluye un antiguo pasado ritual y la certeza de que ello no impide tener buenos sentimientos y hasta una cultura elevada. El reverendo Thos. Boyles Murray, *Pitcarin, The Island, The People and The Pastor* (Londres, 1860), al referirse a las islas Fidji y sus habitantes expresa: *Their horrible habit of feeding on human flesh is the more remarkable, as they excel their neighbours in talento and ingenuity*. Hallo la cita en el segundo volumen de las memorias de Ernst Jünger. En uno de sus "Ensayos", el gran Montaigne ("Los caníbales") dice: "Volviendo a mi asunto, creo que nada hay de bárbaro ni de salvaje en esas naciones, según lo que se me ha referido; lo que ocurre es que cada cual llama *barbarie* a lo que es ajeno a sus costumbres".

Santiago, 29/8/1992

Se publicaron las "Cartas a Génica Athan" (ella vivió entre 1897 y 1966), de Antonin Artaud, que corresponden al período 1922-1927. Ella fue gran intérprete, en teatro, de "Antígona", de Sófocles (en la adaptación libre de Jean Cocteau, con música de Honegger, decorados de Picasso y vestuario por Chanel, lo cual ocurrió en 1922). Y Génica fue Antígona, la representó siendo ella —o como ella, o casi ella. Artaud la amó y casi la destruyó en el período en que la locura lo fue cercando, y esta locura se hace presente en estas cartas. Al comenzar la correspondencia, Artaud percibe lúcidamente sus desarreglos emocionales, los conflictos de la mente. "Me parece —le escribe en 1922— que estoy separado de *mi propio cuerpo*". Muy poco tiempo después le explica: "La expresión sensible de mi conciencia me fue arrancada, no podía leer, ni escribir, ni pensar, no tenía pensamientos materiales, por dentro yo era más profundo, pero incapaz de expresarme, paralizado...".

Un año más tarde, la observación se convierte en un problema expuesto: "Observé —refiere a Génica— que hay una extraña relación entre mis disposi-

ciones mentales y la consistencia de mi carne. En este momento mi vida es lenta, inmóvil, el cerebro muerto, el alma que se busca, aguja enloquecida y fuera de sí misma, sin sustancia. Todo esto se traduce físicamente". Los desórdenes se reflejan en la página física: rayas, saltos, espacios en blanco, retazos agregados, escritura en diagonal, uso alterado y equívoco de las mayúsculas; signos que parecen pertenecer a una escritura críptica; no se está seguro si todo ello es la locura o el uso de opio. Allí están, eso sí, concretos, el miedo o el pavor, más bien, la alucinación, la amenaza, el agravio, los celos, la confusa pasión y el amor loco.

De pronto se concede el derecho al autoanálisis: "Mi alma está comida, partida: he adelgazado horriblemente en tres días. El mal me vacía el cuerpo y el espíritu, me roba la noción de mí, del ser, de la vida". Nos lo dice en 1923, cuando ya se atreve a describir en detalle el fenómeno de destrucción: "Como si mis piernas estuvieran adormecidas, tengo la sensación de mover un par de zancos, pesados y que pesasen, como si la misma sensación de embotamiento existiera en el pecho, en la cabeza, sobre mi cara —la misma sensación de embotamiento—, de *separación* de cada uno de mis miembros de mí mismo, de mis órganos; como si mi mandíbula colgara como una mandíbula atada, y como si al tocarme no tuviera el sentimiento de tocarme a mí mismo, sino de encontrar un obstáculo consciente, como si tuviera la sensación de ser un esqueleto sin piel ni carne, o más bien, un vacío viviente...". En 1926, al ir terminando la relación con Génica, advierte dramáticamente que el mundo "no tiene más comunicación". Se mete adentro de sí mismo y siente que su alma es "una materia solidificada", y de pronto da la clave: "Yo no era más que mi cuerpo. Sentía que el mundo había detenido sus imágenes. Todo eso sin metafísica...".

Santiago, 30/8/1992

Las formas indirectas de la injuria. Un maestro, Borges. Dispara a veces sobre sí mismo con el fin de tener un blanco confiable. Por ejemplo, conversaron alguna vez él y Ortega y Gasset. ¿Qué resultó? Se aburrieron mutuamente. O lo que Voltaire dijo de Marivaux: *C'est un homme qui passe sa vie à peser des oeufs de mouche dans les balances detoiles d'araignée*.

El pavor en la prensa. Israel anuncia a Hussein que si lanza un misil sobre Tel Aviv se le responderá en un sitio concreto de Irak con la bomba de neutrones. En la ex URSS un hombre de 80 años come palomas que caza a diario —para él— su gato.

Última injuria. Sábado ("América Latina: un 'retraso' saludable". En "El Correo de la Unesco", julio-agosto de 1992) dice: "Un gran intelectual argentino del siglo pasado descubrió la belleza de un árbol de nuestras tierras leyendo a un romántico europeo".

Santiago, 31/8/1992

El Doble o Lo Doble. El retrato como *remake*, en procura de la recomposición del yo, a salvo de la vejez, de la enfermedad, de la nada (Rembrandt y Van Gogh, en sus "Autorretratos", Goya descabalandando a los demás, viejo por viejo, vieja por vieja, en la alegoría del horror concreto). Verificar el doble de uno, operación constante, un acto de desterritorialización. Que puede llevar a la locura (Hölderlin, Artaud). El Gran Canal de la Mente busca su Venecia interior.

La idea de los viajes es lo que mueve a Jean Baudrillard ("La transparencia del mal", 1990) a reflexionar sobre "el exotismo radical". El asunto de la satelización del hombre en todo periplo. Ahí, instalado en tierra extraña, incurre en los actos de Otro Sí Mismo. Se atomiza al mudar de lengua. De "extraño" a "extranjero" hay un paso. "Lo que buscamos en el viaje —dice Baudrillard— no es el descubrimiento ni el intercambio, sino una *desterritorialización blanda*, una posesión por el mismo viaje y, por tanto, la ausencia. En los vectores metálicos que trascienden los meridianos, los océanos, los polos, la ausencia adopta una cualidad carnal. Al secreto del enterramiento de la vida privada sucede el aniquilamiento por la longitud y la latitud. Pero al final el cuerpo está fatigado de no saber dónde está, en tanto que el espíritu se exalta con esta ausencia como una cualidad que le es propia".

Breve pausa para sumergirme por tres horas en un hermoso libro de Margaret Wade Labarge, "Viajeros medievales. Los ricos y los insatisfechos". Regreso, además, al texto de Baudrillard, quien concibe el viajar como "una manera de estar afuera", o si cabe, de "no estar en ninguna parte". Estar y no estar allá o acá, en tanto se vive inmerso en la "trivialidad universal", la misma en todos los sitios. El escritor francés resume las posibilidades: "aterrizar en una ciudad nueva, en una lengua extranjera, es reencontrarme de repente aquí y en ninguna parte. El cuerpo recupera su mirada. Liberado de las imágenes, recupera la imaginación".

Santiago, 1/9/1992

Ver hoy en las noticias lo que dice el cable de France Press sobre gastos militares en Chile es bochornoso e intolerable. Dostoiewski se ha referido a la arraigada estupidez de la humanidad. En nuestro país, las Fuerzas Armadas consumen recursos que, puestos en manos de un régimen sin ejército servirían para resolver los problemas mayores de cinco millones de pobres. El gobierno gastará este año, 2,8 millones de dólares *diarios*, y los militares lo definen como "el mínimo aceptable para mantener un poder militar disuasivo". Los datos siguen y permiten unir la perplejidad con el dolor por el derroche. Del total de los 1.010 millones de dólares dispuestos para defensa (el 3,2% del producto geográfico del país), 400 millones financian los sueldos; 260 millones de dólares corresponden "a gastos de operación" y 350 millones (autoasignados por la dictadura de la tasa por ventas del cobre) a compras de armas, que terminarán de pagarse en el año 2005. Los

salarios del personal jubilado de las Fuerzas Armadas, que no están incluidos en las cifras anteriores, es de 300 millones de dólares. ¿Hasta cuándo? El tétrico ejercicio de una inútil paz armada y “disuasoria” nos empobrece como seres humanos y nos denigra con una enorme piedra en el zapato, la inversión en gastos militares. Los heraldos de la muerte y los nacionalismos estentóreos nos obligan a impetrar firmemente con el gran grito karamazoviano: “¡Salvadnos de nosotros mismos!”.

Santiago, 2/9/1992

En sus memorias, Ernst Jünger insiste en concebir que escribir un diario personal es un placer antes que una incómoda obligación. Su Santo Graal es la página perfecta. Y la busca, hallándola, a menudo.

Santiago, 3/9/1992

Empleo muchas horas en la preparación de una clase sobre Marcel Proust. Reflexión, placer, tristeza al referirme a las cincuenta últimas páginas de “Por el camino de Swann”. La pasión, la patología de los celos; los engaños y el horror de sentir, a cada paso, el peso del amor que ahoga y ofusca. El apogeo del dolor absoluto. En la clase, Viviana lee algo sobre Proust, tomado del “Diario III” (1941), de Anais Nin: “No hay mejor libro para leer a orillas del mar que el de Proust. El ritmo ondulante de sus frases es como el de las olas del mar. Podía seguir las frases que se abren y se cierran, del mismo modo que una ola se levanta, avanza, se curva y cae para renovar su aliento, hincharse y avanzar y volver a caer. El ruido de resaca de las frases de Proust que avanzan y refluyen continuamente. Proust fue el único que supo que el amor podía ser una enfermedad, que podía ser obsesivo, devorador, destructor”.

Santiago, 4/9/1992

Depresión. Lectura de “Historia de la vejez. De la Antigüedad al Renacimiento”, por George Minois. Logra ayudarme a entender —de modo global— que sólo en alguna gerontocracia el anciano tiene cabida y aceptación (sé de investigaciones actuales en las que se ha comprobado que la violencia ejercida sobre ancianos es casi tan grande como las que sufren las mujeres y los niños). Hay culturas remotas en que los devoran, de acuerdo con rituales, o los abandonan en una barca en el mar, o los encaminan en los hielos o en la montaña. Es otro modo de verlos como “seres queridos”. Me impresiona que, entre los ashanti, el viejo sea el que transmite el saber y eduque a los niños con sus relatos, mientras “sirve de juguete viviente al que se le arranca barba y cabellos”. En la Alta Edad Media, el anglosajón Nennius, en su “Crónica de Kent”, atribuye ochenta y cinco años de apostolado entre los irlandeses a San Patricio, y lo hace morir, *in good old age*, a los ciento

veinte. Sin atenerse a minucias, un cronista del diario en el que escribo ("La Nación") relata algo acerca de "un anciano de sesenta y dos años", edad que cumpliré en dos meses más. ¡Paciencia y barajar!

Sigo con Minois y leo, en un párrafo sobre la vejez en los siglos XI al XIII: "En el Rosellón, la Cuaresma, período de penitencia, está simbolizado por una vieja, la *patorra*, a la que se quema el día de Pascua. En Italia y en España, el rito de expulsión de la muerte se caracteriza por la costumbre de 'serrar a la vieja': se sierra en dos un maniquí muy feo, que representa a la más vieja del pueblo; en Palermo hacen como si serraran a la vieja de verdad; en Florencia, el maniquí de la vieja está relleno de nueces y de higos secos que la muchedumbre recoge después del cercenamiento. En Europa Central, el último haz de la cosecha se denomina 'la vieja', 'el viejo' o 'la abuela'. Y se burlan del que lo recoge" (J.G. Frazer, *The Golden Bough*).

En cuanto a unir la idea de sabiduría con la de vejez, hay desde la exposición irónica hasta al tono elegíaco, y no asombra leer en el "Elogio de la locura", de Erasmo, que éste, a los cuarenta y cinco años, discurre de modo diferente: "...un modelo de sabiduría, un hombre que ha malgastado su infancia y su juventud estudiando, que ha perdido la parte más dichosa de su vida en largas noches de vigilia, de trabajo y preocupación, y que no disfruta nunca del más mínimo placer en el tiempo que le queda. Es siempre ahorrador, pobre, miserable e irritable, duro e injusto consigo mismo, desagradable e impopular con los demás, pálido y delgado, enfermizo y con la vista cansada, prematuramente canoso y senil, agotado y acreedor a una muerte prematura. ¿Qué diferencia encontramos cuando muere un hombre así? Él no ha vivido nunca. He aquí una excelente imagen de un sabio".

A los cincuenta y tres, el gran Montaigne predica acerca de su estado de vejez, sin intentar una defensa de su edad, sino que más bien pretende ocuparse de reflexionar sobre su caso: "Me encuentro ahora en un estado nuevo; la naturaleza de la vejez no cesa de aconsejarme, de hacerme sentar la cabeza, de sermonearme. He pasado del colmo de la alegría al de la severidad, más fastidioso. Los años me van enseñando, día a día, frialdad y templanza. Mi cuerpo evita y teme cualquier alteración: le toca a él ahora guiar el espíritu por el camino de la perfección; y gobierna a su vez con más rudeza y despotismo; no me deja ni un momento, esté dormido o despierto, librarme de sus advertencias de muerte, de paciencia y de penitencia".

Santiago, 5/9/1992

Comienzo a leer el "Diario" (1921-1953), de Papini. Es más una colección de notas que un libro de verdad. No suele emplearse muy a fondo en el mirarse a sí mismo (si se tiene en cuenta cómo lo hizo, con ferocidad, en *Uomo finito*). Los primeros apuntes son flojísimos y laxos. Confiesa que ha advertido algo muy visible: no es un Amiel. En 1925 hay una entrada en la que comenta: "Cinco o seis veces he

empezado el 'Diario', y siempre, antes o después, lo **he dejado**. El que tiene la enfermedad del *ego* raramente se confiesa a sí mismo". Al cine, la última película de Kurosawa: "Rapsodia en agosto". Bella historia de los recuerdos del día de la bomba, en Nagasaki (agosto de 1945). La escena en que los niños han quedado a cargo de la abuela, en tanto los hijos de ésta van a Hawai para ver a los migrantes japoneses que se han **hecho** ricos y han formado familia **norteamericana**, es perfecta. Los chicos recorren Nagasaki siguiendo el mapa mental de la abuela y los relatos de ésta acerca **del** ojo como cien soles de la bomba. Y **quieren** verlo, sentirlo, todo; y llorar por los muertos, mirando los símbolos. ¡Es una expresión dramática del *pathos* del **vencido** y de la muerte de los inocentes!

Santiago, 6/9/1992

Miriam viaja a Sevilla y a Lisboa. En el fondo del cuadro, mi tentativa **enfática** de lamentarme porque se marcha. Así parezco modular mi soledad **esquiliana**. Sigo con el "Diario" de Papini. **Prolijo y tenaz en el tedio**. Minucioso en lo que hay entre las líneas, de escasa profundidad. Una nota sobre Croce (27 de mayo de 1945): "Benedetto Croce está en Florencia. Este viejo polígrafo que ha preparado, por su cuenta y riesgo, el fascismo, y que luego ha deseado la derrota de su país (como públicamente ha confesado) es acogido y escuchado como un oráculo por la mesocracia de los intelectuales".

Santiago, 7/9/1992

Anota Papini en su "Diario" (8 de febrero de 1948) algo muy curioso acerca de Stendhal: "Releyendo *Rome, Naples, Florence*, de Stendhal, he encontrado a un conde Neri que parece que ha escrito pensamientos **bastante** originales sobre Alfieri. Me encuentro por la calle con Luis Foscolo Benedetto —el gran beylista—, que me dice que el conde Neri es una invención de Stendhal y que los juicios sobre Alfieri son un plagio de la *Edimburgh Review*... Beyle —me dice Benedetto— copiaba lo más saliente que encontraba en sus lecturas; luego recurría a una especie de depósito para enriquecer sus escritos". La última página del "Diario" (10 de marzo de 1953): "He pasado largos meses de tristezas y sufrimientos. He soportado todo con la esperanza de curarme. Me han acibillado a pinchazos, me han dado masajes en los brazos y en las piernas. A pesar de todo, **no puedo** caminar sin ayuda y me cuesta trabajo sostener la pluma con la mano derecha".

Santiago, 8/9/1992

Pienso, en horas y días nefastos, que Dios pudo experimentar desazón **al ver** lo que ocurrió en los primeros tiempos. Creo que el asunto de la Creación **hizo** agua en los inicios, *ex nihilo*. Él dejó su huella en cada cosa, moldeó a su **amaño** el universo y pobló todo en la convicción de que ello no podría fracasar. Era el Único

y podía permitirse el lujo de estar seguro de cuanto iba haciendo. Los otros dioses cometieron yerros. Uno de ellos posibilitó la existencia de Prometeo, ladrón de fuego, divulgador de la inteligencia, maestro de sabiduría. El buitre le royó siempre, hasta que fue relevado de la función por Kafka, el cual, como buen grajo, lo picoteó de por vida. Kafka volvió inteligente los graznidos mientras devoraba el hígado del Infractor. Dios, la Cosa Pensante, el spinoziano que se piensa a sí mismo, no logra saber de qué se defendió, ni si el error formaba parte de Su Plan. Al expulsar al Demonio, gastó una carta impensada, la de la Belleza; en seguida, urdió el tejido de la inteligencia y la puso a prueba con dos pasmados: Adán y Eva. Volvió a fallar. El hombre que se da a la desmesura, sintiéndose Dios, antes de pensar, se hizo parte en el yerro y aprendió como un partiquino el papel que se le obligó a encarnar. Convirtió al paraíso en una isla sin Próspero. Soñó el mundo y creyó que él era un delegado con plenos poderes. El joven Nietzsche pudo escribir sobre esto y lanzó una flecha a los cielos, como los partos, al decir: "Sueño es el mundo y humo a los ojos de un eterno descontento". Ahí se tuvo la mayor claridad: no fundó Dios el mundo para perfeccionar la discusión, sino con el objetivo inherente al espectáculo, otorgarnos su herencia: el trabajo, la náusea, el hastío, la tristeza, el desamparo y la muerte.

Santiago, 9/9/1992

Panorama estadístico de los viajes (y caídas) de los aviones, según IATA (Vid., *La Tribune de l'Expansion*), entre 1969 y 1989. Las líneas aéreas más seguras son, en orden decreciente: 1) "El Al"; 2) United Airlines y SAS; 3) Continental; 4) Lufthansa; 5) Air France; 6) Delta Airlines; 7) All Nipón; 8) Eastern; 9) TWA. Las cifras —y el escalofrío— de las diez que acompañan a éstas, pero antes es bueno saber que las mencionadas anteriormente sólo tienen entre 0,05 muertos por millón ("El Al") y 0,46 por millón (TWA). ¡A temblar! De riesgo: Air India (21,48 muertos por millón); Turkish Airlines (14,48 por millón); Iran Air (8,18 por millón). Ya he de subir yo en uno de éstos. Ni por penitencia. ¡Que se vayan sin mí!

Santiago, 10/9/1992

Lo que pasa hoy en el mundo es lo mismo de siempre. Las pulsiones destructivas del hombre no cambian ni mejoran con el tiempo. Los rasgos predatorios de los primeros hombres se han metabolizado, pero surgen vivísimos en cualquier momento. A la horda, al clan o a la tribu suceden el espíritu nacionalista y el integrismo. Kant decía que con la madera torcida de la humanidad era totalmente imposible hacer nada a derecha. Véase, a modo de ilustración, lo que ocurrió ayer y lo que ha de venir de la ex URSS y de la ex Yugoslavia.

Todo se me vuelve claridad al leer una opinión de Milovan Djilas acerca de la joven Yugoslavia de los años treinta. Se estaba oprimido por una monarquía autoritaria y desgarrada por la guerra civil entre serbios, croatas, montenegrinos,

albaneses y macedonios. El fascismo era la amenaza exterior (que era muy bien vista por muchos de los del interior), adentro los *ustachis* representaban un movimiento croata reaccionario, cruel, sanguinario y soberbio. Tito logró, por más de treinta y cinco años, cerrar la puerta a piedra y lodo y unir los opuestos. Hoy, todo está en punto muerto. Vuelven las luchas entre tribus y facciones. Ninguno es menos culpable que otro. Son los padres colectivos, los *genitori* del yerro y de la expoliación.

Santiago, 11/9/1992

Oigo los cañonazos tartarinescos de Pinochet en la Escuela Militar, ese costoso juguete del país. Avivan allí el fuego del luto colectivo de 1973. Un obispo, Matte, vagamente fascista, bendice, porque en la Iglesia, desde que el mundo es mundo, ha habido los que juegan a banca y a público. Se cumple ritualmente con lo que decía con sensatez Wittgenstein acerca de descender hasta el caos primitivo para así sentirse uno en él como si se estuviera en casa...

Santiago, 12/9/1992

Sorprendente observación de Karl Popper ("Sociedad abierta, universo abierto") acerca de la mentira y el comportamiento de las abejas. No convierte a éstas, en la dirección de la fábula clásica, en "lóbregas herramientas de la moral" (Borges), sino que se ocupa de poner en claro que expresan su estado interno y, por ello, bailan. Al danzar, parecieran notificar de que pueden hallar alimento en un lugar determinado. Nos asiste la duda de si ello incluye o no la descripción. Popper supone que es necesario puntualizar si se refieren o no a la distancia en donde han de encontrar lo que buscan, lo cual es "una casi descripción" de un hecho o de una situación. Sin embargo, existe un problema con respecto a lo que entendemos como descripción auténtica. Es manifiesto —dice— que las abejas "aún no pueden mentir", y ello significa que sólo pueden realizar la mencionada danza "cuando creen realmente en su mensaje, cuando su estado interno es tal que creen que hay miel en el lugar señalado".

Santiago, 13/9/1992

Día de música. El "Concierto N° 1 para cello y orquesta en mi bemol mayor", de Boccherini; la "Suite de Pulcinella" (versión de 1949), de Igor Stravinsky, y el bellísimo *Stabat Mater* (1950), de Francis Poulenc. Con el fin de apagar el desánimo, reforzando las diferencias con la música, un puñado de novelas negras de Jim Thompson ("Ciudad violenta", "Sólo un asesinato", "Asesino burlón" y "Noche salvaje"). Me habían asegurado que era tan bueno —o mejor— que Hammett y que Chandler. ¿La verdad? Muy inferior. Y pare de contar. Más tarde, cuando llega la noche, la ausencia de Miriam pesa. En "Noche salvaje", Thompson usa un texto

de Wells a modo de epígrafe, y en él se trasluce lisonjera una parábola acerca de la esplendidez de la malignidad, que pudo haber encantado a Orson Wells: "Pero, después de todo —dijo el tiburón—, ¿por qué criticar antes de conocer? A menudo acompaña la brusquedad a un buen corazón. Ello no puede ser tan malo. El engullir te apartará de ahogarte, y el ahogarte, de engullir, y como también yo probablemente te morderé, tu atención puede quedar tan embarullada con los apuros de tanta excitación, que difícilmente tendrás un momento para darte cuenta de qué estás empezando a sufrir". La cita es de "Mr. Blettsworthy en la isla Rampole".

Santiago, 14/9/1992

Veo en el diario de hoy una fotografía de un cementerio judío que fue profanado en Lyon. Los judíos son siempre notables chivos expiatorios. En la Edad Media se les atribuía la práctica de misas negras, de muertes de niños, envenenamiento de los ríos y de las fuentes y de los pozos. Se les creía dispensadores de todas las plagas, como las que tuvo que experimentar el faraón en el Egipto de Moisés. Durante los períodos de peste negra solía verse en ellos a los portadores. En el siglo XVI se persiguió en Milán a los llamados "untadores" judíos, a quienes se les halló culpables de "untar" los muros y las puertas milanesas con ungüentos o compuestos infectos y venenosos. Sobre ello, Alessandro Manzoni escribió su famosa obra "Historia de la columna infame" (1842). Acerca de la culpabilidad y de sus mitologías, Pierre Girard ha escrito, "El chivo expiatorio" (1982). En el primer capítulo se refiere al episodio de Guillermo de Machaut y los judíos. El poema se atiene al estilo cortés medieval y refiere cómo el cielo se puebla de signos. Las piedras golpean a las personas; el rayo destruye las ciudades, y los judíos, qué duda, se dedican a envenenar ríos y fuentes. La población, convenientemente azuzada, se libra de los asesinos de Cristo, dándoles muerte. A todos. Sin embargo, los cristianos siguen muriendo.

Al enmarcar en el postulado la idea de marginalidad de los diferentes, se procede a impetrar su destrucción, creyendo liquidar con ellos, en bloque, el patrimonio universal del maleficio y del demonismo. Como dice Girard, "las minorías étnicas y religiosas tienden a polarizar en su contra a las mayorías". El estereotipo de la malignidad se convierte en un fetiche y hay que articular el exterminio de quienes encarnan la anomalía o la anormalidad. Con los cambios en la historia, se dan los rasgos "transformacionales" del mito, pero permanece intocado el principio reactivo, al cual se acude en cuanto los conflictos internos de un país o grupo social no son resueltos. Se busca la solución en la excusa. Se apela entonces al Otro, al Padre del Caos, al Demonio. Y el chivo expiatorio es sacrificado.

Voy a una conferencia en la Universidad de Chile. V., a pleno pulmón, dice cosas que parecen extraídas del "Diccionario de Ideas Recibidas", de Flaubert. Nada sobre nada, y le prestan atención. Jünger estuvo en lo cierto cuando dijo que

existen cabezas que son como sirvientes a los que no se puede confiar la vajilla fina. Este es el caso. Los sofismas más deleznable. Para llenar un cubo de basura. Más tarde, a la 1 de la mañana, un sueño. Me veo, en él, muy despierto. Por momentos doy en pensar que soy otro, alguien que trata de hallar el lugar que le corresponde en una casa solitaria, *oscurecida por la luz*. La frase me la digo en sueños. Por un instante veo desde fuera, como si yo fuera otro. Tengo un extraño modo de andar y ello lo atribuyo a unos zapatos que no tengo puestos, pero que me describe un narrador distante (tienen abarcas y sé que son holandeses, aunque no me explico por qué). Despierto con dificultad, pero sin angustia, diciéndome que todo ha sido un despropósito. Me levanto, voy a los libros y tomo uno de René Char. Lo abro al azar y hallo ahí un verso que es, sin demora, una mitología de la unidad del tiempo del Yo: "Imaginación, mi niño".

Santiago, 15/9/1992

No me es posible encontrar la edición completa del "Diario" de los Goncourt. Sé que no se trata de una pieza de caza mayor, pero hay en él una serie de retratos que sirven para reconstruir un período de la historia de la Francia artística y social. A veces he hallado hermosos retratos de personajes que son juegos de máscaras, alusiones veladas que permiten inferir algo sobre máscaras que se han convertido en el rostro, como ocurre en un viejo apólogo de Wilde. A modo de ejemplo, del "Diario" de los Goncourt extraigo este retrato de Taine (1 de marzo de 1863): "Llega un señor delgado, un poco tieso, flaco, con un poco de barba; ni pequeño ni grande, un redicho; el ojo azulenco bajo sus gafas; un rostro descarnado, un poco borroso, que se anima al hablar; una mirada que adquiere donaire al escucharlo uno, una voz suave, fluida, un poco caída de la boca, que muestra los dientes: es Taine. Como conversador es una especie de linda pequeña encarnación de la crítica moderna, muy erudita, amable y un poco pedante. Un fondo de profesor —no cuelga uno los hábitos de eso—; pero salvado por una gran sencillez, el adorno de la mundanidad, una atención muy bien educada y que se da lindamente a los demás". No hay mala fe, el retrato no carga las tintas en la pedantería de los maestros ni deja saber que logra meter baza en todo, instalando cátedra en el salón o haciendo de todo sitio un ágora. Me interesa mucho porque yo he escrito algunos textos sobre personajes de la literatura de los años cincuenta. Sobrevivientes, mayores, imponentes, famosos, y creo que los Goncourt podrían "prestarme el tono" adecuado para el relato.

Santiago, 16/9/1992

Le encantó siempre a Ezra Pound ajustar las cuentas con el mundo, sin traer una proposición para mejorar su condición. Porque eso no estaba en sus planes, porque no se lo proponía y, finalmente, porque el poder, el dinero, la multitud o los príncipes no lo tocaban. Me sorprendió leer en una oportunidad un ensayo

suyo acerca del Renacimiento, en donde menciona la vacuidad verbal de Virgilio, y, para no cavar en tierra de nadie, descarta "La Eneida", porque no existe una historia que valga la pena relatar, porque no muestra rasgos de calidad alguna. Del héroe se encarga de una plumada, que hoy hallaría eco si se diera a la calificación de Paul Johnson: "No es más que un badulaque que podría haber sido colaborador de *The New Statesman*".

Santiago, 17/9/1992

Había puesto en la berlina a Kafka, sin razón aparente. Ya instalado al aire libre, abajo, fuera de los muros del Castillo, en algún palacio que no se libra de tener algunas puertas por las que podría entrar el Mesías sin que lo percibamos, encuentro una explicación muy feliz de Willy Haas, referida por Walter Benjamín, y que yo había olvidado, tal vez mientras invocaba con obstinación la posibilidad de ignorar los procedimientos tenaces de análisis o de exégesis que disminuyan el placer del texto mismo. Pensaba yo, inocentemente, que las páginas que dediqué en este "Diario", hace un tiempo, a Kafka, me ponían a cubierto de las innobles acechanzas de repensar las convergencias y las teologías del escritor, sin excluir ciertas notas jasídicas en el uso de los símbolos.

Vamos al texto de Haas: "El poder superior, el reino de la gracia —dice—, ha sido representado por él en su gran novela 'El Castillo'; el poder inferior, el reino del juicio y de la condenación, en la igualmente grande novela, 'El Proceso'. El territorio entre ambos, el destino terrenal y sus difíciles exigencias, procuró pintarlo, mediante una severa estilización, en su tercera novela, 'América'...". Si volvemos a repasar las páginas de "El Castillo", hemos de dar con un párrafo en el cual Kafka ha dejado pendiente el asunto del perdón, como se dice, de un hilo, el muy embrollado de una telaraña. Al instalarse con vigor en el campo de la ley humana ("El Proceso") y en la ley divina ("El Castillo"), K., J. K., o quien sea, no logra invalidar una explicación teleológica. "¿Tiene acaso un funcionario aislado derecho a conceder perdón?" —se inquiere. A lo sumo, la autoridad reunida "podría tomar una decisión, pero probablemente también ella tiene el poder para condenar, pero no el de perdonar" ("El Castillo").

Santiago, 18/9/1992

En forma incidental, mientras reviso unos papeles, veo una fotografía de Oscar Wilde en traje de Salomé. Ridículo y trágico, con un aire intermedio entre la Bella Otero y un semidiós bovino. Con ello pretendía encarnarse a sí mismo como héroe de la obra teatral que había escrito. Recuerdo que se produjo una riña seria entre Richard Strauss y Romain Rolland, debido a que el músico decidió componer una obra basada en el texto de Wilde, "Salomé". Ocurrió en el verano de 1905. Rolland —según leí en una nota periodística de Alejo Carpentier— le "gritó" por carta a Strauss: "Ustedes los alemanes no entienden nada de poesía

francesa; nada. ¡Y la juzgan con un aplomo imperturbable!... ¿Qué demonio de texto es ése, de Wilde, que eligió usted? ¡Una jerigonza literaria, ajena a toda verdad! ¿Y pretende usted dar un tono realista a la declamación de una poesía de anglo-belga decadente? ¿Qué entiende usted de tragedia, con coturnos o sin ellos? ¡Lea a Nietzsche! ¡Él sí que la entendió!". Strauss pareció no inmutarse y siguió trabajando en "Salomé". Rolland le dio algunos buenos y útiles consejos acerca de la prosodia francesa, que le sirvieron bastante al músico y, muy irritado, aunque con un dejo nada amargo de admiración, le dice con entusiasmo: "Usted vale mucho más que la 'Salomé' de Wilde. ¡Deje morir lo que debe morir y sea usted viviente!".

Sigo con el tema. En la "Herodías", de Mallarmé, la muchacha ama "el horror de ser virgen". Sin embargo, al término del poema, va a acusar a sus labios de estar dispuestos a la mentira, y se remite a una infancia cargada que ya le pesa, su doncellez metafórica, moviéndose tan locamente como si le corrieran por el cuerpo unas piedras frías en medio de todas las pulsiones y fervores del crecimiento. Corresponde a aquello que dice Mallarmé: *les sanglots suprêmes et meurtris / d'une enfance sentant parmi les rêveries / se séparer enfin ses froides pierreries*. Sabemos que son piedras y además un puñado de pedrería que brilla.

En un capítulo del libro de Girard, "El chivo expiatorio", hay una referencia a la decapitación de Juan el Bautista. El análisis está tomado del relato de Marcos, y al enunciar el problema expone que Herodías se ha de sentir "negada y borrada por la palabra de Juan", y no en tanto que ser humano, sino que a modo de "baza mimética". Al sustraer al hombre de Dios a la venganza de Herodías, Herodes "se comporta de acuerdo con las leyes del deseo, confirma el anuncio profético" (Juan había dicho a Herodes que no era lícito "tener la mujer de su hermano"). Y todo se vuelve más complejo si se sabe que el hermano de Herodes no se llamaba Felipe, dicho así por yerro de Marcos, sino que su nombre era también Herodes, lo cual deslinda el convenio de hermandad, el *jumelage*. Así, insiste Girard, "al imitar el deseo de mi hermano, yo deseo lo que él desee, ambos nos impedimos mutuamente satisfacer nuestro deseo común. Cuanto más aumenta la resistencia por una y otra parte, más se refuerza el deseo, más se convierte en obstáculo el modelo, más se convierte en modelo el obstáculo, hasta el punto en que, a fin de cuentas, el deseo sólo se interesa por lo que lo obstaculiza. Sólo se prenda de los obstáculos que él mismo ha suscitado. Juan Bautista es un obstáculo inflexible, inaccesible a cualquier intento de corrupción, y eso no es lo que fascina a Herodes y aún más a Herodías. Herodías siempre es el futuro del deseo de Herodes". La bailarina innominada (a quien se ha llamado Salomé por el nombre que Flavio Josefo da a una hija de Herodes, pues ni Marcos ni Mateo le dan nombre) entra danzando —de las distintas maneras que proponen sus movimientos los pintores de la escena—, "agradando a Herodes y a los que estaban con él en la mesa". Éste le pide que le diga lo que quiere y ella, en movimiento, inquiere a fin de que su madre le diga cuál es la recompensa que ha de solicitar. La madre le responde,

con una pasión fría: "la cabeza de Juan Bautista". La pseudo-Salomé regresa al lugar del banquete, se acerca a Herodes y le responde tardíamente: "Quiero que ahora mismo me des en un plato la cabeza de Juan Bautista".

¿Acaso la muchacha toma velozmente en consideración el partido de la madre y exige la cabeza del chivo expiatorio para castigarlo por ese *jumelage* que no la afecta, y que parece proceder tan sólo del antiguo rencor de Herodías? No es Salomé una "intermediaria pasiva", sino que se instala en el centro mismo de la tormenta que es y que hace su madre. Quizás algo se haya enredado en el largo camino de la mitografía, debido a las visiones de los escritores y a los puntos de vista de los pintores. Convierten, para permitir la comprensión global de lo demoníaco que hay en el acontecimiento, a la "niñita" que es, en verdad, en una asesina interpuesta. Es una niña en una posición de sabia meretriz y no deja de serlo, pues se trata sólo de una *korasion*, una "chiquilla". El texto habla de *korasion*, no de *kore*, "muchacha", pues si lo hiciera podría entenderse la lucha entre la madre y la hija debido a la atracción que emana de Juan y la ira de ser rechazadas. Convierte —como expresa Girard— el deseo de su madre en el suyo. Salomé no es la cortesana activísima del texto de Flaubert, ni la hermosa seductora trágica del libro de Wilde, sino que —como niña— se incorpora a la idea de una representación, de un juego dramático, y no en situación de "Lolita" *avant la lettre*. Pasará de la inocencia "al paroxismo de la violencia mimética". Nada, en rigor, de danza de los siete velos ni de otras añagazas.

La conclusión de Girard es extremadamente sagaz y parece cerrar el texto al advertir la verdadera interpretación de él, si cabe lo de "verdadera" y no se entiende como "única", al cubrir los vacíos que dejan los evangelistas al referir la historia. "Juan Bautista —escribe— es para Herodes un escándalo por el mero hecho de que dice la verdad y el deseo no tiene peor enemigo que su verdad. Esa es la razón de que se pueda convertir tal verdad en un escándalo; la misma verdad se hace escandalosa, y este es el peor de los escándalos. Herodes y Herodías consideran prisionera a la verdad, la convierten en una especie de baza, la comprometen en las danzas de su deseo". Al terminar de escribir esto recuerdo la crónica que dedica Ortega y Gasset al mismo relato en "El espectador". Lo tituló "Esquema de Salomé" y, al releerlo hoy, puedo ver las fallas orteguianas en la glosa. La estima como a niña caprichosa entregada al maligno oficio de pedigüeña, que se da a una suerte de rabieta. La bailarina se convierte en una fábrica de anhelos, de imaginaciones, poblándose de fantasías. Le parece que la clave de la petición de la cabeza de Juan procede de un acostumbramiento a que todo le sea satisfecho. El problema de Ortega y Gasset, si se sigue a Girard, es que aquel se marchita durante las localizaciones del conflicto, queriendo hallar las señas que le permitan describir la topografía de la mente y del cuerpo de Salomé. Sin embargo, si sabemos que el cuerpo no es el de ella, sino un comodín orteguiano, el de la "idea" de la mujer, útil para reflexionar en y sobre él, no podemos quitar el oído, pues él la ve como una mujer "imaginativa y frígida",

capaz de elaborar un ensueño. Que Mallarmé la haya considerado (y visto) como una especie de “reptil inviolado” lleva a la estimación etnológica; debe inventariar en el todo un rostro hebreo, la cabeza yerta y los ojos vidriosos (los de Juan), luego de la faena que ha permitido llevar el trofeo en bandeja. El final de la parábola orteguiana es una representación en la cual prima el efecto.

Santiago, 19/9/1992

Releo el hermoso texto de Walter Benjamín sobre el hachís. Lo cierto es que la gran exposición sobre la droga se halla en los “Paraísos artificiales”, de Baudelaire. “Para el que ha comido hachís —dice Benjamín—, Versalles no es lo bastante grande y la eternidad no dura demasiado”. Benjamín se mete en el tema como “viajero”, cuando habla del carácter religioso de la palabra “balneario” o cómo Freud tendría paño que cortar si se hubiese ocupado de los fiordos. En una ficha sobre lo mismo, hallo una anotación de Jünger en el segundo volumen de sus memorias (1 de julio de 1945): “El auténtico riesgo consiste en que uno abandona el tiempo, el espacio y la lógica, a la manera de los demonios, y luego no vuelve a encontrar la salida, de modo que pierde siglos, como el monje de Heisterbach. Una noche de opio tiene una extensión infinita”. Cuando el que ha tomado la droga se asoma a la locura, a lo distinto, existe el riesgo de que abandone “el tren de la causalidad”, y ya no encuentre vía, ramal, enlace o correspondencia. Jünger exclama: “¡Quién sabe en qué estación perdida del Universo se ha quedado uno!”.

Santiago, 20/9/1992

J'ay mis tous mes efforts à former ma vie. Voyla mon mestier et mon ouvrage. Je suis moins faiseur de livres que de nulle autre besogne. Michel de Montaigne (1533-1592), alcalde de Burdeos, fue hombre siempre dispuesto a hablar de sí mismo, de lo que veía, de cuanto le pasaba, sin tomar su vida como asiento de la ejemplaridad ni a él como varón excesivamente grave. Parecía estimarse como alguien muy poco excepcional, metido en la faena de vivir de un modo prudente, reflexivo, quitándose de bulla. Lamentaba ser bajo, porque no suponía que la pequeñez diese fama a alguien, pero sin la menor vileza se va a empinar desde su yo —que le pareciera tan odioso a Pascal— para observar con tolerancia, ironía y escepticismo, a la sociedad. Si bien le importaban las virtudes del género humano, más allá de credos o nacionalidades, estimaba que en el fondo el asunto era escabullir las flaquezas que debilitaban el ánimo. No era de afanes excesivos ni de vastas tristezas. Tampoco sentíase atraído por la autoridad o los halagos. Sus “Ensayos” son vistos como una aproximación a un tema, tomando muy en cuenta la reflexión que nace en ellos, espigando en su experiencia, en la cosecha menos parva, y en las obras de los poetas e historiadores griegos y latinos, y en el venero del saber común. Lo subjetivo va a parecerle un elemento que se incluye en toda meditación. Corrigió dichos textos hasta el final de sus días, sin negarse a ampliar un

asunto, o a quitarle lo que parecía exceder naturalmente de sus límites o de los propósitos que habían servido como punto de partida. Sin duda, trató siempre de ennoblecer o dignificar la materia de que trataba, llevado por el hábito de la claridad y por el principio básico de la pureza de la expresión, ausente de pedantería.

Lucía como flor de flores, en un primer plano, la franqueza. Mediante su aplicación a todo cuanto era su patrimonio verbal, pudo referirse, con vehemencia, a las inexactitudes históricas, a los yerros de los hombres que elevaban un edificio sobre la leyenda o la nada, y a los de quienes trataban de reputar como principios establecidos la intolerancia de que hacían gala, o los fanatismos, la guerra, la tortura, las prohibiciones, el colonialismo y la avilantez de los tiranos. Aún hoy, a cuatrocientos años de la muerte de Montaigne, no se advierte en los "Ensayos" flojedad o arcaísmo, y sus ideas sobre la sociedad pueden validarse sin omisión. En uno de sus textos, "De la experiencia", expresa algo en lo que ésta prima, tonificándose con la autorreferencia: "Es una absoluta perfección, como divina, saber gozar lealmente de lo que uno es—dice. Buscamos otras condiciones porque no entendemos el uso de la nuestra y salimos fuera de nosotros porque no sabemos qué hacer allí. Por mucho que nos subamos sobre zancos, también para andar sobre zancos nos hacen falta nuestras piernas. Y en el más elevado trono del mundo, seguimos sentados sobre nuestro culo".

Su objetivo, puesto en letras en la introducción a sus "Ensayos" (1580), corregidos y enriquecidos en las ediciones de 1588 y 1592, es simple: "No se trata de 'buscar el favor del mundo', mediante el libro. Por ello, no se echa mano de 'adornos prestados'; no aspira a otra cosa que a mostrarse en su manera de ser, 'sencilla', natural y ordinaria, sin estudio ni artificio, porque soy yo mismo a quien pinto". Llamar a su obra—como lo hace—"libro de buena fe" y dar con ello cabal cumplimiento a su sencillez, es mérito que no fatiga. Uno de sus biógrafos piensa que el elemento de inestabilidad, de inquietud, de escepticismo, le viene por el lado específicamente judío, el sefardí de su madre, López de Villanova o Villanueva. Ello movió a la irritación a Pascal, que dice: "¡Qué tonta idea la que Montaigne tuvo de pintarse...!". Eso fue estampado en 1670. Podía ver Montaigne una tempestad en un vaso de agua o en el océano, sin esquivar la idea del poder de la ilusión—o de la realidad—para actuar de consuno en la historia. Los problemas de la opinión pueden suscitarse si se acepta, en los otros y en uno mismo, que encubre lo mucho que se ignora. "De todas las opiniones que la antigüedad tuvo del hombre—escribió—, aquellas que abrazo con más gusto y a las que más me adhiero son las que nos desprecian, envilecen y aniquilan más. La filosofía nunca me parece haber acertado tanto como cuando reconoce de buena fe su irresolución, su debilidad, su ignorancia".

Le basta con mirar en su interior para hallar fuente viva de introspección, eficaz y minuciosa. "Yo vuelvo mi vista hacia adentro—admite. Y allí la planto y en ella me divierto. Todos miran ante sí; yo miro dentro de mí. Sólo me ocupo de mí

mismo. Me considero sin cesar; me observo, me tomo el gusto. Los demás van siempre a otra parte y piensan que van adelante. Yo me envuelvo en mí mismo". Voltaire lo alabó, Valéry no daba mucho por él, pues creía que así como escribía Montaigne, podía hacerlo cualquiera. André Gide lo redescubrió, estimando que en el propio tiempo en que él vive, en este siglo xx, tan lleno de confusión, de intolerancia, de proposiciones venidas de extremos, de convicciones que se usan tal como podría hacerse teniendo en la mano un garrote, Montaigne nos enseña liberalidad y liberalismo. O sea, una actitud y una ideología positiva y directa. Sin embargo, a modo de remate, bien vale la pena tener presente lo que expuso Nietzsche al decirnos que la existencia de un hombre como Michel de Montaigne "aumenta la dicha de vivir en este mundo".

Santiago, 21/9/1992

Notas. *To think through*, que equivale a pensar "hasta resolver algo". Más grave, nada quietista, acecha la voz germana: *ein Überspringen*, "saltar por encima del mundo". Lectura de George Steiner. Textos brillantes devorados en estos días, su "Heidegger" y el bello "Presencias reales". Heidegger. El "estado de ahí", venido de la *parousia* griega. El filósofo vuelve siempre a calibrar el poder de las etimologías, en la recuperación del lenguaje primero, el que tenía relación directa y esencial con las cosas dichas. Preguntarnos ahora qué hay en esa voz de la jerga juvenil criolla, aquel "no estar ahí con algo o alguien". ¿Por qué se tuerce la voluntad de situar ese "ahí" como un adverbio de encubrimiento en lugar de remitirse a la aceptación de él como negación o rechazo?

Uso relativo de la voz "perdurar" en el español actual. Si bien se registró en un texto del siglo xv (de Juan de Mena, según Corominas), fue el discurso español del siglo xix el que lo puso de moda hasta la saciedad. Leo que en inglés (y me lo confirma Tony Adams) ya no está registrado en los diccionarios modernos. La forma *perdure* es anticuada desde muy temprano en el tiempo.

Oír música quita el ánimo de beligerancia. La "Suite para laúd, en do menor", de Juan Sebastián Bach. Es el envío de lo placentero de la vida cotidiana. El éxtasis se instala en cada una de las habitaciones de la casa de uno mismo. Por un instante largo, nos instalamos en el "claro", ese *Lichtung* heideggeriano que nos alaba en cada hallazgo del yo ínfimo.

Santiago, 22/9/1992

Sin bases materiales de parentesco en la vía de los objetos, me pregunto por qué he puesto una reproducción del cuadro de los viejos zapatos que pintó Van Gogh, justamente en lo alto del lugar en donde está el teléfono. ¿Se trata de la tensión, de la incomodidad que me provocan los llamados? ¿Es un modo de vacilar, tratando de atrapar la voz en un vacío negro? ¿Se trata de un problema de ausencia de texturas, de pliegues de la conversación? Los zapatos se me ocurren como una

exteriorización duradera del haber sido. Son la prueba del final tangible. Sólo por el cuadro nos hacemos cargo de la discreta existencia "definitiva" de ellos. Releo el texto de Heidegger, que cada vez me resulta más luminoso. Una puesta en claro de lo que aparecía oscuro o, por lo menos, digno de explicación: "Aquella pintura de Van Gogh: un par de recios zuecos, y fuera de eso, nada. La imagen no representa, en verdad, nada. Sin embargo, uno está en seguida sólo con lo que allí es, como si uno mismo, en la avanzada tarde otoñal, llegara cansado a la casa, desde el campo, con el pico en la mano, para instalarse junto a la llama de las últimas patatas que están en el fuego". ¿Qué es aquí lo que es? ¿La tela? ¿Los trazos del pintor? ¿Las manchas de color?

Santiago, 23/9/1992

En medio de un sueño sobre casi nada, un río bajo, unas tórtolas sobre el campo, el rayo del sol que dora la parte alta de un muro, como esos de Melipilla que pintara Juan Francisco González, hasta que vino el sueño dual. Lo primero, Miriam y yo veíamos, a través de la ventana abierta, venir muchísimos pétalos de flores en vuelo, quizás en círculo o en espiral. Era como un torbellino de todos los hijos de las flores, sin que faltase uno. Supimos que allí se anunciaba algo que no era bueno, un huracán que nos impedía ver, oír, respirar. Entonces le dije a Miriam, a gritos, que era preciso cerrar la ventana, cubrir los huecos del muro, evitar que respiráramos esas flores hasta morir. Y al despertar seguía viendo y sintiendo el bello olor mortal. Podíamos morir agotados sorbiendo la belleza, hundiéndonos en la nada.

Alfonso Reyes recordó que las flores se hallan puestas en los hieroglifos y en muchísimas obras precolombinas. En "Noticias de México" escribe: "La era histórica de la llegada de los conquistadores en México coincidió exactamente con esa lluvia de flores que cayó sobre la cabeza de los hombres al final del cuarto sol cosmogónico. La tierra se vengaba de sus mezquindades anteriores, y los hombres agitaban banderas de júbilo. En los dibujos del *Codex Vaticanus*, está representada por una figura triangular adornada de flecos de plantas en cadeneta; la diosa de los amores ilícitos, suspendida en un festón vegetal, descendiendo sobre la tierra, mientras que, en lo más alto, estallan semillas, dejando caer flores..."

Al parecer, en México, las flores representaban en las imágenes "la extrema diversidad del universo" (Jean Chevalier). En el fondo, esas flores o aquel huracán son parte de los cánones casi sacrílegos con que el sueño nos tiraniza, exponiéndonos a las ansias de interpelación a todo cuanto nos resulta extraño o desconocido. Vemos en él un detalle exquisito que nos transporta, repitiéndose, soltando las ataduras de los tiempos y poniéndonos, a veces, en diálogo con nuestros muertos. No es, de propósito, un accidente que nos altera, sino que, en más de una ocasión, sirve para completar un recuerdo, reinventando la vida antigua. El sueño del huracán de flores surgió luego de haber dejado el material de la clase sobre Marcel Proust que estaba preparando. Y de alguna conversación

con Miriam acerca de la realidad. Hay que hacer —como dijo Proust— algo con el material de los sueños del Faraón y de José. Y saber que en muchos sueños “no se debe hacer caso de las apariencias de las personas, que pueden estar disfrazadas y haber cambiado de caras, como esos santos mutilados de las catedrales que recompusieron ignorantes arqueólogos colocando en los hombros de uno la cabeza del otro y confundiendo atributos y nombres”.

Santiago, 24/9/1992

Con el tiempo, la muerte va preparando en uno algo así como un jardín de aclimatación. Se tuesta uno vivo en el propio fuego de los años vividos. Entierro de Mimi Garfias, la esposa de Luis Sánchez Latorre. Bella, innumerable, discreta, iluminó los días de mi amigo. “Hay que mirar a la muerte desde dentro —escribió Luis Oyarzún—, es el instante que se vuelve absoluto, exactamente como el rapto de amor”. Para ceñir la noche, en la tristeza de este día, relectura de “Temor y temblor”, el libro de Soren Kierkegaard, ese guardián de la Iglesia.

Santiago, 25/9/1992

En Rusia, el mimetismo de la masa. El socialismo no melló el ánimo de identificarse animalmente con bienes y más bienes. Lo quieren todo. Los irredentos se dejan pesar en cualquier balanza. “La multitud es la mentira”, dijo Kierkegaard.

Santiago, 26/9/1992

Tentación de un lector de Kafka: sugerir que se le va leyendo siempre con el velo de Maya, desde el ojo escondido de uno, al cerrarse sobre la página. Lectura de dos ensayos sobre él: “Cuando sobre el pueblo cubierto por la nieve aparece, silencioso, El Castillo” (“La propensión ante el paisaje indescriptible”), de Giam-piero Comolli; y “El hombre sin identidad de Franz Kafka”, de Filippo Costa. Lo han recogido en un libro extenso que se llama “El pensamiento débil” (Feltrinelli, Milano, 1983), Gianni Vattimo y Pier Aldo Rovatti. Tautológico, algo más que una metáfora abarcadora, el primer texto es muy hermoso; el segundo, el de Costa, es eficaz en cuanto procura al lector la sensación de que aún sobreinterpretando, con yerros, se termina por haber puesto tantas cosas en claro y en duda que algo se recoge en la red.

Quiere recordarnos que ha habido un sinnúmero de interpretaciones teológicas de la obra de Kafka, pero nos dice que la naturaleza teológica del escritor es “ambigua e indirecta”, por tanto lo que se ha tratado de llevar a escrutinio es confuso y causa malentendidos. Se ponen en duda algunas tesis de Max Brod, de entrada. El asunto es que Kafka, a menudo, suspende el juicio acerca del problema que ha enunciado, al postularlo como una especie de ejercicio de lógica. Recuerda aquel pensamiento de León Bloy en el cual se dice que los judíos tienen

una "culpa trágica", la de no haber conocido al Mesías. Ya —explica Costa— el mismo hablar de "conocer" (*erkennen*), y no de "reconocer" (*anerkennen*) va a establecer una absurda e "insoluble paradoja moral". Con ello se quiere decir que la culpabilidad es de responsabilidad directa, en la que la teología trasciende a la moral. Kafka ha sostenido, a propósito de lo dicho por Bloy: "Quizás no sea así. Tal vez no lo han conocido verdaderamente. Pero ¡qué cruel es un Dios que permite (*zulässt*) que sus fieles no lo conozcan! El padre se manifiesta siempre a sus hijos, ya que éstos no pueden pensar ni hablar correctamente". Los otros aspectos que el ensayista toma en consideración son más o menos interesantes y constituyen algo así como glosas o apostillas a los textos que le interesan, como la escritura, o la noche, o el sueño. Sin embargo, reproduce una pequeña nota de Kafka que brilla en medio del acoso al lenguaje cerrado. Parece una declaración de principios: "la existencia del escritor depende realmente de su escritorio, y si quiere evitar la locura no debe, estrictamente, alejarse jamás de su escritorio: ha de agarrarse a él con uñas y dientes".

Santiago, 27/9/1992

Música. Leos Janacek, el "Cuarteto Nº 2" ("Cartas íntimas"), por el Cuarteto Gabrieli. Luego, "Suite para instrumentos de viento" ("Juventud"), de Janacek, por la Orquesta de Cámara Orpheus. Al mediodía, lectura de "Muertes por causas naturales", de P.D. James. La primera escena, con el cadáver que yace en el fondo de un pequeño bote de vela, y el dato de la menguada estatura del difunto, muy atildado, envuelto en el traje fino, de rayas oscuras, que le sirve de mortaja, es perfecta. El narrador, sin embargo, se obliga a la condescendencia y, por qué no, a la sorna: "Había sido —dice— un rostro corriente, incluso en vida, y la muerte no le había proporcionado más que una penosa vacuidad". Sus dientes delanteros, que tratan de enfilarse hacia algún sitio distante, sólo le dan "el aspecto altanero de una liebre muerta". Agreguemos que le han cortado las manos, y la ausencia de una de ellas revela el corte prolijo, profesional, en tanto el de la otra deja señas de astillas de huesos, de partes desiguales en lo que aún queda de lo que fue una mano.

Al surgir en la escena el inspector Adam Dalgleish, viudo y poeta, en una capilla de Suffolk sólo piensa en la posibilidad de pedirle a Deborah Riscoe que se case con él. El narrador, quizás por qué, desliza entonces lo que suele considerarse un pensamiento lúgubre, casi un epigrama lleno de signos de los desastres. Todo lleno de esa melancolía que surge de buscar la felicidad y dar siempre con la cabeza en el muro. Pareciera una frase sugerida por Juan Carlos Onetti a una de sus extrañas criaturas sometidas a los agravios del tiempo, de la duda, del horror y de la malaventura. Se trata de una proposición tenaz de lo insatisfactorio: "Pocas parejas son tan desdichadas como las que son demasiado orgullosas para reconocer su infelicidad".

Santiago, 28/9/1992

La cena del muerto en la novela de P.D. James: langostinos a la plancha en salsa tártara; ensalada verde con aliño francés; pan negro y mantequilla; queso azul danés y galletas. Todo, rociado con Chianti. Se sabe la minuta por el informe de autopsia del doctor Sydenham...

Santiago, 29/9/1992

Hoy, que todos los fuegos apuntan en dirección al siglo xxi, hay quienes excavan para así lograr la reinvención del pensamiento renovador o, por lo menos, su desfrigorización. El ánimo sustitutivo de las grandes corrientes de la historia quiere convertirse en mitología adventicia, aprovechando, en el corte temporal de esta era, la posibilidad de un enmascaramiento. Es preciso ver cómo las revistas europeas que ensalzan a la nueva derecha —con su connatural acopio de copias en América Latina— dan en sugerir una gramatología del orleanismo o la borbonización, especies de ensueño del revés de las utopías, con un contenido que quiere volver el borborismo o la regurgitación políticos en vaguísima teofanía.

Al revisar una carpeta que contiene crónicas de mi querido amigo Martín Cerda, doy con un texto que él escribió hace más de doce años, con el nombre de "1980. Una sugerencia" ("Las Últimas Noticias", 6 de enero de 1980). Pone el clavo ardiente para que lo toquemos y ve en las proximidades del 2000 algo que "comienza a gravitar peligrosamente", una especie de propensión nacida de una "oscura contracorriente", la cual es "ahijada por el perpetuo miedo al porvenir". Se trata, en suma, de imponer en todas partes "un *conservantismo* cada vez más prepotente e impotente". No en vano, el lugar común se enseñorea tratando de iluminar, como si se tratase de un Libro de Horas, el pasado, ligándolo con el porvenir al modo de un sistema de vasos comunicantes que impide el flujo de lo real, aislando los cambios naturales que la sociedad exige.

Martín, gran lector de Flaubert (a quien dedicó un soberbio análisis en el prólogo de la edición chilena de "Bouvard y Pécuchet"), necesita recordarnos sin fantasear equívocos que aquel "desnudó premonitoriamente" las claves del conflicto, al escribir: "Conservadores que nada conservais (...). Todo vuestro esfuerzo intelectual consiste en temblar frente al porvenir". Es, por cierto, una admonición conducente a ponernos en guardia sobre las visiones arqueológicas del mundo vueltas profecías políticas o "futurizaciones". La confianza duradera en el futuro es, qué duda cabe, lo que permite vivir. Los conservadores tienden a creer que el pasado es la vida en plenitud, una utopía vuelta por el envés. Nadie, con un mínimo de sensatez, puede creer que ese tipo de moneda vuelva a ponerse en circulación.

Santiago, 30/9/1992

Se me ha grabado a fuego aquel episodio en que Palamedes, el barón de Charlus, tiende —en la novela de Proust— dos dedos de su mano derecha al joven Marcel, con el fin de que éste los estreche, en Balbec. Si bien el barón se ha acostumbrado a dar el tono, la nota “la”, en los diálogos, que resultan más bien un pretexto de su lucimiento, parece observar con ojo de experto a los jóvenes polluelos que pueden ser parte de su cacería erótica nocturna, en medio de los llamados a los *grooms* y el uso del ascensor. No olvido que mira el rostro de alguien “con la misma seriedad y preocupación que si estuviera leyendo un manuscrito difícil de descifrar”. Sólo considera un igual a Saint-Loup, ese extraño lobo que se estrena en el juego del amor y del azar, y que deslumbra a Marcel. Se nos viene encima la escena en la cual Bloch, ese muchacho impertinente y fastidioso, obliga a Marcel a convidar a cenar, en su casa, a Saint-Loup, y en el tal convite podrá humillar a su tío Nisim, refiriéndose con desdén a su propia gente, los judíos (antes ha tratado de esnob a Marcel). Bloch, que ignora perfectamente cuándo es majadero y muele y muele hasta que el grano desaparece, quiere ser simpático, trepar en la pirámide social, y sin saber que Charlus es tío de Saint-Loup le dice que ese viejo es “dueño de una cara inestimable de tonto de muy buena casa”. En el *bricolage* social pega mal sus piezas y experimenta los fracasos propios de su condición de pelma.

Santiago, 1/10/1992

Gratisima relectura de “Memorias de ultratumba”, de Chateaubriand. La vanidad y la poesía van a ser cimientos de este libro del vizconde, quien se atribuye siempre la condición de niño en el bautizo, novio en la boda y muerto en el entierro. Se pregunta interiormente, a menudo, qué habría sido de Francia si él no estuviese a tiro para resolver los problemas de la Nación. En otra lectura me entusiasmaron sus páginas sobre Roma y Venecia, o la visita que hace a la prisión en donde fue confinado Torcuato Tasso, en Ferrara. No en vano, ya a sus 15 años, Victor Hugo declaró con el énfasis que siempre le acompañara, que deseaba ser Chateaubriand o nada. Me parece que se deleita bastante Proust al recordar testimonios que sobre Chateaubriand dieran personas que le conocieron, que un día pudieron comer con él, oyéndole inventar mundos. En “A la sombra de las muchachas en flor”, la señora de Villeparisis refiere algo que el ávido oyente comunica a todos sus sentidos, paladeando cada anécdota. El texto sobre “la luz de la luna” es brillante: “Me ha citado usted una gran frase del señor de Chateaubriand sobre la luz de la luna. Pues va usted a ver cómo tengo mis motivos para ser refractaria a su belleza. El señor de Chateaubriand iba mucho a casa de mi padre. Era simpático cuando no había gente, porque entonces se mostraba muy sencillo y entretenido; pero en cuanto había público comenzaba a darse tono y se ponía ridículo; sostenía delante de mi padre que le había tirado al rey a la cara su dimisión, y que había dirigido

el cónclave, sin acordarse de que a mi propio padre le había encargado que suplicase al rey que lo volviera a aceptar y que había hecho pronósticos disparatados respecto de la elección del Papa. ¡Había que oír hablar de ese cónclave al señor de Blacas, que era otra clase de persona que el señor de Chateaubriand! Y las frases esas de la luna llegaron a ser en casa una institución gravosa. Siempre que había luna y hacía claro por los alrededores del castillo, si teníamos un invitado nuevo se le aconsejaba que se llevara al señor Chateaubriand a dar una vuelta después de cenar. Y cuando volvían, a mi padre nunca se le olvidaba llevar aparte al invitado para decirle: "¿Que, ha estado muy elocuente el señor de Chateaubriand?". "Sí, sí". "¿Conque le ha hablado a usted de la luz de la luna?". "¿Y también le habrá hablado a usted de la luz de la luna en la campiña romana?". "¡Pero tiene usted poder de adivinación!". Mi padre no tenía tal facultad: era que el señor de Chateaubriand se contentaba con colocar siempre el mismo trocito, ya preparado".

Santiago, 2/10/1992

Una clase sobre el Quijote. El episodio de la Dueña Dolorida y el encantamiento de las barbas. Un episodio transexual que habría servido muy bien a Barthes para una tesis. El muchacho que encarna a la mujer vacila durante la exposición y el texto se vuelve ambiguo por indecisión genérica del narrador, que cae en el enredo que él inventó. Dice: "Vuestras grandezas sean servidas de no hacer tanta cortesía a este criado, *digo, a esta su criada*, porque según soy de dolorida, no acertaré a responder a lo que debo a causa que mi estraña y jamás vista desdicha me ha llevado el entendimiento no sé adónde, y debe de ser muy lejos puesto cuanto más le busco, menos le hallo". No se trata de pérdida momentánea de la razón, sino que emana del espectáculo que han montado los duques para escarnio del héroe. Quedó para la clase próxima el ver cómo Sancho, siguiendo la ruta de los superlativos que prodiga la Dueña dolorísima, evita que replique, en primera instancia, don Quijote, ganándole la mano con el fin de deshacer la burla del uso de los superlativos absolutos, oponiéndole los usos propios, que resultan hilariantes.

Nota acerca de cómo ve Kafka la relación entre Don Quijote y Sancho: "Sancho Panza, quien por lo demás nunca se ha jactado de ello, en el curso de los años, alcanzando a su demonio —al que dio el nombre de Don Quijote—, en las horas nocturnas, compuso muchas novelas de caballería y de bandoleros. Logró trastornar esto de tal manera a Don Quijote que éste se dedicó a cumplir desenfrenadamente las acciones más locas, las cuales, sin embargo, por falta de un objeto predestinado, que debería haber sido justamente Sancho Panza, no hacían mal a nadie. Sancho Panza, hombre libre, siguió impasible, tal vez por un cierto sentido de la responsabilidad, a Don Quijote en sus andanzas, y alcanzó con ello un alivio sutil y grande al fin de sus días". Kafka redime al escudero, lo libra de su inseguro azar, le quita la distinción de ser comparsa y lo fija en una función

unívoca con su sedicente amo. Aún más, lo descubre en la ascesis, cuando Sancho acepta, por orden del pseudo-Merlín, desencantar a Dulcinea mediante los azotes que debe propinarse. Don Quijote es leído por Sancho, evitándose complaciente el disgusto de no ser el héroe positivo de la historia.

Santiago, 3/10/1992

Relectura lenta y gozosa de los "Recuerdos de egotismo", de Stendhal. Fue escrito entre el 20 de junio y el 4 de julio de 1832. Termina con una de esas expresiones de anulación, que encantaban a Beyle como cierre artificioso, buscando dar al lector la idea de que se interrumpía en la mera explicación de un porque sí. Anotó: *La chaleur m'ôte les idées à 1 h 1/2*. Cree que es preciso avisar de la muerte del "genio poético", cediendo camino a la aparición en el mundo "del genio de la suspicacia", y se declara convencido de que existe un antídoto capaz de permitir al lector olvidar "los interminables *Yo* que el autor se dispone a escribir" con absoluta sinceridad. Se pregunta también si ha de tener el valor de contar "las cosas humillantes" sin necesidad de protegerlas mediante "preámbulos infinitos". En el cierre del libro, la sensación de placer que le procura cortar la cabeza de cuanta tentación de describir lo acose, como a Sir Walter Scott (supone Stendhal que el autor de "Ivanhoe" encargaba de esa parte copiosa de sus escritos a un criado suyo). Traigo, una vez más, a la memoria, cómo Eugenia de Montijo recordaba, ya vieja, que Stendhal la ponía en sus rodillas cuando era pequeña para relatarle las hazañas napoleónicas y algunos de los hechos que había visto y vivido como soldado. También tengo aquí, en el escritorio, la ficha en la cual se guarda lo que M. de Villeparisis —por la persona interpuesta de Marcel Proust— refiere acerca del gran Stendhal: "Mi padre, que solía verlo en la casa del señor de Merimée —ése sí que tenía talento, ve usted—, me ha dicho muchas veces que Beyle, porque se llamaba así, era terriblemente vulgar, pero muy ingenioso en la mesa, y no se hacía ilusiones respecto de sus libros. Es decir, usted mismo habrá visto cómo contestó encogiéndose de hombros a los desmesurados elogios del señor de Balzac. En esto, por lo menos, era un hombre de buen tono".

Santiago, 4/10/1992

Notable película de Ethan y Joel Cohen, "Barton Fink". La historia del guionista de talento que llega a Hollywood en 1941, para ser reclutado por la Capitol Pictures, dispuesto a situarse en el ojo del huracán, el del bloqueo creador, y a quien encargan preparar una estúpida historia de *catchers*. Se encierra a escribir en un hotel que, lentamente, se va pareciendo a la casa de Usher. Mirando la página en blanco, logra mostrar la nada, la angustia de la esterilidad y el vacío —todo

doble como si fuera una muñeca rusa. El actor John Turturro, que hace el papel de Barton Fink, es brillante; sus gestos, los de la desolación, de la pérdida de impulso, del caos, en medio de los detalles que lo van acosando en la pieza (una mancha en la pared, el papel que se despega, un mosquito, la llave que gotea en el baño, como en una cinta de terror, y el ruido que se enseorea por los pasillos y en las habitaciones vecinas, apoyan, a modo de música incidental, el odio concreto por la esterilidad creadora y el fin del amor por la escritura). No se sabe bien cuál es la zona de fractura entre el yo y la pesadilla, entre la verdad y la ficción. Héctor Soto ha escrito, inteligentemente como siempre, que se trata de una historia "más rica en conjeturas que en clarificaciones" y que en realidad "nada de lo que ocurre y deja de ocurrir en ella puede ser explicado con facilidad; aún más: "Los hechos a menudo son confiscados por el temor a los que —de otro modo— pudieran ser". Le asiste también la certeza de que los miedos del protagonista son "sobrepasados por la realidad", no sin establecer que las fronteras entre dos mundos, el real y el soñado, son "imprecisas y fugaces".

Santiago, 5/10/1992

Una buena crónica de Philippe Sollers, *Montaigne, voyageur secret*, en *Le Monde* (viernes 11 de septiembre de 1992). Una observación suya equivale a un tratado sobre el autor de los "Ensayos": *Contrairement aux idéologues pressés, de toutes tendances et de tout partis, Montaigne ne se déplace et ne parle jamais sans rappeler son corps. Cette respiration rythmique donne à ses notes —ou à celles de son secrétaire, qui écrit sous sa dictée— une fluidité sans hiérarchie qui est sa trouvaille, sa puissance romanesque de style. Tout est également important, ce qui peut vouloir dire aussi que tout est également dérisoire. Le 'voyage', au sens de Montaigne (voyage au bout de la conscience de soi), ne "trace aucune ligne certaine, ni droite, ni courbe".*

El poder de la anécdota suele remitirse en el judaísmo a una variación sobre un supuesto malentendido. La réplica —o la aclaración— enrosca la cola en carácter de hallazgo sorprendente que permite, a veces, establecer la burla o el humor negro como fuente de una noticia que condesciende a entender que la burla puede recaer sobre personas, instituciones o ideas, o sobre la mera desgracia de vivir de un modo o de otro, sin esquivar la posibilidad de urdir la tela mediante los nudos que son los malentendidos.

Golpean a Kohl en Alemania. No se trata de una embestida neonazi, sino de la izquierda, que se siente engañada por lo que considera una mistificación esencial del canciller. Creen que el gobierno debería tomar en sus manos, con vigor, un trato durísimo a los nazis, antes de que se pongan nuevamente a empollar el huevo de la serpiente. La verdad es que cada día los migrantes van siendo más afectados por el racismo, la intolerancia y la violencia física.

Santiago, 6/10/1992

Anoche soñé que, en medio de una tempestad fría, veía desaparecer el agua antes de llegar al suelo. Veía a mi amiga Estela Lorca coronada como madre del dolor. Había mucha gente (al modo de los espectáculos públicos de los días de la Revolución Francesa) y ella lloraba mostrando en su rostro toda la pesadumbre del mundo; miraba como si pidiese que la entendieran, sin el recurso de la compasión, dando a entender, en esta historia, que ella era sólo un cabo sin atar. Al despertar quise llamar a Estela, pero temí que el sueño la perturbara. Era temprano y le conté mi sueño a Miriam. Al día siguiente vi, en el obituario, las señas de una misa por Daniel, el hijo de Estela, muerto ayer. Me quedé helado. En mi velador se hallaba el libro de Ángel J. Cappelletti, "Las teorías del sueño en la filosofía antigua". Me había dormido al llegar a la página 26. Allí se habla de cómo y por qué Demócrito admite la posibilidad de sueños adivinatorios y premonitorios. En la misa, abrazo a Estela. Viste como en mi sueño.

Santiago, 7/10/1992

Exposición de dibujos de Rugendas en la Biblioteca Nacional. Un extraño, alucinante, indócil "Salto del Laja" (1835), hecho con lápiz, endurece los rasgos del paisaje que tanto conozco y amo desde mi niñez. Es un espectáculo fantasmal. El agua que salta, las viejas "flechas indianas", da la impresión de haberse inmovilizado en la piedra, vuelta extraña máscara de sí misma, tras poner el pintor algo de la mirada de la Gorgona. La energía de las aguas ampara el rumor de la caída.

Santiago, 8/10/1992

Lectura de las cartas de G.W. Leibniz a Sophie-Charlotte y a Elisabeth y Carolina. Al igual que Descartes comunica a las altezas lo que éstas quieren saber de cosas tan distintas como la existencia de Dios, la física, la geometría o la naturaleza del espíritu. En una carta a la princesa electora Carolina (Hannover, 13 de febrero de 1706) le habla sobre el rey de España, Felipe II. Carga las tintas casi como cuando se refiere a Newton. Dice del monarca que, estando a punto de morir, sentía los fuegos del purgatorio, según contó a su confesor. Éste le explicó que muchos autores "de peso" sostenían que "las almas estaban encantadas de su purificación". Observa Leibniz: "Si hubiera sabido que el purgatorio puede ser incluso un placer, habría estado en mejor situación para consolar a su santurrón príncipe. Pero a decir verdad, creo que hubiera sido una mentira piadosa y un fraude en relación a dicho príncipe, que era lo que muy a menudo son los santurriones, es decir despiadado y de malas acciones. Hubiera hecho falta un fuego de tercer grado para un alma cuya tiranía había causado tantos males, sobre todo en los Países Bajos. En caso de que se haya salvado, no habrá sido puesto en un baño María,

sino en una copela de tizones". El texto aparece en una recopilación que lleva el nombre halagador de "Filosofía para princesas".

Santiago, 9/10/1992

Reviso los seis volúmenes de las memorias de Cecil Beaton. Doy, en uno de ellos (*The Happy Year. Diaries 1944-1948*), con una fotografía que Beaton tomó en 1948 a Greta Garbo. Es el momento de su belleza madura, cuando retirada del cine se borra a sí misma de toda sobreexposición, porque piensa que el rito explotó. Sorprende verla riendo a carcajada plena, *to fill the gaps*, como lo hizo en "Ninoschka". Es la risa de la decencia, del dolor, de la piedad. La sonrisa aquí no es una "forma" ni se incluye en el interior de un "sistema". Sabe lo que es ella y, a fuerza de la sabiduría que da la piel —o la mente—, funda una mitología. Objeta la cifra que pudo ser, el objeto; ya no quiere simular que fue feliz. La fotografía de Beaton no desmorona lo esencial de ella —su haber sido, su llegar a ser, su dejar de ser—. Es una especie de "declaro ahora". Funda literalmente a la verdadera Greta Garbo.

Santiago, 10/10/1992

Dos noticias que vienen desde Austria. Ambas relativas al nazismo. La primera se refiere al médico austríaco Egon Sabukoschek, acusado por Simon Wiesenthal de "haber seleccionado" a cien judíos de Belgrado, en 1941, para que fuesen ejecutados. La captura ocurrió en Graz y existen testigos de los hechos que van a declarar en el proceso. La segunda no requiere glosa, es brutal como una puñalada y dice que un proyecto, con capital austríaco, apunta a la comercialización del *bunker* de Hitler en Polonia, como un centro turístico al estilo Luna Park o Disneylandia, con hotel de cuatro estrellas y un museo de cera con las figuras de los jefes nazis. El asunto, contado por el semanario *Wirtschaftswoche*, prevé la creación de una sociedad austríaca y la comuna de Ketrzyn —en la localidad de Gierloz, en donde se halla el *bunker*—. No debe de producirnos extrañeza el negocio, si ya los polacos han convertido Auschwitz en un lugar con *parking*, cafetería, bar rápido, bazar de "recuerdos" y visitas guiadas que alteran la verdad de los hechos (llamando heroicos polacos a los judíos muertos). Se trata de irreparables ofensas a la dignidad humana, en el fervor del capitalismo salvaje, muy lejos de aquel estremecedor verso de Adam Mickiewicz: "¡Oh, Israel, nuestro hermano mayor!". O lo que dijo Kazymierz Brandys, en su novela "Rondó", en busca de la dignidad de la vida, en tanto muchos sólo se ocupaban de no ser judíos, sino polacos: "¡Piensa que el humo de esas chimeneas está en el aire que respiramos!".

Santiago, 11/10/1992

La tentación de descubrir en la etimología el hervor de la palabra recubierta o transfigurada. Candidato a pensar en las raíces del Logos (todo candidato es cándido). La cortesía para con el ser de la palabra en el tobogán fónico, en el *shifter*, esa palabra que muda un sonido (i, u, por ejemplo). El *bridge* y el *brück*, del anglo al sajón. Los reflejos se suceden: temor y arrobó, uso y arrepentimiento, arrobó y transgresión. El “yo” de papel se eterniza y desanima la vida de las palabras.

Santiago, 12/10/1992

Hoy se cumplen quinientos años desde el descubrimiento —como suelen llamarlo— de América. Colón se llamó alguna vez “pobre extranjero”. Eso eran todos. Marius André dijo que el almirante pudo descubrir un mundo fabuloso como morir en la horca.

Santiago, 13/10/1992

¿Cómo era Colón? Los retratos parecen ser sólo una varia invención. En 1543, un cronista lo vio entrar en Barcelona, retratándolo: “Un hombre de honestos padres y vida, de buena estatura y apariencia, más alto de lo común y de fuertes miembros, vivaces los ojos y con buenas proporciones las restantes facciones, el cabello muy rojo y la cara rojiza y pecosa”. Fernando Colón expone: “Hombre de bien formada y más que mediana estatura, la cara larga, las mejillas un poco altas, sin declinar a gordo o macilento, la nariz aguileña, los ojos blancos, y blanco de color encendido; en su mocedad tuvo el cabello blondo, pero de treinta años ya le tenía blanco; en el comer y beber y en el adorno de su persona era muy modesto y continente, afable en la conversación con los extraños, y con los de casa muy agradable; con modestia y gravedad fue tan observante de las cosas de la religión, que en los ayunos y en rezar el oficio divino, pudiera ser tenido por profeso en religión; tan enemigo del juramento y blasfemia, que yo juro que jamás le vi echar otro juramento que ‘por San Fernando’ y cuando se hallaba más irritado con alguno, era una represión decirle: ‘Os doy a Dios, porque hicísteis esto o dijísteis aquello’; si alguna vez tenía que escribir, no probaba la pluma sin escribir estas palabras: ‘Jesús cum María, *sit nobis in via*’ y con tan buena letra que bastara para ganar de comer”.

Las Casas, que lo vio en La Española, en 1500, habló de él extensamente, pero en lo fundamental, ahora, me atengo a la descripción: “Lo que pertenecía a su exterior persona y corporal disposición —dice—, fue de alto cuerpo, más que mediano; el rostro luengo y autorizado; la nariz aguileña; los ojos garzos; la color blanca, que tiraba a rojo encendido; la barba y cabello, cuando era mozo, rubios, puesto que muy presto con los trabajos se le tornaron canos; era gracioso y alegre;

bien hablado... elocuente y glorioso en sus negocios; era grave en moderación, con los extraños afable, con los de su casa suave y placentero, con moderada gravedad y discreta conversación, y así podía provocar los que le viesan fácilmente a su amor. Finalmente, representaba en su persona y aspecto venerable, persona de gran estado y autoridad y digna de toda reverencia; era sobrio y moderado en el comer, beber, vestir y calzar...". Todos los retratos hablados de él valen más, en la certeza, que sus retratos en la pintura, ellos, sin duda, policéfalos, con enorme trabajo de la imaginación. Répaso ahora el de Girlandaio (siglo xv), que se halla en el Museo Naval de Génova. El de Vásquez Díaz en los frescos del monasterio de La Rábida. El anónimo que se encuentra en el Museo de América, de Madrid; el que se ve en el Museo Lázaro Galdiano de Madrid ("La Virgen de Cristóbal Colón"), el de Emilio Lasalle (en la Biblioteca Colombina de Sevilla); el de Joaquín Domínguez (un Colón del siglo xix, en el Monasterio de La Rábida). He leído que hay ochenta retratos del almirante. Lo único cierto: jamás fue pintado en vivo.

Santiago, 13/10/1992

La "forma mala" o la "forma buena" de las palabras. El "algo más" de la grafía, aquel misterio en donde no todo está claro. La ortodoxia aparentemente casuística en el remate de las oraciones condicionales. Nos movemos, muchas veces, aceptando el fetichismo de la letra (esa *h*, por ejemplo, que, muda y todo, surge en el papel de fantasma de la *f* del español temprano: *farina*, *fijo*, *ferro*, *foja*, *finojos*, *fizo*).

El hábito de Borges por mostrar la letra como parte de una clave del mundo. O de ordenar el tetragrama, siguiendo la pista del misterio en "El jardín de los senderos que se bifurcan", o en "El Aleph". Todo discurso pareciera tener una protohistoria.

En un escrito de los primeros tiempos del judaísmo, se sostiene que la Torá fue creada en un principio "en un caos sin coherencia" (*beta'arobot otivot*, en hebreo). Lo explica Gershom Scholem en su libro "La Cábala y su simbolismo": "...todas las letras de la Torá, desde las primeras palabras del Génesis hasta las últimas del Deuteronomio, no estaban combinadas hasta entonces según las mismas asociaciones de palabras que leemos hoy en día, tales como 'Al principio creó...' o 'Vete de tu tierra...' y otras por el estilo. Antes bien, se puede decir que estas palabras no existían, pues los sucesos de la creación de los que hablan aún no habían tenido lugar. De hecho, todas las letras de la Torá se hallaban mezcladas confusamente y sólo cuando se producía en el mundo algún determinado acontecimiento se reunían las letras en palabras que contaban este suceso. Cuando tuvieron lugar, por ejemplo, la creación del mundo o los acontecimientos de Adán y Eva, las letras formaron aquellas palabras que nos narran este proceso. O por ejemplo, cuando moría alguien, aparecía esta composición literal: 'Y murió N. N.'. Lo mismo ocurría con todos los demás sucesos. En cuanto algo se producía,

se formaban las correspondientes combinaciones literales. Si en lugar de ello se hubieran producido otros acontecimientos, entonces habrían surgido otras combinaciones literales, porque la santa Torá es la sabiduría infinita de Dios...".

Pienso que el apóstrofo, en hebreo, acalla la pasión figurativa (y oculta, sagrada, peligrosa) de la vocal. Hay, pues, un vacío vocálico —de lo que no se escribe. No hay A, E, I, O, U, sino en la sabia complicidad del entendedor que evitará escribir, por ejemplo, el nombre completo de Dios. El vacío vocálico, ¿ha de llenarse sólo por el amor de Dios, al hacer que el nombre surja impronunciable estando Él entre nosotros?

Sigo en lo mismo. Recuerdo lo que me dijo un rabino ortodoxo: "El hebreo no debe hablarse en el mercado, sino que ha de usarse en el templo. Está hecho para agradecer a Dios, para rogarle, para admirarlo con amor y decencia. Emplearlo en forma diario es humillar a Dios. ¿Usted puede imaginarse qué se ha de tener en la boca para llamar la atención de un niño que ha cometido un yerro, o para pedir algo de comer, o para desear al recién llegado que Dios le sea propicio?". Repaso mis apuntes sobre el rabí Eliyahu Kohén Itamari, de Esmirna (murió en 1729), un cabalista que explicaba cómo el rollo de la Torá que se usa en las sinagogas ha de estar escrito sin vocales ni signos de puntuación. Gershom Scholem registra lo que él opinó: "Esta circunstancia hace referencia al estado de la Torá tal como existía ante la faz de Dios y antes de que fuera entregada a las esferas inferiores. *Pues existía ante Él una serie de letras que no estaban ordenadas en palabras, tal como es ahora el caso, ya que la correspondiente ordenación de las palabras se había de efectuar según la manera de comportarse de nuestro mundo terreno*".

El pecado de Adán obligó a Dios a ordenar las letras que se encontraban ante Él, formando entre otras cosas, palabras que describían la muerte y situaciones terrenales. Sin el pecado, la muerte no existiría, y la lengua permanecería en el mismo estado en que hoy ya no podemos reconocerla. Al seguir los puntos de vista y las explicaciones de Abraham Azulay (*Hésed le Abraham*, Zulzbach, 1685), Scholem escribe algo que habría encantado a Borges: "Las mismas letras se hubieran juntado en palabras que nos hubieran contado una historia diferente. Por esto el rollo de la Torá no contiene vocales ni pausa, ni acentos, como referencia de la Torá, que *en un principio formaba un montón de letras desordenadas* (hebreo, *tel sel otivot bilti mesuddarot*"). En un libro sobre usos litúrgicos de la Torá, se habla de cómo al subir Moisés a los cielos, con el fin de recibir allí el Libro de los Libros, pudo conversar con los ángeles y Dios le dio además, al entregarle la Torá, "las comunicaciones secretas de letras que representan en su conjunto un aspecto diferente y esotérico de la misma" (Gershom Scholem). Y en cada palabra —como se dice en el *Zóhar*— brillan muchas luces. Aún más, la palabra *Zóhar* quiere decir "esplendor". Ilumina lo recóndito. Toda letra —escribe Scholem— representa en su figura específica "una concentración de energía divina". Me aterra el hecho de que la ausencia de una grafía, de las que se hallaban en el alfabeto primitivo, permita explicar el desorden del mundo, los yerros de la historia. El asunto es

delicado. Si un escriba o copista de la Torá omite una sola letra, aún sin el propósito de alterar el texto divino, podría destruirse el mundo. En la Torá, afortunadamente, se ha observado que todo aquel **que se ocupa de ella y de su estudio**, “mantiene al mundo en movimiento” y **permite que cada cosa se lleve a cabo tal como está escrito**. Pienso que sólo en el judaísmo la expresión “al pie de la letra” tiene un sentido finalista. Así, buscando el sentido del mundo, ha de poderse hallar, alguna vez, el *meití*, el Yo Mismo de Dios (quiero decir que en hebreo no hay mayúsculas). Mediante un asedio al Yo Mismo se puede, es posible, encontrar el justo ignorado (el *nistar*, el “escondido”, el “oculto”, el “desaparecido”). Sólo se sabe de oídas que los justos son 36 y que **sobre ellos descansa el mundo**. Nadie sabe quiénes son. Tal vez uno de ellos sea —o haya sido— el Mesías.

En 1968, Roland Barthes escribió “La muerte del texto”. Conviene recordar una parte del ensayo, porque nos compete en el terreno **en que nos movemos**: “Hoy en día sabemos que un texto no está constituido por una hilera de palabras, de las que se desprende un único sentido, teológico en cierto modo (pues sería el mensaje del Autor-Dios), sino por un espacio de múltiples dimensiones en el que se concuerdan y se contrastan diversas escrituras, ninguna de las cuales es la original: el texto es un tejido de citas provenientes de los mil focos de la cultura. Semejante a Bouvard y Pécuchet, eternos copistas, sublimes y cómicos a la vez, cuya profunda ridiculez designa *precisamente la verdad de la escritura*, el escritor se limita a imitar un gesto siempre anterior, nunca original; el único poder que tiene es el de mezclar las escrituras, llevar la contraria a unas con otras, de manera que nunca se pueda apoyar en una de ellas; aunque quiera *expresarse*, al menos debería saber que la ‘cosa’ interior que tiene la intención de ‘traducir’ no es en sí misma más que un diccionario ya compuesto, en el que las palabras no pueden explicarse sino a través de otras palabras, y así indefinidamente: *aventura que le sucedió de manera ejemplar a Thomas de Quincey de joven, que iba tan bien en griego que para traducir a esa lengua ideas e imágenes absolutamente modernas*, según nos cuenta Baudelaire, ‘había creado para sí mismo un diccionario siempre a punto, y de muy distinta complejidad y extensión del que resulta de la vulgar paciencia de los temas puramente literarios...; como sucesos del Autor, el escritor ya no tiene pasiones, humores, sentimientos, impresiones, sino ese inmenso diccionario del que extrae una escritura que no puede pararse jamás: la vida nunca hace otra cosa que imitar al libro, y ese libro mismo no es más que un tejido de signos, una imitación perdida, que retrocede infinitamente”. Al detenerse en el tejido mismo, inevitablemente, ojo y oído se acostumbran a ver y a oír bajo las capas de las palabras. Y quienes han urdido la trama (Dios, Autor, Yo, Personaje, Lector) dan orden a la Creación.

Santiago, 14/10/1992

Mirar hoy la desdicha en Bosnia o en Croacia lleva a preguntarse qué polvos trajeron estos lodos. Hay causas remotas y profundas. Leyendo en *El Mercurio* la

sección "Hace 50 años" (que se corresponde con mis primeras lecturas totales de los periódicos) veo una noticia (13 de octubre de 1942): "un cable de Estocolmo señala que el corresponsal de *Allehand* en Berlín informó que tropas alemanas y croatas masacraron a una gran cantidad de mujeres y niños en un pueblo del extremo septentrional de Bosnia. Los nazis y croatas se lanzaron con sus ametralladoras sobre los inocentes durante una batalla librada entre las tropas de ocupación y los patriotas". ¿Las víctimas del pasado se recuperan para golpear hoy a los victimarios de ayer? ¿O hay sólo un ajuste de cuentas con la memoria colectiva?

Santiago, 15/10/1992

Me llamó la atención hace muchos años, al leer las novelas de Balzac, cómo el autor "fijaba" el carácter de uno o los movimientos de otro, dejando constancia del tipo de mirada, de la risa, del modo de poner las manos, de caminar, de hacer su entrada en los salones o en los tugurios. La sociedad —para él— se asemejaba a la naturaleza, y no desdeña tomar modelo en la zoología. "Las diferencias entre un soldado, un obrero, un administrador, un abogado, un ocioso, un sabio, un hombre de Estado, un comerciante, un marino, un poeta, un pobre, un sacerdote —explica Balzac—, son, aunque más difíciles de captar, tan considerables como las que distinguen al lobo, al león, al asno, al cuervo, al tiburón, al buey marino, a la oveja... Han existido, pues, y existirán siempre, especies sociales como hay especies zoológicas. Si Buffon ha realizado una magnífica obra intentando representar en un libro el conjunto de la zoología, ¿no estará también por hacer una obra del mismo género con respecto a la sociedad?"

Muerto ya el mundo como lo viera Cuvier, en la novela moderna ha surgido una variable de los modelos balzacianos. En las páginas finales de "A la sombra de las muchachas en flor", Proust examina el Balbec que comienza a ser abandonado por los últimos ricos y las postreras beldades, entonces el narrador, que va a comer unas patatas a la inglesa, colocadas alrededor del cordero Pauilhac, se fija en un mozo: era uno "de esos criados, muy alto, empenachado con magnífica cabellera negra, la cara pintada de un color que recordaba, más que la especie humana, determinadas especies de aves raras, y que corría sin cesar, al parecer sin objeto alguno, de un lado para otro, trayendo a la memoria del que lo miraba el recuerdo de alguno de esos guacamayos que llenan toda la gran pajarera de un jardín zoológico con su colorido ardiente y su incomprensible agitación".

Santiago, 16/10/1992

Lectura de los cinco volúmenes de Cecil Beaton. En el último tomo (*The Parting Years. Diaries 1963-1974*), un conjunto de anécdotas chispeantes, de quejas, de consolidaciones afectivas, de distancias, de muertes, de representación. A Beaton le asiste el humor. En diciembre de 1971 deja que Kitty Miller, *during a draggins*

conversation, pueda decir: *I knew Proust*. Beaton agrega: *Suddenly everyone was on the edge of their seats. "Tell us what was he like?" Kitty answered: Ghastly, darling!* La palabra *ghastly* equivale a nuestro cadavérico, y se refiere a los niveles en los que alguien, en calidad de "espantoso" se anticipa a la estada en la morgue.

Otro texto se refiere a la muerte de Eduardo VIII y se fecha en París el 28 de mayo de 1972: *I woke early to hear Lilia Ralli's familiar chirp announcing the dead of the Duke of Windsor. I felt callously indifferent, no pang of nostalgia. Certainly he had been a great figure in my adolescence, full of charm and dash, glamorous, and a good Prince of Wales. Then the sensational abdication and marriage. As a photographer, I came into that scene in a big way, but throughout the years the Duke had never shown any affection for or interest in me. In fact, perhaps rather presumptuously, I felt he disliked me. It was only at the last meeting when I went to have a drink with "Darby and Joan", and all his men friends were dead, that he thawed towards me, and talked about the "old times". He was always cold in his friendships, and could cut them off overnight. He was inclined to be silly. When James-Pope-Hennessy told him he was writing a book, about Trollope, he roared with laughter and turned to Wallis saying: 'E's writing a book about a trollop'. I'm sorry for the Duchess. She will be sad. Another milestone passed.*

La gracia del equívoco viene de la hilaridad que el juego de palabras tiene. Se habla del novelista Anthony Trollope. El duque oye —o finge que lo hace— *trollop*, que quiere decir "buscona", "puta" y hasta "hembra desaliñada". Algunos chilenos que conocí vieron al príncipe de Gales en algunas de sus visitas. Lo definen como un gran vividor y, uno de ellos, muy fino, me dijo sin ambages: "¿Si era divertido? ¿Y se atreve a usar usted ese término? No era otra cosa que un ebrio consuetudinario a quien llevaban en brazos al hotel sus guardaespaldas".

Otros retratos de Beaton tienen que ver con Greta Garbo, Somerset Maugham, Augustus John, Noel Coward, John Gielgud, "Larry" Oliver, Francis Bacon, Diaghilev, Lifar, Coco Chanel, Marlene Dietrich y Evelyn Waugh, a quien llena de injurias por no conformarse con ser un gran escritor, sino vivir intentando sentirse un noble, un duque o algo así, o de aceptar que era un gran tragón, del tipo de Cyril Connolly, el autor de uno de los libros ingleses más notables de los años treinta: *The Unquiet Grave*.

Santiago, 17/10/1992

Leibniz se refiere a las distintas visiones de los profetas y pone en claro que ellas tienen que ver con el mundo que les es propio o natural, lo que ven de continuo, o el oficio que poseen, o al papel de su poderosa imaginación. En una carta a la duquesa Sofía (12 a 23 de octubre de 1691) le dice que "Dios no hace milagros superfluos", adecuándose en toda ocasión a su carácter de Dios. "Imagino —agrega— a veces que Ezequiel había aprendido arquitectura, o que era ingeniero de la Corte, porque tiene visiones maravillosas y contempla bellos edificios. En cambio, un profeta campesino, como Oseas o Amós, no ve más que paisajes o escenas rústicas, mientras que Daniel, que era un hombre de Estado, regula las

cuatro Monarquías del mundo". Sobre los milagros y visiones de una duquesa, vela la ironía, temiendo que ella haya particularizado en exceso los acontecimientos. Los grandes profetas —infiere Leibniz— pueden llegar a enseñarnos el porvenir en sus detalles, pero para eso se requiere el tener "gracias sobrenaturales". La conclusión es terminante: resulta imposible "que un espíritu limitado —por penetrante que sea— pueda lograrlo". Sin embargo, admite que "una pequeña bagatela" cambie todo el curso de los acontecimientos generales, por ejemplo una bala de plomo puede alcanzar la cabeza de un experto general, "y eso hará perder la batalla"; o bien "un melón comido importunamente hará que muera un rey...".

Santiago, 18/10/1992

Meditación de hoy sobre Gérard de Nerval, a propósito del libro de Albert Béguin. A veces pretendía que daba lo mismo examinarse en La Sorbonne o recibir la pena capital. La realidad era, para él, como ir de pasadizo en pasadizo. Los paisajes, que otro podría estimar como visiones, él los incluía en un cruce por las calles de París, de noche. Ir, por ejemplo, desde el Puente Nuevo al barrio de los mercados. Piensa, ante todo, en salvarse, y va a las iglesias para oír al sacerdote. Lo que pueda éste decir y él entran en consonancia. En San Eustaquio, un día, siente que las oraciones las dirige él o le están dirigidas. Un círculo del Infierno puede hallarse en su mente, o en el Pantin canalla del París de las "sombras equívocas". Un día, en medio del delirio, llega a la casa de su amigo, el poeta Heine. Éste lo traslada al hospital. Nerval quiere sacrificarse, pero entiende que el lenguaje de los médicos (con excepción del que lleva al bondadoso doctor Blanche a usar el sistema de Nerval y darle no un tratamiento, sino un enorme afecto) no basta. Sabe el poeta que el sueño es una segunda vida y escribe: "No he podido rebasar sin estremecerme esas puertas de marfil o de cuerno que nos separan del *mundo invisible*. Los primeros instantes del dormir tienen la imagen de la muerte; un torpor nebuloso se apodera de nuestro pensamiento y no podemos determinar el instante preciso en que el 'yo', con otra forma, *continúa la labor de la existencia*. Es un subterráneo vago que se ilumina poco a poco y donde se desprenden de la sombra y de la noche las pálidas figuras, gravemente inmóviles, que habitan la morada de los limbos. Entonces el cuadro se va formando, una claridad nueva ilumina y pone en juego esas apariciones raras: *el mundo de los Espíritus se abre para nosotros*".

Nerval va excavando en sí mismo. A veces se divide, sigue los pasos del Otro, pero teme que los méritos y los hallazgos, el amor, sean para ese Otro. Podría, incluso, llegar a quitarle el beso de Silvia. Se va por las calles de París para encontrarse, eludiendo la presencia del Otro, aunque aceptando la divinización de éste. Podrá mirar a París desde la barrera de Passy, o detenerse en la puerta de Saint-Denis y exige ser amado. Quiere dejar atrás el pecado. Y salvarse. Desea purificarse, sin más, "ser lavado en una alberca grande como el océano". Su gran dolor le hace, sin embargo, ser dueño del "pudor del sufrimiento". Mucho antes

de ir a colgarse en el Callejón de la Vieja Linterna, habla de prepararse "para la vida venidera como para el sueño". ¿Es que aún Nerval piensa en ser el Ave Fénix? ¿No podría serlo en verdad?

Santiago, 19/10/1992

Música para cello de Juan Sebastián Bach. Lectura de las "Cartas" de Søren Kierkegaard. Las que escribe a Regina Olsen, su novia, a quien poco a poco va distanciando, a fin de ir desplazándola por los deberes religiosos, los escritos, los sermones y las enseñanzas de Schelling. Al parecer, en todo ella luce la impostura. No se trata de otra cosa que de un distanciamiento objetivo de la pasión, un deseo de convertirse en el "gran solitario" o el "campeón de la interioridad". El pastor danés es —lo que se demuestra en su idea de don Juan, que expresa en "Diario de un seductor"— un burlador que no se burla. Aunque parezca que ocurre otra cosa en el supuesto uso de la ignominia con Regina. En las "Cartas" se reproducen además las que enviara a Emil Bösen, alma entrañable que se convierte en el confidente casi silencioso de Kierkegaard. En una de las cartas a Regina explica: "Si me hubiera sido posible 'seducirte', si con una satisfacción egoísta pudiera llamarte 'mía', ¡oh!, qué pobre sería yo en mi riqueza y qué vano mi goce; pues sólo el que es libre puede darse y cuanto más libre es más tiene para prodigar. Por eso, cada vez que te digo 'mía' es porque me cercioro de nuevo en la abundancia que poseo. Un momento te has separado de mí para unirme a mí más estrechamente todavía. El que se posee, posee la mayor riqueza, y aun si un hombre poseyera el mundo entero, tú tienes más abundancia que un príncipe oriental, tú, mi Regina, eres más pródiga y más gozosa prodigando que lo que nadie puede serlo".

Al comienzo, a Regina le es asignado un papel. Porque él la nombra, la recrea y la inventa. Le habla en términos del ser y de lo absoluto. Regina puede llegar a ser, como se ha dicho, una nueva Verónica capaz de poseer en su pañuelo la imagen de un nuevo Cristo —Kierkegaard— (vid. carta 16 y la observación de Carlos Correas). Kierkegaard decide ponerse máscaras, creando heterónimos (Hilarius, el Encuadernador; Frater Taciturnus). Y cuando Johannes, el don Juan de su novela, establece las bases de su acción, ha de tomar a su cargo el carácter de Gran Impostor. Regina conoció a Kierkegaard en 1837, cuando ella tenía catorce años; hubo compromiso en 1840, y éste se rompió por parte de él un 11 de octubre de 1841. Regina, dos años más tarde, se comprometió con su antiguo novio y se casó con él en 1847. Vivió largos años y nadie conversó con ella (que yo sepa) sobre su ex novio. Regina murió en 1902, a los 79 años. En el "Diario Íntimo", Søren Kierkegaard escribe, en 1848: "Aquella jovencita me ha roto los cascos durante bastante tiempo. Pero no murió, sino que se ha casado y es feliz. Se lo dije el mismo día (de nuestra separación) hace seis años, y fui llamado el más infame de todos los infames canallas. ¡Vaya, vaya!". Antes, en el "Diario" (Berlín, 17 de mayo de 1843) había anotado: "Si hubiera tenido fe no me habría separado

de Regina; ahora lo comprendo. Demos gracias a Dios. Estaba a punto de perder el juicio, en estos últimos tiempos. Humanamente hablando me he portado con ella en forma razonable. Tal vez no debí haberme comprometido jamás; pero a partir de este momento he actuado frente a ella con perfecta honestidad. Desde un punto de vista estético y caballeresco la he amado mucho más de lo que ella me ha amado; de lo contrario no se hubiera mostrado petulante conmigo, ni me habría angustiado con sus chillidos. De esta suerte he comenzado ahora a escribir un relato titulado "¿Culpable o no culpable?" (se halla incluido en "Etapas del camino de la vida"), que naturalmente ha de contener cosas capaces de maravillar al mundo, pues en un año y medio he vivido en mi interior tanta poesía como pueda caber en todas las novelas que hayan sido escritas". Lo extraño es que esas novelas a que alude más bien parecen una anunciación, la de esos libros que iba a escribir Franz Kafka, quien, urdiendo la tela de araña magnífica logró llevar a cabo lo que pretendió el extraño danés.

Santiago, 20/10/1992

Los videntes —con máscaras de utopistas— imaginan el mundo que ha de venir. No se mueven en el terreno de la básica sospecha y prefieren ensanchar el horizonte ofreciéndose a sí mismos la hermenéutica del "otro lugar", o aplazando las resoluciones en una de las teorías que reflexionan sobre la "actividad limitada" (*bestimmte Lebenskreise*). He leído una obra maestra breve de Walter Benjamín, en sus "Tesis de la filosofía de la historia". La que lleva el número XVIII (B) me parece que sirve como parábola eficiente: "Los adivinos no consideraban el tiempo, ciertamente, como homogéneo ni vacío; trataban de extraer lo que se oculta en su seno. Quien tenga presente esto puede quizás llegar a hacerse una idea de la forma en que el pasado era aprehendido en la memoria, es decir, en sí misma. Se sabe que a los judíos les estaba prohibido investigar el futuro. En cambio, la Torá y la plegaria les instruían en cuanto a la memoria. Eso los liberaba de la fascinación del futuro, a la que sucumben aquellos que buscan información en los adivinos. A pesar de esto, el futuro no se convirtió para los judíos en un tiempo homogéneo y vacío. Porque en dicho futuro cada segundo era la pequeña puerta por la que podía entrar el Mesías".

Muy a la Baudelaire, los ojos puestos en el futuro han de velar lo que miran, pueden convertirse en espléndidos pozos negros, emancipándose de la visión para aceptar el carácter definitivo de la desesperación. Las lágrimas histéricas por el pasado que perdimos (*hysterical tears*, dice el autor de "Las flores del mal") nos mete de lleno en la interpretación, y nos lleva a filtrar ese pasado. ¿Imaginan ustedes que el futuro de K., el agrimensor, fuese leído en los palimpsestos del Castillo, convirtiendo todo lo que le es propio en Ley Natural, en el Mundo Real, en la Verdad Absoluta?

Los sueños. Hay un episodio de la "Ilíada" en el cual Aquiles desea saber cuál es la actitud de Apolo. Estima necesario llevar a cabo la consulta con un adivino, un sacerdote o un *oneirópolos*, que interpreta los sueños. Artemidoro (siglo II después de Cristo) dejó un curioso tratado que llamó "Interpretación de los sueños", en donde hay muchísimas curiosidades, muy propias de lo que conocíamos por Plinio, pero, y más tarde, también podríamos leer en Freud. En su libro anota Artemidoro: "Igual que en un líquido, si uno lo remueve violentamente, unas veces no aparece reflejada imagen alguna, y otras veces sí aparece, pero completamente distorsionado, de manera que parece distinta de cómo es, mas cuando está en reposo, las imágenes son precisas y visibles, así también en sueños las imágenes y los movimientos residuales que resultan de las sensaciones unas veces se desvanecen completamente por causa del citado movimiento, en caso de que sea mayor, si bien otras veces aparecen las visiones, pero confusas y monstruosas, y los sueños incoherentes, como les ocurre a los melancólicos, a los que tienen fiebre y a los que están embriagados".

Lo que sorprende en muchos sueños es cómo uno, mientras sueña, pone en tensión el cuerpo hasta hacerlo concebir que trabaja vertiginosamente para salir de un sitio nefasto o evitar una caída, o ir viendo cómo se deshace de ataduras que lo ponen en condición de víctima futura de alguien. Al despertar, sabemos que nos duelen los dientes (los cuales hemos hecho presumiblemente dar uno con el otro, en el esfuerzo de profundidad) o que nuestros nervios están de tal modo expuestos al dolor que parecemos venir de una travesura ardua. A veces, aún soñamos que tocando un instrumento de cuerda nos pusimos de tal manera tensos que al despertar, el dolor está ahí. No es mala ocasión, en ese instante, de tener presente que la voz griega *neûra* significa, a la vez, "cuerdas" de instrumentos musicales como "nervios" o "tendones". Lo que más llama la atención en el libro de Artemidoro es que él dedique una parte de su obra a estudiar los sueños sexuales con la madre o las relaciones contra natura, de un modo moderno que resulta asombroso.

De las páginas hermosas sobre el soñar y el pasado, hay una que Proust compuso en "El mundo de los Guermantes". Se trata de una noche en la cual, yendo a visitar a Saint-Loup, ha soñado con una peregrinación, la que hace a los lugares del pasado, entrando nuevamente en una casa, al modo de un joven de otro tiempo. "Donde más vale encontrar los lugares fijos contemporáneos de diferentes años —escribe— es en nosotros mismos. Para eso es para lo que puede servirnos, hasta cierto punto, una gran fatiga que sigue a una buena noche. Pero éstas, por lo menos, para hacernos bajar a las galerías más subterráneas del sueño, en que ningún reflejo de la vigilia, en que ningún fulgor de memoria alumbraba ya el monólogo interior, si es que éste no cesa en ese punto, remueven también el suelo y el subsuelo de nuestro cuerpo que nos hacen volver a encontrar allí donde

nuestros músculos se hunden y retuercen sus ramificaciones y aspiran la vida nueva, el jardín en que hemos sido niños. No hace falta viajar para volverlo a ver; lo que hay que hacer es descender para encontrarlo de nuevo. Lo que la tierra ha cubierto ya no está sobre ella, sino debajo; no basta con la excursión para visitar la ciudad muerta; son necesarias las excavaciones. Pero ya se verá cómo ciertas impresiones fugitivas y fortuitas nos retrotraen mucho mejor aún hacia el pasado, con una precisión más aguda, con un vuelo más ligero, más inmaterial, más vertiginoso, más infalible, más inmortal, que esas dislocaciones orgánicas”.

Santiago, 22/10/1992

Ya hay un Gorbachov en China. Se llama Zhu Rongji y no quiere que su nombre ni su comportamiento político se vinculen con los del político ruso. Si bien está de acuerdo con las “reformas profundas”, eliminando el parasitismo oficial, las prácticas arcaicas en la economía. Tiene 64 años y es casi un niño si se le compara con Deng Xiaoping, quien pasó largamente de los 80. “Aliviar los controles económicos” es el lema actual. Modernizar a China es la misión de los próximos años. Empezará a funcionar el país en esta dirección si uno se atiene a la experiencia sobre el realismo pragmático de los orientales, definida por Borges en aquello de “todo se les vuelve dragón a los chinos”.

Santiago, 23/10/1992

Vivir sin la idea de expiación o de “valle de lágrimas”. Así debería ser, tal como lo entendieron los etruscos. Ivan Karamazov dice que se ha preguntado muchas veces si hay una desesperación en el mundo que sea capaz de vencer en él “esa loca y puede que hasta indecente sed de vida”. Vive, a los 23 años, apurando su sed de vida y le concede a ésta “una condición hasta cierto punto karamazoviana”.

Santiago, 24/10/1992

Los tontos se agolpan. Vi en un programa de televisión cómo los japoneses que se precian de finos consumen, ante las cámaras, una comida que consta de trozos de víbora macerados en la orina del ofidio, la cual es puesta “a punto” mediante el alcohol de calidad que le hacen beber. Cada porción vale 4 mil dólares. Vi a un par de idiotas comiendo y disfrutando del manjar. Después, y pasando la ira, lectura de un libro bello de Ernesto Renán, “Cristianismo y judaísmo”.

Santiago, 25/10/1992

Un libro clásico sobre Dostoiewski, por Mijaíl M. Batjin (“Problemas de la poética de Dostoiewski”). El autor de “Crimen y castigo” fue nadie en Europa, y los escritores rusos admirados y conocidos eran Turgéniev y Tolstoi, sobre todo el

primero, que frecuentaba la tertulia de los Goncourt, era amigo entrañable de Flaubert, hablaba y escribía en francés y leía de todo, además de pasar temporadas en casa de su amiga francesa. Dostoiewski comenzó a tener existencia literaria cuando ese embajador de lujo que fue Melchior de Vogüé habló de él a los editores franceses, recomendándoles que sacrificasen un poco las utilidades (se asustaban por la extensión de los libros de Dostoiewski, pero no por la de las novelas de Zola). Cita Batjín a Leonid Grossman: "Dostoiewski nunca experimentó la aversión característica en las personas de su tipo hacia la hoja de periódico, aquel despectivo asco por la prensa cotidiana que abiertamente expresaron Hoffmann, Schopenhauer o Flaubert. A diferencia de ellos, Dostoiewski gustaba de sumergirse en las informaciones periodísticas, reprochaba a los escritores actuales por su indiferencia con respecto 'a los hechos más reales e inexplicables', y con la intuición de un auténtico periodista sabía reconstruir el aspecto total del instante histórico corriente a partir de los detalles fraccionados del día de ayer. '¿Usted está suscrita a algún periódico?' —pregunta en 1867 a una de sus corresponsales. Lea, por Dios, hoy no se puede vivir de otra manera, no es la moda, se trata de que el vínculo visible de todos los asuntos particulares y generales se vuelva más pronunciado y claro..."

No quiso el novelista, pese a lo profunda de su preocupación religiosa, convertirse en predicador, en doctrinero o en un sutil espía del cielo. Ni fue una especie de *Kierkegaard* o guardián de iglesia, sino que pretendió unir al cielo y a la tierra, escombrando todo de dudas, dando pábulo a la ideología que eleva o permite reptar, a mitad de camino entre el santo y el pecador. Sorprende cómo Freud, en su breve ensayo sobre el escritor ruso, indaga acerca de la mente humana y la psicología. "Con base en un realismo completo —escribe Dostoiewski—, *encontrar al hombre en el hombre...* Me dicen psicólogo: no es verdad, yo sólo soy realista en un sentido superior, es decir, represento todas *las profundidades del alma humana*",

Santiago, 26/10/1992

El orden, mi paisaje natural. Lo mantengo casi siempre fijo, con dilatada prolijidad. Me niego a vivir a lo que salga. Me irrita lo incierto. Sé bien que el paisaje no tiene mirada, pero lo observo para sorprender en él los signos que posee, ya en su carácter de objeto, de lugar domesticado, de barbarie, de ruina, de pérdida, de fracaso, transformación o temporalidad. Todo el llamado "saber de la contingencia" me interesa. Y trato de lograr que se me ofrezca su integridad, el *integrum*, lo "entero". Me interesa lo que los alemanes denominan "iluminar-abrir". Nota al margen: leer el ensayo de Paul Ricoeur sobre Sigmund Freud. Leer una vez más el *Tractatus* de Wittgenstein. Leer la novela de Bataille, "El azul del cielo". En ella Simone Weil es un personaje importante.

Voy a escribir sobre el doctor Johnson, movido por la lectura de un espléndido capítulo sobre él que escribiera Julien Green en "Suite inglesa". No sólo era Johnson el hombre del "Diccionario", pues alguien que logró escribir las "Vidas de los poetas" merecía mejor suerte que la de ser recordado sólo como lexicógrafo. Si bien tomaba lo pequeño como lo grande sin escatimar esfuerzos, por hábito, porque pensaba sobre la marcha, no se le puede desconocer una virtud: era capaz de reconocer cómo y por qué se había equivocado, lo cual no le impedía decir a alguien que no merecía su atención o usar el epigrama o el comentario para exaltar o apabullar. En el célebre libro de Boswell sobre Johnson se muestra cómo se ponía a trabajar su gran cerebro (y esto lo recuerda Chesterton con agudeza) y darse a hallar la solución de un problema, aunque no fuese sino referencia lateral o baladí. Pretendía dar respuesta precisa al "más extravagante despliegue metafísico" como dar cuenta de la "más trivial dificultad de dinero o de ropa". Su primera actitud parecía ser siempre "amable e imparcial", y la montaña se esforzaba "en dar a luz al ratón, pero con tal de que el ratón tuviera vida". Green lo encontraba a menudo capaz de suscitar cuestiones enfáticas, tanto si bebía té en la rebotica como si se hallaba en el llamado Club Literario, fundado en 1764 por sir Joshua Reynolds. Y no sólo lo fundó, sino que se dio maña para pedir que concurrieran a sus reuniones e ingenios de nota, como Burke y Goldsmith. Más tarde, ya instalados en el "Cabeza de Turco", en Soho, se agregaron al grupo Garrick, el actor, Thomas Warton, Adam Smith, Fox, Sheridan, Gibbon, Burney, Malone —el editor de Boswell— y, por cierto, Boswell, quien durante veinte años oyó monologar a Johnson y, al llegar a su casa, por las noches, transcribía dichas charlas hasta en los dichos menores.

A veces, Johnson no tenía cómo pagar las deudas. Una vez fue a la cárcel —como De Foe— por ellas y, gracias a Richardson, el autor de "Clarissa", se libró de permanecer en el lugar un tiempo largo. Vivía —o más bien sobrevivía— de cualquier modo. Para evitar el caos y la ruina que acechaban, escribía sobre cualquier cosa que se le pidiese, sin ensombrear o puntuar el texto con yerros o desaciertos. Dignificaba las contingencias de su penuria sin dar tregua a la excelencia del desafío de la escritura. Así, pudo "armar", en 1754, el "Diccionario". Green dice que a veces el cultismo enreda las definiciones o, por lo menos, las oculta un poco al lector. Sabido es que para Johnson un lexicógrafo era un inofensivo mozo de cuerda. Tenía manías notables, como la de tocar día a día un poste determinado de Fleet Street, o de acumular, sin razón manifiesta, cáscaras de naranja en el fondo de un armario. No sabía callar. De Rousseau dijo que era un malvado y que no vacilaría en firmar un decreto para deportarlo y ponerlo a trabajar en las plantaciones. Boswell le dijo que si podía compararle con Voltaire, y Johnson replicó: "Es difícil decidir qué proporción de iniquidad hay entre ellos". Quiso ver colgados a los norteamericanos; tenía pésima opinión debido a que una

vez vio en Francia a una señora escupir el suelo y luego frotar el piso con la punta del pie y, en forma reiterada, manifestaba el temor de no encontrarse en el grupo de los elegidos a la hora del Juicio Final.

Tenía ojo de águila para ver y describir los problemas de los otros, usando a veces la ironía o el descrédito, permitiéndose, a modo de equilibrio, una ironía tan perfecta como si usase la cerbatana en el colodrillo del prójimo. Una vez explicó que su "pobre amigo" Smart solía arrodillarse en la calle para decir sus oraciones, lo cual venía a ser indiscreto y podía permitir a los otros un pensamiento inútil, el de considerarlo como un chiflado. Una vez terminado el introito, Johnson agregaba que si bien es asunto muy loco el decir oraciones en la calle, mucho más lamentable resulta no decirlas en absoluto. En cierta ocasión díjole un escocés, con petulancia, que "al fin y al cabo, Dios había hecho a Escocia". "No debe olvidar usted —respondió Johnson— "que la hizo para los escoceses; las comparaciones son odiosas, pero Dios también hizo el Infierno". Lo cierto es que su "conversación" era siempre un monólogo y lo que decía era irrevocable. Me agrada citar el ejemplo de ello tal como lo expone Green: "Cuando Johnson había dicho que, en el próximo invierno, las golondrinas vuelan en redondo para aturdirse y se dejan caer al fondo de los ríos donde pasan la estación fría, lo mejor que podía hacerse era no poner en cuestión este aserto extraño, y callar, aunque se piense lo contrario. Las estupideces más enormes que salían de la boca de Johnson adoptaban en efecto yo no sé qué acento de veracidad debido sin duda al estilo del orador, a la simetría perfecta de sus frases y a su temible arsenal de palabras cultas con desinencias latinas". Las frases de Johnson tenían el efecto mortal de un estilete siciliano, probando con él mismo cómo es posible escribir sin desmayo, iluminando el mundo y dando alegría al género humano.

Viña del Mar, 28/10/1992

Arrasé con un puñado de historias de Maigret, veinte o más. Eran las que escribía Simenon en tres semanas para acrecentar la dicha del lector. Algunas no las conocía y hallé una espléndida: "Maigret se defiende" (1951). El comisario tiene cincuenta y dos años, le quedan unos meses para las vacaciones y pronto estará disfrutando de la jubilación. De pronto se ve envuelto en una trampa, pues lo acusan de algo que no ha hecho y tiene que defenderse. En estos libros hay un matiz de la vida, un tono, una frase, algunas memoraciones, una música o un color que llevan a la felicidad. Por ejemplo, sentir los días de marzo en el París lluvioso; o los muelles, los bares, las carnicerías, La Villette, Quai-des-Orfèvres, Pigalle, las proximidades de la gare du Nord, en donde las nubes se reflejan en los charcos, como si fuese un cuadro de Sisley. El canal Saint-Martin, la melancolía del Parc Monceau y el genio íntimo de la place des Vosges, o tal vez el paseo de las prostitutas que hacen la calle en la proximidad de la puerta de Saint-Denis, en medio de las frutas y de las verduras, los árabes y los ciclistas y el sonido de la alarma de la policía.

Maigret ha parecido estar siempre en el presente, "con la impresión de las cosas vividas hace ya mucho tiempo". Me gusta leer esos instantes fugaces en los que se encuentra con una beldad de antaño, o con Lucas, o con un compañero de escuela, de esos días de Saint-Fiacre, en las seis o siete calles pequeñas, breves como una sentencia de Borges, en las proximidades de La Bastilla. A veces conoce a una persona que da en no hablar y entonces, Maigret pesa las palabras porque las halla demasiado preciosas y no quiere despabilarlas en o por nada. Valen más estas novelas que suelen terminar en el semitono que aquellas de la familia de las de *terminus ad quem*. Todo me atrae: los hoteles de paso; las esclusas; los muelles del Sena; el habla escueta de los soplonos y las que conducen a la exposición del dolor o de la experiencia humanos.

Hoy, el viento, en Viña del Mar, pajarea en la solidez de lo plomizo. Pienso, mientras recorro las primeras páginas de "Maigret y el extraño vagabundo" (1963) en cómo un ser humano puede ver en su vida, al mismo tiempo, el triunfo y la derrota, siendo ambas poco más que nada, poco más que todo, algo menos que un absoluto. El movimiento de una grúa, el chapoteo de un objeto que cae, o es arrojado al agua, el vuelo rasante de unas gaviotas, el encanto de la noche que apenas se diferencia del día, en el fervor de la costumbre. El plomo del día se ennegrece, y una frase del final de los sueños se deja traslucir en la expresión que uso sin pormenores: "Yo no quiero nada..."

Santiago, 29/10/1992

Divagaciones del atardecer. Los versos de Dante Gabriel Rossetti: *I have been here before, / But when or how I cannot tell: / I know the grass beyond the door, / The sweet keen smell, / The sighing sound, the lights around the shore...*

Santiago, 30/10/1992

El gran "Nadie", ese Nemo urdemales que es Odiseo, el homérico, ya ha herido al Cíclope y allí nace como un heterónimo del hombre de Itaca. Polifemo queda atrás, es el gran engañado y tiene un sello trágico como el rey Lear. El mundo está lleno de los que son "Nadie". Lo es Smerdiakov, como también Mermeladov, y aun el trágico Kirilov de "Demonios". Los rusos eran especialistas en la búsqueda de la anulación, del anonadamiento. En un prólogo que puso Borges a "La invención de Morel", la novela de Adolfo Bioy Casares, deja dicho que los rusos "han demostrado hasta el hastío que nada es imposible: suicidas por felicidad, asesinos por benevolencia, personas que se adoran hasta el punto de separarse para siempre, delatores por fervor o por humildad". Adam debe ser el primer Nadie. Por lo menos lo fue antes del "soplo", el *pneuma* que ha de convertirlo, por decisión de Dios, en Adam.

Santiago, 31/10/1992

Me dicen que la noción de *kibbutz*, originada en el corazón de las ideas socialistas de los pioneros, ha caído en crisis en tiempos del libre mercado en Israel. "Hacer dinero" se ha convertido en una voz de los deseos colectivos. Quiero recordar que la idea del *kibbutz* ya se encuentra en Ezequiel: "Como suavísimo timiama ("inciensio", "perfume"), así me seréis agradables, cuando os haya sacado de entre las naciones (*min ha'ammim*), y os haya recogido (*gibbasti*, que da en el hebreo la voz moderna *kibbutz*) de todas las regiones por las cuales estaréis dispersos (*nephôsôtem*, que tiene que ver con *tephûsa*, "diáspora"); y se hará manifiesta con vosotros mi santidad a los ojos de las naciones (*le-ene-ha-goyim*)". En Ezequiel, 20, 39, 41.

La mirada hacia los ídolos, dada en el mismo texto de Ezequiel es, por consiguiente, una noción ingrata a Dios, a partir de lo que el profeta llama "ídolos sucios". El dinero es uno de ellos.

Santiago, 1/11/1992

Veo la invención pictórica de Madame de Recamier por el pintor Magritte. Con o sin el antecedente del cuadro de David (1800). La perplejidad de la hermosa mujer, que ha sido reemplazada por su ícono, la muerte, en forma de ataúd puesto sobre el diván (1950), puliendo aún más que en la pintura de David los objetos que la fingen viviente: el candelabro, el escabel, el mismo diván y un trapo que simula ser parte del vestido. Me conmueve y asombra. Lo imaginario brota como un ennoblecimiento de la realidad, el desnudo en lo desnudo, objeto de la duración. En seguida, veo otra variación de Magritte sobre el tema textual, "Madame Récamier" (1967). Candelabro, sofá y féretro parecen sobrevenir de un revolotear de la materia, en el paso de lo derretido a lo vagamente sólido. Se trata, al parecer, de aquellos "falsos misterios" para desdeñar a los que se refirió el pintor en alguna oportunidad. Lleva, como lo pretendía siempre, a la pintura que va rumbo "a lo más lejos posible". Para así, me parece, asediar el límite.

Releo en una antigua edición francesa (Sociedad de Ediciones Louis-Michaud. 168 Boul. Saint-Germain. Paris), las fogosas cartas de Benjamín Constant a la Récamier. Comienza sin el menor control: "Literalmente, apenas puedo respirar mientras la escribo —dice. Su pasión "no es un amor ordinario", sino la disposición que da "todo el ardor y ninguno de sus límites". Se autocomplace en asediarla, definiéndose como "un hombre espiritual, adicto, valeroso, desinteresado, sensible, cuyas cualidades le han sido inútiles hasta hoy porque carece de la razón necesaria para dirigirlas". Cree que él ha merecido una reputación, a pesar de que su vida "ha sido devastada por las tempestades", procedentes de él y de otros. Al parecer, ella distancia, pone un muro, recomienda atenerse a la amistad y, sobre todo, da la impresión de oírlo con impaciencia. "Yo ya no soy yo" —grita Constant. "Solicito que no haya ya una regla en demostrarme su indiferencia, que no ahogue en su propio corazón la poca piedad que, según

declara, ha ahogado, cuando el espectáculo de mi tristeza le inducía a mostrarme algún pequeño signo de interés con el pretexto de que sería fomentar un sentimiento que usted quiere desanimar", murmura sin cejar en la empresa.

Dice que lo sostiene su adicción. Le habla de lo que él debe hacer, de Italia, de la empresa política y además de la turbación que experimenta, con la "devoradora impaciencia" que lo demuele. Ni siquiera se siente capaz de vivir en la misma ciudad en que ella vive. "Usted —le explica con ira— encanta a todo el mundo y no puede hacer la dicha de nadie". Le grita que cuando pase por Orsay piense en él y ofrece consagrarle "la vida entera". Durante el período de los Cien Días, Marmont, Chateaubriand, Lainé y Constant conspiraban en favor de la monarquía. El peligro que corre (según cuenta) podría ser "un signo de interés" por parte de ella y eso lo conduce a la alegría. Lo imaginario se desvanece en el espacio de un sueño romántico muy doloroso, el que no consigue impedir que sirva para aplazar sus deseos. Ve como algo muy necesario dejar en claro la humillación que recibe de continuo y sin freno. "Usted me priva de toda fuerza. ¿Qué le he hecho para causarme tanto mal? No la comprendo a usted. Nunca se ha mortificado por gusto, como usted hace; sin embargo le he permanecido adicto. Ya no espero el amor, ni un testimonio de benevolencia, ni una consideración", expresa. Se va a Bélgica, luego de declarar por carta todo lo que pasa por él. "Agradézcame —le susurra— el marchar sin haberle mostrado mi dolor, que es profundo. Sólo quiero acordarme de las ocasiones en que ha sido usted buena para mí. Todavía hoy la protege Dios y le da la fuerza de ser feliz, puesto que está usted lejos de serlo con su vida actual. Acuérdesse de mí y escríbame a Bruselas, lista de correos. Jamás hubo corazón tan devoto como el mío. La amo como si sólo me hubiese hecho bien. ¡Adiós, ángel encantador, querida Julieta, adiós!".

Con el paso de los años, ya en el lecho de muerte, otro, el gran Chateaubriand quiso casarse con ella. Madame de Récamier le dijo: "¿Matrimonio? ¿Para qué? A nuestra edad, ¿qué conveniencia puede oponerse a los cuidados que le proporciono? Si la soledad le entristece, pronta estoy a establecerme en la misma casa suya. El mundo, estoy segura, hará justicia a la pureza de nuestras relaciones. Si fuéramos más jóvenes no vacilaría. Aceptaría con júbilo el derecho de consagrarle mi vida. Este derecho, la edad y la ceguera me lo han dado. No cambiemos nada en un cariño perfecto". Se acerca 1848 y con ello el fin de la monarquía de Luis Felipe. Victor Hugo, hablando de las últimas visitas de ella a Chateaubriand (él, parálitico; ella, ciega) refiere: "Aquello era conmovedor y triste. La mujer que ya no veía buscaba al hombre que no sentía ya. Sus manos se encontraban. ¡Bendito sea Dios! Se va a cesar de vivir, y se ama todavía". Las cartas lejanas de Benjamín Constant son hoy sólo una nube de humo. Como el héroe de su novela "Adolfo" (1816), Constant tiene que haber experimentado rencor, y quizás la misma clase de dolor que siente el héroe cuando la bella polaca a quien acosa lo pone a distancia. En la novela, sin embargo, le es posible modificar la realidad del rechazo, abriendo paso el mutuo imperio del "enternecimiento". Y vuelve ahora

a las obras de Magritte: se trata de oír el grito de Nietzsche: "¡cuiden de que no los aplaste una estatua!".

Santiago, 2/11/1992

Diez días de la muerte de Humberto Díaz-Casanueva. No olvido cómo lo veía, cruzando los patios del antiguo Instituto Pedagógico, de Alameda con Cumming, llevando los libros de Dilthey que había usado en clases. Lo rodeaban el respeto, la admiración, el fulgor de un poeta para quien la poesía alemana constituía un saber y un sentir. Se sabía que rilkeanamente alguien, de entre los ángeles, lo llamaba. Rilke, Hölderlin, Goethe, Schiller, Von Kleist, Benn; y los franceses, Rimbaud, Nerval, Baudelaire. A veces, en conversaciones de patios, nos decía que era preciso leer *toda* la poesía o "*todo lo que vale sobre la poesía*". Por ejemplo, lo de Heidegger sobre Hölderlin. Lo que Schiller escribía acerca de la educación estética, o más aún, en prosa: el libro de Jung sobre el *Ulises*, de James Joyce. Yo ya admiraba el "Réquiem" de Humberto y le decía que era una cosmovisión de la muerte, no sólo una elegía personal. "¡No! ¡No! —me decía. La muerte es lo real, lo verdadero, el único gran drama, la huella insondable, porque lo demás es trastienda. La vida ya vivida nos consume, nos va dando de baja. No hay que mirarla como la que nos procura una *violenta escena*, sino como un gran salto, un giro que lo precipita todo, que nos mira cómo respiramos durante el último segundo del último acto".

Nunca quiso abdicar de su deber para con la humanidad. Así, luchar en contra del *apartheid* era seguir tomando seriamente las causas justas, evitando la inactividad. Esta era una rata ciega que merodeaba tapando las salidas de la vida, acorralándonos. Lo recuerdo comiendo y bebiendo, para validar así el estar vivo, con la conciencia de remover lo que la muerte propusiese como temor, imperfección o anticipo. O lo veo en un ir para no dejar atrás los ritos, afinando la aseveración *in situ*. Así, tomando en el cementerio de Baltimore —donde se hallaba la tumba de Poe— un trozo de reja. O una flor seca que había en la tumba de Alfred de Musset. O en África, tras los pasos de Rimbaud, o hallándole el sentido del color a una figura de Chagall en el Teatro de la Ópera, de París. Durante la dictadura se sintió atribulado, en la pura laceración, con el degüello, la tortura, la violación, raptos, muerte, exilio. ¡Se trataba de defender al hombre de la bestialidad de sus congéneres que lo aniquilaban en nombre del orden! Lo extrañaremos.

Santiago, 3/11/1992

Breve indagación sobre el origen de la palabra "mitra". Fue primitivamente una especie de cinta para ceñir la cabeza (Joan Corominas), y también la tiara o turbante de los persas. La primera documentación española de la voz se halla registrada en Gonzalo de Berceo. Es, además, el gorro frigio y después se convirtió

en mitra obispal. El llamado "gorro de la libertad" parece relacionarse con el que se empleó en el culto de Mitra. Leo en Georges Dumézil ("Nostradamus. Sócrates", 1984) que el pueblo de París llamó a Luis XVI, su esposa y su hijo, *le boulanger, la boulangère et le petit mitron*. Resulta claro, en francés, que *mitron* viene de "mitra", lo que permite no ver como anómalo que el padre sea "mitrado". Uno de los yerros del pueblo, en 1789, fue confundir a los profetas bíblicos con sus gorros o mitras de Oriente, tomándolas por coronas que estimaron propias de los Capetos, por lo cual, a lo menos las que se hallaban en Notre Dame, fueron quitadas de la iglesia, descabezadas y enterradas, hasta que fueron halladas, un siglo después y reinstaladas en su sitio. En los relieves encontrados en algunos lugares de Europa se puede ver el fundamento de una leyenda mitraica en un hombre joven que lleva un gorro cónico en el momento en que hunde el puñal en el costado de un toro que se sacrifica. En la mitología hindú, "Mitra" es el nombre dado al Sol (en los "Vedas" es dios del día, en tanto Varuna lo es de la noche).

Santiago, 4/11/1992

Al amanecer, música para ahuyentar los fantasmas. El "Salmo 111" de Antonio Vivaldi. Después, *Stabat Mater*, esa espléndida puesta en alma que se basa en el himno medieval de Jacopone de Todi. Después, lectura del "Discurso sobre las pasiones de amor", de Pascal. Y la frase que abre el día: "El hombre solo es siempre algo imperfecto; se necesita que halle un segundo ser para alcanzar la dicha", y en seguida, la agudeza del amor, el corazón que sabe del cómo y del sí. La larga espera, la viveza del amor y una contradanza, apresurando el movimiento de las nubes que se desplazan en lo azul.

Santiago, 5/11/1992

Entre viejos discos, hallé uno, de 1931 ó 32: "Quisiera ver una película hablada por ti". Días de Rudy Vallee, de la banda de Paul Whiteman, de Chevalier en "El desfile del amor". Llevé mi memoria a ciertas calles de París en donde, sin más, se debe haber oído, saliendo del fondo de una casa, *Plaisir d'amour* o un tema de Lucienne Boyer. De pronto mentalmente me detuve en la tienda del vendedor de pájaros que se halla cerca del Louvre. Y de ahí a los olores, los sonidos, los repiqueteos de la lluvia de verano en Avignon, y el recuerdo de una mujer, en 1983, tal vez marsellesa, que volvía extraña la "erre", dejándola pura, breve, violácea, inaudible. Me gustaría ahora oír una canción que pudiera llamarse "No se mata a los pobres tipos" (asunto que sé por Maigret). El asunto tendría que ver con alguien que ha bajado con una maleta vieja, caminando lentamente, de un tren que viene de Luxemburgo. Haría una paradilla en un café, posiblemente en *A L'Escargot*, en la *rue* de los Saint-Pères. La muerte lo aguardaría a la orilla de una esclusa, en el canal Saint-Martin. El día azul, amable, un gato en la ventana, un

ramo de violetas; una rubia sale a la calle a buscar pan. Los olores de París. Tal vez entonces, luego de que alguien, muy silenciosamente, le dispara desde una casa, y la maleta cae, se abre vacía. El cuerpo en tierra, una cámara seguiría tomando al gato que lo mira, la sangre que comienza a manchar la vereda. La voz de Henri Salvador dejaría oír un tema que pudo escribir el dúo Kosma-Prévert: "No se mata a los pobres tipos".

Santiago, 6/11/1992

Temí que el fin de las mitologías me quitase el placer de una reposición, y fui a ver —después de treinta años—, al Instituto Chileno-Francés, "Un mono en invierno", el film de Verneuil, con Jean Gabin y Jean-Paul Belmondo. Es la historia de un pequeño puerto muy próximo a Dieppe y a Deauville, que se llama Tigreville, durante la ocupación nazi, a fines del 43. Jean Gabin es el dueño del hotel. Se trata de un viejo normando que ha servido en el ejército en China y que en cada borrachera, se instala mentalmente a reconstruir su experiencia oriental, mientras canta al río Yan-Se-Kiang. En cuanto el alcohol lo amuebla se desplaza, en el prostíbulo, gritando su desprecio por los abstemios, por el presente, por el estado del mundo. Lo acompaña en la fiesta el tabernero del pueblo y beben hasta que es de día claro. Una noche, los aliados comienzan a bombardear la región. Es 1944 y la liberación se acerca. El pueblo parece venirse abajo con las bombas. Los alemanes huyen y quizás si los bombarderos quieren dar un ejemplo, terminando con Tigreville. Gabin promete no beber más si sale con vida de ésta, y si su mujer y el hotel se salvan. Ocurre.

Pasan muchos años y un día el pacífico Gabin, que no prueba una gota, ve llegar a un joven torero español (Belmondo) que vive de curda en curda. La mujer lo abandonó, carece de ilusiones y ha querido poner distancia con Madrid. Gabin lo mira, lo acepta, lo aloja en su hotel y da en aconsejarlo. Todo es nada. La mujer de Gabin lo mira. Sabe que su marido está a punto de recaer. Y el día llega. Belmondo es llevado por la policía por torear en bello estilo a los automóviles, en el camino principal, causando un fenomenal embotellamiento. Gabin lo vio, el día antes, ir a ver a la hija pequeña, que está en un internado de monjas, dejándola plantada posteriormente. Decide darle una lección y enseñarle a beber, al estilo Gabin. Van al prostíbulo, embuchan lo que venga, le habla a Belmondo de la China, del río, de los militares, de las grandes noches de antaño. Y del sentido de la vida. Es una escena de antología, con una cámara que se mueve a saltos; cruzan la calle, cantan a todo pulmón, irritando al vecindario y bailan los dos un tango: "Caminito". Después, usan la táctica militar y se toman el convento, comprometiendo a las monjas a entregar la niña al día siguiente, cuando estén cuerdos. En seguida, van a la tienda de un tipo al que llaman Landrú, lo sacan, tras comprarle todos los fuegos artificiales, los ponen en movimiento e iluminan alegremente el mundo, en medio de la ira del pueblo. El trabajo de Gabin, Belmondo y "Landrú" es de gran nivel farsesco. La idea de la piedad, el nihilismo

y la solidaridad me produce enorme placer. El final me pone en paz con mi viejo yo perdido y vuelto a encontrar.

Santiago, 7/11/1992

La máscara que el hombre se pone con el fin de entender se guarda en una "casa de locos" a la cual se ha referido Nietzsche.

Santiago, 8/11/1992

Pensar a Polonia en la novela "Rondó", de Kazymierz Brandys. El personaje Wlodeck tiene una "predisposición casi orgánica a la generalización" y quiere salvarse del naufragio mediante su pormenorizado "instinto de autodefensa". Tiene una idea de Polonia, como Ortega y Gasset la tenía de Andalucía o del amor o de la novela: "Las causas de la catástrofe residían en el vacío espiritual de nuestro sistema (1939-1945), en la apariencia ficticia de un estado suspendido en un vacío histórico, entre esloganes grotescos, ambiciones mezquinas y negocios privados. En aquel aire fétido toda idea creadora tenía que morir sofocada, todo había sido parodia, sombra deformada del pasado".

Si todo ello llevaba al período anterior a la guerra del 39, a la era del mariscal Pilsudski, el personaje puede afirmar que Pilsudski había sido el único "en darse plenamente cuenta de la *irrealidad polaca* y en tratar de darle dimensiones reales. Al servirse de los mitos, los anacronismos y las leyendas había construido la ficción de un poder, para sustituir los fundamentos concretos que no poseíamos ni estábamos en posibilidad de crear. Sabía muy bien que a un pueblo con complejo de esclavo era necesario ofrecerle la ilusión de la grandeza, y que esa ilusión debía transformarse en psicología, en carácter nacional, un carácter que tendría que sustituir el tejido material inexistente y transformar el atraso en fantasía". Y ahí, Wlodeck define aquella espesa trama en donde la nada se aminora, como "la realidad de lo irreal".

Santiago, 9/11/1992

El mundo se ensancha a partir de la contemplación de un bello grabado. Diez minutos de asombro frente al "Acróbata" (1952), de Henri Matisse. Un monumento capaz de convertir la contorsión de un hombre en la historia del cuerpo.

Santiago, 10/11/1992

¿Importa el nombre de cada cual? ¿Se trata de un accidente? *Omen, nomen*. El nombre, un presagio —dicen los latinos. Unamuno rastrea el étimo y obtiene la conclusión jurídico-moral: "el hombre, *nobilis*, es el que se debe a su nombre, *no-men*, derivados ambos, nombre y noble, de la misma radical *no-gno*, 'conocer'.

El nombre es la cualidad del noble, la ejecutoria de su nobleza. Noble significa —etimológicamente— ‘conocido’; y nombre, ‘conocimiento’.

Santiago, 11/11/1992

Durante la visita de Juan Pablo II a la parroquia romana de Lourdes se le oyó poner en claro algunas cosas relativas al otro mundo. Los italianos parecen mostrarse inquietos sobre qué los aguarda más allá. Ha dicho el Pontífice que en ese lugar no se morirá, pues se ha de ser “igual a los ángeles”. No existirá allí el amor físico, pues los resucitados “no tomarán esposo ni esposa, ni será necesario el ejercicio de la procreación”. Sin embargo, se ha de tener “la más alta respuesta a nuestra necesidad íntima de felicidad con la posesión directa del bien infinito: Dios”. El *Corriere Della Sera* dice que el Papa se refirió al tema debido a las dudas crecientes que los italianos tienen tanto por el trasmundo como por lo que ha de ocurrir en él. Encuestas más o menos recientes revelan que el 23,6% de los italianos no creen que haya vida después de la muerte, en tanto un 28% acepta la idea del Más Allá. Lo del infierno es menos aceptado. El 30% no cree; el 31% se declara más bien “inseguro”.

Santiago, 12/11/1992

Relectura del “Diario” de Samuel Pepys. Comenta la representación de “Sueño de una noche de verano”, a la que asistió el 29 de septiembre de 1662, hace trescientos treinta años. Está en el Teatro del Rey, de Londres: “La obra más insulsa y ridícula que he visto en mi vida”. El 18 de septiembre de 1661 anota: “Me levanté temprano y empezamos nuestra marcha; el camino de Puckridge muy malo y mi mujer, en el sitio más polvoriento de todos, se cayó, aunque sin hacerse daño, pero se llenó de polvo. Por último, empezó, pobre infeliz, a cansarse, y yo a enfadarme por ello, por lo que merezco reproches, pues es una compañera muy buena mientras está bien”. Después dedica páginas y páginas a la peste de Londres (1665-1666) y el Gran Incendio. El 10 de agosto de 1665 dice que hay pocas esperanzas de sobrevivir. “El estado de salud de la ciudad es tan malo que no puede contarse con vivir dos días”. Una nota sobre la peste. Tengo a mano la edición francesa de *Histoire de mon temps* (1713), de Gilbert Burnet, obispo de Salisbury. Expresa: *la peste avait chassé les pasteurs de Londres, sauf un petit nombre qui restèrent à leur poste. Quantité d'églises se trouvaient, fermées par suite de cette désertion, dans un momento où les habitants étaient mieux disposés que jamais à profiter des bons sermons.* John Dryden se refirió en su poema *Annus Mirabilis* a los horrores de la peste y del gran incendio.

Santiago, 13/11/1992

Clase sobre Proust (“El mundo de los Guermantes”). Va surgiendo el asunto de Dreyfus y desapareciendo como un río español. Interesante es el modo que cada

uno tiene de discurrir sobre ello. Odette va de visita con el fin de mostrarse "nacionalista" y evitar que pese en el juicio general sobre ella, que preexiste, su condición de mujer de Swann, el judío; Bloch es despreciado firmemente por el mirar cruel y oblicuo del barón de Charlus, quien pretende divertirse pidiendo que se represente un episodio bíblico en casa, en tono de comedia, por la familia Bloch. La marquesa de Villeparisis lleva el rumbo de la historia (y del cotilleo) en su casa. Más tarde, interesa el seguimiento por el narrador del curso de la enfermedad de la abuela. Queriendo probar que ella no está enferma, sino que es una neurópata, el médico familiar es desplazado por un representante de la "nueva ciencia", la de los principios de observación de Charcot que van a llevar al surgimiento del primer Freud. Saint-Loup describe a Odette Swann como una "vieja pécora", porque ésta, a los ojos de Saint-Loup, que es dreyfusista, aparece como una mujer que no quiere contaminarse con la vergüenza o la enfermedad de la raza escogida. El momento en que el doctor Du Boulbon examina a la abuela y le explica en qué consiste el ser nervioso es brillante. La uremia, que ella padece, comienza a transformarse en un capricho maníaco del cual, al parecer del médico, ella hace alarde sin tasa. "Aguante usted el ser calificada de nerviosa —le dice. Pertenece usted a esa familia magnífica y lamentable que es la sal de la tierra. Todo lo grande que conocemos nos viene de los nerviosos. Ellos y no otros son quienes han fundado las religiones y han compuesto las obras maestras. Jamás sabrá el mundo todo lo que les debe, y sobre todo lo que han sufrido ellos para dárselo. Saboreamos las músicas exquisitas, los hermosos cuadros, mil delicadezas, pero nada sabemos de lo que han costado a los que las inventaron, de los insomnios, de las lágrimas, risas espasmódicas, urticarias, asma, epilepsias, una angustia de morir que es peor que todo eso..."

¶ Lectura de los ensayos breves de Giovanni Machia sobre Proust ("Las ruinas de París"). Proust quiere "construir" una obra. La idea de la "construcción" le permite confundirse simbólicamente con el profeta Nehemías, "volcado de lleno en la reconstrucción de Jerusalén" (Machia), esto es, darse el trabajo de ir poniendo piedra sobre piedra. Lo cual lleva al novelista a ocultar restos, a diseminar excedentes bellos en cajas, a destruirlos o a dejarlos de mano, con el fin de que el edificio, al hallarse terminado, no revele los trabajos que ha costado. Machia dice que Proust traslada bloques enteros de un libro a otro. Quiere ser muy preciso en la elaboración de un personaje y no quiere lanzar todos los materiales de una vez, pues ha de redistribuirlos adecuadamente para sorprender al lector. La cita de Machia ahorra divagaciones: "...el empeño por construir no debió dar a Proust menos trabajo que el empeño por esconder, por ocultar las etapas en las cuales cobraba fuerza la grandiosa realización. Ruskin le había enseñado que el arquitecto no está obligado a exponer la estructura, ni nosotros tenemos que lamentarnos por haberla ocultado más de lo que debíamos deplorar, al mirar la superficie exterior de nuestro cuerpo, la manera en que se disimula la anatomía humana. El sacrificio de tantas páginas, que constituyen en la actualidad

los inéditos, creo que se debió a la necesidad de mantener en suspenso lo que nos sería revelado en el momento en que la obra podía considerarse acabada. Antes de hacerlo explícito y límpido, el pensamiento mismo debía ser protegido por una secreta armadura”.

Santiago, 14/11/1992

Releo “La Cartuja de Parma”. La novela fue escrita en 52 días, en el invierno de 1830 y a trescientas leguas de París, en Padua. La introducción, al modo de una composición sinfónica, entrega algunas insinuaciones, quizás referencias al *leit-motiv*. La cantinera dice al pequeño héroe: “Mañana pelearás, pequeño... Hoy te quedarás conmigo. Bien ves que tienes que aprender el oficio de soldado”, y con ello le evita la gloria, pues el gran acontecimiento, Waterloo, ocurre sin él. Y eso lo convierte en testigo oblicuo de la escena. “El ruido del cañón —dice el narrador— aumentaba y parecía acercarse. Los cañonazos empezaban a fundirse unos con otros como un acompañamiento musical sostenido; un estampido no se separaba del siguiente por ningún intervalo, y sobre esa baja continua que recordaba el ruido de un lejano torrente, distinguíanse muy bien los fuegos de sección”. El héroe ya se bate en retirada y la propia épica confiere al asunto y al héroe la proporción que ofrece el fracaso. Waterloo es —en ese momento— sólo un primer recuerdo. Fabricio no ve sino a unos generales que galopan, a una escolta y no logra distinguir las caras. Culpa al aguardiente por no haber podido ver al emperador en un campo de batalla. La guerra no es para el joven “ese noble y unánime vuelo de almas amantes de la gloria”, que se había figurado al leer las proclamas napoleónicas. Es un acontecimiento brutal, en donde no hay Parnaso ni épica. Cansado por los excesos, entonces, se duerme. Y la gran oportunidad de encontrar un sitio en los fastos, se convierte en acto ilusorio. Nada más que eso, y sin embargo Tolstoi extrae de allí una lección magistral que le habrá de servir para componer “su” Napoleón en Rusia, cada una de las batallas y la posibilidad de dominar la psicología de los héroes. Escribió a Stendhal contándole todo a otro, sin que pudiese saberlo aquel: “Debo muchas cosas a Stendhal. Me ha enseñado a comprender la guerra. ¿Quién, antes que él, describió la guerra tal como es en la realidad? Recordar a Fabricio que atraviesa a caballo el campo de batalla y que no comprende ‘nada’... Todo cuanto sé de la guerra lo he aprendido antes que nada de él. Si no hubiera leído ‘La Cartuja de Parma’ no habría sabido escribir las batallas de ‘Guerra y Paz’ ”.

Santiago, 15/11/1992

Un curioso fragmento inédito de Nietzsche sobre Cervantes, que se halla entre sus apuntes de 1877. Se ve que le resulta doloroso el procedimiento con que se le lleva, por Cervantes, hacia la cruel escena final. ¿Le molesta el fracaso de los héroes? ¿No admite que la mofa puede convertirse en la más cruel de las maneras

de destruir un ideal? Escribe: "Cervantes habría podido combatir la Inquisición, mas prefirió poner en ridículo a las víctimas de aquella, es decir, a los herejes e idealistas de toda especie. Tras una vida llena de desventuras y contrariedades, todavía encontró justo en lanzar un capital ataque literario contra una falsa dirección del gusto de los lectores españoles; combatió la novela de caballería. Sin advertirlo, ese ataque se convirtió en sus manos en una ironización general de todas las aspiraciones superiores: hizo reír a España entera, incluidos todos los necios, y les hizo imaginar que ellos mismos eran sabios: es una realidad que ningún libro ha hecho reír tanto como 'Don Quijote'. Con semejante éxito, Cervantes forma parte de la decadencia de la cultura española, es una desgracia nacional. Yo opino que Cervantes despreciaba a los hombres, sin excluirse a sí mismo; ¿o es que no hace otra cosa que divertirse cuando cuenta cómo se gastan bromas al enfermo en la corte del duque? Realmente, ¿no se habría reído incluso del hereje puesto sobre la hoguera? Más aún, ni siquiera le ahorra a su héroe aquel terrible cobrar conciencia de su estado al final de su vida: si no es crueldad es frialdad, es dureza de corazón lo que le hizo escribir semejante escena final, es desprecio de los lectores, cuyas risas, como él sabía, no quedarían perturbadas por esta conclusión".

Santiago, 16/11/1992

Probé en voz alta atraer los recuerdos del colegio, leyendo *La cigale et la fourmi*. Supe, desde el primer día, que me encantó la cigarra, por lo desaprensiva, aunque me irritó ver cómo mendigaba. El sermón parroquial del probo sólo se justifica por lo pedigüña que resulta. Miguel de Unamuno observó una vez, con esa gracia algo gruñona que tiene, pretendiendo limitar los efectos del "individualismo rudo", con espíritu amplio, a la víctima de su canto: "La hormiga, animal neutro, tía eterna, podrá murmurar de la cigarra, pero es muy posible que notara la falta de la cantora si ésta callara en las tardes ardorosas, a la hora en que la hormiga descansa al sol oyendo el chirrido de la holgazana. La hormiga pensará a su modo, pero es lo cierto que el chirriar de la cigarra es parte de la dulzura monótona del campo, y que da a éste más carácter y amenidad la pobre cantora que la afanosa acaparadora. La hormiga recoge para sí, para su tribu, y la cigarra canta para todos. Cuando Dios la ha hecho, sus razones tendrá".

Santiago, 17/11/1992

En el prefacio de la "Comedia Humana", Balzac dice que no habrá de reconocer como obras propias, sino las que lleven su nombre, escudándose en un "derecho indiscutible". ¿A qué se debe tal rigor que no parece propio de quien escribía a toda máquina con el fin imposible de hallarse a salvo de la quiebra o del brazo largo de los acreedores? Lo cierto es que ya en 1842 le parecía abominable su "otra" literatura, la que, bajo forma de folletín (rasgo que no va a olvidar jamás,

aun en el carácter de sus obras mayores), produjo bajo presión, con la ilusión de juntar dinero para ser rico. Se trata de una serie de novelas por entrega ("La heredera de Birague", "El vicario de las Ardenas", "Clotilde de Lusignan", "Anita y el criminal", entre otras), de menguada morfología, con actitud romántica cruda y alevosa y, sobre todo, con un desequilibrio ostentoso en el grado de inteligibilidad de la función de sus personajes. Por pudor no quiso firmar ninguna con su nombre, sino que empleó seudónimos, como Lord R'Hoone, anagrama de "Honoré", y Horace de Saint-Aubin. Esperaba ganar miles de francos y ser hombre *à la page*, con la complicidad de los lectores. Creo, al releer a Balzac, que esta serie de novelas sin valor fue más que nada el picadero en el cual el escritor se puso a cabalgar sobre el animal, para que éste soltase las paletas, estudiase los obstáculos y se pusiera a tranco natural, probando los sucesos, modificando el carácter de los héroes hasta estirar la cuerda y curarse en salud de la complicación de las historias bizantinas. Fue en esta época cuando, mirando cara a cara al público más basto, obtuvo el criterio para trabajar lo que alguien denominó "la gran maquinaria de la novela". A sus expensas, pudo inventar la reencarnación de algunos de sus personajes (Vautrin, Rastignac, Nucigen, Goriot o Birotteau, entre otros), buscando la pintura de la sociedad de su tiempo, atento a la invención de un mundo en donde el dinero se convierte en motor de las metamorfosis sociales y, finalmente, alquitarando un nuevo escalofrío, el que se deriva de la exposición de una clase nueva que surge con ánimo predatorio, la burguesía enriquecida con los cambios producidos por la Revolución Francesa.

Santiago, 18/11/1992

En Lituania se comenzó a soñar con la libertad apenas fue ocupada. Sin duda, abrió el camino por los días de Gorbachov. La centro-derecha oficialista, la que enseñaba a creer en el mañana sin tutelajes, había logrado un acuerdo relativo, pero acaba de ser derrotada en las elecciones parlamentarias. Los comunistas, instalados ahora en el Partido Laborista Democrático, obtuvieron el 58% de los votos. Ha sido el fin del camino abierto por el presidente Vytautas Landsbergis, quien no logró resolver los problemas económicos surgidos con el fin de la política del Estado benefactor. ¿Por qué ha ocurrido todo? En la noticia del diario se explica: "Luego de que Rusia se 'encargara' de los precios del combustible de las repúblicas bálticas, Lituania enfrentó una aguda crisis energética, con la mayoría de las industrias paralizadas y con el agua caliente y la gasolina estrictamente racionadas". Alguna vez, en mis lecturas de Ortega y Gasset, puse atención a algo que éste observaba con la agudeza de siempre: hay hombres que creen en el "después", alejándose de las ilusiones del cambio inmediato. El *homo oeconomicus* puebla el espíritu con promesas, las siembra como vientos y el pueblo quiere que éste dé con la causa de sus males y los resuelva. Como no hay sistemas que cambien las cosas en un día y, sin embargo, se requiere comer, ir por asistencia médica,

recibir educación, tener trabajo, las palabras de consuelo, como ocurrió en Lituania, son piedras falsas. ¿Y después de Lituania, quién?

Santiago, 19/11/1992

Nueva lectura de "La genealogía de la moral" (la antigua fue un acto de búsqueda de motivos para la rebelión adolescente). Me detengo en el fragmento 15 del libro de Nietzsche. Veo allí la escritura sobre escritura, en el palimpsesto. Lo que yo subrayé con respecto a mis sentimientos y ambiciones de entonces. El viejo yo, se escurre con alarma, pidiendo mis rectificaciones y, a gritos, juicio, precisión. Me acosaban las culpas y vivía de resquemores, procurando hallar un mundo como el que Zaratustra proclamaba. Forzado como un animal terrestre, pretendía "desluzbelizarme", vivir asediado por la noción del deber. No aceptaba entonces mi derecho a tropezar y a caer. Todo comenzó entonces a ponerse dramático, en cuanto el gran Nietzsche recuerda cómo Spinoza, que había situado el bien y el mal "entre las fantasías humanas", ve cómo se puede ir cediendo a los efectos del *morsus conscientiae*, o mordedura de la conciencia, en oposición con el *gaudium*, la alegría creadora, la que nos permite rechazar el concepto de la culpa de la especie, tras la Caída. Se necesita aceptar que algo salió mal en la Creación, pero nosotros no podemos permitirnos la consideración de ser malhechores de la especie y sentirnos parte —o partícula— de la "mala conciencia de la humanidad" mesiánica. No más, querido Nietzsche, la fórmula aterradora que se resume en el feroz (y muy forzado) "yo no debería haber hecho esto".

Santiago, 20/11/1992

Como un martillazo en la cabeza, el golpe de la culpa (*Schuld*) y de su opuesto, la inocencia (*Unschuld*). Replegarse en uno mismo e ir al templo, ¿para qué? ¿Qué hacemos con el Dios que es Gran Acreedor? Nietzsche da la respuesta precisa: "Una gran deuda con Dios" va a llegar a convertirse en un "instrumento de tortura" ("La genealogía de la moral"). Todo ha venido —según él— de contemplar durante un tiempo muy largo, "con malos ojos", el conjunto de "nuestras inclinaciones naturales". De una gran náusea algo puede nacer. Lo complicado sería que ese "algo" cediera, arrojándonos a las profundidades, más Hades que Infierno, en donde ya no hay ideal ni salvación. El gran desgarró de la culpa, en soledad, se acrecienta. El horror vendría a enseñorearse y en él hallaríamos el cumplimiento de la noción de condena, de sanción, de atroz resultado de la culpa.

Santiago, 21/11/1992

Hoy cumplo 62 años. "Una corte sumaria en perpetua sesión" (Kafka). Sansón "agonista" es quien lucha. "Agonía" es lucha, en griego. El ojo quiere mentir si uno no se ve, pero no bien entramos en el mundo del espejo, ¿qué se puede

inventar que no sea mentira? Ya no existe la imagen palatina de uno mismo. Del horror, tal vez, mi viejo yo cristiano sacaría fuerzas para probar con la Esperanza. Ya vendría la hora de la Revelación. Hoy, "si yo me glorifico a mí mismo, mi gloria es nada" (Juan, viii, 54). ¿Soy acaso mi propia diversidad? No más la ramplonería de las celebraciones. ¿Qué es lo digno de festejar? Me miro en los ojos que me miran en el hondo espejo. Más bien oigo a Gauguin: "Mira en el muro ciego el ojo que te espía". Y basta.

Santiago, 22/11/1992

Y ahora, a rebobinar. *Rewind!* ¿Qué? Los días ya vividos, por cierto, y nada de gritar: *put the blame, mamy, boys!* Escribo en mi "Diario" con letra cuidadosa un verso de Blake: *The fox condemns the trap, not himself.* "Al caer la trampa, el zorro culpa a la trampa; no a sí mismo".

Santiago, 23/11/1992

Entre las delicias y los horrores de la existencia, Cioran, el rumano, sigue cultivando su jardín monstruoso en París. No quiere enmascararse y grita a pleno pulmón, por complacencia, acerca de la suma de perversiones que ve como ideario de la civilización. Refina, a veces, con la sal más gruesa. Leí que hace poco dijo cómo el fanatismo del Islam le parecía difícil de parar. Como es roedor fuerte, se vale de ejemplos prácticos: "En cincuenta años más Notre Dame va a ser una mezquita". Si sabemos hoy que Irán ayuda a los armenios, con el fin de evitarse que los millones de integristas fronterizos suyos, los de Azerbayán, no se acojan a la idea de vivir en Irán, haciendo perder pie a los ayatolas, "redimiendo" a los diez millones (los de Azerbayán que podían desear el fin de la diáspora para acogerse al mundo religioso-político en Irán suman veinte millones, serían mayoría), y les envían armas, cuando, si les fuera posible no dejarían un solo armenio vivo, lo que piensa Ciorán provoca la noción de que los tormentosos hilos que devana parecen de azúcar y de miel.

Santiago, 24/11/1992

Relectura de "El mendigo ingrato", de León Bloy. ¡Qué enorme desesperación! Siente a menudo que su viejo corazón debe parecerse "a la esponja saturada de hiel y de vinagre". Y aunque sufra lo indecible, ora y espera. Lo dice a su manera: "¡Tribulación excesiva, pero Dios sigue siendo adorable!". O aquello de "¡Ser el yunque de Dios para el gozo y para el dolor!". Al dejar este libro del horror de vivir en el mundo, esa vida que él describió como la "de un viejo muro de arrabal" se prolonga en la gran compasión tardía que experimento por la persona y obra de Bloy. Unamuno decía —en "La agonía del cristianismo"— que no había esperanza más creadora que la de los desesperados. Bloy se macera en el dolor, evitando el

conjunto de las “buenas” maneras de ser cristiano. Él lo es a gritos, destempladamente, como un desollado. Y cómo profiere su desdicha sin tapujos. “Cuando se habla amorosamente a Dios —escribe en ‘La salvación por los judíos’—, todas las palabras humanas parecen leones ciegos que buscaran una fuente en el desierto”.

Santiago, 25/11/1992

Vi en sueños, vivísimo, a Eduardo Molina Ventura. Tomaba el papel —en una Grecia que era aquí— que se le encomendó a Pericles. Lucía bien, gobernando una ínsula refinada. ¡Qué imaginación la suya! De niño se soñó moviéndose en salones en los que abundaban las obras de unos ebanistas de la Restauración, en medio de piezas de Lalique y telas de Boldini. Parecía, de continuo, sorprender una “nota preciosa” en cada pianista allegado a su casa (Gieseking, Arrau, Brailowsky). A los Vinteuil los oía como quien oye llover, sólo por amor a Marcel Proust. Se me ocurre que Molina repetía, en lugar de oraciones, cada noche, al pie de su cama, alguna escena de “Fedra”, tal cual la oyera el *p’tit Marcel* de labios de la Berma. Molina ennoblecía la realidad y la acomodaba gustoso. Un mísero caballo de Cartagena, que se asoleaba en los viejos veranos y relinchaba de hambre podía ser, en un instante, Pegaso o Bucéfalo, y el lugar convertíase por ello en la Magna Grecia o en el monte Olimpo. O daba el animal en enflaquecer elegantemente para ser retratado en un cuadro de Degas.

Molina se sentía digno del mundo sólo cuando lo rodeaban “espíritus superiores” o “damas de alcurnia”. A los meros “ayudas de cámara” los estimaba en su carácter de palafreneros o gallipavos, en el jardín, para atender a las “visitas”, esa gente que nunca los veía, pese a recibir de sus manos las copas y las servilletas. Lo peor se encubría —y él lo veía venir de inmediato— en cuanto aparecían los “viajantes”. Ningún príncipe persa ni la más insignificante de las testas coronadas podía permitirles el paso. Los “viajantes” requerían ser examinados cuidadosamente, en la puerta, con el monóculo que inventó Molina: un “pararrotos”. Cuando los veía, con sus maletines, asolar el espacio, Molina se deslizaba, si cabe, como en una bella acción coreográfica, rumbo a “otros mares de locura”, esas zonas discretas en las que, por fin, cada oveja halla a su pareja. A la hora de dejarse “emulsionar” para una instantánea destinada a los diarios —vida social, o adonde va Vicente, va la gente—, buscaba evitar inexorablemente algunas especies que practicaban con denuedo el modo de no perecer en la lucha por la vida.

Odiaba a los rústicos que tenían ínfulas, a partir de unos patacones adquiridos en las minas o en viñas, en papeles de la Bolsa o en las fábricas. Los veía como seres que solían apañarse con lo que pudieran, sin mejorar el espíritu o el ser del país. Los “vetaba” de manera radiante. Sin duda, sus bestias negras eran todo cuantos se apiñaban en los estadios. En cambio, podía charlar alegremente, sin ton ni son, con *yatchmen*, golfistas o poleros argentinos de Venado Tuerto, a quienes apreciaba por no usar el ocio como pretexto de usufructo de bienes. A los primeros,

solía sugerirles que el mar era un lugar que los dioses habían hecho sólo para “divinidades de primera fila”, poniéndolo fuera del alcance de náyades, tritones o ninfas que no iban más allá de ser gente del montón, changadores o pelandrunas. Entonces, ponía la mirada en la lejanía y daba en rememorar aquellos días de Trouville o de Balbec, cuando tomaba “baños de ola” con Saint-Loup o con el barón de Charlus, a quien llamaba por su nombre, Palamedes. Usaba la voz “pasmarote” para desdeñar a alguien. Casi siempre lo alejaba en voz alta, enunciando el motivo, pero, al recibir la excusa del afectado, levantaba la mano como un Dios justo, con el fin de restituir al cuitado sus preseas, no sin antes dejarlo de oro y azul para que entendiese cómo eran las cosas. No deseaba que éstas se confundieran. El ganadero, el milite, el financiero a ultranza y hasta los caballeros repipiados, de asta caracoleada, eran “personas” —o sea “máscaras”— hasta que pudiesen probar, mediante razonamientos adecuados, su condición que los volviera exentos de vileza. En mi sueño, Molina se levantaba de un lecho de oro y marfil, según me pareció. O de oro y caoba, como el de la Lucrecia Borgia del poema de Pedro Antonio González antes de que la niña, su mujer de quince años, se fuera con un chalán de feria o un toni de circo. Veía a Molina comer, pero no viandas o condumios apicarados, en medio de las tufaradas criollas venidas de las cocinerías, sino salchichas blancas de Tours, patos en su sangre (de *La Tour d'Auvergne* y numerados) y los espléndidos bizcochos de Reims. Parecía hallarse en un ágape platónico, en tanto llegaban los acordes de la “Ifigenia”, de Glück, o esa música inolvidable, que hoy pocos escuchan, de Sainte-Colombe.

Santiago, 26/11/1992

Hallo en las relecturas de Balzac muchas alusiones venidas de una “oscura conciencia”, parte de la morfología del hacer balzaciano. Hoy, mientras repaso “El cura de Tours”, agradezco al novelista que la historia no lo sea todo, pues valen en ella tanto lo que ocurre como los sistemas de signos, las señas de la materia, su rugosidad, lo anfractuoso de ella, su porosidad y unos pliegues textuales que, a primera vista, parecen toscos e irracionales, por voluntad de no desechar escombros, hasta que descubrimos cómo el todo no puede quitar de él una mota, una partícula, sin que el edificio pueda sostenerse. Interesan los pormenores: una puerta que no se cierra, la caída de una silla, la mancha en el vestido, el sonido de las monedas, el brillo del tapete, la descripción de una tienda, el rostro de un hortera o de un corchete, los delirios o el terror y la enfermedad de alguien. Son brillantes, a veces, hasta las anfibologías (especialmente en “La piel de zapa” y “Gaudissart i”). Por otra parte, me place ver continuamente la mano del escritor en el momento en que urde, mueve los hilos, quita los nudos y contempla el trabajo hecho. En un manuscrito que vi en París, me pareció percibir aún el temblor de la mano, la mancha de café, la respiración acezante y la fisiología del acto de la creación. Por ello, me agrada encontrar en un ensayo de Giovanni

Macchia ("Balzac y la novela por entrega") la observación de que el escritor francés trataba la novela "como un carpintero trata la cantidad de madera necesaria para construir un armario o una mesa". Si uno sigue las desgracias de César Birotteau cuando se exhibe en el mundo de los negocios, del agio, de la volatilización de capitales, de la ruina, en medio del intento por representar el dinero como un hecho social, equivalente al paso de un tigre por la calle pública o a la simplicidad de un principio elemental de la física, puede advertir que, en ello, como activísimo telón de fondo, se halla el París que puede venirse abajo (por la demolición que abre el camino de los grandes bulevares, por las quiebras del comercio, por el remezón que pone por tierra a las telas de araña del comercio fallido).

Santiago, 27/11/1992

La espléndida conversación sobre Elstir en la tertulia de los Guermantes. El duque culpa a Swann por haberles metido esos cuadros a los que define como "mamarachos", sin punto de comparación con la "Fuente", de Ingres, o "Los hijos de Eduardo", de Paul Delaroche. Dice al narrador: "Swann tenía el tupé de querernos hacer comprar un "Manojo de espárragos". Incluso los tuvimos aquí unos días. No había más que eso en el cuadro: un manojo de espárragos, precisamente como los que usted está engullendo. Pero yo me negué a paparme los espárragos del señor Elstir. Trescientos francos pedía por ellos. ¡Trescientos francos un manojo de espárragos! ¡Un luis es lo que valen, y aun eso, los tempranos! Se me hizo cuesta arriba".

Santiago, 28/11/1992

Me reprocho la torpeza de no advertir que todo cuanto dijo Juan Pablo II a los italianos sobre el sexo, días atrás, se halla en el texto de San Mateo (xxii, 23-33). Los saduceos se acercaron a Cristo y le dijeron (ellos no creían en la resurrección de la carne, como lo aceptaban los fariseos): "Maestro, Moisés dijo: si alguien muriese sin tener hijos, su hermano se casará con su mujer y resucitará semilla para su hermano; había entre nosotros siete hermanos, y el primero se murió después de casado, y sin dejar semilla dejó su mujer a un hermano; lo mismo el segundo y el tercero, hasta los siete, y después de todos se murió la mujer. En la resurrección, ¿de cuál de los siete será la mujer, pues todos la tuvieron?". "Y respondiendo, Jesús les dijo: "Erráis, no sabiendo las Escrituras y el poder de Dios, pues en la resurrección ni se casan ni engendran, sino que son como los ángeles en el cielo..."

Santiago, 29/11/1992

Los hombres no suelen cambiar y se muestran reacios a aprender de los yerros. El empeño en tropezar con la misma piedra es parte de la historia de cada ser humano, a través de la historia. En "El mundo como voluntad y representación", Schopenhauer lo expone de manera feliz cuando dice: "En el mundo sucede lo que en los dramas de Gozzi: los mismos personajes aparecen siempre con las mismas pasiones y la misma suerte; los motivos y los acontecimientos difieren, es verdad, en las distintas piezas; pero el espíritu de los sucesos es el mismo; los personajes de cada pieza nada saben de lo sucedido en las anteriores, en las que, sin embargo, tenían ya un papel: he ahí por qué, no obstante toda la experiencia que debieron adquirir en las piezas precedentes, Pantalón no es más hábil ni generoso, Tarlafía no tiene mejor conciencia, ni Briguela más coraje, ni Colombina más moralidad".

Santiago, 30/11/1992

Me he preguntado de dónde arranca la noción del albino como un "zahorí", esa persona que tendría un supuesto poder para hallar agua u oro, gracias a su condición. Recuerdo una novela de Erskine Caldwell en donde se conduce atado a un pobre albino, con una varilla de rabadomante, a fin de dar con la veta o el pozo. Hoy encuentro una referencia en un libro de Paul Hazard, "La crisis de la conciencia europea", sobre el tema en los siglos XVII y XVIII, apoyándose en una cita del "Diccionario" de Pierre Bayle: "Zahoríes, así se llama a ciertos hombres en España que tienen la vista tan sutil, según se dice, que ven bajo la tierra las venas de agua, los metales, los tesoros y los cadáveres. Tienen los ojos muy encarnados...". Lo cierto es que Paul Hazard incluye el asunto en un capítulo destinado a negar los milagros, entre ellos los de cometas, oráculos y brujos. Me gustaría consultar la "Enciclopedia" de Plinio, por si es la madre de la superstición. Me parece posible que el asunto venga de muy atrás, quizás del mundo caldeo o del griego.

Santiago, 1/12/1992

A veces uno se desmide por tratar de saber cuáles son los "verdaderos" hechos y pretende indagar en hechos sueltos o en los "hechos brutos" (Ranke). ¿Qué ocurre en verdad con éstos, *res gestae*? E.R. Carr en su libro "¿Qué es la historia?" dice que no se parecen en nada "a los pescados expuestos en el mostrador del pescadero. Más bien se asemejan a los peces que nadan en el océano anchuroso y aun a veces inaccesible; y lo que el historiador pesque dependerá en parte de la suerte, pero sobre todo de la zona del mar en que decida pescar y del aparejo que haya elegido, determinados desde luego ambos factores por la clase de peces que pretenda atrapar. En general puede decirse que el historiador encontrará la clase

de hechos que desea encontrar". Los hechos son partículas elementales. Quizás en el cómo se disparan se halla la posibilidad de interpretación.

Santiago, 2/12/1992

Un hermoso día de paz, sin anhelos ni malquerencias. Lo del episodio de Elías, en el "Libro de los Reyes": "un susurro apacible y delicado" —aquel *sibilus aurore tenuis*. Y no necesito, como el profeta, cubrirme la cara con las manos. ¿No fue Dios el que le habló después de la gran calma silenciosa, una vez pasado el huracán?

Santiago, 3/12/1992

El sorprendente Cioran, una vez más y día a día, en cada página suya. A veces el lamento se suscita a partir del agravio que nos (le) hace el mundo. Se limita a comprobar y desarrolla las quejas, con un arma, la conciencia, puesta a disparar de continuo en contra de un blanco móvil. Me sorprende, por ello, que halle vía de acceso a algo que no parece serle natural. "En el Juicio Final —dice— sólo se habrán de pesar las lágrimas".

Santiago, 4/12/1992

Viajé a Buenos Aires con Miriam. Necesito completar los datos para mi libro sobre la ciudad. Lectura del ensayo de Tzvetan Todorov, "Frágil felicidad", un texto sobre Rousseau. Si bien el escritor búlgaro está convencido de que el autor de "El Contrato Social" jamás fue ni el más atractivo ni el más sensato de los hombres, quiere examinarlo en su coherencia, a partir del descubrimiento de lo que se ha tomado por el extremismo de su pensamiento, que es más bien —piensa— "su intensidad". Me parece de interés el cómo se mueve en la interpretación de la autobiografía. Anota que ella "no obedece (en Rousseau) a la regla de decir todo y no podría hacerlo, como tampoco se preocupa sólo del yo del narrador; el acto autobiográfico es aún un acto de lenguaje, que siempre es llamamiento al prójimo. El individuo solitario no vive solo en realidad, pero puede tratar a los demás como si no existieran o no contaran. El autobiógrafo, última transformación de este individuo, no puede contentarse más con decirse: crea literatura y se dirige a los demás; pero puede pregonar este proyecto y enorgullecerse de hacerlo. Cierta mala fe es inherente al género mismo de la autobiografía (tal como lo piensa Rousseau), y no sólo a alguna de sus realizaciones". (Nota mía: ver *Les rêveries du promeneur solitaire*). En un alegato acerca de Montaigne, a quien considera como algo que se pinta "de perfil", Rousseau exclama: "Yo decía las cosas que había olvidado como me parecía que habían debido ser". Tal vez toda autobiografía no es otra cosa que las pruebas y usos de la falsa memoria, la cual lleva a recrear la realidad, a reconvertir los acontecimientos en otros, por modificación parcial o extrema, a veces omitiendo, a veces atenuando, los hechos.

Buenos Aires, 5/12/1992

En los escaparates de las librerías de Florida y de Corrientes, la última obra de Osvaldo Soriano, "El ojo de la patria". El escritor se negó a asistir a la presentación del libro, pues dijo que le parecía detestable oír, con cara de palo, a dos personas que lo van a elogiar. Vemos dos películas: "¿Qué hora es?", de Scola, con Marcelo Mastroianni. Más tarde, café sobre café, "Taxi Blue", una película rusa dirigida por Pavel Longuine. Éste ha dicho que se trata de una "historia real". Le negaron una visa en 1987. Cuando comenzó la perestroika pudo salir, vio París y New York, y al volver a su país odió a todos, se encerró en una casa de campo y escribió el guión de esta película, sobre un violinista judío, un pedigrüño, un bueno para nada que es genial. Termina diciendo: "La escritura de este guión me cambió la vida. Por primera vez no tenía que ocultar mi personalidad. Describí mis reacciones frente a mi país, al cual amo y odio a la vez; abordé ese extraño fenómeno de auto-destrucción del que toda mi generación fue víctima". Aquí, en la película, aparece la Unión Soviética más detestable, la que se burlaba de la épica de la revolución, para solazarse con las granjerías que permite el mercado negro, al poder abusivo de los que tienen migajas de la política, los alcohólicos, los granujas, las prostitutas —y las que, trabajando en otra cosa, hacen lo mismo—, los funcionarios corruptos, los predadores.

Buenos Aires, 6/12/1992

En una columna de "Página 12", Osvaldo Bayer rememora el caso atroz del matrimonio de ciegos a quienes torturaron y dieron muerte los hombres de las fuerzas armadas argentinas, en Rosario, el 17 de septiembre de 1977, por gestión del jefe de la represión en ese lugar, Leopoldo Fortunato Galtieri. Y habla Bayer de las sevicias, de la casa que les robaron, magro botín de guerra que hoy se usa, por parte de la gendarmería, para "recepciones y despedidas". El final del relato es patético: "En sus noches de whisky triste, Leopoldo Fortunato Galtieri —héroe de Malvinas y general de la Nación— reproduce en su mesa de arena con obsesión una y otra vez su más famosa batalla, la de la calle Santiago 2815. No levanta la mirada porque sabe que lo están observando fijamente las pupilas blancas de los dos jóvenes ciegos. Las mismas que perseguirán hasta sus tumbas a los legisladores que votaron o hicieron quórum para las leyes de punto final y obediencia debida".

Buenos Aires, 7/12/1992

¡Libros! Julio Mafud: "Psicología de la viveza criolla"; Félix Luna, "Buenos Aires y el país". Tres obras de Juan José Sebreli, "La saga de los Anchorena", "Los deseos imaginarios del peronismo" y "El asedio a la modernidad". Conversación con Jorge Graciarena y Marta. Jorge explica el origen de la palabra "croto". Es el apellido de un político conservador de los días en que a los migrantes se les daba

un pasaje de ida a las zonas apartadas de Argentina. En la época de la crisis, en el 30, viendo que los "linyeras" o vagabundos recorrían distancias a pie, sin perspectivas de cambio, viviendo del viento, se les autorizó, gracias a Crotto, para viajar sin coste en los trenes de carga. Por eso se les llamó "crotos". Hay una notabilísima crónica de Robert Arlt sobre estos personajes.

Una hermosa película: "Todas las mañanas del mundo", por Gérard Depardieu. Un relato del tiempo de los Luises, con la vida de un músico, Sainte-Colombe, que enviuda y educa a sus hijas en un rito de exclusión del mundo, proponiendo un orden muy similar a aquel en el cual vivieron las hermanas Brontë. En la película, cada nota, cada pausa, cada lección de música es una insinuación, una lectura de la naturaleza y del hombre. Al cine, nuevamente: "Puertas abiertas", una historia siciliana tomada de la novela de Leonardo Sciascia. Gian María Volonté encarna a un abogado que descubre cómo las motivaciones de un cruel asesino múltiple no son otra cosa que el resultado de unos moldes, los del fascismo de esos días. Es el encubrimiento de la historia de un hombre humillado. El lenguaje y la atmósfera son secos, impecables, y la metáfora sale a la calle, a mirar la vida cotidiana, apoderándose del mundo de las cosas, de las calles, de los pasillos de los tribunales, en donde se encuadra al autoritarismo y los juegos de acomodo que permiten satisfacer al poder activo y dominante de los treinta.

Una chica de dieciséis años se mató en Buenos Aires porque su padre "le prohibió ir a ver a los Guns N'Roses". Con el mismo revólver el padre se suicidó. Tenía ella —como dijo un vecino— los muros empapelados "con las fotos de esos roqueros". El padre había leído "muchas cosas malas sobre ese conjunto". No hay que olvidar que Menem, por esos días, llamó "forajidos" al grupo musical. La madre de Cynthia (así se llamaba la chica) se quedó como ida. Desde la cárcel, ese modelo de militar golpista, el cara pintada Mohamed Ali Seineldín, firmó "un comunicado" en el cual "repudia la presencia de Guns N'Roses y coincide con Menem al recomendar a los jóvenes se abstengan de ir a los conciertos".

En Brasil, a cada momento, 84 mujeres son víctimas de la violencia. El mayor número de violaciones de menores se da en un sitio del estado central del Espíritu Santo, en donde éste, qué duda cabe, no mora. Se sabe que la policía de São Paulo mató a 1.264 personas en nueve meses. La nota del informe explica: "La matanza de los sospechosos se ha transformado en una práctica habitual en el Brasil". En Bahía, linchan, y en Río los escuadrones de la muerte, que han sido contratados por los comerciantes, emplean preferentemente la bala para liquidar a los niños que roban. Se sabe que el 57% de las víctimas no tenían antecedentes policiales. Sólo eran niños pobres.

Buenos Aires, 8/12/1992

La película del danés Bill August (1948), "Con las mejores intenciones", sobre la vida de los padres de Ingmar Bergmann, "una mirada a escondidas" sobre los cuartos más secretos —en el habla de August. Dura tres horas y, en lo real ficticio,

una vida. En una conferencia de prensa, Bergmann explicó que se puso a vagar por las calles de la ciudad de su niñez, dando tiempo a los aromas y a la luz para que entraran en la recuperación del tiempo. De pronto, aparecieron en él los padres. No eran ya esos personajes míticos, muy fuertes, con los que Bergmann luchó en sus películas ("Fanny y Alexander", por ejemplo), sino los de verdad: un pobre estudiante de teología, Henrik Bergmann, y la joven de veinte años, rica, llena de tradiciones, que vive en la calle Tradgardsgatan. Espléndida reconstrucción del clima interior del amor y de los desgarros de dos personajes, la búsqueda del conocimiento y las contrariedades de la formación de un matrimonio. Esta —escribió Bergmann— no es una narración que va desde la cuna a la tumba, sino "la historia de diez años en la vida de mis padres. Diez años de gran importancia, decisivos. Abarca desde 1909, año en que se conocieron, hasta el inicio del verano de 1918, cuando yo estaba en el vientre de mi madre preparándome para entrar en este mundo. Me pregunto si tal vez mi pasión e ilusión por este proyecto radicaba en el hecho de que esperaba que al completarlo me vería a mí mismo en forma diferente. El resultado fue verdaderamente extraordinario. Al igual que en otra de mis películas, 'Persona', había muchas facetas distintas montadas una sobre la otra. Veo diversas caras detrás de cada una. Me parezco muchísimo a mi padre, pero también me parezco muchísimo a mi madre. Podría ser mi madre. Podría ser mi padre. Podría ser yo".

Buenos Aires, 9/12/1992

La gloria de la comida italiana, al almuerzo. Un lugar enfrente del sitio en donde estuvo el Parque Japonés, por donde paseaba el Garufa del tango. En el "Jean Cocteau", *ravioli*. Por Callao y Libertador. Por la noche, al café de "Los inmortales", junto a las fotografías del general Mitre, de Florencio Parravicino, de Gardel, de Troilo, de Fiorentino. He conseguido una espléndida fotografía de los lecheros vascos cargando los carros, en Barracas al sur. Jorge Graciarena opina que al hablar de "Barracas al sur", como ocurre en el tango "Silbando", no se está indicando al sur de la Plaza de Mayo, sino al estar en el Riachuelo. Ello justifica lo del *dock sud*, que permite aquello de "y allá en el fondo del *dock*". Otro libro importante: "Argentina y la historia de la inmigración judía. 1810-1950", por Haim Avin. Luego, al cine: "El amante" (1991), de Jean-Jacques Annaud, con notable fotografía de Robert Fraisse. Leo la explicación de las tomas: "Nada de largos telefotos, nada de tramas. Óptica de lentes Zeiss cortos, colores naturales, una reconstrucción perfecta". La historia de Marguerite Duras, que no me entusiasmó al leerla, ahora, casi sin palabras (con la voz distante y profunda de Jeanne Moreau, que ofrece su visión desde un afuera y un después); el brillante trabajo de Jane March, Tony Leung, Frederique Meininger, Xiem Mang, Arnaud Giovaninetti, Melvi Poupaud y Lisa Falkner, en el Saigón de los años veinte, y en el interior de una habitación en donde los amantes inventan el mundo. La pasión

libera, hechiza, pero hace que, a la larga, podamos advertir las grietas del edificio real, reconstruyéndolo en la memoria (como en "Hiroshima, mi amor").

Buenos Aires, 10/12/1992

Hoy, lo que se mira, con el pie en el estribo, en el adiós a Buenos Aires, es un milagro. Lo que se mira y admira, pues *miraculum* es lo que resulta admirable, aquello que es digno de nuestra admiración (aunque exista el opuesto, *nihil mirari!*), que tacha, dando la idea de la sabiduría que consiste en no admirarnos de nada. Nuevo estos voquibiles en procura de comunicar una revelación, la que nos proporciona una película de Peter Greenaway, "La Tempestad", convirtiendo el drama de Shakespeare en una obra "total", en donde John Gielgud, como Próspero, se apodera de la escena, poniendo su espíritu de fundador en una tierra cuya raigambre es la del mito, del crimen, del odio ciego, pero también del lamento, la derrota, el dolor, la prudencia y la justicia. Sabido es que "La Tempestad" es la última obra que escribió Shakespeare y en ella puso toda su sabiduría, el conocimiento de las cosas del mundo, su noción del espectáculo. En doce años de exilio, Próspero convierte a la isla en un asiento de la utopía como fundamento cultural. También se proyecta en el sitio el ennoblecimiento de la venganza, como Musa Trágica. En 1991, Peter Greenaway dijo que él fue mucho más allá de lo que Shakespeare esbozaba, tomando por ejemplo la línea de desarrollo de las referencias. Y quizás ello parta del verso del poeta que admite la "caridad" de Gonzalo, quien, en el momento de poner en el barco a Próspero, tras haberlo despojado de la condición de duque de Milán, le ofrece ocasión de formar un nuevo mundo a partir de una biblioteca. "Sabiendo de mi amor por mis libros,/ me rodeó de aquellos volúmenes/ de mi propia biblioteca,/ que aprecio más que a mi propio ducado", dice Próspero antes de arrojar a la bodega del débil barquichuelo un universo endeble, de papel. Si bien el poeta no dice de qué libros se trata, Greenaway los inventa, suponiendo cuáles deberían haber sido.

Va a enumerarlos, describiéndolos: "Quizás, por necesidad serán libros de navegación, de supervivencia; libros que pudieran indicarle a un sabio ya anciano cómo educar y criar a una joven hija (Miranda, la actriz Isabelle Pasco), cómo colonizar una isla, cómo cultivar la tierra, cómo sojuzgar a sus habitantes, cómo identificar su flora, cómo convivir con sus bestias salvajes. Quizás serán necesarios libros de esparcimiento, o aquellos que saben cómo aconsejar paciencia, o aquellos que saben poner en perspectiva tanto la gloria de otrora como el desaliento del presente. Finalmente, también harían falta libros para incitar a la venganza. Veinticuatro volúmenes serían suficientes como para cubrir la información necesaria: bestiarios, un herbario, cosmografía, atlas, astronomías, un libro del movimiento, un libro de amor, un libro de los colores y un 'La arquitectura y otra

música¹. En la eventualidad, los veinticuatro volúmenes no sólo sirven para que Próspero sea tan poderoso como para tener dominio por sobre los muertos, como para hacer de Neptuno un siervo. Frente a magia semejante, enemigos tan letales como el rey de Nápoles, no podrían considerarse sino como meras molestias menores. Estos volúmenes apócrifos parecen ofrecer, en miniatura, un sumario y una muestra de todo el pasado y el presente —y en algunos casos, el futuro— del conocimiento del mundo”.

Santiago, 11/12/1992

En una de sus cartas a Malesherbes, Jean-Jacques Rousseau le dice: “Cien veces pensé que no hubiera vivido demasiado desdichado en La Bastilla, al estar obligado nada más que a permanecer allí”. Sentía, como expuso en otra ocasión, “invencible repugnancia” por el comercio de los hombres. Al depender de las opiniones de los otros suele ser uno esclavo de los demás. Rousseau siente “una mortal aversión por toda servidumbre”.

Santiago, 12/12/1992

De niño se me decía lo indeseable que resultaba toda persona capaz de ponerse a leer en la mesa en las horas de comida. Hoy leo, con sonrisa irónica, una página de Rousseau, en la cual éste confiesa: “Leer comiendo fue siempre mi fantasía, a falta de un mano a mano. Es el suplemento de la sociedad que me falta. Alternadamente devoro una página y un bocado: es como si mi libro cenara conmigo”.

Santiago, 13/12/1992

El porvenir—decía Unamuno— es siempre porvenir de un pasado. Ahora, *in fieri*, extraño lo que pudo ser. A veces percibo, ordeno o interpreto a partir de una sensación primera de días muy lejanos. Y con ello, al reconstruir un hecho, lo aligero, lo reformulo, lo hago de nuevo. Las vicisitudes de otro tiempo, por ello, dejan de serlo y se convierten en algo que se halla *in nuce*.

Santiago, 14/12/1992

La duquesa de Guermantes murmuró, en el curso de una de sus fiestas, que el “muladar” de Zola era épico. No lo veía más que al modo de un “Homero de las

¹ La idea de la biblioteca habría encantado a Borges. El tributo a la arquitectura, con la posibilidad de oír el canto de la madera o el susurro sincopado de la piedra o el encanto de las virutas que pueden saltar como corcheas, la prodigalidad de los colores y el espectáculo de la geometría, sin contar con el poder obsesivo de los nudos, parecería una glosa del “Eupalinos”, de Paul Valéry, sin excluir las disposiciones de Paul Klee cuando pinta en un pentagrama.

letrinas" y carece ya de mayúsculas "para escribir la palabra de Cambronne". El testimonio tiene que ver con la actitud de denuncia del Segundo Imperio y lo que de él resulta, por la acción de Zola.

Santiago, 15/12/1992

Soné con unos caballos desbocados, en medio de la lluvia y de la noche. Yo ayudaba a que unos niños, y yo con ellos, evitásemos ser atropellados. No me producían miedo, aunque se habían desbocado y saltaban cercas, patios y siembras. ¿Se trata, acaso, de los caballos del deseo, ya liberados? En el "Himno a Agni" (del *Rig Veda*), como símbolo del poder del deseo, se dice: "Como una abundancia agradable, como una rica morada,/ Como una montaña con sus poderes, como una marea saludable,/ Como un caballo que se precipita de un impulso por el camino,/ Como un río con sus raudales, ¡quién te podría detener!". Se supone que el agua puede ser favorable a la creación poética, viéndose en la imagen de los caballos desbocados el juego de la imaginación, pero, sobre todo el animal es también una divinidad de las aguas. Al parecer, del choque de los cascos en la piedra podrían brotar esas fuentes de donde mana el agua libre. Ha de tenerse presente que, en el mito, Pegaso crea la Hipocrene, o Fuente del Caballo, en las proximidades del bosque en donde se reúnen las Musas para cantar y bailar sin sosiego. El caballo es, entonces, un modo de asumir lo imaginario. Los negros están en relación con la muerte, como el que se ve en la pintura de Dürer. Entre los griegos, Artemidoro dice que soñar con un caballo es signo de muerte para alguien enfermo. Como, presumiblemente, estoy sano, habré de pensar que las Musas tratan de ayudarme en la coronación de un texto, que podría ser éste.

Santiago, 16/12/1992

La escena en que, impugnando la verdad de un hecho, el señor de Guermantes, ya preparado para ir a un baile de disfraces, oye a las dos "montañesas", sus parientes lejanas, decirle que el pobre Amanien acaba de morir. Se alarma, pues ve desmoronarse la fiesta, aunque no se halla capaz de prescindir del placer, por lo cual exclama, visiblemente fastidiado: "¡Está muerto! No. ¡Exageran, exageran!". En el paso siguiente, el duque interroga al sirviente acerca de la llegada de su casco, y si habrá en él algún agujerito para respirar. Las mensajeras de la muerte, las "montañesas", comienzan la "ascensión de la noche", enarbolando sus *alpenstocks*. Se trata de un episodio menor, quizás incidental, pero muy natural en el empleo del humor negro y el grotesco por parte de Marcel Proust.

Santiago, 17/12/1992

Vi, durante un servicio fúnebre, acercarse compungido a tomar la Sagrada Forma a un bribón de alto coturno. Durante la dictadura fue asesor de esbirros que

cometieron tropelías sin cuenta. Con los ojos bajos y velados, muy modoso, parece esperar algo de Dios, como si éste fuese no su azote, sino su amigo personal. Leí que los jensenistas no miraban con simpatía la comunión frecuente, porque nunca pudieron olvidar un hecho: a pesar de ello, se puede ser un malvado.

Santiago, 18/12/1992

Una entrevista a Georges Duby por Jorge Halperín (en *Clarín*, Buenos Aires, 10 de diciembre de 1992). Pone en claro que llamar a los siglos XI, XII y XIII la "Edad Oscura" es un yerro. Durante la Edad Media, y en ese período, hay gran surgimiento de la economía y de la sociedad. La idea más revolucionaria de ese tiempo es —piensa— la del progreso. "Los intelectuales, hasta el siglo XII, pensaban que la historia humana es una historia que *desciende*, que después de la Edad de Oro las cosas se corrompieron. Frente al espectáculo de este desarrollo material extraordinario, los hombres comienzan a pensar que se puede llegar a algo mejor, que el futuro puede ser radiante. No solamente para la vida espiritual —la vida en el cielo, después del fin del mundo, será maravillosa— sino que también en este mundo se tiene la impresión de que es posible hacer progresos. Esa es la idea más revolucionaria de esa época". El carácter apocalíptico del Milenio y su proyección en los sermones, llaman al hombre a disponerse a considerar este mundo como un "valle de lágrimas", como un lugar de tránsito. Duby explica que en esa sociedad "no había fronteras entre lo religioso y lo no religioso. Toda la sociedad estaba muy impregnada del cristianismo, de la idea de un Ser Superior, de lo que dicen las Sagradas Escrituras sobre el fin del mundo. De modo que todos esperaban eso como algo completamente normal. No había posibilidad de pensar más allá del sistema cristiano".

Santiago, 19/12/1992

"Suite para trompeta en re mayor", de Haendel. Más que la música en sí, me agrada su forma. No nos mete de lleno en ella, sino que nos ofrece una visión interna de las fronteras entre la música misma y la no música, esa suma de percepciones que son ligeramente congruentes con lo que sopla aquella al oído. Algo así como la indicación de un camino por donde un torrente de agua va a hallar curso, impulsado por el principio de instalarse fugazmente en el nuevo terreno por donde ha de discurrir.

Santiago, 20/12/1992

La imposibilidad de ser espectador en el mundo. Todo nos concierne.

Santiago, 21/12/1992

¿Cómo serían esos hombres “a punto”, de la primera época del mundo? Estaban hechos a imagen y semejanza de Dios, con la voluntad de creer (*the will to believe*). La idea de innovación les era ajena. El porvenir no era la premura, sino el tiempo ancho por venir. Cautelosos, quizás apoyados en su ninguna corrupción, les brotaban sólo pensamientos piadosos. Tal vez cantaban, recién salidos del horno del Alfarero (*virī a diis recentes*, dice Séneca, en *Ep.*, xc), turbados por el asombro, dispuestos a darse en el amor (*caritas*), a liberar su júbilo de vida (tal vez era algo como un *yobel* hebreo, con el rumor indecible venido del cuerno de carnero o de morueco). Hasta que todo se vino abajo.

Santiago, 22/12/1992

Leo las historias de la pobreza que reúne Isaac Bashevis Singer en “El tribunal de mi padre”. En la Varsovia mísera de los rabinos más pobres, de las familias que oran y esperan cada día el milagro, de los rezos largos, de las pequeñas comidas, de los consejos y de los yerros de los miembros de la comunidad, hasta que vinieron los nazis y arrasaron con todos. ¡El encanto oral de las narraciones de Rob Moishe! Y ese encantador relato acerca del rabino que dormía vestido de punta a cabo, porque el Mesías puede llegar cualquier día, menos el sábado, pues la santidad de este día es tan grande y él no ha de venir, dado que “hasta” la Redención, a su lado, es una cuestión profana. No desea el rabino perder el tiempo y desea salir gozoso a dar al Mesías la bienvenida, saludándolo alegremente.

Santiago, 23/12/1992

En la turbamulta, quedando en descubierto la inclinación por lo nuevo, oigo a un señor que mira hacia lo alto, en Apoquindo, tratando de descubrir el carácter de un edificio nuevo. “¡Ya no hay muchos sólidos, como los de antes, hechos para durar, con cemento y paredes firmes, en muchos meses de trabajo!” —dice a su mujer. “Ahora los hacen de cajas de fósforos”. Unamuno, que solía meterse ensimismado, a diario, en el hondón del mundo y en el tuétano de las cosas, observó una vez que el cemento le entristecía y, como siempre tenía más de una razón para cada argumento, admitió el porqué. La madera, el ladrillo, la piedra, “pueden soñar y sueñan”. Y de añadidura, algo más: “Sueña el Escorial, sueña el acueducto de Segovia, sueñan las murallas de Ávila, sueña la Giralda de Sevilla”, pero no pueden soñar ni un solo minuto esos “rascacielos de cemento”, pues esos, “más bien duermen”. Me quedo pensando en el cemento que, por contaminación, modifica al primitivo *coementarium*, que quiere decir “dormitorio” o “acostadero”. Y me parece mucho mejor que venga la fragilidad, que no nos encenten.

Navidad. Lo de tantas veces: muy a lo Quevedo, pañal y mortaja se reconocen en el pesebre, cuando el Niño da el primer vagido. Y si un guía se pierde en el camino, ¿qué? Atada del hilo, nuestra vida es un decir y a veces un interior que se ha quedado a oscuras. Dan ganas, en la noche, de gritar: "¡Ay, madre!", pero ya no es posible. Sabemos que ella dio ciento por una y ya se eternizó.

Santiago, 25/12/1992

La segunda esposa de Michelet falsificaba los textos del escritor. Creía limpiarlos, como si fuesen el piso de un interior holandés en permanente plétora de manchas. En el filtro de ella, se perdía algo básico en la estructura de los escritos de Michelet, los puntos de urdido, los nexos en la trama, las líneas de la red. Barthes dice que ella quiso salvar las ideas y se arrojó denodadamente sobre los temas. Para leer a Michelet hay que aceptarlo con sus desgarros, pliegues y vacilaciones, seguirlo en sus tanteos y extravíos, detenerse en los incisos, que suelen parecer impertinentes, y en esas extrañas concisiones en donde lo "parpadeante" (Barthes) vale tanto como lo firme, lo inmóvil, lo "definitivo". "No se puede leer a Michelet linealmente, es preciso restituir al texto sus bases y sus redes de temas: el discurso de Michelet es un verdadero criptograma, en él se necesita una rejilla y esa rejilla es la estructura misma de la obra. De lo cual se sigue que ninguna lectura de Michelet es posible *si no es total*: es preciso situarse de manera decidida en el interior de la cerca" (Barthes, "Michelet", 1954).

En su libro, Barthes cita dos ejemplos de "participación" conyugal en la obra del escritor. En el primero, él *es*, puede hablar, cuida de mostrar su prodigalidad como enclave o núcleo del sistema. El segundo, empobrece el escrito, es el propuesto —y dispuesto— por la mujer. El tema es Holanda. Veamos el manuscrito, sin recortes: "Belleza del traje bárbaro, placas de oro que armonizan con los cabellos rubios; dulzura y excelencia de la mujer. Con frecuencia son un tanto hombrunas, anchas de hombros y de espaldas. Hay que verlas sobre los barcos, tendiendo la ropa, cuidando a los niños, empuñando incluso el timón. Ahora comprendo bien el enorme barco redondo holandés, tan bien puesto. Es el arca de Noé que debe contener a toda una familia, hombres, mujeres, niños y animales. El barco es una casa, lavado continuamente, como si no fuera ya bastante húmedo. Por vivir en el agua, en perpetua migración, el holandés se hace en ella una tierra propia. Poco le importa llegar rápido siempre que no comprometa al pequeño mundo... No nos burlemos; los lavados perpetuos, las plantaciones de árboles que se creerían menos propias para ese clima se sobreentienden. Unos y otros purifican. Es menos la humedad que daña que la descomposición a que da lugar. Los canales dañan de suyo, pero ¿qué hacer? Los marinos fuman, beben, etc. Terminada la lucha contra España, contra la naturaleza, su materialismo natural los ha

adormecido. Descartes y Spinoza, dos extranjeros, expresan suficientemente la lucha y la absorción”.

El texto se halla en las *Notes de voyage de 1837*, fue citado por J.M. Carré en el libro *Michelet et son temps* y yo lo he tomado del volumen que Barthes dedicara al escritor. El segundo, el preparado por la mujer, es del póstumo *Sur les chemins de l'Europe*. Ambos son y no son el mismo texto, como pueden compararse una pierna que se halla en la morgue de París y, otra, perfecta, que está en poder de su dueña y se mueve por el pavé de la calle Rivoli. Veamos lo que “armó” la esposa: “Frisa aún conserva la belleza del traje bárbaro; en la frente de las mujeres brilla la placa de oro que tan bien armoniza con el suave color de los cabellos rubios. Aquí es donde se palpa la diferencia entre el pasado y el presente. Antes, para los marinos, la lucha hacía las veces de idea. Habiendo concluido la lucha contra el extranjero y contra la naturaleza, el materialismo prevaleció en el pueblo y lo adormeció. Una vez abajo, en tierra firme, los marinos parecen haber perdido toda actividad. Pasan el día en los cafetines, bebiendo y jugando a las cartas. Más vale penetrar en el interior de esos barcos holandeses que esperan el momento de la partida. Se sobrecoge usted de admiración. Mientras el hombre descansa, la mujer del marino se encarga de todo el trabajo. A primera vista le encontrará usted los hombros demasiado anchos y el porte demasiado viril. Pero véala en acción y en su elemento, en su barco, lavando la cubierta, tendiendo la ropa, cuidando a los niños, a los animales, empuñando, si es necesario, el timón; entonces comprenderá y admirará usted esa fuerza de los brazos y de los hombros”.

A veces, la búsqueda de la perfección provoca el hielo eterno.

Santiago, 26/12/1992

Todo el éxtasis procurado por la adoración de la violencia en el oeste es aquí despojado del marco romántico o de la épica sanguinaria que viéramos en “La diligencia”, “Shane” o “A la hora señalada”, para posibilitar una nueva escritura que evita la visión idealista. Y es fruto del talento de Clean Eastwood, quien, en “Los imperdonables”, modifica las nociones de la relación entre héroe y mundo, o aquel de la exaltación del indio rousseauniano, otra cara del romanticismo. El guión, la historia, la fotografía, el ímpetu de la argumentación de sobrevivencia, el uso de la cámara —con las extensas e inolvidables secuencias nocturnas en las que la violencia se concilia con el horror de la noche y de la lluvia. Los gestos de la memoria de los protagonistas se aprecian en los rostros vapuleados. No hay otra cosa que una crítica del mito. A veces, las pequeñas chispas de la complacencia son el fruto del orden de un escriba que acompaña a un viejo tirolenco inglés, apodado “el Duque” (*Duke*) a quien su ofensor rehace como *Truck*, una forma de designar a la basura.

Sabido es que la ruta al oeste no es la del Zen. Un submundo, un abismo, un infierno, expone ante la cámara sus entrañas demoníacas. Aquí ya no hay señas

postrimeras de una idea utópica del oeste. Es la tierra del fin de las ilusiones de los hombres. El oeste es un gran vacío, un vacío moral. Si hemos estimado todo esto que ocurrió como una nueva guerra de Troya, quitada de en medio Helena (o sobreviviendo en la noviecita dulce o en Jane Calamity), tiempo es de aceptar el punto de vista de Eastwood. El de desear que en vez de una gloriosa epifanía se ofrezca la imagen perentoria de un mundo en donde primó lo oscuro, lo absurdo, la ley hecha a balazos, los azares del rifle. La literalidad de un oeste de mentirijillas es ahora modificada por una corriente derivada del ajuste de cuentas, más allá del bien y del mal.

Santiago, 27/12/1992

Anna Livia Plurabelle, lo sé finalmente, es la Belle Dame Sans Merci. Es una loca de Dios que ya franqueó la *Styk*, pérfida como siempre (sé que habría de usar el prefijo céltico *cám* para designar a las de su especie). Se revolcó con cualquiera (*to tip*, "voltear"), aguardando el amor como una limosna o, más bien, como una propina (*to tip*, "dar propina"). La "perfidia de tu amor" en la vieja canción entonada por Lupita Palomera. Jean Paris dice que Joyce impone a la literatura procedimientos que sólo convendrían a la música. Dice más: "Su ceguera pudo desempeñar un papel en esta obsesión sinfónica", pese a lo cual —lo grita Paris a los vientos— *Finnegans Wake* es una 'añagaza'. Remata con un: "Teje, tejedor de viento". ¿Viento o *pneuma*?

Santiago, 28/12/1992

Un texto de Michelet sobre las mujeres ("El amor", 1858). Sin comentarios. Ella "no digiere como nosotros. Su digestión se perturba a cada instante por una cosa: la mujer ama desde el fondo de las entrañas. La profunda copa de amor (a la que se llama pelvis) es un mar de variables emociones que contrarían la regularidad de las funciones nutritivas".

Santiago, 29/12/1992

Lectura al pasar. "Revista de Occidente", junio de 1992. Hay una crónica sobre antropología, por Manuel Gutiérrez Estévez. Con un dato curiosísimo: "En el mundo mítico guayanés, donde los tiburones se alimentan de jirones de la costa, la gente de agua bebe lodo porque se considera cerveza; la gente del bosque utiliza el escorpión como ají; los enanos subterráneos se alimentan de aromas y los indios se bañan en un río que es su padre; el régimen alimenticio del ancestro europeo, las palabras, se inscribe en las normas ordinarias de lo posible".

Santiago, 30/12/1992

Oigo sin desearlo la música que pone el taxista. Un cretino de la radio invita a oír a Sid Vicious.

Santiago, 31/12/1992

La perversidad genérica del último día del año. El límite. La puerta invisible. Los ojos vueltos hacia adentro. Una instancia puramente klingsoriana en la iluminación posible. El viejo vicio borgoñón de abrir cofres y de tomar de allí los objetos del pasado, esos días del año que el "Diario" registra en su inmovilidad. Contar mi libro como Montaigne lo hacía con el suyo. Testimonios del cofre: pasajes del metro de París, de la cuenta de la lavandería en Düsseldorf, de la factura del Hotel Gagarin, en Erfurt, con las señas de una llamada a Chile que fue casi épica, pues es difícil comunicarse por la ausencia de tecnología en la ex Alemania Oriental. Una entrada para oír a Mozart en un teatro de Luis II de Baviera, en München, y el salir de sí para estar en sí, huérfano de los idiomas, en Weimar. Robinson aislado, asilado. Y la última línea de este escrito, en un texto que es nada más que palingenesia de otro cuerpo. Walter Pater ("El Renacimiento"): "En tan trémula brizna que sin cesar se forma de nuevo en la corriente, en una sola e interna impresión que lleva en sí un sentido, una reliquia más o menos fugaz de estos instantes que han pasado, se refina por último lo que es real en nuestra vida".